LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

CONTIENE:

Los hechos y manifestaciones de los Espíritus
y demás noticias relativas al Espiritismo.

AÑO I Núm. 1º de Enero de 1872

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

LA REVELACIÓN se publica en Alicante los días 5 y 20 de cada mes, en
cuadernos de 12 páginas, con su cubierta.
PRECIO: En Alicante, 4 reales por trimestre o sean 6 números. —En la Península,
5 rs. id. id. —Números sueltos, 1 real cada uno.
Están de venta en esta Administración, paseo de Méndez Núñez.
núm. 15 y en la imprenta de esta Revista.

ALICANTE

**IMPRENTA DE V. COSTA Y COMPAÑÍA.
Calle de S Francisco, núm. 21.**

1872

Sr. D.

Muy Sr. mío: Al remitir a Ud. El presente numero de de esta Revista, le suplico se digne darlo a conocer a sus amigos y particularmente a los que abunden en nuestras ideas espiritistas, con el fin de que estas se propaguen. Para fomentar la suscripción, esperamos nos favorezcan con el pedido de los ejemplares que deseen recibir, y en caso contrario, devuelvan a esta Administración los números remitidos.

EL ADMINISTRADOR.

Las sociedades, círculos privados y hermanos en doctrina, pueden desde luego disponer de las columnas de nuestra Revista, como nosotros esperamos su apoyo moral y material, en bien de la idea.

LA REDACCIÓN.

Año I. Alicante 5 de Enero de 1872. Num.1.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

A NUESTROS SUSCRITORES

Al dar a luz esta Revista, creíamos faltar a un imperioso deber si no os dedicáramos este nuestro primer artículo, manifestándoos con claridad y en breves palabras la conducta que nos proponemos seguir en el transcurso de su publicación.

Escasos son los méritos que nos adornan y más escasa nuestra inteligencia; pero sin otro móvil que el de propagar ésta sana doctrina, no cejaremos un momento en tan ardua empresa, y todos nuestros esfuerzos irán encaminados a no retroceder jamás ante los obstáculos que se nos opongan, y a seguir con paso firme por la escabrosa senda que nos hemos impuesto voluntariamente.

Buscando con asiduidad, energía y fe inalterable el esclarecimiento de la verdad en toda su pureza y el bien en general de la humanidad, caminaremos sin descanso, siempre con la esperanza de encontrarlos; porque tanto la una como el otro se revelan a todo; cuantos perseveran con energía en quererlos y en buscarlos.

En la íntima convicción de que toda idea nueva tiene adeptos y contradictores, nos proponemos examinar con detención las razones en que se apoyen estos últimos, y después de un maduro examen procuraremos dilucidar la cuestión dentro del criterio de nuestra doctrina, y nos consideraremos dichosos si conseguimos llevarlos a un perfecto convencimiento.

Les explicaremos los efectos espiritistas desde la más remota antigüedad, haciéndoles comprender que el Espiritismo es una ciencia nueva que viene a probarnos la naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el corporal, demostrando a la vez a los que le creen sobrenatural, que es una fuerza que obra sin cesar dentro de la naturaleza

misma, y para ello citaremos infinidad de fenómenos no conocidos hasta el día e imputados por lo tanto a lo mágico, fantástico y maravilloso; recopilando al propio tiempo la multitud de comunicados de elevados Espíritus que se obtienen en nuestras sesiones.

Admitir la oposición en el terreno de la discusión lo creemos justo, y más que justo, necesario. Solo de ese modo resalta más la verdad y al propio tiempo las ideas falsas sucumben más pronto. La verdad triunfa siempre contra la impostura, podrá tardar más o menos tiempo en conseguirlo, pero al fin no puede menos de vencer y vencerá; seguros estamos de ello. Por esto admitimos desde un principio la oposición siempre que esta sea leal y razonada, nunca le prestaremos atención si es sistemática e intransigente.

Grande es la lucha que vamos a emprender, escasas nuestras fuerzas, y muchos nuestros contradictores; pero no nos fijemos en el número: Jesucristo tuvo que defenderse contra la humanidad entera, nunca retrocedió y si no triunfó en el Capitolio, triunfó en el Calvario. Sigamos su ejemplo: adelante, adelante, y si para el triunfo de nuestra idea se necesitan víctimas que inmolar, seamos nosotros los primeros mártires que honren tan sagrados principios. No desmayemos, ayer para nosotros con la muerte todo había acabado, hoy por el contrario, morir es nacer, porque si la materia muere, nuestro espíritu sobrevive.

Si algunos por desacreditar nuestros principios propalasen que venimos a destruir la religión, sirvan de contestación estas palabras de Cristo. «No vengo a destruir la ley, sino a cumplirla.» El Espiritismo dice también: «No vengo a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla.»

La Redacción.

SECCIÓN DOCTRINAL

El espiritismo es un hecho real, evidente, palpable, cierto.

Dios en sus inescrutables designios ha tenido a bien revelar al hombre tan sublime y consoladora doctrina, para que su virtud, hiriéndonos de lleno el corazón y nuestra alma, haga de nuestro ser un ser inteligente y perfecto.

Sus tendencias al bien son muy marcadas, ellas hablan muy alto, se elevan sobre toda concepción humana, y su elocuencia divina nos revela la esmerada previsión que el Todopoderoso tiene para con sus criaturas. Si en un momento el hombre en su extravío ha podido dudar de su bondad y de su justicia, la revelación nos confirma hoy hasta la evidencia, que es infinita e inconmensurable su justicia y su bondad. El hombre en lo sucesivo sabrá a qué atenerse, el rayo de luz que iluminando su alma, le hace ver claro el objeto de su mísera vida, será para hacer ésta más llevadera en su penosa marcha, y para compensar con la esperanza de su pronto perfeccionamiento todo lo amargo de sus penalidades.

El hombre en adelante, penetrado de esta luz de verdad, «el Espiritismo» sufrirá con calma y resignación su adversa suerte; y al contrario moderará el afán de su prospera fortuna, sabiendo que la posición en que está colocado es eventual y proporcionada a sus merecimientos.

Hasta aquí, fluctuando la humanidad en el inmenso capo de las ideas, no había encontrado en ninguna el mágico atractivo de la verdad, que llenase a la razón humana de satisfacción completa; el hombre por sí mismo a pesar de su afán y su desvelo, nada hubiera hecho en esta investigación, y ha sido preciso que la revelación le ayudara en su asiduo trabajo, en su constante estudio para abrirse paso y apoderarse del misterio de la vida, del arcano de todo, con el conocimiento de ultratumba.

¡Sublime revelación! ¡Maravillosa doctrina que nos ha sorprendido feliz en nuestra desastrosa marcha! ¡A dónde íbamos a parar, despojado el corazón de esos sentimientos religiosos, que son el todo de la armonía humana!

Es verdad que el hombre en su extrema ignorancia, caminaba a ciegas por cimas y precipicios sin prever a dónde se hubiera detenido en su fatal carrera.

Es lo cierto, que ignorando siempre a donde hubiera de dirigir sus pasos, encontrara al fin de su destino una muerte horrible, en justa expiación de su torpeza.

Es evidente que la humanidad toda se estrellara en su desenfreno, si una verdad grande, revelada y llena de unión divina, no la detuviera en el momento de precipitarse al caos.

Esta verdad, sin cesar de repetirla, es el Espiritismo.

La inteligencia humana, que a fuerza de lucha ha sabido emanciparse de esas trabas aborrecibles que impedían el libre ejercicio de sus facultades de vida, hubiera luchado tal vez atropellando el todo por el todo por el imperio del hombre sobre el hombre, en un exceso de su desmedida soberbia; pero no; el peligro inminente, la recia tormenta que aparecía en el

horizonte del porvenir humano, se ha desvanecido con la viva y radiante luz de la revelación. Si el hombre pudo en su afán digno y elevado conquistarse la libertad, esta queda supeditada al astro majestuoso y sublime, al Espiritismo que le indica los límites que ha de abarcar en la esfera de su acción y movimiento; al Espiritismo, que le guía impulsándole a todo lo noble y grande, a todo lo digno y bello; al Espiritismo, que tiende a unir con indisolubles lazos a la humanidad toda, haciendo prevalecer en ella las palabras: Caridad, Amor, Igualdad, Fraternidad y Progreso indefinido, constante e imperecedero.

ALICANTE ESPIRITISTA

Salud, pueblo alicantino ¡tú tienes la frente como un astro y el corazón como un ángel; en ti nacen las grandes inspiraciones, los generosos sentimientos, las heroicas virtudes; tu fortaleza en las adversidades es como el castillo que te cobija, y tu grandeza en las aspiraciones es como el mar que te circunda, verdadera imagen del infinito. Eres el pueblo querido de los ángeles de la caridad, de la emancipación, y de la gratitud; porque nunca llamó en vano el desgraciado a las puertas de tu corazón; porque cubres con flores y palmas la sangre del 8 de Marzo y porque del sagrado panteón del inmortal Quijano, has hecho el altar de tus plegarias, el oráculo divino de tus incertidumbres, y el resplandeciente faro de tus esperanzas y venturas en medio del proceloso Océano de los infortunios de la vida.

Salud, pueblo alicantino; yo soy un hijo tuyo proscrito; soy la sombra de mi antiguo ser; soy un ser desposeído de la vida moral y lloro las desventuras del destierro en las solitarias llanuras de la Mancha, con los ojos clavados en el horizonte bajo el cual respiras, y la memoria posada noche y día sobre los encantadores recuerdos de tus grandezas y virtudes.

Yo fui tu trovador, yo canté la inmensa bóveda azul de tus flotantes cielos; esos astros resplandecientes que tanto dicen a quien les consulta con la lira de la noche en la mano; esas alegres y rosadas nubecillas de la tarde que se columpian sobre los abismos de los mares, llevando en su seno misteriosos coros de serafines. Objeto de mi canto fueron tus gaviotas y golondrinas; tus alondras y palomas; tus playas y tus palmas; tus olas y tus flores: tus olas, que como vírgenes viajeras, prendidas de la mano y envueltas en cándidos cendales de espumas al regresar de los remotos confines del Oriente, se esparcen bulliciosas en las arenas, y levantan entre murmullos el cántico de la feliz llegada; tus flores que inclinan el

semblante por verlas llegar, que las sonríen graciosas y que al enviarlas con el aura el beso de sus aromas en testimonio de su parabién, parece que las dicen en su mudo lenguaje: «bien venidas pobres olas, hermanas nuestras, bien venidas al país de las bonanzas, de las dulzuras y del eterno reposo.»

Yo canté pueblo mío, tu valor y tu grandeza, yo te he visto agitarte a impulsos de un pensamiento altivo, prorrumpir un grito terrible; estallar al volcán de tus enojos; desnudar la espada de la justicia; saltar sobre el carro del combate, precipitarte en el campo de las batallas, y verter la generosa sangre de tus venas, delante del ara de la libertad política y social; te he visto con serena osadía, en un memorable Septiembre, levantar la frente como un gigante, sonreír desdeñoso al brillo de una corona, despreciar altanero el aspecto de las huestes vencedoras del África, romper las cadenas de la esclavitud del pensamiento, arrojar los pedazos al pié del Trono de la ignominia y enarbolar el primero la sacrosanta bandera de la dignidad y del derecho.

Entonces te canté republicano; justo es que te cante ahora espiritista. Entonces te canté despreciador de la muerte; justo es que te cante ahora despreciador del envenenado soplo del ridículo, que no hace brotar la sangre, pero apaga la llama de los sentimientos generosos; que no hiere al cuerpo, pero mata al alma.

Justo es que celebre ahora tu despertar a la vida moderna de los pueblos; tu advenimiento al coro de los pueblos avanzados; la estrella de la inspiración que te condujo al puerto de la filosofía sublime, librándote de las soberbias olas de la incredulidad y del abominable infierno del fanatismo.

El pueblo que dice «misericordia» con la fe que tú lo dices; que se corona de flores y galas; tañe la flauta morisca; levanta festivos cantares, y se despliega en alegres y sencillas danzas al percibir el hálito mortal de la epidemia; que en medio del luto y la desolación que el contagio derrama; en medio de los lechos de muerte; de los rostros lívidos y desfigurados; de las frentes sin trasparencia ni pensamiento; de los pechos sin palpitación y sin suspiros; en medio en fin del mundo de lo siniestro y horrible, se ostenta sereno y grande y noble y augusto, y levanta sus ojos al cielo y no blasfema…y ora…y espera ese pueblo ¡ah! es el destinado a ser el depositario de las tablas de la ley espiritista; de las verdades de la existencia de Dios; de la inmortalidad del alma y del progreso infinito. Es el destinado a ser el pueblo espiritista por excelencia, y a caminar delante de los demás pueblos con la antorcha de su inspiración en la mano y la corona de su premio en la frente.

Por eso yo te saludo, Alicante espiritista; por eso yo me inclino respetuoso ante tu presencia; por eso te admira conmigo la vanguardia de la

ilustración; por eso eres el foco, el objeto constante de los buenos espíritus que derraman sobre ti el fecundante rocío de su enseñanza y por eso eres tu quizá el Benjamín del Omnipotente entre los amables pueblos de la vida moderna.

Por eso mañana, cuando sobrevenga el desquiciamiento del Orbe moral presente; cuando la savia de la doctrina regeneradora se infiltre en las raíces de las instituciones políticas y sociales; cuando el volcán de sus leyes morales estalle en todos los corazones, cuando la luz de su enseñanza ilumine los horizontes de todas las clases; cuando se derrumbe en fin en el caos del olvido el mundo de las dudas y vacilaciones y se levante como el Sol en el oriente, el mundo de las grandes afirmaciones y de las aspiraciones sublimes, tu nombre, pueblo sagrado, será repetido por todos los ámbitos, por todos los mundos, por todos los pueblos, por todos los seres y saludado por las arpas celestiales, como uno de los primeros pueblos bienhechores de la época presente.

Y vosotros, los que hacéis la oposición al Espiritismo, oíd lo que es el Espiritismo.

Es una inmensidad, extendida sobre otra inmensidad; es una brillante miríada de soles, que iluminan una miríada de mundos; es una lluvia de esferas de topacios, suspendidas de los negros terciopelos de una profunda noche; es la fantástica marcha de esas esferas, gigantes teas de la soledad; es el pavoroso vuelo de esas águilas de fuego, que derraman sonidos armoniosos e iluminan los vapores del espacio con sus estelas de fulgor; es la red de oro que envuelve todos esos mundos con los hilos de la solidaridad; es la gran familia llamada humanidad, habitando repartida la estancia de esos aéreos palacios; es la humanidad que por medio del trabajo intelectual y moral, avanza por el camino del progreso, que es la verdadera escala de Jacob, hasta llegar a los resplandecientes imperios de la perfección; es la destrucción del infierno material y perpetuo; es el combate decisivo del raciocinio con Satanás, que de genio dominador del universo de las conciencias, ha pasado a ser una figura poética, digna de ser cantada por un Milton, pero no admitida por la razón y la filosofía moderna; es quien ha descubierto, sentada en el polo del mundo, como una soberana en su trono, a la terrible muerte y subiendo hasta ella con las alas de su análisis, la ha precipitado en los abismos en que se precipitan las sombras, dejándola solamente señora del miserable organismo material. El Espiritismo es la religión de las religiones, quien las funde todas en una sola; es la religión que oficia indistintamente en Roma y en Ginebra, en Atenas y en Jerusalén; en los áridos arenales del África y en los sagrados bosques de la India, que invoca igualmente la sombra de Buda y de Moisés, de Sócrates y de Cristo; porque es la religión del hombre para con Dios, o el misterioso diálogo entablado por el corazón de éste, con la sublime

Divinidad que se oculta en los resplandecientes abismos de su propia grandeza.

El Espiritismo es la copa de oro que derrama el bálsamo del consuelo sobre las llagas del infortunio; es el matizado iris que promete una existencia de recompensas, más allá de una existencia de penalidades; y es el tribunal benéfico y equitativo, que corona de laureles al mártir corazón que ha caído bajo las garras de la injusticia, en el doloroso anfiteatro de este mundo: él nos asegura que la muerte es una realización brillante; que es la verdadera vida, porque es la libertad del espíritu, el cual habiendo nacido volador como el águila, se arrastra en este suelo como la serpiente; que siendo luminoso como un astro, permanece sin luz bajo el fanal grosero del cuerpo humano; que habiendo sido creado para ser el señor de los señores, se arrastra en el lodo de la materia, sumido en la tenebrosa cárcel de este planeta como el esclavo de los esclavos.

El Espiritismo nos prueba que aquellos seres adorados a quienes la muerte, tocándoles con su mágico cetro dejó encantados en nuestros brazos; aquellos seres a quienes nosotros mismos hemos tenido que hundir en el seno del sepulcro, se levantan radiantes en el espacio, vuelan como el pensamiento, brillan como las estrellas y sienten como los corazones; que vienen a visitarnos en nuestras horas solitarias, a consolarnos en nuestros amargos momentos de infortunio y a sonreírnos en nuestros breves instantes de alegría; a dejar sobre nuestra frente el beso de su aprobación en nuestras acciones laudatorias, o sobre nuestra conciencia, la carga de sus recriminaciones en nuestros actos reprensibles; que se abren, en fin, como las flores; reciben en su seno nuestro espíritu al desprenderse de la materia y le conducen en sus alas de fulgor y al compás de las arpas celestiales, a las resplandecientes esferas donde mora la Divinidad; la Divinidad que es la luz y el amor del mundo; y espera a todos los seres de la creación, con los paternales brazos abiertos.

Esto es el Espiritismo; combatidle.

Esto es el Espiritismo: ridiculizadle.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan 1º Enero de 1872.

Creemos que los lectores de esta REVISTA apreciarán les demos a conocer la biografía de nuestro célebre maestro Allan Kardec, a quien debemos el conocimiento de la doctrina espiritista que hemos abrazado y que supo convertir en sublime ciencia filosófica, lo que no era conocido sino como mero pasatiempo, poniendo de relieve las comunicaciones con los Espíritus que vienen a moralizarnos e instruirnos sobre el mundo espiritual.

En su consecuencia publicamos a continuación dicha biografía que tomamos de la «Revista de Estudios Psicológicos» de Barcelona.

= BIOGRAFIA DE ALLAN-KARDEC =

«Bajo la impresión del más profundo dolor causado por la prematura muerte del venerable M. Allan Kardec, conocedor profundo de la ciencia espiritista, emprendemos hoy la obligación sencilla y fácil, para su experta y grande inteligencia en la ciencia ya citada, de dar a conocer al público los principios fundamentales en que está basado el Espiritismo; cosa que debemos confesar, sería para nosotros de un peso superior a nuestras débiles fuerzas, sino contáramos con el eficaz concurso de los buenos Espíritus y con la indulgencia de nuestros lectores.

¿Quién de todos nosotros, podría envanecerse de poseer sin ser tachado de presuntuoso, el Espíritu metódico y de organización con el cual se esclarecen todos los trabajos del maestro? Solo su poderosa inteligencia podría concentrar tantos materiales diversos y esparcirlos luego con un benéfico rocío sobre las almas deseosas de ver y amar.

Incisivo, conciso, profundo, sabía agradar y hacerse comprender en un lenguaje a la vez sencillo y elevado, tan alejado del estilo familiar como de las oscuridades de la metafísica.

Multiplicándose continuamente, había podido hasta aquí, bastar a todo. Sin embargo, el acrecentamiento diario de sus relaciones y el incesante desenvolvimiento del Espiritismo, le hicieron sentir la necesidad de procurar unirse con algunos auxiliares inteligentes, preparando así simultáneamente la nueva organización de la ciencia y de su doctrina cuando en medio de sus trabajos y grandes afanes, nos ha dejado para ir a un mundo mejor a recoger la sanción de su misión cumplida y reunir además los elementos de una obra nueva de sacrificios y estudios.

¡Él era solo!...Nosotros nos llamaremos «legión» y por más débiles e inexpertos que seamos, tenemos la íntima convicción de que nos mantendremos a la altura de la situación si, partiendo de los principios

establecidos y de una incontestable evidencia, nos concretamos a ejecutar, tanto como nos sea posible, según las necesidades del momento, los futuros proyectos que por si solo se prometía cumplir M. Allan Kardec.

Sin duda alguna tendremos con nosotros el Espíritu del gran filósofo, mientras sigamos la senda por el trazada y ciertamente que así van a unírsenos también todas las buenas voluntades, para que con nuestro común esfuerzo se cumpla el progreso moral y la regeneración intelectual de nuestra humanidad.

Quiera Dios pueda él suplir nuestra insuficiencia y podamos nosotros hacernos dignos de su concurso, consagrándonos a la obra con la abnegación y sinceridad que lo hacemos, ya que no podemos con la ciencia e inteligencia con que él lo hizo.

El escribió en su bandera estas palabras; trabajo, solidaridad, tolerancia. Seamos como él infatigables; seamos según sus votos tolerantes y solidarios y no temamos seguir su ejemplo, llevando una y mil veces al terreno de la discusión los principios más discutidos.

Hacemos un llamamiento a todas las luces, a todas las inteligencias y a todas las personas de buena voluntad. Probaremos adelantar con certidumbre antes que con rapidez y no serán inútiles nuestros esfuerzos, y menos infructuosos, teniendo el ánimo dispuesto como tenemos a prescindir de toda cuestión personal, para ocuparnos única y exclusivamente del bien general.

No podíamos entrar bajo auspicios más favorables en la nueva fase que se abre para el Espiritismo, sino haciendo conocer a nuestros lectores, en un rápido bosquejo, lo que fue toda su vida, el hombre integro y honrado, el sabio inteligente y fecundo cuya memoria se trasmitirá a los siglos futuros, rodeada de la aureola de los bien hechores de la humanidad.

Nacido en Lyon el 3 de Octubre de 1804, de una antigua familia que se distinguió en la magistratura y en el foro, M. Allan Kardec (León Hypolyte Denizart Rivail) no siguió esta carrera. Desde su juventud, se sintió inclinado al estudio de las ciencias y de la filosofía.

Educado en la escuela de Pestalozzi en Iverdun (Suiza), fue uno de los discípulos más eminentes de este célebre profesor y uno de los celosos propagadores de su sistema de educación, que tan grande influencia ha ejercido sobre la reforma de los estudios en Alemania y Francia.

Dotado de una notable inteligencia e inclinado a la enseñanza por su carácter y aptitudes especiales, desde la edad de 14 años, enseñaba lo que sabía a todos aquellos de sus condiscípulos que habían adquirido menos que el. En esta escuela fue donde se desenvolvieron las ideas que debían

colocarle más tarde, en la clase de los hombres del progreso y de los libres pensadores.

Nacido en la religión católica, pero educado en un país protestante, los actos de intolerancia que sufrió con este motivo, le hicieron, desde muy temprano, concebir la idea de una reforma religiosa, sobre la cual trabajó en el silencio durante largos años, con el pensamiento de llegar a la unificación de las creencias; pero le faltaba el elemento indispensable a la solución de este gran problema. Más tarde, vino el Espiritismo a proporcionárselo y a imprimir una dirección especial a sus trabajos.

Concluidos sus estudios, vino a Francia. Como poseía a fondo la lengua alemana, traducía para esta nación diferentes obras de educación y de moral, siendo las obras de Fénelon sus predilectas por haberle completamente seducido.

Era miembro de muchas sociedades científicas, entre las que figuran en primer lugar la Academia real de Arras, la cual en el concurso de 1831, le coronó por una notable memoria sobre esta cuestión: «¿Cuál es el sistema de estudios más en armonía con las necesidades de la época?»

(CONTINUARÁ).

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

COMUNICACIÓN PRIMERA

Médium J. Pérez.

Aquí estoy, pero debo advertiros que tengo una misión delicada que cumplir en otra parte y no puedo detenerme más que lo preciso, para daros una luz que ilumine vuestra alma, entre tinieblas horrorosas, ajada, mortificada, vacilante y confusa, sin saber que adoptar, que pensar, que sentir ante la gravedad de las revelaciones, ante lo imponente de las comunicaciones de los Espíritus.

Almas débiles que no podéis sentir el influjo del vendaval sin doblegaros. Espíritus macilentos, que cedéis a la fuerza de la duda, sin reprocharos la debilidad de vuestra conciencia: os engañáis mutuamente: ¡conocéis la causa del engaño y os falta resignación para sobrellevar la pena! ¡Qué seáis tan susceptibles con la ciencia, con la filosofía, con el alma y con Dios!

Anoche, en aquel instante, os miraba a todos y me contristó la vaciedad de vuestros pensamientos. Estudiáis con el corazón, con la inteligencia, con la materia indolente y con todas vuestras pasiones, menos con la fe, con la fe religiosa, con ese rayo de luz tan vivo que, viniendo de Dios hiere al alma, la despoja de toda podredumbre, la purifica; y en su esencia, acariciada por la Santidad, confundida con la sublime naturaleza de Dios, es transportada a la región de los Espíritus, la verdadera región donde los Ángeles con un torrente de elocuencia y de sabiduría cantan la virtud, la predestinada gloria de los buenos, la mansión, por último, de la humanidad.

Es difícil, imposible que podáis penetrar los hombres (ocultos en esa cárcel corpórea) en donde nosotros nos columpiamos, en la inmensidad en donde nosotros vivimos, en el Océano de luz y de vida en donde nosotros los Espíritus nos conocemos, en el torrente de la dicha y de la ventura. Si el aliento sacratísimo que aspiran nuestras almas llegarais un momento a percibirlo, antes que vuestra inteligencia, indagadora de la mentira, seria vuestra alma: antes que vuestra materia que os fascina, os esclaviza y embrutece, seria vuestra alma, antes que vuestras pasiones que os degeneran al instinto del bruto; seria vuestra alma: y antes que todo, vuestra alma, si, vuestra alma llena de fe, de sinceridad, de prudencia, de veneración, de amor, de perseverancia y convicción de una gloria que para vosotros está guardada. Si vieseis aquí…pero no, ¿Qué podéis ver desde ese triste recinto donde habitáis, desde ese profundo calabozo, que os niega un destello de claridad para conoceros vosotros mismos y apreciaros en lo que sois? ¡Triste existencia! No veis absolutamente nada: una venda os cubre la verdadera luz y os oculta la grandeza que anima al Universo, os oculta el espacio lleno de pureza, el éter impregnado de suavísimo ambiente, donde el Espíritu, envuelto en el, vive, se reanima, crece, se perfecciona y avanza en medio de una fulgida aureola al trono de los Ángeles, donde reside el Omnipotente, circunvalado de divinos resplandores.

¿Concebís esta grandeza? ¿La imagináis, ya que no es posible verla real y efectivamente? No: ni un punto la podéis comprender: a vuestro alcance miope solo está el sol que os hiere, millares de estrellas que os envían pálidos reflejos; y el conjunto de cuanto abraza vuestra mirada no es sino un átomo nada mas perdido en el infinito Océano del espacio, un átomo que no se ve, que no se toca y que se confunde por lo sutil con el éter.

En ese átomo vivís, en ese átomo reside vuestro espíritu envuelto entre miasmas, pequeño, demacrado, jadeante, sin luz, sin vida, lleno de miseria, de tormentos, de incertidumbre, de expiación y de muerte, si, de muerte, porque no pudiendo remontaros aquí, os movéis entre la estrechez y la oscuridad de una tumba.

¿Adivináis cuánto hay, cuánto pasa fuera de ella, al través de una masa compacta que os cubre como sudario de nauseabundo olor y asquerosa podredumbre? No lo adivináis: vuestro porvenir es dudoso y os falta valor para entrever la vida; vuestro espíritu al considerar este más allá se debilita y necesitáis del mundo que os rodea para olvidar lo que torpemente presentía; lo que funestamente os forjáis en esa imaginación oscura como las tinieblas de la noche, oscura como el Sol, como el Océano de luz que se derrama sobre vosotros, y que no es sino una lámpara que agoniza allá en la inmensidad del espacio y del infinito.

Olvidad vuestras impresiones, corred presurosos a la mansión del hombre, mansión de los Espíritus encarnados donde residen vuestros espíritus ligados a la materia y rodeados de desdichas y penalidades, regocijaos ahí, si no conocéis vuestra desventurada situación, regocijaos; si en vuestra alma no cabe la fe en los Espíritus, en los Ángeles y en Dios; regocijaos y siga su curso la iniquidad y la mentira: que teja el esclavo coronas a su Señor; que arranque el hombre laureles y siemprevivas al adalid que se apresta a la lucha y se encarniza en la matanza; que doble el débil sus rodillas ante el poderoso magnate: que al fin todo caerá bajo su propio peso con la influencia de los Espíritus mensajeros de Dios.

PLÁCIDO EL MULATO.

Médium A. Lauri.

EL ORGULLO

El orgullo es la lepra del siglo XIX, solo que en vez de emponzoñarnos la materia os emponzoña vuestro espíritu: debéis rechazarlo con toda la fuerza de vuestra conciencia y de vuestros corazones.

Si vosotros supierais que gusano tan inmundo y ruin es esta funesta impresión, con horror e indignación le rechazaríais de vuestro ser.

El orgullo es la madre de todos los vicios y defectos de que adolece vuestra triste morada, vuestro pobre planeta, dominado por la hedionda materia, por la grosera y miserable materia, que os sirve de caja o ataúd mortuorio, donde tenéis que espiar quizá faltas inmensas cometidas en vuestros primitivos tiempos.

Vosotros, espiritistas de corazón; espiritistas sinceros, desechad todas las malas inclinaciones, todos los vicios inmundos que no sirven sino para arrastraros por esa miserable existencia, llena de flores suaves y perfumadas, pero también de espinas, que una vez clavadas en vuestro espíritu, no desaparecen con la facilidad que cuando le sucede esto a la materia, que en un minuto se libra del daño material, sino que para sacarlas de el necesitáis años y años de expiación.

Sois los encargados de dar luz, dadla al que no la tenga moralmente y de este modo alcanzareis más pronto el termino de vuestro destierro, llegareis antes a la perfección santa, noble y sublime, a la mansión del Espíritu, que columpiándose en el espacio, ve oye y siente inspiraciones nobles, sabias y grandes.

¿Anheláis esto? Pues desechad de vuestro ser la lepra moral y de este modo conseguiréis llegar más pronto.

Desechad el Orgullo como madre de todos los vicios.

ENRIQUETA NOGUERAS.

Por la médium C.L

¡Caridad, fuente inagotable de la salud eterna! ¡Cuán buenos serian todos los hombres si te diesen cabida en sus pechos! ¡Cuando será el día que reemplazaras el lugar que en ellos ocupan las pasiones, que les conducen a su perdición!

¡Cuando, oh hija de los Ángeles, te veneraran y glorificaran como te mereces! Entonces todos los hombres se miraran como hermanos que son! ¡Tú romperás la vil cabeza de las serpientes envidia, celos, soberbia, intereses! Si, llegara un día que los hombres erigirán tu imagen triunfante contra estas pasiones, como la del Arcángel San Miguel contra el Ángel rebelde: pero hasta este día no puede haber nada perfecto, pues sin ti todo está oscuro e intrincado: tu eres la luz que has de conducir al hombre al umbral de la felicidad y de la perfección eterna. ¡Pobre del ciego que no te vea, pues siempre permanecerá en el mismo sitio, sin avanzar un paso siquiera!

Hombre seguidla, adorarla y seréis benditos de Dios: creed a su más fiel defensor que os la recomienda.

QUIJANO.

Médium A.L. sonámbulo

Mis humildes palabras quisieran que se introdujeran en vuestros macilentos Espíritus, cual el agua cristalina y pura se introduce en vuestro material cuerpo. Quisiera que produjeran el efecto que anhelo, así cuando al despertar en mañanas otoñales os sacude meciéndose caprichosamente sobre vosotros ese vientecillo sutil y diáfano venido de regiones orientales y al propio tiempo echando una ojeada a la creación ¿No notáis un bienestar en vuestra alma? ¿No comprendéis un más allá delicioso? ¿No prevéis la mansión de los buenos, esa mansión conseguida a fuerza de tiempo y de paciencia?

Pues bien; podéis acortar esa inconmensurable distancia que separa a vuestros seres de los elevados. El remedio moral que os doy lo estáis fraternalmente ejerciendo, pero no basta esto solo, sino que debéis ser Espiritistas del todo y ejercer el saludable bálsamo que consuela al afligido.

Debéis tener fe, esa refulgente luz que al contemplarla vuestros espíritus quédense ciegos de tanta dicha, de tanta felicidad.

Y por último, que no decaiga ese rayo celeste, purpúreo, que viniendo de altas jerarquías ilumina vuestro ser y le conduce al camino sembrado de flores, aunque también tiene sus espinas.

Seguid este trino y seréis salvos; pero seguidlo con inalterable fe.

UN ESPÍRITU FAMILIAR.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. — 1872.

Año I. Alicante 20 de Enero de 1872. Num.2.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

SECCIÓN DOCTRINAL

¡ADELANTE!

Yo te saludo, doctrina espiritista; yo te saludo con toda la efusión de mí alma, de la que hiciste brotar raudales de alegría, de satisfacción y de felicidad: le distes consuelo llenándola de esperanzas; la vivificaste reanimándola con la verdad de un más allá. Yo te saludo, divina luz que esparces tus luminosos rayos difundiendo la claridad desde el uno al otro polo de nuestro mundo de expiación y de pruebas ahuyentaste las tinieblas con tus enseñanzas, y si la humanidad a pesar de sus convulsiones, estremecimientos y horrores, siguió impávida el camino del progreso, hoy con tu ayuda desaparecen las sombras; tus sublimes máximas armonizadas con la razón, la empujan serena y altiva con la fe profunda arraigada en su conciencia ante el «Consumatum est» del Gólgota, por la senda trazada desde el monte de la Calavera.

Yo le saludo, faro luminoso que colocado en el puerto del embravecido oleaje humano, nos guías, sosteniéndonos en la lucha de la inteligencia, haciéndonos apartar la vista de tanta sangre, sangre de nuestros hermanos; haciéndonos mirar con dolor tantas lágrimas, lágrimas de hijos de un mismo padre: tú nos conducirás con rumbo fijo, con derrotero seguro, salvando escollos hacia la tierra de promisión.

Yo te saludo, doctrina espiritista; emanación divina, que desde la muerte del Justo en la cruz, nos hiciste entrever en lontananza el punto de nuestras aspiraciones.

Conducido el hombre desde la niñez, en completa inocencia, por el Fanatismo, guiado por la preocupación y sumido en la más profunda

ignorancia, marchó siempre al acaso entre sombras, rodeado de insondables misterios, y haciendo alto alguna vez su inteligencia, y levantando los ojos a esos infinitos espacios y concentrándose en el fondo de su espíritu, se estremecía ante el vacío que vislumbraba, y se le helaba la sangre en sus venas; y su cabeza se aturdía, y su frente ardía, bajándola exánime abatido, confuso y anonadado ante su impotencia y su debilidad, y con el corazón destrozado por un día y otro día, por un momento y otro momento de reflexión y de raciocinio, se desesperaba ante el torbellino de incandescentes ideas que le abrasaban, que le corroían, presentándose la desesperación ante los aterradores fantasmas de fuego y lava que le enseñaron y le anunciaron ya como final de su meta. El corazón dudó, y en la imposibilidad de analizar siquiera un infinito átomo de la creación, se acostumbró a no divagar; de aquí la indiferencia, un paso más, la incredulidad con todas sus fatales y desoladoras consecuencias.

Tú, doctrina espiritista, con tus bellezas fortaleces al género humano, y le haces erguir al hombre su cabeza para que admire los innumerables puntos luminosos que se ciernen sobre nosotros, infinitos mundos que nos rodean y que contemplamos embebidos en la convicción profunda de que no puede entrar en el reino de Dios el que no nace de nuevo;[1] y en ellos, puesto que el sentimiento, la voluntad y la inteligencia son el Espíritu, y en ellos, repito, vagarán sin duda los espíritus de nuestros hermanos que queriendo ser perfectos como el Padre, buscan aquella para llegar a entrever la divina belleza, la omnipotencia y sabiduría supremas: tú nos animas con el ejemplo vivo de nuestro hermano Jesucristo, siempre humilde, siempre resignado, siempre misericordioso, lleno de amor, de fe y de esperanza, y de cuyos labios brotaron aquellas sublimes palabras: «Perdonarás a tu hermano setenta veces siete.»[2] Tú nos prestarás valor en este piélago inmenso de ambición y de orgullo, de vanidad y de hipocresía, para recordar sin cesar que el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado: tú nos consuelas con la esperanza de la progresión constante por los infinitos millones de mundos y espacios, regenerándonos para alcanzar aquella perfección, purificándonos para ascender en un día no lejano, porque en la eternidad todo está cerca, todo es próximo, no existen años, no hay siglos; para ascender, repito, a las regiones donde nuestra inteligencia ya más clara, más elevada y despojada de toda materia, más espiritual, vislumbre la bienaventuranza eterna, los esplendores divinos. Tú nos consuelas del pasado, nos halagas el presente y nos embelleces el porvenir. Sí, Espiritistas, nuestra doctrina realiza el progreso humano, y estudiando con avidez las leyes del espíritu, hará al hombre más inteligente y moral. Sí, espiritistas; si todas estas enseñanzas están arraigadas en

[1] San Juan. Cap. III vers. 5
[2] San Mateo. Cap. XVIII, vers. 22.

nuestras conciencias, la verdadera fe, debe impulsarnos a marchar por ese camino, ameno y florido, y si de las mesas golpeadoras y cestitas que escribían nació toda una ciencia, ¿qué no nacerá del afán y constancia en su propagación, si todas las cosas que pidiereis orando, creed que las recibiréis y os vendrán?[1] Emprendamos la propaganda con la ayuda de la oración; publicando al efecto sin temor y sin vacilación nuestra REVISTA para enseñanza de nuestros hermanos. No desmayemos por las dificultades, por los inconvenientes, porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.[2]

Adelante, Espiritistas; sin orgullo, sin ostentación, propaguemos la idea reformada con sangre, y escudriñemos los horizontes de esta ciencia donde la humanidad tan grandes leyes puede conocer. Adelante, pues, y Dios sea con nosotros, y hágasela luz, y desaparezcan para siempre las tinieblas.

F. C. y B.

= BIOGRAFIA DE ALLAN-KARDEC =

(CONTINUACIÓN)

Desde l835 a 1840, fundó en su domicilio calle de Sévres, cursos gratuitos, en los que enseñaba la química, la física, la anatomía comparada, la astronomía, etc. Empresa, digna de elogios en todos tiempos y sobre todo en una época en la que un muy reducido número de inteligencias se arriesgaban a entrar en esta senda.

Preocupado constantemente en hacer amenos e interesantes los sistemas de educación; inventó en la misma época un ingenioso método para enseñar a contar, y un cuadro mnemónico de la historia de Francia, cuyo objeto era fijar en la memoria la fecha de los sucesos notables y de los grandes descubrimientos, que ilustraron cada reino. Entre sus numerosas obras de educación citaremos las siguientes:

Plan propuesto para el mejoramiento de la instrucción pública (1828). Curso práctico y teórico de aritmética, según el método de Pestalozzi, al uso de los profesores y de las madres de familia (1829). Gramática francesa clásica (1831). Manual de los exámenes para los títulos

[1] San Mateo. Cap. XVIII, vers. 20.
[2] San Marcos. Cap. XI, vers. 24.

de capacidad. Soluciones razonadas de las cuestiones y problemas de aritmética y geometría (1846). Catecismo gramatical de la lengua francesa (1848.) Programa de los cursos usuales de química, física, astronomía y fisiología que enseñaba en el «Liceo Polimático.» Dictados normales de los exámenes de la Casa Consistorial y de la Sorbona, acompañados de Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas (1849) obra muy estimada en la época de su aparición y de la que hacia tirar recientemente aun nuevas ediciones.

Antes de que el Espiritismo viniera a popularizar el pseudónimo Allan Kardec, había sabido ilustrarse como se ve, por trabajos de una naturaleza bien diferente, bien que teniendo por objeto ilustrar las masas y unirlas más a su familia y a su país.

Hacía el año de 1850, época en que empezó a tratarse de las manifestaciones de los Espíritus, M. Allan Kardec se entregó a perseverantes observaciones sobre este fenómeno, concretándose principalmente a deducir de él las consecuencias filosóficas. Desde luego pudo ver el principio de nuevas leyes naturales; las que rigen las relaciones del mundo visible con el invisible, reconociendo en la acción de este último una de las fuerzas de la naturaleza, cuyo conocimiento debía difundirla luz sobre una multitud de problemas que se creían insolubles, comprendiendo su alcance bajo el punto de vista religioso.

Sus principales trabajos en esta materia, son: «El Libro de los Espíritus,» para la parte filosófica, cuya primera edición apareció el 18 de Abril de 1857. «El libro de los Médiums,» para la parte experimental y científica, Enero de 1861. «El Evangelio según el Espiritismo» para la parte moral, Abril de 1861 «El Cielo y el Infierno o la justicia de Dios» según el Espiritismo, Agosto de 1865. «El Génesis, los milagros y las predicciones» Enero de 1868. «La Revista Espiritista» periódico de estudios psicológicos, colección mensual, empezada, el 1.º de Enero de 1858.

Fundó en París el l.º de Abril de 1858 la primera sociedad Espiritista, constituida regularmente con el nombre de «Sociedad Parisiense de Estudios Espiritistas» cuyo objeto exclusivo es el estudio de todo lo que puede contribuir al progreso de esta nueva ciencia. M. Allan Kardec niega justamente haber escrito cosa alguna bajo la influencia de ideas preconcebidas o sistemáticas; hombre de un carácter frío y de gran calma, ha observado los hechos, y de sus observaciones ha deducido las leyes que les regían. El ha sido el primero que ha dado la teoría y formado de ellas un cuerpo metódico y regular.

Demostrando que los hechos calificados falsamente de sobrenatural, están sometidos a leyes, les hace entrar en el orden de los fenómenos de la

naturaleza, y destruye así el último refugio de lo maravilloso y uno de los elementos de la superstición.

Durante los primeros años en que empezaron a cuestionarse los fenómenos espiritistas, fueron estás manifestaciones objeto de curiosidad, más que motivo de serias meditaciones. «El libro de los Espíritus» hizo mirar la cosa bajo un aspecto totalmente diferente; se abandonaron se entonces las mesas giratorias que no habían sido más que un preludio... para formar un cuerpo de doctrina que abrazase todas las cuestionen; que interesan a la humanidad.

(CONTINUARÁ).

LA ORACIÓN

> 1.—Ycuando oréis, no seáis como los hipócritas que aman el orar en pié en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres: en verdad os digo recibieron su galardón.—Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará.—Y cuando orareis no habléis mucho, como los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos.—Pues no queráis asemejaros a ellos, poro que vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis. (S. Mateo, cap. VI. vers. 5 a 8.)
>
> 2.—Ycuando estuviereis para orar si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadla: para que vuestro Padre que está en los cielos, os perdone también, vuestros pecados. (S. Marcos, Cap. XI, vers. 25 y 26.)

La oración es el bálsamo que cura las heridas mortales de la vida moral del hombre; es el lazo que une la gran familia inteligente; es el punto de contacto que posee el ser con el infinito, desde dónde presiente a Dios.

La plegaria, es una evocación ferviente, que nos atrae los benéficos y tranquilizadores fluidos de nuestros hermanos; es el ofrecimiento que, de nuestro pobre valer, hacemos a la Gran Causa para recibir como buenas y

justas todas las pruebas y expiaciones; expiaciones, pruebas que debíamos por nuestras innumerables faltas anteriores y que con sin igual sabiduría se nos permite reparar por el arrepentimiento y la virtud proclamada, viniendo a templarla en el terreno de la práctica, del trabajo, de la acción y del combate, en el que fenecen muchísimas aspiraciones.

La oración es, ha sido y será el lenguaje universal, la corriente simpática que une a los mundos y estas humanidades que necesariamente piden, han pedido y pedirán, centuplican las fluídicas corrientes elevándolas a Dios.

Es la oración el consuelo de las almas afligidas, con ella mitigan su quebranto, fortalecen su espíritu abatido, acrecen el caudal de su esperanza, se hacen más propensas en la divina caridad y su fe se fortalece inmensamente.

«Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá.» Así nos promete Jesús que serán oídas nuestras fervientes oraciones, pero no olvidando que seremos medidos con la vara que midiéramos: es decir, que para pedir es necesario comenzar por dar, que para pedir al Supremo Hacedor el perdón de nuestros desvaríos, hay necesidad de principiar por perdonar «setenta veces siete» a nuestro hermano.

Mas no recéis como los fanáticos, que creen que por hablar mucho serán oídos y recompensados, ni oréis en público como los hipócritas, que ya Jesucristo les prometió el galardón. El Maestro encarga se le adore en «espíritu» y «verdad» y siendo ésta la consagración del culto interno y la mayor sentencia anulatoria del externo; la forma quedó anulada y el fondo enaltecido, por lo que se debe rogar de espíritu a espíritu, con verdadera fe, apartado de todo lo material.

El fondo es todo, la forma es nada. En este axioma se encierra el todo de la oración; fe, sentimiento, esperanza de realizar el bien y caridad antes, en ella y aún después de la plegaria; hará fácil y tranquila la vida del hombre, y justa y hacedera la recompensa que pidiese al Todopoderoso.

¿Quién no ha orado por un ser querido.... ¿Quién no ha encontrado dulces recuerdos, quién no ha sentido benéficas emociones en esa hora de silencioso recogimiento?

Orad afligidos y seréis consolados; orad náufragos de esta oceánica vida y seréis salvos; orad amantes del bien y seréis inundados de bienaventuranza; que orar, es elevar nuestro espíritu a las regiones del bien; es salirnos de la materia que aprisiona nuestra inteligencia para elevarnos a las celestes mansiones donde se respira «amor» y «caridad» es pedir a Dios fuerza espiritual para salir triunfantes de las pruebas que nos impusimos; es, en fin, un santo e ineludible deber que tributamos a nuestro excelso

Padre, comunicándonos con Él como buenos hijos, pidiendo a su Soberana bondad, la inteligencia y fortaleza que necesitamos, revestidos de tan tupido velo y arrastrándonos pesadamente por este mundo de expiación y prueba.

A. Del E.

DICERTACIONES ESPIRITISTAS

Médium J. Pérez.

Yo soy siempre de los que me evocan con fe; mi espíritu protege a los sencillos de corazón, y siéndolo vosotros, mis palabras brotarán a torrentes como de un manantial inagotable, y tan dulces como cuanta dulzura necesitéis, para depuraros de vuestras imperfecciones y regeneraros.

La regeneración del Espíritu, es el complemento de la vida eterna. La vida no existe sin la regeneración absoluta, por más que creáis que vuestro modo de ser es vivir. Vosotros animáis a impulsos de mil sensaciones diversas; el bien os impresiona de un modo, el mal de otro; la virtud os repele, es refractaria a la sana inclinación; el vicio os muestra mil poderosos atractivos; la instrucción, la sabiduría, la consideráis como una fortaleza inexpugnable en donde os es imposible penetrar; la ignorancia, que nace en vosotros conquistada, es vuestra única vanagloria, de la cual hacéis alarde sin rubor; el error es accesible a vuestro paso; la verdad es difícil senda de encontrar; la luz os ciega, las tinieblas os dan luz, y entre ellas rugen vuestras pasiones como desencadenados elementos en horrorosa tempestad; y así, todo controvertido, revuelto y confuso, la duda os mortifica, la incertidumbre os desespera, la fe debilita vuestro ánimo, y perdida la esperanza, el pensamiento se revuelve en un espacio tan lúgubre y sombrío, donde no os es posible encontrar la vida, la verdadera vida que depara Dios, llena de amoroso éxtasis, de divino arrobamiento y espiritual sensación.

¿La concebís? ¿La imagináis? ¿La comprendéis? No... Es impenetrable la idea de esa vida para vosotros, porque siendo imperfectos no concebís nada digno, nada grande, nada bello; ni hasta el más minucioso punto que tenga íntimo contacto con la previsión y sabiduría de Dios.

Vosotros, cual el fulgor de una estrella que oscila en el crepúsculo vespertino entre la sombra y la luz, así osciláis entre la muerte y la vida en un crepúsculo sin interrupción. Lenta y pausada es vuestra marcha: os movéis con pena, animáis entre el ser y no ser; y puesto que tan solo es dado a la suprema inteligencia la verdadera animación y vida, decidme inocentes qué ha de esperar un espíritu pobre, enfermo e ignorante, sino la horrenda expiación y el duro sufrimiento? ¿Lo consideráis así? No os abrume esta idea. El Espiritismo es la vida. Sed espiritistas de verdad, y

con la práctica de las virtudes seréis salvos y de los escogidos para gozar de la dicha eterna y de la imperecedera gloria de Dios.

EL GUÍA DEL MÉDIUM.

CONSEJO A UNA MADRE

La médium...

El deber de una madre es arduo, peligroso y difícil. ¡Pobres y débiles criaturas que tenéis que dar cuenta a Dios de los pasos de vuestros hijos sobre la tierra!

¡Cuántos malvados serian buenos si hubieran tenido mejores principios! La demasiada bondad, lo mismo que la inexorable crueldad, suelen dar muy malos frutos, de los que tenéis que responder ante el Ser Supremo. ¿Para qué tenéis los cinco sentidos? Dios ha dotado a la criatura de sublime inteligencia, para distinguir el bien del mal y aconsejares; pero vosotros, ciegos y sordos, no veis ni oís, corriendo locos tras ilusorias quimeras.

Por lo tanto, hija mía, en la difícil misión de madre que te está encomendada, ruega a Dios te ilumine, y oye nuestros consejos: no separándote de la virtud, llenarás tu cometido como Dios manda; y tú hija, siguiendo tus pasos, crecerá como la espiga fecundizada por el roció divino. Adiós, hija mía, confianza en el Todopoderoso. Te inspira.

TU PROTECTOR.

Médium P.P.

¡La envidia pasión mezquina, rastrera e infame, es por sí sola, el germen de las desgracias, la desolación de infinidad de seres. ¡Oh plaga terrible, y de qué manera impresionan en el corazón de los seres malvados!

¡Cuándo llegará el día que conociéndose los hombres por sus propios actos venga a ser arrojada como el infecto y asqueroso gusano roedor que todo lo consume! ¡Cuándo el hombre conocerá que todo le basta y que ninguna de sus efímeras y soñadas ambiciones terrestres, pueden servirle para el día en que su Ser imperecedero se aleje de esa vida llena de groseras pasiones, para elevarse a la inmensidad de la verdadera vida, donde todo lo ambicionado y atesorado, no se lleva

pues que ni un cabello, ni un átomo de ese oro vil puede llevarse al avaro en su seno! ¡Oh desdicha miserable de esa vida, donde tanto se afana y se ambiciona para los goces inmundos!

¡Pobre y mísero aquel que desea ser el mayor y el más poderoso entre sus semejantes con las miras desastrosas del carnívoro tigre, cuando se acarrea para sí la mayor y más horrible situación que la inteligencia humana no alcanza a juzgar! ¡Pobre tirano! ¡Pobre príncipe de la envidia! ¡Pobre esclavo más bien: pues que así debe juzgársele, porque solo es un esclavo de su pasión: porque ¿qué otra cosa es aquel desgraciado que se nutre en tan fatal pasión, sino un esclavo de aquella misma pasión?

Desgraciado el que se mece en tales aspiraciones si no las vence antes de hundirse en su fango inmundo; porque una vez resbalado por la pendiente de tan monstruosa pasión, no le será posible libertarse del naufragio del cenagoso lago en cuyo fondo cree ver su dicha y su felicidad. ¡¡¡Desgraciado!!! ¡y qué digno de lástima es, el que a tal estado se conduce; porque tras si arrastrará miles de víctimas inmoladas a su ambición, las que cual fantasmas horrendas se levantarán ante él, y le pedirán en su día, en el día de su fin material, de su infernal festín cuenta de sus acciones y reparación de las desgracias! ¡Ay de ese día que querrán no ver ni oír, pero les verá y les oirá; porque no podrá sustraerse de su presencia, porque se hallará sujeto cual una estatua; y hay de él, porque su horrorosa situación le hará sufrir los más atroces tormentos, en términos, que cada minuto le parecerá un siglo, y sufrir el mil por uno de lo que habrá hecho sufrir a sus víctimas!

«Mi reino no es de este mundo dijo el grande Espíritu de Jesucristo.» Alentaos en esta celestial máxima y podréis cortar todos los males que en sí traen los afanes de la vida.

UN ESPÍRITU AMIGO.

AL ESPIRITISMO

Salve, brillante luz, tú eres la aurora
y el sol de la verdad resplandeciente;
el ángel cuya espada vibradora
amaga del error la altiva frente;
la deidad inmortal y vencedora
que derribó a sus pies heroicamente
el fantasma que Muerte se ha llamado,
y al mundo tantos siglos ha espantado.

Tu antorcha de fulgor de rosa y oro
penetró en las sombrías catacumbas,
de sus misterios el glacial tesoro

arrebatando a las calladas tumbas;
al son del eco mágico y sonoro
con que en las hondas bóvedas retumbas,
despiertan los cadáveres activos,
y al mundo se abalanzan de los vivos.

Tú das una magnifica esperanza,
al ser sacrificado al sufrimiento;
prometes dulce puerto de bonanza
a quien sufre tenaz remordimiento;
derramas en quien vive la confianza
de no quedar trocado en polvo y viento,
y elevarse al espacio indefinido
y abrazar a los seres que ha perdido.

Pruebas que aquellos seres adorados
se deslizan no vistos por doquiera,
y de la vil materia liberados
se enseñorean de la inmensa esfera;
que escuchan nuestros ayes angustiados,
que ven nuestra sonrisa placentera,
reciben nuestras tiernas oraciones,
y viven nuestra vida de afecciones.

Por ti el mortal profundo y reflexivo
sobre el astro más alto se levanta,
y admira desde allí contemplativo
flotante y negra inmensidad que encanta:
traspone aquella rápido y altivo
y ante otra nueva inmensidad se espanta,
y adivina su mente ya rendida
horizontes sin fin y sin medida.

Y en esos horizontes tenebrosos
ve revolar cien mundos sin sosiego,
cual pájaros gigantes y monstruosos,
que baten alas mil de luz y fuego;
que dejan tras su vuelo impetuosos
magníficas estelas, y que luego,
hundiéndose en abismos espantables
dan paso a nuevos mundos admirables.

Ve cruzar otros orbes solitarios
faltos de luz, agitación y vida,
cual espectros envueltos en sudarios,
o montanas de roca ennegrecida.

Tal vez oye también los ecos varios
que exhalan tantos mundos en su huida,
y percibe tal vez a gran distancia
sus incógnitas auras y fragancia.

Quizá presencia absorto y aterrado
la catástrofe ronca de un planeta,
que desciende al abismo destrozado
cuando su vida sideral completa;
quizás admira luego embelesado
la explosión de un peñasco, que se agrieta,
y a la voz del Eterno bendecida,
rompe en vegetación, seres y vida.

Y en esa muchedumbre de hemisferios,
la mente pensadora y atrevida,
—hija feliz de Dios y sus misterios—
halla a la humana raza repartida;
de esas vivas esferas los imperios
le ofrecen una escala sin medida,
por la que todo ser va caminando,
y a la sublime perfección llegando.

Entonces el espíritu abandona
el mundo material en sombra oscura,
y de fulgor brillante se corona
raudo al volar hacia la gloria pura;
un torrente de cánticos pregona
el triunfo de la heroica criatura,
mientras que allá de la materia el caos
muge feroz entre oscilantes vahos.

Ve luego en mar de luz clara y serena
un sol de majestad tan refulgente,
que a la mirada más intensa, llena
de noche oscura y confusión latiente:
vividos rayos lanza en rica vena
en la región inmensa y esplendente,
simulando en sus fúlgidos diamantes,
un combate de soles centellantes.

Y el ser percibe ya su seno henchido
de inefable dulzura arrobadora,
y en éxtasis sublime embebecido
contempla la gran Causa creadora;
cantos exhala de sorpresa herido

y de efusión y de entusiasmo llora,
y una serena y mágica armonía,
le dice: «Aquí está Dios, ánima pía.»

Y ese Dios, es el Dios esplendoroso
que de luz y de amor está formado,
y el inmenso universo portentoso
en sus alas abarca enamorado;
el gigantesco mundo pavoroso
y el ente más oscuro y olvidado,
juntos comparten el amante seno
de ese Dios inmortal y padre bueno.

Y en vano en la jornada un alma ciega
en el bosque del daño se extravía,
que al punto por mandato de Dios llega
un alma pura que hacia el bien le guía,
que a ningún hijo suyo Dios le niega
de la feliz perfección el día,
y a todos les concede entre albas nubes
las alas y el fulgor de los querubes.

¡Salve pues, oh doctrina salvadora,
que ofreces al mortal grandezas tantas!
salve pues, y permite que yo ahora
bese con efusión tus leyes santas;
y pues al cielo de la dicha mora
con tu sublime ciencia me levantas,
deja que yo tus excelencias cante,
y al cielo de mi musa te levante.

Hermanos, sobre él ara santa y pura
del amor que a esta idea consagramos,
la fervorosa y la solemne jura
de dedicarle nuestra vida hagamos;
ni atroz persecución ni cárcel dura
basten para que infieles nos rindamos,
y arrojando doquier germen fecundo,
lancemos a otro mar la nave-mundo.

SALVADOR SELLES.

MISCELÁNEA

Prensa alicantina. —Agradecemos a nuestros compañeros en la prensa *El Municipio* y *El Constitucional*, las simpáticas frases que nos dedican con motivo de nuestra aparición.

Mucho sentimos no poder decir otro tanto de *El Semanario Católico*, el cual, ni siquiera se ha dignado admitir el cambio. Nada nos extraña de gente tan pura, y mucho menos al pensar que podían contaminarse.

¡Siempre tan…. cándidos!

El Espiritismo de Sevilla.—La acreditada y científica revista de este nombre a la que se debe la publicación de muchos y muy buenos comunicados de *Ultratumba*, como igualmente artículos doctrinales de indisputable mérito, nos dedica en su último número un artículo excesivamente lisonjero, en el cual se congratula de nuestra aparición en el estadio de la prensa, y nos honra trasladando a sus columnas los últimos párrafos del artículo de nuestro hermano el ferviente espiritista Salvador Sellés, autorizándonos para la reproducción de sus trabajos.

Mucho nos complace el ofrecimiento de nuestro colega a quien enviamos un fraternal abrazo, deseándole prosperidad en tan santa y costosa empresa.

Recomendamos a nuestros apreciables suscriptores la suscripción a esta Revista.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Febrero de 1872. Num.3.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

SECCIÓN DOCTRINAL

LA FE Y LA RAZÓN

Dos lumbreras de la inteligencia humana; dos astros esplendentes colocados en nuestro ser por Suprema mano; han pretendido conducir a la humanidad, salvándola de los escollos y reveses de esta vida de dolores y sufrimientos, de expiaciones y de pruebas, al puerto de sus aspiraciones constantes de sus eternos e innumerables destinos: la fe y la razón; destellos de la divinidad, refulgentes luces del cielo que alienan a penetrar los más apartados confines del mundo, que guían al hombre en todas las necesidades morales que atraviesa, salvándole del turbulento mar de las pasiones, cual faro que enseña al navegante en oscura noche el puerto de su salvación; eternos luminares, hijas de nuestra inteligencia que, como el águila se ciernen sobre los infinitos espacios, descubren los vastos horizontes de la creación infinita, y estudiando nuestro ser nos señalan los gigantescos mundos para nuestro perfeccionamiento y progreso: Sublime herencia de la obra perfecta del Omnipotente.

La fe es un sentimiento innato en el hombre: en algunos más desarrollados que en otros, según su mayor o menor perfeccionamiento. Es una fuerza interna que nos mueve a descubrir y a investigar, poniendo en ejercicio nuestra razón, que es la inteligencia en una de sus más perfectas funciones.

La fe, para ser fuerte y robusta, es preciso que tenga una base sólida e indestructible, y esta base es la razón. La que se opone a tan perfecta base, porque teme a la reflexión y estudio, y se apoya en el error, perece; pues éste se evapora al calor de la verdad que triunfa siempre de toda impostura.

Bajo el punto de vista religioso, es la que se tiene en los distintos dogmas que constituyen las diversas religiones; pero estos dogmas particulares, lejos de imponerse a la razón y escudarse tras de un santuario donde prohíben penetrar la inteligencia indagatoria, debían robustecerse bajo el amparo seguro de la razón de todos los tiempos; y sufrir las modificaciones que la ilustración reclamare[(1)] «pues la fe inalterable es aquella que puede mirar frente a frente a la razón en todas las edades de la humanidad.»

La fe, jamás debe imponerse a la razón, ni oponerse a la voluntad, sería esto la abdicación de las grandes y bellísimas prerrogativas que elevan al hombre sobre todos los demás seres y le hacen, cuanto más usa de ellas más perfecto, y cuanto más perfecto más digno del Creador. Por lo demás, esa fe que teme al estudio de cuanto dice que se ha de creer, cubre con MISTERIOSO VELO cuanto afirma e impone, confiesa cuando menos, su impotencia en demostrar la verdad en que dice se apoya.

La fe, es vigorosa, robusta, grande, digna y levantada, porque es la que produce un convencimiento profundo, es la fe del Espiritismo, basada en los hechos y en la razón, y apoyada sobre una base más fuerte y poderosa, que es la justicia infinita y el poder infinito de la Divinidad. Es la fe, que ha sabido sujetar el dolor y la muerte, y hundirlos en el no ser, como negación de la vida eterna e imperecedera del espíritu. Es la fe que incesantemente promete progreso, amor y felicidad, como premio de acciones buenas y dignas, o procura el arrepentimiento y enmienda si son reprochables, en vez de la eternidad de la pena y del castigo, o de la dicha y recompensa.

Esta es la fe que nos guía y guiará siempre; por eso cada día mayor es nuestro número de fervorosos adeptos: nosotros decimos; creed, sí, pero sabed porqué; daos razón de vuestra creencia, y así será indestructible.

La fe de nuestra doctrina, lejos de rechazar la autoridad de la razón, la reclama a cada momento, haciendo desaparecer ese antagonismo, cuyas consecuencias funestas hemos sufrido por tanto tiempo, porque desviadas de su importante y principal objeto, retardaban el progreso de la humanidad y hacían lenta y pesada su marcha. La nueva ciencia establece la armonía entre la fe y la razón. Por la primera, principio de la virtud, de esa sublime emanación del cielo, conjunto de todas las grandes y levantadas aspiraciones del hombre: seguimos el camino ameno que nos llevan nuestro perfeccionamiento, donde nuestros espíritus rodeados de fúlgida aureola presentirán la suprema vida, la suprema felicidad en la eterna e imperecedera gloria de Dios; por la segunda, la duda que nos hundió en el vacío donde no era posible resistir por más tiempo la vida, cede su paso al

[1] Allan Kardec.

convencimiento de una idea que nos fortalece y reanima; y el indiferentismo que nos hizo olvidar de nosotros mismos suicidándonos moralmente, sigue a la primera en su camino a sepultarse en el no ser; y la refulgente luz de la verdad alumbra hoy todas las inteligencias, alienta todos los corazones y vivifica todas las conciencias.

La fe, es el vehículo que lleva nuestras plegarias a las regiones donde la justicia eterna mora, donde se anida el bien imperecedero a que aspira la humanidad. Sin la fe no hay amor, ni esperanza, ni caridad posible. Con ella todo existe, todo cuanto el hombre ha menester en su perfeccionamiento para cumplir su elevada misión. ¡Qué ella nos aliente siempre! Qué ella nos guie, que fortalecida por la razón de todos los tiempos será nuestra única vanagloria; y cuando contemplemos el pasado, sin conocimiento de nuestro ser ni de cuanto nos rodeaba; sumergidos en el VACIO, faltos de luz, animación y vida: podamos volviendo a ti los ojos, doctrina Espiritista, exclamar llenos de profunda veneración. ¡Bendita mil veces seas, luz de la verdad que al mundo alumbras y regeneras. Compendio sublime de la aspiración humana!

T. G. A.

EL PROGRESO

Fácil es indicar el camino de la verdad, sencillo es mostrar a la humanidad el sendero de luz y ciencia que conduce a la perfección: pero no lo es tanto el apartar de esa misma Humanidad los vicios que corroen su corazón, los males que minan sus cimientos, no es tan fácil separar de sus fanáticos pechos las falsas ideas que la superstición y el oscurantismo han depositado en la extraviada razón del hombre, como tampoco es fácil que el ignorante idiota apruebe con propia convicción los adelantos que constantemente se realizan. Y esto, que parece tan superficial, es precisamente la causa de la formidable oposición y continua lucha sostenida por los dos elementos más acentuados de la sociedad: el Progreso y la Reacción: es como si dijéramos, la rémora constante que siempre se opone a todo adelanto.

Cuando una institución se proclama, cuando una idea se levanta, cuando un pensamiento sublime cruza por la imaginación del elemento joven, del progreso, con el laudable fin de proporcionar a la sociedad los

ventajosos efectos de sus resultados, entonces aparecen como fantasmas las rancias ideas del oscurantismo, hijas tan solo de las viejas preocupaciones de unos, sostenidas por la mala fe de otros, y la ignorancia de los más; y entonces es cuando se verifica esa lucha de que antes hemos hecho mención. Sócrates, Newton, Arístides. Platón, Franklin. Colón, Bohernave y más que pudiéramos citar, son otros tantos testigos de esta verdad, son otros tantos ilustres mártires de sus elevados pensamientos, que la sociedad ingrata solo escuchó para ridiculizar. Obsérvese que esta estúpida y sistemática oposición, se presenta a todos los adelantos que proclaman en alta voz la perfección de que es susceptible la humanidad, ya sean mirados aquellos bajo el punto de vista político, religioso o social: por manera, que si consideramos esto mismo, no debemos extrañar la inicua guerra que con ímprobos resaltados se está haciendo hoy al Espiritismo, estando esta doctrina basada en la verdadera caridad y justicia, resumiendo en sí la política más liberal, la religión más verdadera y la moral más sublime de las hasta aquí conocidas.

No negaremos que la Iglesia, en su día, en su época, hiciera un beneficio a la humanidad, dadas las circunstancias en que ésta se encontraba al tiempo de proclamarse aquella, pero en la actualidad no puede de ningún modo responder a las aspiraciones del hombre, si para ello atendemos a la cultura y grado de civilización en que hoy se encuentra. Por lo mismo, se comprende que la Religión, ese poderoso elemento de la sociedad, no debe cerrar sus puertas a la civilización, no permanecer inerte ante la indestructible ley del Progreso. La Religión empieza con el hombre, progresa con él mismo y termina en Dios.

De aquí se deduce, que la humanidad, no satisfecha con lo que le prometía la Iglesia católica, buscaba un más allá de que no se daba cuenta, buscaba otra vida y otro mundo, pero sin materia. Y este más allá y otra vida, es la que le presenta el Espiritismo, cuya síntesis vamos a exponer aunque ligeramente.

El Espiritismo, es la pura emanación del Evangelio, separado de las falsas interpretaciones hechas por algunos hombres en beneficio de sus creencias particulares. En él todo es amor, todo verdad, todo virtud: se funda en la revelación, en la razón natural y en la ciencia. Cree en un Dios eterno, autor de cuanto existe, omnipotente, poderoso, sabio, inmutable, verdadero, todo amor, bien, misericordia, bondad y justicia. Cree también en Jesucristo como enviado de la Suprema causa en este mundo para enseñarnos el bien, e inmolar en sacrificio su santa vida por amor a la humanidad. Cree en el alma o espíritu, como ser verdadero, inmaterial, libre, inteligente y eterno. Cree en un premio y un castigo moral, no material como la Iglesia le pinta. Cree en la pluralidad de existencias y mundos habitados, como sitios que Dios tiene destinados para nuestra

perfección. Su doctrina no excluye a nadie del premio eterno, todos, absolutamente todos, más o menos pronto, según sus acciones, llegarán a gozar de las delicias que Dios nos reserva y que solo Él puede comprender. Nuestro templo, es el universo; nuestros sacerdotes, todos los hombres virtuosos que enseñen el bien; nuestro pontífice, Jesucristo; nuestro culto, es la exclusiva adoración a Dios en espíritu y verdad, no en materia y en mentira.

El Espiritismo, es la doctrina más noble y elevada que la humanidad ha podido estudiar en las diferentes épocas de adelanto, todo en él es grande, todo maravilloso, todo sorprendente, todo en fin, nos da a conocer de una manera real y positiva la Poderosa mano del Ser imposible de concebir por la humana inteligencia, del Ser cuya sabiduría no tiene límites, cuya Omnipotencia no reconoce nada más allá.

El Espiritismo como síntesis del progreso tiende en fin a perfeccionar al hombre y unirle con el indisoluble lazo de amor y caridad.

A. S. E.

ESPIRITISMO TEÓRICO — EXPERIMENTAL

FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA

En la revista *The mechanies magazine*, que es uno de los periódicos científicos más formales que se publican en Inglaterra, se han insertado en diferentes fechas dos artículos relativos a la fotografía espiritista, y aunque ha trascurrido ya cerca de tres años, sin embargo, creemos que nuestros lectores nos agradecerán su publicación:

«El 17 de Setiembre de 1869, dice este periódico: Desde hace algunas semanas se ha escrito mucho en varios periódicos de fotografía, respecto al fotógrafo americano Mumler, el cual reproduce por medio de fotografía, y desde algunos años ya, retratos de sombras de formas humanas. Dice Mumler, que es fácil reproducir el retrato de un buen espíritu, siempre y cuando éste sea simpático a la persona que se retrata; pero como su procedimiento era desconocido para otros fotógrafos de New York, le han acusado y procesado como embustero.

Sin embargo, se presentaron varios testigos muy respetables, entre los que figuraba Mr. Livermore, banquero de New York, y que juraron que

en presencia de ellos se han obtenido diferentes retratos que representaban los rostros de sus parientes difuntos: y en vista de estas declaraciones, Mumler ha sido reconocido como inocente. Resulta, pues, que es posible producir retratos de los espíritus que eran amigos o parientes de las personas que se retratan, y ciertos fotógrafos de Inglaterra pretenden haber visto espíritus cuyas fisonomías eran bastante visibles y conocidas. Algunos testigos aún complican más el hecho, sosteniendo que se han efectuado retratos de espíritus, en presencia de Mumler, en talleres de otros fotógrafos, sin que éste, ni el que se retrataba intervinieran en las operaciones, ni tocasen a les productos químicos ni a los aparatos.

Sobre este punto explica el periódico *British Journal of Photography* de un modo bastante curioso, publicando una carta de Mr. S. C. Hall, en la que dice: «que ocho testigos, en un mismo momento, han visto en medio de ellos el espíritu de una hermana difunta, sirviendo de médium Mr. Daniel D. Home, y entre estos testigos figuraba el honorable Mr. Lindsay, el que dice: «que el espíritu era visible durante dos minutos,» estaba de pié y se veía tan claro, que cualquier fotógrafo hubiera podido producir un cliché. En esta situación se encuentra Mumler, quien a todos ofrece producir retratos aún en grandes tamaños, deseando someter su procedimiento a la investigación de personas formales.

El 15 de Octubre del 1839, el periódico *The mechanies magazine*, publica: «El periódico *Ilustrated Photographer*, hablando de los retratos de los espíritus, dice: «que los producidos por Mumler presentan fisonomías claras y distintas. Algunos de estos fueron examinados en Inglaterra por tres peritos fotógrafos, y según informes de estos, uno de los retratos presenta fisonomías conocidas y otros no. Uno de estos representaba a una señora vestida de blanco, colocada de pié detrás de Mr. Livermore, banquero de New York, teniendo delante de sí en una mano una maceta de flores. El Mr. Livermore ha jurado que este retrato era de su mujer, que algún tiempo atrás había muerto, y pretende que Mumler nunca la había visto.

El mencionado retrato era el mismo que ha contribuido para declarar inocente a Mumler de la acusación que pesaba sobre él. Una mala copia del referido retrato se ha publicado en la *Revista de fotografía*, y prueba bastante que no es de una persona cualquiera, producida por la imaginación.

Observación.—Las leyes naturales conocidas hasta hoy, las que rigen el mundo de los espíritus, no contradicen en nada la posibilidad de la fotografía espiritista, al contrario, explican hasta cierto modo las dificultades que se han notado en su producción. Todo espiritista sabe perfectamente que los espíritus pueden hacerse visibles, sirviéndose de los

fluidos que poseen los médiums, por consiguiente, si el fotógrafo o la persona que se retrata están dotadas de esta facultad medianímica, el espíritu se hará visible y los reactivos químicos en combinación de la luz reproducirán su retrato sobre el cliché, como cualquier otro objeto.

Según la intensidad de los fluidos, la aparición puede ser más o menos clara, y durar más o menos tiempo, lo que explica la pureza más o menos grande de los retratos de espíritus producidos hasta hoy. Los Médiums que poseen la facultad de hacer aparecer espíritus son raros: sin embargo, existen en todas partes; muchas personas han tenido apariciones pero a veces las han atribuido a su imaginación o bien a la casualidad, lo cual no se explicaban, y por eso no les ha llamado la atención; es de desear, pues, que particularmente estas personas ensayen de retratarse, mientras evoquen a algún espíritu simpático, y quizás puedan obtener en España lo que Mumler en América.

Ayudaría mucho el fotógrafo, o tercera persona, si tuvieran la facultad medianímica necesaria, como también pueden aniquilar por completo la de la persona que se retrata, haciendo la evocación, si tienen fluidos contrarios, y un fotógrafo podrá obtener retratos de espíritus, mientras que otros no producen nada.

L. K.

(Del *Criterio Espiritista*, de Madrid).

FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA EN ALICANTE

Vamos a dar cuenta a nuestros lectores de un hecho digno de llamar su atención, realizado el día 6 de Enero, en la fotografía de Mr. Planchard.

Cuando leímos el anterior artículo, concebimos la idea de hacer un ensayo como en el mismo se nos aconseja, ansiosos de obtener, como nuestros hermanos de América, el retrato de un espíritu.

Acordamos celebrar una reunión varios compañeros para obtener por la evocación de un espíritu, las instrucciones necesarias. El día 5 del pasado nos reunimos al efecto, y siguiendo los consejos que recibimos, determinamos personarnos al día siguiente por la mañana en la citada fotografía de Mr. Planchard.

El espíritu que se comunicó nos dijo entre otras cosas lo siguiente: «Todos los espiritistas son apropósito para obtener lo que deseáis: pero es menester que se haga con muchísima fe la evocación al espíritu, en el instante de estar enfocado, mejor sería que el espíritu que se evocara fuese familiar o simpático, y que el que se retrate y el que cubra y descubra el objetivo de la máquina sean médiums y de una misma facultad, pues esto influye mucho en la armonía de los fluidos, si son simpáticos, os será fácil, si por el contrario se repulsan, es más difícil y menos probable que obtengáis buen resultado.»

El médium Juan Pérez, que no estaba enterado del caso, se le invitó a que nos acompañase a la citada fotografía; enteramos al fotógrafo del objeto que allí nos llevaba y accedió gustoso a nuestros experimentos. El mencionado J. Pérez hizo primero una evocación en la misma galería y se le presentó el espíritu de su padre, que, enterado del caso, deseaba salir retratado junto con su hijo. Este, con gran contento, accedió y pasamos a las pruebas. Breves instantes trascurrieron en ello, y cuando el fotógrafo recogió la plancha y entraba en la cámara oscura, el que se había retratado, sintiendo fluido, tomó el lápiz y escribió estas palabras: «Alabad a Dios: habéis obtenido más de lo que pensabais, perseverad en los estudios y ya alcanzareis mejores pruebas.» El fotógrafo salió diciendo que notaba dos manchas en el cliché con formas humanas, una a la derecha y otra a la izquierda del médium que se había retratado. Efectivamente, habían salido en el cliché los retratos de dos espíritus. El que estaba a la derecha era el padre del mencionado J. Pérez, (que fue reconocido después por infinidad de amigos que le conocían y en particular por su misma esposa), y se hallaba reclinado sobre su hombro; y el de la izquierda fija la vista en el suelo en actitud grave y respetuosa.

Esto es lo que hemos obtenido, y lo hacemos público para conocimiento de nuestros lectores, encargándolos reproduzcan esta clase de experimentos. Nosotros publicaremos también cuantos se efectúen desde hoy y cuantas noticias recibamos relativas al asunto para su mayor esclarecimiento.

El Espiritismo es también una ciencia experimental. Sus efectos y manifestaciones no están en contradicción con las leyes naturales, sino que por el contrario, están dentro de la naturaleza misma, contribuyendo a explicar mejor estas mismas leyes y a revelar sus fenómenos.

= BIOGRAFÍA DE ALLAN-KARDEC =

(CONTINUACIÓN)

El verdadero conocimiento del Espiritismo data de la aparición del «Libro de los Espíritus,» ciencia que hasta entonces no había poseído más que elementos esparcidos sin coordinación y cuyo alcance no había podido ser comprendido de todo el mundo.

Desde este momento fijó la doctrina la atención de los hombres serios, tomando un rápido desenvolvimiento. Adhiriéndose en pocos años a estas ideas personas de todas las clases de la sociedad y de todos los países. Este resultado, sin precedente, es debido indudablemente a las simpatías que estas ideas han encontrado; pero también es debido en gran parte a la claridad, que es uno de los caracteres distintivos de los escritos de M. Allan Kardec.

Absteniéndose de las fórmulas abstractas de la metafísica, ha sabido el autor hacerse leer sin fatiga; condición esencial para la vulgarización de una idea. Su argumentación de una lógica infalible, ofrece poco campo a la refutación y predispone a la convicción en todos los puntos de controversia. Las pruebas materiales que da el Espiritismo de la existencia del alma y de la vida futura, tienden a la destrucción de las ideas materialistas y panteístas. Uno de los principios más fecundos de esta doctrina, y que emana de lo que precede, es el de la pluralidad de existencias, vislumbrado ya por una multitud de filósofos antiguos y modernos, y en estos últimos tiempos por Juan Reynaud, Charles Fourier, Eugenio Sué y otros; pero se había quedado en estado de hipótesis y de sistema, mientras que el Espiritismo demuestra la realidad y prueba que es uno de los atributos esenciales de la humanidad. De este principio parte la solución de todas las anomalías aparentes de la vida humana, de todas las desigualdades intelectuales, morales y sociales: el hombre sabe así de donde viene, a donde va, para qué fin está en la tierra y por qué sufre en ella.

Las ideas innatas se explican por los conocimientos adquiridos en las vidas anteriores; la marcha de los pueblos y de la humanidad, por los hombres de los tiempos pasados que reviven después de haber progresado; las simpatías y las antipatías, por la naturaleza de las relaciones anteriores; estas relaciones que forman la gran familia humana de todas las épocas, dan por base las mismas leyes de la naturaleza, y no ya una teoría, a los grandes principios de fraternidad, igualdad, libertad y solidaridad universal.

En lugar del principio fuera de la Iglesia no hay salvación, que conserva la división y la animosidad entre las diferentes sectas; y que ha

hecho derramar tanta sangre, el Espiritismo tiene por máxima: fuera de la caridad no hay salvación, es decir, la igualdad entre los hombres delante de Dios, la tolerancia, la libertad de conciencia y la mutua benevolencia.

En lugar de la fe ciega; que aniquila la libertad de pensar dice: «no hay más fe inquebrantable que aquella que puede mirar la razón cara a cara en todas las edades de la humanidad. La fe necesita una base, y esta base es la inteligencia perfecta de lo que se debe creer; para creer, no basta ver, es menester sobre todo comprender. La fe ciega, no es ya de este siglo; en efecto, el dogma de la fe ciega, es precisamente el que hace hoy el mayor número de incrédulos, porque quiere imponerse y exige la abdicación de una de las más preciosas facultades del hombre: el raciocinio y el libre albedrío.» (Evangelio según el Espiritismo).

Trabajador infatigable, el primero y último siempre en la obra, Allan Kardec ha sucumbido el 31 de marzo de 1860, en medio de los preparativos de un cambio de local, que se le hizo necesario por la considerable extensión de sus múltiples ocupaciones, numerosísimas obras que estaba a punto de terminar, o que esperaban el tiempo oportuno de aparecer, vendrán un día a probar más aún la extensión y el poder de sus concepciones. Ha muerto como ha vivido, trabajando. Sufría desde largos años una enfermedad de corazón que no podía ser combatida sino por el descanso intelectual y cierta actividad material; pero completamente entregado a su trabajo, se negaba a todo lo que podía absorber uno de sus instantes, a costa de sus predilectas ocupaciones. En él, como en todas las almas fuertemente templadas, la espada ha gastado la vaina.

Su cuerpo se hacía pesado y le negaba sus servicios, pero su espíritu, más vivo, más enérgico, más fecundó, extendía siempre el círculo de su actividad.

En esta lucha desigual, la materia no pudo resistir por más tiempo. Un día fue vencida. El aneurisma se rompió, y Allan Kardec cayó como herido por el rayo. Desaparecía un hombre de la tierra: pero un gran nombre tomaba asiento entre las ilustraciones de este siglo, un grande espíritu iba a templarse nuevamente en el infinito, donde todos los que había consolado e ilustrado aguardaban con impaciencia su venida.

(CONCLUIRÁ)

VARIEDADES

AL ESPIRITISMO

Cual mísera barquilla, que pérdida
Entre las ondas del profundo mar.
Sin velas, por el viento combatidas.
Sin timón y propensa a naufragar.

Que distingue por fin en lontananza
Las tintas nacaradas de arrebol,
Y renace en su seno la esperanza
Al ver cual brilla sobre el agua el sol.

Así la humanidad extraviada
De senda que trazara el Hacedor,
Por el instinto material guiada
Nunca llegaba al puerto salvador.

Pero un día, de Oriente al Occidente
Un sol esplendoroso apareció.
Y su fulgor divino y trasparente
La senda que seguimos nos trazó.

Esa senda, de flores matizada;
Flores bellas, de vivido color,
Que abriendo su corola delicada
Nos brindan con su aroma embriagador.

Esa senda, que cruzó valles, montes,
Que de uno al otro polo se extendió;
Que descubre tras nuevos horizontes,
La gloria que Jesús pronosticó.

Esa senda de amor y de alegría.
Por donde caminará la humanidad;
Esa senda tan recta que nos guía
A otros mundos de luz y de verdad.

Esa senda, de dichas y placeres
Que nos une con lazo fraternal,
Y que nos comunica con los seres
Que dejaron su traje material.

Esa senda, que al torpe fanatismo
Para siempre en el olvido hundió,
Es la senda, llamada Espiritismo,
Que por el orbe entero se extendió.

Espiritismo, sí, estrella que luce
Alumbrando el abismo del error,
Tabla bienhechora que conduce.
Al náufrago hasta el puerto salvador.

Bajel que confiado en la bonanza,
Cruza el mar de odio, envidia y vanidad,
Con las velas henchidas de ESPERANZA
Elevando por timón la CARIDAD.

¡Salve, Espiritismo, llama divina!
Tú vienes la ignorancia a confundir,
Tú eres el astro puro que ilumina
Un grato y delicioso porvenir.

Tú eres sol, que el misterio de la vida
Con tu fulgor nos has de revelar;
Tú eres la luz del cielo desprendida
Que las tinieblas viene a disipar.

Tú cuál la estrella que a los magos Reyes
Guió al portal glorioso de Belén,
Nos guiarás con tus divinas leyes
A otros mundos, a la gloria, al Edén.

J. F.

MISCELÁNEA

Al *Semanario Católico*.—En el número 61 de esta Revista, correspondiente al 21 del próximo pasado, se publica un suelto en son de burla, dando a conocer el hecho fotográfico-espiritista, y en cuyo escrito, si la gracia no abunda, la mala fe rebosa.

Mucho, muchísimo nos extraña que hombres que se creen de respeto, hagan o autoricen el sin igual suelto a que aludimos. Nunca se han encontrado en tan pocas líneas, el conjunto de *groserías, embustes* y

necedades, como en el que se permiten regalarnos los *católicos*; ofensas que no devolveremos, pues jamás será esa nuestra conducta, pero sentimos que personas religiosas, morales e instruidas, falten de ese modo al buen concepto que les deben merecer sus hermanos.

A nuestro pobre parecer, el escritor se debe a la verdad, por lo que tiene la ineludible obligación de discernir perfectamente los hechos que quiera relatar a sus lectores, cuidando mucho, ya que los autoriza con su firma, de desechar lo escuro y dudoso o lo que la inteligencia no llegara a comprender.

El fenómeno no es nuevo, y ya en la California y en New York, se ha reproducido muchas veces. Si el autor del suelto quiere enterarse y saber al mismo tiempo la verdad, puede leer el artículo que insertamos en este número, dónde se da cuenta exacta del suceso sin olvidar ningún detalle.

Más, entremos en la cuestión. Dice nuestro cofrade en su segundo párrafo: «La fatalidad puso cariacontecidos y cabizbajos a los autores del juego,» y en la conclusión del cuarto párrafo «mientras un *imprudente* curioso, profano al espiritismo busca con inalterable calma la plancha que había servido para el retrato, y dice con el mayor aplomo: el *busilis* estaba en la plancha, que no habiéndose limpiado convenientemente después de otro retrato, ha sacado en este lo que quedó por limpiar en aquel.»

¿Cómo probará nuestro historiador lo que tan falto de verdad dice? ¿Se ha dignado fijar su vista de unce sobre el *cliché* en cuestión? ¿Lo ha observado bien cómo es su deber? ¿Se ha enterado de todos los pormenores, para hacer su relato? No, no y vamos a probárselo.

Principia por echarle el *muerto*, a un *imprudente* curioso que, con el *mayor aplomo*, (para mentir) dijo que había encontrado el *busilis*. ¿Qué es esto, sino evadir el bulto, para luego rectificar? ¿Si no lo habéis visto, cómo lo aseguráis? ¿Cómo os atrevéis a apellidar de embaucadores, de fulleros a los que fueron a retratarse?

¿Cómo teniendo usó de razón y habiendo visto el *cliché*, se atreve a decir «*que es reproducción por falta de limpieza en el cristal?* ¿No ve que hay dos cabezas en posición contraria, que la del lado derecho se reclina completamente sobre este brazo del retratado? ¿Pues si es así, si esto es lo cierto, sirviendo el cristal, forzosamente debía ser en un grupo y cómo en este trabajo cabe tal confusión, tal enredo? Estudie el curioso impertinente la copia del retrato, y verá que no pueden, ni los *clones*, tomar al retratarse las posiciones apayasadas que se necesitan para resultar la forzada actitud de las dos cabezas. Busque al médium que se retrató y él le llevará a oír el concepto que de una de las cabezas han formado su madre y varios antiguos amigos de su familia, personas formales que le asegurarán ser aquel un fiel retrato de su padre.

No nos detengamos más sobre esta especie, que no ha podido nacer sino de la envidia de algún fotógrafo o de la mala fe.

En cuanto al juego descubierto solo se puede contestar preguntando a la vez. ¿Cree el *Semanario Católico* que en nuestras reuniones hay algún retablo o cuadro dónde campee la *encantadora* y *cuca* sentencia «Hoy se sacan ánimas.»

Pues donde no hay cepillos para las *ánimas* ni otras dedicatorias por el estilo, no pueden haber juegos ni engaños: no hay para qué, hermano romano!

Las personas que presenciaron el acto son tan respetables como el que más y no merecen ser tratadas tan a la ligera y adornados por los epítetos y trivialidades con que se entretiene *La Revista científica y literaria.*

Tenga mejor conciencia otra vez, piense lo que vaya a decir y cuando quiera puede relatar los jueguecitos con que nos entretenemos y nosotros daremos su razón de ser y le enseñaremos lo que por malicia no sabe, pidiéndole luego la razón, la ley y la justicia de una porción de misteriosos misterios, derechos, interpretaciones y dineros que hacen feliz a los *prójimos.*

Otra al *Semanario Católico*.—Amigo Semanario, no hemos padecido una grave y lamentable equivocación, al decir que no habíais admitido el cambio, pues los dos números que en la imprenta de la calle de San Francisco han recibido, son el cambio que habían establecido en las imprentas de los dos periódicos.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 20 de Febrero de 1872. Num.4.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

ADVERTENCIA

En atención a la favorable acogida que ha tenido nuestra REVISTA, tanto en esta capital como en el resto de la Península, y con motivo de la polémica entablada con el *Semanario Católico*, aumentamos en este número doce páginas más a nuestra publicación.

SECCIÓN DOCTRINAL

EL ESPIRITISMO ANTE LA SOCIEDAD

Lo que fue, debió ser: lo que debió ser y no fue, será.

De la Sagra.

I

¿Qué es la doctrina espiritista? ¿Qué es el Espiritismo...? ¿Son por ventura hacinadas reminiscencias de ideas que las razas semíticas enviaron de Oriente a Occidente en las primeras edades de la vida de los pueblos de nuestro planeta, que envueltas en el sudario de las generaciones primitivas, han sido desenterradas mas tarde para darlas en nuestros días como móvil de enloquecedora distracción, como objeto de versátil pasatiempo, a un siglo, a una época que olvidándose mucho del mundo moral, se cuida en cambio de la resolución de los más grandes problemas del mundo físico?

¿Es acaso, algún sistema filosófico, religioso o político, ignorado de los más, desconocido de muchos y tan solo para los escogidos accesibles su iniciación en él? ¿O es, por el contrario, el verdadero camino que conduce a la humana inteligencia a comprender, por medios para ella sobrehumanos, pero tangibles, la posible seguridad de obtener la perfección moral de los seres? Ah! he aquí el mal: he aquí que por no fijar el hombre su atención en asunto de tanta y tanta importancia, sin detenerse a juzgar con madurez, desecha con melancólica sonrisa, si ya las más veces no lo hace en despreciativa mirada, al que se atreve a hablarle de lo que malamente el mundo conoce por Espiritismo, y por consecuencia final, que los más grandes errores, los mayores absurdos van discurriendo por todas partes, allí donde el Espiritismo tiene un adalid, un adepto, un creyente, que sin gozar de popularidad ni suficiencia, sin más armas que su convicción, disputa y cierra el paso a las perniciosas doctrinas de Compte y de Litré.

Dejemos, pues, a otros hermanos la grata tarea de avivar más y más nuestro sentimiento, iluminar nuestra razón, buscar los medios de depurar más nuestra existencia de los lunares que la ennegrecen, y tomemos sobre nosotros, débiles e insuficientes, la de presentar el Espiritismo tal como es hoy en nuestro suelo, aun para gentes no vulgares, y lo que debe ser para todos los seres del mundo.

La inteligencia humana, fugaz destello de la luz Divina, encontrándose dueña y señora del mundo, no ha querido emplear como pudiera su fuerza reguladora en la marcha ascendente, que lleva en esa progresión continuada que practica y que a cierto tiempo de la vida se llama época, generación.

El hombre, desenvolviendo poco a poco los rudos elementos de que vive, en que vegeta, cuanto mayor ha sido la función de sí mismo, más y más ha descuidado «nosce te ipsum» que en otro concepto sentara un filósofo como fundamento de su doctrina.

Pero, si un día el Asia, dando la verdad al mundo en la persona de Jesucristo, ha producido la «Buena Nueva» y la preparación del hombre por el camino de vida eterna, Aquel, que es Espíritu sobre todo Espíritu, Ser sobre todo Ser, ha permitido que en todas las regiones del mundo, de un polo a otro polo, desde el cénit al nadir, la luz de su omnipotencia alumbre privilegiadas inteligencias, inflame corazones dispuestos a amar lo desconocido con la fe en las obras del Señor, y cual chispa eléctrica, se conozcan en todas partes hechos que demuestren la existencia de los Espíritus, la comunicación con nosotros, y las obras que con su influencia o por su medio se realizan: que el Espiritismo tiene un fin eminentemente moral, y no debe ni ponerse a prueba, porque fuera negar de una plumada los atributos de Dios, ni consentir en verlo empleado como conversación

baladí, lo mismo en la plaza pública o retirada estancia, que entre el oscuro jornalero e ilustrado jurisconsulto, porque si hasta hoy esta doctrina no ha traspasado unos regulares límites en el proselitismo, un día no lejano, puesto que antes «no fue,» SERÁ la piedra miliárea que guie al hombre por su camino de peregrinación en este mundo, conduciéndole a ver como giran en armonioso torbellino alrededor de sí mismo, realizando inmutables leyes que les dio un día el que hizo, esos infinitos globos que con sus ejes de diamante, sirven de escabel al que más allá aun, se halla sobre su gloria contemplando su obra.

Elche Febrero de 1872.

F. R. CORTINA.

AL SEMANARIO CATÓLICO

Dije al *Semanario*, que trataba la cuestión de fotografía con sorna y ratificó la expresión; si quiere a su modo tergiversar la idea se engaña, porque en buen castellano ciertos *lapsus* no se admiten. *Lentitud* y *mesura* en el concepto del *Semanario* significa gravedad, y en la cuestión que nos ocupa de todo tiene menos de esto, lo que si abunda en el escrito es la bellaquería. Añade que no se les ofende porque está dentro de la escuela religiosa este modo de decir, y que por lo mismo está en el carácter propio de los católicos. Me extraña, no lo sabía; es más, ignoraba que el *Semanario*, que representa a cierta clase de católicos le fuera dado cultivar el género bufo.

Dice también el *Semanario*, que no es del caso el haber dicho que viesen como sacar del infierno o del purgatorio al espíritu en el cual quería hacer la prueba del retrato. ¿No es partidario del dogma católico? ¿no es eminentemente católico el *Semanario?* púes entonces, demasiado sabe que las almas están encerradas en estos sitios y que la prueba que desea sería difícil, sin zanjar este inconveniente; por lo demás, si no es empresa suya el sacar las almas del purgatorio lo será de sus amigos, ¿y quién mejor que los amigos pueden servir al *Semanario?*

Entre otras cosas también advierte que la existencia del infierno y del purgatorio, es un dogma antiquísimo aprobado por *locos* como Fénelon Bosuet, Fray Luis de León y el popular Quevedo...» ¿y a mí qué me cuenta Ud.? En la época en que los más ignorantes admiten el vapor, la electricidad con todos los adelantos del siglo XIX, ¿deben merecernos

mucho crédito las ideas de las generaciones rezagadas? Desengáñese el *Semanario*, mucho bueno tenemos y conservamos de la antigüedad, no lo dudo, pero algunas verdades de ayer son los errores de hoy y las ridiculeces de mañana, y a medida que la humanidad vaya recorriendo la escala del progreso, irá despojándose de esas preocupaciones que no admite ni la buena iónica ni la razón.

¿Desea que le revele el *Semanario* la razón contraria a la existencia del infierno? con mucho gusto: *No existe el infierno porque existe Dios*: No se pierde el hijo porque vela por *él su padre,* y por más perverso que fuera esto, *el padre es eminentemente bueno, sabio y poderoso, para librarlo del poder del mal: si en el infierno existe el demonio ejerciendo sobre las almas un poderoso demonio. Dios es más fuerte que el demonio y se dejaría matar mil veces*—permítaseme la figura—*antes que el genio de la soberbia tocase ni uno solo de los cabellos de sus hijos.*

Para contestar a todas mis aserciones emplea cuatro columnas el *Semanario* ¡cuatro columnas! mucho les tengo que agradecer y procuraré por mi parte corresponder a tan fina atención, contestando solamente y sin digresiones a aquello de «Mil gracias por lo primero y que venga pronto lo segundo» al reto aceptado por el *Semanario*.

Para esto, primeramente he de advertir, que no tengo la pretensión de ilustrar, que expondré naturalmente aquellas ideas espontaneas, hijas de la meditación y de mi filosofía, sencilla cual mi corazón que no admite la dobles, que no aspira a otra cosa más que inquirir el conocimiento de la verdad en el terreno en que se encuentre y haciendo abstracción completa de las pasiones que tienden a la animadversión de los hombres y de las cosas: escribirá a los amigos, no a los adversarios, como tal vez me crea ese periódico con motivo de mi anterior gacetilla.

Me reservo por lo pronto mentar para nada el espiritismo; la filosofía es antes que la doctrina, el hombre piensa y después resume sus ideas; poco he pensado, porque ahora entro en la vida del raciocinio, soy joven y en la primera alborada de mis días, de agitación y lucha, he visto en el siglo fatalmente impresa la mano del monstruo. El Mal, que amenaza lleno de soberbia destruir a la humanidad. He reconocido que es la misma de que nos habla la historia en el reinado de todos los tiempos y de todas las épocas, desde Jesucristo, antes de Jesucristo y desde el principio del mundo: en figura de serpiente nos lo pintaron los antiguos, en la figura de un hombre de colosal estatura le veo yo; de sus labios brota hiel, de su corazón fuego; de su siniestra mirada nace el terror, para él no se ha hecho el hombre, quiere ensanchar el círculo de su morada y envenena con su hálito a toda la atmósfera para que la humanidad sucumba y domine, señor sobre toda las cosas de la tierra.

Este monstruo, es el egoísmo, es la tiranía, es el mal, es el vicio, es la corrupción; en su fisonomía lleva impreso el odio, la rabia, el orgullo; en su expresión, el cinismo más desvergonzado, y su conjunto lleno de imperfecciones, es el tipo más acabado de la deformidad.

En todas partes está y por doquier nos rodea acibarando nuestra vida de tormentos, complaciéndose en nuestras penalidades y no sintiéndose satisfecho hasta ver que acabamos gota a gota las heces de la amargura.

¿No le veis vosotros, no le presentís, no adivináis al que es causa de tanta desventura en la tierra?

Ciegos estaréis si esta fisonomía que os he pintado, no os ha repelido alguna vez. Mirad sus ojos en Europa y América; el catolicismo y el protestantismo; odio recíproco y eterno se profesan, ¿y contra quién? ¿hay algo que sienta más que la humanidad? ¿las ideas se pueden herir hasta hacerse sangre? los protestantes y católicos ambos son mártires de esas dos lumbreras que alimentadas por el odio, no pueden producir más que la muerte.

Mirad su opresión en el África y en gran parte del Asia; el mahometismo y el fetichismo, ¿que son más que la vulgaridad y la rudeza? ¿esas ideas allí esparramadas a qué conducen, si no a hacer mártires a aquella humanidad como a esta y precipitarla toda al error, al caos, a la anonadación y a la muerte?

Mirad su conjunto en todas las tres mil y tantas ideas religiosas que se sientan en la superficie del globo ¿qué son si no tres mil y tantos enemigos que incesantemente están afilando sus aceradas uñas para desgarrarse el corazón y despedazarse?

¿Qué hace el catolicismo? ¿qué hace el protestantismo? ¿qué hace el mahometismo? ¿qué hace tanta farsa, si apenas tienen tiempo para odiarse, aborrecerse y encender la tea de la discordia a fin de que desaparezca el hombre, en una lucha diabólica, infernal, satánicamente provocadora, hasta de la omnipotencia de Dios?

¿Qué hacen las religiones cultas, hipócritas, que bendicen y no se reconcilian? ¿por qué no se reconcilian y extinguiendo el odio de sus miradas, por qué no llevan la cultura a África y Asia, o nuestros hermanos de allí que gimen en los errores de un embrutecido idiotismo? Esto es lo que no comprendo por más que me esfuerzo en aclarar; que hable un protestante, que hable un católico, que hablen los fanáticos de todas religiones, esos átomos monstruos que componen el cuerpo monstruo enemigo de la humanidad; que hablen y que me digan quién de todos estuvo en razón, si Jesucristo, si Lutero, si Mahoma, si Buda o si cada uno de los que dejaron sus creencias en el mundo.

Jesucristo fue bueno, el modelo de virtud más perfecto y acabado; Lutero, pensaba tener razón al separarse del Pontificado: Mahoma, quiso hacer feliz con su doctrina a la humanidad; Buda esto mismo pretendía, cada secta representada por un hombre, quiso hacer lo mismo, y tantos pensamientos convergentes a un mismo punto, no han servido más que para aislar al hombre y hacer sufrir al bueno y esparcir el error y acrecentar el odio y apresurar a la muerte, que nos sorprendiera en nuestra marcha sin un pensamiento fijo, grande, noble, sublime, que nos consolara y redimiera en los últimos momentos de agonía.

Que hablen los fanáticos de todas religiones y que nos digan a los que deseamos ver en Dios la verdad, la unidad, la belleza, la armonía y el conjunto, en donde le hemos de encontrar, si en Jesucristo o en Mahoma, si en Lutero o en Buda.

¿Qué han de contestar los fanáticos, los que sostienen que el verdadero Dios es el suyo, y están dispuestos a defenderlo con esa desesperación maldita, inhumana, criminal?

Los fanáticos, como he dicho, son los átomos deformes que forman el cuerpo monstruoso, destructor de la Inhumanidad.

Voy a clasificar el átomo de esta naturaleza que me es dado conocer: el catolicismo romano.

Jesucristo es el símbolo de la humanidad; él perdonó a sus enemigos y este ejemplo de abnegación y grandeza, por más que sea una de las principales máximas del cristianismo, comienza por debilitarse en el Pontificado y en los más influyentes pastores de la secta de Lutero. ¿Por qué no os abrazáis y os perdonáis, propagadores del bien, del amor y de la fraternidad? ¿el orgullo de la religión y de la creencia, no os permite transigir y dar ejemplo al común de vuestros fieles?

Jesucristo fue pobre, humilde, y en su vida no tuvo otra ocupación que prodigar el bien; sus discípulos, nacidos en las riberas de un lago, no conocieron el lujo y no ostentaron, infelices pescadores, más que la sencillez del cuerpo y la sencillez del alma.

¡Cuánto indigna y como se subleva nuestra alma al ver la majestad del Papa, el Fausto del cardenal, la riqueza del obispo y la comodidad del clero; y el pobre creyente, hambriento, cubierto de andrajos postrarse ante una estatua ricamente vestida, cuajada de oro y plata, de perlas y brillantes, cuando un solo objeto de su adorno pudiera mitigar el hambre del esposo, del hermano, del padre, del hijo, del ser que nació de Dios, para que en su amparo y protección viviera! Hablad católicos, porque de mí se decir, que de indignación reboza mi alma, y mi mirada, cerniéndose en todas partes,

no cesa de ver el estrago que está causando tanta aberración, tanta torpeza y tanto insulto al pobre, al miserable, al mendigo, al esclavo.

¿A dónde queréis que os hiera en despecho de la doliente humanidad en el Templo? ¡pequeña y lóbrega mansión! sino cabe el Universo, el Templo es un simulacro tan mezquino que no sirve para representar la divinidad de Dios. En sus bóvedas no hay más que tristeza, oscuridad y un silencio que nos entrevé esa muerte llena de llamas fatuas vaporosas, que no salen del círculo de la putrefacción; llamas que horripilan, que constriñen el pensamiento, que apagan las ideas y que debilitan al espíritu robándole su primordial esencia. Sus imágenes inertes y frías al dolor, desesperan nuestra afusión y con su lujo ofenden nuestra humildad y pobreza; ante ellas el corazón no siente, son una epopeya del arte que en nada pueden significar lo infinitamente divino.

¿Dónde está allí la divinidad? ¿y cómo puede estar allí, si allí no está la justicia? En su cúpula mas afta, la funeral campana avisa con lúgubre eco la despedida del rico, del magnate, del poderoso; el aparato y la ostentación le conduce, el servilismo del sacerdocio le acompaña, el estipendio se reparte por categoría y esta farsa formalmente representada, hace exclamar al pobre lleno de temor, si esto se necesita, no me salvaré; la campana será para mi muda, la oración gratuita, infructuosa, y la caridad tardía depositada óbolo por óbolo en ese cepillo de ánimas, abreviarán mis horrendas penalidades?

Que pese una por una mis palabras el catolicismo y en su pequeña representación, que juzgue el *Semanario Católico* de la grandeza de su dogma; que hablen de Jesucristo como el catolicismo y el *Semanario* su cofrade le entienden: que hablen, seguros de poner en evidenciad su fanatismo o su incalificable ignorancia, Jesucristo no es como lo expresáis, es más grande, es más elevado, es más divino sin ser Dios, es mas divino que ese Dios que os forjáis, señor del cielo y de la tierra, creador de dos lumbreras para que se separen el día de la noche, del Dios que con horror de la ciencia hizo el firmamento sin otro objeto que el de recrearnos en su contemplación, del Dios del cielo y del infierno, de la expiación eterna infinita entre horrorosas llamas y de la gloria de un bienaventurado idiotismo.

Juan Pérez.

AL SEÑOR M. S.

Habiendo leído en el *Semanario Católico* el artículo que con el epígrafe de «La oración filosófica y religiosamente considerada» publica en el número 60, creemos cumplir nuestro deber contestando cual merece las mal embozadas alusiones que nos dirige en uno de sus primeros párrafos.

Mucho sentimos tener que contestar a esta clase de artículos, cuando tan claramente se ve que los inspira la más absoluta ignorancia de nuestra doctrina. Mas le valiera al señor M. S. dedicarse a estudiarla antes de pensar siquiera combatir una de las más sencillas de sus máximas, pues si tal hiciera no consignaría en sus artículos calumnias como la que nos dirige al decirnos que «negamos el culto al Dios de las alturas, y de las inmensidades, prestándole a los seres más efímeros y deleznables y a veces hasta de suyo repugnantes,» siendo así que nuestras oraciones nunca se dirigen a otro que no sea el Dios eterno e inmutable, conjunto de todas las perfecciones: ¿es ese el Dios que adora el Sr. M. S.? creeremos que si: pero haciéndolo más pequeño, haciendo de su divina justicia, soberana voluntad y caridad infinita, una justicia inferior a la humana y una misericordia y voluntad sometida a la pigmea del señor M. S. Sepa también, que no quitamos el culto a Dios para dárselo a «esos seres efímeros y deleznables y basta de suyos repugnantes,» puesto que nosotros evocamos a un espíritu, a un ser de los que Ud. tan duramente califica, hermano nuestro, hermano suyo, como obra del Poderoso, y no le rendimos culto, no le rogamos que nos dé la gloria porque no puede; pero sí que nos enseñe el camino que a ella conduce, y si tal hacemos, es porque son nuestros guías para enseñarnos el bien; porque son nuestros protectores, para consolarnos y llevarnos por medio de sus inspiraciones a lo sublime y a lo infinito. Tampoco nosotros creamos como dice el señor M. S. esa «vida vaga e indefinida» puesto que admitiendo la pluralidad de existencias, esa ley tan necesaria, vamos por medio de la reencarnación purgando en las últimas las faltas de las primeras, puesto que en aquellas ya reconociéndonos, no volvemos a pecar como lo hacemos hoy que la materia cubre nuestro espíritu y le inclina a las malas pasiones, ella nos conduce por el camino de la misericordia a la gloria de nuestro Padre, ella en fin nos dice que nuestro Dios tiene el mismo premio preparado para unos que para otros, pues todos somos sus hijos.

También demuestra Ud. muy poco conocimiento de nuestra doctrina al decirnos inventores de los espíritus errantes: en verdad le digo a Ud. que nunca hemos pensado siquiera en hacernos inventores de la obra del Creador, nunca nuestra mente estuvo loca para pensar que fuese la

inventora de esos espíritus, y decimos que no estuvo loca, porque sólo la que esté puede concebir tal pensamiento.

Después de esto ¿a qué dice el señor M. S. que «inventamos esos espíritus y que las estrellas de este orden no se conocen las leyes por qué se gobiernan? ¿acaso por eso puede negar su existencia? ¿hasta el no saber a qué hora come Ud. para negar que come? ¿se ha encontrado la verdadera naturaleza de la luz solar? ¿basta el no haberse encontrado para negar que existe? no; pues entonces ¿por qué el señor M. S. se atreve a negar la existencia de de los espíritus errantes y se atreve a llamarnos inventores de tales?.... Sepa también que nosotros condenamos toda «preocupación» todo «fanatismo» toda «credulidad» errónea, pero al condenarlos, jamás de nuestros labios salen esas imprudentes frases de «locos,» «farsantes,» «hombres de cabezas dislocadas» etc. que he leído en casi todos los números de *El Semanario Católico* que han atacado nuestra doctrina, a la doctrina del Cristo. No somos nosotros los que prestamos crédito a «inventos extravagantes,» pues todo el que se recoge bajo el sagrado estandarte de la doctrina Espiritista, presta crédito a la verdad y a la razón, no a la mentira y a ignorancia; llama «inventos extravagantes» a esa ley de erraticidad para los espíritus, sin pensar siquiera que al creerlo, profana la doctrina de nuestro Dios. Recorra el señor M. S. los anales de la religión romana; en ella encontrará extravagancias y falsedades, aberraciones y mentiras recuerde el señor M. S. a Gregorio el Grande, aquel que en el siglo, VI dijo que nos esperaba un purgatorio donde las llamas abrasarían nuestros espíritu; recuerde esa conversación particular y secreta que se entabla entre los ministros y los que profesan la religión «romana» esa confesión auricular encontrada entre los religiosos de Oriente en el siglo VIII, recuerde la canonización de los «santos» por Adriano II en el siglo XI, la fundación de la Cuaresma en el X, la de las indiligencias planetarias por Urbano II en el XI… pero, ¿para qué ir tan lejos? recuerde el señor M. S. que en nuestros días, en la plenitud del siglo XIX, declara dogma el concilio ecuménico celebrado en el Vaticano la inefabilidad de Pió IX, de el Epiléptico; qué son esto sino aberraciones de la inteligencia, más que aberraciones; ¿qué es esto sino una verdadera locura? Si. Señor M. S.; estos son, los inventos extravagantes, estos los torpes pensamientos y erróneas ideas…. Dice también el señor M. S. que traemos a la humanidad al tiempo de «brujas y duendes:» no merece esto contestación, y por lo tanto, solo diremos que no somos nosotros los que la llevamos a la «edad de hierro,» pero si vosotros; vosotros la habéis llevado a la edad de la ignorancia, la conducíais al camino de la perdición; la precipitabais en el abismo de la mentira; pero hoy viene la luz, la luz que nos muestra la verdad; que conduce al hombre por la senda del bien y del trabajo, a la mansión del justo y del bueno. Y ¡hay de aquel que cierre los ojos ante lo sublime y 1o verdadero de la revelación, porque entre su diabólica algazara, se oirá el

santificado grito de su conciencia que le dirá *Nosce te ipsum*, conócete a ti mismo!

S. y F.

DOS CARTAS

EL BIEN Y EL MAL

CONTROVERSIA RELIGIOSA

A continuación insertamos la carta que combatiendo el espiritismo nos remitió el *canónigo de esta colegial* D. Florentino de Zarandona y que se ha publicado en *El Constitucional* y el *Semanario*, y la refutación que no dudamos publicará también el *Semanario*, verdadero palenque de la polémica. Exigimos al colega y al autor de la carta la inserte como prueba de buena discusión.

CARTA PRIMERA...

Sr. Director de LA REVELACIÓN.

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración. La luz acaba de herir mis ojos: oí que «suscribe, pobre mortal, caminaba entre tinieblas y sombras de muerte, hasta el momento que he tenido la dicha de leer la REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA. Fluctuante, como la humanidad, en el inmenso campo de la vida, lo había sido penetrado todavía por la luz del espiritismo; pero esta llegó «real, evidente, palpable, cierta,» y su doctrina me ha «sorprendido feliz en mi desastrosa marcha: ¿a dónde iba yo a parar despojado el corazón de esos sentimientos religiosos, que son el todo de la armonía humana?...a Si, tiene Ud. razón. «el hombre en su extrema ignorancia caminaba a ciegas por cimas y precipicios, sin proveer a donde se hubiera detenido en su fatal carrera: Sí. es lo cierto, que ignorando siempre a dónde hubiera de dirigir sus pasos, encontrara al fin de su destino una muerte horrible en justa expiación de su torpeza: sí, es evidente que la humanidad toda se estrellara en su desenfreno, si una verdad grande,

revelada y llena de unción divina, no la detuviera en el momento de precipitarse al caos.» Esta verdad, es el espiritismo.

Yo, pues, en vista de esto, casi me siento inclinado a abrazar el espiritismo, y aunque neófito en la ciencia, abrazo de antemano a todos mis hermanos en los espíritus; incluso los de Sevilla y Alcázar de San Juan; y desde las columnas de LA REVELACIÓN les envió mi cordial saludo, el saludo de un corazón «lleno de amoroso éxtasis, de divino arrobamiento y espiritual sensación.»

Sin embarco, Sr. Director, «como he sido conducido desde la niñez, en completa inocencia, por el fanatismo y la preocupación; necesito despojarme del hombre viejo, y arrancar una a una las injustas prevenciones de mi educación primera, descargando mi conciencia de ciertas dificultades que encuentro en la nueva doctrina: porque yo no reniego de mi razón, yo no renuncio esa facultad admirable que Dios me ha dado, para investigar, conocer y comprender la doctrina espiritista; yo no abdico mi dignidad de hombre, ni pienso ofrecerla en sacrificio expiatorio sobre una mesa que golpea o un cesto que escribe: al contrario, yo me reservo todos los derechos propios del ser racional, y armado con ellos, voy a penetrar, obrero infatigable, en los arcanos misteriosos de la ciencia: con el escalpelo de la lógica yo levantaré todas y cada una de las capas que cubren sus secretos, y presentaré a los ojos de los fanáticos y de los hipócritas, su hipocresía y su fanatismo, y la luz brotará al fin, sino a los golpes de una mesa, a los de mi pluma.

Cuento con vosotros, mis futuros hermanos en los espíritus, y confío que habéis de ser mis principales cooperadores. Yo soy, como vosotros amigo de la luz: yo detesto y abomino lo mismo las tinieblas más profundas, que esas nubes pasajeras que se levantan de vez en cuando en el horizonte de la vida; mis ojos sólo se deleitan en lo grande, en lo bello, en lo verdadero, en lo luminosa y lo brillante, que Dios no ha encendido esos globos de fuego, que nos alumbran, sino para hacernos amar la luz, purísimo destello de la naturaleza invisible, la luz, pálido rayo de ese loco infinito, la luz, símbolo de esa vida inmortal, a la que todos caminamos.

En los primeros números de LA REVELACIÓN, afirma Ud. Sr. Director, con todo el aplomo de quien dice la verdad:

1.º Que el Espiritismo no destruye la religión cristiana: «Si algunos por desacreditar nuestros principios propalasen que venimos a destruir la religión, sirvan de contestación estas palabras de Cristo: «NO VENGO A DESTRUIR LA LEY SI NO A CUMPLIRLA:» el Espiritismo dice también: «no vengo a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla.»[1]

[1] «LA REVELACIÓN» Núm. 1. Pág. 2

2. º Que el hombre, hasta la revelación del espiritismo, no ha conocido el objeto de su vida, ni siquiera ha sabido a qué atenerse en lo relativo a este asunto, y no ha conocido, ni podido conocer la verdad sino en el espiritismo y por medio del espiritismo. «El hombre en lo sucesivo sabrá a qué atenerse, el rayo de luz que iluminando su alma le hace ver claro el objeto de su mísera vida, será para hacer esta más llevadera, etc.» Hasta aquí la humanidad no había encontrado en ninguna idea el mágico atractivo de la verdad... y ha sido preciso que la revelación (el espiritismo) le ayudara en su asiduo trabajo, en su constante estudio para abrirse paso y apoderarse del misterio de la vida, del arcano de todo, con el conocimiento de ultratumba.(1)

En estas dos afirmaciones, que son el preliminar necesario para no alarmar las conciencias timoratas, veo yo en la 1.ª lo que llamaré LA HIPOCRESÍA ESPIRITISTA, y en la 2.ª TANTAS MENTIRAS COMO PALABRAS.

Por lo que hace a LA HIPOCRESÍA ESPIRITISTA término final, o como si dijéramos objetivo de mis cartas, quedará de manifiesto y como de cuerpo presente a medida que vayamos penetrando en los arcanos de la ciencia. Por el momento, baste decir que no es verdad que el espiritismo venga a confirmar la religión cristiana, y no a destruirla; pues aparte de la desmedida audacia que envuelve eso de *confirmar* nada menos que una religión divina, importada del cielo, el Espiritismo enseña precisamente lo contrario de esa religión: luego decir como Jesucristo, «no vengo a destruir la ley, sino a cumplirla,» y es una hipocresía, que yo considero indigna de todo hombre que tiene el valor de sus convicciones; más aun, es una sacrílega burla del Hombre-Dios, de cuyas palabras abusa torpemente el Espiritismo para seducir y engañar a los inocentes y a los cándidos. Sin necesidad de resolver *el libro de los espíritus*, LA REVELACIÓN nos da una prueba evidente de esto. En un artículo titulado la *Oración*, se leen estas palabras: «no recéis como los fanáticos, que creen que por hablar mucho serán oídos y recompensados, ni oréis en público como los hipócritas, que ya Jesucristo les prometió el galardón. El Maestro encarga se le adore *en espíritu y en verdad*, y siendo esta la consagración del culto interno y la mayor sentencia anulatoria del externo: la forma quedó anulada, y el fondo enaltecido.»(2)

Prescindiendo de la completa ignorancia, que de la doctrina de Jesucristo arguye en él el desdichado autor de esas líneas, en ellas se condena de la manera más terminante todo culto externo, siendo así que la religión cristiana prescribe este culto; luego no es verdad que el Espiritismo venga a confirmar la religión, sino a destruirla. Por lo demás yo ruego a

[1] «LA REVELACIÓN» Pág. 3 y siguientes.
[2] Id. Id. Núm. 2. Pág. 18.

Ud. Sr. Director, me diga con ingenuidad quiénes, y qué es Jesucristo para los espiritistas, ¿es simplemente un hombre? ¿es verdadero Dios? Si Jesucristo no es más que un hombre, luego el espiritismo no viene a confirmar la ley cristiana, sino a destruirla, pues esta enseña que es Dios: si Jesucristo es verdadero Dios, luego será cierta, absolutamente cierta su doctrina, y por consiguiente, cierta e irrecusable la autoridad de la Iglesia, pues a ella, en la persona de sus apóstoles, ha dicho Jesucristo: «id y enseñad a todas las gentes; yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos:[1] el que os oye a mi me oye, el que os desprecia a mí me desprecia:[2] a quien no oyere a la Iglesia tenedlo como un gentil o publicano:»[3] luego el Espiritismo deberá enseñar con la religión cristiana el culto interno y externo, la adoración pública de Jesucristo, la existencia y eternidad del infierno, la indisolubilidad del matrimonio cristiano, toda la doctrina en fin, que enseña la Iglesia, y cuyo conjunto forma la ley cristiana: pero el Espiritismo enseña precisamente todo lo contrario: luego no es verdad que venga a confirmar la religión, sino a destruirla. He aquí lo que yo llamo la hipocresía espiritista, hipocresía que considero muy impropia de hombres partidarios del progreso indefinido, y que sin embargo, se ve que en esta parte nada han adelantado desde que hay hipócritas en el mundo.

Pero he dicho también, que en la segunda de las afirmaciones señaladas más arriba, había tantas mentiras como palabras, y voy a demostrarlo: «El hombre (desde la revelación espiritista) sabrá a qué atenerse: el rayo de luz que iluminando su alma, le hace ver claro el objeto de su mísera vida, será para hacer esta más llevadera, etc.» Hasta gramaticalmente es digno de censura este párrafo, pues *revela* que su autor debe estar tan enterada de la doctrina que defiende, como de gramática castellana. Pero eso de afirmar en absoluto que el hombre desde la revelación espiritista *sabrá a qué atenerse etc*., equivale a decir que hasta ese dichoso y feliz momento nada ha sabido, ni podido saber, ni siquiera *a qué atenerse* en lo relativo al problema formidable de su existencia presente y futura; y que este sea el verdadero sentido del párrafo, lo confirma el siguiente que he citado anteriormente, y el cuerpo del artículo que puede leerse íntegro en el núm. 1.º de LA REVELACIÓN. Semejante afirmación es completamente falsa y además injuriosa para el hombre y para Dios, «cuya bondad y justicia son inconmensurables.» ¿Cómo, el hombre, después de 19 siglos de cristianismo, no podía ver claro el objeto de su mísera vida?... cómo, el hombre, después de la gran revelación de Jesucristo, después que «el deseado de las naciones» hubo dicho en medio del mundo para que le oyeran todos; «ego sum lux mundi, yo soy la luz del

[1] Mateo. 28. 10 y 20.
[2] Mateo. 18-17.
[3] San Lucas. 10-16.

mundo,» el hombre, repito, no supo a qué atenerse en lo relativo al objeto de su existencia, y ha caminado a ciegas por cimas y precipicios sin prever el término de su fatal carrera?... ¿Cómo, la humanidad nada hubiera hecho en la investigación de la verdad, después de haber oído su paso sobre la tierra, después de haberla visto brillar sobre la frente de nuestros mártires en las cárceles y en los cadalsos, en el circo y en el anfiteatro, en los desiertos y en los tronos, después de haber presenciado la destrucción de Jerusalén y la caída del imperio romano, bajo la inmensa pesadumbre de su corrupción y de sus crímenes, después de haber asistido a la civilización de los bárbaros de aspecto feroz y salvaje continente, en una palabra, después de tanta luz de tantos prodigios, de tanto testimonio? ¿Cómo, la historia ha sido para el hombre un libro cerrado con siete sellos, y la ciencia cristiana, y el arte cristiano, y la existencia misma del cristianismo nada le han dicho a pesar de su afán y de su continuo desvelo?... y después de todo esto, todavía la humanidad se hubiera estrellado en su desenfreno, si el espiritismo no la detuviera en el momento de precipitarse al caos?... mentira, mentira mil veces: sólo la osadía espiritista es capaz de lanzar en la última mitad de1 siglo XIX afirmaciones tan falsas, tas contrarias a la historia como a la sana razón.

El hombre, como la humanidad, se halla en posesión plena de la verdad, y de ella no la despojarán las mentiras espiritistas: yo que no lo he sido nunca, que ni conocía siquiera al Espiritismo, yo me levanto a desmentir al osado articulista en nombre de la historia, en nombre da la dignidad humana ofendida: yo me levanto en nombre del género humano a protestar contra el ignorante espiritista, que sin duda cree que la humanidad no se extiende más allá del círculo de su redacción, o del diminuto grupo de espiritistas infelices que se hallan diseminados aquí y allá por parecer muchos y aparentar una fuerza que no tienen. Cada palabra que escribís, cada artículo que publicáis, cada mentira que entregáis a la imprenta, son una prueba de la verdad, que palpita en el fondo de vuestra alma, son un eco, un grito de vuestra conciencia que protesta a su manera contra vuestros propios desaciertos, y a pesar vuestro, sois los testigos de la verdad católica, de esa verdad que abre al hombre los horizontes infinitos del porvenir, que le dice terminantemente lo que le espera mas a allá del tiempo, lo que aguarda a los insensatos que enseñan y propagan doctrinas cargadas con los anatemas de Dios y de los hombres.

Porque uno de los dos, o la divinidad de Jesucristo y por consiguiente la iglesia y su doctrina, su moral, sus preceptos y sus leyes son una mentira, o son una verdad: si son una mentira, ¿cómo os atrevéis a decir que el Espiritismo no viene a destruir la religión cristiana, si no a confirmarla...? En este caso el Espiritismo, viene a confirmar la mentira, y es por lo mismo una mentira mas, y vosotros los apóstoles de la mentira:

pero si son una verdad, cómo podéis asegurar que la humanidad no ha podido encontrar el atractivo de la verdad en ninguna idea, que el hombre caminaba a ciegas y ha sido preciso que el Espiritismo le ayudara en su asiduo trabajo para apoderarse del misterio de la vida, del arcano de todo, con el conocimiento de ultratumba, luego en este caso el Espiritismo es también una mentira. Escoged aquello que mejor os plazca: por los dos caminos se llega de una manera inevitable a la misma conclusión; a la conclusión de vuestras mentiras. Desdichados espiritistas, habéis caído en el lazo que os ha preparado vuestra impudencia o vuestra ignorancia: decid al centro que evoque espíritus más hábiles, pues los que os inspiran, os han hecho caer demasiado pronto en vuestras propias redes.

Quedo de Ud. atentamente Cap. Q. B. S. M.— *F. de Zarandona.*— Alicante Febrero 8 de 1872.

EL NEO — CATOLICISMO

Sr. D. Florentino de Zarandona.

Muy Sr. mío y de mi mayor respeto: La carta de Ud., verdadero cartel de desafío que la comunidad neocatólica nos remite, es aceptado por nosotros, siempre que se observen en la discusión, en la polémica, las consideraciones que se merecen las personas, que de cultas se precian y que aspiran a instruir a sus hermanos, y a moralizar sus extraviadas costumbres.

El lenguaje acre y calificándolo como merece, indiscreto que emplea ha redundado en su perjuicio y en el de la escuela que defiende. Es Ud. un sacerdote que tiene reputación de instruido, y sorprende y hasta maravilla que descienda al terreno de la imprecación y del insulto.

Dos ideas germinaban en la mente de Ud. al combatirnos, y las dos tomaron carta de naturaleza en la epístola; el tono mordaz y sarcástico en la primera parte y el de acusador sin pruebas, el de un terrible autoritario que desmiente los hechos a su placer, en la segunda.

¿Es cierto que siente Ud. no trabajar hoy la benéfica institución titulada SANTO OFICIO? Lo creemos así, porque demuestra un exceso de bilis tal, que hasta puede temerse por la salud de Ud., sino consigue destruir el edificio lóbrego y sombrío donde se guarecen los *trasgos* y los espiritistas, para aconsejar e inculcar entre las gentes la más perversa de las doctrinas, las inmorales prácticas de la *caridad.*

Cálmese Ud., aminore sus bríos, por precaución siquiera, a fin de no perder fuerzas en los primeros empujes, pues aunque mucho se agite, no podrá combatir, ni anonadar una salvadora idea que nace con una potencia invencible, a cuyos propagadores no se podrá prender ni matar jamás, puesto que son espíritus y cuyos adeptos completa y tácitamente convencidos de que defienden la verdad, el bien y a Dios, están y estarán dispuestos siempre a dejarse matar antes de retroceder en su progreso y perfección, y antes, en fin, de renegar de su bellísima filosofía.

Niños somos, comparados con la inteligencia de Ud., pigmeos, ante su gigante virtud; pero no debe desdeñarnos, sabiendo demasiado bien, que Jesús les amaba mucho, llevando muy a mal que los apóstoles, celosos un día—lo mismo que Ud.—no quisieran permitirse le acercaran unos pequeñuelos, por lo que les dijo: *Dejad a los niños venir a mí.*

Hemos venido al estadio de la prensa con el noble deseo, con el santo propósito de hacer el bien, de instruir o instruirnos a la vez, de explicar con nuestras escasas luces, la teoría y la práctica espiritista, la lógica de nuestra filosofía, la pureza de nuestra moral, la ciencia de nuestros experimentos; y si para esta ardua tarea nos cree unos muchachos desautorizados y de poca inteligencia, suplirá nuestras faltas la fe, la esperanza y la caridad. Con la fe estudiamos cuanto podemos, para explicar mejor nuestro credo y destruir vuestros absurdos; con la esperanza, esperamos saber para citaros luego en la plaza pública, y con la caridad, nos enseñamos hoy a perdonar a nuestros hermanos, que por no tomarse la molestia de estudiar una nueva ciencia, la combaten a ciegas, sin ton ni son, y solo por sistema.

Su escrito adolece de la falta citada, es un tejido de *dichos* más o menos discretos, dos afirmaciones gratuitas, sin base, sin razón de ser y *laus deo.*

Ha señalado Ud. la carta con el número 1, que demuestra estás preparado a escribir otras sobre el mismo tema; hágalo, se lo rogamos, pero varíe de conducta, y estudiando y sabiondo lo que dice, trátenos usted con la consideración que debemos merecerle.

La primera afirmación que hace es que venimos a destruir la ley Cristiana. ¡Desgraciado! ¿quién le ha dicho a Ud. que el que lleva por lema *sin caridad no hay salvación posible*, y acepta la existencia de un *verdadero* Dios, pueda dejar de ser *cristiano?* ¡Por los clavos de Cristo![1] no ciegue a Ud. el odio hasta el punto de proferir tal *blasfemia.*

Cristo vino a redimir la humanidad de la esclavitud de la ley y fue tanto el expurgo que hizo, que solo dejó como base para la religión universal—aspiración constante del progreso—el *amar a Dios sobre todas*

[1] Se venden en Roma, imitación a los que le clavaron al Hombre por excelencia. Garantizados.

las cosas y a su prójimo como a sí mismo. ESTA ES TODA LA LEY Y LOS PROFETAS.

Dijo que no venía a abrogar la ley y lo cumplió, pero la ley inmutable del Sinaí, la ley por excelencia.

Nuestras creencias, nuestros deberes, se encierran en el ejercicio de la *caridad* y en la adoración a Dios. ¿Es esto derogar la ley Cristiana, proclamada por Jesús en el afrentoso patíbulo, enclavado en el madero por los sacerdotes judíos, que—como los de hoy—desconociendo el progreso no querían aceptar la reforma de una religión (como la actual) que no servía para el bien, pues estaba en la boca y no un el corazón?

Todo el que acepta la moral de Cristo, es cristiano, aunque se opongan a ello todos los Concilios del mundo. Su moral es la piedra sobre la cual se levanta nuestro templo, es nuestra alma y las grandes figuras del cristianismo, los hechos sublimes de él, son respetados y queridos por todos los que profesan el espiritismo.

La intransigencia romana, rémora jesuítica que tanto perjudicó a la humanidad, ha desmembrado siempre la grey *nazarena* y ha impelido al escepticismo, a la duda a miliares de seres.

Cúmplase perfectamente la ley de Dios, desarróllense las obras de misericordia y ríase Ud. del nombre. En el fondo, la esencia del bien se quiere, llámese turco con tal que sea cristiano en los hechos. Bien sabe Ud. que esto no es opinión mía, sino de Jesucristo, cuando dice: *No hay judío ni gentil, no hay griego ni persa, no hay macho ni hembra.*

Pero eso, no es posible que Ud. lo acepte, y lo comprendo. ¿Qué sería de Uds. con el espiritismo práctico, hecho ley en la conciencia de las gentes? Nada, hombres que tendrían forzosamente que aprender a hacer algo, para satisfacer sus necesidades físicas y morales y no contiene la intranquila vida del menestral; por eso trabajaron, para ser tarjas, *a fin de tener asegurada la comida sin ningún trabajo*; esto es tan vulgar, tan cierto, que no es posible que Ud. lo niegue y al mismo tiempo es la sentencia contra el clero, pues su *fe* se manifiesta viendo claramente que por *estar bien* son los más, *por vocación* son los menos.

Celosos partidarios somos de la doctrina cristiana y se lo demostraremos a Ud. en las siguientes cartas, cuando con mejor trato y con claridad nos opongáis argumentos en contra de nuestro credo.

Aquello de *mentiras* no lo tocaremos, porque *peor fuera meneallo*, es duro, durísimo, y siendo jóvenes, pudiera nuestra péñola armonizar con la fuerza de la acerada pluma de Ud.

Sepa Ud., ya que no ha cumplido con su obligación estudiando lo que no sabe, que los que creen en la manifestación de los espíritus y

practican la moral emanada de sus comunicaciones; creen que Jesús fue un hombre, *como los demás hombres*, su materia, su cuerpo, como puede ser la materia organizada de este mundo y su espíritu, como el de los demás, pero purísimo, de los más elevados en la escala espiritista.

Los espiritistas guardan a Dios el respeto que se merece, no le llevan y traen como Uds., ni le hacen encarnar en un mundo tan diminuto como este y que comparado con otros, es un imperceptible grano de tosca arena.

Dios, causa de lo creado, no puede encarnar. Encarnación, significa mutabilidad y todas las argucias posibles, todos los sofismas imaginables, todos los ergotistas del mundo, no podrán probar semejante blasfemia. ¡Dios es inmutable! ¿Cómo hacéis a Dios tan pequeño? ¡Solo mirándoos cedéis rebajarle!

No profane Ud. ya mas su nombre. Estudie Ud., piense, medite, compare, juzgue y deducirá Ud. lo que cualquiera que medio razonar pueda, esto es: que Dios es único, eterno, inmutable, sabio, justo y misericordioso; y siendo *único*, no pudo encarnarse abandonando precisamente el gobierno del UNIVERSO; si es *eterno* no pudo ser finito: siendo *inmutable*, no pudo ser material, que la materia mutable es, y no pudo tampoco tomar formas, pues estas se descomponen y tienen límites; por último, siendo *sabio, justo y misericordioso* debiera haberse quedado entre nosotros, ya que su *previsión* le diría, que Uds. nos habían de engañar, por ignorancia o malicia, haciendo necesaria su venida que prometió el *enviado*.

Tenga Ud. mucha cautela, pues la Iglesia Romana, dice muchos disparates. No ha querido profundizar en unas partes el sentido de las escrituras y en donde debiera tomarse así, claro, como está escrito, porque no existe el lenguaje figurado o simbólico, allí se aferra en querer sacar y deducir pensamientos que no existen.

El progreso es una verdad que Ud. no pondrá en duda, como muchos de sus hermanos, y verificándose esta ley constante de la naturaleza en todo, y a pesar de todo, hace que lo que ayer era joven, hermoso y bueno, hoy se convierta en viejo, feo y malo; por lo mismo que carece de potencia, de savia, de belleza y de bondad.

Pero cuando una idea regeneradora, quiere enseñorearse de nuestro planeta, con el derecho natural de la vida, desecha completamente todo lo existente? No; de ningún modo. La sociedad no camina a saltos y por esto fabrica un nuevo templo con restos del anterior, del derruido, del inservible. Aprovecha aquello que el tiempo, de si tan destructor, ha respetado, lo amalgama con lo nuevo y forma un conjunto agradable a la nueva familia, al nuevo pueblo.

Hoy por desgracia tiene Ud. en su doctrina troncos carcomidos, ideas gastadas, ídolos tan viejos como el *mal* y no es posible ligarlos al *hombre nuevo*. Las instituciones que no se metamorfosean, que no se adaptan a las necesidades de la época, que no acepten el ideal de su tiempo; esas serán deshechas por el furioso vendaval de la opinión y caerán ante la sarcástica risa de la juventud que es poco amiga de *cachivaches* de *antiguallas inservibles* y ante la execración de los hombres, que las respetaron, pero que menos ciegos, más cuerdos se apartarán de aquello; edificios ruinosos, que no se querían componer con *materiales nuevos* e instintivamente los abandonarán antes del desplome, del fatal derrumbamiento.

Y que esto se va, no cabe duda alguna, Ud. nos estigmatiza y prueba que teme demasiado a los embates de las nuevas ideas. El Neo-catolicismo se va, hace tiempo que ha muerto y a su putrefacto cuerpo lo hicieron la autopsia en la clínica alopática de Roma y ante los venerandos maestros del concilio. Que dicho sea de paso, ni fue concilio, ni fue ecuménico, ni católico, ni apostólico, solo fue *romano Club* donde se reunió el frenesí clerical, para hacer bajar a Dios de su alto sitio y colocar al renegado masón PÍO IX.

No se levante Ud. a protestar en nombre del género humano, que hartas desgracias debe a la paternidad de su escuela y fuera quizás una calamidad nueva tomar su nombre, para seguir explotándole. En nombre de Ud. y en el de la secta a que pertenece, diga cuanto quiera, pero no ruborice a la *historia* a la *ciencia* mártires de los *pecados clericales*.

No puede Ud. quejarse de nosotros, hemos dado a su arañazo-carta un valor que le quitó su lenguaje; sin embargo, nosotros hacemos caso omiso de él y os devolvemos razones pobres quizás, mal pergeñadas, pero no insultos.

Os esperamos, hay tela larga que cortar y no sabéis el placer que nos causa instruirnos en la madre historia buscando las *fazañas* de un traje talar y negro.

Se ofrece a Ud. su afectísima,

LA REDACCIÓN.

Alicante 16 de Febrero 1872.

Sr. Director de LA REVELACIÓN.

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración: He leído en el núm. 64 del *Semanario Católico* una carta suscrita por un señor llamado F. de Zarandona, en la que se dirigen palabras ofensivas al Espiritismo y a los espiritistas de Alicante, dos prendas de mi corazón que constituyen la felicidad y el cariño de mi existencia.

No pretendo contestar al Sr. Zarandona impugnando cuanto dice, por varias razones. La primera, porque no se me ataca; la segunda, porque no me conceptúo con las fuerzas suficientes; la tercera, porque no sé gramática; la cuarta, porque no sé contestar a los insultos, únicamente me agrada discutir los argumentos; y la quinta, porque plumas mas entendidas que la mía y las cuales han sido maltratadas por un ataque tan brusco como infundado, contestarán debidamente a las ofensas de que han sido víctimas. Pero aunque no pretendo contestar al amantísimo padre, debo hacer algunas observaciones sobre su evangélico escrito, por estas dos razones: porque me creo aludido en la línea 2.ª página 175 del referido *Semanario*, y porque se ataca al Espiritismo que es en mi concepto la verdad, a la cual tengo el deber de defender en cualquier momento y en cualquiera circunstancia en que maltratada y oscurecida sea.

¡Loado sea Dios, señor Director! ¡loado sea Dios mil veces! acabo de ver la luz; la luz que ha brotado de la pluma de ese nuevo Jehová con sotana y manteo.

Yo creía que los hombres se deben atenciones mutuas; yo creía que los periodistas se deben urbanidad y cortesía; yo creía que los escritores que depositan su palabra sobre el sagrado altar de la prensa, están obligados a engalanarla con las flores de la cultura y el decoro, porque tiene su palabra la posibilidad de recorrer el universo entero; yo creía que los sacerdotes del Señor, los ungidos del cielo, los elegidos de la Sabia mano entre las tribus de la sociedad, los encargados de presentar al mundo la voz divina, de modular los acentos del Santo de los Santos; los hijos nacidos de la dulce propaganda del Nazareno; los descendientes de aquellos primitivos cristianos de las catacumbas y los anfiteatros, debían tener sus labios llenos de unción evangélica, frases consoladoras y consejos saludables. He aquí el error en que me encontraba; pero después que he leído la carta del amabilísimo Zarandona, estoy en medio de una atmósfera de luz que me enajena. Ya sé que con los hombres se debe ser falso; ya sé que con los periodistas se debe ser calumnioso; ya sé que con la prensa se debe ser descomedido; ya sé que con los hermanos de los hombres, que con los lujos de los *padres* se debe ser duro e inflexible, y ¡asómbrese el mundo! ya sé lo que no quisiera saber, ya sé que con Jesucristo se debe ser inconsiderado.

Sí, amabilísimo padre Zarandona: ya sé todas estas lindezas porque usted me las ha enseñado; porque Ud. me las ha prescrito; porque han brotado de la luminosa pluma de Ud. ¡Loado sea Dios mil veces! ya he salido de las tinieblas del error. ¡Loado sea Dios mil veces! ya respiro el aura embalsamada de la verdad y de la dicha; loado sea el Sr. Zarandona que este consuelo me ha dispensado, cumpliendo fielmente con las sublimes palabras del Redentor del mundo moral; de Jesucristo. ¿Se extraña Ud. de esto, amabilísimo padre Zarandona; padre del alma mía? Pues bien, voy a probárselo de una manera matemática.

Nos enseña Ud. a ser aviesos con los hombres, porque en su malhadada la carta dice que abraza a sus hermanos en los espíritus, incluso los de Sevilla y Alcázar de San Juan, para después rechazarnos de sí con indignación llamándonos una vez fanáticos; otra indignos; otra sacrílegos; seis veces hipócritas, ¡y mil noventa y dos veces mentirosos! (Cuéntense las palabras del párrafo a que alude el Sr. Zarandona, a las cuales da el nombre de mentiras).

He aquí, señor padre de mi alma, la falsía en grande escala, que usted ha tenido la amabilidad de enseñarnos. Señor Zarandona ¿en qué parte del Evangelio habéis aprendido a tratar a los hombres de esa manera? ¿Cuándo me ha dicho el divino Maestro que debéis abrazar a vuestros hermanos, para lanzarles después al rostro todos esos insultos, todas esas ofensas, toda esa saliva de vuestro enojo y crueldad? ¿no sabéis que los hombres son hijos de Dios, y hermanos vuestros en Cristo, y que a los ojos del Eterno son otros tantos mártires dignos de compasión, porque si el del Gólgota arrastró una cruz de madera, nosotros los ignorantes, nosotros los mentirosos, nosotros los indignos, arrastramos la no menos pesada cruz de nuestra ignorancia, de nuestra mentira, de nuestra indignidad? ¿no sabéis que nos habéis escupido en el rostro como los judíos al Nazareno, en vez de librarnos del peso de nuestras imperfecciones morales, por medio de palabras tiernas y saludables consejos? ¿no sabéis, en fin, que habéis escupido a Jesús en los hermanos que él redimió? ¡Hombre que te llamas cristiano, tú has escupido a Cristo!

En cambio nosotros, señor padre de mi alma, nosotros los espiritistas de Sevilla y Alcázar de San Juan, tenemos los brazos abiertos para todos los hombres del Universo, porque los conceptuamos hermanos nuestros, no precisamente delante de los espíritus, sino, delante de Dios, y de su mensajero.

Nosotros abrimos nuestros brazos a todos los hombres del mundo, aunque esos hombres nos insulten, y nos aborrezcan, y se nombren Zarandona, y nos llamen una vez fanáticos; otra indignos; otra sacrílegos; seis veces hipócritas, y mil noventa y dos veces mentirosos. Porque

nosotros debemos abrazar a todo el mundo, pero con mas amor que a nadie, a los que nos detestan y maldicen, porque así nos lo manda el Evangelio; porque amar al que nos ama, no tiene ningún mérito, y *también lo hacen los publícanos*; porque amar al que nos aborrece, esa es una verdadera virtud cristiana, y ese es nuestro deber. Venid a nuestros brazos, pobre Sr. Zarandona, que no os guardamos odio; venid a nuestros, brazos aunque sea para engañarnos, para escupirnos; porque Cristo también tendió las suyas al ingrato y falso Judas, y nosotros queremos imitar a Cristo en todo lo que podamos, dejándole a Ud. la triste satisfacción de emular al cruel apóstol.

Pero continuemos probando lo que aseguramos en nuestros primeros párrafos. Dijimos que vos nos enseñáis a ser calumniosos con los periodistas, porque nos suponéis mentirosos en vez de considerarnos equivocados en las opiniones que sustentamos en la prensa; y de equivocados a mentirosos, hay tanta distancia como de la mentira al error. Una inteligencia puede muy bien caer en éste al sustentar cualquier teoría, sin que el hombre que la dirija sea por esta causa un mentiroso, un embustero, un embrollón; si vos conceptuáis que nosotros no estamos en lo cierto y vos sí, debíais habernos hecho notar la falsedad de nuestra idea por medio de una sólida argumentación, en vez de suponernos en el terreno de la mentira voluntaria. Nosotros podemos estar en el error, pero jamás seremos mentirosos, y al llamárnoslo vos sin pruebas para ello, nos habéis injuriado dolorosamente. Nos habéis injuriado por segunda vez, cuando decís que abusamos torpemente de las palabras de Dios para seducir y engañar a los inocentes y a los cándidos. Todo engaño supone una mira interesada; una mira que tiende a subyugar a los demás, a cumplir fines egoístas o ambiciosos, o a explotar el dinero del incauto y el sencillo. Decidme, ilustre padre Zarandona, ¿cuál de estas miras es la que llevan consigo los espiritistas? ¿Es la de engrandecerse sobre el género humano manteniéndole en una lóbrega ignorancia? ¿Es la de escalar la cúspide de los poderes políticos para dirigir a su sabor la nave del Estado? ¿Es la de adquirir tesoros prodigiosos, suntuosas posesiones, palacios y jardines, para pasar la vida de la molicie o la del escándalo, como nace alguna clase de la sociedad que yo conozco? ¿Dónde están, señor Zarandona los caudales que el Espiritismo ha acumulado por medio de su propaganda, y de sus espectáculos experimentales, cuando el primer artículo de todo reglamento espiritista prescribe que los productos allegados por las cuotas señaladas, han de servir—después de atendidos los indispensables gastos—, para socorrer la indigencia y la desgracia? He aquí porque nos habéis calumniado.

Hemos dicho que habéis injuriado a Cristo suponiéndole palabras que aquellos augustos labios jamás vertieron sobre el mundo, y os lo vamos a probar también, amabilísimo padre Zarandona. Pero antes es preciso que

os haga algunas indicaciones que saltan a mi pensamiento a medida que leo vuestro escrito, y me parece natural, que vayamos discutiéndolo correlativamente.

Decís que no queréis abdicar vuestra dignidad de hombre delante de una mesa que golpea, o de una cestita que escribe; en hora buena; hacéis bien; sin embargo, una noche cierto sujeto se dedicó a la extravagante tarea de hacer bailar las patas de una rana; ¿se puede rebajar más la dignidad del hombre? Pues de la danza de los miembros de este pobre animal, resultó la teoría de la electricidad en una de sus fases más importantes para la historia de la ciencia. Ya sabréis quien era aquel indigno: Galvani(1).

Un día estando jugando unos niños con dos cristales, uno, cóncavo y el otro convexo, se acercó a jugar con ellos el padre que los observaba, rebajando su dignidad de hombre hasta el extremo de convertirse en un chiquillo; ¿pues sabéis lo que resultó de este juego infantil? El hallazgo para ese hombre del utilísimo instrumento llamado anteojo. Ya sabréis que ese hombre se llamó Lippershey(2). Otro día estando un sujeto en una Catedral de Pisa, se quedó como un tonto contemplando la uniformidad completa de la oscilación de una de las lámparas, rebajando su dignidad de hombre hasta el extremo de convertirse en un papanatas. Sin embargo, de este rato de estúpida contemplación brotó en el cerebro del imbécil observador la teoría del isocronismo de las oscilaciones del péndulo, que ha sido también un gigantesco paso dado en el terreno de los conocimientos humanos. Excuso deciros que aquel papanatas, se llamaba—Galileo(3).—Y en fin, ¿quién sabe si el hallazgo del vapor, esa gran fuerza motriz que arrastra pesos enormes a inconmensurables distancias con la rapidez del rayo, se debe a otro rato empleado por un nuevo imbécil, en contemplar el movimiento de la tapadera de una cacerola? Y si esta, que es conjetura mía, está en la posibilidad de haber sucedido, ¿por qué hemos de extrañar que de una mesa que baila, o de un cestito que escribe, surja un orden nuevo de fenómenos naturales que den vida a su vez a una teoría sublime capaz de iluminar y de consolar a la humanidad en sus dudas y tribulaciones? ¿No sabéis que de los fenómenos más leves, fútiles, insignificantes y hasta

[1] **Luigi Galvani** (Bolonnia, Italia, 9 de septiembre de 1737 - id., 4 de diciembre de 1798), médico, fisiólogo y físico italiano, sus estudios le permitieron descifrar la naturaleza eléctrica del impulso nervioso.

[2] **Hans Lippershey** (1570, Wesel, Alemania – septiembre de 1619), también conocido como Johann Lippershey, fue un científico, inventor y fabricante de lentes, astrónomo. Es reconocido como el creador de los diseños para el primer telescopio práctico.

[3] **Galileo Galilei** (Pisa, 15 de febrero de 1564 - Florencia, 8 de enero de 1642), fue un astrónomo, filósofo, matemático y físico que estuvo relacionado estrechamente con la revolución científica. Eminente hombre del Renacimiento, mostró interés por casi todas las ciencias y artes (música, literatura, pintura). Sus logros incluyen la mejora del telescopio, gran variedad de observaciones astronómicas, la primera ley del movimiento y un apoyo determinante para el copernicanismo. Ha sido considerado como el «padre de la astronomía moderna», el «padre de la física moderna» y el «padre de la ciencia».

ridículos, han nacido a la historia de las ciencias, de las artes, del progreso del conocimiento humano, las conquistas más importantes, los descubrimientos más luminosos que han contribuido al adelantamiento y bienestar de la sociedad?

¡Oh incauto señor Zarandona! estudiar un fenómeno que salta al pié del observador en el ilimitado campo de la ciencia, aunque ese fenómeno brote de las piernas de una rana, de la correspondencia de dos cristales, o de las oscilaciones de la luz de una lámpara, en vez de robarle al hombre su dignidad y su augustez nativa, es levantarle a la región del cumplimiento de una de sus facultades más preciosas, que es el ejercicio de la inteligencia, y por consiguiente, hacerle cumplir con el deber que la Providencia le impuso al dotarle que esta hermosa cualidad, y al hacerle susceptible de la perfección por medio del progreso que resulta del estudio y del trabajo constante. Pero lo que verdaderamente es deponer la dignidad humana sobre las pobres aras de la frivolidad y el ridículo, es engalanarse con vistosos mantos bordados de plata y oro y pedrería, recordando los tiempos bíblicos, que ya pasaron de la conciencia de los pueblos, y postrarse humildemente delante de unos ídolos de palo o de metal, ya anatematizado por el mismo Moisés, sin que después de muchos siglos de este estrambótico carnaval, se haya podido legar la humanidad un descubrimiento útil, ni un adelanto en el progreso de las ciencias y las artes. Eso sí que es verdaderamente arrastrar por el suelo el decoro y la dignidad del hombre, privándole de que encamine sus pasos por el sendero de la utilidad universal a que le destinó la Providencia cuando en el suelo le puso.

Decís, sapientísimo padre Zarandona, que el espiritismo viene a destruir la religión y no a propagarla, y yo necesito haceros una pregunta para contestar a vuestro aserto. ¿Qué entendéis por religión? o mejor dicho: ¿de qué religión habláis? ¿Habláis de la religión nacida en la cúspide de los sagrados montes de Horeb y Sinaí, engalanada con los suntuosos mantos de Aarón, hospedada bajo las ricas colgaduras del Tabernáculo, perfumada con las esencias más exquisitas, y amparada por las terribles alas del Dios de las tempestades y de la guerra? ¿Habláis de la religión de las ofrendas, de las prescripciones, de los mandatos, de las leyes, de las distinciones y de las sentencias? ¿Habláis de la religión vinculada en la tribu de Judá? ¿Habláis de la religión de los judíos? ¿Habláis de la religión de los romanos? ¿Habláis, en fin, de vuestra propia religión? Pues entonces es cierto que el Espiritismo viene a destruirla; viene a destruirla por inútil; viene a destruiría por perjudicial.

Pero si os referís a la sublime religión nacida en el Calvario, regada con la sangre del Hijo, y con el llanto de la Madre; propagada por la sencillez de unos pescadores; defendida por el heroísmo de unos mártires;

acosada por la fuerza de las tiranías hasta el abismo de las Catacumbas, y arrastrada a los anfiteatros por la crueldad de los Césares, y el fanatismo de los populachos; si aludís a la religión constituida por los suspiros misteriosos, por las lágrimas comprimidas, por las plegarias sin voz y sin palabras que se levantan del fondo de los corazones, como la fragancia del seno de las rosas, y buscan al Dios sublime del Sentimiento, y no al de los truenos y relámpagos, al misterioso Dios que dispone la muerte de uno de sus más hermosos hijos ante las aras de la salvación moral del mundo; si os remitís, en fin, a la religión cristiana, toda esencia y nada forma, toda espíritu y nada materia, toda amor y nada idolatría, en ese caso, el Espiritismo viene en vez de derribarla como suponéis, a ensalzarla, a adorarla, a bendecirla, a propagarla con incansable celo; y a defenderla de los escribas y fariseos de la era moderna, que valiéndose de su santo nombre la martirizan y la crucifican.

He aquí como os contestamos a vuestro aserto de que venimos a destruir la religión. Nos acusáis de hipócritas, y no podemos ser más claros, más naturales, ni más explícitos.

Nos pedís que digamos ingenuamente, si en nuestro concepto, Jesucristo es Dios mismo, y vamos a responder con el corazón en la mano y la conciencia serena. Si en el mundo debemos dar el nombre de Dios al tipo de la perfección moral, o la sublime palabra que al resonar en los ámbitos del espacio, hace que se levante de la nada un mundo de sentimiento y de heroísmo; si debemos dar el nombre de Dios a una existencia trascurrida en medio de las tempestades del insulto, del desprecio, y del escarnio, y terminada injustamente entre criminales en la solitaria cima del monte de la degradación, nosotros confesamos que Cristo es Dios, porque merece ese título. Pero si debemos entender por Dios un ser único y absolutamente único; creador del universo material y espiritual, padre del tiempo y el espacio, y principio de todas las cosas; si para llamar Dios a Jesucristo tenemos que envolver su hermosa frente en la lóbrega nube de un estrambótico misterio, y volver loca a la humanidad con el trabajo de descifrar ese misterio, y entregar la esencia de su ser al análisis de una controversia ridícula, de la que no puede salir más que desprestigiada, en ese caso, renunciamos a la apoteosis del engendrado en el seno de María, proclamándole verdaderamente hijo de Dios, pero no a la manera que lo fue el célebre Aquiles.

Decís en vuestra carta que el Espiritismo viene a destruir la ley cristiana, porque ésta enseña que Cristo es Dios; y he aquí el momento de probaros que habéis injuriado al redentor del género humano; atended: la religión cristiana, es únicamente la emanada de los labios de Cristo; por consiguiente si esta religión dice que Cristo es Dios, es porque Cristo lo habrá dicho; decidme, incauto señor Zarandona, ¿tendréis la bondad de

indicarme en qué pasaje del Evangelio dice Cristo: ¿yo soy Dios? Lo espero de vuestra probada afabilidad y complacencia, pero os advierto que no admitiré vuestros subterfugios ni interpretaciones falsas, sino estrictamente el pasaje que os señalo, y que jamás he leído.

Más adelante decís, que la religión cristiana prescribe la adoración pública de Cristo, y aquí vuelvo a presentar el mismo argumento que en el párrafo anterior.

Cristo creó la religión cristiana; por consiguiente venís a decir que prescribió su propia pública adoración. ¿En qué pasaje del Evangelio habéis leído que aquel sublime ser ha dicho «¿adoradme, públicamente?» ¿En qué ocasión ha sido el sencillo Hijo del pesebre tan vano y tan orgulloso que ha pretendido una adoración pública, él que no admitía siquiera los justos elogios de sus maravillas y virtudes?

He aquí por qué os he dicho que habéis injuriado al Nazareno; porque habéis supuesto en él palabras y pensamientos que jamás pasaron por aquellos labios formados por la verdad y la modestia. He aquí como os he probado lo que os había prometido probar. ¡Ah señor Zarandona de mi alma! si nosotros los espiritistas somos los apóstoles de la mentira, vosotros los que propaláis los absurdos y las injurias que acabo de señalaros, a la luz del universo, ¿qué nombre mereceréis que no cueste rubor el pronunciarlo?

¡Ah señor Zarandona! ¿Os extrañáis de que nosotros los hipócritas hayamos adelantado poco en el camino de la hipocresía, cuando vosotros os valéis hipócritamente del nombre del crucificado para cumplir todas las miras de vuestro interés y vuestro egoísmo? ¿Y qué podemos progresar nosotros delante de tan aventajados maestros?

Os admiráis también en vuestra carta de que digamos que antes del espiritismo no sabía el hombre el fin de su mísera vida presente y futura, y a fe que no tenéis razón al sorprenderos de este pensamiento; pues mientras que el materialismo le ofrecía la completa destrucción de su ser, tras de una vida de afanes y quizá de heroísmo sublime, vosotros le ofrecíais la espantosa boca de vuestro bárbaro infierno con toda la cohorte de fantasmas y tormentos, y estas dos ideas de ultratumba debían de ser desechadas con aversión igual por la conciencia del hombre, que le dice que es inmortal y que ha sido creado únicamente para la salvación y para el bien. He aquí porque el pobre ser humano ha fluctuado siempre sobre el borrascoso mar de su incredulidad y su terror.

Habláis en vuestro escrito de diez y nueve siglos de cristianismo, y os ruego me permitáis rebajar quince siglos que mantuvisteis la palabra de Cristo, vestida de latín, en los tenebrosos archivos de vuestras abadías de la edad media, en donde probablemente seguiríais reteniéndola, si uno de vuestros propios hermanos en ministerio no os la hubiera arrebatado,

lanzándola al mundo desde un rincón de la Alemania, poniendo de esta manera en posesión de la doliente humanidad el Evangelio, que es la consoladora herencia del sublime finado.

¡Diez y nueve siglos de cristianismo, y hay naciones en el mundo que apenas cuentan dos años de Evangelio! ¡Diez y nueve siglos de cristianismo, y los españoles no hemos visto una Biblia legible a las puertas de nuestra casa, sino cuando ha podido penetrar en España tímidamente detrás del carro triunfal de una revolución política! ¡Ah, señor Zarandona! si la armoniosa voz de Jesús, de ese cisne del cielo, de esa lira del Altísimo hubiera resonado como decís en medio del mundo por espacio de mil novecientos años, ciertamente no hubiese ignorado el hombre las regiones encantadas que le esperan más allá de las cavernas de la tumba; no hubierais perpetuado vosotros el reinado de las tinieblas y los terrores, precipitando al ser humano en la cima de la confusión más espantosa. Pero para esto tenía que haber cantado sola la voz del ruiseñor, y no acompañada del graznido de los cuervos.

Voy prolongando demasiado este escrito, y ni mis apremiantes ocupaciones me lo permiten, ni vuestra carta, ríe la cual he rebatido los principales argumentos, me da campo para extenderme en formales consideraciones.

Porque decir que Dios es de inconmensurable bondad y justicia, y admitir después la absurda teoría del infierno; decir que el hombre se halla en pleno conocimiento de la verdad; decir que el romanismo nos maldice en nombre de la ciencia, de la historia y de la dignidad humana; que los 23 millones de espiritistas forman un grupo diminuto; que merecemos en fin el dictado de apóstoles de la mentira, son afirmaciones tan cándidas unas, y tan insensatas y audaces otras, que no queremos tomarnos la molestia de rebatirlas, esperando que ellas mismas caigan humilladas ante los ojos del hombre sensato que las examine.

Réstanos solamente decir al señor de Zarandona, que si nosotros en vez de estar sobrecargados de ocupaciones que nos roban el tiempo, y cuyo desempeño nos es necesario para la subsistencia, tuviéramos un cargo más llevadero, como por ejemplo el de canónigo, le prometeríamos contestar a todas sus digresiones y diatribas de una manera extensa y satisfactoria, pero no siendo así, sólo nos comprometemos a sacrificar algunas horas del indispensable reposo a la contestación de los ataques que dirija estrictamente al Espiritismo, y eso cuando veamos que dichos ataques son de verdadera importancia y merezcan ser tratados en el noble y elevado campo de la controversia.

Con que así, sapientísimo padre Zarandona, estudie Ud. un poco el Espiritismo que ha pretendido combatir sin conocer, si es que desea

adquirir un brillante triunfo en la destrucción de la causa que sostienen los apóstoles de la mentira.

Queda de Ud. señor Director afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan 17 de Febrero 1872.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Sociedad Espiritista de Crevillente

COMUNICACIÓN OBTENIDA POR EL MÉDIUM SONÁMBULO JOSÉ QUESADA

¡La Esperanza en Dios, delicioso poema, magnífico embelese, precioso Edén que sostiene el alma en su virginal pureza; sin ella no hay fe, sin fe no hay caridad, y sin caridad no hay nada que sea agradable a los ojos del Omnipotente!

Es un aroma celeste, un perfume, un ambiente divino, inextinguible, que Dios derrama sobre la humanidad en prueba de su misericordia infinita: dignos son de compasión aquellos que guiados por la corriente de su orgullo olvidan sus deberes hacia Dios, ocupándose sólo de sus goces materiales; dichos goces no son eternos, y no siéndolo finalizan, y tras de su fin viene la expiación de una manera violenta. Jamás queda, ningún, crimen sin castigo, ningún delito sin expiación, ninguna falta sin reparar, pero por criminal que sea, desgraciado del que desconfíe de la misericordia de Dios; infeliz del que no conserve, un átomo de bienhechora esperanza hacia Él!

Dios imprime el castigo, pero de una manera soportable, prestando al espíritu los auxilios necesarios para resistirle; el lenitivo que endulza las penas se compone de fe, esperanza y caridad; la fe todo lo allana, la esperanza todo lo engrandece, y la caridad todo lo satisface, precioso emblema, armónico preludio que se alberga en los corazones virtuosos; con ella se alcanza la Divinidad, con ella se elevan las almas hacia la esfera celeste, con ella se llega a la perfección.

Hermanos, no dejéis este precioso tesoro, vosotros ignoráis el mérito que en él se encierra, dichosos los que así obren, porque así se hacen dignos de su recompensa, dichosos los que siguiendo mi consejo rompen cuantos obstáculos se presenten a su paso.

UN ESPÍRITU PROTECTOR.

Médium A. L.

Cual hoja de sencilla y aromática flor, impelida por el viento suave, así, fluctuando vaporosa, atravesé de un polo material y brusco a otro suavísimo y dulce, celeste y epúreo. Muy joven, padre que fuiste de mi envoltura, dejé la capa tosca, y quedó mí imagen grabada en el éter suavísimo; y ondulando cual el eco ondula y atraviesa y rasga los infinitos espacios, así me encontré en regiones perfectas donde se respira felicidad y ventura, amor y gloria. Así, padre queridísimo, así hermanos, reciben el premio los desposeídos de las pasiones mundanales, siendo estas una rémora que impide al ser aproximarse a la perfección.

UN ESPÍRITU FAMILIAR.

MISCELÁNEA

En la brecha estamos.—Parece que el Neo-catolicismo ha recibido la orden de hacer fuego en toda la línea y sabemos que en la tribuna, en el confesonario (¡valiente herramienta!) y en la escuela normal de maestras, se nos pone como *chupa* de *dómine*. Siempre los mismos.

¿Por qué no siguen la conducta de su hermano Zarandona? Cuando tengamos más datos, contestaremos a las especies vertidas por el Sr. Penalva, Baeza y otros.

El diluvio.—En contestación a la carta del Sr. Zarandona han visto la luz pública en el periódico *El Municipio* tres comunicados que cada uno en su estilo corrige al protagonista canónigo.

Al Constitucional.—Este periódico encabeza la carta del capellán, congratulándose de que comenzara a combatirse un error incompatible con el siglo XIX!

Lo que es incompatible con el siglo, no es este error imaginario, sino la inconsecuencia y otros excesos.

Cuando Ud. quiera, Sr. Director, esperamos su réplica y fuera alegorías semi-absolutistas, declaraciones dogmáticas que no entendéis.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Marzo de 1872. Num.5.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

SECCIÓN DOCTRINAL

¡LOS LOCOS!!!

> La poca sabiduría que posee este mundo le ha sido otorgada por los locos.
>
> MIRABEAU.

Todas las grandes e innovadoras ideas, todas las sublimes causas, han necesitado siempre y necesitan aun, por desgracia, de un largo catálogo de mártires; y siendo el Espiritismo una doctrina que viene a regenerar la sociedad, no se verá libre de la persecución de todo género.

Las ideas, polen latente en las elevadas inteligencias, son trasportadas al roturado campo del trabajo, necesitando para ser sembradas en la dura *tierra-pensamiento* de la humanidad, el transcurso de millares de años, y para que germinen, el calor producido por el choque de la continua lucha, de la discusión y de la propaganda; siendo fecundizadas con sangre y lágrimas y consagradas por el sacrificio de inspirados mártires, que las santifican y que las hacen brotar con valentía y con derecho público nacido de su martirio. ¡Cruel tributo al trabajo rudimentario y doloroso, que ha de pasar toda idea hasta hacerse dueña de la opinión!

La doctrina espiritista, eminentemente filosófica, que cuenta en su preclaro abolengo a esclarecidos filósofos de todas épocas y que ha venido haciendo una lenta y progresiva encarnación en la mente humana, llevará en muchos años—como cosa nueva—el más espantoso ridículo, en premio de la bellísima y verdadera teoría que plantea realizando el bien y consagrando al hombre.

Los partidarios de esta consoladora idea, serán silbados como malos escritores que osan llevar a la escena del mundo una comedia ridícula, inútil e inverosímil; y los espiritistas en fin, serán titulados locos, locos sí, por querer enloquecer a la cuerda humanidad con esos viajes espirituales, esas comunicaciones de *ultratumba* y otros excesos que no son de estos tiempos, que no cuadran bien a los de *esprit fort.*

Locos, sí, más ¿qué importa, si locos han sido llamados los mayores genios de la humanidad?

Sócrates, al explicar sus sistemas, sus bellas teorías, probó hasta la evidencia, que su cerebro estaba enfermo, y sus cuerdos contemporáneos le propinaron *juiciosamente la Cicuta.* Razonamiento empírico que vence siempre.

Más que loco fue el pretendido Rey de los judíos, el Nazareno, que con razón promovió serios disturbios en la *moralizada y bien regida* Judea, y los sanos de entendimiento, los pontífices, escribas y fariseos, hicieron bien en apartar del mundo aquel extraviado, crucificándole entre dos ladrones, ya que les robaba la razón a los demás, enloqueciéndoles.

No quedó bien cauterizada la llaga cristianismo y la gangrena se propagó tanto, que hubo de acudir el juicio al heroico remedio alopático de extirpar de raíz tanta cabeza enferma.

Galileo más tarde, fue llevado al potro a que se desdijera de las atroces teorías que había escrito en pro del movimiento de nuestro planeta, y gracias a esta medida *infalible*, sigue el *mundo-tierra* clavado en el mismo sitio que creían los antiguos astrónomos, sin que nadie dude de ello.

El loco Colón, en un delirio espantoso, concibió la hipótesis de que el mundo era redondo, y navegando con rumbo hacia la India, por el anchuroso Océano, encontró las Américas tocando en Sto. Domingo. El *Non-plus-ultra-mare* quedó avergonzado de que un despreciable ser hubiera deshecho la tranquila sentencia de tantos siglos.

Franklin, también fue un enajenado de talla cuando con una audacia que asusta, quiso recoger en un punto fijo a la chispa eléctrica. Así mereció el desprecio de los sabios compañeros que todavía se sirven de su pararrayos.

Fulton, enloquecido en querer que el vapor pudiera adaptarse a la navegación, fue salvado por una academia de científicos y sus máquinas hoy sil van a los cuerdos que no le creyeron.

Sería interminable nuestro trabajo si fuésemos a relatar las mil persecuciones que han agobiado a la humanidad y que en nombre de la razón, del juicio, de la verdad y de Dios, se han llevado a cabo sirviéndose de la muerte, la prisión, la tortura, el anatema, la expatriación y el ridículo.

Nos basta saber que las lumbreras de la ciencia y la moral han sido perseguidas, insultadas y calumniadas impíamente por sus conciudadanos; pero que luego se han aceptado sus grandes y elevadas concepciones y se les ha tributado un homenaje de respeto, casi una adoración, por sus virtudes y su talento.

Locos nos dicen, y a la verdad que no podemos aspirar a mejor epíteto, pues se nos honra con el dictado que dieron a los ilustres mártires de la ignorancia, del encono, del sistema y de la mala fe.

Enajenados somos, pero no cambiaremos la loca felicidad que gozamos y presentimos, por la ingenua, sabia y colosal *duda*, que padecen, poseen y explotan la variedad de cuerdos que nos zahiere.

¡Alucinados! porque queremos la regeneración del hombre: ¡locos! porque nos asusta la moralidad en el estado en que se encuentra: ¡monomaniacos! en fin, porque creemos en la existencia de un *más allá* unido a lo palpable y sintetizando en Dios.

El paganismo derramó a torrentes la sangre de los mártires, sin poder apagar por un solo momento el esplendoroso sol del cristianismo, y quedando los *dioses* abandonados antes del cuarto siglo.

El catolicismo declaró guerra a muerte a la reforma, que engendró la revolución, anatematizada como su madre, y ésta a su vez después de realizarla en las ciencias, malditas por la autoridad, ha engendrado el Espiritismo a quien todas las escuelas autoritarias y eclécticas, combatirán porque hereda el nombre de la odiosa familia «Revolución.»

Sí, la *revelación* promueve todas las revoluciones, las ayuda, las ama, las desea. La política, la social, la científica, la moral y la religiosa se desarrollarán formando una nueva época, una nueva etapa en el camino del progreso.

Nada nos importen los sarcasmos que nos dirijan; consigamos que nos oigan; digamos como el sabio, *pega pero escucha*, y nosotros nos abriremos paso.

Somos de ayer y lo ocupamos todo; la locura crece y a nuestro lado figuran hombres respetados en ciencias y en virtudes; un paso más, más ánimo para resistir los ultrajes, humildad como nos manda el Maestro, y estad seguros que se convertirán bien pronto en manicomio todas las poblaciones.

La locura se propaga ¡ay de los cuerdos! que faltos de esa febril alegría, de esa fe razonada que nos alienta, asisten al derrumbamiento de sus respectivas escuelas, causado por la inutilidad de estas; porque no sirven a la época presente y porque sus partidarios no la sostienen con la

moral y la razón, sino con el sofisma, el mal ejemplo y la contradicción más manifiesta.

Los locos tienen mucha fuerza, la unión la centuplica, amémonos para unirnos y unidos conseguiremos enloquecer a la humanidad.

A. del E.

DEMONIOS, PENAS ETERNAS O INFIERNO, PURGATORIO Y LIMBO

El Semanario Católico, en su número 63, nos reta a que le probemos que no existen el infierno y el purgatorio, pidiéndonos anticipadamente algunas declaraciones: «Si S. Pablo nos merece completa fe y si los hechos que citamos del antiguo y nuevo testamento nos son verídicos, teniendo igual importancia los que se les ocurra citar para prueba de la doctrina católica.»

Rasgo plausible es y nunca bastante encomiado el de nuestro apreciable colega llamándonos a la discusión de algunos dogmas, sin embargo que hubiéramos penetrado en ellos paso a paso, sin este llamamiento. No obstante, esto ya es algo. Prueba que la intolerancia va desapareciendo, la intransigencia perdiendo terreno, y cediendo el lugar al razonamiento. ¿Y qué otra cosa había de suceder si estamos en el siglo XIX?

Gustosos aceptamos la polémica, y nada más digno que desear la luz en cuestiones que tanto interesan a la humanidad. Descórrase el velo y descúbranse esos fantasmas aterradores de lava y fuego: analícense esos seres alados y con garras afiladas y deformes cabezas. Exhíbaseles con toda su verdad; pónganse de relieve con toda su desnudez, y veremos qué es ese Coco del género humano. Nada más elevado que el desvanecimiento de tanta duda y tanto error y poner diques al escepticismo; hoy que la indiferencia acrece y la incredulidad cuenta con numerosas legiones, y nos llaman la atención y embargan los ánimos las cuestiones religiosas que truenan en Alemania, en España y Francia, personificadas en Dollinger, padre Jacinto, padre Aguayo y Michard; al mismo tiempo que en Londres se inaugura una iglesia racionalista declarando jefe al reverendo Voysey para predicar «ideas más elevadas concernientes a Dios y las relaciones que a su juicio existen entre este y el hombre;» el espiritismo toma incremento, a posar de la negativa de los interesados en hacer ver lo contrario, entrando en el dominio de la ciencia, después de un pequeño análisis en el que se

tuvo que convenir en una fuerza desconocida que se llamó psíquica y dedicándose a estudiarla los sabios Crookes, de reputada fama, gran químico; M. Huggins, físico y astrónomo célebre; Edward Villiams Cox, doctor en Derecho. Hoy repito es de necesidad absoluta no temer tanto a los demonios, al infierno y al purgatorio, porque no nos satisfacen prohibiciones, no nos convencen anatemas, solo pruebas científicas y lógicas nos harán callar. Los argumentos en armonía con la razón y la ciencia nos impondrán silencio. Hoy ya no se quema para mayor honra y gloria de Dios, y puede discutirse desde el pontífice infalible, hasta la Trinidad; desde la confesión, hasta las indulgencias. Las tinieblas se disiparán, las dudas principian a desaparecer con bastante rapidez, y los límpidos y fulgentes rayos del Sol de verdad se pueden mirar sin deslumbrarnos. Yo soy la luz del mundo, dijo Cristo, y esta luz mirada de lleno no nos quema la vista. El Dios terrible, vengador, el Dios fuego y rayo se le mira con bastante repulsión e indiferencia, nos impone poco; al paso que se contempla con admiración la suma justicia, bondad, sabiduría y omnipotencia del altísimo. Se nos llama al palenque, no podemos ni debemos faltar.

Bastante hemos pensado en nuestra insuficiencia para, abordar estas cuestiones de frente, ocupándonos de los dogmas indicados. Se necesita gran talento que nosotros no tenemos, y por lo tanto es inmensa la desventaja ante doctos teólogos e ilustres moralistas; pero nuestra sincera fe en el cumplimiento de la eterna o inmutable ley del progreso nos anima en la exposición de nuestras opiniones en la materia; como no nos hemos atribuido la infalibilidad, es muy posible que nos equivoquemos. Lleve cada uno su óbolo, que lo escrito se cumplirá.

Ante todo hacemos presente a nuestro caro colega, que si esta discusión degenerara, daríamos fin y continuaríamos nuestro camino seguros de que el conocimiento de la verdad, nos haría libres según S. Juan.

Desea saber el *Semanario* con quien se entiende, para lo cual nos pide anticipemos las declaraciones indicadas. De esto podemos deducir con bastante fundamento, que no se han dignado leer los libros elementales de nuestra doctrina, y lo sentimos porque están escritos en castellano y lenguaje comprensible para todos, ahorrándonos ahora el trabajo de hacer nuestra profesión de fe.

Julio III, papa en 1553, consultó a tres cardenales italianos sobre las invasiones del protestantismo, y contestaron: Bastan los fragmentos que por costumbre se leen en la misa, refiriéndose al Evangelio. De todos los libros, este es el que más ha contribuido a levantar contra nosotros las tempestades que nos han abismado. El que quiera examinarlos con atención y compararlos después con lo que el uso ha introducido en nuestras

iglesias, no podrá menos denotar que su doctrina se separa mucho de nuestras enseñanzas, y aun le son contrarias algunas veces[1].

Pues bien, nada de esto encontrará en nuestra doctrina, y nosotros, a pesar del empeño en ocultar los evangelios, los hemos buscado con avidez, y ninguna razón vemos para que no lean los libros espiritistas. Creemos que tienen una obligación en enterarse de ellos, los ministros de Dios, y conocer los errores que contengan contra la religión para combatirlos, anonadarlos y destruirlos con fundamento.

El per inde ac cadáver no reza con nosotros.

Pero a fuerza de leales, anticiparemos las declaraciones que se nos piden.

1.ª Sí, nos merece completa fe S. Pablo. ¿Y cómo no? ¿Ignoráis que fue el precursor del espiritismo? En su epístola primera a los Corintios, cap. 15, v. del 35 al 44 y el 50 resalta nuestra doctrina. Dice entre otras cosas, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios; y la corrupción posee la incorruptibilidad. Y en la misma epístola y capítulo citado, v. 26: Y la muerte será el último enemigo destruido. Evidentes son la inmortalidad y la negativa de la resurrección de la carne, principios de nuestra doctrina, y la reencarnación y pluralidad de existencias.

Y 2.ª Si los hechos que citamos de las escrituras nos merecen crédito, y si tendrán igual importancia los que citen.

Sobre esto debemos indicar un inconveniente. ¿Dónde consta que los evangelios son auténticos? ¿Quién podrá asegurar que han venido inéditos a nuestras manos, y que son los mismos que publicaron los cuatro evangelistas sin enmiendas y adiciones? ¿No ignoráis que en la enseñanza de la escuela Nazarena a la tradición escrita, se añadía la tradición oral, mucho más importante que aquella, porque se comunicaba de boca a boca y de discípulo a discípulo, para evitar la inquisición permanente y envidiosa de los Levitas y ancianos de Israel, y para poderse librar de la vigilancia inquieta y sospechosa de la legislación romana? Se conservó pura de toda mezcla y limpia en sus aplicaciones durante los primeros siglos; pero después se desfiguró y oscureció pasando por inteligencias poco desarrolladas, hasta que algunos traductores incorrectos o infieles la hicieron ininteligible. Jesús y Juan hablaban la lengua hebrea vulgar, y los semíticos saben que el idioma de Israel usado en Jerusalén tenía palabras susceptibles de varias interpretaciones. Por todo esto, pues, no debe extrañarse que la tradición de esta escuela haya llegado a nosotros incompleta y desmembrada, a través de las lenguas griega y latina. Si la tradición escrita ha venido con tan diferentes versiones según provenga de

[1] Delauz. Tomo 2º, pág. 644.

Symaco, de Teodosio de Aquileo o de los Setenta padres de la Vulgata, fielmente se comprende cuan posible es que haya podido borrarse o desvirtuarse la tradición oral.

Además, el cisma en Oriente a principio del cristianismo, a consecuencia de las dos naturalezas de Cristo, hizo derramar la sangre a torrentes, y la confusión y perturbación aumentaron, en vez de la paz y la calma tan necesarias para la inteligencia de las cosas divinas, vinieron a dar principio los errores esparcidos por unos y por otros, cegados por la sed de venganza.

En vista de todo esto, ¿quién ha dado autoridad a los evangelios? La iglesia. Y ésta, ¿de dónde dimanó su autoridad? de los evangelios. ¿Hay quién comprenda esto? Se reconocen cincuenta y cuatro, se examinan, y de entre estos, cuatro se entresacan como auténticos por la iglesia;(1) y si la autoridad de esta procede de aquellos, antes de escogerlos no la tendría, puesto que de los escogidos provino su autoridad.

Podríamos sin escrúpulos negar tal autoridad tomada o reconocida por la iglesia misma, es decir, por confesión de la parte interesada, pero como las promesas de Cristo no han de faltar, y el espíritu de verdad ha de restablecer todas las cosas, admitimos los evangelios y también las citas que se nos hagan, porque estamos convencidos que los apóstoles no escribieron otra Babel.

Hechas las declaraciones, entremos en la cuestión.

Al hablar del infierno, necesariamente han de venir a la imaginación los demonios y no podemos evitar recordar el purgatorio y el limbo, y como no conviene involucraciones separaremos estos dogmas y los dilucidaremos aparte para explanar mejor nuestras ideas, y aducir más convenientemente las pruebas o razones.

Pero veamos antes qué dice el historiador sagrado sobre la creación de los ángeles o arcángeles, que caídos, fueron demonios, del infierno y del limbo. Génesis, cap. 1º. Dios creó el mundo en seis días, descansando el séptimo. En el primer día creó el cielo, la tierra, la luz y las tinieblas: en el segundo creó el firmamento, separó las aguas de las que estaban encima y debajo de aquel: en el tercero juntó las que estaban bajo del cielo en los mares, descubrió la seca o tierra y creó las plantas y las yerbas: en el cuarto creó el sol, la luna, las estrellas, el día y la noche: en el quinto creó los peces y las aves: y en el sexto creó les demás animales y Adán y Eva.

¿Qué día fueron creados los ángeles o arcángeles y demás corte celestial? ¿En qué otro fue creado el infierno? ¿Y el limbo? Nada dice Moisés sobre esto, en mi concepto muy interesante. ¿Y es posible que

[1] Humbolt.

describiendo con tanta minuciosidad los reptiles, las semillas y los frutos se le olvidaran los ángeles, el infierno y el limbo? ¿Y es posible tamaño descuido, fijándose hasta en las yerbas? Al hablar de la creación Moisés y en el orden con que tuvo lugar en el Génesis, nada dice de aquellos, y sin embargo dogma es la existencia de los demonios; dogma es la existencia del infierno, y dogma es la existencia del limbo. ¡Cuántos dogmas! faltaba el de la infalibilidad; y si tardó diez y nueve siglos, al fin vino.

Lo que no es creado no existe; y no habiendo sido creados por Dios, según el Génesis, los ángeles, el infierno y el limbo, no pueden existir, porque si existieran, existirían sin ser creados, e increado sólo es Dios, y no se diga que en el cap. 6.º v. 6 y 7 del mismo libro se habla de ellos, porque no puede hablar ni en el v. 2.º del mismo capítulo, porque Dios no puede ocuparse de lo que no creó.

(CONTINUARÁ)

EL BIEN Y EL MAL

Controversia religiosa

≈CARTA SEGUNDA≈

EL NEOCATOL ICISMO

Sr. D. Florentino de Zarandona.

Muy Sr: nuestro y de todo nuestro aprecio: Su epístola primera nos mereció un concepto indigno del renombre de Ud., pero la segunda, ha superado quince codos a todo lo que pudiera esperarse de un neo-católico.

Nosotros insertamos la carta de Ud. aduciendo algunas razones en contestación y exigiéndole como prenda de lealtad en la controversia, la reproducción de nuestra carta en el *Semanario.* Pero no le pareció a Ud. poco faltar a este compromiso, que todavía nos endilga su segunda misiva sin atender a nuestra primera carta.

¿En qué quedamos? ¿Es la educación un mito? Si no lo es, si las personas se deben atención y cortesía, si todos los hombres son iguales y

por tanto se deben consideración; diga Ud., ¿qué opinará de un capellán que comienza por atacar una escuela filosófica y después de honrarle reproduciendo su ataque, no corresponde como debiera a esta galantería y dirige su segunda réplica sin aludir en lo más mínimo a la contestación? ¿Es cierto que esto es incomprensible? La polémica, pues, queda rota desde el momento que Ud. ha faltado, a lo que juiciosamente se le exigió y al respeto que como personas bien educadas le debíamos merecer.

No obstante, contestaremos a cuanto diga y se rebatirá completamente sus elucubraciones anticristianas.

En nuestra réplica combatíamos los famosos y atornillados dilemas de Ud. y como quiera que vuelva a la carga, volvemos también nosotros a replicarle y a deshacer las falsas consecuencias de los citados.

Cristo no es Dios y no lo puede Ud. probar de ningún modo. Jesucristo es para los espiritistas un enviado de Dios, un hombre, y esto no lo dice el espiritismo, no, lo dice Jesús que no fue tan fatuo como el Papa, para engalanarse con atributos *divinos.*

Los que se han dado el exclusivo encargo de interpretar el evangelio, podrán decir a su antojo lo que quieran, pero el Mesías desmiente en absoluto sus torcidas intenciones.

Vamos a probar que Jesucristo no es Dios, por sus palabras, por la razón, y hasta por el sentido común.

Cualquiera que a mi recibiere, recibe a *aquel que me envió.* Porque el que es menor entre todos vosotros, éste es el mayor. Lucas. IX. 48.

Jesús les dijo: Si Dios fuere vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque *yo de Dios salí y vine: y no de mi mismo más él me envió*. Juan. VIII. 42.

Quien a vosotros oye a mí me oye, y quien a vosotros desprecia a mi me desprecia. *Y el que a mí me desprecia, desprecia a aquel que me envió.* Lucas. X. 16.

El dogma de la divinidad de Jesús está fundado en la igualdad absoluta entre su persona y Dios, puesto que es el mismo Dios. Aquí aparece como enviado y todo aquel a quien se envía es *subordinado* y cumple un acto de *sumisión.* Así pues, solo aparece como mensajero, embajador y reconoce tácitamente la superioridad de aquel.

Y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como *mi Padre dispuso de él para mí.* Lucas. XXII. 29.

Yo digo lo que vi en mi Padre: y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre. Juan. VIII. 38.

Entonces dirá el Rey a los que estarán a su derecha. Venid *benditos de mi Padre*, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. Mateo. XXV. 34.

Y el que me negare delante de los hombres, le negaré *yo también delante de mi Padre, que esté en los cielos*. Mateo. X. 33.

Y también os digo: Que todo aquel que me confesare delante de los hombres *el Hijo del hombre lo confesará también a él delante de los ángeles de Dios.* Lucas. XII. 8.

Porque el que se afrentare de mí y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre cuando viniese con su magostad, y *con la del Padre y de los santos ángeles*. Lucas. IX. 26.

Mas el estar sentado a mi derecha o a mi izquierda, *no me pertenece a mí darlo a vosotros, sino a los que están preparados por mi Padre*. Mateo. XX. 23.

Ya habéis oído que os he dicho: Voy y vengo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre: *porque el Padre* ES MAYOR QUE yo. Juan. XIV. 28.

Él le dijo: ¿Por qué me preguntas de bien? *Solo uno es bueno que es Dios*. Más si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. Mateo. XIX. 17.

Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió él medió mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que tengo de hablar.—Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho así lo hablo. Juan. XII. 49, 50.

Jesús le respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado.—El que quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo de mí mismo.—El que de si mismo habla busca su propia gloria; más el que busca la gloria de aquel que le envió, este veraz es y no hay en él injusticia. Juan. VII. 16,17, 18.

¡Oh Padre! quiero que aquellos que tú me distes estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria *que tú me diste*: porque *me has amado antes del establecimiento del mundo.* Juan. XVII. 24.

Y esta es la vida eterna. *Que te conozcan a ti* SOLO DIOS *verdadero* y a Jesucristo a quien enviasteis. Juan. XVII. 3.

Tan poco habéis de llamar a nadie sobre la tierra padre:(1) pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Mateo. XXIII. 9.

[1] Sin embargo se titula Santo Padre quien desconoce a sus hijos.

Y dijo: Abba Padre *todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz*. Lucas. XXII. 42.

Y cerca de la hora de nona, clamó Jesús con grande voz diciendo: «¿Elí, Elí, lamma sabachtaní?» esto es: *Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?* Mateo. XXVII; 46.

Jesús le dice: No me toques porque aun no he subido a mi Padre: más ve a mis hermanos, y diles: *subo a mi padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*. Juan. XX. 17.

Bien claro está que Jesucristo reconoce en Dios una superioridad grandísima y que él no puede por sí mismo ninguna cosa.

Todo lo que dice, Dios se lo ha dicho: todo lo que hace, por Dios lo hace, y nada puede prometer, sino lo que su padre ha prometido. ¿En qué punto está la divinidad?

El reconoce que solo hay *un Dios verdadero*, el Padre y si él mismo ha dicho esto, ¿cómo se le dan atributos que no tiene y naturaleza que el mismo no reconoce?

Si fue Dios, ¿cómo aceptó un superior? ¿Puede un Dios mandar a otro? Y siendo Dios, ¿cómo se sintió desfallecido y pidió que pasara el cáliz? ¿Esto, no explica naturaleza humana y no divina?

Las deducciones las sacará Ud. y cuidará de unir el Padre con el hijo del hombre; el enviado con el mandatario; el Dios con el Mesías; el superior con el inferior; el único bueno, el solo Dios, el dispensador de todo, el increado con el creado luego, con el salvador, con el encargado y con el bueno relativamente.

¿Puede decirse que causa y efecto son lo mismo? No, de ningún modo. Cristo confiesa un millar de veces que es el hijo; siendo el efecto, no puede ser la causa. De otro modo, lo que es no puede dejar de ser y siendo Dios la causa al aparecer efecto (puesto que un hombre efecto es) deja forzosamente de ser Dios y esto como ve Ud. es un contrasentido, una barbaridad.

¿Y Dios puede encarnar en la tierra? Jamás; esto es un absurdo. La tierra es un átomo imperceptible en el espacio infinito, y Dios no puede distinguir a esta invisible partícula de la creación de las otras más hermosas y de dimensiones colosales, en comparación del bote en que navegamos.

¿Dios pasando vicisitudes? Si puede Ud. digerir esta dosis tiene un estómago fuerte en demasía. Dios encarnado, es despojarle de todos sus atributos, es elevar a la humanidad a su nivel y compararle con nuestras

miserias. Un Dios que tiene cuerpo, tiene necesidades y…..hombre, ¿quiere usted callar?

Dios, tomando figura, es antifilosófico y antiracional. En fin. Dios no ha podido decir que se encarnaba, porque Dios no habla con el hombre; y Jesucristo, que asegura en sus palabras ser su enviado, habla continuamente de él como que sigue gobernando el Universo. ¿Donde está Dios, en el Hijo o en el Padre? Si en el Hijo, no hay Padre, y por lo tanto nos quedamos todos los seres de la creación de la misma naturaleza, negando a Dios: y si en el Padre, no hay divinidad en el Hijo, y este queda como él dice, como enviado, mensajero, reflejo de la luz.

La divinidad es absoluta y no cabe dividirla; o con el que bautiza Juan o con el que ordena decir «este es mi hijo muy amado. Elija usted.

Probado que Cristo no se señaló como Dios y sí como hombre, queda en pié nuestra máxima de que no venimos a destruir la ley cristiana.

La religión cristiana no debe enseñar que Jesús es Dios, porque él no fue tan vanidoso que se diera ese título, y al decir Ud. con una osadía que espanta, que se hizo adorar como Dios, falta Ud. a la verdad a sabiendas.

¿Con que tendremos que dar el salto mortal? Ese es el que le está usted haciendo dar a todo lo noble que el hombre encierra con sus salidas de pié de banco.

El infierno, el purgatorio, los ángeles eternos, la *resurrección de la carne*, son negaciones de la vida futura y no ha podido el hombre poseer la verdad que hoy posee, por lo mismo que aquello es mentira. Aquí volvemos otra vez al tema que no probáis y que no probareis; Jesucristo no predicó nada del infierno, ni del purgatorio, ni de los ángeles eternos, ni de la resurrección de la carne. Si Cristo no lo ha dicho, eso no es cristiano; nosotros que lo combatimos somos cristianos, puesto que defendemos la pureza del Evangelio.

Probad que el Maestro defendió la negación del bien, que es el mal conocido por el infierno, el demonio y las penas eternas; que habló del purgatorio con su fuego lento y de la resurrección de la carne, proposición que hace reír a los cuerpos que se destrozan en una clínica.

Nosotros, amable capellán, aceptamos lo que dijo el Mesías; probad que dijo lo que queréis y entonces decid que venimos a combatir la religión cristiana.

Esperando, pues, que pruebe Ud. lo que ligeramente ha dicho, se ofrece de Ud. su affmo. S. S. Q. B. S. M.

POR LA REDACCION,
A. del E.

EN EL PÚLPITO

Al sermón predicado en el primer domingo de cuaresma

Según nos han informado personas que merecen entero crédito, en la tarde del primer domingo de cuaresma, hizo uso de su autorizada palabra en la Iglesia de S. Nicolás de esta capital, el distinguido orador D. Francisco Penalva, abad de la misma.

Faltaríamos a un deber de cortesía, si ante todo no saludásemos afectuosamente con la sinceridad que nos caracteriza, a la digna persona que con sus bellas cualidades ha sabido granjearse el general aprecio de esta población, por lo cual nos apresuramos a hacerlo con la seguridad de que admitirá en lo que valga nuestro humilde saludo como una pequeña muestra del respeto que nos merece.

Nos permitiremos pues, emitir nuestro parecer toda vez que su objeto va dirigido a impugnar la existencia de nuestras comunicaciones con los espíritus, hecho que admitimos como cierto.

Lo que defendió el señor Penalva, vamos a negar nosotros, Él rechaza la existencia de nuestras relaciones con el mundo espiritual, nosotros admitimos estas mismas relaciones. Veamos primero como demuestra nuestro orador la verdad de su opinión y después nosotros si acertamos a explicarnos.

En primer lugar y para defender su proposición, nos dice que habiendo sido tentado Jesús por el DEMONIO para que le demostrara por medio de algún MILAGRO que era Dios, Jesús le dijo: que no se empleaban los MILAGROS para satisfacer curiosidades, y que por lo tanto no quería hacer ninguno. Llama el señor Penalva sobre este punió la atención de su auditorio y continúa diciendo en estas o parecidas palabras: que Dios PERMITE APAREZCAN LAS ALMAS,(1) pero que esto es un milagro que solo concede a PERSONAS PRIVILEGIADAS y de ninguna manera a todos, como hace el Espiritismo; pues ya en tiempo de Moisés se prohibió el hablar con los muertos.(2) De aquí se deduce que siendo la aparición de las almas un MILAGRO (3) y habiendo dicho Jesús: «No tentarás a tu Dios,» de ninguna manera deben los espiritistas creer que este permite ahora hacer lo que antes no quiso para «SATISFACER

[1] Cuidado con esto.
[2] Luego…. ¿podrán hablar?
[3] Con este van tres.

CURIOSIDADES.» Y finalmente, como recurso en sus últimas palabras hace constar que si hace 20 años se hubiera dicho que se podía hablar con los muertos, nos hubiéramos reído, mientras que hoy se habla con ellos como con un vecino. Hasta aquí el orador, ahora nosotros.

Ante todo nos podrá decir Ud., señor Penalva, ¿qué idea podemos formarnos de lo que en la Sagrada Escritura se encuentra bajo el nombre de la tentación de Jesús? ¿Fue esto un hecho material y positivo como parece desprenderse de la manera con que Ud. nos la ha pintado, o fue simplemente una figura, una alegoría de las muchas de que se valió Jesús, para inculcarnos su saludable doctrina? ¿Fue esto un acto real o una bellísima parábola de las que tanto abundan en las benéficas lecciones de Jesús como las del «Hijo pródigo» y del «Buen Samaritano?» ¿Fue que efectivamente se presentó el diablo en persona (permítasenos la expresión) para tentar al Redentor de los hombres, o fue más que eso, un inapreciable consejo para saber el modo como hemos de evitar las malas inspiraciones?—Pero aun siendo este hecho real, materialmente cierto, ¿cree el señor Penalva que ha conseguido su triunfo, al decir que Jesucristo quiso hacer MILAGROS, pues estos no se empleaban para satisfacer curiosidades? Debemos decirle, que al referir este pasaje del Evangelio, solo ha logrado apoyar uno de los principales puntos en que descansa nuestra doctrina, esto es, ha demostrado a su pesar que nuestras comunicaciones con los espíritus no tienen resultado provechoso, cuando se provocan con solo el objeto de «satisfacer curiosidades.» Esto es la verdad, señor Penalva, y aquí de paso le advertiremos que si fuéramos a imitar a vuestro ilustre cofrade en Religión señor Zarandona, le diríamos como él acostumbra: «Ahora sí que no se escapa Ud., ha caído en el lazo etc.» pero no lo haremos así, porque en verdad no es el señor Zarandona la mejor persona para que le imitemos.

Continuando, dice Ud. que Dios permite «APAREZCAN LAS ALMAS» pero que esto es un MILAGRO que solo concede a PERSONAS PRIVILEGIADAS. En primer lugar, nosotros no admitimos eso de MILAGROS, pues no existen, en atención a que tenemos formada una idea muy elevada de Dios, y segundo; tampoco concedemos PRIVILEGIO DE PERSONAS ante Aquel, porque entonces no sería la justicia, ni la bondad, ni la sabiduría infinitas. Dicho esto, pasemos a estudiar, si existe o no nuestra comunicación con los espíritus. Veamos primeramente si es posible, después si es necesaria y del resultado de este trabajo, deduciremos la solución que buscamos. Que la comunicación con los espíritus es posible, lo demuestra el hecho de que bajo ningún punto de vista se opone a la Suprema Autoridad, antes por el contrario, está muy conforme con su reconocida justicia y sabiduría; pues Dios como buen Padre debe autorizar todo aquello que de alguna manera puede contribuir a la perfección de sus

hijos y como veremos más adelante, esta comunicación es de todo punto conveniente para nuestro progreso dada la debilidad e ignorancia en que estamos sumergidos.

Que nuestra comunicación con los espíritus es necesaria, lo demuestra el que siendo nosotros débiles en entendimiento, necesitamos de seres más perfectos que nos dirijan con sus máximas y consejos morales; pues esto precisamente es lo que nos ha de iluminar para hacer el debido uso del libre albedrío. Ahora bien, si por una parte es posible, y por otra necesaria nuestra relación con ultratumba, tenemos que admitir forzosamente su existencia, pues de no hacerlo así negábamos a la Providencia la inmensa bondad y amor que profesa a sus hijos.

Ya ve Ud., pues, señor Penalva, como andaba algo ligero en sus apreciaciones, ya ve que en esta ocasión ha padecido un lamentable error que nosotros desvanecemos con sin igual placer. En cuanto a lo de Moisés, sin detenernos haciendo otras consideraciones, pues por necesidad tenemos que ser muy concisos, solo le diremos que cada época conoce un adelanto en el camino del progreso, y así es como se explica el que un mismo hecho es prohibido en una época, mientras que en otra se presente sin ningún inconveniente. Nosotros, por ejemplo, si hubiéramos visto los tiempos de la inquisición, aun profesando las ideas que hoy hacemos públicas, no las hubiéramos emitido con pena de morir como S. Lorenzo[1] mientras que hoy podemos hacerlo SIN OFENDER A NADIE. Por lo demás, ahora, como antes, Ud. a su pesar ha demostrado que entonces SE PODÍA HABLAR y se hablaba con los muertos, pues de no ser así ¿a qué tal prohibición?

Nos parece haber contestado a los principales argumentos de su sermón. Sin embargo, no hemos olvidado aquello que refiere Ud. en uno de sus últimos párrafos al decir, que si 20 años atrás hubiesen dicho se podía hablar con los muertos, nos hubiéramos reído etc.—Y bien, ¿que pretende Ud. hacernos ver con citar este efecto de la imbecilidad y de la ignorancia? Dice Ud. que nos hubiésemos reído ¡quién sabe si nos hubiera dado por llorar! Pero sea lo que fuere ¿qué vale más? ¿la estúpida sonrisa del ignorante o el adelanto de la humanidad?

Si la fuerza de su último argumento no nos hubiera ANONADADO seguiríamos escribiendo, pero así le dejamos despidiéndonos de Ud. hasta mas ver.

UN ESPIRITISTA.

[1] Ut cuan clementissme et citra sanguinis effusionem punnietur: «con la mayor clemencia sin derramar sangre» (Esta es la fórmula usada por la inquisición para los condenados a la hoguera).

ROMA Y EL INFALIBLE

¿Qué es ese estruendo que suena?
¿Es el mar, menstruo gigante,
que al cielo amaga arrogante
cuando no duerme en la arena?
No; que es el pueblo que llena
la ciudad del desencanto,
y eleva férvido canto;
que es el orgullo ambicioso,
que envuelto en manto pomposo
se va proclamando santo.

Es que Roma encontró un ser
que la supo fascinar,
y le quiere levantar
al imperio del poder;
es que Roma quiere hacer
de su fanatismo en pos,
lo que no ha intentado Dios,
y es hacer, por más que asombre,
del ser augusto del hombre,
más que el hombre, el semidiós.

Por eso Roma se agita,
por eso las plazas llena,
por eso el eco resuena
en la bóveda infinita;
por eso se precipita
flores vertiendo y vapores
de suavísimos olores,
y deja en plácido anhelo
lleno de inciensos el cielo,
llena la tierra de llores.

Roma, la Roma que un día
con despotismo iracundo
Césares al pobre mundo
cual tigres lanzar solía,
hoy que en su abyecta agonía,
ve florecer las naciones
libres ya de sus Nerones,
alza, entre aplausos y palmas,

Píos que encierren las almas
en fanáticas prisiones!

—Ya no resuenan los carros
en que uncidas, sin ayudas,
arrastran Lesbias desnudas
a Eliogaba los bizarros.
Ya no adornan ricos jarros
los impúdicos festines,
ni de noche en los jardines
arden, ante la triunfal
áurea carroza imperial,
cien mártires paladines.

Pero rueda la opulencia
que se proclama—sagrada,—
conducida y arrastrada
por la pálida indigencia:
aun la letal pestilencia
del crimen y la mentira
en esa Roma se aspira,
y del templo en el vestíbulo
se alza el infame patíbulo
de el hombre mísero espira!

—Mirad, decrépito anciano
rueda al abismo profundo,
y por quedarse en el mundo
pugna con la muerte insano.
Ya logra clavar su mano
en el globo…. ya indecible
gozo le inunda…. ya horrible
se levanta sobre el polo,
y allí, en el espacio, solo,
clama a Dios—¡Soy infalible!—

!Ah!.... venid, pueblos cristianos,
venid de oriente y poniente,
caed sobre vuestra frente,
besad después esas manos......
más ¿qué digo? atrás, profanos,
si venerarle queréis,
apartad, no le toquéis,
besad no más lo que el mira
y lo que escupe y respira,

que eso solo merecéis!

—¡Ay del corazón cristiano
que ardiendo en fe que redime,
busca el Gólgota sublime
tras del regio Vaticano!
¡Ay del que anduvo liviano
y espera dulce perdón
de esa soberbia mansión,
que en su actitud reverente
ha de sentir en su frente
satánica maldición!—

Alma que ofusca el quebranto:
cuando al delito sucumbas,
en las negras catacumbas
sepúltate con tu llanto.
No vayas con celo santo
como cándida paloma
a esa moderna Sodoma
a aprender de orar las artes,
¡que Dios está en todas partes….
menos en la infanda Roma!

. . . .

—Y en tanto ¿qué significan
esos tétricos lamentos
que cabalgan en los vientos
de la noche, y mortifican?
¡Ay! esos ecos publican
que en negra cárcel tirana
gime la conciencia humana,
y que el torpe fanatismo
se horripila de sí mismo
cuando vierte sangre humana.

¡Señor Dios de las alturas!
desde tu solio de estrellas,
oye las tristes querellas
de tus míseras criaturas:
extiende tus manos puras
sobre este mar iracundo:
huya esa Roma del mundo
al fulgurar tu mirada,
como fantasma menguada

del sol al brillar fecundo.

Entonces la humanidad
vivirá en plácido Edén;
el ángel santo del bien
nos mostrará su beldad;
la soberbia vanidad
no pretenderá tu trono;
caerá el genio del encono
rebramando en el abismo,
¡y se alzará el cristianismo
sobre el dosel de Pío nono!

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de S. Juan 27 de Febrero 1872.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Médium J. M. sonámbulo.

Llegados ya los presentimientos que anuncié, no puedo prescindir de bajar de altas regiones, para compartir con mis hermanos las tareas emprendidas en beneficio de la ilustración humana.

Hermanos míos; vosotros que alumbrados estáis de la antorcha de la fe, que Dios encendió en el ara vivificadora para perfumar de inciensos y mirra el templo cristiano, y destruyó él idoleismo que de lejanos tiempos existía en el pueblo israelita; unid esa luz repartida entre todos, y compacta será más refulgente. Así no será fácil que una ráfaga de viento pueda apagar alguno de sus destellos, y unidos vencerán los fuertes huracanes, mientras que esparramados podría una fresca brisa disiparlos.

Hermanos, grandes escollos se os preparan; ved por tanto donde posáis los pies para no ser precipitados y hundidos en el abismo. Tramas e injurias mil os están urdiendo. Valor pues, y no temáis a esos indignos seres que os hieren cobardemente por la espalda; presentaos cuerpo a cuerpo, frente a frente, no retrocedáis un paso de vuestra posición, y el vil cobarde sucumbirá en su falsa y mala lid; sed fieles, que no está muy lejano el día de la gran batalla y las filas de la *hueste-mentira* caerán en el error y la desgracia: avivad vuestras imaginaciones, elevad vuestro pensamiento a Dios, suplicad que la Ley divina falle pronto la causa regeneradora y vuestra será la victoria: no dudéis ni una hora, ni un minuto, ni un segundo de la grandeza de Dios: imitad al mártir que tanto sufrió por vosotros: cuando os falte valor para soportar las penalidades y el

sufrimiento elevad a Dios vuestra oración para que derrame una gota del bálsamo depurado de que bebió una copa entera el Redentor Jesucristo.

Resignación se necesita, hermanos, para obtener que ese fruto dulcificado del alma os cure y cicatrice las llagas del corazón; abnegación y cariño, amor y mansedumbre, y con aspecto sereno y libre, demostrad a los que con risa sardónica y mirada repugnante os desprecian, maltratan y maldicen: compadeced a esos pobres ignorantes y maliciosos, haced bien y ejerced la caridad.

Fe, caridad, unión: y la luz será más viva, será cual chispa eléctrica que se desprende del fuerte choque de la cargada atmósfera, sin que haya huracán posible que pueda afectar en lo más mínimo su intensidad.

Adiós:

F. E.

Imprenta de Vicente Costa y compañía.— 1872.

Año I. Alicante 20 de Marzo de 1872. Num.6.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

SECCIÓN DOCTRINAL

LA VIDA Y LA MUERTE

¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte?

Muchas definiciones se han dado, varias son las que se pueden dar y muchísimas las interpretaciones que de ellas se pueden hacer; sin embargo, preciso nos es el explanar una pobre definición, para seguir el curso de nuestro escrito.

Vida, es aquel período mediante el cual, el cuerpo está animado por el fluido vital y contiene en sí al espíritu, el que obra sin cesar sobre la materia, dirigiendo sus acciones.

Muerte, es aquel estado en que ya nuestros órganos materiales no pueden desempeñar sus funciones por haberlos abandonado el fluido vital, a cuyo abandono sigue el del espíritu.

¿Para qué la vida? dice el hombre que cubierta su inteligencia por la venda de la ignorancia camina por cimas y precipicios.

Si para esto nos hizo Dios... dice el que cruzando la inmensidad de los mares tropieza en insuperables escollos, ¿para qué la vida?

Si no puedo alimentar mi cuerpo dice el que fatigado por el trabajo se dirige con vacilante paso hacia el hogar doméstico ¿para qué la vida?

Y una voz incesantemente les grita, maldita sea la vida, ¡maldita! y un eco repite en lontananza, bendita sea mil veces, ¡bendito!

¿Para qué la muerte? dicen muchos hombres, que los apetitos materiales son su norte.

¿Para qué la muerte? exclaman los hombres que cifrando su bienestar en este mundo no reconocen un ser infinito, un lugar de bienestar eterno, un más allá de este mundo material. ¿Para qué la muerte? exclaman en fin los que no se conocen así mismos; y a estos como a los otros les contesta su materia embrutecida, maldita sea la muerte, ¡maldita! y el eco repite en el espacio, bendita sea mil veces ¡bendita!

Cegado por la materia camina el hombre y a cada paso maldice su existencia como el avaro maldice su vida cada momento, cuando ve que su prefijado día se acerca y enloquece maldiciéndolo.

……………………………………………………………………………….

¿A qué se deben estos extravíos de la inteligencia? ¿quién hace blasfemar a estos hombres contra las inmutables leyes del Creador? Su ceguedad espiritual, la oscuridad que les rodea, el abismo en que habitan.

De seguro que si ellos supiesen que se vive para gozar y se muere para vivir, no hay duda que el marine cruzaría el Océano bendiciendo al Padre, lo mismo que el que viese la muerte cerca moriría bendiciéndola.

Si supiesen que el Espíritu encarnado se purifica y purga sus faltas para un día gozar de las delicias infinitas, no maldecirían la vida, como no maldecirían la muerte si supiesen que nuestro Espíritu al abandonar la materia, da un paso más hacia nuestro Dios y Padre.

No se puede dudar que si el hombre prestase atención a reflexiones razonadas, si no ignorase que al encarnar tiene una misión que cumplir o una prueba que pasar, si supiese que en el trascurso de su vida había de realizar su misión con fidelidad o sufrir su prueba con resignación, en ninguno de los dos casos le faltaría fuerza moral: no aborrecería, no maldeciría.

Si la extraviada mente del hombre alcanzase a comprender que la muerte da libertad al Espíritu, el cual, según sus obras, tiene que rendir cuentas ante el tribunal de Dios; si supiera que de esto depende el encarnarse en otro mundo menos material o quedarse estacionario, nadie, absolutamente nadie, dudaría de su infinita misericordia.

Y esto sentado, se desprende: que la doctrina Espiritista da resignación al hombre en los trances más crueles de su vida, fortalece su alma y la ayuda a hacer frente a sus sufrimientos y penalidades; ella da a entender que si nosotros venimos a la tierra, es con el sagrado deber de cumplir santos preceptos, y que si de aquí nos separa la muerte, damos un paso más hacia la gloria; ella nos explica y prueba con razón, que los sufrimientos hacen adelantar al Espíritu; ella da luz al entendimiento del

hombre y fortalece su inteligencia, y ella; en fin con voz atronadora grita a la conciencia humana: *la vida es hoy para sufrir, mañana para gozar.*

¿A quién pues, toca propagar esta doctrina? ¿a quién corresponde su enseñanza? corresponde y toca a los que mecen su imaginación en el tranquilo mar Espiritista.

Es menester hermanos, que los que en la vida ven un martirio, vean un camino que les conduce hacia Dios, que los que a la muerte temen, la contemplen con dulzura, que los que la miran con horror, vean en ella el camino que les conduce más pronto a las celestes regiones.

No nos atemoricemos al contemplar su temperatura fría, sus ojos hundidos y extremadamente abiertos, su mirada fija, su cabello en desorden, su boca abierta, sus labios cárdenos, su agrisada espuma; no hemos de mirar su estado físico. Dejemos a la materia inerte en el mundo material y dirijamos nuestros ojos al mundo Espiritual. Allí el Espíritu es recibido por unos con dulzura, por otros llorando de alegría, otros llamándole ¡hijo mío! ¡padre mío! ¡madre mía! mientras que en este mundo es recibido con un silencio sepulcral y una pesada losa cubre sus cenizas eternamente.

¿Por qué, pues, atemorizarnos ante el camino del progreso? no dejemos que la muerte nos impida con su descarnado cuerpo vislumbrar la Espiritual. No diremos a Dios; ¡dadnos la muerte! porque sería contrarrestar su voluntad que son sus leyes, pero con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en nuestro Espíritu, esperaremos que la guadaña benéfica nos arrebate del mundo material y nos traslade al Espiritual; esperaremos estremecidos de alegría que llegue nuestra hora y mientras tanto repetiremos la voz de nuestra doctrina. *La vida es hoy para sufrir, mañana para gozar; la muerte murió, la muerte es la vida más ligera.*

E. S.

DEMONIOS, PENAS ETERNAS O INFIERNO, PURGATORIO Y LIMBO.

(CONTINUACIÓN)

Esto bastaría, pero pasemos adelante y separemos las cuestiones. 1.ª Demonio. 2.ª Infierno. 3.ª Purgatorio, del que no hemos buscado su origen en el cap. l.º del Génesis, porque fue inventado en el año 593. Y 4.ª Limbo.

¿Qué son los demonios? Espíritus puros creados por Dios en o para la bienaventuranza, y habiéndose rebelado contra Él, fueron sepultados en los profundos abismos.

Esto o parecido nos enseña la iglesia sobre este dogma.

Levantemos el velo que cubre a estos dogmas, penetremos en el arca santa, aunque lluevan excomuniones y anatemas. Cristo dijo: «no vengo a juzgar al mundo; compadezcamos a los anatematizadores, rogaremos por ellos, y adelante.

Para explicar los doctores de la iglesia la caída de algunos espíritus, lo fundan en varias bases, y entre ellas expondremos las siguientes: Jesucristo cuando echó en cara a los judíos su impiedad dijo: Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad.[1] El apóstol Pablo dice, que Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó al abismo, donde son atormentados y tenidos como en reserva hasta el día del juicio.[2] El apóstol Judas, que Dios tiene atado con eternas cadenas en profundas tinieblas y reserva para el juicio del gran día a los ángeles que no conservaron su primera dignidad, y que abandonaron su propia morada.[3] Veamos si podemos interpretar rectamente estas citas, sin que aparezcan demonios ni ángeles caídos.

Jesucristo hablaba a los Judíos, y no podía ignorar que eran hijos de los hombres y no del diablo. Él fue homicida; no puede referirse tampoco a éste, porque no consta cometiera ningún homicidio. No quiso permanecer en la verdad: la verdad como podía entenderse en aquella época, fue dicha en el antiguo testamento; y sin embargo no creyeron en la venida del Mesías; le supusieron endemoniado y no Redentor. No comprendieron que les hablaba de Dios y de su enviado. Por causa del pecado, éste era el diablo; por causa del desvió de la ley mosaica; por su acceso al mal, este era el diablo.

Tampoco pueden referirse S. Pedro, S. Pablo y S. Judas a los demonios, pues que ellos están amarrados con cadenas, y los tiene Dios en las profundas tinieblas y en reserva para el día del juicio, porque entonces los demonios que según la iglesia, obran con entera libertad incitando e induciendo a los hombres, si los tiene Dios amarrados, no podemos admitir su entera libertad ni las continuas y constantes tentaciones; y si admitimos aquellas y éstas es que Dios los suelta para perjudicarnos, y esto es hasta ridículo pensarlo. Y allí son atormentados. ¿Y quién atormenta a los

[1] San Juan VIII, 44.
[2] San Pedro II, v. 4.
[3] San Judas v. 6.

demonios? ¿Es que hay otro superior a Lucifer? ¿Qué aguardáis a decirlo? Y que abandonaron su propia morada. ¿Cómo? ¿Pues no fueron echados del cielo a los profundos abismos?

¿Qué no os parece bastante cadena infernal el cuerpo a que va unido el espíritu? ¿No son bastantes tinieblas la lucha constante con la materia? ¿No podrían referirse los apóstoles a tales cadenas? Creados los espíritus sencillos y atrasados, progresan para adquirir la perfección; sed perfectos, se nos ha dicho, y los que en vez de progresar se estacionan, ¿no son bastantes delincuentes? Por este delito, pues, están amarrados a las cadenas infernales de la materia y sujetos a ella hasta su purificación, y atormentados incesantemente. Pero sigamos. Sentadas algunas de las bases de donde toma origen el dogma sobre los demonios, admitamos con la iglesia la existencia de Lucifer, genio del mal, y de Dios suma bondad.

He aquí el naturalismo que, investigando la causa desconocida, indujo a creerlo en los efectos del mundo exterior que nos rodea, Dios y la naturaleza. En aquel Todo divinizado se observaron dos principios diferentes, contrarios, diametralmente opuestos, el bien y el mal. Para distinguir, para comprender mejor el elemento físico y el elemento moral, dimanaron el dualismo natural, Dios y la naturaleza, el bien y el mal, el placer y el dolor, la virtud y el vicio, Mahadeva y Bahavaní de la India: Isis y Osiris del Egipto, y Oroman y Ariman de la Persia.

¿Queréis que creamos? Pues Dios no es único increado, ni omnipotente, ni todo-poderoso, ni infalible.

¡Blasfemo! Oigo que me decís. Si esto es blasfemar, blasfemo por vuestra boca, por vuestra doctrina, por vuestra enseñanza, por vuestros principios, por vuestra religión que tiene demonios increados e independientes de Dios con facultades ilimitadas para todo lo malo. Y si lo enseñáis, ¿por qué os horrorizan las consecuencias?

Nada dice el Génesis de la creación de los ángeles como queda expresado, por consiguiente, si existen, son increados; lo increado es eterno, y entonces iguales a Dios, y siendo, iguales, Dios no es único.

Si el demonio tiene ilimitado poder para el mal, es omnipotente como Dios, porque según vosotros obra en su esfera con independencia de Aquel y con plenitud de facultades.

Dios creó los ángeles y se le rebelaron. ¿Dónde está pues su infinita sabiduría y omnisciencia no previendo tal maldad y rebelión tan perniciosa? ¿Y cómo tan bondadoso crear gérmenes de discordia permanente y de encarnizamiento continuo contra sus criaturas, su imagen y semejanza? ¿Y de su infalibilidad creándoles puros y colmándoles de todos los dones y gracias, si fueron accesibles al mal?

Lucifer y la tercera parte o un gran número sucumbieron, relata Makary en su teología dogmática, por las relaciones desnaturalizadas con las hijas de los hombres. Según unos: Viendo los hijos de Dios la hermosura de las hijas de los hombres, tomaron de entre todas ellas por mujeres las que más le agradaron.(1) Según otros, por la envidia: mas por la envidia del diablo, entró la muerte en el mundo,(2) y según algunos por la soberbia Temeroso de que hinchado de soberbia no caiga en la misma condenación que el diablo,(3) y se opondrá a Dios y se alzará contra todo lo que se dice Dios, o se adora hasta llegar a poner su asiento en el templo de Dios, dando a entender que es Dios.(4) En vista de todo esto, enseña la Iglesia que San Miguel, y con él el mayor número, exclamaron: ¡Quién como Dios! Pero el jefe de la rebelión dijo: Soy yo mismo quien subiré al cielo; estableceré mí morada sobre los astros, dominaré y seré semejante al altísimo.

El mismo Makary sienta que esto son opiniones personales.

Para que una opinión personal prevalezca, es preciso que concuerde con las verdades de la doctrina. Decidles estas palabras: Juro por mí mismo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que quiero que se convierta, que deje sus extravíos y que viva.(5) El Salvador ha dicho: Porque el hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido, así que no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, el que perezca uno sólo de estos pequeñitos.(6)

La iglesia ve el único motivo principal de la creación en la bondad infinita de Dios, y su objeto en la gloria del Creador y la felicidad de las criaturas.(7)

Entonces, sino quiere la muerte del impío, y sí que se convierta y viva, ¿por qué los condenó y los mató moralmente por eternidad de eternidades? Si no es la voluntad del Padre que perezca ninguno de los pequeñitos, ¿por qué perecieron los ángeles? Si ha venido a salvar lo que se había perdido, ¿no sería crueldad innegable dejar de comprender a aquellos en esta salvación? Y por último, si el objeto de la creación es la felicidad de sus criaturas, ¿por qué tanta infelicidad para los demonios? ¿Por qué tan despiadada reprobación?

¿Y cuándo cayeron? ¿Al momento de creados o después? ¿Cayeron todos a la vez? ¿No se les concedió plazo para arrepentirse?

[1] Génesis. VI. 2.
[2] Sabid. II. 24.
[3] Tim. III. 6.
[4] Tes. II. 4.
[5] Ezeq. XXIII. 11.
[6] S. Mat. XVIII. 11, 14.
[7] S. Pedro. 7.

Todo esto queda dicho con Makary que son opiniones personales, y por tanto no merece la pena de fijarnos, con la seguridad que las derivarían de los mismos fundamentos con que relataron con tanta minuciosidad los gritos de rebelión, disputas y voces del cataclismo celestial. No son siquiera razonables, y puede equivocarse el que suponga cayeron antes, después, o el que fueron precipitados sin que se les fijara plazo para arrepentirse.

Creo haber expuesto y probado que no pueden ni deben existir los demonios, y creyendo que son figuras alegóricas, poco interesa probar el número y categoría y de dónde sacaron los instrumentos de tortura y los utensilios para achicharrar a la humanidad, ni menos donde aprendieron aquella docilidad, disciplina y constancia para el mal que entre ellos reina, ¡fueron rebeldes en el bien, y nunca se cansan de atormentar! Cada uno tiene su misión y desempeñan todo su cometido con una precisión tan admirable. ¡No deja de ser esto sorprendente!

¡Sorprendente! Cuando la ciencia y la razón analicen con su escalpelo la palabra dogma, quizás nos salga el color a la cara. ¿Cómo la humanidad durante diez y nueve siglos no se paró y pensó en Dios eterno, uno, sabio e infinito en todas sus perfecciones?

¿Aun queréis mas demonios, esclavos del orgullo, de la soberbia, del egoísmo y de la avaricia, propensos y dispuestos siempre a todo lo malo, y satisfechos con los vicios, depravadas pasiones y corrompidas costumbres, adorando el becerro de oro? ¿Visteis hambrientos y no le disteis de comer, sedientos y le dejasteis ahogar, sin que jamáis hayamos oído pronunciar por el clero la palabra hermanos, amados feligreses, siempre feligreses amados? ¿Pues qué no somos todos hijos de un Dios? ¡Cuándo principiará a reinar la fraternidad entre nosotros y será estable y evidente la caridad! ¿Por qué no dais el ejemplo vosotros primero como ministros de un Dios? Demonios: Ahí tenéis la santa inquisición cruzadas sangrientas, crímenes horribles y monstruosidades sin cuento, relata la historia. Si Dante dice vio al Papa Alejandro VI en los profundos infiernos, ¿aun queréis mas demonios? ¿Aun no estáis contentos con tanto Lucifer, tanto Satanás y tanto Luzbel? He aquí los hijos del diablo: he aquí los hijos del pecado: he aquí los hijos del mal, las cadenas de la Sagrada escritura. A nosotros se referían en el antiguo testamento, de nosotros hablaba Cristo, y a nosotros nos amonestaban los apóstoles.

Nosotros estaremos amarrados con las cadenas de la materia, mientras seamos malvados; estaremos en las profundas tinieblas hasta que nos alejemos del mal y practiquemos la caridad, sin la cual no hay salvación. Nosotros homicidas, nosotros delincuentes; sino progresamos, sino nos perfeccionamos para lo que nos dijo Cristo, sed perfectos como mi Padre que está en los cielos. Éstos son los demonios. Y es hora ya de hacer

desaparecer el Bú de la humanidad, y que reinará la calma en el trance de la muerte, según la iglesia y trasformación según el espiritismo. En aquel momento, ante los regalos de los bichos alados y sedientos de mortificación que la teología enseña, el moribundo se agitaba en su lecho y el agonizante se desesperaba y se calmaban los manes de Lucifer con misas, legados y obras pías; en aquel momento es preciso que reine la calma y la tranquilidad en el espíritu del moribundo que contempla sereno al Dios de clemencia y de justicia. Pedro Botero ha muerto. El Sr. Zarandona nos ayuda a enterrarlo. Loado sea Dios. La humanidad ha renacido. Divinizad cuanto queráis, que el mundo marcha, y si os regazáis seréis aplastados.

F. C. y B.

EN EL PÚLPITO

Al sermón predicado en la tarde del segundo domingo de cuaresma en la Iglesia de S. Nicolás de esta capital.

Interesante fue por más de un concepto el segundo discurso religioso que el señor Penalva, abad de la colegiata, pronunció en la tarde del Domingo 25 del pasado Febrero del presente año. En el mismo se propuso el señor Penalva demostrar la falsedad en el sistema de reencarnaciones, para lo cual y en pro de su idea, expuso, aunque brevemente la metempsícosis de Pitágoras por la que según él nuestras almas después de la muerte volvían a encarnarse en cuerpos de seres racionales e irracionales, y fundado en esto se permite declarar que nuestra teoría sobre las reencarnaciones, no tiene bases ni fundamentos y además se opone a su *divina fe*, añadiendo en favor de su opinión que no es cierta la nuestra por cuánto no se tiene ni el más leve recuerdo de existencias anteriores.

Vamos a ver si nosotros, débiles en conocimientos y más aun en experiencia, pero con sobrado entusiasmo por la causa que defendemos e inquebrantable fe en la doctrina que profesamos, podemos aducir algunas razones que sirvan de contestación al discurso del señor Penalva.

Ante todo hagamos algunas consideraciones sobre la siguiente proposición: ¿Dios creó iguales a todos los espíritus o por el contrario

concedió a algunos, cualidades especiales que constituyen un privilegio sobre los demás?

Tratemos esta cuestión en la hipótesis de que sólo sufrimos una encarnación y bajo este supuesto, ya podemos decir que Dios creó efectivamente iguales a todos los espíritus, pero apenas sentamos esto como base, se nos ocurren las siguientes preguntas que representan otros tantos hechos, cuya razón de ser en vano tratamos de encontrar.—¿Por qué un hombre *(espíritu encarnado)* apenas nace, manifiesta poseer (aunque en germen) ciertos instintos muy diferentes de los que tiene la generalidad? ¿Cómo se explica naciendo todos iguales que unos estén dispuestos para cierta clase de estudios, consiguiendo más tarde grandes adelantos en los mismos, mientras que otros a pesar de sus esfuerzos y con mejores medios para saber, apenas llegan a poseer los conocimientos más superficiales sobre lo que en vano tratan de profundizar? ¿Cómo se explica que dos Hermanos de la misma edad, educados en el mismo país, con las mismas costumbres y otras circunstancias idénticas a los dos manifiesten, el uno la cordura, la docilidad, el amor, la aplicación, la virtud; mientras que el otro abrigue sentimientos rencorosos, vileza de corazón y cuantas malas cualidades pueda reunir el hombre más criminal?—En vista de esto, y en atención al gran vacío que en nuestra inteligencia dejan semejantes preguntas, nos vemos en el caso de buscar en la segunda parte de la anterior proposición una respuesta que estando conforme con el Supremo Dios lo esté también con nuestra razón. ¿La encontraremos?—Veámoslo. Supongamos que Dios creó desiguales a los espíritus, esto es, veamos si esa disposición especial de algunos hombres es debido a un beneficio que Dios les concedió al crearlos....? ¡Inicua suposición! ¡Vil insulto a la Divinidad! ¿Cómo admitir que ese Dios todo justicia y bondad ha podido establecer diferencias entre sus hijos? ¡Semejante hipótesis es repudiada por la más crasa inteligencia! Pero si como hemos visto no es posible encontrar contestación razonada y terminante a las preguntas precedentes ni tampoco a la proposición que en su lugar dejamos expuesto, en la hipótesis de una sola encarnación; estudiemos esto mismo suponiendo que existen sucesivas reencarnaciones y veamos si podemos llegar por este medio al descubrimiento de la verdad. En efecto, admitiendo como cierta esta última suposición, clara y sencillamente veremos que esa disposición de que aparecen dotados ciertos individuos, ese genio peculiar a ciertos hombres, esas bellas cualidades que tanto distinguen a algunas personas, son el resultado de su adelanto en anteriores reencarnaciones, si es que Dios todo justicia nos creó a todos iguales como no puede suceder de otro modo, de lo cual se deduce la existencia en la realidad de nuestra teoría.

Pero no es esto sólo, aun concediendo que solo existe una sola encarnación, nos podrá Ud. decir señor Penalva ¿qué recompensa tendrán

los que separadamente se perfeccionan ya en el orden moral, ya en el intelectual, ya en ambos al mismo tiempo? Aplique su contestación al siguiente caso o a otro análogo de los muchos que pudiéramos citar: Supongamos tres hombres; el primero ha sido muy honrado, de buenos sentimientos, modelo de virtud pero a pesar de todo, fue muy parco en el estudio y corto de inteligencia; el segundo lo contrario, es decir, progresó mucho, muchísimo en su parte intelectual, pero en cambio reunía en conjunto la mala intención y la perversidad; y el tercero representaba lo bueno de uno y de otro, es decir, poseía la caridad y la instrucción en alto grado. Ahora bien, ¿qué premio merece el primero? ¿cuál el segundo? ¿cuál el tercero? ¿Es acaso igual recompensa la de todos? a nosotros nos parece que no ¿y a Ud.? Contéstenos, se lo pedimos con sinceridad, se lo suplicamos, pero no, no nos contestará—ya lo sabemos—lo mismo nos pasa a nosotros dentro de la hipótesis de una sola encarnación, pero salgamos, salgamos de ella, admitamos las sucesivas reencarnaciones y pronto encontraremos contestación convincente no sólo a estas preguntas, sino a todas las que en este sentido se puedan hacer. Si, salgamos de ella, y pronto sabremos la recompensa que les espera a los hombres que hemos supuesto en el caso anterior, pues cuando después de esta vida comparezca ante el Supremo Juez el primero de ellos o sea el honrado, pero ignorante; Dios le dirá «ve perfecciona tu parte intelectual y entonces serás acreedor al premio; lo mismo dirá al segundo, con la diferencia que lo que ha de perfeccionar es su corazón; mientras que al tercero le recibirá concediéndole el premio merecido. Además de esto, admitiendo nuestra teoría concebimos claramente la bondad y justicias infinitas del Soberano Señor y el inmenso amor que profesa a sus criaturas, pues a todos premia con el progreso indefinido, circunstancia que responde admirablemente a la de haber creado a todos iguales.

Con lo dicho hasta aquí queda demostrada suficientemente la existencia de varias reencarnaciones, sin embargo, insistimos en nuestro trabajo haciendo ver que lo que defendemos se apoya precisamente en la misma justicia de Dios, relacionada con nuestro perfeccionamiento moral.

Para esto nos permitiremos traer aquí algunos datos, de todo punto curioso sobre la población de la tierra y fallecimientos que ordinariamente ocurren. Según los estadistas mejor informados, podemos calcular aquella en nuestro globo entre 1.300 a 1.340 millones de habitantes, que anualmente producen una mortandad de 34 millones, correspondiendo a cada día por término medio 93.150 defunciones que hacen por hora 3.881 por minuto 64 y 1 o más por segundo; de modo que cada latido del corazón marca el término en la vida de una criatura. Si ahora observamos que el promedio general en la duración de la vida humana es de unos 33 años, tenemos que una *cuarta parte* de la población muere antes de llegar a los 7

años y una *mitad* antes de los 17; de manera que entre 100.000 personas una sola llega a la edad de 100 años, entre 500 una sola a la de 90 y entre 100 una sola a la de 60. Estos datos más o menos exactos pero aceptables por la generalidad, nos servirán precisamente para contestar al señor Penalva. Dicho esto y en la suposición de que sólo existe la presenta encarnación, preguntamos, ¿ha podido esa cuarta parte del género humano que muere antes de cumplir los siete años, conseguir de alguna manera su perfección en este mundo para merecer el premio que los católicos admiten en *los justos?* ¿Esas débiles criaturas que jamás se separan del tierno regazo de su solícita madre cómo han podido adelantar, cuando este adelanto procede del uso que hayan hecho de su libre albedrío y este no ha llegado todavía a manifestarse? ¿Y si no han adelantado cómo merecen premio?—Es más, antes hemos dicho que la mitad de la población muere antes de cumplir los 17 años y ahora como antes podríamos exponer el mismo razonamiento aunque no con tanta fuerza, pues si reflexionamos un poco veremos que muchas personas de las que mueren antes de la indicada edad están desposeídas de ese elemento inteligente que constituye al hombre en un estado de libre pensador.

Todo esto, y más que diremos, prueba de una manera clara y terminante la necesidad que existe en que sea cierta nuestra teoría sobre las reencarnaciones.

Pero Ud. señor Penalva califica de «consecuencia injusta» que de Dios hacemos los espiritistas al admitir lo que hemos demostrado. Esto ha dicho Ud. y nosotros aun dudamos; si, dudamos después de oírlo, de que la persona más digna y sensata del clero alicantino haya lanzado una frase de esta naturaleza y que nosotros calificamos de *temeraria*. ¡Consecuencia injusta! ¿Es injusta la reencarnación? ¡Ah señor Penalva que mal comprende Ud. a Dios! ¡Qué idea tan pobre tiene Ud. formada del Autor de la Naturaleza! Le compadecemos por su estado, le perdonamos por su insulto a la ciencia espiritista y suplicamos a Dios le perdone la blasfemia que contra Él ha proferido Ud. Si, blasfemia, esta es la palabra, porque el acto de injuriar a Dios merece ese nombre según el diccionario Enciclopédico y Ud. al calificar, de consecuencia «*injusta*» la reencarnación, ha negado a la Divinidad uno de sus más altos atributos, la bondad y la justicia y por lo mismo ha proferido la mas inicua injuria contra el Supremo Hacedor. Pues; qué ¿señor Penalva, cómo será Dios más justo, más bueno, condenando eternamente a gemir entre las llamas, a los desgraciados que no cumplieron su misión en este mundo o concediéndoles el inestimable favor de poder arrepentirse y permitir que vuelvan a empezar su obra? ¿Cuándo será Dios más grande, más sabio, más misericordioso en el primer caso o en el segundo? Conteste Ud... conteste por la infalibilidad del renegado masón. Pero ¡ah! señor Penalva se nos había olvidado que Ud.

era Católico, que Ud. era Apostólico Romano y por lo mismo nos hemos explicado así. Añora que recordamos pertenece a la fila de los «Torquemada y compañía.» le hablaremos de otro modo relacionando nuestra teoría con su tan cacareada «*resurrección de la carne*.» Sepa de una vez ya que hemos tocado ésta cuestión, que su dogma y nuestro sistema de reencarnaciones es exactamente una misma cosa, con la diferencia de que Ud. y los suyos presentan su idea, como de costumbre habitual, en contradicción con la ciencia, con la razón y hasta con el sentido común; mientras que nosotros defendemos la nuestra con las mismas armas que la ciencia nos proporciona. En efecto, esta ha demostrado suficientemente que descomponiéndose nuestro cuerpo después de la muerte en los diferentes elementos de que consta, esto es, quedando reducida a cierta cantidad de oxígeno, hidrógeno, ázoe, carbono, etc. éstas sustancias vienen con el tiempo a formar parte integrante de la atmósfera que nos envuelve, que es como si dijéramos el manantial perenne de nuestra vida animal, por cuya razón los seres que se hallan en la superficie de la tierra, ya pertenezcan al reino vegetal, ya al animal, tienen necesariamente que respirar el airé, en cuya composición han debido entrar las sustancias de que antes hicimos mención procedentes de los que se mueren, y que ahora vienen indudablemente a dar vida a otros seres. De donde resulta que varios individuos de la presente, generación pueden muy bien reunir en su economía los restos *mortales*, es decir, las moléculas orgánicas, de seres que murieron hace algún tiempo. Ahora bien, siendo limitada la cantidad de materia e ilimitadas sus trasformaciones ¿cómo cada uno de estos cuerpos podrá reconstruirse con los mismos elementos, siendo así que como hemos visto una molécula orgánica puede formar parte de varios individuos? Es evidente que esto envuelve una imposibilidad material. De lo dicho se desprende que ni puede admitirse la resurrección de la carne, pues cuando más, sólo es más débil y ridícula figura que pretende simbolizar el fenómeno de la reencarnación.

A pesar nuestro vamos prolongando demasiado el presente escrito, sin embargo rogamos a Ud. nos Oiga, pues vamos a presentarle dos ejemplos para ver si podemos conseguir separar de su entendimiento la pobre idea que ha defendido. Dos fabricantes, encargaron a dos de sus subordinados la fabricación o elaboración de dos objetos, pero estos, en atención a su poco criterio, falta de disposición u otras circunstancias, no ejecutaron aquellos con el esmero debido perdiendo por lo mismo el tiempo y el material invertido en su tarea. No obstante esto, los operarios entregaron su trabajo mal acabado por todos conceptos a sus respectivos dueños, pero resultó que el primero de estos al ver la torpeza y atraso en que se encontraba su operario, le despidió de su taller negándole su protección y condenándole por lo mismo a la vagancia con todas sus consecuencias; mientras que el otro fabricante llamó a su dependiente y le

dijo que no había cumplido con su deber, por lo que le condenaba a perder solo el tiempo que había invertido, a no pagarle el importe de su mal trabajo, pudiendo volver a repetir su tarca hasta quedar bien concluida y entonces le pagaría su valor. Diga Ud. señor Penalva, ¿cuál de los dos fabricantes es más justo, más bueno, más humanitario? Conteste Ud., pero vaya con cuidado con la respuesta porque en ella va envuelta su misma acusación.

Vamos a presentarle el otro ejemplo, que será el último, para ver si podemos conseguir separar de su entendimiento la pobre idea que ha defendido; Ud. es digno profesor en el instituto de segunda enseñanza de esta capital, y por lo mismo está encargado de trasmitir a sus discípulos las saludables lecciones que en otros tiempos más felices nosotros también hemos recibido.

Trascurrido el curso se presenta un alumno a exámenes y el tribunal en vista de sus adelantos intelectuales emite su calificación aprobando o desechando sus ejercicios. Ahora bien, nos encontramos en el caso de que se presenta un alumno desaplicado, que no ha aprovechado sus lecciones, que ha perdido el tiempo y además reúne otras condiciones que le hacen indigno de la recompensa, que solo se da los que son aplicados y de buen comportamiento; Ud. como todo el tribunal o jurado de exámenes, justo en el desempeño de su ministerio, *le suspende* declarando que vuelva a estudiar la asignatura que pretendía probar. Esto es lo que Ud. hace y en verdad que se debe hacer. ¿Pero sería justo que Ud. declarase al alumno reprobado como indigno para continuar estudiando y condenándole eternamente a sufrir las tinieblas de la ignorancia? ¿Diga Ud., sería esto justo? ¿Sería esto bueno? La inteligencia más limitada contestará a Ud. lo que nosotros contestamos. Pues bien, el hombre haciendo su perfección por medio de sucesivas reencarnaciones en diferentes mundos, es como el débil niño que empieza su carrera aprendiendo algunas nociones en primeras letras, mas tarde ingresa en escuela elemental, después en la superior, luego en el instituto, y finalmente en la Universidad para terminar sus estudios en una facultad determinada; y si en el tribunal que ha de examinar a este niño existe la injusticia e iniquidad al dictar el fallo que antes supusimos; cuánto más grande, más injusta, mas inicuo seria en Dios condenar al hombre a su eterna perdición. Nuestra imaginación se horroriza al pensar en la idea que defienden los católicos.

De todo lo dicho se deduce que *no es cierto* lo que Ud. dice al afirmar que la teoría de las reencarnaciones «no tiene bases ni fundamentos;»(1) pues si fija su atención un solo instante verá que su base

[1] Si imitásemos al Sr. Zarandona en su famosa primera carta impugnando el Espiritismo llamaríamos desde ahora *mentiroso* al Sr. Penalva, pero no lo hacemos porque del Sr. Zarandona a nosotros ha y una gran distancia.

la reconoce en la bondad y justicia del Supremo Dios y su fundamento en nuestra propia perfección. Por lo demás nada importa que no esté conforme con su *divina fe*, pues ya sabemos que la *fe* católica ha anatematizado el progreso y con él a sus consecuencias.

Pero ahora nos acordamos de que otra de las razones que Ud. presentaba para defender su opinión, consistía en decir que no era verdad nuestra teoría porque *Ud. no se acordaba* de haber sufrido otra encarnación. ¿De cuándo acá señor Penalva se niega un hecho porque el interesado en ello diga que no *se acuerda* de su existencia? Entonces puede Ud. negar el momento de su nacimiento y decir que nació fuera del tiempo, porque no es fácil acordarse del primer instante en que vio la luz; niegue Ud. también que Dios le ha creado porque tampoco es fácil se acuerde del momento en que salió de sus manos; niegue usted….lo que quiera, pues con sólo decir que no se acuerda ya estamos completamente convencidos.[1] ¡Qué talento! ¡Qué lógica! ¡Qué….!!!!....Nada, nada, «*con otro golpe como este se eterniza en el pulpito*.»

Sepa Ud. señor Penalva, por si lo ignora que nuestra débil memoria tantas veces impotente para recordar ciertos actos de la vida, lo es más, mucho más, para hechos que han tenido lugar antes de la presente existencia.

Francamente, le hacíamos a Ud. con menos pretensiones y con más instrucción; lo primero porque jamás creímos negara un hecho fundado en la *poderosa razón* de que no se acuerda haberlo visto, y le segundo porque siempre supusimos sabría Ud. lo que ahora ha demostrado ignorar.

Vamos, señor Penalva piense Ud. más lo que dice, pues de lo contrario perderá la benevolencia (bien merecida por otras razones) que le dispensa el pueblo de Alicante. No se comprometa Ud., pues ya le conocemos y nos consta que la tarea que ha emprendido contra nosotros, le es sumamente enojosa por más de *dos* conceptos.

Hasta otro día se despide de Ud. afectísimo,

UN ESPIRITISTA.

[1] Coralario: La persona que no haya tenido la dicha de conocer a sus padres (como el *clero* sabe muy bien hay muchas) y no se acuerde de sus primeros días de vida, puede negar la existencia de aquellos y basta puede negar *que existe*.

=BIOGRAFÍA DE ALLAN-KARDEC=

(CONCLUSIÓN)

¡La muerte, decía recientemente, hiere a golpes redoblados las clases ilustres! ¿A quién vendrá ahora a libertar?

Después de tantos otros, él ha ido a regenerarse de nuevo en el espacio, y a buscar nuevos elementos para renovar su organismo gastado por una vida de incesantes trabajos. Ha partido con aquellos que serán los faros de la nueva generación, para volver luego con ellos a continuar y concluir la obra que dejó entre manos fervientes.

Ya no existe el hombre, pero el alma permanecerá entre nosotros; es un protector seguro, una luz más, un trabajador infatigable con el cual se han acrecentado las falanges del espacio. Como en la tierra, sin herir a nadie, sabrá hacer comprender a cada uno los consejos convenientes. Calmará el prematuro celo de los ardientes, secundará a los sinceros y desinteresados, y estimulará a los tibios. Ve, sabe hoy todo lo que preveía no ha mucho. No está sujeta ya a la incertidumbre ni a la perplejidad, y nos hará participar de su convicción, haciéndonos palpar el objeto, designándonos la senda, con su lenguaje claro y preciso que hacen de él un tipo en los anales literarios.

El hombre no existe ya, lo repetimos; pero Allan Kardec es inmortal, y su recuerdo, sus trabajos, su espíritu estarán siempre con aquellos que sostendrán firme y muy alta la bandera que supo hacer respetar siempre.

Una individualidad poderosa ha constituido la obra; él era el guía y la luz de todo. En la tierra la obra reemplazará al individuo. No nos reuniremos alrededor de Allan Kardec, nos reuniremos alrededor del Espiritismo, tal como lo ha constituido, y por sus consejos, y bajo su influencia, adelantaremos con paso cierto hacia las fases felices prometidas a la humanidad regeneradora.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Médium, J. Pérez.

EL CULTO EXTERNO

El culto externo fue a base de la religión antigua. Hasta ahora ha sido preciso este culto, para que la creencia del hombre no se debilitase, ya que hasta hoy no ha aparecido la inteligencia libre; pero en adelante, visto el inconveniente que presenta por tanta innovación y modificaciones, por tanta diatriba y mistificación, ya este culto no sirve, sino para el mayor entorpecimiento de la idea religiosa.

Cuando el nombre no podía, vista la actitud de los representantes de los pueblos, instruirse, ni formar un simple concepto, ni meditar, ni escribir, ni estudiar; en esa azarosa época en que a la inteligencia se la encerraba para que no expresase ni una idea, ni un pensamiento que protestase contra lo establecido; entonces el templo era una ley, si no de Dios, de la tiranía de los hombres, y ante ella tenía que sucumbir por la fuerza en la imbecilidad y en el oscurantismo.

Ahí tenéis desde Moisés el objeto del culto externo.

El templo, para recrear el ánimo ante las imágenes y en la contemplación de sus espaciosas bóvedas, no sirvió más que para embrutecer al hombre ya que no tenía libertad para el raciocinio, porque a la verdad, el hombre, en la funesta época de la tiranía, solamente pensaba lo que unos cuantos pensaban, y se hacía religiosamente lo que la hipocresía de los tiranos inundaba; y de este modo, haciendo el pensamiento de los egoístas y de los tiranos, el hombre nunca meditó nada por si, consideraba al templo como la imagen viva de Dios, siempre colérico y amenazador, investigando su acción, su vida y su movimiento, y con el anatema cerniéndose en su frente; y siempre en su idea de infierno y de llamas, torturas y desesperación, y todo lo mas horroroso y siniestro se convertía, de libre como Dios le hizo, en miserable esclavo.

Esto fue el templo ayer, el templo que quieren que sea hoy, el templo que pretenden sea para toda una eternidad.

Pero, ¡bendito Dios mil veces! En el primer año del presente siglo apareció por el Oriente una nubecilla de oro y grana que llevaba, con divina mano escrito, el siguiente lema. «*Progreso, civilización, libertad y adelante.*»

El pueblo le vio, la humanidad toda adoró con delirio tan consoladora inscripción y por más que los tiranos cerraron sus ojos no queriendo reconocerla, al fin, dígalo la presente época, la han tenido que reconocer a despecho de tanto maquiavelismo.

El templo fue el arca donde se encerraron las mas incidas inteligencias de la humanidad; muchos mártires ha producido; su pavimento está lleno de sangre y de infamia. Dios ha desaparecido de sus oscuros antros, para no renegar de su obra, de la perfección del hombre.

Estad persuadidos, amigos míos, que el sagrado santuario existe en el corazón, su representación es el alma, cuando al Señor envía sus preces; fuera de ahí no encantararéis más que el ardid y la mentira para seducir al inocente, posesionarse de su espíritu y robarle uno a uno sus mas afectuosos sentimientos hacia el Ser Supremo.

VUESTRO ESPÍRITU PROTECTOR.

La conciencia

La conciencia es la causa de lo que somos nosotros; somos el efecto de cuanto bueno podemos obrar, impulsados por esta causa misteriosa; ella tiende incesantemente a reformar nuestras pasiones y deseos.

Os lo explicaré mejor.

La conciencia sabe perfectamente nuestro destino; pero no nos deja ver claro el sendero por donde tenemos que ir para llegar cuanto antes al fin que se propuso Dios al darnos la existencia.

Nos deja enteramente libres: marchamos ciegos, acaso todo lo mas, guiados por la razón, que si es clara y fácil, puede encaminarnos bien; pero si por efecto de estar mal cultivada, nos extravía, la conciencia nos advierte aquello de que nos hemos apartado en la vida de la senda verdadera.

El hombre queda enteramente libre de sus acciones, para hacer cuanto le parece bien o mal; pero una vez que ha obrado, se consulta a sí mismo, y encuentra esa emanación de Dios.

La conciencia que le dice claro el mal que ha hecho, es como si fuese una sustancia diferente al hombre mismo, y le acusa o le congratula según lo bueno o malo que haga.

Yo decía, y no me engaño, que la conciencia es el complemento del hombre, esto es una sustancia espiritual que se emancipa de la voluntad, y se une cuando el hombre la llama para responder a su llamamiento. Es lo único perfecto que tenemos, porque nuestro espíritu, lleno de impureza podrá ser objeto de desprecio por todos conceptos, vista su inferioridad, que se arrastró por toda clase de vicios, de iniquidad y de infamia; puro la conciencia que dice a su espíritu, por mas inferior que sea, mal lo ha hecho, no es impura ni imperfecta, porque conoce que ha obrado contra la ley de Dios.

ANTONIO HURTADO.

LA PALABRA

La razón humana en los primitivos tiempos carecía de solidaridad: las más fáciles ideas no se podían expresar con palabras, sino que muchas veces suplían a falta de estas los gustos y contorsiones de músculos y de otras partes del cuerpo.

Mas tarde, cuando con la recopilación de palabras pudieron formar un idioma incompleto y bastardo, ya había el hombre alcanzado mucho, o investigando siempre sobre el sentido y significación que pudieran dar a las cosas, acabó de formarse el diccionario, sino escrito, comprendido.

No tardó mucho el hombre en dar más amplitud a las ideas y encontrar con la continuidad de unas y otras palabras, hasta formar un acento armonioso, suave y grato al oído, por lo que, estimulando al gusto, nació una diferencia entre los hombres, que armonizaban a los que bruscamente manifestaban sus ideas, sus sentimientos, sus acciones.

A los primeros se les dio el nombre de filósofos, a los segundos el de vulgo o generalidad.

Grecia fue la primera que cultivó este gusto hasta el esmero más culto y refinado. En tiempo de los filósofos, ya tenía las mismas expresiones con que manifestaban los más grandes sentimientos, las mismas con que expresaban la dulzura, la afección, la coquetería, la suavidad y todo aquello que con la palabra tiende a atraer y cautivar los ánimos.

La lengua griega era la única que podía contrarrestar por sus adelantos a todas las de su época, porque los Griegos fueron los que buscaron en la palabra y en las voces más variedad, y de esta variedad y de este mágico concierto, resultó naturalmente la expresión más dulce, más bella y de una significación más elocuente que hubieron encontrado los demás pueblos con su distinto idioma. ¡Y cómo no así! La mitología pagana, que todo lo fundaba en el sentimiento, en el amor, les inspiró la dulzura y esas sensaciones que naciendo del corazón sirven para deificar al Ser Supremo.

El paganismo griego se inspiró en Venus, diosa de la hermosura, y sus cánticos de admiración y gloria fueron queriendo conmover las fibras más delicadas y sensibles de esta deidad.

Los griegos que se inspiraron en Marte, cantaron a este dios en el ardimiento del combate, y fue para impulsarles valor y ensancharles el corazón en la pelea.

Los griegos que se inspiraron en las Parcas, cantaron tristes y llorosos para que les devolvieran el pedazo de corazón, con el ser querido que les arrebataban, y Júpiter, Saturno y otros, fueron como los anteriores dedicados para conmoverles con la voz con el acento y con la afección mas intima, para alcanzar en las fabulosas deidades la gracia, el amor, la vida, el ardimiento, la nobleza y con la ciencia, el renombre perpetuo para todas las posteridades de la humanidad.

Alicante 14 *de Octubre de* 1871

Nada hay en el mundo estable: cada generación modifica sus leyes, sus usos y costumbres, las ideas llenan el hueco de la constante aspiración del hombre, realizan su objeto, hasta el extremo de transformarlo todo.

Si la muerte fuera real y nada estuviese al alcance y presencia del espíritu; si un espíritu contra la ley entonces establecida volviera a su ser, después de venir de la nada por el espacio de dos o tres siglos de no ser, de seguro que al contemplar un momento la realidad de las cosas, volviera de repente a anonadarse, a confundirse y a perecer espantado de tan distinta realidad.

La humanidad se nutre, se alimenta, vigoriza sus fuerzas, por la variedad. La monotonía solo existe en el tiempo: al día sigue la noche sin interrupción, al sol las tinieblas sin descanso y por causa de la excentricidad de la órbita que describe la tierra alrededor del Sol, siempre y sucesivamente será el mismo sin variedad el día y la noche, las tinieblas y la luz. Es una ley del Universo, inmutable y fija.

En la humanidad existe como ley inmutable el progreso y por eso las épocas de la humanidad son distintas, Moisés fue una época; y excesivamente para ella hubo su política, su religión, su filosofía, su costumbre, su vida. Jesucristo, fue otra época y también para ella hubo estas especies pasadas por el escalpelo de una inteligencia más audaz, más fuerte y atrevida. El siglo XIX, con su espiritismo, es otra época muy diversa; su política está en ciernes de ser grande; su religión siendo más digna y racional está más en armonía con la bondad y la justicia Divina; su filosofía corre parejas con su política y su religión, como fieles hijas nacidas de sus ideas; sus costumbres aspiran con grandes esfuerzos a hacerse lo más humanamente perfectas, y su vida, habiendo divisado con el espiritismo el faro de la esperanza, muy en breve será feliz. He aquí en tres épocas una variedad infinita.

¡Oh portento de la variedad! La inteligencia sonda las profundidades del arcano y a cada verdad que encuentra en su incesante lucha, halla un tesoro con que se adorna la humanidad y se engalana así hasta tejerse una corona de inmarcesible virtud, con que ceñirá su frente para desposarse sabia y pura con la majestad de Dios.

¡Cuán inagotable es la ciencia Divina! ¡El espíritu beberá de ella eternamente y no se saciará nunca! ¡Investigad el inmenso campo de las ideas! ¡Cuán grande es todo, cuánto ingenio descuella entre el vulgo y la generalidad humana! Thales, brilla lejos, muy lejos, separado del día del año y de los siglos; su luz resplandece grande y majestuosa sobre una columna de crespón, negra como la ignorancia de su tiempo. Solón y otro contemporáneo de ambos, forman entre la oscuridad del firmamento filosófico, el trípode que a ellos dedicaron al encontrarles entre las turbias aguas del Mediterráneo.

Más cerca de estos, pero infinitamente aun muy lejos de vosotros, brillan siete luces más que oscilan, entre la sombra de una eterna noche; sus destellos, ora vividos, ora agonizantes, llegan a vosotros como recordándoos, que fueron el principio de la inteligencia, el primer eslabón de esa

grande cadena de la vida intelectual de vuestro mundo, y en la sucesión eterna de los tiempos brillarán siempre para que la humanidad toda contemple y admire de dónde partió la vida, el sentimiento, el amor, la grandeza la sublimidad y el todo de la inspiración divina.

Sócrates sonríe a pesar de la crueldad con que le trataron, todo lo olvida a la gloria que posee. Pirrón[1] no está satisfecho de lo que dijo al hombre, pero su gloria estriba en la buena oposición y en la noble lucha que hizo a lo Divino, y se siente satisfecho de su obra en la gran inmensidad. Epicuro errante, es más delicado y sensual ahora que entre los ciudadanos de la inmortal Atenas. Orates ya no es cínico, es un sabio. Platón es mas divino. Anaximenes e Hipárchia ostentan depurados de su error la luz de la verdad. Todos son felices porque a fuerza de discurrir han hallado, cada cual por diferente camino, la luz pura, la verdad sublime de la filosofía. La posteridad se mira en ellos como el navegante sincero mira en turbulenta noche la estrella del polo que ha de guiarle.

¿Quién de la humanidad ha sido sabio y no les ha consultado? Respondan Newton, Fenelon, Bomeweneis, Kleper, Shakespeare y las celebridades del mundo. Los veo a todos y todos confirman mi opinión.

ARCHEASE.

Nota a la presente edición digitalizada:

Amigo lector, no existe el archivo original correspondiente al Nº 7 con fecha 5 de Abril de 1872.

Imprenta de Vicente Costa y compañía.— 1872.

[1] **Pirrón**, (en griego **Πύρρων ο Ηλείος**) (365 – 275 a. C.) natural de Elis –ciudad provincial al noroeste del Peloponeso, Grecia– fue el primer filósofo escéptico que hizo de la duda el problema central de toda su filosofía. *(Nota del Digitalizador)*

Año I. Alicante 20 de Abril de 1872. Num.8.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

ADVERTENCIA

Los señores subscritores de fuera de la capital cuyo abono ha terminado el 20 del pasado, se servirán renovarlo si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

SECCIÓN DOCTRINAL

EL AYER Y EL HOY

Estamos llamados a presenciar uno de esos grandes acontecimientos que han de formar época en la historia de la humanidad. Atravesamos un periodo horrible en que los sucesos se precipitan, y como si fuese necesario llegar antes de tiempo al cumplimiento de un fin, así parece que la naturaleza deja de obedecer al orden gradual y lento que tiene establecido para caracterizar las transiciones, en el paso de uno a otro estado. A saltos parece que se van sucediendo hoy los acontecimientos humanos, y a saltos se está operando la trasformación moral y social que ha de mudar por completo la faz de los pueblos.

El mundo viejo se encuentra en las convulsiones de una espantosa agonía; y próximo a desaparecer de la escena, en el gran teatro de la vida humana, cargado con sus vicios y sus iniquidades, sus errores y sus preocupaciones, corre veloz a precipitarse en los insondables abismos del *no ser*, legando, para enseñanza de las venideras generaciones, los despojos de su trabajada existencia. ¡Huellas imperecederas, que la conciencia

humana encontrará un día grabadas, con caracteres indelebles, en las páginas de la historia!

¿Pero esos sucesos que con tanta seguridad se presagian, vienen a alterar el orden natural de las cosas, a desquiciar el eje del mundo y precipitar a la humanidad en el caos y en los horrores de una espantosa anarquía? No. Que es la providencia misma la que sabiamente, los ha preparado y la encargada de llevarlos tranquilamente a feliz término.

Tras de ellos no puede venir otra cosa que la luz, el bien, una cantidad más agregada a la suma del perfeccionamiento humano.

El progreso indefinido es ley constante de la creación, y nada hay que pueda escapar a esa voluntad eterna del Altísimo. Solo el error, cualidad negativa de nuestra alma, elude esa ley y tiende fatalmente al anonadamiento. Por eso toda idea falsa, toda negación, indicios ciertos del estado de imperfección de nuestro espíritu, o muere a los certeros e inflexibles golpes de la sana lógica, desvaneciéndose a los primeros fulgores de su luz purísima, o es reemplazado por otro que con las mas seductoras apariencias de verdad, fascina y se sostiene más o menos tiempo, para venir más tarde a sufrir idéntica suerte.

Así es como se purifica y se aclara la atmósfera de nuestra inteligencia, en proporción siempre a la rapidez con que se disipan las sombras de la ignorancia que la ofuscaba; siendo este el modo como el espíritu realiza su infinito perfeccionamiento. ¡Solo la verdad, emanación de Dios, sigue su marcha siempre ascendente, jamás interrumpida, hacia el foco luminoso de donde salió, hacia el seno del eterno!

Cuando una institución, concepción del humano entendimiento, y por lo tanto sujeta a todas las vicisitudes de las cosas finitas, principia a derrumbarse para caer al fin bajo la inmensa pesadumbre de sus propios defectos, es porque otra nueva que se vislumbra radiante en el horizonte del porvenir, viene con paso mesurado y firme a levantarse potente sobre la base de una nueva idea regeneradora, arrastrando y asimilándose las verdades que encuentra sepultadas en los escombros de la que le precedió.

El hombre del pasado, el hombre de ayer, envejecido por las tribulaciones de una azarosa existencia; deteriorados sus órganos por el cansancio de un continuado trabajo, oscurecida su inteligencia por las preocupaciones que no le permitió desvanecer una religión intransigente; casi sin noción de Dios, o con una noción absurda y mal determinada del *Ser único, infinito y absoluto*; sin ver más allá de la tumba que la nada, o la duda, o la certidumbre acaso de una condenación eterna; decrépito ya y sin poder apenas sostenerse sobre los que un día fueron los sólidos fundamentos de su existencia, desaparece al fin y cede su sitio, obedeciendo a la ley fatal del progreso, al hombre nuevo, al hombre de

hoy, lleno de vida, de esperanza y de fe; lleno de robustez, de actividad y energía, que viene a realizar su destino, a levantar sobre bases más sólidas un nuevo edificio: ¡Qué diferencia tan grande, qué distancia tan inmensa entre el ayer y el hoy, entre lo que se va y lo que viene, entre lo que cae y lo que se levanta! Ayer, dando torcidas y falsas interpretaciones a las doctrinas de *Jesús*, se condenaba y perseguía la ciencia, y se santificaba la ignorancia, pretendiendo sepultar en sus antros tenebrosos las mejores conquistas del entendimiento humano. «No necesitamos de ciencia alguna después de Cristo, escribía Tertuliano, ni de ninguna prueba después del evangelio: el que cree no necesita nada más; la ignorancia es buena en general a fin de que no se aprenda a conocerlo que es inconveniente.» (Flammarión, pág. 23.)

Hoy sobre la base indestructible de la moral cristiana, aparece robusta una idea que iluminando al mundo y encendiendo en el corazón del hombre el fuego santo del amor a la sabiduría, le guía por los inconmensurables horizontes del infinito, para que estudie a Dios en sus propias obras, y llegue a comprender un día las relaciones de sentimientos y de pensamientos que le unen a él.

Ayer, aprisionado el entendimiento por el horror que, hasta a los espíritus más fuertes, inspiraban las hogueras y demás tormentos de lo que, por sarcasmo, se llamó *Santo oficio*, nadie osaba lanzar al aire una idea fértil y provechosa que pudiese encaminar a la humanidad por el sendero de su perfeccionamiento: hoy libre la emisión del pensamiento, rotas las cadenas que le aprisionaban, en cumplimiento de la ley ineludible del progreso humano, el saber en sus múltiples manifestaciones se extiende por donde quiera; y la verdad, antes patrimonio exclusivo de algunas clases privilegiadas, nutre el entendimiento y fortifica el corazón de la sociedad, para llevar a feliz término la unión de los hombres en una sola familia de hermanos.

Ayer se temía a un Dios cruel y vengativo, hoy se ama, con amor, profundo, al Dios de justicia y de bondad.

Ayer no se comprendía que fuese compatible la justicia con la misericordia de Dios: hoy admiramos la perfecta y completa armonía que existe entre esos dos atributos esenciales.

Ayer hasta al justo horrorizaba la idea de la muerte: hoy sino se la desea, porque sería violar la ley divina, se la ve llegar sin miedo y con la esperanza de alcanzar mejor dicha.

¿Pero qué idea es esa que así viene a llevar a cabo una trasformación tan grande entre el pasado y el presente, entre el ayer y el hoy? ¡Oh santa y sublime creencia espiritista, desde el fondo de nuestra alma te saludamos y bendecimos! Tu eres esa idea, tú eres ese faro luminoso que dejas

envueltos, entre los carcomidos pliegues de las pasadas edades, los errores de nuestros mayores, y pones a flote sobre tranquilas aguas todas las verdades que yacen sepultadas en el cieno de aquella corrupción, para levantar con ellas y las modernas adquisiciones de la humana inteligencia, el mundo nuevo. Tú eres la estrella luminosa que atrae a su foco central todos los pensamientos ansiosos de verdad y sedientos de ciencia, y con tus fúlgidos resplandores disipas las sombras de la duda que engendraron el escepticismo, reduciendo a la nada el materialismo y el ateísmo. Tú eres, si, la doctrina filosófica que libre ya de las mantillas de la infancia, ha vestido el traje del adulto, y viene con lozana robustez, con formidable energía a arrancar del abismo de la ignorancia de tantos seres desgraciados que yacen en el embrutecimiento, porque así plugo al egoísmo de una clase para sostener, con tan inicuos medios, los más absurdos errores.

¡Y todavía por sostener su bienestar, y nada más que por eso te aborrecen, te persiguen y te combaten, sin parar mientes en que Dios en sus inescrutables designios, permite estas luchas que son el crisol donde ha de depurarse la idea para que brille con luz más viva! Que si es falsa caerá y morirá por sí misma; pero si entraña la certidumbre de sus principios, y fuerte con ellos, viene a regenerar el mundo, vanos e inútiles serán todos los esfuerzos de sus adversarios.

EL SUEÑO

¡Dios mío! que sueño tan espantoso he tenido; soñé que era el canónigo Zarandona; que me había levantado contra una idea nueva, y sus defensores me decían: «no hables de lo que no entiendes.» Me había retirado a la caverna de la teología, y me habían perseguido hasta ella, y vencido en su lóbrego abismo. Yo tenía amor propio; yo tenía orgullo; yo tenía vanidad, y entre mis corifeos pasaba por hombre diestro en la polémica, y profundo en la ciencia teológica. Por eso al verme abatido y humillado, me desaté en improperios … ¿Qué había de hacer no teniendo argumentos que oponer a los de los adversarios? Me aplaudieron los imbéciles y los fanáticos, y me censuraron los sensatos y desapasionados; quise hablar….hablé más….pero como en mi pecho rugía una tormenta horrorosa, no dije más que relámpagos; como en mi corazón ardía un infierno terrible, no arrojé más que llamaradas; relámpagos y llamaradas de ira, de odio, de rencor a muerte contra los que serenos, sencillos y pacíficos me habían anonadado bajo el peso de sus apacibles, pero incontrastables

razonamientos. *Hablé* de *bandidos, picaros, hipócritas, farsantes, indignos, sacrílegos,* y los hombres que aprecian *al hombre,* me miraron con desdén, y me dejaron sólo. Levanté calumnias, inventé farsas, desee el bien de Jesús para mí y el mal de Satanás para el prójimo; abracé a los hombres llamándoles *hermanos míos* y después les arrojé al rostro la saliva de mis insultos…..La prensa gimió bajo la violencia indigna de mi palabra; los cristianos espiritistas me perdonaron y me abrieron sus brazos y me ofrecieron el corazón que yo había herido…. ¡Oh yo hubiese hincado en él mis envenenados dientes!.... Y al ver mi crueldad y mi egoísmo, una voz gritó a mi oído estas terribles palabras: «Canónigo Zarandona, ¿dónde has aprendido ese amor al prójimo? ¿lo has aprendido en las dulces páginas del Evangelio? ¿lo has libado en los suaves labios de Jesús? ¿lo has recogido de aquella sangre que destila el madero del Calvario?....¡No! tú lo has encontrado en el fondo de los *in paces*; tú lo has hallado en las llamas de las hogueras de la Inquisición; tú lo has aprendido en el fragor de las guerras religiosas; en el exterminio de hombres llevado a cabo por el fanatismo y la ignorancia; en la cámara o *caverna* de Felipe II; en las sacrílegas salas del regio Vaticano…. en el fondo desapiadado de tus entrañas de hiena! En esos pasajes has encontrado ese amor al prójimo que ostentas, porque ese amor sería el de Satanás si existiese; porque ese amor no es amor, sino odio miserable, del que te pedirá cuenta un día el que hizo el universo de una magnífica explosión de amor!» Así tronó aquella voz, y yo temblé; después me eché a llorar amargamente. ¿No era bastante desgraciado con el odio que me envenenaba, que todavía era preciso sufriese tan duras y justas reconvenciones?...¡Ah! ¡si se hubiera asomado el mundo en aquel momento al abismo de mi conciencia, hubiese retrocedido aterrorizado, y henchido de dolorosa conmiseración! ¡Qué terrible es ser neocatólico en el siglo XIX! Después, para disfrazar mi lastimoso estado, vertí mi llanto de risa....pero ¡qué risa!.... hubiese dado lástima; quise hablar con jovialidad, y hablé con sarcasmo indigno, innoble y asqueroso; las personas bien educadas, apartaron los ojos de mis escritos; yo hablé de *saltitos mortales, de sacos de patatas, de escopetas, de pelotas, de devorar cadáveres* ….y la misma voz que interrumpió mis injurias y calumnias, volvió a clavar en mis oídos sus terribles acentos en estas nuevas palabras: «Canónigo Zarandona ¿dónde has aprendido a escribir para la prensa? ¡Canónigo Zarandona! ¿en qué cartel bufo, en qué folleto ramplón, en qué desvergonzada gacetilla has aprendido esos innobles y asquerosos términos? ¡Canónigo Zaraudona! ¿eres tú uno de esos seres privilegiados entre las clases de la sociedad, que reciben directamente la inspiración del cielo, que se llaman sacerdotes, ministros de Dios, padres de almas, apóstoles de la fe y de la verdad, herederos de la palabra del Cristo, e hijos de su dulce propaganda? ¿Eres tú uno de esos seres que perdonan en el confesionario los pecados de soberbia, los pecados de calumnia, y los

pecados de venganza? ¿Eres tú uno de esos seres augustos, grandes, gigantescos, casi divinos, que se levantan en el púlpito como Moisés en el Sinaí, se inflaman al sacro fuego, resplandecen de inspiración y de grandeza, mientras el Espíritu Santo descendiendo invisible sobre sus frentes, derrama en ellos sus fecundísimas alas y les impregna y les empapa de magestad y de gloria y deposita en sus labios la palabra sublime del Altísimo, la misma palabra que al flotar en los espacios infinitos creó millones y millones de torbellinos de soles y de mundos?....¿Eres tú ese sacerdote....? ¡habla!...¡Ah! ¡Tú no eres más sacerdote, que el sacerdote de las imbéciles aras del menguado Momo!....» Calló la voz, y yo me sentí anegar en un piélago de vergüenza y confusión. Hubiera dejado la polémica entablada a precio de mi propia vida, pero mis corifeos me miraban; mi reputación se hundía; una nube preñada de silbidos amenazaba mi frente, y no me atrevía prolongar mi silencio. Entonces hablé de un *misterio* y le califiqué de *augusto*; no esperaba que la terrible voz me dijese nada por un concepto tan inofensivo: ¡pero ay! me equivoqué; ella volvió a sonar diciéndome estas palabras: «Llamas *augusto misterio* a un miserable girón del manto de la filosofía humana: *¡augusto misterio!* ¿desde cuándo que los misterios son augustos? ¿desde cuándo que las sombras, las tinieblas son augustas? ¿desde qué época se admite como augusto lo que no se comprende ni se demuestra? ¿desde qué época se admiten como augustas unas cuantas frases sin lógica y sin sentido? ¿quién ha elevado al trono de la augustez, a un miserable logogrifo, que desde la cátedra de Abelardo hasta las columnas del *Semanario Católico*, viene resolviéndose sin que se haya resuelto, todavía? ¡Augusto! ¿Hay algo más augusto que un razonamiento claro y sencillo? ¿hay algo más augusto que una verdad modesta y comprensible? ¿hay algo más augusto que el sol, esa corona de Dios, lanzada por Él a los espacios para desvanecer los *misterios* de las sombras?

Responde, canónigo Zarandona, ¿hay algo más augusto que la luz, que son los ojos del Eterno?

¡Ah! panegiristas del misterio: harto sabe la humanidad por qué sois los amantes de él; bajo sus negras alas habéis escondido los horribles crímenes de la SANTA Inquisición, y bajo sus negras alas escondéis hoy la haz inmunda de vuestra conducta anticristiana! y esas seiscientas mil víctimas de aquella bárbara institución; esas seiscientas mil almas apenadas, esos seiscientos mil espectros que giran en el espacio, en torbellinos tan pavorosos como los torbellinos de condenados del Dante; esos espectros mutilados que van a turbar el sueño de vuestros antepasados que los sacrificaron a su fanatismo infame, saben por una dolorosa experiencia el secreto de vuestro amor a ese dios, negro como vuestro ropaje a quien dais el nombre de Misterio!»

Calló de nuevo la voz, y yo volví a abismarme en mi desfallecimiento, mas recordando el concilio de Nicea; las lecciones de la cátedra, y las sutiles armas de la antigua escolástica, me revolví súbitamente sobre mis contrarios en la prensa y clamé con desesperación: *Jesús es Dios, porque él lo ha dicho.* ¡Oh cielo! Nunca hubiera pronunciado estas palabras; repentinamente pareció que estallaba mi estancia; cien mares de luz espléndida se esparcieron en el espacio, y en medio brillaba un sol infinito en hermosura y claridad; aquel sol tenía unos ojos azules e inmensos como la bóveda celeste y derramaba torrentes de majestad y dulzura; aquellos ojos se fijaron en mi corazón, y penetraron hasta lo más profundo de mi alma; yo me avergoncé como si de pronto hubiese quedado desnudo delante del universo; aquellos ojos escarbaban, atravesaban las profundidades de mi conciencia, como el rápido y ardiente rayo las profundidades de la tierra; yo me sentí desfallecer, porque aquellos ojos eran los del hermoso Nazareno; en medio de mi desfallecimiento, llegaron a mi comprensión estás palabras: «Hipócritas que me lloráis mártir y vendéis mi cruz en pedazos; hipócritas que me llamáis *Cordero Celestial* y os tituláis imitadores míos, y maldecís y odiáis y escarnecéis a vuestros hermanos; hipócritas que me llamáis pacificador del mundo, y os tituláis imitadores míos, y soñáis al mismo tiempo con la guerra y la hoguera; hipócritas que me llamáis Dios, y escupís en mis hijos y en el de vuestros hermanos; hipócritas que habéis cargado sobre mis modestos hombros el inconmensurable peso del título de la Divinidad, por miedo al influjo de Constantino que os amenazaba en el concilio de Nicea, como también por astucia con el fin de cumplir vuestras egoístas aspiraciones ¿Hasta cuándo crucificareis mi memoria como crucificasteis mi cuerpo en el Calvario?

Habéis opuesto a mis palabras vuestros argumentos de *retorcimiento*.[1] ¿Y quién os ha dado poder para *retorcer* el Evangelio? ¿No dije yo que soy el *hijo*, el *mensajero*, el *servidor* de mi *Padre Celestial*. ¿No lo he dicho mil veces durante mi vida y de una manera clara, recta y explícita? ¿Pues con qué derecho oscurecéis mis palabras, *retorcéis* mis intenciones, y hacéis confusas las declaraciones mías? *Retorcedores* del Cristo, ¿por qué bárbara crueldad me *retorcéis* llamándoos cristianos?

¡Retorcedores del Cristo, por qué menguada desvergüenza confesáis vuestro delito de *retorcimiento!*

¡Afuera la máscara inmunda! ¡Abajo la vestidura hipócrita! ¡De rodillas delante del ofendido! ¡De rodillas delante del crucificado! ¡De rodillas delante del *hijo del hombre*! ¡De rodillas delante de Jesús de Nazaret!

. . . .

[1] *Semanario Católico* Nº 71.

Al llegar aquí, tembloroso, desconcertado, loco de pavor, salté del lecho…. abrí los ojos, respiré, comprendí y encontré que había soñado: que aquello era un sueño horrible; que yo no era Zarandona; que yo era Salvador Sellés. . . . .
. . . .

El sol que penetraba por la ventana, me sonreía; los pájaros me saludaban, mis libros parece que me miraban con la grave complacencia que acostumbran y yo volví completamente a mi centro.

Entonces, postrándome humildemente delante de la luz del día pronuncié con unción estas palabras: «¡Jesús mío, compadeceos de Zarandona, Jesús mío, perdonadle!»

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan 15 abril 1872.

EL ESPIRITISMO

Hay acontecimientos en la vida humana, que hacen fijar en ellos la atención de todos los hombres pensadores.

Esto ha acontecido y sigue aconteciendo con los grandes fenómenos hijos de la doctrina Espiritista; fenómenos que, hoy más que nunca, están llamando la atención de toda la humanidad, desprendiéndose de ellos una luz que le señala el verdadero camino para su progreso.

Nosotros que al conocer estos grandes fenómenos, estudiamos la ciencia Espiritista; hemos visto las causas que las producen y no podemos menos que recomendar a la humanidad en general el estudio de esta gran doctrina, para que se convenza de la verdad que en sí encierra.

Verdad, sí; porque no hay duda, el Espiritismo es el áncora de salvación de esa humanidad perdida en el gran mar de las pasiones mundanas. ¡Pobre humanidad! cuán lejos estás de comprender la misión para que has sido creada. Sin presentir tu fin, caminas errante por este mundo de expiación dominada por tu horrible materia, olvidando que un día, esta misma materia que hoy te deslumbra, se convierte en nada. Llega este día y..... ¿qué sucede entonces? ¿Se ha concluido todo? No. ¿Hay algo

más allá? Sí, pero un algo, que es el todo; un algo, en el que es necesario que medites con profunda atención.

Vemos que el cuerpo muere; pero el alma, el Espíritu, esa emanación de Dios que anima nuestro cuerpo, al salir de su cárcel corpórea, de la materia, de ese cuerpo que muere, busca el fin para que fue creada. ¿Para qué fue creada? Para el progreso; para que llegue un día que presintiendo a su autor, a su Dios, ha ese Dios tan justo principio y fin de todas las cosas, a ese Dios que la humanidad tiene en un gran olvido, a ese Dios que velando constantemente por todos nosotros nos dice sin cesar; dad de comer al hambriento, socorred al desnudo, dad la mano al caído, perdonad a vuestros enemigos, amaos todos como hermanos, pues todos sois hijos míos; pueda ser digna de gozar la dicha eterna.

¡Pero cuán lejos estás, pobre humanidad, de comprender el camino que has de recorrer para llegar a este fin! Sumida hoy en la oscuridad, te dejas arrastrar por la corriente material que te domina, sin presentir siquiera la luz que te ha de conducir por la verdadera senda.

El Espiritismo es esa luz. Sí…..Luz sublime, maravillosa, divina, emanada de las Jerarquías celestes; luz cuál no hay ninguna, luz que nos deja ver la realidad, luz que, cual faro en noche de tempestad, guía al marino a puerto de salvación, señala a la humanidad el verdadero camino que la ha de conducir a su feliz término, a la mansión celestial.

Dios con su divina bondad, no puede permitir que sus criaturas vivan en la oscuridad, entregadas por completo a los vicios materiales, germen de toda maldad y corrupción: he aquí por qué la luz ha existido, existe y existirá. Veamos como:

La ley de Moisés fue la luz que en su tiempo guió en su progreso a la humanidad. La palabra de Dios por boca de aquel santo varón hacia comprender a esta, la misión que tenía sobre la tierra. Pero la materia…. ¡Cuán horrible es esta materia! Domina un día sobre los Espíritus encarnados, y aquellas tablas de la Ley, símbolo de la verdad dictada por Dios a los hombres, se vieron olvidadas por las generaciones. ¿Queda por esto la humanidad abandonada de su Creador? No…. Dios, con su misericordia infinita le señala otra luz: esa luz fue Jesucristo, sí Jesucristo que desde su nacimiento hasta el último instante de su vida material, fue el modelo de todas las virtudes; Jesucristo que nos dejó sobre la tierra la doctrina mas santa; Jesucristo que predicando la verdad de la Ley de Moisés, fue crucificado por los que se creían guardadores de ella; Jesucristo que con una enseñanza muy elevada (la pluralidad de

existencias[1], la vida espiritual, las penas y las recompensas morales) guiaba a los hombres por el amor y la caridad a la mansión del Eterno.

Pero doloroso es confesarlo; así como la ley de Moisés fue desvirtuada por los hombres, haciendo necesario la venida del Redentor; la santa doctrina de éste, está a punto de sucumbir a manos tal vez, de los que se atreven a llamarse sus ministros.

Esto no puede permitirlo nuestro amado Padre de ningún modo; es necesario que la luz sea luz, que la verdad triunfe sobre todos los errores, que la ley de Dios sea comprendida por la humanidad para su bien, y que todas las farsas sucumban, porque no hay poder para quien todo lo puede.

Dios es justo…. ¿cómo ha de permitir que sus hijos queden en la oscuridad, por la ambición de unos cuantos que se afanan en bien propio, por apagar aquella luz divina? la doctrina de Jesús.

Nuestro Padre no nos abandonará: oíd lo que nos dice por mediación de sus Mensajeros:

El Espiritismo es vuestra luz, seguidla; por ella veréis la verdad de la Ley de Moisés; por ella veréis lo santa que fue la doctrina de Jesucristo; y por ella veréis el verdadero camino que os ha de conducir a la mansión Divina.

Hermanos todos; estudiemos esta gran doctrina, practiquemos los sanos consejos que nos enseña, y con la fe puesta en Dios buscando el progreso de nuestro Espíritu, conseguiremos un día llamarnos dignos hijos de tan buen Padre.

A. A.

[1] Evangelio de S. Mateo cap. VIII. V. 10 y siguientes.— S. Juan cap. III, V. 2 y siguientes.

INFIERNO O PENAS ETERNAS

Penetremos en esa lúgubre mansión, en ese terrible antro donde se quema; contemplemos ese humo tan espeso y esas llamas tan devoradoras y horribles, sin que nos imponga el crujido de dientes, sin que nos atemorice el chirrido de carne humana que se asa en parrillas candentes sin quemarse, y miremos con serenidad las voluminosas calderas y tiznados fogoneros que nos regala el Dios de misericordia de la iglesia.

Pero, lector, no temas; adelante; no tengas miedo, no te acobardes ni te asustes, pues Orfeo entró con la lira, y si no tenemos otra Minerva como Ulises para que nos arme, ya haremos uso de nuestro fuerte y resistible escudo, la inteligencia, y con ella adelante sin horripilarse.

Bien, adelante; pero ¿hacia dónde dirigiremos nuestros pasos para llegar al infierno? ¿Dónde está? ¿Dónde tienen su residencia esos habitantes del fuego, esos moradores de las cavernas y abismos profundos? ¿Arriba o abajo? ¿En el cielo, en la atmósfera, en las nubes, más allá o en la tierra, en su centro, en un lado, o en un rinconcito incógnito de ella?

La astronomía enriquecida con profundos descubrimientos nada nos dice de esa región de torturas. No debe estar pues, arriba.

La geología que ha estudiado nuestro planeta, y que, a pesar del sacro historiador, ha dilucidado que los seis días de la creación son millares de siglos, y que ha evidenciado la existencia de los antípodas, tampoco ha encontrado el infierno.

¿Dónde está, iglesia romana? ¿Dónde está, señores teólogos? ¿Dónde está, sumo pontífice? ¿Cómo vuestra infalibilidad no ha dicho nada sobre la materia?

¿Ministros de Dios, lo describís, lo detalláis, y no le habéis hallado? ¿Colocasteis el paraíso entre el Tigris y el Éufrates, ese lugar tan delicioso y tan ameno, le habéis señalado entre esos dos ríos del Asia, y el infierno que tanto os interesa, no habéis podido imaginar un punto en dónde colocarle? ¿El paraíso, ave de paso que solo tuvo por objeto colocar a Adán y echarle fuera, está acotado, digámoslo así, y el infierno con tanto humo que despide, no le habéis podido encontrar la pista?

¡Ah cuánto dogma y cuanta necesidad de armonizar la razón y la religión! Yo al menos ignoro donde colocó Dios el infierno, y si fue creado antes o después de la caída de los ángeles. Y Fénelon. Bosuet y Quevedo, con su fe tan ciega, según *El Semanario*, tampoco nos han dicho donde está el infierno.

Pero….continuemos, al cabo poco nos cuesta admitir que existe, aunque no sea más que para probar que es incompatible con la bondad de Dios.

¿Qué es el infierno? Un lugar de tinieblas, de tormentos y de castigos sin fin para los condenados. Esta definición es mía, y si no es igual a la de la iglesia, por allá se va.

Pero veamos lo que se nos dice de ese lugar tan terrible. Los teólogos prudentes y circunspectos solo nos enseñan lo poco que la escritura dice de él: el estanque de fuego y azufre del Apocalipsis, y los gusanos de Isaías, y los demonios atormentando eternamente a los hombres que perdieron y gimen con el rechinamiento de dientes de los evangelistas.

El mismo San Agustín no concede que esas penas físicas sean simples imágenes de las penas morales; ve un verdadero estanque de azufre, gusanos y serpientes reales, añadiendo sus mordeduras a las del fuego. Pretende, según un versículo de San Marcos, que aquel fuego extraño, aunque material como el nuestro, y obrando sobre cuerpos materiales, los conservará como la sal conserva las carnes de las víctimas. Pero los condenados, víctimas siempre, sacrificadas y siempre vivas, sentirán el dolor de aquel fuego que quema sin consumir, penetrará debajo de su piel, estarán impregnados y saturados de él todos sus miembros, y el tuétano de sus huesos y las niñas de sus ojos y las fibras más recónditas y más sensibles de su ser. El cráter de un volcán si pudieran precipitarse en él, seria para ellos, sitio de refresco y de descanso.

No negando los más discretos y reservados que haya otros suplicios corporales, y que para hablar de ellos, dicen que no tienen el suficiente conocimiento tan positivo como el que les fue dado del horrible suplicio del fuego, y del asqueroso tormento de los gusanos.

Pero otros más atrevidos o más esclarecidos e ilustrados, nos lo describen más extensamente y lo relatan con más precisión, habiendo sido trasportados allí en espíritus.

Según la relación de Santa Teresa, que es de este número, hay ciudades, dice, y que vio una callejuela estrecha, y entró con horror, pasando un terreno fangoso y hediondo en el cual se agitaban y bullían monstruosos reptiles, siendo detenida en su marcha por una muralla en la que habían un nicho, acurrucándose en éste la Santa, sin comprender como sucedió. Era el sitio que se le destinaba, si abusaba viviendo, de la gracia que Dios derramaba sobre su celda de Ávila. Solo tinieblas veía, rodeada de tormentos.

Esto solo sería un pequeñito rincón del infierno, porque otras viajeras espirituales quizás más favorecidas, vieron grandes ciudades ardiendo,

Babilonia, Nínive y también Roma, y todos sus habitantes encadenados, rodeados de llamas.

Otros vieron llanuras sin fin, que labraban y sembraban labriegos hambrientos, flacos y extenuados, y como aquellas en tierras estériles nada producían, se devoraban y comían entre sí, dispersándose a bandadas en busca de tierras más fértiles.

Otros vieron montañas inaccesibles, llenas de precipicios, selvas que gemían, pozos sin agua, ríos de sangre, torbellinos de nieve en desiertos de nieve, demonios con diferentes cuerpos, para mejor atormentar a los hombres. Con alas de murciélago, garras de león, boca de tigre y armados de garfios, tenazas candentes, parrillas, fuelles haciendo por eternidad de eternidades con la carne humana el oficio de carniceros, nubes de langostas, de víboras y escorpiones gigantescos. Hasta aquí los teólogos. ¡Qué cuadro tan horroroso, y cuanto valor se necesita para crearlo!

Veamos ahora el infierno pagano, pues también tenían su tártaro y su jefe Plutón.

Los poetas Homero y Virgilio nos lo ponen de manifiesto con bastante poesía. La descripción que nace Fénelon en su Telémaco, procedente del mismo origen, es más precisa.

Telémaco, dice, vio a Nabofarzan, rey de la soberbia Babilonia, los pueblos de Oriente temblaban al oír su nombre; se hacía adorar en un templo con estatua de oro, y una mujer, a quien amaba, le envenenó, haciéndole ver que no era Dios. Se depositaron sus restos en una urna de oro, pero nadie le echó de menos, y es horrible su memoria hasta para su familia, y le hacen experimentar horrorosos sufrimientos. Jamás, dice, conocí la paz encomiada por los sabios; mi corazón agitado por vehementes pasiones, deseos, temores y esperanzas, solo procuraba embriagarse con el desbordamiento de mis vicios. He ahí la paz que he gozado. Y lloraba como un hombre débil enervado por las prosperidades, y que no está acostumbrado a soportar con firmeza una desgracia.

Tenía junto a él algunos esclavos que había hecho morir para honrar sus funerales; Mercurio los había entregado a Caronte junto con su rey, dándoles un poder absoluto sobre aquél a quien habían servido en la tierra. La sombra de los esclavos no temían a Nabofarzan; por el contrario, lo tenían encadenado y le atormentaban cruelmente. El uno le decía: ¿acaso no éramos hombres como tú? ¿Cómo eras tan necio para creerte un Dios? ¿Qué se han hecho tus aduladores? ¡Nada tienes que dar, ningún mal puedes hacer, desgraciado! Hete aquí esclavo de tus mismos esclavos. Y Nabofarzan por el suelo arrancándose los cabellos en acceso de rabia y de desesperación. Pero Caronte decía a los esclavos: tiradle de la cadena; levantadle a pesar suyo, para que ni aun tenga el consuelo de ocultar su

vergüenza, es necesario que todas las sombras que gimen en la estigia lo presencien.

Y vio también en el Tártaro humo negro y espeso que cubría un rio de fuego, y habiendo penetrado en él Telémaco, presenció los castigos de hombres que se procuraron riquezas con fraudes y traiciones; de los que, aparentando religión, se sirvieron de ella como un pretexto; hijos que habían degollado a sus padres; infames que habían vendido a su patria, sufriendo penas menos crueles que los hipócritas, fundándose para ello los Jueces en que esos no se contentan con ser malos como los impíos; sino que quisieron pasar por buenos y lograr con su falsa virtud que los hombres no se atrevan a confiar en la verdad. Vio ingratos, embusteros, maliciosos, vio el tipo del egoísta sufrir diferentes torturas, buscaba las tinieblas sin poderlas hallar, se le hizo odioso todo lo que amó, origen de sus males. ¡Oh insensato de mí! ni conocí a Dios, ni a los hombres ni a mí mismo.

Y vio reyes condenados por el mal que hicieron unos, otros por dejarse conducir por la adulación, por no hacer todo el bien que pudieron aquellos.

Allí divisó Telémaco, y fíjense bien en este párrafo los redactores del *Semanario*, rostros pálidos, asquerosos y consternados. Negra tristeza roía a estos condenados, horrorizándose de sí mismos sin poderse librar de este horror, no necesitaban otro castigo para sus faltas que sus mismas faltas; las ven sin cesar en toda su inmensidad, se le representan como espectros horribles y los persiguen. Para libertarse buscan una muerte más efectiva que la que los separó de su cuerpo: llaman en su socorro y quieren que se anonaden sus sentimientos y conocimientos; suplican a los abismos que les traguen para huir de los rayos vengadores de la verdad; que no los dejan; son su espectro; pero tienen que sufrir la venganza que destila sobre ellos gota a gota: la verdad que temieron ver es su suplicio; la ven, y cuando cierran los ojos para no verla, se levanta contra ellos, su vista los traspasa, los desgarra, los arrebata así mismos y es como el rayo, sin destruirlos los envuelve, los penetra hasta el centro de sus entrañas.

¿Y Fénelon, con una fe tan ciega en el infierno cristiano, según el *Semanario Católico*, toma la descripción del paganismo? Es extraño. ¿El venerable Fénelon por demás conocedor de la Teología, esta no le ofrece bastante campo para relatar el infierno? El último párrafo trascrito de su inmortal Telémaco es un cuadro completo y acabado de los sufrimientos y padecimientos morales, sin necesidad de fuego, lavas ni calderas.

Pero comparemos el infierno pagano con el infierno cristiano. Jefe de éste Lucifer, Jefe de aquel Plutón. Dependientes de Lucifer Belphegor, demonio de la lujuria; Aboddan o Apolligon del asesinato; Belcebú de los deseos impuros; de la avaricia, Mammon y Moloch y Beliat y Baalgad y

Asturoch. Dependientes de Plutón Minos, Eaco, Radamanto etcétera. El Lago de azufre del Apocalipsis, la laguna Estigia del paganismo. Los gusanos de Isaías, los gusanos hormigueando eternamente cerronos del Thophel; fuego y lava en uno, rio de fuego en el otro.

¿Queréis copia más fiel? Difícilmente podrá encontrarse cuadro y retrato mas acabado. ¿Qué paridad se me ocurre entre Mercurio, Neptuno, Júpiter etc. etc., entre S. Diego, S. Atanasio y tantos otros santos? Pero dejemos la hiperdulía para otra ocasión.

Los teólogos y los paganos solo difieren en el nombre de los atormentadores. Dimana la iglesia tanta figura y tanta imagen de lo siguiente: Retiraos de mí, malditos; id al fuego eterno, y entonces irán éstos al suplicio eterno.[1] Los impíos sufrirán la pena de una eterna condenación.[2] Y en el Apocalipsis se dice que el diablo, la bestia, el falso profeta, y todos sus adeptos serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos, sin que haya para ellos ningún reposo de día ni de noche.[3]

(Concluirá).

CONTRA LA INFALIBILIDAD

(CONCLUSIÓN)

Nosotros quedamos o seremos lo que fueron los apóstoles. Ellos, vos con ellas. Eminencia, vosotros sois los innovadores. Si el clero inferior y los simples laicos son hoy en Occidente los únicos depositarios de la enseñanza de la fe, la culpa la tienen los obispos que tan tristemente han abdicado su misión.

Otras veces un hereje se separaba de la familia creyente de la sociedad y de su tiempo: hoy es el Papa y el colegio episcopal quienes se hacen herejes y abandonan la verdadera fe, esa fe universal que no depende de ellos, para convertirse en sostenedores de un dogma absurdo, que ningún cerebro humano, medianamente razonable, podrá adoptar seriamente, y para ponerse frente a frente de sus contemporáneos.

[1] S. Mateo. XXV., 46.—XVIII. 8.
[2] II, Tesalonicenses 1 y 9 Judas. 7.
[3] Apocalipsis, XIV., II—XX, 10.

Nosotros conservaremos, Eminencia, esa privilegiada posición que nos habéis formado. Nosotros quedamos, nosotros, la Iglesia universal: vosotros, solos, lo repito, sois los herejes, los *revolucionarios* de la gran Iglesia.

Entre nosotros habrá algunos que tengan sus iglesias en donde podrá respirarse libremente fuera de la errónea enseñanza de vuestros decretos. Otros, que son Curas de parroquia, predicadores, escritores, quedarán en sus iglesias; exteriormente estarán con vosotros; pero su alma estará con nosotros. Continuarán el santo ministerio en esos templos que quieren conservar para mejores tiempos, cuando vuestra secta prevaricadora haya vuelto a la verdadera fe y que una revolución feliz en los espíritus haya hecho justicia a vuestra gran locura.

Estaremos a vuestro rededor, cerca de vosotros, algunos al parecer con vosotros, y todos, a vuestro pesar, los representantes de la verdad a que habéis hecho traición, de la fe que habéis violado, de la *verdadera Iglesia*, de la *vieja*, de la *antigua* y *primitiva Iglesia*, de la que habéis desertado: si, estaremos delante de todos los representantes de esa sublime doctrina del Evangelio, llamada a hacer la felicidad de las generaciones futuras, cuando, gracias a nuestros esfuerzos para defenderla y rehabilitarla en el mundo de los indiferentes y de los escépticos, se reconozca que las bellas enseñanzas de derecho, de fraternidad, divisa y símbolo de la sociedad moderna, son la consecuencia rigorosa de la enseñanza de igualdad y de fraternidad, dada por Cristo a la humanidad Porque Cristo es quien ha dicho a todos los hombres lo mejor y más sublime: *sois hermanos.*

Recibid, Eminencia, la seguridad de mis sentimientos de respeto y consideración.

EL ABATE JUNQUA.

Doctor en Teología de la *Universidad* romana de la *Sabiduría*, calle Verteuil, 11.

P. D. Desde mañana, un *comité de acción* será fundado, teniendo en *mi casa* su centro, en Burdeos, y relacionado con todos los demás comités de París, España, Suiza, Italia, Alemania, Rusia, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos. Desde el momento que lo permitan nuestros recursos, esto es, muy en breve, tendremos nuestras iglesias y el verdadero culto; pero ofrecemos desde ese momento a *todos los que* piensen como nosotros y estén *condenados* por el clero *infalibilista*, todos los recursos que el verdadero cristianismo ha puesto siempre a disposición de los fieles.

La Tribuna, (periódico de Bordeaux), publica la adhesión siguiente al manifiesto del abate Junqua que hemos reproducido:

«Declaro adherirme absolutamente a la carta manifiesto que el abate Junqua dirige con fecha de hoy a Monseñor Arzobispo de Bordeaux, y reconozco con él que la doctrina que contiene, y la censura que dirige al episcopado, pueden y deben servir de punto de partida y de término a una reforma del catolicismo fundada en el Evangelio puro, y en la enseñanza de la primitiva iglesia.

MOULY.

Canónigo titular de la Metrópoli de Bordeaux, caballero de la Legión de honor, candidato inscrito en primera línea para el episcopado.»

VARIEDADES

A LAS «FLORES...» DE EL VERGEL DE PAZ

(SOCIEDAD ESPIRITISTA DE SEÑORAS EN ALICANTE)

Ya libres de los hielos inhumanos
las flores dan al aura sus aromas;
ya las dulces y cundidas palomas
huyen la garra cruel de los milanos.

Bendito este momento venturoso
en que vuestra conciencia se alza pura
desde el vil fanatismo tenebroso
a la luz de razón y de ventura.

Bendito este momento en que dejando
la aterradora imagen del infierno,
venís hasta nosotros anhelando
la senda fiel del porvenir eterno.

El cuadro de las penas horrorosas;
el páramo del frió escepticismo;
la copa de las dudas ponzoñosas;
el espeso cendal del idolismo.

Dejad ya de una vez a vuestra espalda;
dejad ya de una vez tras vuestro paso,

y ved como se eleva entre oro y gualda
un nuevo sol sin mancha y sin ocaso.

Venid y contemplad la nueva ciencia
ardiendo en fulgurantes maravillas;
por este mar avanza la existencia
como en el terso lago las barquillas.

Aquí es una verdad la bienandanza
del que sufre terrífico tormento;
aquí es una verdad esa esperanza
que en nuestra vida nos infunde aliento.

Aquí encontramos hierros poderosos
para vencer las bárbaras pasiones,
y atarlas a los carros victoriosos
de nuestras tiernas puras afecciones.

Aquí el brillante espíritu que late bajo
el fanal de la materia oscura,
con la materia impávido combate
venciendo al fin a la materia impura:

Y cuando allá en las urnas cinerarias
el mundo arroja al cuerpo enflaquecido,
y eleva algunas débiles plegarias
de la campana al funeral tañido;

Y el ángel vigilante de la historia
del libro de la vida borra un nombre;
y desparece la mundana gloria
tras del cadáver pálido del hombre.

Se eleva rozagante y libre el alma
a los imperios de la lumbre pura,
y agita con placer la heroica palma
de su brillante triunfo en el altura;

Y ve por fin el velo descorrido
de la serena eternidad fulgente,
y sabe el ser entonces quien ha sido
y quien será en el porvenir riente;

Conoce ya el misterio de las flores;
conoce ya el misterio de los mares;
la ley de los hermosos resplandores
de los vivos y ardientes luminares.

Halla en medio de la esfera vaporosa

trozos del corazón que en triste día
perdió quizás tras de la negra fosa,
cuando en el mundo mísero vivía:

Y juntos y abrazados se adelantan
a la mansión de la mundana escoria,
y al estático oído dulces cantan
de los seres que guardan su memoria.

Y enjugan con su beso el triste lloro
beso de luz y de frescura lleno,
como el beso del céfiro sonoro
sobre la flor en el jardín sereno.

Y el coro de los seres libertados
aguarda al de los seres oprimidos,
que por fin de la vida emancipados
se levantan cual aves de sus nidos.

Los ámbitos recorren del espacio
que se dilatan mas y mas profundos,
y ven que son los astros de topacio
torbellinos magníficos de mundos.

Las alas del progreso indefinido
moral e intelectual les va elevando
hasta llegar al lindo prometido del mar
de la materia va espirando.

Y allí una vez con ojos esplendentes
dirigen a la altura la mirada,
y ven bajar de luz cien mil torrentes
caídos de la Luz nunca creada.

Bañados en fulgor y fortaleza
espíritus perfectos ya tornados,
se lanzan al abismo de impureza
en que bogan los mundos agitados.

Aduermen el furor de las pasiones;
el monstruo matan de egoísmo impío,
y vierten en los secos corazones
de amor universal puro rocío.

Y en plácido convoy batiendo el ala
levantan esos mundos a la altura,
donde bañada en luz y amor resbala
la esfera que bogara un tiempo oscura.

Este es el porvenir majestuoso
con que la nueva ciencia resplandece,
en cambio del infierno pavoroso
que el torpe fanatismo nos ofrece.

Esta es la nueva ciencia fulgurante
en cuyo mundo entráis, oh dulces flores,
y por eso bendigo yo el instante
en que arrojáis quiméricos terrores.

Bendito este momento venturoso
en que se eleva vuestra frente pura
desde el vil fanatismo tenebroso,
a la mansión de luz y de ventura.

¡Oh dulces compañeras de la vida!
¡Oh flores del vergel de la existencia!
¡Oh cándidas palomas en que anida
del sentimiento la sublime ciencia!

Si vosotras que sois el ángel bello
que vela nuestro sueño sosegado
vertiendo en nuestras sienes el destello
de la paz y el cariño enamorado.

Si vosotras que sois el dulce seno
copa fiel donde bebemos nuestra vida,
y el vergel amenísimo y sereno
que con flores de afecto nos convida:

Si vosotras que sois el primer beso
que recibimos en la cuna pura,
y el ósculo postrero, cuando el peso
de la muerte nos hunde en noche escura,

Si vosotras que sois la luz hermosa
que nuestros pasos por el mundo guía;
si vosotras que sois la augusta diosa
que nos eleva a la región más pía,

Si vosotras que sois quien de cariño
forma un ser infantil y le da nombre;
si vosotras formáis al tierno niño
y el tierno niño luego forma al hombre,

Hoy hacéis la promesa salvadora
de secundarnos en la empresa santa,
bien podemos alzar la vencedora enseña

que al consuelo nos levanta.

Bien podemos soltar la lanza fiera
y arrojar el escudo y la celada,
y al premio de victoria verdadera
presentar nuestra frente levantada.

Bien podemos decir entusiasmados
ante el contrario bando enfurecido;
«vano luchar; estamos ya salvados;
inútil combatir; hemos vencido!»

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan 15 de Marzo de 1872

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Mayo de 1872. Num.9.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

ADVERTENCIA

Los señores subscritores de fuera de la capital cuyo abono ha terminado el 20 del pasado, se servirán renovarlo si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

SECCIÓN DOCTRINAL

EL BIEN Y EL MAL

Controversia religiosa

REFUTACIÓN A LA CARTA QUINTA DEL CANÓNIGO SR. ZARANDONA

Sr. D. F. de Zarandona.

Muy Sr. mío y de toda mi consideración: Habiendo pedido encarecidamente al director de LA REVELACIÓN me cediese su puesto delante de vos con respecto a la controversia religiosa, he conseguido de su amabilidad aquel inmenso favor no sin que haya tenido que suplicarle repetidas veces, pues dicho señor se negaba a permitir la continuación de la polémica con el giro que la habéis dado y esperando también el juicio de la prensa.

Así pues, entro en la palestra, confiado en que vos, mas cortés y menos temeroso que cuando os ataqué por vez primera, os dignareis contestar, refutando mis razonamientos con razonamientos tan claros y sencillos como los míos.

Con que ilustre Zarandona, con vuestro permiso voy a intentar destruir vuestra carta quinta como destruí la primera, y según mi habitual sistema, párrafo por párrafo y argumento por argumento.

Encabezáis la referida carta quinta como la cuarta, como la tercera, con el glorioso título de *El Espiritismo*, y como en la segunda ya renunciasteis a discutir *éste*, declarando que *por ahora no os ocupabais de la certeza del Espiritismo*, pues es ciencia que ignoráis según vuestra propia confesión, dando al público el triste espectáculo de un hombre que habla de lo que no entiende, como sucede siempre al ignorante atrevido, no es justo, ni es lógico, ni es lícito, ni es conveniente coronéis vuestras diatribas con el gigante nombre de aquella ciencia. Así pues, con vuestro permiso, arranco a vuestros escritos la corona hermosa que han usurparlo, dejando a las injurias del aire del ridículo la repugnante calva que tratan de ocultar.

Con que Sr. Zarandona, ya veis cómo del primer bote de lanza he arrojado a la arena el orgulloso penacho de vuestro casco.

Pasemos al párrafo primero. En él decís que nosotros vendemos demonios, lo cual es absurdo por la sencilla razón de que esos señores no existen, como vosotros sabéis, y ocultáis hipócritamente para explotar al fanatismo. En cambio, permitidme amable Zarandona que, si no lo tomáis a mal, os señale cierta clase de la sociedad que por un pedazo de pan, no solamente vende demonios, sino que vende la extinción del pretendido *pecado original*, al niño; vende la facultad de erigir el casto tálamo nupcial, al hombre; vende el derecho de ir a descansar sobre la tierra, al cadáver; se detiene delante de la cuna, y pide oro; se detiene delante del lecho, y pide oro; se detiene delante del sepulcro, y pide oro: oro le ha de dar la inocente sonrisa del niño; oró la sagrada felicidad del hombre; oro, ¡qué horror! la fatigosa agonía del moribundo; vende el derecho de sonreír, vende el derecho de amar, vende el derecho de fenecer; y cuando ha explotado, cuando ha exprimido, cuando ha estrangulado a la víctima, y registrado los bolsillos de su mortaja, extiende su mano famélica hacia la superstición de la familia y pronuncia con terrorífica voz estas palabras: «oró, oro, o permitimos que el bárbaro infierno le destroce!»

He aquí contestado vuestro primer párrafo; pasemos al segundo.

En él decís lo siguiente: *¿Dónde está ¡ay de mí! aquel mi queridísimo A del E. por la redacción que le busco y no le encuentro?* Poco os importa que esté donde quiera la persona que se llama A del E; esa

persona está donde le acomoda; en cambio sus argumentos están en el número 5 de LA REVELACIÓN, esperando vuestra refutación categórica y detallada; pues *hacer un lio de todo y arrojarlo al mar del olvido* [(1)] como vos hicisteis con aquellos argumentos, es una manera muy cómoda de salir del paso, pero no es refutar razonamientos ni arrojar luz sobre el campo de la controversia. Es lo que se llama vulgarmente escurrir el bulto; es lo que se llama huir antes de ser vencido.

Contestada vuestra pregunta, queda en dicho párrafo aquello de *robar cadáveres, meterse en ellos, transformarse en vampiros de uñas largas, fétido aliento y horrible figura que se tragan a los chicos guapos*; aquello de *picadillo y paella*; aquello de *miserable cangrejillo, hacer reventar de salud a la humanidad*, y demás lindezas y flores inherentes a vuestro estilo literario, de las cuales hacemos caso omiso por no ser argumentos, ni merecer los honores de la refutación.

Y vamos al párrafo siguiente que dice: «*¿Quién os dijera oh ciudadanos alicantinos, que en el fondo de un taller se escondía tan preciadísimo tesoro, como la perla dentro de la concha, cernió el diamante en su estercolero?*» De lo que se desprende, incauto Sr. Zarandona, que os extrañáis, os admiráis, no comprendéis que desde el fondo de un taller nazca una inteligencia más o menos desarrollada. Me parece muy bien, pero tened la bondad de contestarme: ¿Homero, es para vos alguna cosa? ¿Sócrates, es para vos alguna cosa? ¿Cervantes, es para vos alguna cosa? Pues Homero, el primer poeta del mundo, fue un mendigo. Pues Sócrates, el primer filósofo del mundo, fue un figurero. Más Cervantes, el primer novelista del mundo, fue paje y soldado. El primero, salió de una plazuela: el segundo, de un taller: el tercero, de un cuartel: ¿os extrañáis de esto? Pues Jesús, el primer moralista, el primer filósofo, el primer genio, el genio de la palabra de oro, de la palabra divina, de la palabra genesiaca, la luz del mundo, el ángel en cuyas gigantes alas se ha sencido la humanidad arrebatada a los espacios infinitos de la libertad y del amor, ha salido del fondo de un miserable taller de carpintería.

¿Qué decís a esto, sabio canónigo Zarandona? ¿Qué decís a esto?.... Contestad. No es mi intento probar que el Sr. A del E sea un genio parecido a los que acabo de nombrar. Mi intento es demostrar delante del pueblo a quien injuriáis, que la extrañeza que os causa el hallazgo de una inteligencia en el *fondo de un taller*, es una extrañeza ridícula, infundada y ofensiva a la clase más noble, mas grande, mas augusta de la sociedad, que es la clase del artesano, del jornalero, del trabajador, del que os mantiene. A esto se ha de contestar, amable Zarandona, en vez de perder el tiempo diciendo insulsas bufonadas.

[1] Carta del Sr. Zarandona, carta tercera, *Seminario Católico* Nº 60.

Y vamos a los testimonios. El Sr. Zarandona, para demostrar que *no existe padre por separado, sino que padre e hijo* son una misma cosa, presenta estas palabras de Jesús. «¡Oh Padre! quiero que aquellos que *tú me diste*, estén conmigo en donde yo estoy para que vean mi gloria que *tú me diste*, porque me has amado antes del establecimiento del mundo[1].

Señor Zarandona, pues si no hay *Padre por separado* sino que padre e hijo son una misma cosa, ¿por qué Jesús habla de padre como de segunda persona?

Señor Zarandona, si él es Padre e hijo al propio tiempo, y se ha dado a sí propio el patrocinio de los justos, ¿por qué dice *que tú me diste?* Señor Zarandona, si él es Padre e hijo al propio tiempo y se ha dado el patrocinio de los justos, y se ha dado la gloria que posee, ¿por qué dijo *que tú me diste?*

Esto, en el lenguaje de los libros santos, y en el lenguaje de la lógica, y en el lenguaje de la verdad, y en el lenguaje de la razón, y en el lenguaje del sentido común, quiere decir sencillamente, que Jesucristo reconoce un Padre, un ser superior a él, del cual ha recibido el patrocinio de los justos, y el esplendor de su gloria.

¿Tenéis algo que oponer a esto, señor teólogo? ¿Tenéis algo que oponer a esto que sea tan claro, tan sencillo, y tan lógico? ¿Tenéis algo que oponer a esto que no sea *un argumento de retorcimiento, ni un misterio augusto?*

Contestad, os lo pido por favor, contestad. Y vamos al otro testimonio. El Sr. Zarandona, para demostrar que hay tres personas que son Dios, y por lógica inflexible que hay tres Dioses, cita éstas palabras que Jesús dirige a su padre: «Que te conozcan a ti *solo* Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.» Sr. Zarandona, si no hay más que *un Dios* verdadero, ¿cómo queréis demostrar que el Padre es Dios, el Hijo también, y el Espíritu Santo también? ¿Hay alguna razón por la cual podáis demostrarlo? Razón, no: pretexto, sí: *el misterio augusto* confeccionado por la filosofía profana. (Mas adelante examinaremos lo que valen los *misterios de las discusiones).*

¡Y decís que esto lo saben hasta los niños! ¡Infelices criaturas, tiernos y sencillos seres nacidos para la claridad y la luz, y hundidos sin compasión por vosotros *en aquellas honduras* como tituláis a vuestras intrincadas frases! ¡De esta manera os habéis hecho señores del mundo de las conciencias por espacio de diez y nueve siglos! ¡apoderándoos de las tiernas inteligencias de los niños, y educándoles en toda suerte de

[1] S. Juan XVI 24.

supersticiones y fanatismo, de cuya lepra no han podido verse libres, ni aun después de haber despertado a la vida del hombre!

¡Ah! ¡si volviera el dulce Nazareno que amaba tanto a los niños, con qué amor no les volvería a abrigar en su seno, defendiéndoles de vuestra terrorífica palabra, y con qué dureza y justicia no os increparía por vuestro inconveniente proceder con ellos!

Rebatido este párrafo, el que sigue es una sarta de bufonadas y toda la refutación que merece, es entregarlo a la conciencia pública para que le juzgue. Dice así: «*Para ellos* (los que no creemos en la Divinidad de Jesús) *no hay vida eterna: podrá haber, sí, en cambio vida de cangrejo, de buitre, de avestruz, de lobo disfrazado, vida zorruna sobre todo, todas las especies en fin de vida animalesca, conforme a la teoría de las reencarnaciones*;[1] *vida eterna jamás*.» Esta es toda la refutación que merece el párrafo. Y vamos al otro testimonio.

Tampoco habéis de llamar a nadie sobre la tierra Padre, pues uno *solo* es vuestro padre que está en los cielos[2].

Amable canónigo; si no debemos llamar *a nadie* sobre la tierra Padre, o sea Dios, ¿por qué vosotros os empeñáis en que demos este nombre a Jesús, *que estuvo sobre la tierra?* ¿Por qué os empeñáis en que demos este nombre a Jesús que *fue hombre?* ¿No sería esto desobedecer al propio Jesús?

Esperamos, simpático Zarandona, que nos expliquéis esto, pero sin *misterios augustos ni argumentos de retorcimiento*, sino de una manera sencilla y clara como nuestros razonamientos.

Y vamos al otro testimonio; «Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de mí este cáliz.[3]» Si Jesús era su propio padre, (cuidado con esto) si Jesús podía traspasar el cáliz, ¿por qué clama a una segunda persona para que lo traspase?

Esperamos amable teólogo nos expliquéis esto, pero sin misterios augustos, y sin argumentos de retorcimiento.

Respecto a la suposición de que los espiritistas crucificarían a Jesucristo si volviese, permitidme os haga notar, amable Zarandona, que no fueron los *maestros de obra prima*, ni los artistas, ni los artesanos, ni el pueblo en general quien le condenó a aquel bárbaro suplicio, sino aquellos que hablaban de religión, de tradición, de la pureza de la ley, de la seguridad del estado y de la moralidad de las costumbres; que no fueron

[1] Como el Sr. Zarandona desconoce esta teoría, la confunde con la antigua metempsícosis. Son percances del que habla de lo que no conoce.

[2] Mateo XIII 9.

[3] Lucas XXII.

aquellos que vestían el honrado mandil del zapatero, sino aquellos otros que se engalanaban con la soberbia túnica de Aarón, el cual la había tejido de la contribución arrancada por Moisés a la impresionable religiosidad del pueblo del desierto; que no fueron los que han trabajado siempre, los que han pasado su desolada vida pegados a la tierra a la fábrica y al taller, para elaborar con el sudor de sus frentes y la sangre de sus venas el delicioso néctar que sostiene la ociosidad de cierta clase; sino aquellos otros que piden dinero para rezar a Dios; que hacen de la plegaria un comercio, y de la caridad un negoció; que cuando todavía humeaba en el calvario la sangre del príncipe de los mártires, comprometieron su prestigio y crucificaron su memoria *retorciendo* su palabra sublime, y cargando los hombros de su modestia con el título de la Divinidad, de cuyo inconmensurable título protestó proféticamente tantas veces como palabras encierra el Evangelio; aquellos que celebraron veinte concilios generales con el predilecto fin de quemar a los heréticos, soñar con la conquista de Tierra Santa, y disciplinar constantemente la escandalosa vida eclesiástica; aquellos que le crucificaron tantas veces, como paganos crucificaron; que le quemaron tantas veces, como herejes quemaron; que le degollaron tantas veces, como infieles degollaron; esos son los que le volverían a crucificar, quemar y degollar si volviese al mundo a destruir al romanismo, y las leyes del universo político les concediera los poderes necesarios. Esos son los que le volverían a crucificar, no una vez, sino mil veces. Esos mismos que le venden en la *agencia Romana*; esos mismos que le silban en el concilio Ecuménico; esos mismos que le *retuercen* en las columnas del *Semanario Católico.*

Quedan pues rebatidos todos los párrafos de vuestra carta quinta. Ahora restan las suposiciones gratuitas y *confeccionadas a gasto del consumidor* a las que dais el nombre de *derrotas y victorias*; y como son suposiciones y no argumentos, y como son palabras de relumbrón que astutamente vertéis para producir efecto en los superficiales e ignorantes, no nos tomamos el trabajo de debatirlas; bástenos saber que conocemos la intención. Por lo demás, la opinión pública, que ha seguido esta polémica y espera todavía vuestra refutación a la carta primera de cierto espiritista de Alcázar de S. Juan; que espera vuestra refutación a aquello de que vos *haciendo un lio arrojasteis al mar del olvido*; que espera vuestra refutación a las razones filosóficas del artículo 1.º inserto en el número 7 de *La Revelación*; esa conciencia pública, repito, es la que puede competentemente pronunciarlas palabras derrotas y victorias, sin que tengáis necesidad de afanaros en poner en claro vuestro pretendido triunfo.

Vamos ahora a explicar el motivo por qué hacemos caso omiso de las largas interpretaciones que añadís a cada cita del Evangelio.

En primer lugar, porque Jesús, que en sus lecciones morales usaba constantemente la parábola, en lo que se refiere a su propia naturaleza, o sea en los pasajes que acabamos de examinar, y en los que presentó a la palestra el Sr. A del E, usa el lenguaje directo, y es tan claro, tan recto, tan sencillo, tan explícito, que no da lugar a dudas, interpretaciones ni comentarios. Y siendo esto así, no reconocemos en vos, ni en el claustro de S. Nicolás, ni en todos los claustros del mundo, ni en todos los concilios y cánones de la historia, un conocimiento más exacto de la naturaleza de Jesucristo, que el que de sí propio tenía.

Por esta razón, habiéndose llamado Jesucristo *hombre*, *hijo del hombre, enviado y servidor de Dios*, la teología que se empeña en atribuirle la Divinidad, no tiene más remedio que apelar a una interpretación falsa de sus claras palabras, y eso es lo que constituye los *argumentos* de *retorcimiento* que habéis empleado en el curso de esta polémica; pero como estas interpretaciones falsas, estos argumentos de retorcimiento no son admisibles entre polemistas que de buena fe buscan la verdad, resulta que rechazamos vuestros razonamientos por ilícitos, y os consideramos obligado imprescindiblemente a refutar de nuevo las palabras de Jesús, contenidas en los veinte pasajes citados por el Sr. A. del E.

En cuanto al *misterio augusto* que es otra de las bases sobre que eleváis vuestras interpretaciones y amplificaciones, nosotros no negamos absolutamente que haya para el hombre misterios grandes y sublimes; pero negamos que ese que invocáis en la controversia sea de esta naturaleza. Por lo demás, es ilógico e impertinente, que cuando se discute por aclarar materias, se presenten como argumentos incontrovertibles *misterios augustos*, porque siendo la controversia un medio de hacer la luz, no puede ni debe alegarse lo que es tiniebla; o de otro modo, para explicar lo desconocido, no aprovecha lo que es desconocido también.

He aquí demostrado con claridad y sencillez que tenemos razón y pensamos juiciosamente, en no admitir vuestros argumentos de retorcimiento, ni vuestros misterios augustos.

Y en este punto la controversia, se hace preciso que sin valeros de ellos, refutéis los veinte célebres pasajes, sin cuyo requisito no podemos pasar adelante en la polémica, pues sería embrollarla, lo que no sucederá procediendo con orden.

Con que ilustre teólogo espero seréis tan amable, que haréis el trabajo que os señalo, y os prevengo que seré incansable en esta justa petición que repetiré invariablemente cada vez que queráis, evadiros, siendo mi constante muletilla la siguiente:

Sr. Zarandona, venid a la presencia de Jesús; refutadle, pero sin *retorcerle.*

Recibid en tanto un abrazo fraternal de este vuestro afectísimo S. S. Q. B. V. M.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan. 20 de abril de 1872.

INFIERNO O PENAS ETERNAS

(CONCLUSIÓN)

Fijémonos en la palabra eterno de las anteriores citas. ¿Por qué no se toma en el mismo sentido en diferentes pasajes, y es sustituida por otra más expresiva, fuego inextinguible?(1) Isaías dice, el gusano de los pecadores no morirá, y su fuego no se apagará.(2)

Pero la palabra eterno, no significa ni supone penas eternas ilimitadas para un individuo o muchos determinadamente, sino que solo demuestran que desde que se creó el mundo hubo tormentos eternos o coeternos a la creación, desde el momento que la humanidad se desvió del bien. Ahora, que estos castigos sean fuegos y llamas, eso ya lo veremos.

Sentado queda, pues, que S. Mateo, S. Marcos, S. Pablo y S. Judas con el Apocalipsis no establecieron penas eternas, se explica y se comprende con el fuego inextinguible de los evangelistas, y el gusano de los pecadores de Isaías.

Y no digáis que hemos exagerado. Abrid los libros de los padres y antiguos doctores y de eminentes teólogos, fijaos en nuestras piadosas leyendas, en los cuadros de nuestras iglesias, en sus esculturas, oíd los sermones de nuestros reverendos, y aun diréis hemos disminuido el paisaje.

¿Queréis que creamos en el infierno y en las penas eternas? Pues Dios no es infinitamente sabio, justo, bondadoso, inmutable e infalible.

Revísense todos los códigos del mundo, examínense todas las leyes desde Moisés a Licurgo y hasta nuestros días, y detenidamente examinadlas, y saltarán a la vista diferentes penas proporcionadas a los

---

[1] Mateo. II. 12. —Marc, IX., 43, 45.

[2] Isaías LXVI, 24, Marc, IX. 44, 46 y 48.

diversos delitos. Aquí el rigor aplicado a crimen desastroso. Allí otra pena en castigo de delito más leve, y así sucesivamente, pues sabéis lo necesario que es, porque no ignoráis que casi ningún delito se asemeja; varían siempre en las circunstancias. ¿Y Dios sabio y divino, solo tiene el infierno y el cielo? ¡un premio para el que no delinque, un castigo para el criminal! El purgatorio no puede tener cabida aquí, inventado por vosotros, su origen igual al de la confesión y al de las bulas. ¡Ah omnisciencia suprema! ¡Qué mal librada ha salido de las manos de tus ministros! ¡Qué poco te comprendieron!

¡Qué pequeño te hicieron! Enmendaron la legislación con la añadidura del purgatorio.

¡Dónde está la justicia de Dios que tan intuitiva nos es, y que con expresión tan gráfica la evidenciamos, clamando justicia del cielo, que en la tierra no la hay! al sentirnos lastimados con alguna iniquidad humana. Hemos de admitir penas eternas, cuando San Pedro dice, que el objeto de la creación, es la felicidad de sus criaturas, y Cristo, que vino a salvar todo lo perdido y no quiere que perezca ninguno de los pequeñitos; y San Juan escribe, cap. 6.º v 39, que la voluntad de mi Padre que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos el día final.

¿Podrán armonizarse estas citas con las penas eternas? ¿Encontráis siquiera proporción entre ellas y los delitos? Decidme: ¿hay delito eterno? No. Pues no puede haber pena eterna. ¿Podrá haber delincuente eterno, persistencia eterna en el mal? Si lo admitís, ¿cómo hemos de interpretar las palabras de Cristo, sed perfectos como mi Padre, que está en los cielos?[(1)] ¿La ley de progresión no es terminante con las anteriores palabras? ¿Dónde la persistencia en el mal? Y vosotros que sabéis Cuan imposible es salir de esta existencia perfectos, ¿dónde nos perfeccionaremos ¿En el infierno? Entonces Cristo nos enseñó una cosa irrealizable. ¿Y la infalibilidad del Dios? Si admitís que estamos llamados a ser perfectos, cuya perfección no podemos conseguir en esta existencia, y al salir de ella vamos al cielo, o al infierno; en este, no alcanzaremos jamás la perfección, y yo no admito de ningún modo que imperfectos e impuros podamos ir al cielo.

Vosotros me contestareis, al purgatorio, su origen repetido por demás está; sin embargo, si las almas que van al purgatorio no son perfectas, según vosotros, pero les falta poco, admitís que salgan de aquel castigo a fuerza de misas, y esto, hermanos míos, es abrir la puerta de la cárcel, digámoslo así a aquel que tenga más valor, y que nosotros, aun no conocido nuestro grado de perfección o adelanto, y que no sabemos si iremos al infierno o al purgatorio, solo Dios lo sabe, tenemos más poder que los que

[1] S. Mateo. V. 48.

son más perfectos que nosotros, estando en el purgatorio, y sean librados por nuestros ruegos.

Más prudente, más razonable, más en relación con los atributos infinitos de Dios, seria admitir, que, habiéndosenos prometido por quien no puede engañarse ni engañarnos la perfección, y puesto que esta no podemos conseguirla en nuestra existencia actual, nos conceda vasto camino para obtenerla, y no atormentarnos más con el infierno, no siendo fácil conseguirlo de este modo.

¿No resalta mas la sabiduría de Dios dándonos tantas cuantas reencarnaciones necesitemos después de sincero arrepentimiento, para perfeccionarnos y reparar nuestras faltas? ¿No veis con esto su infinita justicia y su bondad eterna? La pena que no es reparadora, ya comprendéis que desdice mucho del Altísimo.

Además, la ley del progreso se presenta a nuestra vista al observar un poco, desde el átomo más imperceptible de materia, hasta la concepción más sublime de la inteligencia. En el evangelio está clara: un mandamiento nuevo os doy, y comprenderéis que Dios no es mutable ni falible, por consiguiente, las penas eternas ponen de relieve la mutabilidad y falibilidad de Dios.

Y por último, según S. Gerónimo, Isaías, en el cap. 5.º v. 13, define el infierno y sus torturas. Porque mi pueblo no ha querido reconocerme, dice el Señor, ha sido conducido cautivo, sus nobles se han muerto de hambre, y una multitud de hombres han perecido de sed; y comentándolo hace comprender que todos los que habrán desconocido la verdadera ley de Dios, serán conducidos cautivos a los tormentos de los mundos inferiores.

Deseando S. Gerónimo completar este pensamiento, y hacer inteligible a todos los versículos del salmista de Isaías y de S. Mateo, añade: Y el convidado de la cena dominical que no se habrá revestido con la ropa nupcial, habiendo tenido las manos y los pies atados, fue alzado en las tinieblas exteriores. Y el Señor vino entonces diciendo a los que estaban atados: Id: sois libres. Y a los que estaban sumergidos en las tinieblas: Ved y sed iluminados. El es el único de quien se puede decir: Libra a los que están entre cadenas, y vuelve la vista a los ciegos.

Estos no son aun los culpables, exclama S. Gerónimo, sino el que oscurece la vista o que les ha dado ojos para no ver.

El bienaventurado apóstol S. Pablo continúa el mismo padre, explica plenamente esto en su epístola a los romanos, y seria a todas luces superfluo que nosotros amplificáramos su instructiva palabra. En efecto, según él, Dios ha hecho pasar toda la humanidad por la incredulidad y la imperfección, a fin de poderla salvar toda entera. Y admirando la

profundidad de la sabiduría eterna, exclama: ¡Oh riqueza inconmensurable de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrable son sus juicios, y cuan desconocidos sus caminos! Y en otra parte discutiendo sobre la incredulidad de los judíos, dice: No lo hizo Dios sino para que la salvación de los gentiles resultase de la falta de los judíos, incitándole a imitarlos. Y un poco más lejos. ¿Por qué si su caída ha sido causa de la rehabilitación del mundo, qué producirá su ascensión? y sigue: No quiero, hermanos míos, dejaros ignorar este misterio, a fin de que no seáis prudentes para vosotros solos, porque si una parte de Israel ha caído en la ceguedad, es para que las naciones llegasen a su plenitud; y cuando será cumplido todo, Israel será salvado. No acuséis pues a Dios de crueldad, añade S. Gerónimo, cuando en su misericordia hiere al pueblo judío, para salvar al universo entero.

Es porque tú llamarás con el nombre de Manuel, al que más tarde se llamará Jesús, es decir, Salvador, porque todo el género humano será salvado por él.

¿Vino Jesús para salvar al mundo o no? ¿Sí?, pues no pongáis cortapisas a la voluntad divina con vuestros sofismas y distingos con vuestro confesonario, con vuestras bulas e indulgencias, con vuestros anatemas y excomuniones. Sois hijos de Dios y hermano del que escribe, y iluminémonos todos ante el Dios de amor, de justicia, infinito en sus atributos y perfecciones. El que se humilla, será ensalzado, y el que se ensalza será humillado. Cristo lo ha dicho a todo el universo, al papa, al cardenal, al obispo, y a toda la sociedad entera, hagáis o no hagáis caso, escrito está y se cumplirá.

PREGATORIO Y LIMBO

¿Y qué diremos del purgatorio, habiéndole nombrado ya tantas veces al hablar del infierno? Su origen data del año 593 y como complemento útil y conveniente, ha sido necesaria esta adición al código divino. El Creador no lo tuvo presente, y como hay otro infalible además de Dios, se perfeccionó la escala gradual de penas.

Pero no puede menos de observarse que es una reminiscencia de aquellas llamas infernales, un infierno en pequeño. También hay allí fuego que mortifica sin quemar, del cual, se libran los destinados a él por medio de sufragios. Pero ¿y cómo tienen estos tanto poder? ¿cómo producen su efecto? ¿no es una singularidad estimular la misericordia de Dios a peso de oro? Allá, en no sé qué libro, dice que el purgatorio es el puchero del clero.

Yo no diré igual, pero cosa parecida, si con Lutero afirmo, que dio lugar al comercio escandaloso de las indulgencias.

Puesto que lo habéis inventado, ¿dónde está? ¿por dónde para? Ni vosotros lo sabéis ni yo tampoco. ¿Qué idea formaríais de un inventor que no supiera dar razón de su invento? Pues igual opino yo de vosotros.

Sin embargo, yo os diré donde está. En nuestro planeta: en este mundo; aquí tenemos el purgatorio; sufrimos y padecemos y no saldremos de él mientras no tengamos presente que sin la caridad no hay salvación. Si salimos imperfectos, como es natural, quizá volvamos: no merecemos premio sino somos perfectos como nuestro Padre, que está en el cielo. Suprimidlo, en mi concepto no tiene ninguna razón de ser.

LIMBO

Los párvulos que mueren, no han hecho mal, pero no han hecho bien: mueren en edad temprana; pues al limbo con ellos. ¿Y qué culpa tienen de estar privados de la dicha eterna, cuando en nada contribuyeron a su temprana muerte? ¿Creéis que es esto justo?

Poca necesidad de razones hay para refutar la existencia de éste como el purgatorio. Por tanto, resumiremos.

Ninguna teoría puede ser aceptada como verdadera, sino satisface a la razón, y da cuenta; de los hechos que abraza; si uno solo viene a desmentirla, es porque no está en la verdad.

La teoría de los dogmas refutados no se armoniza mucho con aquella, no se nos dan cuenta de los hechos que abraza y viene a contradecirla bastantes, que ella misma enumera.

El antiguo y nuevo testamento no debemos admitir sean otra babel: no es posible creer que haya contradicción, por lo tanto, el que los interprete en conformidad a la sublime idea de Dios, y los esplique armonizándolos con las perfecciones infinitas de Aquel, éste habrá comprendido su verdadero sentido.

La suma bondad es Dios; y demonios, infierno, purgatorio y limbo, no implican otra cosa sino la ausencia del bien, como el vicio la ausencia de la virtud.

Al obligarnos a creer, nos obligáis a que creamos en las tinieblas, cuando el sol brilla por el horizonte: nos obligáis a creer en una virtud

viciosa; en un bien desgraciado. Y esto vosotros no lo creeréis ni yo tampoco.

Lo que es, jamás podrá dejar de ser: la nada, nunca podréis hacerla algo; pues bien, esta es, demonio, infierno, purgatorio y limbo, nada: y Dios, la suma bondad, la suma justicia, etc.

Esto siempre será, y todos vuestros esfuerzos, todos vuestros sofismas, toda vuestra pretendida infalibilidad producirán el mismo resultado que cuando los titanes apedreaban al cielo, les caían las piedras encima.

Por último, los antiguos escribas, saduceos y fariseos pretendían practicar y conocer la verdadera ley; Cristo les probó lo contrario, y yo os digo con Cristo, que sois como las sepulturas, blancos por fuera, y llenos de podredumbre por dentro. Si el Redentor a su doctrina no hubiera añadido el ejemplo sin igual, ¿qué diríais? lo que digo yo al reverendo Zarandona, ministro del Dios de amor, y nos trata de desdichados, mentirosos e hipócritas.

No tenéis presente que escrito está en la casa de mi padre hay diferentes moradas; si no fuera así yo os lo diría. Iré a aparejaros el lugar, y si me voy, volveré otra vez.

Recordad que se nos tiene prometida la venida del Consolador o espíritu de verdad, a restablecer todas las cosas. Claro está, pues, que Cristo no dijo la última palabra, y si no la dijo, ¿por qué queréis hacerle enmudecer? ¿quién sois vosotros, pobres pigmeos, para oponeros a la voluntad del eterno? Repito que lo escrito está, y primero pasarán el cielo y la tierra, antes que deje de cumplirse una tilde de la Ley.

Y si el espiritismo os aterra e impone, no será por vuestro santo ejemplo. Acordaos pues, de que si es obra divina, continuará su camino, a pesar de vosotros y contra vosotros, y si es de invención humana no es necesario que os esforcéis, él pasará.

En el siglo XIX, la humanidad no acepta ni cree a ciegas, está cansada de fanatismo, quiere razones, no iras de los Concilios. No le asustan anatemas y excomuniones, quiere pruebas. Por tanto, si no marcháis, la corriente os empujará adelante: y así como condenasteis la existencia de los antípodas, y estos están llenos de vida, igual sucederá a los que no creen en vuestros dogmas, y los excomulgáis.

Hemos concluido y probado que los demonios, el infierno, purgatorio y limbo, son imágenes muy apropósito en otras épocas; pero hoy solo crearán escépticos o indiferentes.

Armonizad la religión con la razón, pues si os empeñáis en que siga el divorcio, quedará reducido el número de vuestros sectarios, pues iremos

a buscar a Dios allí donde le veamos siempre eterno, único, inmutable e infinito, en todas sus perfecciones.

F. C. B.

EN EL PÚLPITO

A los sermones pronunciados en las tardes de los días 3 y 10 de Marzo del presente año en la iglesia de S. Nicolás de esta capital por el Sr. Penalva, abad de la misma.

En nuestra refutación al primer sermón pronunciado por el señor Abad en la cuaresma del presente año, demostramos la existencia de nuestra comunicación con los espíritus, fundada entre otras bases en la misma bondad y justicia del Supremo Hacedor y, cuando después de esto asistimos el 3 del pasado Marzo a la Colegiata de esta ciudad para escuchar al orador católico, con no poca sorpresa oímos que nuestro hombre insistía en lo mismo que hizo dos semanas antes, esto es, intentó negar nuestra comunicación con ultratumba, pero ¿cómo se portó? ¿de qué manera lo hizo? El Sr. Abad para cumplir su cometido dijo: que no era posible la comunicación de los espíritus con los mortales, por que habiendo dejado aquellos la materia, carecían de los sentidos necesarios para la correspondencia mutua, esto es, no podían ver puesto que no tenían ojos, ni oír porque les faltaba el órgano auditivo, ni hablar porque también carecían del aparato vocal, ni hacer en fin, ninguna manifestación puesto que les faltaban los medios, por lo cual se encontraban lo mismo que un sordo-mudo-ciego con quien por su desgracia no es posible establecer comunicación. También dijo: que a pesar de todo y en caso de tener que admitirse esta manifestación debe considerarse como obra exclusiva del demonio,(1) pues Dios muy pocas veces concede este don(2) y las que lo hace, solo a personas privilegiadas como prueba de un señalado favor y nunca a los llamados espiritistas, pues estos dicen que se presentan cuando se les evoca señalando día, sitio y hora. Finalmente, para que se viera la exageración de los espiritistas dijo: que teníamos médiums *ahuyentes*,(3)

[1] ¡Qué empeño en dar ocupación al *demonio!* ¿Cuándo se convencerán los católicos de que el demonio solo existe en su fanática imaginación?

[2] Pero le concede.

[3] Esta fue su palabra.

escribientes, videntes y aun había espíritus que movían las sillas, las mesas y todos los muebles de una habitación aun los más pesados. Hasta aquí el tercer sermón: veamos lo que dice en el cuarto y después contestaremos a ambos. A falta de otra cosa mejor, demostró lo que de tan conocido y aceptado se pasa ya, esto es, habló sobre la Providencia de Dios. Declaró que Dios no puede permitir la desigualdad entre los hombres. También dijo; que entre el alma y el cuerpo existe cierto consorcio o reciprocidad mutua, lo cual explica la unión entre ambos. Hizo constar como dogma sagrado y consolador la resurrección de la carne, fundado en que S. Pablo así lo predijo: Declaró sin más razones que «porque sí» el que la doctrina espiritista no cabe en la católica, y finalmente, exhorta a sus oyentes para que «*nunca, nunca, nunca*» hagan, ni digan, ni oigan nada respecto a Espiritismo y que «*jamás, jamás, jamás,*» sigan esta doctrina, pues está «*separada de la Biblia*.» Hasta aquí llegó el Sr. Penalva y a fe que merece se inscriba este acontecimiento en cualquier tablilla a la manera que se hace cuando suceden inundaciones, porque en verdad los sermones del Sr. Abad de que nos ocupamos, han sido una soberbia inundación sino de agua, de despropósitos.

Ya han oído nuestros lectores el más digno e ilustrado miembro del clero alicantino, cuyas virtudes como hombre reconocemos, cuyas ideas como católico rechazamos.

Vamos con el primer sermón: Parece mentira que sea el Sr. Penalva quien niega nuestra comunicación con los espíritus después de leído nuestro escrito contra su sermón del 18 de febrero del presente año. Y decimos que nos parece mentira, porque creímos que el Sr. Penalva, a fuerza de persona instruida leería, sino con gusto, al menos con interés nuestra contestación a su primer sermón en la que le hicimos ver la posibilidad, la necesidad, más aun, la existencia de nuestra comunicación con los espíritus. Pero he aquí, que el Sr. Penalva sigue tenaz en negar lo que a su pesar conoce, aunque diga lo contrario, (pues le hacemos con sobrada inteligencia para conocer la verdad) y para ello después de ver que aun dentro de su misma doctrina no encuentra argumentos, va a buscarlos ¡¡oh mengua!! va a buscarlos en la doctrina materialista. Si, señores, el Sr. Abad, sin reconocer los libros sagrados, sin escuchar la voz de la conciencia que le dice a grandes voces «lee la Biblia, en ella encontrarás la verdad de lo que tus hermanos defienden,» en vez de cumplir como verdadero apóstol del Evangelio, interpretando su espíritu, en vez de apoyarse en lo que sus antecesores en Religión hicieran, en vez de buscar razonamientos siquiera espiritualistas, acude a los materialistas y con ellos dice: No es posible que un espíritu os vea ni os oiga, sienta etc. porque carece de sentido. ¡Cómo si el espíritu en la materia fuera más perfecto que separado de ella! ¡Cómo si la apariencia fuera más verdadera que la

realidad! ¿Qué es esto, señor Penalva? ¿Se ha pasado por ventura a las filas materialistas? ¿No recuerda cuando publicó su obra de Religión y Moral? ¿No admite en ella y más que esto, no defiende la posibilidad, necesidad y aun la existencia de la *revelación?* ¿Y qué es la revelación sino una comunicación entre los espíritus y los mortales? ¿Tan pronto ha cambiado de parecer? ¿Tan pronto ha variado de opinión? ¿Ud. que hace algunos años admitió el efecto, ahora niega la causa? ¡Ah Sr. Penalva! que cambios tan…. cambiados. Ud. de burlas o de veras ha presentado como argumento lo que antes hemos dicho, y nosotros, a fuerza de enemigos leales vamos a destruirlo ejerciendo en Ud. la primera de nuestras obras de Misericordia. Su error[1] nace sin duda de su falta de conocimiento sobre la naturaleza de los espíritus y de los medios por los cuales pueden manifestarse. Una vez sabido esto, el hecho material de nuestra comunicación con ultratumba es tan sencillo y verdadero como natural. Ante todo debemos saber que el Espíritu no es la ausencia absoluta de toda materia, antes al contrario, no es una abstracción, es un ser definido, limitado y circunscrito. El Espíritu encarnado en el cuerpo constituye el alma; después de separado de él no sale despojado de toda materia, sino que conserva cierta envoltura fluídica como conservando su individualidad, parecida a la material que antes tenía. Así es como se pueden comprender las diversas apariciones de algunas personas, que han muerto y que a pesar de esto conservan la forma humana. De aquí se deduce que en el hombre tenemos que admitir forzosamente tres cosas:

1.ª Alma o espíritu, principio inteligente en quien reside el sentido moral. **2.ª** El cuerpo, envoltura grosera material, de la que está temporalmente revestida para el cumplimiento de su progreso; y **3.ª** El periespíritu, envoltura fluídica, semimaterial sirviendo de lazo entre el alma y el cuerpo.» La muerte es la destrucción, o mejor, la desagregación de la envoltura grosera de la cual se separa el alma. La otra envoltura fluídica, etérea, vaporosa, insensible a nuestros sentidos hasta ahora, queda con el espíritu sin que por eso deje de ser materia, aunque no la hayamos podido coger y someter al análisis. Admitida ya la existencia del periespíritu vamos a ver como el espíritu se pone en comunicación con los hombres. Este fenómeno se verifica por la actividad de aquel sobre su periespíritu, auxiliado del fluido universal como agente intermediario entre el mundo moral y el físico. Hay más, el espíritu que obra sobre el médium para comunicarse, ejerce una acción tal sobre éste, que le convierte en un mero instrumento, su existencia viene a ser pasiva, tanto, que es considerado como un *medio* de que disponen los espíritus para sus manifestaciones. Los espíritus como tales, no necesitan vernos, ni oírnos, ni tocarnos, pues las

[1] No su *mentira* como diría Zarandona.

imperfecciones de nuestros sentidos solo se pueden concebir inherentes a la materia, mientras que los Espíritus nos conocen sin valerse de ellos.

Fijándonos ahora un poco en la comparación que ha puesto del sordo-mudo-ciego, con quien según Ud. no podemos comunicarnos porque le faltan los sentidos que caracterizan su desgracia, debemos decirle que afortunadamente está equivocado, pues gracias al notable descubrimiento de Ponce de León, hemos tenido ocasión de ver, comunicamos y hasta suministrar conocimientos científicos al joven Martin de Martin y Ruiz que, naciendo sordo (y por lo tanto, mudo), en Valladolid el 30 de Enero 1852, quedó ciego a los cuatro años de edad. En la actualidad está en el Colegio Nacional de Sordo-Mudos y Ciegos, en donde podrán proporcionar al Sr. Penalva cuantos datos necesite sobre este punto, para que otra vez tenga más tacto en las comparaciones, pues la presente no puede responder peor a lo que él se propuso, porque precisamente demuestra lo contrario de lo que defiende. Si quisiera este señor tomarse la molestia de pasar por la redacción de nuestro periódico, le presentaríamos un trabajo caligráfico hecho por el sordo-mudo-ciego en cuestión.

Ya ve pues, el Sr. Penalva, como no puede nada contra nosotros, con sus razonamientos materialistas, ya ve pues, que ahora, como siempre, al impugnar de una manera tan poco digna nuestras creencias, solo ha conseguido perder parte de la reputación científico literaria que en otras ocasiones ha adquirido. Pero lo que más nos extraña, lo que no comprendemos, lo que nadie concibe, es que el Sr. Penalva, después de negar a todo trance nuestra comunicación con Ultratumba, dice que, *sí a pesar de todo, «hay algo de verdad en esto,»* se debe atribuir al demonio, pues Dios, muy pocas veces, etc. ¿En qué quedamos, se admite aunque, sea «a pesar de todo?» Diga Ud., ¿se admite sí o no? Conteste a esto, pues referente a si es obra de Dios o del demonio, nada diremos, toda vez que no existiendo éste sino en las fanáticas cabezas de los católicos, la cuestión está fuera de duda. En cuanto al privilegio que Dios concede a algunas personas, como dice Ud., ya dijimos en nuestra réplica al primer sermón, que los privilegios no conocen a Dios; por lo tanto, carece de fundamento lo que Ud. dice. Prescindiendo de su palabra «ahuyente» (que dicho sea de paso, no está admitida en la lengua española) debemos decirle no extrañe el que el Espíritu por la influencia de una materia tan sutil como es el periespíritu, unido al fluido universal pueda obrar sobre cuerpos pesados, dándoles movimiento, pues si reflexiona un poco verá las considerables fuerzas que trasporta de un punto a otro el débil vapor de agua nacido de la sencilla marmita observada por Papin y las inmensas aplicaciones que este mismo elemento tiene en la industria. Pero a pesar de todo, aun concediendo que estamos equivocados en lo que hasta aquí llevamos dicho, dándolo todo por nulo, ¿nos creerá el Sr. Penalva, si con hechos le

demostramos lo que no quiere conocer por medio de razones? ¿Le mereceremos fe si con la Biblia en la mano y tranquila la conciencia le presentamos actos que por fuerza ha de reconocer? Si este remedio es suficiente para combatir la enfermedad que padece, nos permitiremos exponer a continuación unos apuntes tomados del Padre Claret.

Según la Sagrada Escritura, se aparecieron a Judas Macabeo, las almas de Onías y Jeremías.[(1)] La de Samuel a Saúl.[(2)] Moisés se apareció en la transfiguración[(3)] y en el día en que resucitó Jesucristo se aparecieron muchos.[(4)]

Además de esto, también muchos teólogos y doctores, entre ellos Santo Tomás, dice[(5)] que estando enseñando teología en París «se le apareció muy triste y afligida su hermana monja que murió siendo abadesa del convento de Santa María de Cápua, y le pidió que se compadeciere de ella» y después de rogar por ella el mismo Santo Tomás y otros religiosos amigos suyos, «se le apareció de nuevo de muy diferente modo que la primera vez; no solo la vio llena de júbilo, si que también adornada con su manto de gloria, haciendo ver que por sus sufragios se hallaba libre de penas, adornada de gloria y con la felicidad de ver a Dios. Con esta ocasión, le pidió al Santo que le dijera en qué estado o en dónde se hallaban sus difuntos hermanos: a lo que ella satisfizo diciendo: que Arnoldo estaba en el cielo y que gozaba de un alto grado de gloria por la persecución que virtuosamente había sufrido; que Landolfo estaba en el purgatorio[(6)] y necesitaba sus sufragios; y que, le añadió, se esforzase en trabajar para la gloria de Dios, que con esto no tardarían en estar juntos en el cielo.» He aquí una prueba, Sr. Penalva, tan patente como favorable a nuestras creencias. Vamos con otra; Sta. Teresa declara que vio a su difunta hermana y sostiene que tuvo comunicación con ella. Otra prueba. Hallándose el mismo Santo Doctor en la iglesia de Santo Domingo de Nápoles, se le apareció Fr. Román a quien había dejado por sucesor en la cátedra de Paris; pensando que aun vivía en carne mortal y que había venido a visitarle, se dirigió a él para preguntarle por su salud y darse aquellas recíprocas señales de amistad, de costumbre entre amigos; cuando he aquí que fue sorprendido por la nueva que le comunicó, diciéndole que había pasado ya a mejor vida y que Dios le enviaba para confortarle en sus trabajos. Vuelto en sí el Santo del pasmo que le causaron estas palabras, le pidió que le dijera si se hallaba en gracia de Dios, a lo que respondió

[1] II. Macabeos, XV, 12, et. sig.
[2] Saul (I reg. XXVIII, 12).
[3] Mateo. XVII. 3.
[4] Mateo. XXVII, 52.
[5] Socorro a los difuntos, (por el P. Claret. pág. 18).
[6] Ya saben nuestros lectores cómo han de interpretar esta palabra y sus análogas.

Román con la sonrisa en los labios, que sí, que continuase en sus tareas, porque eran muy del agrado del Señor.» Después de esto, también nos dice el mismo Santo Doctor que le hizo al difunto Román algunas preguntas sobre puntos teológicos a los que contestó admirablemente. De este y otros muchos pasajes que pudiera citar, dice el Padre Claret, podrá conocerse si es una realidad o no el que haya apariciones. Ya tiene Ud., Sr. Penalva, otra prueba, y otra y otra le daríamos si no fuera por temor de excedernos en el estrecho límite de nuestro periódico. Pero basta con lo dicho, Sr. Penalva, le hemos demostrado la verdad de nuestras creencias con razonamientos, la hemos patentizado con hechos, hemos explicado la causa, manifestado los efectos y a pesar de esto, a pesar de habernos apoyado en los textos de la Sagrada Escritura para defender nuestras ideas ante los torpes sofismas que le dirige el clero alicantino, en su propio perjuicio, a pesar de tomar nuestros argumentos de su cofrade Claret. a pesar de todo, lo repetimos, tenemos la íntima convicción de que el Sr. Penalva no se dará por convencido, no porque su inteligencia le niegue nuestras teorías, sino porque su posición social como Abad de esta Colegiata no le permite ver la razón de los hechos ni la luz de la verdad. ¡Tal es el efecto del ya indisciplinado catolicismo, atraso insigne del siglo XIX! Por eso el Sr. Penalva, a quien consideramos con sobrado talento para rechazar nuestras ideas si fueran falsas, procura en vano esforzar su imaginación para presentarnos con los menos horribles colores, su ya ridícula y carcomida idea religiosa, por eso es impotente para resistir nuestros ataques, por eso ya ríe, ya llora al subir a la tribuna, por eso nos llama herejes, por eso nos insulta por eso nos «*mata*»….Pero vamos con el cuarto sermón, porque el tiempo apremia. Nada diremos respecto a la Providencia Divina, porque en este punto todos estamos conformes. Respecto a la segunda parte de su sermón, es decir, en cuanto al «cierto comercio o reciprocidad mutua» que Ud., Sr. Penalva, declara existe entre el alma y el cuerpo, no podemos menos de manifestarle nuestro agradecimiento, pues que a su pesar tal vez, ha demostrado la existencia del periespíritu aunque explicado en lenguaje católico-apostólico romano. Adelante. También declara que la resurrección de la carne es un dogma sagrado y consolador. A esto le contestaríamos como se debe, pero ya lo hicimos en nuestra anterior impugnación.

Dejemos aparte aquello de que la «doctrina espiritista no cabe en la católica,» pues sobradamente nos consta que la verdad no cabe en la mentira, ni la luz en la oscuridad, ni la ciencia en la ignorancia, porque sabemos que donde hay verdad la mentira no se conoce, donde hay luz la oscuridad desaparece, donde hay ciencia la ignorancia no existe. Dejando también aparte aquellos célebres *nunca* y *jamases* que regala a sus oyentes por si algún día llegan a saber lo que es Espiritismo, vamos a ocuparnos de su última y más (¡¡….!!) frase: «El Espiritismo está separado de la Biblia.» ¿De cuándo acá, señor Penalva se cree usted con derecho para lanzar ante

un público que le favorece con su atención, una frase de esta naturaleza contra una doctrina que desconoce? ¿Quién le autoriza para anatematizar lo que no entiende? ¿De cuándo acá es permitido al ignorante insultar la ciencia? ¿Por qué antes de dar un paso que le ha hecho muy pequeño a los ojos del público de Alicante no ha procurado enterarse de lo que en verdad debe ignorar? Sí, Sr. Penalva, usted ignora lo que es Espiritismo, usted no sabe el significado de esa palabra que suena ya en los oídos de todas las personas amantes del progreso de la humanidad. Usted desconoce esa sublime idea sembrada por el Hijo de María y regada con la sangre de mil y mil mártires. Usted, Sr. Penalva «no sabe lo que dice o no dice lo que sabe.» Procure usted enterarse de lo que es Espiritismo; estudie usted los principios en que se funda, estudie usted las bases sobre que se levanta esta sublime idea, y después usted mismo convendrá en que lo que ahora niega sin conocimiento, es la pura emanación del Evangelio separado de las falsas interpretaciones dadas por los hombres para conseguir sus fines particulares, pero siempre indignos, mezquinos, groseros y miserables. ¡Qué el Espiritismo está separado de la Biblia!—Solo un fanático ignorante puede decir esto con íntima convicción, y como a usted, señor Penalva, no le hacemos así, desearíamos nos contestase siquiera para saber si nos hemos o no equivocado en el juicio que de Ud. hemos formado. ¿Por qué en vez de decir que la Biblia no reconoce al Espiritismo, no ha dicho Ud. que el catolicismo es incompatible con la civilización?

Con este motivo, se despide de Ud. afectuosamente hasta otro día su S.S.

UN ESPIRITISTA.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 20 de Mayo de 1872. Num.10.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL ROMANISMO SE HUNDE

Por todos los ámbitos de nuestro mundo, un grito mágico y sonoro detiene la marcha azarosa de la ciega humanidad.

Por el horizonte se anuncia una estrella y ante sus vividos resplandores, se inclinan desde el ateo al romano, reconociendo la existencia de la gran *causa creadora.*

El marino navegando en los inmensos mares, el soldado en el campamento, el monje en el árido desierto, el labrador en el campo, el artesano en los talleres y el aristócrata entre el embriagador ambiente de su perfumada estancia, todos contemplan extasiados sin saber por qué, la aparición de tan majestuosa y resplandeciente aurora.

Pero ¿qué significa esa aparición? ¿qué nos anuncia? Significa que *los tiempos se acercan*; nos anuncia que el *Espíritu de Verdad* predicho en el Evangelio, está entre nosotros y dentro de breves instantes esparcirá entre la humanidad la benéfica semilla que al fructificar en nuestros corazones, al calor de la FE, la ESPERANZA y la CARIDAD, nos ha de trasportar a los imperios de la luz pura, librándonos para siempre de las imperfecciones de nuestro espíritu.

Viene a destruir el Romanismo por inconveniente, por anticristiano, por idólatra, por inmoral, por lucrativo y por incompatible con la justicia divina.

Viene a destruir el Romanismo, por no ser la doctrina emanada de los labios del sublime mártir, y porque el peso mismo de sus crímenes e

iniquidades le derrumbará a pasos agigantados. Sí, *el Romanismo cae* y dentro de poco ni los concilios ecuménicos, ni todas las fuerzas jesuíticas del mundo unidas, podrán entorpecer su apresurado y seguro aniquilamiento.

El Romanismo se va: ¡Dios le ilumine y perdone los perjuicios causados en los quince siglos que ha predominado en la conciencia de los pueblos!

El Romanismo muere: ¡¡¡séale la tierra ligera!!!

Y ¿qué ha sido el Romanismo? ¿qué beneficios ha reportado a la humanidad?

Ha sido más bien que el amparo y protección de los pueblos, el tribunal de justicia donde se han dictado fallos espantosos contra hombres indefensos y doncellas tan puras y cándidas como inocentes; y el obstáculo constante e insuperable a todo adelantamiento moral e intelectual.

Amigo inseparable, de las tinieblas, siempre ha mantenido a la humanidad en un continuo misterio; enemigo constante de la verdad, siempre ha opuesto a razonamientos claros, *argumentos de retorcimiento.*

Sus templos, en vez de abrigar bajo sus cúpulas a toda la raza humana, dejan completamente desheredadas a mas de las tres cuartas partes del globo, tratándolos no como a hermanos que son, sino como *herejes, impíos, friáticos, locos y mentirosos.*[1]

Sus sectarios, en vez de ostentar la mansedumbre y la modestia, presentan a los ojos del espectador atento, el lujo y la magnificencia, la inmoralidad y el escándalo.

El romanismo, en fin, es la guillotina del hombre, el verdugo de la humanidad, el....pero ¿a qué cansarnos si sus estandartes hechos girones, no pueden ya cogerse por ningún lado?

Dejémoslo en paz que harto trabajo tiene, sino está desposeído de ese verdadero juez del alma llamado conciencia.

En tanto nosotros podemos decir con Tertuliano: «*Somos de ayer y lo llenamos todo*.»

Saludemos con emoción profunda y respetuosa la nueva aurora, y cuando el desquiciamiento del orbe se haya efectuado y la savia regeneradora del Espiritismo se haya apoderado por completo de la conciencia humana; al llegar a nuestros oídos el estruendo causado por el derrumbamiento de LA MODERNA JUDEA y el Romanismo haya desaparecido por completo entre las carcajadas del ridículo y la alegría de

[1] Palabras de un modelo romano en nuestros días.

sus ofendidos, nosotros sobre el sarcófago de su tumba depositaremos una corona a su memoria, con la siguiente inscripción:

¡Dios misericordioso
Perdonad al suicida!

G. M.

A LA CARIDAD

Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena o campana que retiñe. —Y si tuviese profecía y supiese todos los misterios, y cuanto se puede saber: y si tuviese toda la fe, de manera que traspasara los montes, y no tuviere caridad, nada soy. — Y si distribuyese todos mis bienes en dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. —No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal. No se goza de la iniquidad, más se goza de la verdad, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad. Mas de estas la mayor es la caridad.

(S. Pablo: 1.ª Epístola a los Corintios, cap. XIII. vers. de 1 a 7 y 13)

¡Oh caridad, cuan bella eres, cuan grande, cuan bondadosa! Tú eres la madre de los huérfanos, la hija de la ancianidad, la protectora del desgraciado, el sostén del desvalido.

Tú, cual la tabla que salva al marino cuando su carabela naufraga en la inmensidad de los mares, salvas al hombre que, viéndose en el borde del abismo pide tu protección y a ti se abraza.

Tú con mano bondadosa cierras los párpados del moribundo en su postrera agonía.

Tú eres el refulgente faro que guías a la humanidad al paraíso de la perfección.

Tú eres el bálsamo que cicatriza las llagas al hombre infortunado.

Tú, no reconociendo castas ni clases, cobijas indistintamente al poderoso monarca que al haraposo mendigo; entrando lo mismo en el

suntuoso palacio que en la humilde vivienda, que en la vasta cabaña, que en la miserable pocilga.

Tú cual la semilla que esparce el labrador por el campo, así te hallas repartida por la humanidad entera, y por eso todas las religiones te albergan en su seno reconociendo tu poder y tu grandeza. El Brahmanismo te recomienda así:

«*Para con los pobres.* Construid a orilla de los caminos asilos para los pobres viajeros. La limosna para el pobre, es lo que la lluvia para la tierra. Un religioso antes de comer, debe salir de casa y mirar si hay por fuera alguno que tenga hambre.»

Idénticamente acontece con todas las demás religiones. Desde el Judaísmo hasta el Cristianismo, todas, absolutamente todas te consideran como la virtud más resplandeciente de la humanidad y por la que mejor galardón alcanza aquel que sin ostentación te practica.

Si alguna vez repasamos los libros sagrados, lo mismo te admiramos en el Código de Manú, que en el Corán, que en el Pentateneo, que en los Vedas, que en el Evangelio.

Y ¿cómo no has de ser tan admirable, siendo emanada de Aquel que por propagarte y practicarte murió clavado en un madero en la cumbre de un monte de Oriente?

………………………………………………………………………………….

Y sin embargo, ¡cuán pocos te practican! Diez y ocho siglos hace que te predicó el Divino mártir, y hoy que debías de entrar en el apogeo de tu grandeza. ¡cuán distante te hallas de la conciencia humana!

Diez y ocho siglos hace que se propaga la religión cristiana, y hoy que había de hallarse infundida en todos los corazones, todo lo somos menos verdaderos cristianos.

¿Quién tiene la culpa de este indiferentismo hacia las divinas máximas del Salvador....?

No lo sabemos, ni queremos saberlo: sea quien sea, ya encontrará el premio que merezca.

Entre tanto propaguémosla los verdaderos Espiritistas y así, cumpliremos la misión que nos está confiada.

Desde el helado polo Norte al abrasado Ecuador, esparzamos la benéfica semilla, y enarbolemos a la faz del mundo entero nuestra bandera, llevando escritas con caracteres indelebles las divinas palabras de AMOR Y CARIDAD.

G. M.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

LA RAZÓN HUMANA. [1]

(Barcelona 1871)

I

Como a merced de los vientos
Flexible junco cimbrea.
Así a merced de la idea,
Se dobla nuestra razón.
A traspiés, como un beodo,
Ora andando, ora corriendo,
Va su camino siguiendo
Entre placer y aflicción.

Una mañana preciosa,
Más que las que abril ostenta
Nació, según se nos cuenta,
Vigoroso el padre Adán.
Y es fama que, apenas hubo
Abierto a la luz del día
Los ojos, su fantasía
De saber sintió el afán.

Y es fama—y advierto al paso
Que cual lo cuentan lo cuento,
Sin prestaros juramento
De que digo la verdad.—
Es fama que el mozo, padre
De todo el linaje humano,
Aplicándose la mano
Al *testuz*, con ansiedad.

Se dijo: ¿Qué duda es ésta

[1] Hacemos a nuestros lectores la justicia de creer que no tomarán al pie de la letra todo lo que se dice en este poemita medianímico. En él debe distinguirse cuidadosamente la ficción poética, de la verdad filosófica. Así, pues, sería erróneo aceptar literalmente las diversas encarnaciones de Adán, de que se ha valido el Espíritu para pintarnos las sucesivas trasformaciones de la humanidad en la esfera de la filosofía, como sería también erróneo aceptar rectamente la tradición paradisiaca de que se vale para pintarnos la edad primitiva. El Espíritu, autor del poema, no ha querido dar su nombre; pero se ha identificado de tal modo, que nadie puede dejar de reconocerle. (N. de la R)

Que me roe y me devora?
¿Ni quién me mete a mi ahora
A saber lo qué es razón?
La tengo y esto me basta.
Gocemos de ella... adelante...
—Y aquí se paró un instante,
Truncando la reflexión.—

¡Más detenerme!... ¿Es posible
Que pueda yo detenerme?
¿Podré nunca someterme
Al silencio del no ser?
Y después, si razón tengo.
Tengo razón y de sobra.
Pretendiendo que tal obra
Sea pasto de mi saber.

Pues fuera mengua, y no escasa,
Que siendo la razón mía
No supiera yo algún día
Quién vive dentro de mí.
Pensemos, pues, meditemos.
Que el meditar es de sabios.—
Y volvió a cerrar los labios
Adán, al llegar aquí.—

La razón—prosiguió luego—
Es la facultad del alma
Que nos roba, y da la calma.
Que nos da y roba el placer.
La razón, pues, es la gloria
Del Espíritu, y su infierno......
Mas ¿puede algo, Dios eterno.
Bueno y malo a un tiempo ser?

¡Desatino, desatino
De la humana inteligencia!...
La razón es la presencia
De Dios en la humanidad.
Es Dios... Dios mismo encarnado.
En el bruto, que ha corrido
La gran serie, y conseguido
Del ser pensante la edad.

Los hombres, pues, somos dioses,
Como dioses procedemos,

Como dioses, no torcemos
Nunca el amor, la virtud...
—Y al hallarse en este punto
De la científica prueba,
Le nació a sus plantas Eva,
Rebosando juventud.

Él la miró con cariño.
Con cariño ella lo miró,
Y le dijo: ¡Tú tan solo.
Tan solo, querido Adán!
Ven conmigo, yo te ofrezco
Tesoro inmenso de amores.
Yo te ofrezco...—Y entre flores,
Di que apareció Satán.—

Yo te ofrezco, vida mía.
Más raudales de ternura.
Más piélagos de ventura
Que los que has soñado tú.
Ven conmigo. Adán querido.
Y unamos el dulce lazo...
—Y extendiendo el diestro brazo.
Guiada por Belcebú.

Cogió la manzana aquella
Que nos relata la historia,
Y que tan negra memoria
Entre los hombres dejó.—
Y unamos el dulce lazo
Del amor puro, infinito.
Que en este fruto bendito
El mismo Dios depositó.

Hinca en él, Adán del alma,
Lo mismo que yo, tu diente,
Y de amor la llama ardiente
Tu existencia inundará. —
Ah! tú no sabes—repuso
Adán con rostro sombrío—
Ah! tú no sabes, bien mío.
Que prohibido me está.

— ¡Prohibido!... ¿Quién prohíbe
Que amor eterno gocemos?
¿Acaso, di, no nacemos

Para amarnos sin cesar?
Que el mal se prohíba, justo:
Pero que el bien se prohíba.
No hay razón que lo conciba...
Adán... ¿no quieres gozar?

Y Adán tomó la manzana
Y mordiéndola, gruñía:
Me engañé, la razón mía
No es de Dios la encarnación.
Pues mi razón, sin reparo,
Está la virtud torciendo
Y en este fruto mordiendo
A la Suprema Razón.

Y en tanto del paraíso
Fue el padre Adán expulsado.
Por haber audaz faltado
De Dios a la prescripción,
Y aunque aprendió mucho y mucho,
Es fama que, cuando estaba
Muriendo se preguntaba
Con afán: ¿Qué es la razón?

II

Veloz el tiempo recorrió incansable
Siglos y siglos; y en su tumba fría,
O dónde fuere, nuestro Adán hacia,
En apariencia, polvo deleznable.

Mas afirman sesudas opiniones
Que, lejos de morir el alma humana,
En ciencia y en moral crece lozana,
Viviendo multitud, de encarnaciones.

Y Adán, que polvo al parecer yacía,
En realidad, de honores circundado,
Y en el cuerpo de Jerjes encarnado,
Los destinos de Persia dirigía.

Imaginan algunos turbulentos
—Semilla que en la tierra nunca falta—
Que los que al solio la fortuna exalta

Entre delicias viven y contentos.

No digo que, vertiendo llanto a mares.
Triste existencia los monarcas pasan,
Ni aseguro tampoco que traspasan,
el nivel ordinario en sus pesares.

Harto sé que, con mengua del tesoro,
Consume el rey millones y millones
En banquetes, en galas, diversiones.
Y otras cosas que callo por decoro.

Mas ¡ay! Que nada de eso nutre el alma
Que otros placeres y delicias sueña.
Y en conseguirla con afán se empeña,
Perdida del Espíritu la calma.

Ansia las ciencias, y perennemente
Interroga a la ley de los planetas,
Corre fugaz en pos de los cometas
Y analiza del sol la lumbre ardiente.

En un tenue fulgor estudia el suelo
De la remota estrella, y llega un día
Que concibe, por recta analogía.
Cual la tierra, habitado todo el cielo.

Y allí contempla al hombre siempre libre
De terrenos pesares y aflicciones,
Pues domeñando firmes las pasiones,
Consigue que su vida se equilibre.

Al hombre allí contempla emancipado
De ese azote nefando de la guerra,
Que sublimes progresos a la tierra
Con criminales manos ha robado.

Y contémplale amante sempiterno
De la virtud, que sin cesar practica,
Pues sólo el bien haciendo santifica
El inefable nombre del Eterno.

¡Oh! ciencia de los astros, ¡quién diría,
Al contemplar tus grandes esplendores,
Que te engendró el magín de unos pastores
En el misterio de la noche umbría!

Y no eres sólo tú…..Mas tente, labio,
Y volvamos a Jerjes y a mi cuento,

Pues ya barrunto a mi lector violento
Al ver que quiero echármelas de sabio.

Digo pues que, aunque rey, Jerjes sentía
Como Adán, de saber hondo deseo,
Remota intuición, según yo creo.
De la existencia que vivido había.

Y como el padre Adán, el rey caudillo
¿Qué es la razón humana? preguntaba.
Y las horas enteras se pasaba.
Dando vueltas en tomo a su estribillo.

La razón es un timbre—se decía—
De los reyes tan sólo. Los vasallos,
Semejantes en esto a mis caballos.
Tener razón no pueden cual la mía.

La razón es el rey; ella dirige
De mi cuerpo la máquina admirable.
Y con poder supremo, inquebrantable
Sola ella a todo el universo rige.

Y rigiendo yo solo aquí el estado
Con supremo poder, irresistible.
Por consecuencia a todos accesible
Que yo soy la razón, está probado.

Y siendo la razón, nada en el mundo
Resistir logrará a mi poderío,
Y el universo todo, a mi albedrío,
Debe adorarme con fervor profundo.

A este punto llegaba en su argumento
El *monarca-razón*, cuando Mardonio.
De este segundo Adán nuevo demonio.
Vino a turbar su *sabio* esparcimiento.

Señor—le dijo—mientras tú la tierra
Olvidas al estudio consagrado,
Vive tu pueblo todavía ultrajado
Por los griegos,—¡Declárales la guerra!

—Repuso Jerjes con altivo acento—
Y abastece mi ejército y mi flota,
Pues quiero que se vengue tu derrota
Haciendo en Grecia insólito escarmiento.

Y en tanto que Mardonio se alejaba,

Dando muestras de gozo indescriptible,
—Sí, yo soy la razón, soy invencible,
Con necio orgullo Jerjes murmuraba.

....

Al frente de un ejército asombroso,
Que naciones enteras contenía,
Sus dominios dejó Jerjes un día,
De combatir y de vencer ganoso.

Y como quiso el mar, rompiendo un puente
De barcas que le echó, cerrarle el paso.
Dispuso remediar aquel fracaso,
Azotando a las aguas insolente.

Mas es fama que a solas se decía,
Recordando del mar el movimiento;
Sí, yo soy la razón, y ese elemento
Es casi otra razón como la mía.

Y al ver que en las Termopilas a duras
Penas Leónidas le permite el paso,
Sobre este adverso, inesperado caso,
Se pierde en intrincadas conjeturas.

—Quizá si mi razón se equivocaba
Al juzgarse la sola omnipotente,
Quizá si otra razón armipotente
Existe entre los griegos—murmuraba.

Y aún cuando fuera así, nada me importa.
Pues al luchar con una otra potencia,
La que más fuerza opone, y más violencia
E1 triunfo siempre y por doquier reporta.

Y siendo este mi ejército invencible,
Puesto que es numeroso y es valiente,
De Grecia la razón armipotente
Sucumbirá a mi empuje irresistible.

Mas al ver que la suerte le abandona
En Maratón, Platea y Salamina,
Hacia Persia los pasos encamina.
Llorando el deshonor de su corona.

Y cuentan que al pisar el suelo amado
De la patria, se dijo tristemente:
El rey es la razón omnipotente;

Pero... tan sólo dentro de su estado.

Gocemos, pues, de la razón, gocemos
Las inefables dichas y placeres.
Y entre vinos, manjares y mujeres
Esta existencia mundanal pasemos.

Mas viendo la nación que el rey tan solo
A las mujeres lúbricas atendía,
Alzó se fuerte y valerosa un día
Y entre sus brazos iracunda lo ahogó.

Y es fama que, al morir, acongojado
Sus antiguos errores recordaba,
Y con débil acento así exclamaba:
El rey no es la razón: yo lo he probado.

(Se continuará)

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Sesión del 4 *de Mayo de* 1872.

Médium J. Pérez.

Con vosotros:

P. ¿Si Dios tiene plenamente conciencia de nosotros mismos, y nosotros a la vez la tenemos de Él en los límites de nuestro saber, deberá existir una relación íntima intelectual y moral entre el hombre y Dios?

R. Sí, existe esa relación íntima entre el hombre y Dios. A medida que la inteligencia del hombre es mayor. Conoce perfectamente qué lazos son los que le unen con sus perfecciones. El espíritu menos inteligente en este caso, aunque la relación existe, está muy distante de Dios.

El hombre en las diferentes gradaciones, tiene conciencia del deber con más o menos intuición; tiene noción del bien, y esta noción es más exacta a medida que la inteligencia está en mayor grado de desarrollo.

Esto en cuanto a la relación del hombre con Dios; la relación de Dios con el hombre, existe en sus leyes inmutables de perfección. Cada ley es una palabra, una voluntad suya.

P. La verdad debe ser una para todos; lo mismo para los hombres que para Dios, y en este caso nuestra inteligencia se une a la inteligencia Divina en aquella verdad. ¿somos pues los cooperadores de Dios sin dejar de ser causa de sus actos?

R. La verdad es una, como uno es el Universo, como uno es Dios. La verdad es relativa al espíritu; la suma verdad es tan sólo para la suma perfección. Relativa siempre a la suprema perfección de Dios. (Aquí, a la palabra suprema quiero darla el valor del infinito comparada con la palabra suma, que es dada tan solo al espíritu.[1]

La verdad de los primeros siglos estaba en relación íntima con la capacidad de las primitivas Inteligencias; la verdad de Moisés, fue una verdad para su pueblo, así como la verdad de Jesucristo, fue una verdad para aquella época que recuerda los mártires de las catacumbas; la verdad de hoy es una verdad real, adecuada también a la comprensión de las inteligencias; la verdad, en una palabra, es infinita, así como las generaciones serán infinitas; de manera que esta será eterna, añadiendo a cada siglo las precedentes, y así de este modo hasta el infinito.

Ya veis. ¿Imagináis cuán grande es la verdad suprema?

P. ¿De modo, que la verdad es siempre relativa; y nos aproximamos a Dios a medida que la vamos conociendo?

R. Siempre relativamente. Cuanto más inteligente seáis, más fácil comprenderéis la limitación de vuestro saber. El sabio solo lo es para el mundo, pero para sí mismo, se conduele de su ignorancia.

P. ¿Cuál es la base filosófica de la oración, y qué beneficios consigue de ella el espíritu?

R. La base filosófica de la oración, el sentimiento, la ternura, el amor, la virtud. La oración no es hija de los labios, ni de la elocuencia; es hija del corazón que sabe sentir, que sabe amar, que sabe venerar. En una palabra, la oración es del espíritu puro, y nunca será del espíritu que no sabe medir la intensidad de la plegaria. La oración es hija de la filosofía del sentimiento.

P. ¿La oración ha sido una necesidad sentida por la humanidad en todas las épocas de su vida? ¿Crece esta necesidad en razón directa de su perfeccionamiento?

R. La oración es una necesidad del espíritu, así como el aire y la luz son una necesidad para vuestra vida orgánica. El espíritu se alimenta de plegarias en sus momentos de aflicción, así como vuestro cuerpo se alimenta de sustancias nutritivas para adquirir fuerza, vigor y robustez.

La vida se alimenta de pan material y de pan moral; el uno ya lo conocéis, el otro la oración. Adiós.

¡Una palabra! sí, una palabra para completar este tema.

El espíritu puro comprende mejor a Dios, por lo que el pan con que sustenta su alma es más dulce y suave; el espíritu inferior ya sabéis cómo sufre; se queja, se desespera, y en la

[1] Suprema de Dios, suma del Espíritu.

adversidad, solo trata de romper las fuertes ligaduras con que le aprisiona el destino por su prueba o expiación.

P. ¿Qué valor tienen en la oración las fórmulas sacramentales? ¿No se adormece repitiéndola el sentimiento del corazón?

R. El sentimiento es el que eleva la plegaria a Dios. La oración es el néctar que dulcifica el ser; el sentimiento es una fibra del alma la más delicada, y de lo mejor de él nacen todas las buenas acciones.

La oración se compone de dos partes; una es la forma. Las palabras, y la otra el sentimiento; si falta este a aquella, no es fervorosa la oración y no se consigue ni surte los efectos que debe, tan sagrada contemplación.

La oración en fondo y en verdad; nunca en forma y en mentira.

P. ¿Si el hombre trabaja; si cultiva el arte; si practica el bien; si aconseja el deber, etc., pensando en Dios; puede decirse que ora en cada uno de estos actos?

R. No: la oración es pedir; quien nada pide, es porque nada necesita: ¿y quién es el que no necesita a Dios? El estudio y el trabajo es el deber, independiente siempre de la oración. Pedid a Dios siempre, aunque nada mas sea indulgencia, para que os perdone las faltas ignoradas que a cada momento cometéis por vuestras imperfecciones.— Adiós.

LA GRAN CAUSA

¡Qué admirable es la gran obra de la Creación!.... ¿Quién se atreverá a negar la causa de tan maravillosos efectos? ¿Quién al contemplar el infinito en una noche apacible y serena, viéndolo poblado de estrellas que proyectan mil reflejos no se siente trasportado a regiones desconocidas, llenándose su alma de un bienestar, de una felicidad incomprensible? ¡Momentos sublimes en que el hombre por escéptico que sea, ve impreso en todo la mano de Dios, y su espíritu no puede menos de elevarle una plegaria, rindiendo adoración al Ser que nos dio el ser!

¿Acaso el universo debió ser casual?..... Para hacer una máquina insignificante, vemos que se necesita una gran inteligencia humana, y la creación, esa maravilla que nosotros no podemos comprender, había de haberse creado a sí misma. ¿Dónde se ve un caso creado por sí?... Y si todo tiene su causa, busquemos la del Universo y la del hombre, y encontraremos indudablemente a Dios.

Acojámonos al Espiritismo; a esa tabla salvadora que se nos aparece en medio del gran naufragio de la vida, que nos protegerá de sus rudos embates y estemos seguros que por fin, ella nos conducirá a puerto de salvación.

* * *

LA CARIDAD

Esa palabra escrita con letras de oro en todos los libros del universo, es el bálsamo de los desgraciados, el consuelo de los desvalidos, la fuente inagotable de dicha y consuelo para toda la humanidad, la que cura tanta dolencia y calma el dolor del alma, la base de toda sociedad, el emporio de la naturaleza, el amor de Dios hacia sus hijos, el símbolo de la fe y el gran manto que cubre a todos los creyentes y que en sus pliegues se guardan las doctrinas más santas del Evangelio. Ejercitaos en ella, no dudando que haréis un grande beneficio cumpliendo lo que Dios nos manda. Desde el palacio del más alto rango hasta la choza del pobre pescador. Dios ha inculcado los mismos sentimientos, engendrado el mismo cariño y dadas las mismas facultades. No tengáis el menor inconveniente en practicarla con fe, y veréis como pasan los años sobre vuestras almas grandes y virtuosas, y se ensancharán los límites de vuestros santos principios.

Un Espíritu amigo.

DIOS

Médium A. S. E

¡Cuán grande es el significado de esta sublime palabra ¡Cuan pequeña vuestra inteligencia para comprenderla, e impotente vuestro lenguaje para explicarla! Es tal su extensión es tan grande su magnitud como pequeña mi individualidad. Imposible es de todo punto conocer al Todopoderoso envuelto en vuestra capa material; sin embargo, dado es al hombre presentir la Soberana causa cuya existencia conoce por intuición. Para esto, basta observar la naturaleza y discurrir acerca de su autor. Todavía no le conocéis, bien lo sé, pero al menos os habréis formado una ligera idea acerca de su poder, de su sabiduría, de su bondad. «La naturaleza es Dios,» esto dicen los materialistas y vosotros en unión con los espiritualistas les combatís enérgicamente, sin reparar que al expresarse así aquellos pensadores, solo se separan de vosotros en la forma, en el fondo no. «Dios es la naturaleza.» Esto dicen y hasta cierto punto no hacen otra cosa que expresar por medio de una sublime metonimia su parecer acerca de Dios, puesto que toman al *autor* por su *obra*, al efecto por la causa. ¿No decís vulgarmente yo leo a Sócrates (es decir, a sus obras.) No decís en un arranque de vuestro amor a la persona que os lo inspira, eres mi bien, mi felicidad, mi dicha; es decir, la causa de ella? Pues entonces, qué extrañáis, en los materialistas al decir Dios es la naturaleza? Sabedlo de una vez, estos hombres están más cerca de vuestra doctrina, que los fanáticos católicos. Los primeros expresan su idea en lenguaje figurado por medio de un incomparable tropo, mientras que los segundos, imbuidos en su ya carcomido fanatismo, pretenden individualizar a la primera causa origen de toda bondad y justicia; quieren humanizar a la Suprema Sabiduría sin límites, y para ello dicen que Dios es un Señor, bueno, sabio, justo, poderoso, etc. Falso, y mil veces falso.

Dios no es bueno, Dios no es sabio. Dios no es justo, no es poderoso, Dios es la bondad, la sabiduría, la justicia, el poder, la misericordia; en una palabra, es la suma infinita de todas las perfecciones y único en toda la creación. ¡Y vosotros, fanáticos de todas las sectas, a cuya cabeza pretende aparecer el ridículo catolicismo; vosotros, inicuos defensores del error; vosotros, crueles partidarios del suplicio, héroes de la Santa inquisición, perversos de vuestros propios corazones, sabéis que mentís y os complacéis en continuar como hasta aquí! ¡Cuándo será el día en que la oscuridad desaparezca ante la luz, cuándo la mentira será humillada a los pies de la verdad! Pensadlo bien, ved hacia donde caminamos, observad que si un día fuisteis por el digno sendero del progreso, hoy os encontráis separados considerablemente; uníos a él, os lo advierto por vuestro bien. Algún día me daréis las gracias. El tiempo, ese testigo constante de la humanidad, ese extenso campo de la vida, esa será vuestra tabla de salvación, él os conducirá a la tierra de la verdad, él también se encargará de destruir la mala yerba para que el sembrado de la humanidad, produzca más y mejores frutos.

(LA MADRE DEL MÉDIUM)

SOCIEDAD ESPIRITISTA SEVILLANA

DICTADO DEL ESPÍRITU DE LAMENNAIS EN SESIÓN DE 31 DE MARZO DE 1871.–

Médium M. G. R.

¿Hasta cuándo será la pobre humanidad esclava de ciegas y ruines pasiones?

¿Hasta cuándo habrá de dominar en los hombres la fría indiferencia que no trae consigo sino el letargo del espíritu y el embrutecimiento intelectual por consecuencia?

Hasta cuándo repudiará la humanidad el deber, defraudará la ley, convertirá el amor en odio y la justicia en venganza.

¡Ah! hermanos; si el hombre conociera aunque fuera medianamente, que la vida que llena no es un mito, ni un emblema, ni una alegoría, y se hiciera cargo que el mas allá le aguarda para amargos desengaños, nuevas luchas y terribles pruebas; si conociera siquiera ese principio fecundo de la inalterable ley del progreso y supiera colocarse en el grado debido, todos sus logros y aspiraciones los encontraría satisfechos, con su posición, con su fortuna, con su talento y hasta con sus propios sufrimientos.

Hasta que el hombre y así mismo los hombres todos, no se hayan penetrado que la humanidad que representan es solo una de las fases de su progreso infinito; hasta que el hombre y

los hombres todos no se penetren que la causa de su existencia es real y sujeta a esa precisa e ineludible ley del progreso que Dios le ha impuesto al espíritu, y cada cual se reconozca en función completa para el total desenvolvimiento de toda la inteligencia; creedme, no habrá justicia, no habrá paz, no habrá bienestar y amor en la sociedad, no se reconciliarán los hombres para darse el abrazo fraternal que los purifique ante la sabiduría infinita de Dios.

¡Hermanos míos!... oíd la voz de la verdad; escuchad ese misterioso acento que percibe vuestra conciencia cuando os encontráis entregados a profundas meditaciones, cuando os entregáis a los placeres mundanales, cuando en vuestras orgias y bacanales os creéis los más poderosos de la creación; escuchad esa voz misteriosa que os hablo, porque es la voz de la verdad que os previene que andáis extraviados.

El hombre tiene una aspiración noble y generosa que lo enaltece y otra que lo degrada.

La aspiración noble está en buscar la verdad solo por los buenos medios, y lo degradante es querer buscarla haciendo alarde de su saber entregándose a los malos medios.

Para buscar la verdad por los buenos medios, es necesario ser ante todo sincero, leal, benévolo y amante de la grandeza humana; para buscarla por los malos medios no se necesita ser más que egoísta y orgulloso; no hay término medio.

Dos puntos principales hay para que la inteligencia entre cada vez más en el conocimiento de Dios: uno, y es el esencial, es el estudio del espíritu humano y su relación con los demás que correlacionan la inteligencia hasta su punto de partida, que es Dios mismo; otro que es la naturaleza como obra grandiosa o incomprensible de Dios para la purificación del espíritu.

Las leyes que determinan el espíritu, siendo libres, han de costaros mucho más trabajo comprenderlas que las de la naturaleza que son precisas o fatales. Acuellas se precisan mas a medida que el espíritu se desarrolla y entra en afinidad con los que le rodean; estas por el contrario, siempre son reguladoras, aguardando que la inteligencia las penetre.

Estudiad la ley del espíritu, y estaréis cada vez más en estado de comprender vuestro ser y del conocimiento de Dios, pero no olvidar el estudio de la naturaleza, porque ella es una flor que Dios ha dado para que con su grato perfume podáis en medio de vuestro progreso, admirar más y más la creación del espíritu.

MISCELÁNEA

Contestando al suelto que nos regala el *Semanario Católico* o Semanario semibufo, (como quiera llamarse) debemos hacer constar que ni son «*sabios*» ni «*grupos*» los que toman notas en los sermones que prédica el Doctor Sr. Serra. Esto hacemos presente por ahora, para probar la inexactitud de la mayor parte de lo que publica el periódico a que aludimos, pues ya ha agotado, aunque sin fruto, todos cuantos medios ruines hay con el fin de ridiculizar lo que no puede destruir por medio de argumentos. Por lo demás ya a su tiempo expondremos nuestro parecer acerca del nuevo campeón y esforzado adalid, defensor acérrimo de la Santa Inquisición en esta capital. Ya emitiremos en su día nuestra opinión acerca del distinguido orador y digno defensor del Santo oficio.

Por ahora solo nos limitamos a dirigir una súplica al jefe de esa turba de monaguillos y sacristanes, y es la siguiente: ¿No se podría evitar el que esos empleados o sirvientes del clero alicantino, se reportasen en sus actos agresivos contra los espiritistas que de buena fe acuden a San Nicolás a oír la palabra del Sr. Serra, y tomar las notas que tengan por conveniente previa la autorización de este?

Decimos esto, porque ya raya en *desvergüenza*, lo que dentro del templo hacen, esos apaga luces de los altares, contra los que nos tenemos por muy dichosos siendo espiritistas. Insistimos en nuestra demanda y esperamos que sea atendida por parte de quien haya autorizado lo que ahora denunciamos, procurando evitar lo que tan poco favorable es para su propia dignidad.

VARIEDADES

Nuestros hermanos de Madrid han publicado la hoja siguiente:

ESPIRITISMO

Los debates abiertos en la «*Sociedad Espiritista Española*» (establecida en Madrid, calle de Cervantes, 34) entre *el Espiritismo* y las otras escuelas filosóficas, parece han sido motivo de que uno de los dignos oradores que en ellos han tomado noblemente parte ya, el Sr. D. Luis Vidart, haya compuesto un soneto (aparecido en los periódicos), por el cual podría decirse que no ha penetrado bastante bien la filosofía espiritista, y que es casi *ateo*, pues cabe pensar que duda de la existencia de Dios, cuando por lo contrario declaró creer en el Ser Supremo y en *el espíritu*, y reconoció que *el Espiritismo* viene a producir, a lo menos, muchos y muy grandes bienes a la humanidad en medio del estado de confusión en que esta se encuentra. Las personas que poseen las altas dotes y las bellas cualidades del Sr. Vidart están a muy corto paso de la pura doctrina divina regeneradora, hasta ahora no desarrollada y por la generalidad poco comprendida y aplicada.

Contestado dicho soneto en otro, bajo la misma forma, se imprimen juntos, a fin de que, en cuanto sea posible, se difundan *la luz y la verdad*, que son el norte y la guía de los verdaderos espiritistas, como son a la vez *la base principal* de su filosofía el amor fraternal sin límites y la abnegación en favor de todos los seres, conforme la estableció Jesucristo regándola con toda su sangre.

DESEO

A MI QUERIDO AMIGO EL Sr. D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO

SONETO

El dolor en mi alma permanente
Tan grave duda al pensamiento inspira
Que ya en mi labio la palabra, espira
Y es sólo un ¡ay! que exhala tristemente.

¿Será el mal en la tierra omnipotente,
Y la creencia en Dios torpe mentira?
A lo perfecto el hombre siempre aspira.
¿Jamás se cumplirá su afán ardiente?

Si de su ser la esencia misteriosa,
En infinitas vidas trasformada.
Nunca vencida y nunca victoriosa.
A eterna lucha se halla condenada:
Antes que esa existencia tormentosa,
Quiero dormir el sueño de la nada.

Luis Vidart

Madrid, Abril, 1872.

A UN DESEO

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL Sr. D. LUIS VIDART

SONETO

En mi alma no hay dolor hoy *permanente.*
Ni «grave duda al pensamiento *inspira,*»
Pues de gozo mi pecho casi *espira*....
A la divina luz que ve mi *mente*.

Do quier el bien nos rige *omnipotente,*
Mostrando que es el mal.... «torpe *mentira*;»
Si «a lo perfecto el hombre siempre *aspira,*»
Cielos sin fin tendrá su afán ardiente.

Que «de su ser la esencia *misteriosa*»
«En infinitas vidas *transformadas*,»
Volando de estos valles *victoriosa*
Es a creciente dicha *destinada*
Por premio de «*existencia tormentosa*.»
ES TODO LA LUZ DE HOY, «LA NADA» ES NADA:

Antonio Jacinto de Gassó.

Madrid. Abril, 1872.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Junio de 1872. Num.11.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL BIEN Y EL MAL

Controversia religiosa

El canónigo Sr. Zarandona se ha declarado vencido en la controversia religiosa, parapetándose tras un completo y vergonzoso silencio. Ha dado el salto mortal que tenia pretensiones de hacer dar a sus adversarios. Esperábamos este resultado.

Si nosotros tuviéramos el carácter bilioso, insultante y procaz del canónigo, le recordaríamos ahora con ironía las innumerables baladronadas e insultos que, durante el curso de la polémica, ha dirigido a la doctrina y a sus defensores. Pero respiramos en una atmósfera superior en la que se halla el *evangélico* señor, y perdonamos y olvidamos todas las ofensas que de él hemos recibido. Sólo queremos hacerle una observación, y es la siguiente: que en lo sucesivo, cuando vea nacer una doctrina, *aunque se presente apoyada por maestros de obra prima*, se guarde muy bien de atacarla y escarnecerla antes de estudiarla, para no volverse a ver en el triste caso en que hoy se encuentra, al que le han guiado su ligereza, su amor propio y el deseo de conservar el prestigio de suposición.

Sirva esto de ejemplo al mismo tiempo para todos aquellos audaces que atacan una doctrina sin conocerla, cayendo después en el desprestigio y en el ridículo más bochornoso.

A continuación insertamos la carta que nos ha remitido con el mismo objeto nuestro querido hermano Salvador Sellés:

Sr. D. F. de Zarandona.

Muy Sr. mío: Estoy esperando todavía la contestación a mi carta última, inserta en el núm. 8 de LA REVELACIÓN. Es Ud. dueño de contestarla o no; pero conste que si Ud. no lo hace, se declarará implícitamente vencido en la controversia religiosa.

Se repite su affmo. S. S. Q. B. S. M.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan, 31 de mayo de 1872.

EN EL PÚLPITO

Como prometimos en nuestro número anterior, vamos a ocuparnos del esforzado paladín, defensor de las ideas oscurantistas, del ínclito y valeroso soldado que milita bajo la *sagrada* bandera del infalible, en una palabra, del entendido doctor D. José Serra. Para ello, fijemos siquiera sea ligeramente nuestra atención, sobre algo de lo que ha dicho desde la tribuna la persona de quien nos ocupamos y después de esto, no podremos menos de lamentar nuestra suerte, pues parece que estamos destinados a no oír ningún orador católico que sea digno de que se le escuche.

En efecto, el Sr. Serra, entre otras cosas no menos *estupendas* pretendió hacernos ver, hablando de los misterios, que de estos brotaba luz para la inteligencia. También dijo saliéndose del límite que la educación y el buen trato tiene marcado, que los desgraciados que no tenían religión merecían el nombre de *animales*. Llamó *menguado* e *impío* al célebre Cicerón, porque este expuso tal como sentía en su interior la naturaleza y destino del alma.

Aseguró que «todos los filósofos modernos niegan las relaciones entre el hombre y el gran Arquitecto de la naturaleza.»

Dijo que la religión consistía en ir a Misa, en observar el precepto Pascual, en confesarse etc. etc.

Manifestó que sólo la religión Católica ha tenido mártires, pues los hombres que derraman su sangre y mueren por la defensa de una idea aunque esta sea noble; los que entregan su último átomo de vida por una causa, aunque esta sea grande y elevada, no merecen el nombre de mártires,

pues este calificativo sólo es propio a los Católicos que mueren tras las *trincheras*, del Catolicismo.

Defendió la Inquisición, expresando que gracias a ella el Protestantismo sucumbió a los pies de la Católica religión y que por esto mismo, aquel *noble* tribunal denominado, con justa razón, del Santo oficio, no fue tal como le anatematizan los enemigos del Catolicismo, esos partidarios del progreso moderno, sino que la Inquisición fue por el contrario «una *elevadísima* institución muy conforme con la humanidad cristiana, cuyos, saludables frutos afianzaron mas y mas la religión *divina*, que representa el Catolicismo, a cuya cabeza aparece el *santo Padre* Pío. IX para mejor adelanto y seguridad de sus *ovejas*.»

Dijo que la religión Católica Apostólica Romana era la única, santa y verdadera, demostrando al mismo tiempo porqué era Católica, Apostólica y omitiendo lo que pudiera decir respecto a la calificación de *Romana*, excusándose para hacerlo así en la poderosísima razón de que sus oyentes estarían cansados.(1)

Defendió la infalibilidad del Papa, diciendo para esto a falta de algo mejor, que el Papa debía ser querido *porque sí* y además porque era *bueno*, *amable* y hasta *simpático.*

Llamó *traperos* a los filósofos que no admiten ciertos dogmas de la iglesia Católica Romana. Vitoreó repetidas veces al infalible.

Dijo…. pero ¿a qué cansarnos? Dijo tanto y tanto, que seríamos interminables si a relatar fuéramos lo que salió de su boca (no de su entendimiento) por lo cual y para no molestar a nuestros lectores, nos contentamos con lo que hasta; aquí hemos dicho, toda vez que es lo suficiente para deducir un concepto aproximado de la persona de que nos ocupamos. En efecto, con lo dicho basta para nuestro objeto, pues aunque no esperábamos oír de su boca razonamientos sólidos y fundados, porque esto es imposible dentro de la iglesia Católica en el siglo XIX. Como imposible es hacer ver que la luz y la oscuridad existen aun mismo tiempo en un mismo lugar; al menos abrigábamos la esperanza de que sin las pretensiones que reúne nuestro hombre, tuviera más cortesía, miramiento, consideración y respeto al publico oyente, a la naturaleza del asunto de sus sermones o cuando menos al puesto que ocupaba. Pero he aquí que el doctor Serra ha estado inoportuno e inconveniente en la serie de sus discursos, por lo que si nosotros fuéramos a impugnar sus ideas empezaríamos combatiendo una por una las frases que envueltas en cierto disfraz de hipocresía—sin duda por temor de que fueran conocidas—nos ha dirigido, empleando para ello todos los medios que a su alcance han estado.

[1] Dijo la verdad pero era de oír disparates.

Más como quiera que no nos proponemos eso ni mucho menos, sino que nuestro objeto es solo mostrar como antes dijimos a la faz pública el concepto que debe merecer el Sr. Serra, nos permitiremos hacer algunas observaciones, que sirvan como de apoyo para sentar después con algún fundamento la promesa que aspiramos cumplir.

Vamos con los misterios, querido doctor: ¿Dónde está esa luz que usted supone dimana de ellos? ¿Será tal vez como el agua que sale de las minas de cierto desgraciado imbécil que recorre las calles de esta capital, hablando de manantiales que sólo existen en su extraviada imaginación? ¿O será tal vez esa luz, como el movimiento que Josué concibió erróneamente en el sol y que más tarde fue la causa del martirio del célebre Galileo, víctima ilustre de la ciencia y el trabajo? Esto será, Sr. Serra: esto será lo que Ud. dice, porque de otra manera no concebimos que la *oscuridad* del *misterio* propague luz a la razón, no lo creemos aunque nos lo diga el mismísimo infalible. Mas lo que nos parece acerca de esto, caro Doctor, es que el misterio (que dicho sea de paso es relativo siempre al grado de inteligencia del hombre y por lo tanto impropiamente llamado así) sirve para que este aguce su ingenio, esfuerce su entendimiento y excite de una manera constante y continuada su facultad de pensar, profundizando ciertos actos de la vida, ciertos fenómenos de la naturaleza, para que su adelanto sirva, de estímulo y emulación al resto de la humanidad. Así comprendemos lo que Ud. llama *misterio*; de otra manera, no. Considerado bajo este punto de vista el misterio, obedece a la imperiosa ley del progreso impuesta por Dios, mientras que de otro modo el misterio sólo representa un débil parapeto ridículo e impotente para las personas instruidas, tras el cual se esconde el Catolicismo romano para defenderse de los argumentos que la sana razón le lanza. Dios, ha dicho un profundo filósofo, es toda verdad y luz y por lo mismo no puede concebirse que de él brote oscuridad. Esto jamás, la oscuridad, si cabe este nombre, es hija de nuestro atraso y por eso se va desvaneciendo a medida que la ciencia y la caridad constituyen nuestra perfección. Ya ve pues, el simpático Serra, la diferencia que hay de sus misterios a los nuestros.

Pasemos a otra cosa. Eso de llamar *animales* a los que no tienen religión, francamente, podrá ser muy *católico, apostólico, romano, infalible*, todo lo que Ud. quiera, Sr. Serra, pero en cambio tampoco me negará usted que es impropio de personas decentes, que en algo tengan la educación, y por lo tanto el empleo de esa palabra en las circunstancias como la presente, demuestra por lo menos en la persona que las usa una ligereza que raya en lo increíble. De manera que Ud., si es verdadero cristiano, cosa que dudo por la mucha caridad que tiene a sus hermanos, debiera haber sustituido la *palabrita* en cuestión, por otra que no afectando a su dignidad, expresase más claramente la desgracia en las personas de

quienes antes hablamos. Más caridad, hermano Romano; más caridad. ¿Por qué, sapientísimo Doctor, llama Ud. impío y menguado al célebre Cicerón, gloria y admiración de la potente Roma, genio esclarecido de los oradores antiguos? ¿Es así como la Iglesia católica denomina a las preclaras inteligencias, que con íntima convicción y tranquilidad de ánimo han expuesto sus creencias a la humanidad en considerable beneficio para el progreso? Por Dios, sabio Serra, más calma, más prudencia. ¿Pero también asegura nuestro Doctor que todos los filósofos modernos niegan las relaciones entre los hombres y el gran arquitecto de la naturaleza?(1) Pero Sr. Serra, ¿es Ud. ese profundo pensador católico que tanto ha leído, que tanto sabe, que... vamos, hombre, repase Ud. su memoria, conozca un poco más la moderna filosofía y se convencerá de que ha dado un acorde muy desafinado y fuera de tiempo. ¡Qué los modernos filósofos niegan nuestras relaciones con Dios! Pero señor, ¿de dónde habrá sacado Ud. esto? ¿No ha leído Ud. a Pezzani? ¿No conoce a Figuiere? ¿Recuerda a Bonnet? ¿Ha saludado Ud. a Krause, Kant y Hegel, genios de la filosofía moderna? ¿No tiene noticia de Tiberghien? Pues todos estos filósofos niegan lo que Ud. ha dicho. «Váleme Dios y qué cosas tenedes» Doctor Serra.

Adelante, vamos con la Religión: Al llegar aquí no podemos menos de agradecer al Sr. Serra su explicación, porque al fin y al cabo nos ha dicho lo que no sabíamos. Nosotros creímos que la Religión fuera de la cual no hay salvación (según Serra) consistía o debía consistir en practicar la virtud sin que el mundo lo sepa, en hacer el bien sin dar conocimiento a nadie, en que cada hombre vea en su semejante un hermano y atendido a esto, obre con él como consigo mismo; creíamos que la Religión verdadera era practicar lo que se desprende del espíritu del Evangelio, era dar limosna a los pobres, consolar al desvalido, en una palabra, en querer para todos lo que para sí se quiera. Esto es lo que creímos respecto a la Religión, pero he aquí que el doctor Serra nos sacó del error en que yacíamos, y de hoy en adelante sabemos ya que la Religión, Católica. Apostólica, Romana, *Infalible* etc. etc., no es lo que nosotros creímos debiera ser, pues por el contrario, esta consiste en ir a misa, en observar el precepto Pascual, en confesarse, en adorar a un *santo*, esto es, a un semi dios, para allanar cualquier obstáculo que se nos presente al realizar una obra, y así es como se comprende que si queremos tener Religión, esto es, si queremos salvarnos, hemos de rendir adoración a un pedazo de tronco o porción de yeso llamada unas veces santa Luftolde *abogada de la sordera*, otro, san Valero *de los dolores reumáticos*, otros, san Andrés Corsino *de los males incurables*, otras santa, Polonia *de las muelas*, otras S. Julián *de la locura* y *del mal venéreo*, otras, santa Rolendis *de los cólicos*, otras, san Felipe contra las enfermedades *de las articulaciones*, otras S. Plato contra *las*

[1] Apropósito del Arquitecto ¿será masón el Sr. Serra?

palpitaciones, y otras que sería interminable su enumeración. Sí, esta es la Iglesia católica, y quién sabe si entre esta falange de estatuas ¿habrá también algún santo o santa abogada del bolsillo? ¡¡¡Qué gran lástima que no fuera verdad tanta belleza!!! Con que ya lo sabemos, fuera de esta Religión nadie se puede salvar. Así lo ha dicho nuestro Doctor, fuera de la Iglesia no hay caridad, no hay salvación, no hay…. cuartos ¡si será esto lo que quiso decir el Sr. Serra!

Pues ¿y aquello de que solo son mártires los católicos que vienen defendiendo de algún modo su religión? ¡Qué talento, caro Doctor, qué talento! Ya sabemos por Ud. que esos nuevos campeones con sotana, que en los presentes días están cambiando el cáliz por la carabina, la estola por la cartuchera, el hisopo por el sable; ya sabemos que esos traidores de la patria, esos profanadores de la misma religión que predican, esos indignos sacerdotes, que sin reparo ni miramiento de ninguna especie y de la manera más descarada, pelean con encarnizada saña contra las tropas del Gobierno, prorrumpiendo en blasfemias contra sus hermanos que al fin y al cabo sólo son inocentes instrumentos de un poder constituido, ésos son mártires, sí, señor Serra, esos son mártires, sabio Doctor, mientras que el ilustre Padilla, el invicto Bravo, el valeroso Maldonado y otros tantos que pudiéramos citar víctimas del yugo de un tirano, no merecen tal nombre. Galileo, Servet., Sócrates, y tantos otro; preclaros genios de la ciencia, ilustres lumbreras del saber humano, vosotros cuya vida la habéis dedicado al estudio entregándola después a vuestros verdugos defendiendo las ideas que con orgullo ostentasteis, vosotros no sois mártires, el Doctor Serra os roba este glorioso título para los suyos. Lanuza, Riego, Guillen, Mariana Pineda, almas grandes y generosas que habéis consagrado vuestra existencia a la defensa y sostenimiento de la libertad, derramando por tan justa causa hasta la última gota de vuestra sangre, vosotros no sois mártires, el Doctor Serra os roba este glorioso título para los suyos. No le hagáis caso, compadecedle, es digno de lástima, dejadle gozar en su loca imaginación, no temáis, vuestro nombre será eterno, su ignominia imperecedera, vuestra gloria será tan grande como grande su baldón.

Pero aquí de paso carísimo Doctor, Ud. dijo que el nombre de mártires sólo es aplicable a los que mueren *detrás de las trincharas del catolicismo.* ¿Cómo es esto Sr. Serra? ¿El catolicismo tiene trincheras? ¿Es que teme algún asalto y se encuentra sin fuerzas? ¿Es que presiente ya su desquiciamiento próximo? Esto de atrincheramientos no nos parece nada bueno.

¿Y respecto a la inquisición? Ah, señores, respecto a este punto, es necesario hacer justicia al Sr. Serra porque estuvo elevado, elevadísimo, admirable. Y si no que lo digan las personas que le oyeron. ¡Qué espectáculo tan *agradable* nos presentó nuestro Doctor! Intentó hacernos

ver que la inquisición, «*ese recto y justo Tribunal*, *puro reflejo del poder de Dios, ejercía su importante misión con aquella dignidad y mansedumbre no conocidos en ningún otro Tribunal de justicia. Declaró que el Santo Oficio* fue una idea muy oportuna y benéfica, pues gracias a su planteamiento, se ha evitado que los protestantes *hayan* entrado en España.[(1)] Nada diremos en contestación a estas líneas, pues comprendemos en nuestros lectores la suficiente capacidad para combatir, mejor dicho, para despreciar unas ideas tan ignominiosas, y que tanto dicen de la persona que tiene la osadía de defenderlas en el último tercio del siglo XIX. Por lo demás, nosotros somos los primeros que hacemos patente la compasión que nos inspiran los hombres que como el señor Serra, tienen la temeraria osadía de recordar en público ciertas cosas que horrorizan al corazón mas empedernido. Ni una palabra más sobre esto, sentimos terror, repugnancia al tocar esta cuestión.

Pasemos adelante: ¿por qué amable Doctor, no explicó Ud. el verdadero significado del calificativo *Romana* que se aplica vulgarmente a la Iglesia católica, siendo así que lo hizo espontáneamente en sus otros dos, Católica, Apostólica? ¿Será que habrá aquí algún punto negro? ¿Será alguna mancha? ¿Qué será? ¿Qué no será? Decimos esto porque recordamos en este momento cierta ocurrencia habida entre varios estudiantes y un propietario, que a continuación relatamos con el permiso de Ud. Necesitaban los estudiantes una casa en donde pudieran habitar cómodamente, y a la sazón hacen las oportunas diligencias en busca de su nuevo domicilio, cuando por los papeles que vieron en cierto balcón comprendieron que aquella casa se alquilaba. Se presentan a su dueño, este con ellos se dirige hacia su propiedad, entran todos en ella y después de examinar el entresuelo pasan al principal, después al cuarto segundo, y al dirigirse al tercero y último piso, dice el dueño con oculto fingimiento; señores, comprendo que ustedes estarán cansados y por lo mismo podemos omitir el que subamos al cuarto tercero, al fin es un piso *bueno* como los demás que han visto antes, de consiguiente... Pues bien, repusieron todos, tiene Ud. razón, no es necesario subir, estamos conformes: pero uno de ellos, el más sagaz, procuro subir al tercer piso, conociendo sin duda la dañada intención del dueño, y después de entrar en él, figúrense nuestros lectores cuál sería su sorpresa al ver que el tejado se había hundido a consecuencia de las lluvias y falta de cuidado, por lo cual la casa era inhabitable, al menos el cuarto que nos ocupa. Después de esto; el estudiante descubridor del engaño se bromeó largo rato de la candidez de sus compañeros, puesto que estos habían caído en el lazo que el propietario les tendió, mientras que él decía para sí ¿qué será? ¿qué no será? Así, pues,

---

[1] Lo que es eso, si tiene razón: si no hubiera sido por la Inquisición habría protestantes en España. La fortuna es que el Santo Oficio impidió su entrada, que si no…. Más vale callar.

nosotros como el estudiante podremos decir ¿por qué no habrá pasado al tercer piso? ¿por qué no ha explicado la calificación *Romana*? ¿Qué será? ¿qué no será? Nada diremos de la infalibilidad del Papa, pues por sí misma se combate. Suponer a un hombre con atributos de Dios, es cuanto se puede desear. Después dirán que los católicos son comedidos y prudentes en el pedir.

La calificación de *lobos sangrientos* y *viles ladrones* a los que han separado el poder temporal de Pió IX, no nos compete a nosotros atacarla, puesto que el Sr. Serra se salió de su terreno hasta pisar el vedado. La buena educación, la dignidad del hombre, el respeto a sí mismo, a la cátedra sagrada, al auditorio, a la sociedad en general han sido ofendidas por el orador católico que nos ocupa. De manera que si fuéramos a imitar a este nuevo ¡¡¡¡X!!!! del catolicismo, ya sabemos qué nombre le cabe al personaje que ha despojado al Papa de sus Estados, al padre de Amadeo I, al rey de Italia Víctor Manuel; pero callamos con prudencia y aconsejamos al señor Serra sea más sensato en el hablar, pues su ligereza de cascos y carácter algo *calaverilla*, ligan mal con el doctorado, cuya circunstancia le podría traer algún *disgustillo* de consideración. Mas calma, mas caridad y menos insultos, estimado Doctor.

Traperos llamó Ud. a los antiguos filósofos, y nosotros decimos ahora ¿si conocerá el paño el amigo Serra? ¿.Con qué traperos, eh?... bien... muy bien... Sabio Doctor, ¿ya quisiera ser Ud. el *gancho* de aquellos traperos, no es verdad? ¡Válgame Dios, qué Doctores estos tan *sabios* que no *saben* el respeto que se deben los hombres entre sí, y más aun el que se debe al recuerdo de los que han muerto! ¡No parece sino que al hacerse sabios han de olvidar por precisión la cortesía y el sentido común! Apropósito, simpático Serra, ¿se acuerda Ud. de estos señores cuando ocupa la tribuna?

Viva el papa, viva el papa, viva el papa. Esto repitió nuestro héroe en gritos desaforados unas cuarenta veces en menos de 15 minutos, siendo contestada otras tantas por la risa de sus oyentes.

Cualquiera al oír al Sr. Serra hubiera dicho que se había vuelto loco, pero afortunadamente no pasó así, pues solo fue una exaltación de ánimo en un momento de entusiasmo *infalible*, después se calmó diciendo en tono más templado, «que el papa debía ser querido porque era bueno, amable y hasta «*simpático*.» Esto ya es otra cosa, si es *simpático* y *amable* solo falta que sea joven para que con el tiempo pudiera adquirirse otro atributo divino. ¡¡Quién sabe si le proclamarías inmutable!!

Pues ¿y aquello de «los rayos de la cólera divina y horribles tormentos del cruel castigo del legítimo furor de Dios?» Esto por más que nos esforcemos sobre nosotros mismos no podemos pasarlo ¿cómo se

concibe, Sr. Serra, que un Dios todo bondad castigue, y no solo esto, sino que lo haga con rayos de su cólera? ¿Dónde está la cólera cuando hay mansedumbre? ¿Como un Dios que es la Misericordia sin límites, Padre de todas las criaturas, tenga para sus hijos terribles tormentos? ¿Cómo puede ser que la caridad ilimitada tenga *legítimo furor*?

Vamos, vamos, desdichado doctor de mi alma, no blasfeme Ud., no sea Ud. tan impío, no sea tan…. Católico, se lo pedimos por la *salvación de su alma*.

Con esto ya tenemos lo suficiente para poder con algún fundamento formar nuestro concepto respecto a tan grave y concienzudo doctor Serra.

En resumen, este señor manifiesta poseer alguna erudición que mostros a fuerza de imparciales no le negamos, como tampoco el que tiene un carácter muy impetuoso, impropio de la tribuna sagrada. Reúne en sí un atrevimiento, mejor dicho, una osadía, que raya en lo inconveniente, una perspicacia digna de mejor causa, poco profundo en conocimientos científicos, de malicia excesiva, apasionado al juzgar las cuestiones, intención dañada las mas de las veces, tirano con sus antagonistas, en una palabra, según expresión propia de él, se puede decir es un «*lobo con piel de oveja*,» pues posee la rara habilidad de captarse a primera vista las simpatías de cualquiera con sus cualidades engañadoras, pero con esto solo consigue al cabo de cierto tiempo atraerse las malas miras de los que en un momento de ligereza lo juzgaron equivocadamente. Nada más sino que entre otras cosas insignificantes posee una potente y tenebrosa voz, con fuerza considerable de pulmón, capaz de competir con el primero, cuyo don le hace brillar con toda su magnitud cuando le faltan argumentos para convencer a su auditorio.

Es cuanto por ahora podemos decir del Sr. Serra, por lo que nuestra misión ha terminado.

Un Espiritista.

LA FUSIÓN

Al realizar tan anhelado acto el 9 de abril, los espiritistas de Alicante, constituyendo el Centro que tan buenos resultados está dando, la Junta directiva dirigió la circular siguiente a los centros de Madrid, Barcelona y Sevilla, participándoles el hecho llevado a efecto, a la que han contestado los de Madrid y Barcelona con las cartas que copiamos:

Al Presidente de la Sociedad Barcelonesa de estudios psicológicos.

Hermano:

Después de un año de propaganda y febril curiosidad; tras un período de variedad infinita, de un tiempo de desgobierno; entra el Espiritismo en Alicante, por una senda rica en perfumadas flores, que conduce a la victoria, a la muerte de la hidra *indiferentismo*, cuyas tres cabezas son la ignorancia, la pereza y la maldad.

Hoy por fortuna han reconocido todos lo que importa y vale la unidad en la variedad, ley inmutable de la naturaleza; han conocido las pérdidas y disgustos que se sufren con la ausencia y dispersión de los elementos, que vegetaban en diferentes círculos sin entrar en el desarrollo de sus fuerzas, por la impulsión de otros afines, y han constituido la unidad, reuniendo todas las fuerzas vivas que nuestra doctrina cuenta en esta capital.

«La Reunión Alicantina.» «El Círculo Espiritista,» «La Sociedad de estudios espiritistas,» «La Caridad,» dos círculos privados y la reunión que llevaba el nombre que ha quedado por lema de todos, aceptan y llevan a cabo el pensamiento que germinaba en varios de sus socios y por fin realizan la tan anhelada fusión, constituyendo una Sociedad potente nominada

«*Sociedad Alicantina de estudios psicológicos;*»

donde en fraternal trato y buen deseo se instruya el obrero, se moralice el mesócrata y se humanice el rico; en donde se estudie afanosamente la filosofía espiritista, al mismo tiempo que se den instrucciones generales de todos aquellos conocimientos del saber humano que más se rocen con ella; y por fin resulten adeptos instruidos, probos y experimentados que puedan sin miedo ejercer sus facultades, sin estar sujetos a los mil escollos que presenta la práctica de la comunicación en los principiantes y curiosos.

Todos se encuentran animados del mejor deseo; si hoy dura su potente amistad, se recogerán abundantísimos frutos y contaremos días de gloria para el bien

LA REVELACIÓN será el órgano oficial de esta Sociedad y su redacción pasa al mismo local que esta ocupa, calle de Castaños, núm. 35, 2.º, estando también bajo la dirección de su Presidente.

Satisfechos del acto realizado, os lo participamos creyendo producirá en vosotros el mismo efecto.

Saludad, pues, en el nombre de todos los hermanos que componen esta nueva agrupación, a los que forman la distinguida que presidís.

Fe, Esperanza y Caridad.

El Secretario general. ANTONIO DEL ESPINO Y VERA.»

He aquí las contestaciones a que aludimos más arriba:

«Barcelona 26 Abril de 1872.

Al Sr. Presidente y demás hermanos Espiritistas de la Sociedad Alicantina de estudios psicológicos.

Nuestros y muy queridos hermanos:

Por vuestra misiva de 14 del actual, hemos visto con sumo placer la constitución de la sociedad Alicantina, que reúne todos los elementos dispersos que vegetaban sin desarrollo en los diferentes círculos de esa localidad. Este es un gran paso dado hacia el progreso del Espiritismo, no debiéndonos extrañar la rapidez con que éste se ha dado después de un cortísimo período de constante propaganda, si consideramos que la Providencia ha esparcido con mano pródiga, abundante germen entre los Espíritus encarnados en esos pueblos que hoy podríamos llamar espiritistas por excelencia. No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, por lo que debemos creer, que algo se encierra en los inescrutables designios del Omnipotente, que está aún velado para nosotros; pero que basta la sola idea de que sí debe ser, para que los principales campeones alicantinos iniciadores de la Nueva Era en esos pueblos, redoblen sus esfuerzos y crean en la realidad de su misión, para que puedan cumplirla a través de los obstáculos y contrariedades que se les presenten, preparados, como manifiestan estarlo, por la lógica de su fe razonada.

Es preciso que todos subamos con paso firme esa pendiente, que podríamos llamar el *calvario espiritista*, con la calma que engendra la convicción de la *Verdad revelada*, y si a nuestro paso recibimos el bofetón de la ignorancia o la hiel del fariseo, procuremos imitar a Jesús, que

perdonando en la cumbre a la faz del mundo, convirtió en alfombra de flores, lo que fue camino de abrojos; trocó en blancas y puras azucenas la corona de punzantes espinas que sus verdugos le tejieran, y disipó las tinieblas del oscurantismo con el fulgor de su radiante Espíritu.

Las agrupaciones íntimas reconocerán en su día la necesidad de establecer en cada localidad un centro directivo compuesto, si se quiere, de los presidentes y directores de los grupos particulares, para metodizar el estudio de las obras fundamentales del Espiritismo, que han sido universalmente admitidas, y en particular las que tienen relación con la parte práctica o desarrollo de los *Médiums*, muy interesante por cierto, para establecer y conservar la unidad de principios de tanta trascendencia. Este es el único medio de alcanzar en su día la paz de los pueblos alterada por el encono de los partidos y el falseamiento de las leyes divinas, borrando por egoísmo y con sacrílega mano el sacrosanto lema de Amor. Paz y Caridad.

De este modo podrán evitarse los inconvenientes que naturalmente surgen de la falta de estudio que se nota, admitiendo sin comprobación todo lo que se recibe de nuestros hermanos de ultratumba, fijándose más en los nombres con que algunas veces se engalan los Espíritus sofisticados que en el fondo de las comunicaciones; distrayendo por otra parte las sesiones con preguntas y cuestiones que están ya resueltas en las obras citadas.

Debemos creer, sin embargo, que los grupos dispersos, en su propio aislamiento, se ejercitan, y tropezando con los escollos de la práctica, se convencerán de la necesidad de la formación de ese centro directivo de que hemos hecho mención, conservando con todo su autonomía.

Estos son nuestros deseos que en parte vemos ya realizados en algunos puntos como Alicante, lo que nos ha causado viva satisfacción, felicitando por ello a los hermanos de la Junta y demás que han contribuido a tan recomendable obra. Reciban, pues, nuestro abrazo fraternal y cuenten con nuestra cooperación.

Sr. Presidente de la Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos

Madrid 26 de Abril de 1872.

Hermanos:

He sido favorecido por la estimable comunicación que ese Sr. Secretario se ha servido dirigirme con fecha 14 del corriente.

Inmenso ha sido nuestro placer al ver por fin coronados del mejor éxito los constantes deseos de Ud. reuniendo en una sola Sociedad las

diversas que en esa existían. ¡Ojalá que su ejemplo dé el mismo resultado en otras localidades!

Grandes beneficios para nuestra doctrina preveo en breve plazo de esa unión, animados como todos se hallan del mejor deseo y llenos de una abnegación que me complazco en reconocer. El propósito que intentan llevar a cabo no puede ser ni más loable ni más santo; instrúyase el obrero, humanícese el rico y moralícese a las clases todas y habrán hecho la gran obra en pro de la humanidad. No decaigan en su intento, soporten con resignación lo escabroso del camino y Dios y los espiritistas todos, bendecirán a nuestros hermanos de Alicante.

Reciban, pues, el más fraternal y entusiasta saludo de esta Sociedad, cuyo intérprete soy, y cuenten siempre con la cooperación de nuestras débiles fuerzas.

Con toda consideración me repito de Ud. muy afectísimos. S. S. y hermano Q. S. M. B., *El Presidente*. VIZCONDE DE TORRES SOLANOT.

PENA TEMPORAL

Hay culpas perdonables en la otra vida.
Semanario Católico, n.º 75, pág. 303.

Bellísimo texto sirve de base para el artículo que el ilustrado *Semanario Católico*, o mi hermano J. B. escribe con el mismo epígrafe que éste, y al solo impulso de una lógica natural, deduce de aquel texto, que si hay culpas perdonables en la otra vida, es preciso suponer un lugar de expiación temporal.

Innumerables e inmensas son las culpas humanas; infinita es la clemencia y bondad divina, y que esta perdonará donde quiera que medie un sincero arrepentimiento y un propósito de verdadera reparación, nadie puede negarlo; pero deducir que para el perdón es necesario un lugar circunscrito, un terreno limitado con llamas y fuego, es además de discurrir poco lógicamente, querer horrorizar a la humanidad reproduciendo el Dios de la venganza, el Dios del tormento; es además de no deducir las consecuencias precisas de la misericordia divina, según la tesis que sienta el *Semanario*, hacer de un Dios de amor, un Dios de ensañamiento en el mal, y cuya conclusión alienta una calamidad de venenosas ideas

pecuniarias, que oscurecen y confunden la celestial del altísimo, negando lo que tan clara y repetidamente dijo el Mesías: Es la voluntad de mi padre que no perezcan ninguno de los pequeñitos.

¡Oh fatalidad sin ejemplo! ¿Y si estos terrenos acotados y limitados por el resplandor de las llamas, no existen? ¿Y si el purgatorio no fue creado, pero si imaginado por los que humanizaron a Dios, ya no es posible que la misericordia divina perdone en esta o en la otra vida?

¡Oh orgullo humano que quieres manejar al infinito poder como mejor plazca a tu loca y desmedida ambición!

Si el purgatorio sostenéis: si tan explícito y claro está en el Evangelio, ¿por qué no se estableció como dogma hasta el año 593? ¿Por qué hasta el año 1414 en el Concilio de Florencia no se efectuó su apertura oficial? ¡Desgraciados hermanos nuestros los destinados al purgatorio, según Roma, y del que no pueden salir sino con sufragios, siendo así que aquella no estableció la oración a Dios en favor de los difuntos hasta, el año 400! Si del precitado texto, si tan lógica y naturalmente se deduce del Evangelio la existencia del purgatorio, y la liberación por medio de sufragios, ¿por qué el Papa, por qué los concilios, por qué Roma toda no se ocupó de lo que tan palpable y patente es? No se comprende como vuestro Espíritu Santo no iluminara, sobre este punto tan interesante a la cabeza de la iglesia, al ex rey coronado. ¿Es también un misterio? Peor para vosotros, que ni podéis enseñarlo ni explicarlo.

Pero no admitís la comunicación de los espíritus: y nadie sino Dios o estos pueden decirnos dónde están y qué necesitan. ¿Por qué recibís dinero para sacarlos del purgatorio sino sabéis que están allí? ¿Qué beneficio les producirán vuestras plegarias sino fueron destinados a ellos? ¡Ah escribas y fariseos modernos! ¿Sabéis esto qué significa? qué solo veis en el Evangelio vuestra conveniencia; que vuestro espíritu se ha hecho sordo a las voces del que clamaba en el desierto. No podéis servir a Dios y a las riquezas.(1) Y vosotros con fastuosos y bien pagados sufragios queréis que recaiga el perdón, para el espíritu a quien van dirigidos; y queréis con interesadas plegarias beneficiar a los que por fortuna o quizás por desgracia, dejaron cuantiosos bienes en este mundo; y vosotros con esto os ridiculizáis y escarnecéis la obra del Creador.

Vuestro sarcasmo os lo arroja al rostro la creación. Contempladla un poco, fijaos en ella detenidamente, estudiadla y veréis a Dios siempre grande, siempre infinito, siempre eterno: y le veréis siempre omnisciente, siempre bondadoso: y veréis el sublime amor y concebiréis la verdad pura, y se alejarán de vosotros las llamas y los tormentos que con una precisión

[1] S. Mateo. Cap. 10, v 9.

tan matemática queréis regalar a la humanidad en nombre de la clemencia sin límites. Y se alejarán de vosotros las ideas de especulación y de lucro en la práctica de la caridad. Y se alejarán de vosotros los pensamientos y doctrinas que difundís y propagáis, quemando a Juan de Hus y a Juana de Arco, tan contrarios a la máximas predicadas por el que perdonó a la Samaritana, y pedía perdón en la cruz para sus verdugos.

Decís, que porque la astronomía no ha descubierto el purgatorio compadecéis a los que tal alegan. ¿Pues qué, también queréis destrozar la eterna armonía que existe en el universo, tan inmutable como su autor? ¿No convenís en la oportunidad y suprema sabiduría? ¿No observáis que en las ciencias existe esa relación innegable, acuerdo perfecto, progresivo, paralelo, reconocido y confesado por todos? ¿No veis que a pesar de todos vuestros clamores, las conciencias se os escapan de las manos, porque la religión quiere marchar en progresiva consonancia con la ciencia? ¿Por qué os habéis de empeñar en el divorcio constante de la una con la otra?

La ciencia enseña que la materia tiene sus leyes propias, y muchas de estas conocidas, obedeciendo fijamente y de una manera regular las que le son prescritas. Pero hay dos fuerzas o elementos en la creación, que el uno al otro se atraen y se complementan. El espiritual y el material. La sensación, la inteligencia y la voluntad son propiedades del primero. El volumen, la inercia, la pesadez, etc. del segundo. Hoy se basan las leyes que rigen al espiritual, y en vuestra obcecación queréis que el sol no alumbre porque cerráis los ojos.

El sol, la luna, visibles son; sin embargo, ¿han podido describirse con precisión y exactitud, no sus elementos constitutivos, sino su esencia tal cual hoy existe? ¿Por qué os reís y os mofáis al sentar principios para llegar un día a poder estudiar las leyes del espíritu, cuando vosotros mismos decís que es invisible? Jamás diréis que es un accesorio de la materia; no le negareis por tanto su independencia, encarnado o desencarnado, o unido o separado de la materia, y su libertad, inteligencia y voluntad.

¿Podréis decir qué producirá el calor, la luz y la electricidad, en sus infinitas combinaciones? ¿Podréis analizar y describir matemáticamente el fluido universal? Pues entonces, ¿por qué os habéis de reír de todo lo que no sea dar limosna para misas, confesarse muchas veces y fanatizar al género humano, haciéndole ver a un Dios en cada una de vuestras esculturas? La ignorancia, repito, humanizó a Dios; la ciencia le diviniza; el Romanismo le limitó, y los raudales de luz que se esparcen por la creación le admiran, y por intuición solo alcanzan a comprender sus infinitos atributos y perfecciones. Habéis querido hacer de la religión una cámara oscura colocando figuras a vuestro antojo; habéis hecho una fantasmagoría, y en vuestra tenaz ilusión queréis hasta segregar el espíritu de la eterna

armonía: aniquiláis con vuestro hedor científico el alma, causa primordial, y abroqueláis la verdad del que la fundó tan ilimitado en los raquíticos confines del egoísmo.

Que sólo la vida presente, añadís, es el campo libre para el hombre en el que alcanza los lauros de la virtud o los baldones del vicio.

¡No podéis empequeñecer mas a la infinita omnipotencia! ¡Cuánto os ciega la conveniencia! Si sostenéis que este solo mundo es creado y habitado, rasgad vuestras vestiduras y proclamaos materialistas, ya que tan encubiertamente sois los doctores de este sistema. ¿Cómo resolveréis con vuestra teoría el origen de las disposiciones innatas, intelectuales y morales que hacen que los hombres nazcan buenos o malos, inteligentes o idiotas? ¿Cómo se explica la suerte de los cretinos y de los idiotas que no tienen conciencia de sus actos? ¿Cómo igualmente la suerte de los salvajes y de todos los que forzosamente mueren en el estado de inferioridad moral en que se hallan colocados por la misma naturaleza, sino les es dado progresar ulteriormente? ¿Cómo se justifican las miserias y enfermedades nativas no siendo resultado de la vida presente? ¿Por qué se crean almas más favorecidas que otras, y por qué se han creado ángeles llegados sin trabajo alguno a la perfección, mientras que otras criaturas están sometidas a las más duras pruebas, en las que hay más probabilidades de sucumbir que de salir victoriosas? ¿Dónde está la justicia? ¿Dónde está la igualdad, al admitir que la vida presente es el campo en el que se alcanzan los lauros de la virtud y los baldones del vicio? ¿Y es posible que seáis vosotros los que se opongan a aquellas sublimes palabras: sed perfectos como mi padre que está en los cielos? ¡Ah! doloroso es decirlo; pero Roma con sus deducciones y distingos ha hecho más materialistas y escépticos que la misma ignorancia. —F. C.

(CONTINUARÁ)

DISCURSO

Pronunciado en la sesión pública celebrada por la Sociedad Espiritista Española, la noche del 19 Abril de 1872. por José Navarrete.

Señores:

Concepto fundamental del alma es el tema puesto a discusión en esta Sociedad, y yo voy a comenzar afirmando su existencia, al deciros que una de las impresiones más gratas que ha sentido la mía, fue la del pensamiento de tomar parte en una discusión pública para defender el espiritismo, cuyo nombre quisiera yo trocar por el de CIENCIA DEL ESPÍRITU, a fin de que la ciencia de la inteligencias, o de las concepciones; la ciencia del espíritu, o de los sentimientos; y la ciencia de la materia, o de los hechos, formaran, enlazadas, la ciencia única, como forman el cuerpo uno, la inteligencia que concibe, el espíritu que siente y la materia que hace, que algo son la inteligencia y el espíritu, algo real, porque todo es algo.

Algo es la palabra que parte de ajenos labios y traspasa nuestros órganos auditivos y penetra en nuestro taller intelectual, y sin embargo, nosotros no vemos esa palabra; es algo el oxígeno que dentro de una probeta hace más viva la luz que se introduce en aquella atmósfera, y no lo vemos; es algo el ázoe que en la campana neumática asfixia el pájaro que allí se encierra, y el ázoe no se ve; algo es el perfume de la azucena; es algo la fuerza que sujeta a los cuerpos no enclavados en ella, sobre la superficie de la tierra; y gravedad y aroma son invisibles.

Creemos y no los vemos, en el aire, en el oxigeno, en el ázoe, en la electricidad, en el perfume, en la gravedad, en la voz; creemos que todos estos fluidos invisibles existen real y positivamente. Y bien, cuando cerramos los ojos, y sellamos los labios, y hablamos dentro de nosotros mismos, y formulamos palabras, y frases, y periodos, y discursos; ¿qué lengua es la que habla? ¿de qué sustancia es el pensamiento que allí se formula? porque ese discurso es algo como el que suena materialmente; ¿en qué sustancia se van encarnando los pensamientos que no es la sustancia aire en ondas sonoras que se llama voz? Esa sustancia es, señores, el espíritu, la fuerza espíritu, que yo no me asusto de la palabra fuerza, sin embargo de creer en la preexistencia del ser y en su desenvolvimiento progresivo en esferas superiores; la fuerza espíritu, que formula el pensamiento que recibe de la inteligencia y se le comunica a la boca, y

pone en juego los órganos materiales que producen las ondas sonoras que llamamos palabras y son ya materia (Bien).

Pero esto es divagar, señores, y es preciso empezar por el principio.

El Sr. Vidart ha dicho, según creo, que el espiritismo parte de la existencia de Dios. A mí me suena mal la palabra Dios; de la palabra Dios surge al punto la idea de religión positiva; yo quisiera borrar la palabra Dios, de las memorias de los hombres y del diccionario de la lengua; no he visto un señor, como dice la doctrina de los católicos, que no es la doctrina del apóstol de la verdad Cristo, que no es la doctrina del espíritu superior, que estuvo, encarnado en la materia terrestre y se llamó Jesús; no he visto nunca, repito, un señor más injusto, más cruel, más caprichoso, más vengativo, en una palabra, más detestable, que cualquiera de los señores dioses de las religiones positivas.

El espiritismo parte de un principio algo más elevado; el espiritismo afirma como axioma fundamental de toda su doctrina:

EXISTE EL INFINITO. Existiendo el infinito no puede existir más que uno, y todo lo que abarcan nuestras miradas está dentro de aquel infinito, porque si no, dejaría de serlo; luego ese infinito abraza toda la creación; de él ha salido y es consustancial con él, por más que es un centro que se aleja de ella infinitamente. Esa es la CAUSA PRIMERA que el espiritismo reconoce; bien infinito, amor infinito, justicia infinita, en una palabra: infinitos atributos, que pueden condensarse en uno solo: sabiduría infinita.

Pero aclaremos, aclaremos lo dicho; menos misticismo y más ciencia; que yo, señores, no hablo de memoria, ni quiero inferir a la causa que defiendo la profunda herida de que los señores que tienen la bondad de escuchar al último de los defensores de esta doctrina crean que se reduce a la fraseología revesada a insustancial de tantas filosofías.

Si nos fuese posible remontarnos hasta la estrella que divisen más lejos nuestras miradas, a través de los cristales del mejor de cuantos telescopios hay en el mundo ¿alcanzaríamos a ver desde allí el término del espacio? ¿es posible que tenga fin, que tenga limites el espacio? ¿nuestra razón puede concebir eso? No, el espacio no puede cesar nunca, detrás del muro, de la nube, del obstáculo que contuviera nuestras miradas, repitiendo la operación mil y mil veces, siempre habría algo: podemos, sin temor de equivocarnos, afirmar que el espacio es infinito.

Ahora bien; los mundos y los soles que pueblan esos espacios, ¿son en número infinito? En los infinitos espacios hay cabida para soles y mundos infinitos; pero se nos ocurre la siguiente pregunta: ¿esos espacios están ocupados sólo en una parte? o de otro modo: ¿es posible la armonía,

es posible el concierto universal, no siendo infinito el número de planetas y el número de mundos luminosos?

No, no es posible: y, para comprenderlo, no tenemos que hacer, otra cosa sino alzar los ojos al firmamento.

Entre todos los astros que recorren majestuosamente sus órbitas, existe un enlace tal de fuerzas de atracción y repulsión, que todo el concierto seria turbado si faltara uno solo de ellos. Y bien; si nos imaginamos que emprendemos una navegación aérea a través de los espacios infinitos, ¿en qué punto vamos a suponer cortada, terminada, limitada la población de los astros? En ninguno; es absurdo el suponerlo; y, por tanto, lógico, incontrovertible, que es infinito el número de mundos materiales o espirituales que despliegan sus actividades en los infinitos espacios.

Pero en los espacios infinitos, ¿puede haber muchas sustancias, o distintas densidades de una sola y distintas combinaciones de estas densidades?

El espacio es algo, algo real, algo sustancial; es el medio en que todas sus variedades consustanciales se mueven, porque la nada no existe; luego si el espacio, llamémosle FLUIDO UNIVERSAL; luego si el fluido universal es infinito, es claro que es uno y simple, porque la ecuación $\infty = h + \infty$ se concibe, puesto que el *h* ha de estar comprendido en el infinito o este deja de serlo.

Ahora bien; el espacio infinito, se agita, se mueve, tiene actividad, y esta actividad supone una fuerza interna motora, y ésta fuerza motora es algo; pero ha de ser necesariamente, por la razón anterior, otra manifestación del fluido universal, y dentro de esta fuerza motora hay una ley, un atributo, nueva manifestación del fluido universal, principio inteligente, que es el que sujeta a leyes inmutables todos los movimientos de dicha SUSTANCIA ÚNICA y sus diversas densidades y sus combinaciones, que constituyen todas las variedades del universo.

Y esa sustancia origen, simple, única, infinita, ha de partir de un solo principio infinito, una sola ley infinita; de un solo punto indivisible e infinito; del infinito en la unidad absoluta; esto es, del infinito dentro del infinitesimal, de donde nazcan infinitas leyes, infinitos principios, infinitos puntos inteligentes, que moverán infinitas fuerzas, que harán infinitas cosas.

Esto se concibe con claridad suma por los que hayan estudiado matemáticas y conozcan el infinito absoluto y los infinitos relativos, y que un punto infinitesimal, de densidad infinita, contiene, infinitos puntos infinitesimales de densidad infinitésima.

He ahí los fundamentos del espiritismo; he ahí su concepto de la causa primera; infinitesimal e infinita al mismo tiempo; principio y fin; *alfa y omega*: toda la creación, todo el universo, en un punto infinitesimal.

Esa causa primera infinita, era en el principio, la condensación de todas las creaciones del universo, y, como principio infinito, siempre creó y creará sin fin; es decir siempre produjo variedades de su principio único, y las producirá, sin concluir jamás; nosotros no podemos comprender cuándo empezó a crear, ni cuándo concluirá.

Esto no es decir que esa causa, que podemos llamar increada, no comenzara alguna vez a crear; empezó en un tiempo que no podemos concebir, porque, cuando fue, nosotros estábamos en la causa creadora.

El fluido inteligente, llamémosle así, está dividido en infinitas inteligencias infinitesimales e infinitamente perfectibles, que producen las infinitas variedades inteligentes de la creación y que, en el tiempo infinito, han llegado a ser, en este planeta, seres humanos en distintos grados inteligentes, o bien agrupadas, asimilándose espíritu y materia se han manifestado por la superficie de esta, en forma de perla, en forma de camelia, en forma de gota de rocío; o, sin conciencia todavía de sí mismas, constituyen, unidas, el océano fluídico, siempre constantemente infinito, por donde navegan las demás creaciones. (Muy bien, muy bien.)

Existen, pues, lazos que unen todas las inteligencias, y a estas con todos los espíritus y a espíritus e inteligencias con toda la materia: no hay nada solo, no hay nada aislado, no hay nada fuera de la gran asociación universal; y ¿qué extraño es que, cuando los espíritus abandona la materia más grosera de sustancia envolvente, puedan sentir los que aquí quedan las inspiraciones, más o menos acentuadas, de los espíritus de los que se fueron? ¿qué extraño es que haya *médiums* escribientes, y auditivos y videntes y que míster Daniel Dunglas Home, sea, con sus sesiones experimentales, el asombro de Francia, Inglaterra, Italia, Rusia y América?

El espiritismo parte de un origen infinito de todo lo creado, y puesto que el infinito no puede producir nada incompleto, nada limitado, claro es que las infinitas obras que ejecuta con su sustancia propia, han de partir de un grado infinitesimal de perfección y ser infinitamente perfectibles: si existe pues mi inteligencia, en un grado finito *h* en adelante, desplegando su actividad en un mundo material en un estado *n* de progreso, se deduce necesariamente:

(Concluirá).

Imprenta de Vicente Costa y compañía.—1872

Año I. Alicante 20 de Junio de 1872. Num.12.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

PENA TEMPORAL

(CONCLUSIÓN)

En una de las batallas continuas de Judas Macabeo, se rogó por los que en ella perecieron, y convenís que esperaban habían de resucitar aquellos que habían muerto. Y como vosotros admitís también la inmortalidad del espíritu, he aquí que confesáis las reencarnaciones. Si habían de resucitar aquéllos que habían muerto, es claro que resucitarían cuando volvieran a reencarnarse. Y si no, ¿cómo explicáis esta resurrección? Porque de ningún modo se puede admitir que resuciten con los mismos cuerpos, con la misma materia esparcida y diseminada, y que se trasforma indefinidamente.

Adelante, pues, querido hermano; pero que el evangelio lo interpretáis bajo el prisma de vuestra conveniencia, y de aquí que solo queráis dilucidar algunos versículos aislados sin trabazón ni enlace. ¿Negareis acaso que su bella doctrina y sublime enseñanza es resumida en estos dos mandamientos, amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de todo tu entendimiento; amarás a tu prójimo como a ti mismo? ¿Es esta toda la ley y los profetas? Pues oíd a S. Bernabé: «Entrará la iglesia en el mal camino, en la senda de la muerte y los suplicios; brotarán los males que son perdición de las almas; la idolatría, la audacia, el orgullo, la hipocresía, el adulterio, el incesto, el robo, la apostasía, la magia, la avaricia y el asesinato constituirán el patrimonio de sus

ministerios; serán los que corromperán la obra de Dios; los adoradores de los ricos y los opresores de los pobres.

Oíd, oíd a la historia, y veréis si S. Bernabé se equivocó. El papa Alejandro VI incestuoso e inteligente en venenos. Gregorio XIII, celebra con solemne Te-Deum la terrible matanza de la noche de San Bartolomé. Pío V papa santo, escribe a Felipe II de España que era necesario buscar un asesino para matar a Isabel de Inglaterra, con lo cual se prestaría un gran servicio a Dios. Benito IX, acusado por el Cardenal Benno de hechicero, de propinar a sus queridas filtros encantados para enamorarlas, y que sacrificaba en honor del diablo y que asistía de noche a la asamblea de los mágicos. Silvestre III vendió la Tiara en quince mil libras de oro al Arcipreste Juan Graciano y Juan XXII por no ser más extenso, estableció una sacrílega tarifa de absoluciones que horror causa solo leerla. ¡Diez y siete libras por matar un hijo a su padre, o por matar la madre a su hijo!

Por último; toda vuestra oposición se estrellará ante los luminosos rayos de verdad que el Consolador difunde.

Cristo dijo: «Yo os enviare el consolador o espíritu de verdad para restablecer todas las cosas; y primero pasará el mundo, que deje de cumplirse un tilde de la ley.» Y los espiritistas alentados por la fe en la palabra divina, postrados de rodillas ante el Soberano de los cielos, y cuando con esa fe sincera y con humildad le pidamos, cuando con amor le supliquemos, cuando con entusiasmo digamos a nuestro padre amoroso: Padre nuestro; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, el Altísimo nos hará entrever la verdad; y millones de mensajeros celestes vendrán en nuestro auxilio, nos guiarán y enseñarán la universal ley de amor. Pedid, y se os dará.

Concluís calificando al espiritismo de elucubración científica y queréis regalarnos el privilegio de invención. En hora buena.

Prestad atención; ¿Qué premio daremos a los inventores del uso de los altares y de los cirios en la iglesia en el año 270? ¿A los que en el año 370, inventaron el culto de los Santos; en el año 606, la primacía definitiva del Papa, el culto de la Virgen, e invocación de los Santos? ¿En el año 758 la confesión auricular, y en el 787 el culto de las imágenes, el de la cruz y la institución de las misas rezadas?

¡Nosotros inventores! Perfectamente. Continuemos: ¿Quién inventó en el siglo IX el incienso obligatorio, la fiesta de la Asunción, la de todos los santos, la canonización de estos, la transustanciación y el sacrificio de la misa? ¿Quién invento la cuaresma en el siglo X, el celibato del clero en el siglo XI, la infalibilidad de la iglesia en 1076, y las indulgencia plenarias en 1095? ¿Quién, inventó los siete sacramentos descubiertos en 1164, y la inquisición en 1184? ¿Y quién inventó; por fin el purgatorio; el limbo, el

infierno, los demonios, las dispensas, los rosarios, la adoración de la hostia, la autoridad del concilio general sobre la del Papa, quién colocó la tradición en la misma línea que la palabra de Dios, y como este hizo a un hombre infalible?

Sí; verdaderamente, somos inventores como nos llamáis impropiamente; pero de ideas lógicas, razonadas y en armonía con la sublimidad y grandeza del Creador: en consonancia con los infinitos atributos y perfecciones de Dios: consecuencias ineludibles de la palabra y enseñanza del sublime espíritu de nuestro querido hermano Cristo. Claras, precisas, lógicas, contundentes nuestras invenciones, y que sin necesidad de distingos, sofismas y Tárragos teólogos, explican hechos tan sencillos como naturales; tan claros como necesarios, sin que atenúen ni agraven los atributos del Omnipotente, mientras que vuestros argumentos son los anatemas: vuestra razón la hoguera: vuestra prueba la mordaza, y vuestro triunfo y renombrada victoria, la ignorancia y el fanatismo.

Las ciencias han analizado con su escalpelo hasta la más recóndita fibra de la secta romana, y ha proclamado que por encima del romanismo están el brahmanismo, el budismo, el mahometanismo; pero por encima de todas éstas, incluso la vuestra, resalta la religión de amor que tan lacónica como precisa esparcieron por todo el universo los purísimos labios del nacido en Belén, en pobre cuna, y que hoy el Consolador explica y comenta para que la fraternidad arraigue en nuestros corazones, preparando el cumplimiento de aquel «vénganos el tu reino.» ¡Ob! Sí, querido hermano: magnífico y sublime es el pensamiento de practicar la caridad, ya rogando por los difuntos, ya consolando al triste, va socorriendo al necesitado, ya enjugando las lágrimas del que llora, ya llevando el ósculo de paz allí donde reine la discordia, ya en fin amando al prójimo como a nosotros mismos; pero no es menos sublime y expresivo «no podéis servir a Dios y a las riquezas.»

F. C. R.

Del *Espiritismo de Lyon*, número 71, tomamos lo siguiente:

(Traducción de T.C.P.)

DIOS Y LAS RELIGIONES

¿Hay muchos dioses? Seguramente no, solo hay uno. Lo que si ha habido es mas de una definición, mas de una apreciación de Dios, por más que Dios sea indefinible e inapreciable. Los hombres han querido en todas las épocas definir a Dios y Dios era para ellos lo que les acomodaba, alternativamente caprichoso, déspota, bueno, malo, indulgente, soberbio: los hombres hacían su Dios. Obraban según su temperamento y su divinidad era un ser ideal que se acomodaba perfectamente a sus pasiones.

En ningún tiempo se han formado los hombres una idea exacta de que podía ser el Ser Supremo. Los salvajes creen que Dios no recompensa mas que el valor y solo castiga la cobardía. Las demás virtudes y los otros defectos son los accesorios de la vida, dependientes de las necesidades del cuerpo humano. Adoran al Sol que les da calor y ruegan al genio del rayo que les perdone. Para ellos la tiene esta bajo la protección de sus seres bienhechores y maléficos que presiden todo acontecimiento feliz o desgraciado.

El mahometano y el judío no adoran al mismo Dios. El primero cree en el Dios que da el placer con todos sus goces a los creyentes que han sabido combatir y morir por su fe: este es el oscuro fanatismo personificado con todo su poder. El segundo no admite más que el Dios de la tradición. La creencia de sus padres está arraigada en su corazón: esta es la credulidad natural y razonada con todas sus exageraciones.

Viene enseguida el cristianismo que ha tenido por patriarca al mayor de todos los Espíritus que han venido a ensalzar sobre la tierra, a Cristo. Su doctrina basada en los principios de moral, cuya sublimidad es incomparable, modifica sensiblemente y aun trastorna las leyes de una nación fanática y oprimida. Condena el código mosaico en cuanto tiene de bárbaro. Sin embargo, su palabra es tan persuasiva, sus máximas son tan justas que haya acceso en los ignorantes, y turban la tranquilidad de los orgullosos en su soberbia arrogancia. Fue víctima de su aberración y murió mártir de la verdad.

Comprendía al verdadero Dios, pero no podía explicarlo al pueblo por la extremada ignorancia de éste: le pintaba en parábolas simples y que llamasen su atención, y sus discursos solo respiran caridad y amor al

prójimo. Enseñaba a los hombres a amarse y ayudarse: las raíces de la solidaridad fueron por él echadas.

Sus adeptos fueron también numerosos y su doctrina hizo prosélitos. Después sus discípulos, animados del Espíritu divino, sembraron e hicieron fructificar su palabra.

Este partido de la moral y de la verdad se extendió y llegó a ser, con el tiempo, bastante fuerte para constituir una formidable potencia que contaba en sus filas, para defenderla y protegerla, poderosos monarcas, pueblos decididos y almas ardientes y fuertes, que no vacilaban en sacrificar las riquezas, la vida, todo en fin, a sus creencias.

Pero los hombres no son Dios, son imperfectos, son accesibles a las pasiones; el orgullo y el egoísmo encuentran en ellos mas acogida que la virtud.

Los jefes de este partido, de sencillos que eran, llegaron a ser grandes; de humildes propagadores de la verdad que se habían titulado, se erigieron en jueces y en maestros. Presidieron los destinos de los pueblos y nada se hacía sin recibir su sanción. En nombre de Dios gobernaban los pueblos: Dios entre sus manos era la terrible arma de la servidumbre.

Se hicieron un código cuyas leyes severas condenaban a penas eternas por la menor falta. Sucesores de los apóstoles de Cristo, creyeron poderse servir de su autoridad para dogmatizar sus decisiones y declararse los depositarios de la ciencia teológica.

No conocían a Dios más que por lo que el Cristo había dicho y el Cristo solo habló de él superficialmente y por comparaciones, porque los que le escuchaban no hubieran podido comprenderle. Fuese por ambición o por falsos cálculos, quisieron poseer solos la ciencia divina y humana, dominar las almas y los cuerpos. Esta pretensión no podía menos de conmover a ciertas almas inteligentes y valerosas que apasionadas a su vez, se declararon abiertamente contra ellos y les atacaron. La división fue la consecuencia natural de estas cuestiones. Se formaron campos que pretendieron poseer la verdad cada uno de por sí. De ahí los partidos, las luchas encarnizadas se subsiguieron, y se libraron combates sangrientos y terribles. El partido más fuerte quiso pisotear al contrario abatido, y como necesitaban una sanción para sus actos fratricidas, se inventa el Dios de las armadas que protege la verdad contra el error. Ayudados del fanatismo, fácilmente convencieron a las masas ciegas e ignorantes; pero como la victoria no sonreía siempre al mismo partido, con bastante frecuencia se hubiera podido preguntar y con razón, si el Dios de las armadas protegía caprichosamente a los partidarios de la verdad y del error.

Durante estos conflictos que han durado siglos, ¿qué hacia la ciencia?

La ciencia, hija del progreso y eterno como la verdad, estaba a la expectativa, acariciando el momento propicio para salir de ese calabozo de creencias, de ideas contradictorias y presentarse. Algunos hombres, alejados de las luchas intestinas, se entregaron a la observación de las ciencias positivas. Dotados de una inteligencia superior se aplicaron a buscar por la lógica y las matemáticas, la solución de las causas que impulsaban a los hombres, incapaces de resolverlas, a desgarrarse entre sí inhumanamente.

Estas soluciones no se han encontrado en un día; ha sido necesario trabajar incesantemente muchos siglos.

Los sabios frecuentemente estaban divididos en sus conclusiones, pero ayudados de la comparación, han dado al fin una solución concreta y lógica. Porque hay hombres sabios que se han dedicado a reasumir los trabajos de sus antecesores. La Geología, la Astronomía, la Física, la Química, en una palabra, el Génesis científico ha llegado por fin a dar a los hombres una creencia perfectamente en relación con las reglas de la razón y del buen sentido, y basada en la equidad y la justicia.

Esta es la creencia pura que el Cristo enseñaba y que tan bien practicaba.

Ella nos ha hecho conocer un Dios tan grande, tan poderoso, que nosotros, pequeñas criaturas, no nos atrevemos ya a elevar los ojos al cielo por miedo de ser confundidos por su majestad, y solo en nuestro corazón pronunciamos su nombre.

En efecto, el Dios de la ciencia es el creador de todo el universo, es el poderoso arquitecto que ha presidido la formación del incalculable número de mundos que se balancean en el espacio: Él es quien ha arreglado el movimiento uniforme y cadencioso: Él es quien no cesa de dirigir la armonía que reina entre ellos y los hace solidarios: Él es también quien ha presidido y coordinado los menores detalles y particularidades de la naturaleza de cada mundo, de esa naturaleza y que encanta al alma poética, que encamina la sagacidad de los sabios y que arregla la vida de los humanos.

En presencia de este Dios, pongamos el del catolicismo; el del protestantismo, el del judaísmo, del mahometanismo, del paganismo, todos los dioses de todas las sectas, de todos los cultos. El uno es cruel, el otro es déspota; aquel caprichoso, este orgulloso. El poder de aquel se limita a un solo mundo: tiene sus preferencias, sus predilecciones, ministros que suplen su insuficiencia. Aquel no pide más que sacrificios y es mal recibido

quien a él llega sin llevarle nada, y sin haber hecho nada personalmente por él. Por último, todos estos dioses reunidos no componen uno perfecto.

Nosotros rechazamos al Dios de la fábula y adoramos al Dios de la ciencia y del progreso, al verdadero Dios, a aquel que era adorado por el Cristo.

DISCURSO

Pronunciado en la sesión pública celebrada por la Sociedad Espiritista Española, la noche del 19 de Abril de 1872 por José Navarrete.

(CONCLUSIÓN)

1.º Que mi inteligencia parte de un grado infinitesimal de perfección y es infinitamente perfectible.

2.º Que existen infinitas inteligencias como la mía.

3.º Que existen mundos infinitos.

4.º Que la actividad de la inteligencia obrando en la materia, revestida de materia, ha de conducir a esta por el camino de la perfección, de la belleza infinita, perfeccionándose al propio tiempo ella en igual escala.

Por tanto no es como dice el Sr. Tubino, matemáticamente posible que yo deje de ser después de esta evolución terrena; no es posible—permítaseme la frase—que yo me disuelva y vayan, mi inteligencia y mi espíritu, al depósito general de fuerzas y mi carne al depósito general de materia, sino que he de caminar siempre, por el camino de la infinita perfección, sin alcanzar nunca la perfección infinita.

Mas no es, como el Sr. Vidart dice, que vayamos recorriendo la progresión un medio, más un cuarto, más un octavo, sin alcanzar nunca la unidad: no es que hayamos de pasarlo aquí mal, y en otra parte algo menos mal y luego un poco mejor.

¿Cree por ventura el Sr. Vidart que el mundo está en un estado normal de progreso?

No; bajo concepto ninguno. En la esfera inteligente, en la región espiritual y en el campo material, existe el mal, que no es otra cosa sino el desorden.

En la esfera inteligente, se llama empirismo, electicismo Doctrinarismo.

En la región espiritual, el alma y sus funciones son desconocidas para la generalidad de los hombres, y las confunden con las de la inteligencia.

En el terreno material se trabaja algo para poner en orden las creaciones, porque son conocidas las matemáticas y consiguientemente la mecánica, única ciencia de que hoy se dan cuenta los hombres.

Pero dice el Sr. Vidart: ¿qué Dios es ese que no ha podido prescindir del mal?

El problema del mal, señores, es complicado: he dicho mal, es sencillísimo, pero largo de explicar: yo he publicado sobre él algunos trabajos en la *Soberanía Nacional* de Cádiz, y voy a decirle al Sr. Vidart el resultado de un trabajo.

El orden se restablecerá en la tierra: el error inteligente, la repulsión espiritual y el dolor físico, concluirán en el mundo; se restablecerá la armonía y se restablecerá el progreso incesante. Desde ese momento, cada hombre tendrá, limitándonos a la parte material, la cantidad de luz; de armonías, de perfumes, de manjares, y de formas bellas, suficientes a satisfacer las dichas ordenadas, que conciba en cada grado de conocimiento su inteligencia: será cada vez más perfecto y más feliz; y en ningún instante deseará más de lo que tenga, porque tendrá todo aquello que conciba. (Aplausos).

Y nótese, señores, en todas las creaciones, ya sean; agrícolas, o industriales, cómo cuanto existe se halla sometido a la ley de esa admirable trilogía, síntesis de toda la creación, reproducción de la CAUSA PRIMERA, que se llama inteligencia, espíritu y materia.

En la rosa, que enclavada en la tierra es columpiada por el soplo de la brisa, hay una inteligencia que dirige el crecimiento del tallo y el desenvolvimiento de los pétalos, en la densidad suficiente para encantarnos con aquel matiz, aquella suavidad y aquel perfume; un espíritu que mueve la materia, y una materia que realiza la belleza en nosotros, en los seres humanos, hay también, cómo al principio dije, una inteligencia que concibe; un espíritu que siente y una materia que hace en la trasmisión de un telegrama, hay una inteligencia que lo envía, un espíritu que lo conduce y una materia que lo traza; en todas señores, en todas las creaciones, se ve la inteligencia directriz, el espíritu motor y la materia hacedora: en la

locomotora, que se desliza veloz por los carriles, la inteligencia es el maquinista; el espíritu, el vapor; el cuerpo la máquina de hierro.

He ahí el concepto del alma según él espiritismo: EL ALMA ES EL MOTOR DE QUE SE VALE LA INTÉLIGENCIA, PARA EJECUTAR SUS CONCEPCIONES CON LA MATERIA. (Aplausos).

Según ha dicho muy bien mi amigo el querido el Sr. Vidart, en los notables discursos que aquí ha pronunciado, y que conozco por las cuartillas de los taquígrafos, el tema puesto a discusión es *concepto del alma* y en realidad lo que aquí se está discutiendo es el espiritismo: entro, pues, como el señor Vidart de lleno, en el espiritismo; refutando de paso, con mis pobres y mal vestidas razones, su criterio pesimista, aunque bosquejando no más los cuadros de cada asunto, con muy pocas pinceladas, pues hay materia en cada uno de ellos, para escribir tomos en folios y hablar semanas enteras! Yo no dudo, es más, yo estoy seguro de que en las teorías espiritistas existen principios de todas las escuelas filosóficas: ¡medrados estábamos si no se conociese nada verdadero en el mundo! Pero el Sr. Vidart verá como ningún filósofo entraña una tan profunda revolución en el mundo como la doctrina espiritista. ¿Qué es el espiritismo?

Creo que el Sr. Gassó ha dicho que el espiritismo lo es todo y fácilmente se explica la verdad de esa definición, como vamos a ver muy brevemente, pues dado por resultado el conocimiento del origen y del porvenir de la criatura, claro es que ha de tener una influencia decisiva en todas sus obras, en todas las manifestaciones de su actividad.

Estas manifestaciones de la actividad humana se a cumplen en tres relaciones; a saber: del hombre con el mundo invisible, consigo mismo y con sus semejantes.

El desconocimiento de la verdad de nuestras relaciones, con el mundo invisible, ha producido todas las religiones positivas; por tanto, desde el momento en que los hombres conozcan que los mundos de luz y materiales están poblados de seres iguales a ellos en facultades y que constituyen una escala de distintos grados de luz inteligente, de progreso, estando en relación con nosotros aquellos que de nosotros pueden ser comprendidos; porque en balde seria por ejemplo, que nos hablaran de cálculo diferencial, cuando no supiéramos más que aritmética; desde el momento en que se conozcan que las vidas superiores no son más que distintas manifestaciones de un mismo *yo*, más o menos puro, desde ese momento están derribadas las catedrales, las sinagogas y las mezquitas y todos los ídolos, y quedan concluidos, todos los rezos y todos los ritos, todos los cultos, para sustituirlos con la comunicación, ora inteligente, ya material, con esos hermanos nuestros que tan grandes beneficios pueden

prestar a la causa de la redención humana, poniendo en juego, en favor de ella, por medio de la inspiración, las obras de los demás, toda vez que las obra, no son otra cosa si no la realización de los pensamientos. *He ahí la gran revolución religiosa que trae al mundo el espiritismo:* ACABAR CON LAS RELACIONES POSITIVAS.

Desde el momento que se conozca claramente que la encarnación de los espíritus en las máquinas materiales que llamamos cuerpos, tiene por objeto hacer que aguijoneados por las necesidades materiales, abandonen la inercia y sean cada vez más activos viendo con sus facultades inteligentes, el modo de obtener venturas y obteniéndolas con sus facultades corporales; puesta en acción por las facultades de sus espíritus, desde el instante en que se sepa esto y se calcule que la primer condición necesaria para realizarlo es la de que pueda el hombre hacer uso libremente de esas facultades, que no deben ser entorpecidas, que no debe violar nunca por la fuerza ninguno de sus semejantes, desde el momento en que se conozca que esas facultades, que esas palancas de que puede disponer el ser humano para lograr su dicha, son sus derechos, y como consecuencia tienen todos que asociarse para tratar del modo de conseguir que esa libertad no tenga excepción, es decir que cada uno despliegue libremente las facultades de su ser, sin entorpecer las de los demás a fin de que resulte entre todos la fraternidad, la armonía, el orden como consecuencia de la libertad de cada uno, desde entonces, la ciencia del derecho, tendrá un fundamento indestructible, del que surgirán naturalmente los tres poderes que lo garantizan, de los que el primero, el legislativo, es la inteligencia que estudia siguiendo al hombre en su evolución terrena entre los demás, los casos en que puede al realizarse, al desplegar alguna de sus facultades, al ejercer alguno de sus derechos, entorpecer el de uno o muchos de sus hermanos y escribe esos casos en que comienza el atentado al derecho ajeno, único abuso del derecho propio; el otro es el poder del espíritu, o poder motor de la máquina estado que detiene con más o menos fuerza, al atentado al derecho ajeno y se llama *poder ejecutivo*; y el tercero, el judicial, es la materia, es el brazo, que pone al perturbador del derecho ajeno en condiciones de no volver a hacerlo, poder que si molesta al delincuente no tiene el concepto de que la pena es castigo, sino corrección; que lastima como el bisturí del cirujano; pero que cura; y que por grande, por colosal que sea el crimen de un hombre, no encuentra razón para castigarlo, porque aquel hombre hace lo que sabe, sino solo para apartarlo de la sociedad, que tiene ese derecho de defensa y darle los elementos necesarios para que pueda tornar sano del alma al seno de ella en vez de ponerlo en contacto con otros hombres malos, sin medios de curación, con lo que le pasa a su enfermedad espiritual, junto a mayores vicios, lo que las bolas de nieve que sobre la nieve van rodando. *He ahí la gran revolución*

política que trae al mundo el espiritismo: TROCAR EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD, POR EL PRINCIPIO DE LIBERTAD. (Aplausos).

Cuando por último, se hagan los hombres cargo de que su misión en el planeta, es obtener del seno de este en virtud de trabajos inteligentes, industriales y agrícolas cada vez mejores frutos, que sirvan de vasos contenedores de las ideas de los amores, o de las sustancias que alimentan la inteligencia, el espíritu y el cuerpo humano y que obreros todos de esos trabajos debemos ocuparnos asociados de realizarlos, ordenada, sabia, armónicamente, poseyendo cada uno en cada instante, los frutos proporcionales a los esfuerzos de su inteligencia, su espíritu y su materia, sin que sea en cada momento, mas que lo preciso para disfrutar lo que en el mismo conciba, sin temor de la falta, ni cuidado por el exceso, y poseyendo mas, al par y en la proporción misma que se lo exijan las concepciones de su razón, obteniendo el resultado, criatura y planeta, de progresar incesantemente de obtener en cada instante más luz inteligente, mas actividad y mas belleza; cuando esa claridad sea bien proyectada en el mundo, se trocarán por completo por otras nuevas, todas las piedras de los antiguos cimientos sociales.

He ahí en esas brevísimas palabras condensada LA GRAN REVOLUCIÓN SOCIAL que trae al mundo el espiritismo: concluir con todas las injusticias en la vida humana; convertir al planeta en un gran taller y a todos los hombres en obreros, para obtener productos de felicidad, de progreso, de amor, de belleza. (Muestras de aprobación).

Ya ve mi amigo el Sr. Vidart, que negaba la importancia del espiritismo, que le consideraba solo como una urraca ladrona de principios esparcidos aquí y allá, y guardados en un verdadero cajón de sastre; que lo juzgaba un mosaico de máximas de distintos filósofos que ya fueron, compiladas por varios embaucadores, que se dicen inspirados por espíritus superiores, como trae un cuerpo de doctrina que parte de un solo principio axiomático y entraña la gran evolución redentora a que está abocada la humanidad: la revolución religiosa, política y social; el principio de otro momento histórico de la humanidad; la completa ruina del mundo viejo, con sus fanatismos religiosos, sus doctrinarismos políticos y sus explotaciones sociales.

El espiritismo penetrará por las puertas de la humanidad terrena, mejor dicho, penetrará en los hombres, de tres modos: por la inteligencia, por el sentimiento y por el hecho palpable.

Por la inteligencia penetrará, cuando mil y mil apóstoles de esta doctrina, que es tan clara como la geometría analítica, con más poderosa razón que la humilde mía: y con las joyas más ricas del lenguaje, comiencen a difundirla por la redondez de la tierra, no ya en sesiones

experimentales sino en la cátedra, en el ateneo, en el teatro, en la plaza pública: por las puertas del hecho tangible, cuando las facultades medianímicas que poseen todos los hombres, se vayan desenvolviendo enérgicamente en algunos que se lo propongan, después que su entendimiento haya dominado las teorías de la ciencia espiritual.

Por la región del sentimiento, penetrará en todos los corazones, envuelto en el suavísimo perfume de la esperanza; porque frente a las negruras del catolicismo, frente a esa religión que proclama la venganza como dogma frente a esa religión que tiene, como destino a las que llama imágenes de su Dios, un lugar titulado inferno sobre cuyas puertas se lee

per me si vá nell eterno dolore;

frente a esa religión, cuyo Ser Supremo es la individualización de la injusticia, que crea seres malos para castigarlos y seres buenos para colmarlos de alegría; frente a esa religión, cuyos sacerdotes han sido los grandes explotadores de la humanidad y han quemado cuerpos vivos de hombres, en nombre y ante una escultura del mártir del amor que murió crucificado; porque frente a la religión, cuyos fariseos, rojos, morados y negros, han comenzado a representar el año pasado su sainete último en Roma, echando el telón antes de concluirlo, en medio de la silba mas estrepitosa del mundo civilizado; (Risas) porque frente a la doctrina del juicio final, con el apedreo previo de la tierra, con el sol, la luna y los demás astros: porque frente a la religión del anticristo, y del ángel que tocará a los muertos llamada con una trompeta: porque frente a la religión que purifica las almas con obleas comidas en ayunas: (Risas) porque frente a esa sarta de disparates que yo no discuto ni discutiré en serio, porque no tiene más razones que las de autoridad, rebozadas de insultos personales, y porque yo consideraría que perdería lastimosamente el tiempo en una controversia encaminada a demostrarle que valía dos ángulos rectos la suma de los tres de un triángulo, al que afirmase que valía cinco; porque frente a esa religión, pone el bálsamo bendito que cura todas las heridas del alma, diciéndole al hombre, después de explicarle al problema del mal: tus obras según conoces y del mal que haces no eres responsable; tienes que purificarte esto es, tienes que conocer la ciencia, para ajustar a ella tus obras, en el crisol del trabajo; pero no como castigo, sino como necesidad: tus sufrimientos son transitorios y llegarás a un período de armonía, en el que gozando todo lo que tu inteligencia alcance y alcanzando y gozando mas cada vez recorrerás, sin alcanzarla nunca, el camino que conduce a la infinita felicidad.

Porque frente a esa religión, pone la doctrina consoladora que le dice a la madre que riega de lágrimas la cuna donde yace inerte la envoltura carnal del tesoro de sus mayores delicias, que aquel hijo adorado, cuyas

mejillas eran para ella los claveles de más puro aroma y cuya boca, siempre sonriente, era el nido de sus más tiernos besos, no ha dejado de ser, sino que vive, y está a su lado y la oye, y es uno de sus ángles buenos y es posible que lo vea en esta vida, con los ojos materiales, en igual forma que lo perdió y de seguro tornará a prodigarle sus caricias en otra existencia. (Aplausos).

Porque le dice al amante, cuyos ojos no cesan nunca de llorar la perdida de la mujer hechicera que constituía la mitad de su existencia, que cuando la ve, más hermosa que nunca y escucha las armonías de su voz y siente la arrobadera presión de sus labios durante el sueño, mira, escucha y toca a la misma mujer que adoraba, que piensa, siente y quiere entonces, como lo hacía cuando ese pensamiento, ese sentimiento y esa voluntad, en vez de habitar en una sustancia fluídica que puede adoptar formas humanas de extraordinaria claridad y belleza, estaban dentro de una figura carnal de ojos grandes, negros, de los que el amor entorna: de labios a los que Tirso de Molina hubiera llamado de seguro *corales.*

que de perlas orientales
guarda-joyas ricos son.

de manos de jazmín y de formas embriagadoras. (Aplausos).

Porque le dice al amigo que el compañero que endulzaba sus dolores con su discreto consejo, puede seguir dándoselo por intuición, por inspiración, por los hilos invisibles del alma.

Y a la madre y al amante y al amigo, que entre ellos y las dulces prendas de sus corazones que han dejado de ser en la materia, puede haber comunicación mutua de pensamientos trazándolos en letras, más fácilmente aun que si los separara solo la distancia material de algunos kilómetros de estación a estación telegráfica.

Esta esperanza, señores, tiene todo el atractivo del amor y pronto las madres, pronto las vírgenes prometidas, pronto las hijas que lloren las ausencias que causa la destrucción de la carne, acudirán en demanda de consuelo a los lápices de los *médiums*, abandonando las rejillas de los confesonarios. (Risas).

Esta, señores, será la creencia del siglo XX, está es, señores, la doctrina que levantará la moral en el mundo, ésta es, señores, la teoría que hará que los hombres y las mujeres busquen la verdad en la ciencia de la creación: esta es, señores, la filosofía que trucando los odios en amores, hará una sola familia de todas las criaturas que hoy pueblan el mundo.

Dos palabras y concluyo: voy a hacer, señores, una declaración trascendentalísima, que me atrevo a asegurar que han de aceptarla y

agradecerla, así la *Sociedad Espiritista Española*, como todos los espiritistas del mundo.

Algunos dicen ahora porque conocen mal el espiritismo; o porque quieren calumniarlo, sin intentar conocerlo, que es la resurrección del Dios colérico que tronaba en el Sinaí, o de las antiguas pitonisas, o el establecimiento de una nueva infalibilidad: la infalibilidad de los *médiums*.

Esto es falso: para el espiritismo no hay mas autoridad que la de la razón; el espiritismo no reconoce autoridad en ningún ser terrestre, ni fluídico, cualquiera que su altura sea, el que posee la altura infinita inclusive, para imponer a ninguna otra criatura, como hecho, una idea que ésta no tenga voluntad de ejecutar, después de concebirla con la claridad que se entiende que al lado del hexágono inscrito en la circunferencia, es igual al radio: el espiritismo, señores, antes lo he dicho, viene a matar el principio de la actividad personal, que es el reinado de la tiranía, y a establecer la autoridad del derecho inviolable que es la consagración a la libertad. (Aplausos).

He concluido.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

LA RAZÓN HUMANA

(Barcelona 1871)

(Conclusión)

III

Tras un siglo, otro seguía,
Y Adán no se reencarnaba;
Mas por ello no dejaba
De estudiar, y proseguía,

Con idéntica atención.
Sus esfuerzos sobrehumanos,
Por decir a sus hermanos.
Los hombres, qué es la razón.

Mas noto, lector amigo,
Que el lenguaje te sorprende,
Y que afanosa, la emprende
Tu curiosidad conmigo.

Si Adán, o Jerjes, ya había
Muerto—me estás preguntando
¿Cómo explicas que estudiando
Lo presentes todavía?

Escucha, ¡oh! lector querido,
Escucha un breve momento,
Y el misterioso portento
Tendrás muy pronto entendido.

Sabrás, Fabio—por un nombre
Me es preciso conocerte—
Sabrás Fabio, que la muerte
Es una ilusión del hombre.

Nada muere en la natura,
Todo vive y se transforma;
Morir, es cambiar de forma;
Mejor dicho, de envoltura.

Muerto el cuerpo, la sustancia
A que el alma daba vida,
En átomos convertida,
Por nadie vista, se escancia.

En el vasto recipiente
Del espacio indefinido,
Donde antes había vivido
Vida invisible y latente.

Y de allí, como arrastrada
Por la fuerza misteriosa
De una mano poderosa
En dar formas empeñada,

Pasa en raudo movimiento
Al mineral insensible,
Y a la planta, que flexible
Se mece al amor del viento.

Mas allí no se estaciona.
Sino que ansiosa de lustre.
Siempre en pos de quien la ilustre,

Al vegetal abandona;

Y en perfume convertida,
O en sustancioso aumento,
Ofrece goce o sustento
Del animal a la vida;

Y concluye su odisea
Parte del hombre formando,
Y al Espíritu ayudando
A formar la humana idea.

¡El Espíritu!... Si vive
La materia eternamente,
También eterno la mente
Al Espíritu concibe.

Y no lo dudes, eterno
Es nuestro Espíritu, Fábio.
Aunque lo niegue algún sabio
Materialista moderno.

Y al rasgarse la envoltura,
Donde moraba cautivo,
Se lanza al espacio, vivo
En su etérea vestidura;

Y allí el castigo recibe
De su existencia malvada.
O de su existencia honrada
La recompensa percibe.

Mas, no pudiendo inactivo
El Espíritu estar nunca,
En el espacio no trunca
Sus trabajos, y con vivo

Anhelo los continúa
En la incorpórea existencia,
Y así crece en experiencia
Y su progreso efectúa.

Mira, pues, si no mentía
Cuando, a poco, aseguraba,
Que, aunque Adán no se encarnaba,
Sus estudios proseguía.

¡Mas ay! le llegó el instante
De practicar encarnado

El saber, que acumulado
Había en la existencia errante;

Y con un nombre que aprecia
La humana filosofía,
Reencarnándose Adán un día
En la culta y sabia Grecia.

¡Sócrates!... sublime hombre,
Introducción portentosa
A la epopeya grandiosa
Que representó el Dios-hombre.

¡Sócrates!... del paganismo.
Pálido fulgor postrero;
¡Sócrates!...albor primero
De la luz del cristianismo.

También, quizá recordando
Sus pasadas existencias,
Y con anhelo a las ciencias
Humanas interrogando.

Como Jerjes, inquiría
Qué es la razón y gozoso
Al público numeroso
Que le escuchaba, decía:

La razón es un portento
De la inteligencia humana,
Que directamente emana
Del Dios único...—Un violento

Murmullo de los oyentes
Le dio a comprender al punto
Que a la altura de su asunto
No estaban aquellas gentes:

Y esperando que las voces
Concluyeran, se decía:
No es época todavía
De destronar a *los dioses*

La razón—Prosiguió luego
Que volvió a imperar, la calma:—
Es imagen, en nuestra alma,
Del sacro olímpico fuego.

Si ante un cristal salpicado
De lodo inmundo, asqueroso,
Colocáis el más hermoso
Mármol por Fídias tallado,

No esperéis que hermosa sea
La imagen que en él se ostente
Aunque el mármol represente
A la misma Citerea.

Así el alma; si manchada
Está por el vicio inmundo,
Jamás ofrece en el mundo
Aquella imagen preciada.

Del sacro fuego divino,
Que desde la empírea altura
Refleja en la criatura
Su luz, de verdad camino.

La razón crece a medida
Que el bien en el alma crece;
La razón se empequeñece
En el alma corrompida.

Este—afirma la conciencia—
Es el sintético axioma,
En el cual certeza toma
Del hombre toda la ciencia.

Sed, pues, buenos; y constantes
Practicad la virtud pura,
Y veréis cómo fulgura
En vuestras fuentes radiantes

La razón, suprema guía
De los hombres en la tierra.
La razón de Dios, que en cierra
Toda la sabiduría.

A esta parte en su discurso
El filósofo llegaba,
Cuando Anito, que se hallaba
De oyentes en el concurso,

Comenzó a decir a voces:
Ese corrompe a la Grecia,
Pues por otro Dios desprecia

De nuestro Olimpo los dioses.

Yo lo acuso, y solicito
De tu justicia, ¡Oh! Atenas.
Que con rigorosas penas
Refrenes sin gran delito.

El Orador no se inmuta:
mas proseguir quiere en vano,
pues el pueblo soberano
Grita feroz: ¡La cicuta!...

Y aunque Sócrates decía
Una verdad respetable,
Su acusador, despreciable,
Consiguió lo que quería.

Pues al tribunal llevado:
Por las intrigas de Anito.
De Licon y de Melito,
A muerte fue condenado.

Mas diz que, con absoluta
Fuerza de Espíritu y calma;
Viendo que del cuerpo, al alma
Libertaba la cicuta,

Sócrates con voz entera
A sus amigos decía:
Yo muero; mi teoría
No morirá, es verdadera.

La razón que al hombre asiste
Es, del alma en el espejo.
Pálido o vivo reflejo
Del único Dios que existe.

«La razón crece a medida
Que el bien en el alma crece,
La razón se empequeñece
En el alma corrompida.

Sed, pues, buenos; y constantes
Practican la virtud pura,
Y veréis cómo fulgura
En vuestras frentes radiantes

La razón, suprema guía,
De los hombres en la tierra,

La razón de Dios que encierra
Toda la sabiduría.»

¡Adiós, Platón!... Esta calma
Por sí sola.... es un capítulo
De un libro.... Ponle por título...
LA INMORTALIDAD.... DEL ALMA.

UN ESPÍRITU.

MISCELÁNEA

Con asombrosa rapidez, y creciendo como bola de nieve, se extiende y propaga el espiritismo por todas partes, iluminando las conciencias y derramando torrentes de consuelo en el corazón de la humanidad.

Pocos son ya los pueblos de nuestra provincia, donde la nueva idea no cuente con numerosos prosélitos, que llenos de entusiasmo, de esperanza y de fe, acuden a nuestro centro provincial pidiendo instrucciones para organizarse debidamente.

No os canséis, sectarios del oscurantismo: la luz disipará las tinieblas; el error no prevalecerá sobre la verdad, y ni los obstáculos que incesantemente oponéis a la marcha del espiritismo, ni vuestras constantes predicaciones en el pulpito, ni la guerra que, incansables, le hacéis en todas partes, serán bastante a detenerla en su triunfal carrera, porque el espiritismo es la luz, es la verdad.

Imprenta de Vicente Costa, y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Julio de 1872. Num.13.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL ESPIRITISMO Y SU HISTORIA

El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza y manifestaciones de los espíritus.

Las leyes que rigen los fenómenos espiritistas, me han sido conocidas hasta que la experiencia las ha extraído, por decirlo así, de las múltiples manifestaciones que se están sucediendo desde 1848 a la fecha, y que hombres estudiosos han conocido y recopilado.

Pero, las comunicaciones y manifestaciones espiritistas, existen desde que hay *espíritu*, y con relación al mundo Tierra, desde que fue habitado. En la noche del tiempo y en el albor de la historia, es Caín maldito por una atronadora voz que le dice: «¿Caín, Caín, que has hecho de tu hermano?»

A Moisés, se le aparee el ángel de Jehová (el Eterno) en una Rama de fuego, en medio de una zarza. Y le encarga luego suba al monte, para darle unas tablas de piedra, la ley y mandamientos que en *ella había escrito*. También guiaba a los hebreos en figura de columna de nube y en la de ángel de Dios.

Aparición tangente fue la del ángel que desvió el brazo de Abraham en el sacrificio de Isaac.

¿Y la escala espiritista vista por Jacob? ¿No es un acto vidente?

Mas tarde, Josué vio a Elías subir al cielo en un torbellino. Ezequiel y los demás *profetas* vieron los espíritus y por ellos profetizaron.

No era obsesión lo que padecía Saúl, «que le atormentaba un mal espíritu» cuando David tocando el harpa le aliviaba o desobcesaba?

¿Que fue, sino un hecho espiritista y de escritura directa o física, el MENE, TEKEL, PHARES del festín de Baltasar, cuya visión descifró Daniel? ¿Y la explicación dada por éste al sueño de Nabucodonosor, no fue adquirida videntemente?

¿No fue un *agénere* el ángel que acompañó a Tobías?

La estrella que guió a los reyes magos; el ángel que inspira a estos, a María y a José; la paloma en el bautizo; la trasformación en el monte Tabor; las curaciones y desobsesiones que hizo Jesús; la suspensión en el agua yendo a buscar la barquilla; las predicaciones y las cualidades de los apóstoles; la oración en el huerto; el ángel en el sepulcro; el aporte del cuerpo de Jesucristo, la aparición de éste a Magdalena y a los apóstoles; la aparición tangente a sus discípulos, para que Tomás pusiera el dedo en el costado; el don de curar, el de interpretar las escrituras, el de lenguas, el de inspiración, que recibieron sus queridos discípulos, qué son, sino manifestaciones de todo género de la nueva ciencia, del Espiritismo.

¿Por qué en el sínodo de Nicea, se guardó la decisión en la tumba de dos respetables padres de la iglesia, que a la sazón habían fallecido, para que firmaran aquel documento si lo aceptaban? Porque los primeros padres, los primeros cristianos, creían en la comunicación, obteniendo las dos firmas, que hoy denominamos de escritura directa.

La aparición de San Pedro y San Pablo al terrible Atila, realizada a petición de León I, y la carta de éste a San Flabiano, puesta en la tumba de San Pedro, para que aquel Apóstol la aceptase y corrigiese, ¿no significa que los nazarenos, aceptaban, el trato con los muertos?

Todos los pueblos paganos han tenido público comercio con los espíritus, de aquí las sibilas, pitonisas, etc., que eran excelentes médiums; y Sócrates debe sus teorías, a las inspiraciones y consejos de un genio.

El martirologio romano está lleno de manifestaciones reales, aunque haya exageración y abuso en muchos de sus hechos. Popular es, en España, la manifestación del Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo.

Los hombres eminentes en letras y virtud, han sido propensos a esta *debilidad*, a juicio de sus conciudadanos, por lo que pocos lo han hecho público cómo el astrónomo Swedenborg.

Las manifestaciones caseras han sido a miles, pero exageradas por la ignorancia y el miedo, no han dado campo, mas que al trato con los espíritus inferiores que han gozado de los efectos; que producían. De aquí los duendes, trasgos, brujas, demonios, cadenas, encantamientos y lugares, malditos.

El clero solo ha aceptado las presentaciones, que diremos santas, y la aparición familiar, las cuales le dieron un filón que explotó a su gusto; tal fue las misas y exvotos.

Llegada la humanidad a poseer un caudal de conocimientos regulares en ciencias exactas y materiales, ha podido deshacer rancias preocupaciones, aspirar a la libertad de pensar y de ahí, que naciera el racionalismo, que es el carácter especial de nuestra época. Basadas todas las ciencias en el experimento, desechado el empirismo, las ideas caducas, inservibles, de la religión católica, se iban a paso de carga; la duda, el escepticismo, el materialismo, en fin, tomaba cartas de naturaleza, por no llenar las aspiraciones del hombre ninguna de las escuelas espiritualistas.

Ante este marasmo, ante tal peligro, aparece un pequeño fenómeno, un entretenimiento risible para los hombres graves; *la danza de las mesas*. El año 1848 se distingue por la corriente danzante que se estableció en todo el globo, propagándose este entretenimiento de las reuniones donde, en confianza, se trataba de explicar este juego, por la influencia de la corriente magnética que producían todos los cuerpos de los asistentes puestos en relación por sus dedos; circunstancia sine qua non, podía llevarse a Cabo.

Los ligeros, triviales y poco pensadores; se hastiaron de este juego y le arrojaron o abandonaron como arrojan y desprecian al poco tiempo caballos, velocípedos y favoritos manjares. Pero hombres más discretos y pensadores, contemplaron el fenómeno desde mayor altura, y trabajando por robar a la naturaleza uno de sus secretos, la razón de aquel hecho, efecto de aquella causa, vieron con asombro que les entendía, que les hablaba, que tenia voluntad, puesto que ante sus dudas y tanto amor al estudio, bailaba acompasado primero, luego tatareaba algún aire nacional o ejecutaba trozos musicales.

¡Qué alegría, qué placer para estos hombres destinados a realizar tan grande obra; qué dicha, repito, ver que aquella mesa, aquel trípode obedecía a una inteligencia y que contestaba a la insinuación benévola que se le hacía por estos!

Comenzó desde día tan inolvidable una comunicación de monosílabos por medio de los golpes, que se fue propagando como el efecto anterior con una rapidez pasmosa. *Las mesas parlantes* fue el nombre de guerra y también por desgracia para la humanidad, corrió el mismo camino y con las mismas ventajas para la mayoría de los hombres ignorantes y perezosos. Esta segunda prueba se perdió para los más, pero hubo quien con una constancia sin límites, siguió paso a paso el progreso de esta comunicación rudimentaria.

El alfabeto repartido en nueve letras por cada pié del trípode, la cestita y tablita con el lápiz después, y por último, la mano del hombre, han

sido los tres tramos de la escalera, por la que la experiencia ha tenido que subir peldaño por peldaño, todos llenos de escollos y dificultades.

En el año 1853 se publicó en Cádiz la primera obra de espiritismo, que por hoy conocemos, exposición sencilla del medio tiptológico, con el extracto de varias comunicaciones así obtenidas; y luego en el 1857, apareció *El libro de los Espíritus*, recopilado por el patriarca de nuestra escuela, por el inolvidable Allan Kardec.

Hemos llegado a la relación del trabajo del hombre por excelencia, del trabajador incansable a quien la doctrina espiritista debe la unidad y la vida que tiene.

Le rendimos desde aquí un tributo de admiración y esperamos vuelva entre nosotros a proseguir su obra, con aquel espíritu sintético y elevado que, con claridad suma, dio a sus escritos.

Mas he aquí, que venimos a dar con la cuestión de nombre. ¿Cómo es pues que se llama espiritismo la ciencia de la que, con trabajo y fatiga extrema, arregló las bases y coordinó sus leyes el ilustre Allan Kardec? ¿Por qué no se titula Kardeismo? La época, sólo la época explica esta anomalía que se presenta a primera vista.

Moisés dio el nombre al mosaísmo; Buda al budismo; Brahama al brahmanismo; Cristo al cristianismo; Mahoma al mahometismo y los filósofos de la antigüedad, dieron nombre a sus respectivas escuelas Pitagórica, Pirrónica, etc., época completa, de la individualidad.

No hacemos un hurto del nombre, como a Colón, el no denominar Colombia a las Américas, siendo Améric Vespucio guiado por el célebre navegante, no; desde que el hombre conoce que las ideas, son de la humanidad; desde que se establece esa solidaridad entre todos los seres y se trata de romper las cadenas de la esclavitud y las barreras o fronteras; desde que se quiere que el verdugo no *ejerza*, desde entonces el racionalismo se apodera de las conciencias y no hay más que el *yo universal, la humanidad*.

Por esto, todas las nuevas ideas no toman el nombre del genio que las fue sirviendo como de madre, para darlas al público con mayor fuerza por la acción. La homeopatía, la democracia, el racionalismo, etcétera, etc. pertenecen a la humanidad y por esto no llevan el apellido de ningún nombre.

Y no tan solo por esto, deja de bautizarse con el nombre de Kardec, sino que como se observa, pertenece el espiritismo a las ciencias que explican fenómenos no inventados por los hombres, que vienen produciéndose desde que hay historia y que por lo tanto no les pertenece.

Y si esto decimos de los fenómenos, ¿qué decir de las bases filosóficas en el que estriba nuestra escuela? Recopiladas de miles de

comunicaciones, pertenecen a una humanidad de espíritus y estos son los que bautizan y sellan su obra, con el grandioso nombre de Espiritismo.

«El Mosaísmo fue, el reino de la materia.»

«El Cristianismo el reino del verbo.»

«El Espiritismo será, el reinado del espíritu.»

La ciencia, pues, que trata de las manifestaciones de los espíritus no pertenece a nadie, es de la humanidad y para su progreso se ha revelado.

La reunión primera que se conoció en Europa, fue la Sociedad parisiense de estudios espiritistas, fundada en 1858 y la Revista madre, también apareció en este año.

Desde entonces, se viene estudiando la revelación general, que no se hace a un hombre solo, sino a miles a la vez; que no se distingue una clase en obtenerla, sino que la tiene el pobre y el rico, el clérigo y el seglar.

La comunicación con los Espíritus, es un hecho real y positivo; la historia está cuajada de narraciones espiritistas y la revelación, en que se basan todas las religiones, es su mayor prueba.

Del comercio con ultratumba, ha nacido una robusta escuela basada en tres revoluciones, la científica, la moral y la filosófica, y que ha producido la regeneración de millones de adeptos, llevando escritos hasta el día, miles de volúmenes.

Las bellas cualidades del *espíritu* no se pierden jamás, y el que hoy habla, ¿por qué no hablará mañana?

ANTONIO DEL ESPINO.

LOS FARISEOS DE ANTAÑO

No nos extrañan las pobres razones que, con dañada intención, aducen nuestros más encarnizados adversarios, los falsos católicos, para demostrar que el Espiritismo es una farsa momentánea con miras ocultas, que solo nosotros conocemos, juzgándonos por sus propios defectos. ¡Siempre aparecen los mismos, iracundos, vengativos, ensoberbecidos en el ejercicio de su ministerio, teniendo la osadía de llamarse cristianos y ministros de Dios! Cuánta humildad, cuánta abnegación, que manera de

practicar la caridad y de ejercer el ministerio de la iglesia, echando en cara sus servicios religiosos a que deben su remunerada posición, para vivir holgadamente... ¡Ya se ve, en algo habían de distinguirse de los demás hombres, que laboriosos sostienen con el sudor de su frente las necesidades de sus familias y son útiles a la sociedad!

El Semanario Católico, núm. 81, pone en ridículo a los espiritistas, cuyas ideas se convierten en humo, porque cuando ven a los de sus familias en algún trance apurado de la vida, acuden presurosos a la Iglesia. Pues que, aun les pesa lo poco que hacen. ¿No les basta la rápida propagación de nuestra racional y fundada doctrina de progreso y salvación del alma; doctrina toda cristiana, caritativa, que se extiende por todo este planeta y que en breve será verdaderamente universal?

¡Así trabaja el clero para destruir él mismo por completo, las falsas creencias de los pocos fanáticos que neciamente permanecen en el oscurantismo en que les tiene sumidos!

¿No notáis ya las bajas en el confesonario, esa fiscalización de vidas y pensamientos, que os constituye en terrible y negra policía secreta? ¿No observáis que desvirtuado por vosotros mismos el mal interpretado dogma del pecado original, van disminuyendo los bautizos, por donde empieza vuestra opresión desde que nace la criatura? ¿No veis que se os escapan ya la mayor parte de los casamientos, que para los efectos legales han de hacerse civilmente, reconociéndose vuestra ceremonia religiosa inútil y costosa? ¿No contempláis la creciente escasez de concurrencia en vuestras funciones de iglesia, que solo atrae a la ancianidad y a algunas jóvenes mas celosas de lucir sus galas y de descuidar los quehaceres de sus casas, que del objeto que os proponéis al hacerlas más atractivas, aumentando impropiamente su boato? Y por último, ¿no contempláis que solo os llaman para las exequias funerales las familias llenas de vanidad mundana, que aun quieren hacer ostentación de su orgullo después de la muerte? ¿A quién se debe la falta de fe religiosa sino a vosotros mismos, que, apoderados en tantos siglos del individuo, desde su nacimiento hasta dejarle en la sepultura, no habéis sabido inculcarle las verdades del Evangelio, dando el ejemplo de virtud y de caridad apostólica? ¿Y queréis aun que los espiritistas, que respetan las conciencias de sus allegados, os imiten contrariando añejas y arraigadas preocupaciones y violenten sus postrimeras voluntades, los que pudieran contrarrestarlas?

Así obráis, inconsecuentemente. Siempre provocadores, impulsáis los malos pensamientos, despertáis funestas pasiones, y cuando producen su efecto las malas semillas que sembráis, os deshacéis en fulminar excomuniones, amenazas y blasfemias contra los cautos que se emancipan, de vuestra opresión y perjudicial tutela.

Afortunadamente, trabajáis en beneficio del progreso espiritual de la humanidad con vuestros desaciertos, ayudándola a desprenderse de vuestras redes. Los espiritistas tienen que agradeceros vuestras conocidas mañas, y con vuestro afán y retroceso no hacéis más que trabajar en vuestra propia ruina.

Dejad pues, neo-católicos, correr los tiempos; seguid revoleándoos en el cieno y retorciéndoos en el estertor de la muerte y deshaceos en improperios, insultos y bufonadas, que solo sirven para acrecentar nuestra fe, alentar nuestra esperanza e inspirarnos más y más la caridad de compadeceros y orar por vosotros, ya que no queréis escuchar los saludables consejos del Espiritismo, regenerador de este mundo de expiación y prueba.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Médium J. Pérez

LA REVOLUCIÓN

Lo que la palabra no puede, la espada lo penetra, rasgad siempre las fibras que constituyen el organismo del siglo hasta encontrarle el corazón. Adelante y jugad con las viejas instituciones, como con cosa baladí; el progreso es uno indefinido, y si el cansancio, la vacilación y la duda, le estacionan en su majestuosa marcha, entonces puede como una caldera de vapor, a una presión terrible, estallar.

Ya sabéis que lo que no hace el hombre inteligente, lo dispone en su lugar la fuerza intuitiva de los pueblos.

Mucho influyeron en el ánimo de las revoluciones Guillermo Tell en Suiza. Robespierre. Marat y el desterrado de Santa Elena en Francia; pero más que éstos el espíritu de los siglos, que como los hombres, han de cumplir una misión: y la cumplen.

El espíritu del siglo, la vida de los tiempos con su exaltación, su sobreexcitación y su efervescencia, es el oxigeno de ese combustible hacinado por la inteligencia del hombre; de nada servirían los planes, la estrategia política de un genio en la conspiración, si no estuviera relacionada con ese oxígeno, si no se pusiese un íntimo contacto con esa gran pila eléctrica, llamada humanidad...!

¡Trabajad mucho para el progreso y no le abandonéis a sus propias fuerzas! ¡trabajad mucho! rasgad, romped. ¡pasad por encima de mil y mil estantiguas que os impiden el paso! ¡hacedlo así si deseáis llegar pronto! mirad que de otro modo tardareis demasiado.

Maquiavelo.

UN PROBLEMA

¡Cuán grande es Dios! ¡qué hermoso es el Universo! ¡Cuán bella la vida, y benigno el sol; y suave la flor que encanta la vista y nos embriaga con sus perfumes! ¡qué delicioso es todo, y cuan feliz el espíritu que todo lo contempla!

La creación con sus infinitos mandos que se columpian en vividos destellos; los soles centelleantes, inundando de luz tanta maravilla, son la divina epopeya de la magnificencia de Dios.

El sol, los astros, cada cual su luz, su naturaleza, su vida; cada ser sus sentimientos, por doquier la variedad, la variedad en todo; inmensidad en cada parte, una gradación que espanta; la luz más viva pasando por todas las fases hasta la sombra más profunda.

Esto se pierde en la imaginación; el pensamiento nos abandona cuando queremos pasar más allá de los valladares del infinito.

Sin ir mas lejos de lo que abarca nuestra mirada, ¿cuánto no hay por descubrir e investigar?

Comenzando en el hombre, el análisis de su organismo le detiene.

Descendiendo de él la estructura del insecto le para.

Bajando todavía más, la vida de la flor le sorprende y si la naturaleza en sus detalles es objeto de su admiración, ¿cómo no ha de postergarse ante su grande y majestuoso conjunto?

¡Oh! hombres; doblad vuestra cerviz ante la impotencia de vuestra facultad inteligente; sed ávidos por conocer, y en vuestra sabiduría prudentes, porque cada minuto tendréis que resolver un misterioso problema.

Los espíritus más perfectos, aun no han resuelto el de Dios.

Magdalena.

EL MAL NO ES ETERNO

¡Bueno va¡ la marcha no se interrumpe; ¡bueno va! Al espacio se lanza un mundo, terrible es su carrera, el caos le hace paso, ¿quien le empuja?

La ley le arrebata, esa fuerza es un misterio, ¿será Dios?

¡Cómo, pulula por entre cárdenas nubes el ser, que piensa; pegado al mundo, ni apenas sabe la distancia que recorre!

Se arrastra penosamente y cree que va, que gira, que se sostiene por si, y vive completamente olvidado de la ley que le sostiene.

Esta ley es un misterio, emanando de la primera causa de Dios, que se enlaza con su libre y espontánea voluntad.

¿Pero es cierta esa ley o será una horrible impostura? ¡Si la inteligencia no la concibe!

Esto dice el hombre lleno de omnisciencia y soberanía; vedle solo, aislado con su pensamiento, envuelto en su razón.

¡Mirad cómo piensa y raciocina, cómo levanta su frente lleno de soberbia y orgullo proclamándose poderoso; miradle fraguar planes sin conciencia, rasgar, romper, estrujar y reírse estrepitosamente cuanto cabe en el uso de su soberanía!

¡Cuánto ser pulula, se agita y se reanima en un pequeño grano perdido en la inmensidad!

Los unos se levantan agigantados, y los otros, pobres pigmeos, se pierdan en la bruma de una incesante ebullición.

Una gradación infinita, les divide, se miden unos a otros y se desprecian recíprocamente, y se miden cual insensatos.

Sus miradas llegan hasta la morada del éter, y si el éter fuese corruptible, el veneno impregnaría el universo.

Mas el veneno no pasa de la atmósfera que les circundé, y ese soplo letal les devora y les enerva la existencia.

¡Cuánto error camina suspendido, y qué estela más sombría es la que deja tras si la tierra en su terrible evolución!

Bueno va todo, no. Bueno irá, que todo será purificado, y la estela que hoy es de sombra, mañana será de luz.

M. Asousin.

LOS TIEMPOS SE APROXIMAN

¡La humanidad sabrá a qué atenerse, los tiempos de la buena nueva se aproximan, dichoso quien lea el porvenir!

¡Ya van disipándose las tinieblas, la luz asoma, bendita luz que ha de llenar ese mundo de alegría!

El día del hombre es corto, la eternidad está aquí; cada siglo del hombre es un minuto del espíritu errante.

Los siglos que lleva ese mundo trascurridos, apenas marca la edad de la adolescencia.

Y como el niño comienza a discernir con dificultad, así discierne esa colectividad inteligente, llena de embarazo.

Cada cataclismo, cada trastorno que ahí se verifica, representa la tensión del organismo.

El organismo de la tierra está en su crecimiento para llegar a la robustez, por eso se conmueve.

La inteligencia le sigue en su desarrollo; ya llegará y se realizará el ideal de la perfección.

Los genios se suceden; la palabra, el pensamiento, la luz de los primeros, apenas con monosílabos de la verdadera pronunciación, de la pronunciación divina.

Mucho queda, el infinito es el término; pero al infinito llegareis no para tocarle, sino para reconocerle.

El infinito es Dios, ese infinito estará en vuestra mente, mas nunca en vuestro espíritu porque es de naturaleza sublime.

El espíritu y Dios; siempre el primero admirado de si, admirándolo todo, el Universo, la Creación.

Siempre el segundo, llenándolo todo, causa de sí y para sí; porque existe tácitamente en el soplo de sus perfectos atributos.

El espíritu será perfecto, relativamente a Dios, guiándose por la luz de sus perfectos atributos.

Será sabio, guiado por la luz de su sabiduría.

Será virtuoso, guiado por el destello de su suprema virtud.

Pero, ¿cuándo comenzareis a guiaros llenos de fe y de esperanza, por estos magníficos y radiantes destellos?

Amad, estudiad, trabajad; el trabajo noble, elevará vuestra alma.

Llegada Dios, cansados y afanosos de comprenderle; orad por vuestra luz, ya llegareis.

R. A.

EL FLUIDO UNIVERSAL

¿Quieres que te esplique lo que es este fluido imponderable para vosotros y para nosotros sensible?

Lo llena todo y es el agente de la creación.

Todo se envuelve en él, las plantas, las flores, el hombre; y la naturaleza animal por la expresión purísima de ese ambiente.

Sin él, todo sería inerte, tendrías el vacío por morada y la anonadación de todo por vida.

Él ejerce la fuerza en los átomos, reside, inoculando coerción a las moléculas y da impulso al cuerpo; en el cuerpo yace cumpliendo como en todas partes y sirve en sus funciones, a la manifestación de la inteligencia.

El espíritu de él se sirve para ver, oír y sentir las afecciones del *ser* y en fin, en una palabra, el fluido universal es la expresión directa y manifiesta de Dios.

Ya preconcebiréis grandes ideas que serán el preludio de la CIENCIA FLUÍDICA, el secreto magno de la humanidad terrestre.

A. A. A.

UNA VÍCTIMA

¡Sufro por mis verdugos, por mis tiranos…. porque al fin ellos verán un día en mi desgracia, sus miras y su interés; sufrirán el castigo merecido; y como estos que fueron mis verdugos son seres a quienes el fondo de mi alma adora, sufro la suerte que les espera!

¡Fui una desgraciada..! Las madres, que no saben cumplir con el sagrado deber que la moral, la conciencia y el mundo les impone, comenzarán de nuevo la obra de la expiación, hasta perfeccionar el trabajo. ¡Cuán duro es esperar, por no haber acabado la obra bien!

El deber de la madre es sagrado, cómo la virtud, como el amor, como el sentimiento. El deber de las madres son estos tres dones reunidos y distribuidos con orden y armonía, con equidad y justicia. La madre siempre será desgraciada mientras no acierte a distribuir en sus hijos estos dones, estas purísimas virtudes.

¡Cuán pesada en la vida, si la torpeza, y la aberración no comprenden, que estriba en esta ineludible obligación el progreso, para, salir de la esfera del error y de los padecimientos!...

Mucho quisiera decir, mucho, mucho; pero no me atrevo, porque adoro aún a la que no comprendiendo la misión que trajo a ese mundo con sus hijos, les abandonó en brazos de la desesperación y de la deshonra!!!

M. G. E.

VARIEDADES

EL ÁNGEL BLANCO Y EL ÁNGEL NEGRO

Dedicado a mi querido amigo y hermano Vicente Lillo.

Era una noche serena;
una brisa perfumada;
una calma religiosa,
y un bello carro de nácar.
Dormían las azucenas,
los ruiseñores trinaban,
y las espumas bullían
a los pies de las estatuas.
Bandadas de serafines
como de palomas blancas,
en los espacios azules
serenos se columpiaban,
vertiendo luz de consuelo
y rocío de esperanza,
sobre la frente dormida
de la infeliz raza humana.

Un querube sonrosado
como las tintas del alba,
en lecho de suaves nubes
también el aire surcaba;
y al mirar desde el espacio
una deliciosa playa
cubierta de tiernas flores
y de purísimas palmas,
a cuya sombra dormía

un pueblo en plácida calma,
abandonando su lecho
de vaporosa sustancia,
sobre aquel pueblo dormida
dobló su frente gallarda,
inundándole en océanos
de fulgor y de fragancia,
mientras que en su corazón
como en copa de oro y plata
el dulce néctar vertía
de su armoniosa palabra.
—Yo soy la luz de las luces,
yo soy la fe y la esperanza,
la caridad es mi madre,
la felicidad mi hermana.
Yo he convertido a la muerte
y a Satanás en fantasmas,
que hasta los niños desprecian,
que hasta los viejos rechazan.
Yo soy la vida infinita
en mil vidas trasformada,
y a medida que se vive
se siente más dulce calma.
Yo soy el feliz hallazgo
de las personas amadas,
que en la tierra se perdieron
tras las urnas cinerarias.
Yo soy el ámbito inmenso
que en ámbitos se dilata,
hasta cansar a la vista
y al pensamiento en su marcha,
Yo soy los mil y mil coros
de esferas agigantadas,
que en el mar de los espacios
bogan cual naves de nácar,
tras sí desplegando estelas
de luz, en brazos del aura.
Yo soy la inmensa familia
de Dios dividida en almas,
que van subiendo a su imperio
sobre mundos de esmeralda.
La Divinidad que canto
al dulce compás del arpa,

no es la ruin Divinidad
de una religión menguada;
es la bondad infinita
que oye todas las plegarias,
ya se levanten de Europa,
ya de los bosques del África,
Es el Dios que el telescopio
de la ciencia columbrara,
proclamándole primera
e inconmensurable Causa.
Es el Dios del amor santo,
es el Dios de la esperanza,
es el Dios que solo dice
«perdón y amor» a las almas.

— Así decía el querube
de las matizadas alas,
y el pueblo se embebecía
y en santo amor se inundaba.
Ya el hijo hermoso del cielo
hacia su patria volaba,
cuando batiendo las brumas
de la noche sosegada,
apareció un ángel negro
como el dolor y la rabia.
—¿Qué pregona tu osadía,
qué publica tu ignorancia?
clamó lanzándole al otro
una terrible mirada.
—¿Cómo a propagar te atreves
después de mi propaganda,
si la *verdad absoluta*
solo en mí tiene morada?
Hipócrita mentiroso;
¿por qué de religión hablas
si con tus falsos halagos
pretendes envenenarla?
Mas serán vanas tus artes,
tus argucias serán vanas,
porque ante el pueblo sencillo
yo te arrancaré la máscara.
Húndete ya en el abismo
de tu miserable nada,
y deja en paz que yo siga

reinando en la raza humana.
¡Paso al cristianismo, paso
y paso a la verdad sagrada!—

Y frunciendo el entrecejo,
y dilatando sus alas,
a surcar se disponía
la atmósfera sosegada.
Mas el querub luminoso
que con desdén le escuchara
como escuchan las tormentas
las impasibles estatuas,
dirigiéndole sereno
la poderosa palabra,
le obligó a quedar inmóvil
esclavo de fuerza mágica.
—Ya te conozco ángel negro,
te conozco por desgracia;
tú te nombras cristianismo
y eres la secta romana;
de irreligioso me acusas
y la religión asaltas,
para dominar al mundo
sumiéndolo en la ignorancia;
¿qué entiendes por religión,
o de qué religión hablas?
¿Hablas de la ley antigua
de sacrificios y castas,
de diezmos y de primicias,
de crímenes y de farsas?
¿Hablas de la religión
que los judíos acatan?
¿Hablas de la religión
que los romanos proclaman
para explotar en su nombre
oro y pan y sangre y lágrimas?
¡Ah,....! pues entonces es cierto,
que vengo con furia santa
a inmolarla sin piedad
del bien común ante el ara.
Mas también vengo a ensalzar
la adorable fe cristiana,
cuyos sacerdotes son
todas las sensibles almas,

siendo el universo el templo
donde elevan sus plegarias.

Vengo a ensalzar esa dulce
verdad magnífica y santa,
que de la sangre del Gólgota
brotó potente y gallarda;
vengo a defenderla osado
de las opresoras garras
de los nuevos fariseos,
que sus ministros se llaman.

Vengo a defender al Cristo
y a combatir por su causa,
contra el que inmola su espíritu
como su cuerpo inmolara!—
—¡El Cristo!—repuso entonces
el ángel negro»—villana
mentira tu labio vierte;
si al Cristo adoras y amparas,
¿por qué su divinidad
cómo yo acato, no acatas?
¿No se ha llamado Jesús
mil veces Dios?
¿pues qué aguardas
para adorarle de hinojos
como le adoran mis ansias?—
Al llegar aquí, un preludio
se oyó en la célica estancia,
como el canto de las aves
al anunciar la mañana;
un suave fulgor de rosa
tiñó la noche azulada;
brillaron mas las estrellas;
se bañó el aire en fragancia,
y como hermoso rocío
llovió esta dulce palabra,
multiplicada por ecos
que por doquiera vagaban;
«¡Jesús! ¡Jesús!» y este nombre
fue a perderse en lontananza»
mientras la voz del Calvario,
así tronó soberana:
—¡Seres falaces y ciegos!

¿Cuándo pretendió mi audacia
destronar al Ser Supremo,
que en el universo manda?
¿Cuándo pudo el Dios inmenso
de esas gigantes miríadas
envolver en la materia
su esencia no limitada?
¡Qué yo soy Dios! y por esta
frase en mal hora inventada
pasasteis siglos y siglos
derramando sangre humana?
¿No fuera mejor arbitrio
de honrarme en vuestra ignorancia
practicar el Evangelio
aunque Dios no me llamarais?
Callad, perversos espíritus,
callad orgullosa raza,
silencio, negro querube
autor de tan gran desgracia.
No hay más que un Dios; el espacio
mora en él; todo lo abarca;
frunce las cejas, y hay sombras,
luz a inmensas oleadas;
mueve el carro, y salta el polvo,
pero ese polvo que salta,
se trueca en lluvia de soles
de topacio y de esmeralda;
despliega el labio divino,
cae una dulce palabra,
y en medio la inmensidad
en espíritus estalla.

Este es el Dios verdadero,
este es el Dios que me llama;
¡gloria al Señor de los soles,
gloria al Señor de las almas!—

Calla Jesús…. Un diluvio
de flores el cielo rasga;
cien mil liras de marfil
entre nubes de oro vagan;
cien mil ángeles agitan
las resplandecientes alas,
y el inmensurable coro

retumbando alegre baja,
y atruena el ámbito inmenso
y se pierde en lontananza,
repitiendo cadencioso;
«¡gloría al Señor de las almas!»

Dobla en tanto el ángel negro
1a altiva frente humillada,
lanza un profundo suspiro,
una vil blasfemia lanza,
duda..... vacila…. se envuelve
después en sus anchas alas,
y a los abismos sin límites
de las tinieblas batallan,
cual torbellino de fuego
bramando rápido baja!

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan, 28 de Junio de 1872.

ESPIRITISTA [1]

Si vieres un mentecato
Que te hiciere muy formal
Un minucioso relato
Del *mundo espiritual*,
Como experto idealista,
Al golpe di: Espiritista.

Si oyeres algún blasfemo
Que te hable de religión
Como si hablara del remo,
De la gavia o del timón,
Con ribetes de humanista,
Al punto di: Espiritista.

Si ves un extraviado
Que con estudiada calma
Te asegura entusiasmado
Que en el espacio está el alma,
No dudes di: Espiritista.

[1] *Semanario Católico* Nº. 82.

Si vieres que un artesano
Quiere juzgar a un abad,
Y con la Biblia en la mano
Suelta una barbaridad
De la escuela panteísta,
Déjalo: es Espiritista.

Cuando vieres un farsante
Que con un fin diabólico,
Te compare el protestante
Con nuestro culto católico,
No pierdas, lector, de vista
Que es un loco Espiritista.

NEO.

Si algún tuno *mentecato*
pretendiendo ser *formal*
En un difuso *relato*
Del mundo *espiritual*
Hace burla, si no es Neo,
De la secta es Corifeo.

Si oyeres torpe *blasfemo*
Que invoca la *Religión*,
Porque bogando va al *remo*
Y empuñar quiere el *timón*
para lograr su deseo,
Puedes decir, es un Neo.

Si ves que un *extraviado*
Disimula con fría *calma*
De placer *entusiasmado*
El paradero del *alma*,
Al punto dile: te veo....
El *Purgatorio* es muy Neo.

El que escupe a un *artesano*
Y diviniza a un *abad*,
Teniendo tan a la *mano*
Siempre la *barbaridad*,
Del vestir en el arreo
Traslúcese que es un Neo.

Y en fin, cuando algún *farsante*
De pensamiento *diabólico*
Le horripila un *protestante*
Y las echa de *católico,*
En formas nuevo Proteo,
Tan solo ser puede un Neo.

E.V.

MISCELÁNEA

Propaganda. —E1 espiritismo—«que pasó por este país como nube de verano,» gracias a las potentes plumas clericales,—ha sido acogido en la vecina ciudad de Alcoy, como la buena nueva, como doctrina regeneradora.

De día en día se desarrollan médiums y se catequizan esclavos de la duda y del fanatismo.

Los espiritistas han formado un centro de estudios, nombrando presidente a un ilustrado adepto de nuestra escuela, de quien esperamos de un gran impulso al proselitismo y una buena instrucción a los socios, gracias a sus relevantes dotes. Sanemos que adquieren ya muy regulares trabajos medianímicos.

Reciban nuestros hermanos un fraternal saludo, al mismo tiempo que nos permitimos hacerles un ruego: que no cedan ni ante el ridículo, ni ante la saña clerical.

A un papel.—Cierto periódico que ve la luz (a regañadientes) en la ciudad de Alcoy, trata de un modo poco digno ver a los espiritistas que en uso de un derecho indisputable, fueren a aquella población a llevar la parte de verdad que creen poseer.

Nuestro señor de bonete y sotana, tritura de lo lindo la honra de nuestros hermanos, rogando al Alcalde que inspeccione el *modus vivendi* de aquellos, que no deberá ser muy santo por supuesto.

La sociedad anónima titulada «*La Iglesia Romana*» que ha explotado hasta la deshonra, y que hoy vieja y caduca sin ningún arrepentimiento sigue por el ludibrio camino de perdición, regalando rosas de oro a.... se

subleva, se irrita, y loca de furor al ver que le hacen desaparecer el plato, insulta, abofetea y mata al desdichado mortal que a esto se atreva.

Tiene en comandita dos depósitos especiales para remitir agravios *El Semanario Católico* que se publica en esta capital y *El Parte Diario de Alcoy*. En uno y otro han aparecido cuentos, demasiado cruentos para la honra de los demás que no debieran tocar los que no la alcanzan.

Sigan estos periódicos reaccionarios por esa senda, que poco a poco les conocerá el público y podrá silbarles a su placer.

Paz.—Son dignas de elogio, por más de un concepto, las discusiones públicas que nuestros hermanos de Madrid y Sevilla sostienen con materialistas, ateos y espiritualistas; los cuales más sensatos y menos fanáticos que los católicos, acuden a los centros de dichas capitales para exponer sus razones en pro de sus creencias.

A su debido tiempo insertaremos los discursos de unos y otros, para cuyo objeto la Sociedad Espiritista Española piensa publicar un folleto con la recopilación de ambos.

¿Por qué el padre Sánchez no acude a la tribuna o a la prensa?

La evasiva, siempre la evasiva!!!

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 20 de Julio de 1872. Num.14.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL ESPIRITISMO Y SU HISTORIA

II

AMPLIACION Y RECTIFICACIONES

Al querer condensar en pocas líneas, una idea ligera y clara del camino seguido por una verdad tan grande como el Espiritismo, que nace con la creación, y con el fin de no hacer difuso nuestro pequeño ensayo, prescindimos extractar de todas las obras de la escuela, muchas noticias referentes a su historia. Pero al hacerlo así, hemos incurrido en varios errores que rectificamos con gusto, dando en cambio conocimiento a nuestros lectores de dos o tres hechos que nos agradecerán.

Dijimos en nuestro artículo anterior, que la sociedad parisién fue la primera; hoy sabemos por carta que nos ha dirigido su secretario, que *El Centro Gaditano* se estableció en 1855, llegando a contar al poco tiempo cien socios dispuestos, con una fe noble y santa, a ejercer el apostolado, llevando a la provincia el polen generador que germinó, y que contratiempos inmensos no pudieron arrancar la preciosa semilla, que para el bien había fructificado.

Muy lejos llevaron sus ideas, y Montevideo debe su sociedad Espiritista (que existe desde aquel año) a la buena nueva llevada allá por un marino socio de la de Cádiz.

Quisieron publicar una obra que explicara el fenómeno, sus causas y la misión de los espíritus, y después de recorrer todas las imprentas, en las que se negaron a imprimir aquel trabajo, encontraron una que lo hiciera siempre que la tirada ascendiese a mil ejemplares.

Para darlos a la publicidad, hubo que atenerse a la *censura*, y el gobernador primero y el fiscal después, estuvieron conformes en que podía circular, si bien éste último, dijo: que tratando algo religioso, le parecía conveniente sufriese antes la CENSURA ECLESIÁSTICA.

Ya conocieron nuestros hermanos del estrecho de Hércules lo que les había de suceder. El prelado, al inspeccionar el folleto y ver la tendencia y origen, montó en ira y dejándose llevar de su mala impresión, mandó un oficio al gobernador, con el santo objeto de que secuestrara en el acto todos los ejemplares, poniéndolos a su disposición. La autoridad, civil cumplió su cometido y la eclesiástica, consumó con aquellos un.... AUTO DE FE ante su *palacio*. Luego excomulgó a los autores, tratándoles de panteístas y ateos y prohibió a sus *ovejas* la evocación de los espíritus, bajo pena de excomunión.

Así como el ave fénix resucita de sus mismas cenizas, sucede con las ideas, que no mueren porque hombres fanáticos las combatan con el hacha del verdugo, sino que renacen con más vigor y muestran la inutilidad de la persecución, cada vez que se intenta ahogarlas con el suplicio.

Cádiz no podía, Gibraltar dio cuna al verbo espiritista en 1857, entrando en aquélla capital como género de ilícito comercio y con la exposición de caer en manos de los espías del obispo, que supo se había llevado a efecto la impresión del opúsculo.

«El verdugo mata al hombre
Mas no mata las ideas.»

Creyeron destruir la flor y ha llegado a ser robusto árbol. ¡Cuántas miserias cometen los hombres fanáticos!

No pudiendo el obispo impedir la lectura secreta del folleto, logró por fin—gracias a aquellos tiempos que tanto echan de menos sus cofrades—la orden para que se cerrara AQUEL CLUB REVOLUCIONARIO.

Lo consiguió, pero al poco tiempo apareció de nuevo.

Gracias a la galantería del secretario D. Francisco de Paula Colí, hemos recibido el opúsculo incombustible «LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO» del que hablaremos en otra ocasión cuando le tengamos estudiado.

Reciban nuestro parabién los hermanos de Cádiz, que tan pronto supieron aceptar la regeneradora idea que ha de llevar a la humanidad, por la senda de la virtud y del amor, al reinado de Dios sobre la tierra.

También dijimos que en París (1858) se publicó la primera revista espiritista, cuando en aquella época se publicaban ya en Génova, el *Journal de l'ame*, y en América y solo en los Estados Unidos, diez y siete periódicos, entre ellos uno francés, el *Spiritualiste de la Nouvelle-Qrleans*, publicado por Mr. Basthés.

Hoy, gracias a la persecución y a la controversia, y ayudados por esa ley inmutable, que tanto asusta a los reaccionarios, caminamos por la senda del bien, propagando nuestra doctrina en todas partes, ya bajo la tienda del árabe indómito, como del palacio de los reyes, y traduciendo las obras del Maestro Kardec a todos los idiomas.

Antonio del Espino.

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE [1]

Y EL JUICIO FINAL

Sumerjámonos en el mar de la ciencia y del trabajo y arranquemos de la roca el coral de la verdad, para enseñarla al mundo.

YO.

«Dios, el Dios bueno, el Dios sabio, caritativo y soberanamente justo, hizo al hombre; le condenó por su pecado a la muerte y a ser regido por sus inquebrantables leyes: el día que se trastornen aquellas que rigen al Universo, el día que el mundo llegue a su fin, los ángeles tocarán las trompetas, los sepulcros se abrirán, los muertos se levantarán de sus tumbas y unido el cuerpo y el alma de cada ser, comparecerán ante el Ser Supremo, ante Dios, ante el Padre,» esto dice el texto sagrado: «que nos reuniremos en el valle de Josafat, donde seremos juzgados el día del fatal juicio: allí dirá el juez a los buenos: *venid hijos míos a la derecha de vuestro Padre* y a los malos, *id malditos, al* FUEGO ETERNO:» allí estaremos en cuerpo y alma, en fin lo mismo que ahora somos y nos sentimos, si se *exceptúan nuestras prendas de vestir*.

[1] ¿Nos la dirán de Misa…..? ¡Oh, sí! esperemos.

Esto está en contradicción con la ciencia, y por lo tanto, nuestra razón nos dice y aquella lo prueba, que es imposible; veámoslo.

Al estar el mundo poblado por los descendientes del primer hombre y la primera mujer, muchísimo tiempo después que Dios descansó (según el Génesis), debía estar todo tal como hoy se encuentra; las mismas leyes que hoy rigen la materia existían entonces, porque la ley de Dios es inmutable. Si Dios, después de crear al mundo Tierra y a todo lo que con él se relaciona, descansó, es, según se desprende, porque ya estaba todo arreglado; cada cosa ocupaba su sitio y no era necesario que permaneciese obrando.

¿Dios creó todos los Espíritus a un mismo tiempo? Para nosotros es igual si los dejó de crear o no en un mismo momento, pues en esta cuestión las deducciones son idénticas en los dos casos; pero, puesto que hemos de aceptar una para poder seguir mejor el curso de nuestra obra, y porque así lo creemos necesario, aceptemos que los Espíritus o almas nacen con el hombre.

Sabemos, como todo el mundo sabe, que la materia existente en el universo es definida y que sus trasformaciones son indefinidas: la ciencia nos demuestra que la que hoy existe, existía hace miles de años; era el primer día que el planeta que habitamos, *fue*, y que *será* irremisiblemente hasta que por medio de un cataclismo deje de *ser*. Y que es cierto, que es palpable, que todo el mundo puede conocer la certeza de lo expuesto, no cabe duda, no tenemos más que mirar la materia en todas y en cada una de sus fases, en todos sus estados, y la razón juzgará.

Ya dicho que el alma nace con el hombre, vamos a ver cómo pueden presentarse el día del juicio con su cuerpo a ser juzgados, siendo así que no ha habido nunca más materia que la existente y que desde la época cuaternaria están naciendo seres humanos.

Comencemos por saber de que está compuesto el cuerpo humano después las trasformaciones sin fin que sufre la materia y estudiemos luego, la posibilidad o imposibilidad de la existencia del día del juicio con la resurrección de la carne, tal como la describan los nuevos apóstoles.

El *oxigeno*, el *hidrógeno*, el *carbono*, el *nitrógeno*, el *azufre*, el *fósforo*, el *cloro*, el *flúor*, el *silicio*, el *potasio*, el *sodio*, el *calcio*, el *hierro*, el *magnesio* etc. etc., son los elementos que entran en la composición del cuerpo del hombre; si ellos lo constituyen y son diseminados, por fuerza ha de dejar de *ser*.

Veamos ahora, qué es lo que pasa en él mientras vive, a su muerte, y después de esta.

La vida humana se divide ordinariamente en diferentes épocas o edades, a saber:

1.ª Época de la *lactancia*, que comprende desde el día que salió el ser del claustro materno, hasta la primera dentición o sea cuando cuenta siete o nueve meses. En esta época el crecimiento es mas considerable, según Hermann, pues tiene un aumento de veinte centímetros de longitud.

2.ª La edad de la *infancia* hasta la segunda dentición, o sea desde los nueve meses hasta los siete años. En esta edad, el crecimiento no es tan rápido, pues en el segundo año es de cerca de diez centímetros, en el tercero de siete, y después en cada uno de los otros cerca de cinco y medio.

3.ª La *adolescencia* hasta la *pubertad* o lo que es lo mismo, de siete a catorce años.

4.ª La *juventud* hasta el fin del crecimiento longitudinal, contándose de catorce a veintidós años.

5.ª La *edad madura* hasta la época de retroceso y de decrecimiento o sea de veintidós a cuarenta y cinco años y

6.ª La *vejez,* edad de decrecimiento lento o sea de cuarenta y cinco años al fin de la vida.

Hemos recorrido todos los diferentes estados o épocas de la vida del hombre; hemos visto que en un principio, cuando comienza a vivir, su crecimiento es más rápido que cuando llega a la época de la juventud; y, que después que llega a los cuarenta y cinco años, comienza la de decrecimiento y retroceso que no acaba hasta que la muerte corta el hilo de su vida.

La misma marcha, que lleva nuestro cuerpo, sigue todo lo existente; dirijamos nuestra vista hacia el reino vegetal y contemplemos su desarrollo; nace la planta, nace el árbol, y en los primeros días de su vida parece que le vemos crecer; desde que su *primera hoja se escapó de entre las del libro de la geología*, sigue un crecimiento veloz hasta que da sus primeros frutos: de su primera época hasta la segunda, tercera, cuarta etc., su desarrollo ya es más lento y aquel tronco que al verle crecer, creímos que llegaría a confundir sus verdes y frescas hojas con las flotantes y plateadas nubes, va poco a poco disminuyendo su potente brío hasta que llega a la decrepitud y se entrega en brazos de la muerte.

El hombre, al llegar al estado de vejez, comienza la vida de retroceso y de decrecimiento, le caen los órganos destinados a la masticación y antes o después viene su impotencia; lo mismo aquel árbol, hermoso gigante que con su copa intentó tocar al cielo, comienza por sentirse abandonado de su potencia; ya no sirve para su reproducción; las aterciopeladas hojas que le vestían, le dejan en completa desnudez, y maltratado con el tiempo,

repliega avergonzado sus secas y punzantes ramas; como el hombre, se inclina sumiso sobre sí mismo, y corren tanto uno como otro en brazos de la desesperación, hacia la negra boca del sepulcro.

Así como el árbol tiene sus épocas, en las cuales sus hojas le abandonan para ser reemplazadas por otras, así el hombre tiene la suya en las que sus primeros tejidos y humores no existen, porque no son apropósito para mantener su vida, desarrollo o decrecimiento.

Queda patente, que en el continuo cambio que ejecuta el organismo, llega a poseer el hombre un cuerpo completamente nuevo, diferente en todo del anterior, en cada una de sus edades. Pasemos a examinar al hombre en el momento de su muerte.

Figurémonos que se encuentra en la decrepitud: desde el momento que camina con la carga de los años, comienzan a disminuir sus fuerzas notablemente; el liquido a que llamamos sangre, pierde su vivacidad, porque, a consecuencia de no poder el estómago digerir buenos alimentos, *aquella* no recibe los *principios nutritivos* que *desea,* que le hacen suma *falta*, y de aquí, el que toda la economía sufra una completa alteración: vemos como huye, como se aparta el tejido celular de sus puntos destinados, y viene el cambio en la forma del cuerpo; que los huesos pierden la vida, que no la pueden recibir de quien no la tiene; y de esto, que el hombre a esta edad, se vea privado de poder respirar y ejercer las facultades que le da la libertad de acción.

Por fin, llegan a no poder funcionar los órganos debidamente, y el hombre muere; a su muerte el principio vital que en él había esparcido se repleta, y huye de aquella máquina deshecha. Lo mismo hace nuestro espíritu; cuando se entra en la vejez, comienza a no poder valerse de los aparatos destinados a manifestar sus ideas y sus sentimientos, llega por fin la última espiración y entonces, como el fluido vital, abandona el cuerpo que le ha servido de *vestidura* durante su encarnación; abandona la *cárcel* por medio de la cual tal vez haya ganado la gloria por el *Padre prometida*, y no podemos decir que, al elevarse y conocer las miserias humanas, no dirija una mirada de desprecio a su *vestido.*

Esto mismo sucede al árbol; llega el decrecimiento, y no da frutos; sus ramas se tronchan; sus hojas se secan y se caen; su tronco es carcomido, y viendo su sabia que no puede valerse de aquel arbusto para la vida, le abandona y va en busca de otro en embrión, a esperar su nacimiento.

Acabamos de examinar al hombre en los últimos momentos de su vida, en los fenómenos precursores y en la muerte. Ahora nos toca examinarle, o mejor dicho, estudiar su cuerpo, luego que la vida le ha abandonado.

Después de los honores (?) que se tributan a un cadáver, es conducido al Campo—Santo donde tiene preparado su último lecho; allí se le cubre con una capa más o menos espesa de tierra, y a los pocos días comienza a tener lugar la descomposición de su organismo; empiezan por escaparse todos los humores, las partes blandas se deshacen; y cuando el viento de la casualidad nos arrastra y hace que pasemos por el lugar donde le enterraron, decimos: «*aquí está mi padre o aquí está mi hijo*;» pero nos equivocamos: allí no está; allí no estuvo nunca; allí no hay más que su *sombra*, su *armazón*, su *esqueleto*; pero pasan unos cuantos meses, o años, y entonces, lo que quedaba, sufre la misma transformación que lo demás que componía su vestidura y desaparece por completo. ¿Qué se hace de esta materia? ¿Dónde va? ¿Para qué sirve?... He aquí la cuestión. Si ahora recordamos que en la composición del cuerpo humano entran el oxígeno, el hidrógeno, el carbono, el azoe, etc., la mayor parte, elementos que se volatilizan; y otros que al descomponerse forman otros cuerpos, y su combinación con otros, forman otros también, de diferente naturaleza, por fuerza hemos de admitir, lo que la ciencia nos enseña; es decir, que descompuesto el cuerpo, desorganizados sus tejidos y en completo estado de putrefacción y descomposición, los elementos que son susceptibles de volatizarse, se volatizan, y los que no, sufren diferentes mutaciones, y van a formar parte de la tierra, lo mismo que los primeros la forman de la atmósfera: ya en el *aire*, los elementos volátiles son irremisiblemente respirados por nosotros, puesto que respiramos *aquel*, y siendo el aire un cuerpo tan necesario a nuestra sangre y a nuestra vida, vienen aquellos restos a formar parte de nuestra economía.

Los cuerpos no volátiles, esparramados por la tierra, son arrastrados por las aguas que en ella se filtran a grandes, a inconmensurables distancias: pasan en su viaje por un terreno que el reino vegetal habita, y las raíces de las plantas, como las de los árboles, chupan aquellas sustancias, las absorben, y les sirve para la reanimación de su existencia: aquellas plantas o árboles dan frutos, los que se presentan al hombre como exquisitos manjares y le sirven para su crecimiento y manutención.

¿Y qué sucede con el reino vegetal? Cuando el árbol empieza a decaer cuando entra en la época de decrecimiento, comienza a perder sus fuerzas y llega la muerte: después de ésta, su madera sufre, como sabemos, mil mutaciones, como las sufre el cuerpo del hombre; la vemos convertirse por el calor muy elevado, por el fuego, de una sustancia clara, en otra negra; transformarse la madera en carbón, a este último en ceniza, y a esta de alimento para otros vegetales; y al carbón, madera y ceniza y cuanto del árbol nace, en recursos que cuenta la ciencia médica para curar o paliar nuestras enfermedades. Pues lo mismo que los elementos que constituyen al hombre sirven en resumen para su manutención, y el carbón, la ceniza,

etc. restos del árbol, también para su desarrollo, podemos ver que los elementos del primero, son los que después de diseminados, vuelven a unirse para formar cuerpo: la cosa es clara y sencilla, se le presenta al hombre el manjar,—fruto de aquel árbol que recibió vida absorbiendo por medio de sus raíces las sustancias que mezcladas en las aguas permanecían entre la tierra, después de la completa descomposición del cadáver.—y *él* come; aquel manjar le sirve de alimento y nutre todos sus órganos; viene después la época en que ha de tener lugar el gran acto de la *reproducción* y el hombre desempaña su papel lo mismo que la mujer y con muchas mejores condiciones cuando estos se encuentren en estado de completo desarrollo: sucede la época del *embarazo*, y sirviéndole a la madre de exquisitos alimentos las sustancias vegetales y animales, se nutre, nutriendo a su vez, al feto que habita en sus entrañas; llega la época del *parto* y sale el hombre formado a expensas de los vegetales y animales que absorbieron y se nutrieron de los elementos que componen sus mismos órganos.

Vamos a los resultados: dijimos que admitíamos, que el alma naciera con el cuerpo; hemos probado apoyándonos en la ciencia que la materia circula en el mundo como la sangre en nuestro cuerpo: y de aquí resulta que la cantidad de materia que hoy existe, existía en un principio, y entonces ¿cómo siendo creada el alma en el momento de nacer el cuerpo, pueden los espíritus el día del juicio final unirse al suyo, si cada cuerpo tendrá un sin número de dueños y un dueño de diferentes cuerpos? ¿con qué cuerpo habrán de presentarse, con el que tuvieron en la Jactancia, con el de la juventud o con el de la edad madura? Y siendo este de miles de seres, ¿qué miembro es el privilegiado para la presentación? he aquí el absurdo.

Supongamos ahora que el espíritu no nace con el cuerpo, sino que está desde un principio formado; cosa que está en contradicción con los textos sagrados, pero admitámoslo por un *momento.*

Establecida esa circulación material, y siendo definida la materia, debía ser definido el número de espíritus que lo habían de ocupar, pues si cada uno había de recoger su cuerpo, no podrían haber más almas que las que cubriesen el número de aquellos; pero este no podría ser, ni puede de ninguna manera, porque de todos modos vemos las sustancias que componen al hombre confundirse y fomentar el desarrollo de otro a sus expensas; y si aquello fuera, el día de la resurrección, seria ,el de los *pleitos*, cada alma reclamaría lo que fue suyo, y se encontrarían con que unas de ellas, se servían de cuerpos que estaban compuestos de millares de partículas de otros. ¿Puede haber cosa más ridícula? ¿cabe mayor aberración? imposible.

Ya probado de una manera clara, palpable, hasta la evidencia, que no puede existir la resurrección de la carne como la describe la iglesia y sus secuaces, vamos a ver si el día del juicio final puede existir.

No pudiendo dudar que la resurrección de la carne no *existirá*, basta con esto para que el juicio final no exista, puesto que según los nueves apóstoles, está ligado con *aquella*.

Se presentarán en cuerpo y alma a ser juzgados el día del fin del mundo, es decir que cada uno recogerá el cuerpo en que se encarnó, y con él se le juzgará: *dirá a los buenos, venid benditos al reino de mi Padre, y a los malos, id, malditos al fuego eterno*; aquí no cabe término medio; o cada uno puede el último día volverse a encarnar en el mismo cuerpo que se encarnó, cuando vivió en la tierra, o no, por ser imposible? Que lo *es*, lo hemos probado, luego ya el día del juicio no puede existir, asistiendo a él el *ser* en cuerpo y alma. Pero he aquí que ellos (los nuevos fariseos) dirán: *si no existe en cuerpo y alma, existirá con solo la última*; mas esto tampoco puede ser, y si la ciencia no lo enseña, lo dice la razón. Sientan, que existe el purgatorio, (cosa que no admitimos) y no se acuerdan de él cuando hablan del juicio final; que este día se presentarán todos los seres a ser juzgados y no recuerdan que muchos de ellos han estado ya purgando entre llamas sus culpas y otros habrán salido ya de él y estarán gozando en el cielo.

Se hacen sordos a aquella voz cadenciosa que saca al hombre del sueño reflexivo en que se encuentra, cuando está orando en la que *debía ser* casa del Señor; no escuchan la frase de «*ánimas del purgatorio* y el armonioso «*tras... tras*» que repite el monaguillo dando, sobre el *indispensable* cepillo, el candado que le cierra; no hacen caso de que unos cuantos días al año «*se sacan ánimas*» como dicen los carteles que lo anuncian al público: en una palabra, hasta cierran los ojos y no leen el célebre periódico titulado «*El amigo de las almas del purgatorio*.» ¡Ingratos!.... es cuanto se puede hacer.

Y si esto es cierto, si piden al pobre y al rico dinero para sacar almas del purgatorio, ¿por qué vienen luego diciéndonos que nos han de juzgar, el último día, pues aquel que ya ha estado en el purgatorio, y ha salido de él, debe haber cumplido la condena que le impusieron? y ¿qué es imponer un castigo? ¿no se juzga al castigado? ¡ah! no nos extraña tan gran contradicción como absurdo. Para que un espíritu sea condenado, para que un alma vaya a purgar sus culpas al purgatorio romano o al infierno católico apostólico, irremisiblemente ha de ser juzgado anteriormente.

Luego vemos; que como todos los días tiene lugar la *resurrección de la carne*, tiene lugar el juicio, no final como dicen los romanos, sino que un tribunal que está formado desde un principio, del cual es el juez Dios, juzga

todos los días, a todas horas y en todos los momentos a cada espíritu que se presente.

Sí; no esperamos la resurrección romana, no esperamos el juicio católico, porque estamos seguros de que son dos fantasmas ridículas en grado superlativo; que empuñen sus plumas y rebatan nuestras razones, y pronto, muy pronto caerán confundidos entre las ruinas de sus templos, si con retorcimientos no consiguen embrutecer al hombre.

Esteban Sánchez Santa.

OTRO RETO

No está ya bastante mareado el canónigo Zarandona, con la polvareda levantada contra su teogonía y falsos sacramentos, que todavía acude a recoger el guante, nuestro querido hermano González. Esté seguro el aventajado escritor, que no será contestado como merece su valiente reto.

Señor Director de LA REVELACIÓN.
Alicante.

Ciudad Real 5 de Julio de 1872.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Con objeto de darle la mayor publicidad posible al adjunto comunicado, que también remito a *El Espiritismo* de Sevilla, le ruego encarecidamente tenga la amabilidad de disponer se inserte en las columnas de la ilustrada Revista que tan digna y acertadamente dirige.

Le anticipo por esta distinguida merced las más expresivas gracias, y se le ofrece muy atento S. S. Q. B. S. M., *Manuel González.*

COMUNICADO

Sr. D. F. de Zarandona.
Alicante.

Ciudad Real 5 de Julio de 1872

Muy señor nuestro y de nuestra consideración: Aludidos los espiritistas redactores de *El Espiritismo* de Sevilla, en sus artículos de controversia con LA REVELACIÓN alicantina, antes nos hubiéramos dirigido a Ud. a no haber considerado decente y digno de la conducta que siempre debe adoptarse entre adversarios leales, esperar a que tuviese fin la lucha empeñada sobre la *divinidad de Jesucristo*, con la citada publicación; mas como después de trascurrido algún tiempo hayamos observado que la última carta de nuestro muy querido amigo Sellés no ha merecido la atención de ser contestada, y de tan *elocuente* silencio parece deducirse la resolución de no proseguirla, ya sea por impotencia o por disposición *prudente* de alguna autoridad romana superior, que esto no nos atañe averiguarlo, cumple ya a nuestro deber recoger el guante por usted arrojado a los espiritistas de Sevilla. Al efecto, y colocados desde ahora frente de tan ilustrado campeón del Romanismo, como decidido impugnador del Espiritismo, damos principio a la obra, manifestándole:

1.º Que no aceptamos el abrazo con que nos brinda en el núm. 64, páginas 174 y 175 de *El Semanario Católico*, porque de los ofensivos e injuriosos conceptos que en su caridad *romana* lanza contra los espiritistas, y la doctrina que profesan, se desprende no ser otro que el falso abrazo de Judas, o el mortal con que el oso pardo ahoga a sus víctimas.

2.º Que ha llegado el instante de que, accediendo atentos a la llamada que en el núm. 69, página 273 del mismo periódico nos hace, *seamos en su ayuda* con el laudable fin de evitarle el *salto mortal* de que tan aficionado se muestra, y en el que los más hábiles volatineros de teología han solido estrellarse.

3.º Que el *sentido común* por que nos pregunta en el núm. 71, página 262, solamente se ha embotado en nuestra alma cuando al leer sus *saltos mortales* y sus *retorcimientos* canongiles, se ha aglomerado la sangre a nuestro rostro.

4.º Que al ver en el núm. 73, páginas 284 y 285, aquello de que «un *modesto* canónigo se sentía en su debilidad con ánimos para llevarse de calle a todos los espíritus alicantinos, *sevillanos* y alcazareños juntos, (¡!) y a arrancarles de un MANOTAZO (¡!) el manto embustero, con gran risa y

aplauso de las gentes,» sentimos un miedo horrible, el papel se nos cayó de las manos y quedó helada la sangre en nuestras venas, porque nos parecía encontramos en medio de los montes, acometido por un gigante venado que con sus *manotazos*, nos aplastaba el cráneo; pero repuestos en breve de la primera impresión, y convencidos de que los *manotazos* eran de canónigo, una fuerte carcajada dilató nuestras mandíbulas, y luego.... una ligera sonrisa de triste compasión vagó por nuestros labios.

5.º Que rechazamos con toda la energía de que es capaz nuestra alma, cuantos calificativos injuriosos, calumniosos e indecorosos aplica en su rabia hidrofóbico-romana a la doctrina del Espiritismo.

6.º Que los conceptos de igual índole que dirige a nuestras insignificantes personalidades, los perdonamos de todo corazón.

7.º Que nos encontramos dispuestos a discutir la cuestión *religiosa romana*, desde el supuesto pecado original, hasta la ridícula *infalibilidad* pontificia, y a demostrar con el Evangelio en la mano la falsedad de los dogmas, mandamientos, sacramentos y ceremonias romanas que, extrañas al cristianismo, han sido inventadas por el pontificado.

8.º Que también estamos prontos a defender la verdad del Espiritismo, desde las *mesas parlantes*, hasta la pluralidad de mundos y existencias, y desde la reencarnación, hasta las comunicaciones de ultratumba: probando que; tanto sus doctrinas como sus fenómenos, emanan de leyes naturales, y han sido proclamadas y provocados por el mismo Jesucristo.

9.º Que todos nuestros argumentos, en la controversia, serán extraídos de la ciencia, el Evangelio y la razón, y apoyados por la tradición y por la historia.

10.º Que nuestros escritos serán publicados en la Revista sevillana titulada *El Espiritismo.*

Nada más tenemos que añadir por hoy, si no es rogarle se sirva indicarnos el tema que deba inaugurar la discusión, manifestando al propio tiempo, si pertenece al Romanismo, sus razones de defensa, y si al Espiritismo, las que juzgue más poderosas para destruirle.

Queda esperando sus ataques con impaciente deseo, su seguro servidor Q. B. S. M. *Manuel González.*

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

LECCIONES DE UN ESPÍRITU A UN ESPIRITUALISTA

Médium S. M.

≈PRIMERA LECCIÓN≈

Muy lejos nos llevara el tener que abordar la cuestión de la existencia del Espíritu, como nos veríamos obligados a hacerlo para convencer a un materialista; pero como se trata de iniciar en la ciencia espiritista a quien en la existencia del espíritu cree, nos ahorra entrar en una serie de cuestiones, que por otra parte, resolveríamos satisfactoriamente con la propia observación.

Consideremos desde luego el espíritu, como esencia dada en el hombre, y en cuanto tal esencia, eterna y permanente por necesidad; que si cambia, no es sino en vista de lo eterno e inmutable de quien el cambio se dice. Si el cambio fuera enteramente otro, en cada momento, y no fuera con el anterior, como una nueva fase de lo uno permanente, claro es que el espiritismo cayera por su base; pero como la sana filosofía demuestra que el cambio es total en cuanto de lo permanente se dice, de aquí el que no ofrezca dificultad admitir que, las encarnaciones reconocidas por nuestra escuela, son del uno y mismo ser espiritual, y en lo tanto constituyen la vida que del espíritu se predica. Vengamos a ver cuáles y cuántos serán estos cambios, que son la más profunda base del sistema filosófico Espiritista.

Como la esencia es eterna, permanente e inagotable, claro que no puede terminar, en este u otro particular estado; sino que continuamente ha de darse en relaciones especiales que progresivamente tiendan a la vida perfecta e inalterable del Ser uno y todo.

Verdaderamente repugna para el poco atento, la afirmación racional de las continuas encarnaciones del espíritu, pero a poco que se reflexione se verá que es un hecho tan natural o quizás más, que las transformaciones de la materia, que obedecen a los agentes superiores.

¿Qué es la encarnación para el espíritu?

No es ni más ni menos, que lo que para un metal pueda, ser la volatilización por ejemplo; quedándole nuevas formas a las moléculas constitutivas y presentándolas en estado distinto, no alteran sin embargo lo esencial, íntimo que *es*. Pues cosa análoga pasa en el espíritu, que permaneciendo en sí, el mismo se presenta en las distintas encarnaciones con condiciones tales, que le aparentan ser él enteramente distinto de su estado anterior.

Podría decírsenos respecto de este punto. ¿Cómo es que no recuerda nuestro espíritu nada de su estado anterior? Esta sencilla observación contesta cumplidamente a esta pregunta. Si vosotros no recordáis, no ya el instante en que abandonasteis el sagrado tabernáculo en que por espacio de nueve meses estuvisteis encerrados, pero ni siquiera el momento en que por vez primera asomó la

sonrisa a vuestros labios, ni la hora en que os soltasteis en brazos de la acción muscular; ni aun del en que por primera vez empezasteis a traducir en sonidos vuestras ideas, y así sucesivamente recorriendo la escala continua de vuestros actos encontrareis que os son completamente ignorados hoy, actos que quizás afectaron íntimamente vuestra naturaleza en el momento de su realización, ¿con qué derecho, pues, venís anegar la realidad de los distintos estados o posiciones de la esencia espiritual, por el solo hecho de no recordar el anterior? ¿Con que derecho pues, venir a tomar la memoria, ráfaga laminosa que se pierde con la velocidad del rayo, como criterio de un verdadero estado intimo? Por otra parte, ¿es por ventura irracional, admitida la esencia del espíritu, que esta esencia pueda pasar, es más, deba pasar por distintos estados? Si se puede probar lo irracional de este aserto, haréis muy bien en no dar fe a cuanto se os diga de la ciencia espiritista: pero si de lo contrario se os convenciese ¿con qué derecho desatenderéis al que de esto os hable?

Admitida la variación de estado, tenéis la base de las encarnaciones, que es lo que parece a primera vista lo más inadmisible.

El rigorismo del método para la buena didáctica, nos lleva a hacernos cargo de los medios que el espíritu opta, para hacerse presente al que lo invoca, y cuya invocación comprende dado que una de las propiedades del espíritu es la inteligencia.

¿Qué inconveniente tienes en admitir que pueda el espíritu comunicarse contigo cuando le hayas evocado, sino tiene por su parte que hacer otra cosa, que animar el medio que tú le ofreces?

He aquí, los llamados médiums intuitivos, los mecánicos, los videntes etc. Los primeros, como seres racionales, unen a su inteligencia la del espíritu evocado y la suma de ambas inteligencias, produce los resultados apetecidos. Los segundos, permaneciendo ajenos al trabajo psíquico, no hacen sino ofrecerle medio al espíritu evocado, para el objeto que el evocador apetece. Los terceros, ven representada en su órbita la imagen del evocado, que a su vez se aprovecha del fluido universal para hacerse visible y comunicar al invocado la impresión que apetecía.

Sin duda que te ofrecerá mayor dificultad el cómo un espíritu pueda animar una mesa, por ejemplo, para responder a las preguntas que se le dirijan, pero aquí conviene no confundir la animación con el movimiento. No es que el espíritu evocado anima la mesa o velador, sino que, sirviéndose de los fluidos imponderables con los que está en comunicación inmediata, y como ponen de su parte la voluntad, logra el movimiento de aquel objeto, que sigue como hasta entonces inanimado. Creo no tendrás la menor duda en esta aclaración.

Hasta otro día.

Beautren.

Médium J. Pérez.

Alicante 8 *de Abril de* 1872

COMUNICACIÓN DEL ESPÍRITU DE A. (ENCARNADO EN LA TIERRA)

Mis deseos se frustran, nada puedo expresar; las grandezas que allí concibo, son las pequeñeces que aquí por mi mente pasan. El lenguaje humano todo se reduce a cantar a la pasión y a modular los sentimientos que nos afectan y embargan, pasión y sentimientos que se olvidan en estas regiones infinitas, en donde el espíritu se pierde ante la inmensidad, ante la luz, ante el porvenir semiente de progreso y perfección que la ley eterna a nuestro espíritu brinda.

¡Cuán grande es todo, cuan absorta y encantada me tiene la contemplación del átomo, de la materia, del espíritu; cuánto me admira la causa y el efecto de lo que es dado conocer; la acción, el movimiento, la naturaleza, el organismo, el ser infinitamente pequeño, infinitamente grande, infinitamente dúctil a la inteligencia y a la razón, infinitamente incomprensible a la razón y a la inteligencia!

Todo es fácil y todo es insondable; todo es sencillo y la misma sencillez, por lo difícil de creerla exacta, nos aterra; la sabiduría despliega por doquier sus hermosas alas, lo llena todo, el espacio, el universo, la creación y el suave batir, cadente y sonoro de los mundos, dulcificando nuestro ánimo, arrobándonos en un delicioso éxtasis, nos aparta insensiblemente de lo que es objeto incesante de nuestro estudio y atención.

La Providencia, en su misterioso arcano, nos aleja de la variedad y del conjunto, y ocultándonos la armonía del todo, corre un velo a la razón de esa majestuosa marcha de los astros; al por qué de ese infinito y esa inmensidad con sus mundos distantes, más distantes, mas y mas..., a la vista telescópica y microscópica de la creación— La Providencia nos desvía del ser real, tangible, palpable, cierto; ¿será que aún no es tiempo que una inteligencia miope absorba tanta luz, tanta grandeza? Pueda que sí.

La eternidad será nuestra; allá en el infinito, entre nubes de crespón y oro, descórrase un velo azul color de cielo en su mayor pureza, el cual como término, como prefijado limite que separa la sombra de la luz, nos deja entrever un nuevo panorama de hermosura; la eternidad será nuestra y en ese día sin fin donde el zenit no existe y en el cual el orto y el ocaso se confunden, porque todo es luz, morada del espíritu sublime; en ese día sin interrupción, perseverando en la investigación de la gran obra, alcanzaremos con el estudio, la inteligencia; con la virtud, el bien y con ambos dones, la perfección; purísimo destello que, conduciéndonos más allá del límite, abrirá a nuestra vista nuevos horizontes en donde nuestro espíritu, envuelto en un Océano de luz y de vida, se columpiará feliz y caminará tranquilo hacia la divina cumbre a reposar en el sagrado seno y depositar en el regazo augusto, todo el cansancio y ardor de nuestra incesante marcha.

Pero Dios mío, ¡cuán lejos estoy de lo que imaginé! yo he sido arrebatada, he querido ver más allá, trasportado mi espíritu con la espontaneidad del rayo qua cruza el confín del Universo y al volver en mí, me siento desfallecer ante la realidad de lo que soy, ¡cuán triste es el espacio que me circunda y cuan aprisionada me hallo! los horizontes tan cortos ahogan mi voz y hasta el eco de mis suspiros tornando al fondo de mi alma, me roban la expansión; tal es mi real y verdadero estado! ¿es que es preciso la tristeza y la melancolía que hoy me consume, para que sea una verdad la alegría de mañana? si esto es fácil, se comprende, es preciso estar lejos de Dios para llegar a Dios: es preciso ahogarse entre deletéreos miasmas, para después respirar bien el grato ambiente de otros hemisferios; como son precisas las tinieblas para que la luz sea una realidad, y precisa también la ignorancia para que la sabiduría entre en el dominio del espíritu y de la razón; para que lo juzgue y lo llene todo, en una palabra, es preciso el principio para que el fin sea; yo soy en el principio y voy al fin, mi frente enardecida se abrasa en el ansia de encontrar la senda que al fin conduce, pero estoy en el periodo de transición y vacilo, porque me espanta el que ríe y llora, el que se levanta en medio de esa vida turbulenta sembrada de abrojos y de espinas. ¿y cómo no? mis heridas son recientes, aun me punzan los dolores y me estremezco a la vista del desdichado que yendo a ciegas, tropieza a cada paso y maldice torpe con la oscuridad a su estrella, que le niega sus pálidos reflejos para fijar en el suelo firme y segura planta.

El espíritu sensible está destinado al sufrimiento; mi espíritu sufre, luego soy sensible y mi misión es ardua, en esta vida de expiación y prueba. ¡Oh espíritu sublime que acaricias con un casto y amoroso beso mi abrasada frente; guíame en este valle de lágrimas y dame aliento para endulzar las amargas penas del corazón que desgarrado sufre las injusticias y las iniquidades del mundo! ¡Fortalece mi alma ante lo imponente de la miseria y el dolor da elocuencia a mi palabra y en caso necesario revístela de noble indignación para protestar contra lo injusto, contra la fechoría del malvado, contra la mala fe del hipócrita, contra la mentira del mundo que parece posesionarse de todo y confundir el mal y el bien en infernal consorcio! Dame, en fin, aquello que de tu esencia es, virtud y amor, inteligencia y vida para que inspirada, derrame sobre el corazón de los hombres su sublime inspiración, dame lo que a semejanza de Dios tiene luz y perfección, para que sembrando entre la humanidad tan virginal semilla, recoja el mundo a medida de sus engaños la savia dulce de tan divinos frutos! Adiós.

A.

Círculo de Barcelona 1867

Médium F.R.

POESIAS

LA CARIDAD

¡Oh Caridad! bajo tus puras alas
Contento late mi afligido pecho
Y en lágrimas dulcísimas deshecho.
Admiro, adoro tus divinas galas.

El grato aroma que risueña exhalas,
Causa do quiera celestial provecho;
Conviertes dura piedra en blando lecho,
llorar haciendo las etéreas salas.

Dichoso el hombre que tu voz escucha,
Alma feliz la que tu amor anida,
Por ti se triunfa en la mundana lucha.

Tú, disipas miserias de la vida
Y contigo, al romper terrenos lazos,
Vamos de Dios a los amantes brazos.

G. E.

¡Valor! No ceso en todas ocasiones
De procurar vuestro noble celo
Arrancar de las míseras pasiones
Las almas que se arrastran por el suelo.
Contradictores hallareis, ¿qué importa?
Nada de Dios la voluntad resiste;
Caritativo plan jamás aborta.
Si sabia providencia nos asiste.
Reine do quier la paz y la dulzura.
Doquiera reine caridad Divina:
Rosa veréis de plácida hermosura
La que antes era penetrante espina.

¡Feliz aquel que la ventura ajena
Alegre mira cual si fuese propia,
Y también llora por ajena pena!
Que en si a Jesús dichosamente copia.
Haga latir el corazón humano
Universal y humilde confianza;
No arrojéis anatemas al hermano.
Pues todos lograrán la bienandanza.
Sí; todas las frentes ceñirán un día
Diadema pura de infinita gloria.
Acibarar no pudiendo su alegría
De pasados tormentos la memoria.

G. E.

EL REMANSO DE LA VIDA

BARCELONA

(SESIÓN DEL 7 DE MAYO DE 1870)

Nota.—Comunicación medianímica, espontánea y leída por el vidente en un libro que el mismo Espíritu presentó abierto al médium.

¿Ves el grato manantial
Brotar entre musgo y tierra,
Al pié de elevada sierra,
En burbujas de cristal?
¿Y le ves cual yo le miro,
Desaparecer en la sombra
Que presta la verde alfombra
Que engalana su retiro?

Agua que luego aparece
Cual una cinta azulada,
Que se extiende acariciada
Entre las yerbas que mece.

Agua que bulle y se riza,
Y que tranquila y serena,

Por lecho de blanca arena,
Hacia al prado se desliza.

Y ese arroyo de cristal
Que serpea en la pradera
Y murmura en su carrera
Tras su destino fatal.

Se va con otros uniendo,
Aumentando su pujanza,
Cual torrente que se lanza,
Nuevos prados recorriendo.

Y atraviesa el campo seco,
Y en la cañada se siente,
Y del rugir del torrente
Resuena en el valle el eco.

¡Allá va de espuma blanco.
Batiendo las duras peñas,
Revolviéndose en las breñas
Carcomidas de un barranco!

Nada a su paso se opone
Todo lo rompe o lo salva;
Lo mismo arranca la malva
Que trunca el roble, y traspone.

Mas ya llega a la llanura,
En donde, apenas desciende,
Por la campiña se extiende.
Disipando su bravura.

Y ancha cuenca le conduce
Tras campos que fertiliza,
Y la arena movediza
A porciones le reduce.

Luego su corriente cesa,
Convertida en un remanso,
Donde encuentra su descanso.
Tras una enramada espesa.

Y solo de allí camina
El agua que se rebosa,
Triste, mansa y silenciosa.
Hacia el mar donde termina.

…………………………………

¡Es la vida un manantial:
Agua que en la cuna brota
Y lleva su última gota......
A la losa sepulcral!
………………………………..

¡Así nuestra vida empieza!
Como el agua de las fuentes,
En la niñez, inocentes
Vivimos en la pureza.

Luego como el arroyuelo,
Cuando corre alborozado,
Marcha el hombre alucinado
E impelido por su anhelo:

Ese anhelo que atormenta
Al alma, donde está su foco,
Ese afán que ciego y loco
Desilusiones se sustenta.

Afán que no oye consejos
Y que el corazón destruye,
Afán que solo concluye
Cuando llegamos a viejos.

Y así va, torrente oscuro,
Con mengua de la inocencia.
Salpicando su conciencia
De manchas de cieno impuro.

Tras continuo desvarío,
Presa de su calentura,
Calma luego su locura,
Como el torrente y el rio.

¡Nada jamás basta al hombre
En su eterno devaneo;
Todo acrece su deseo,
Que es todo cuestión de nombre!

Y llora y goza a la vez,
En esa ansiedad inmensa,
Y cuando menos lo piensa,
Le sorprende la vejez.

¡Vejez! ¡Confesión final!
¡Penitencia del nacido,
Donde el hombre arrepentido,

Purga contrito su mal!

Antesala de la tumba
Donde se detiene el vicio,
Donde el ruido y el bullicioso
De la humanidad retumba.

¡Ese período de calma,
Donde solo la memoria,
Nos refiere nuestra historia
Con sentimiento del alma!

¡Ese tranquilo remanso
De la vida y su miseria,
Donde goza la materia
De su apacible descanso!

……………………………….

¡Tal se nace! Tal corremos
Y vivimos por el mundo,
Sin pararnos un segundo
En la senda que emprendemos:

Senda que al alma va unida
Y la que el tiempo convierte,
¡En penumbra de la muerte!
¡En *Remanso de la vida!*

UN ESPÍRITU AMIGO.

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Agosto de 1872. Num.15.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL BIEN Y EL MAL

Controversia religiosa

CONTESTACION A LA CARTA VII DEL SEÑOR ZARANDONA

El demonio de la violencia huyó por fin del gabinete del señor Zarandona; el genio del insulto ya no bate sus alas en él, y la templanza ha derribado la copa del veneno de la cólera. Ha pasado la tempestad. Levantemos el alma a Dios. Se han serenado los cielos, las olas y los aires; se ha purificado la atmósfera, y limpia de los fétidos miasmas de la pasión, ofrece a nuestros pulmones su trasparencia y su pureza. Ya era hora; no podía continuar así la controversia. Todavía se distinguen en la carta VII del señor canónigo las feas palabras *mentira e hipocresía*, pero estos son los últimos relámpagos de la tormenta, los postreros ecos del trueno, el adiós de la borrasca, la despedida del cataclismo. Respiremos; despleguemos también nosotros las alas del espíritu a las serenas regiones de la razón, ya que por un momento, arrastrados por el torbellino, pudimos respirar en auras menos santas.

Y bien; ¿qué dice el señor teólogo en su carta VII?

Primero: que los Estados Unidos de América son una nación en que todos los errores, todas las extravagancias, todas las ignominias, tienen su trono, su imperio, su altar; todos los farsantes, todos los charlatanes, todos los aventureros, poseen su esfera, su mundo, su corazón; su mar de

corazones abiertos, que dan cabida sin reserva a todas sus farsas, charlatanerías y aventuras.

Segundo: que el Espiritismo que viene de allí, según el canónigo, es, por consecuencia erróneo, extravagante e ignominioso; es farsante, charlatán y aventurero; y por lo tanto, indigno de la consideración de las personas sensatas.

Tercero: que el Espiritismo era conocido antes que en América, en la China; que un mandarín se creyó en el caso de prohibir sus manifestaciones. Que en la India también hay o hubo evocadores de espíritus. Que el Tíbet y la Tartaria conocen la virtud de los *médiums*. Que los waldenses, maniqueos, gnóstico y demás sectarios y herejes de la antigüedad, hablaban y hacían hablar a las almas de los muertos. Que los magos del paganismo buscaban en los animales inmundos y mesas parlantes la revelación de los secretos del porvenir, y finalmente, que Moisés prohibió en el Deuteronomio la evocación de los difuntos. ¿No se reduce a esto, Sr. Zarandona, todo lo que Ud. ha consignado en su última carta? Pues voy a probar rebatirlo, contando con su amable consentimiento.

En primer lugar, los Estados Unidos de América que constituyen una nación de errores, de extravagancias y de ignominia como Ud. dice, forman también una nación de verdades, de grandezas y de virtudes; así como la superficie del globo terráqueo se halla cubierta de rosas y de espinas; de bálsamos y de venenos; de serpientes y de palomas; de tigres y de corderos; de mieses y de cizañas; así como el universo moral está constituido por inteligencias claras, y por inteligencias oscuras; por conciencias rectas, y por conciencias torcidas; por la luz de la sabiduría, y por la sombra de la ignorancia; así como el universo material, está poblado de brillantes soles, y de tenebrosos espacios donde se pierde la vista y se abisma el alma, dando una idea tan exacta de la grandeza de Dios esas espléndidas antorchas de la inmensidad, como esos oscurísimos antros del vacío.

¿No es cierto, Sr. Zarandona, que campea esta variedad en el universo? Pues esto demuestra que la ley del contraste es una ley universal. Y si es una ley universal y existe en el universo, ¿por qué no ha de existir en la nación? ¿por qué no ha de existir en el pueblo, en la aldea, en el hogar? Si es una ley universal ¿por qué queréis excluirla del hogar, de la aldea, del pueblo y de la nación? Si es una ley universal ¿por qué no queréis que ocupe el universo entero? ¿por qué no lo queréis, si lo quiere Dios, que ha creado a este?

La mente humana, es libre; el corazón humano, es libre. El libre albedrío es la joya más rica de la personalidad. Dios ha fundido el mundo en el horno inmenso de la libertad; y la libertad que ha dado al mundo, es la mayor de las grandezas que su esencia sublime exhalar pudo. Tan libre es

la mente y el corazón humano para formular la idea y el sentimiento, como la ola para mecerse, como la brisa para vagar, como la golondrina para elegir cielos y hogares. Suponer herejía y pecado en una forma o giro de la idea o en un sentimiento del corazón, es tan absurdo como afirmar que el movimiento de la ola, el suspiro de la brisa y el vuelo de la golondrina, son herejías y pecados. En virtud de esta Santa, de esta divina ley de libertad, la mente y el corazón en los Estados Unidos formulan sus ideas, expresan sus sentimientos sin ser pecadores y sin ser herejes, por más que el exclusivismo religioso diga y afirme lo contrario.

Y ¿qué bienes resultan de esta libertad? La espontaneidad. Y ¿qué es la espontaneidad si no la verdad y la rectitud de las intenciones? ¿y os parece poco que en las intenciones haya rectitud y verdad? Pues es el todo. Porque de la buena fe en buscar resultad más pronto y seguro hallazgo, yendo siempre el ángel de la sabiduría con la antorcha en la mano, delante de los pasos del hombre de voluntad honrada.

Proviene de esta libertad, que la conciencia cree en lo que ella misma se ha creado, en lo que ella misma ha concebido, en lo que ella misma elige; que es creyente, en fin; al paso que allí donde domina la esclavitud religiosa, la conciencia que no se ha creado nada, que nada ha concebido, que nada elige, si no llega a quedar satisfecha del dogma que se le ha impuesto, le rechaza y queda vacía, y en vez de ser creyente, es escéptica. Más claro: en los Estados Unidos se le dice a la conciencia: «cree en lo que juzgues verdadero» y la conciencia busca y cree, y tiene fe en lo que verdadero le parece, y está satisfecha, y es ferviente en su creencia.

En la antigua Europa, y particularmente en España, que es una de las naciones en que más impera el exclusivismo religioso bajo el nombre de catolicismo, se le dice, por el contrario: «cree en lo que yo te enseño, sin que tengas el derecho de examinar si es bueno o malo» y ¿qué resulta de esto? que la conciencia no cree en nada y es escéptica o cree en todo y es fanática, pero en ninguno de los casos, religiosa. He aquí, por qué en los Estados Unidos de América, con ser la nación de los errores, de las extravagancias y de las ignominias, hay más espíritu de religiosidad, de grandeza y de virtud que en el resto del mundo antiguo. He aquí, por qué esa religiosidad es verdaderamente religiosidad, y no hipocresía, fanatismo o escepticismo, como en la vieja Europa.

Me diréis que, libre el alma humana, y dueña de sus propios vuelos y giros, podía muchas veces surcar el espacio del error. ¿Pero qué remedio existe, sino dejáis que vuele hasta que llegue a la atmósfera de la verdad? ¿Sería mejor recurso cortarle las alas, inmolándola moralmente? ¿Sería conveniente y lógico matar al niño por temor de que al llegar a hombre pecase? ¿Sería conveniente y lógico no sembrar por temor a los pájaros y a

la cizaña? Bajo otro aspecto, dada la falibilidad humana ¿os jactaríais con razón vosotros, los hombres de una clase, los hombres de la teocracia, de poder guiar a la humanidad a través de los siglos y los espacios a sus destinos históricos, hasta dejarla a los umbrales de la perfección y de la eternidad? No, ciertamente; y si os jactáis, lo hacéis sin razón. Convenid, de ahora para siempre, en que para tal empresa es indispensable el concurso de todas las clases y de todas las inteligencias.

Nación de errores, de extravagancias, de ignominias es la que constituye los Estados Unidos; pero también es nación de verdades, de grandezas y de virtudes. Allí, libre la conciencia cree y ama, no tiembla y duda. La imaginación despliega sin obstáculos sus gigantescas alas y recorre todas las esferas volviendo cargada de los bellos dones de la poesía, de la pintura y de la música. La inteligencia despliega su luz sobre todos los espacios, y regresa, cargado el carro triunfal de los ricos trofeos de la ciencia en todas sus manifestaciones, no sin que su audacia, libre haya lanzado al mundo científico un brillante invento útil a la humanidad. La industria, las artes, el comercio, todo se desarrolla con pasmosa prontitud y grandeza colosal, levantándose esa nación sobre el coro de las demás naciones, así como el águila se cierne en los espacios señora de las aves, o como se manifiesta el sol en su majestad, príncipe de los demás astros del sistema, que le rinden homenaje.

¡Que existen en ese país errores, extravagancias e ignominias! Pues ¿qué país de los del viejo mundo se halla libre de esas plagas? ¿Pues qué región del mundo antiguo no es más desgraciada en esto? ¿Será la España acaso la que se hallará exenta de estos males? ¿Será la España de los siglos XVI y XVII la que querrías presentar como modelo de naciones en verdad, grandeza y virtud, porque se hallaba a la sazón sojuzgada por el neocatolicismo? ¿Será la España del fanático Felipe II; del imbécil Felipe III, del disoluto Felipe IV, del pusilánime Carlos II; la España de los autos de fe de las hogueras, de los tormentos de la inquisición, de las guerras fratricidas, de los fanatismos, de los crímenes religiosos, la nación que querrías presentar como modelo? ¿Será la España de la bruja, del hechicero, del endemoniado del fraile, del soldado, de la serenata, de la escala, del rapto, del duelo, del asesinato y del robo, la que querrías ofrecer como patrón? ¿Será la España del corral, del baile, de la bailarina, de la comedianta, del astuto paje, del solapado rodrigón, de la infernal dueña, de calavera estudiante, del holgazán y altivo hidalgo, del pisoteado, del hambriento hijo del pueblo, del mártir trabajador, la que querríais mostrar al mundo como el emblema de la verdad, de la grandeza y de la virtud? ¿Sería la España de hoy, con sus ilegalidades políticas, con sus farsas religiosas y con su atraso moral e intelectual, herencia triste de los mencionados siglos, la que quisierais ofrecer al mundo como ejemplo?

¿Sería la España de las funciones de desagravios y de las partidas carlistas levantadas y acaudilladas por los ministros del Dios del Evangelio, la que quisierais exhibir al orbe como la nación de las naciones, como la mejor nación del mundo?... ¡Ah señor Zarandona, qué poco meditamos las cosas para decirlas! ¡Qué poco miramos nuestras moradas para criticar y condenar las ajenas! ¡Con qué facilidad nos dejamos llevar a las tinieblas por el enlutado demonio de la pasión!

Tenéis miedo a la lucha de las ideas, sin considerar que de esta lucha nace la verdadera paz; sin observar que de esta destrucción emana la prosperidad verdadera; sin ver que de esta muerte despierta la vida de la nación que brilla con el resplandor del progreso. La lucha de las ideas me la representa mi imaginación como un inmenso combate de soles y de mundos en el espacio infinito; si ese día supremo llegara, si ese combate sublime fuera, veríamos caer al abismo los restos de los orbes decrépitos al violento choque de los orbes nuevos, de las esferas jóvenes, de las esferas fuertes que se levantarían al espacio en triunfal vuelo trasfiguradas por la victoria, y nadando en inmensos mares de nuevos resplandores. De esta suerte en las naciones en que la lidia de las ideas es la vida constante y normal, las ideas alzas caen siempre al abismo del no ser, fuera de las playas de la vida pública, destrozadas, desmenuzadas, convertidas en polvo, por el rudo y formidable encuentro de las ideas verdaderas, y lo mismo que sucede con estas, acontece con las personalidades, como Ud. mismo confiesa; hoy se levanta un charlatán de fácil y seductora palabra, y atrae al pié de su tribuna la multitud en inmensas oleadas: la palabra de oro brilla un momento sobre el mar del auditorio, como la mariposa sobre el piélago de las flores, le embelesa, la electriza, y se pierde en la inmensidad del espacio; el eco resuena agradablemente en todos los corazones y perfuma todas las almas. Pero esa palabra ha expresado una mentira; esa palabra tan bella y tan sonora ha llevado en su seno una falsedad, y la ha dejado caer en la copa de todos los senos. El auditorio ha quedado convencido. Pero aun no extinguido el aplauso prodigado al halagüeño charlatán, cuando se levanta un hombre de razón y de peso que lleva en su frente escrita la profecía de la victoria. Habla con la augusta propia del que está convencido de que posee la razón, arranca con severa mano la brillante máscara con que se cubrirá la palabra mentirosa, descorre el mágico velo que ocultaba la verdad, y aparece ésta como el sol en el oriente, sublime en su sencillez, grande en su serenidad, divina en su alegría. El público entonces silba al farsante que cae del pedestal de su efímera gloria, y aplaude al varón honrado que resplandece en su triunfo como resplandece la luna después de las tinieblas de la tempestad. ¡Y esto en un solo día! ¡Y esto quizás en una hora! ¡Una hora es suficiente en los Estados Unidos para derribar un farsante cuando en España se necesitan tantos años! ¡una hora es bastante en los Estados Unidos para hundir en el polvo los ídolos de una

falsa religión, cuando en España necesitamos quince siglos de afanes, de contiendas, de luchas, de sangre, de martirios, de desesperación sublime y aun no lo conseguimos y todo esto, ¿por qué? Porque en los Estados Unidos hay y ha habido verdadera libertad, y en España hay y ha habido esclavitud o libertad mentida. ¡Oh libertad, bendita seas!

Una idea religiosa viene de Italia, de Roma, por ejemplo: llama a las puertas de nuestra nación, ofrece a una clase de la sociedad, a la teocracia si queréis, un beneficio moral o material; la teocracia la recibe amablemente, la da el alegre parabién y la hospeda en el alcázar del dogma; en el tabernáculo de lo inviolable y de lo indiscutible; se asoma a la muchedumbre y le dice: «en este palacio mora una verdad: arrodillaos y adoradla» y la muchedumbre se arrodilla y adora. Y si hay alguno entre la pusilánime multitud que se atreve a gritar: «mostrad esa verdad, queremos discutirla» la teocracia clama entonces: «¡rebelde! ¡hereje! ¡matadle!...» Y el infeliz tiene que huir y esconderse para que la fanática indignación popular no le destroce. Y pasan los siglos; y las generaciones se van arrodillando delante del palacio donde duerme aquella idea religiosa y la que tiene por verdad, porque así lo dice la teocracia, hasta que llega un dichoso instante histórico en que la libertad lanza uno de sus rayos en medio de la España, y un hombre audaz y honrado protegido por la ley dice en el Congreso, por ejemplo: «El misterio de la inmaculada Concepción es un absurdo.» Entonces abre la muchedumbre las puertas del suntuoso edificio, traspasa sus dinteles y encuentra que aquella idea religiosa a la que había prestado adoración y culto por considerarla revestida de la divinidad de lo verdadero, es una miserable farsa creada por el egoísmo de una clase de la sociedad, bajo la salvaguardia de la fuerza del poder, o del poder de la fuerza. Pero para llegar a este feliz instante, ¡cuántos años de inciensos infructuosos! ¡cuántos años de estúpida adoración!

He aquí, los inconvenientes del exclusivismo religioso. ¡He aquí, los funestos males de la esclavitud de la conciencia! ¡Oh esclavitud, maldita seas!

Suponiendo cierto el estado de degradación que el Sr. Zarandona atribuye a los Estados Unidos, que son el pueblo que conduce la antorcha del progreso delante de los demás, resulta siempre ser ilógica la consecuencia de que el Espiritismo es una doctrina despreciable porque procede de ese pueblo, como asegura el mencionado señor. ¿No ha visto Ud., apreciable teólogo, que del estiércol más fétido brota la flor más fragante y hermosa? ¿No ha notado Ud. que del abono más asqueroso surge el grano más nutritivo, o el más sabroso fruto? ¿No recuerda Ud. que del seno de la corrupción del pueblo judío, despertó a la vida de la historia la más bellísima, la más grande, la más consoladora de las doctrinas? ¿No recuerda Ud. que del fondo del estiércol del país de los hebreos; nació la

fragante y hermosa flor del cristianismo? ¿Ha olvidado Ud. que de lo profundo del repugnante abono de la tierra de los israelitas, brotó la rica mies, el fruto sabroso de la religión sublime del Hijo del hombre? ¿Pues por qué extrañaría Ud. que del abismo de la degradación americana se levantase al sol de la vida la planta hermosa del Espiritismo? ¡Siempre ilógicos, amigo mío, siempre ilógicos! Recuerdo que en otra ocasión manifestasteis vuestra sorpresa por encontrar una inteligencia en el *fondo de un taller*, y no olvido que otra vez admirándoos de los rápidos triunfos del Espiritismo, le atribuíais sarcásticamente una tienda de zapatillas, una fábrica de gorras o un almacén de sardinas por glorioso origen, por brillante cuna, sin observar en vuestra ceguedad y falta de lógica, que el propio cristianismo había tenido su nacimiento en un paraje menos elevado que esa tienda, fábrica y taller, pues había sido dado a luz en el seno de las miserables pajas de un pesebre.

Decís que nos empeñamos sin razón en llamar al Espiritismo doctrina nueva, siendo así que es muy antigua, y que antes que en América, ya se conocía en la China. Amigo mío, permitid que aquí haga una distinción para que comprendáis lo que queremos decir. El Espiritismo, como fenómeno natural, como hecho dentro de las leyes naturales, es tan antiguo como la naturaleza; bajo este aspecto, ni reconoce localización, ni determinada fecha: ni es de la América, ni es de la Francia, ni data de la antigüedad de la China, ni del moderno día de los Estados Unidos; sino que pertenece a la antigüedad universal y al universo. Pero considerado bajó el punto de vista de núcleos de enseñanzas, de colección de instrucciones, y de explicación de fenómenos naturales *siempre repetidos* y nunca satisfactoriamente aplicados, es una doctrina nueva como se habrá dicho algunas veces en LA REVELACIÓN.

En Cuanto a la evocación de los difuntos, o más bien almas de los que fueron, Ud., mismo al consignar que desciende de los tiempos más remotos, y que los waldenses, maniqueos, gnósticos y demás sectarios de la antigüedad la practicaban, viene a demostrar que el hecho existe a menos de no negar rotunda y enteramente la historia. La historia y la tradición nos hablan de dioses que hacían resonar su voz en los templos de Grecia y de Italia; de sibilas que pronunciaban oráculos; de adivinos que anunciaban sucesos que muchas veces acontecían: de muertos que abandonaban el sepulcro para visitar a los vivos. Claro está que no son aceptables todas las narraciones y todos los pormenores de ellas, pero cuando la tradición y la historia se empeñan en presentárnosla, no queda otro recurso que investigar los hechos, separar las cosas falsas de las verdaderas, y presentar al mundo lo que haya de cierto en esas narraciones. Y si Ud. señor Zarandona se tomara este trabajo, vería que detrás de los dioses, las sibilas, los adivinos y los aparecidos de los antiguos tiempos, se hallan los espíritus o

inteligencias libres y los médiums de distintas mediumnidades de los tiempos actuales, una vez descartadas las fábulas de la ignorancia y la superstición.

En la autoridad de Moisés os apoyáis los neo-católicos para combatir la evocación de los seres de ultratumba. Pues decidme, amigos míos, si tan celosos sois en acatar los mandatos del Profeta, ¿por qué no le obedecéis cuando prohíbe a los sacerdotes poseer los bienes de la tierra y tener parte en ninguna herencia, porque el mismo Señor es su herencia?

¿Por qué no observáis la circuncisión que el mismo Jesús sufrió y que no abolió? ¿Por qué os arrodilláis delante de los ídolos de oro, plata y barro, *obra de las manos del hombre*; siendo así que lo prohibió Moisés?

¿Por qué presentáis a este varón unas veces como autoridad irrecusable, y otras como legislador de pasadas sociedades? ¿Por qué en unos mandatos le obedecéis y en otros mandatos le despreciáis? ¿Por qué esa inconsecuencia, amigo? Mucho podríamos extendernos sobre este punto; pero no lo hacemos, porque ya es demasiada larga nuestra carta, y el lector se hallará fatigado; pero conste que vuestra conducta es ilógica y acomodaticia.

Por lo demás, sabed que si aquel sabio creador de un pueblo de leyes prohibió la evocación de los muertos, fue porque esta se ejercía para investigar los arcanos del porvenir; y no para aprender la ciencia del mejoramiento; fue porque se hacía por especulación, y no por religiosa piedad; fue porque para hacerla se asesinaba muchas veces a los niños como lo dice Isaías en el cap. LVII v. 3, 4, 5 y 6, cosas abominables todas que están muy lejos de ejecutar los Espiritistas, siendo por lo tanto la prohibición de Moisés una determinación que no habla con el Espiritismo.

Y termino: pregunta Ud., señor Zarandona, qué Dios es el que queremos oponer al Dios del neo-catolicismo, y os lo vamos a decir:

En vez del Dios ignorante del Génesis mosaico; en vez de ese Dios injusto, parcial, batallador, bárbaro y déspota; en vez del Dios del limbo, del purgatorio, del infierno, de Satanás, de Pedro Botero; en vez del Dios del misterio augusto; en vez del Dios del retorcimiento; en vez del Dios llamado *el Cristo del buen despacho*; en vez del Cristo de algarrobo, que llora por los ojos de cristal lágrimas de almazarrón; creemos en un Ser inmaterial, eterno, infinito, creador del tiempo y el espacio, que abarca en sus inmensas alas de luz y amor el universo entero, que en una explosión sublime de bellísima ternura, lanzó a la luz de la vida la infinita familia de seres inteligentes; que sembró en los espacios azules millones de soles y de mundos, semejantes a lámparas de oro y canastillos de flores; queda un beso en la frente a cada uno de sus hijos al lanzarles en el mar del Universo, pronunciando con amor estas palabras: «Id, queridos hijos míos,

envolved vuestra virginal esencia en el velo de la materia; que ella sea el lazo nupcial que os una a los mundos, —centros de vida, cátedras universales,—para que en ellas aprendáis la virtud y la sabiduría; vuestra vida es la inmortalidad; vuestra morada los espacios infinitos: y cuando después de multitud de existencias progresivas hayáis logrado convertir lo blanco de vuestra sencilla ignorancia, en lo dorado de vuestra ciencia; cuando hayáis trocado el cándido ser de la paloma, en el sabio ser del ángel; cuando hayáis ceñido a vuestra frente la espléndida corona de la deliciosa perfección, entonces, ¡oh queridos hijos míos! regresad a los imperios de la luz en que me abismo» y recibid de nuevo el ósculo de mi ternura inmensa, en premio de la victoria obtenida en los tremendos combates de la materia!»

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan. 29 de Julio de1872.

UNA INSTITUCIÓN QUE MUERE

No hace todavía muchos meses que, reunidos en concilio los sucesores de los apóstoles, elevaron a la categoría de dogma lo que hasta entonces no había pasado de ser una creencia más o menos generalizada entre los católicos, una opinión de algunos teólogos y canonistas, una pretensión de los pontífices; nos referimos a la *infalibilidad* del papa.

Parecía que ese nuevo tributo que el concilio reconocía en el papa había de robustecer su quebrantada autoridad; parecía que iba a abrirse una nueva era de poderío y prestigio para Roma; no era fácil presumir que lo que en concepto de muchos alcanzaría a poner paz en el conturbado seno de la iglesia y a derramar un bálsamo de esperanza y de consuelo sobre las llagas que corroen nuestra sociedad, había de convertirse en manzana de discordia lanzada al campo católico por los admiradores y entusiastas del papado.

Y sin embargo, como algunos preveían, la declaración de la *infalibilidad* del papa ha sido funesta para la causa de la iglesia, cuyos hijos, hoy más divididos que nunca, agotan sus fuerzas en luchas intestinas.

Y trascendiendo las consecuencias de estas luchas a la sociedad civil, vemos cómo en Alemania el Estado, interviniendo en la contienda y favoreciendo las tendencias de los que rechazan el nuevo dogma, les

impulsa por el camino de la emancipación, que, en mal hora para Roma, han emprendido.

Pero no vamos a examinar aquí las consecuencias que ha producido la proclamación del nuevo dogma, ni vamos a exponer los males que esta atraerá sobre la iglesia; nuestro fin en el presente artículo es el de mostrar la decadencia, la visible decadencia del poder papal; es mostrar cómo este ha entrado en el período de su agonía, porque en nuestra época, ilustrada por la ciencia, y dirigida por la razón, sucumben todos los poderes despóticos, ora extiendan su imperio sobre los actos y la vida exterior de los hombres y los pueblos, ora gobiernen las conciencias con arreglo a una moral antisocial y a dogmas absurdos.

La institución del papado ha prestado grandes, inolvidables servicios a la humanidad, servicios que la historia le tomará en cuenta cuando pronuncie un juicio imparcial e inapelable sobre su conducta.

Deshecho el antiguo imperio romano, las hordas bárbaras corrieron en confuso tropel a repartirse y apropiarse la herencia del coloso, de tal suerte, que al desmembramiento de éste, se siguió un período tal de confusión y trastorno, que se temió no fuera posible consolidar las nuevas seriedades presa de la ignorancia, la violencia y la anarquía; se creyó por un momento que estas sociedades, víctimas a su vez de otras invasiones, concluirían por desaparecer como desaparecieron Herculano y Pompeya bajo las capas de ceniza, y lava que sobre ellas arrojó el Vesubio, o como desaparecería la tierra bajo las olas del mar desencadenado.

Las irrupciones, en efecto, no tenían término, y por otra parte los vencedores de los romanos, divididos entre sí, entregándose, donde quiera fijaban su planta, a la violencia y a la destrucción, costumbres bárbaras, sin leyes ni otra cosa que una intuición más o menos clara de la justicia y el derecho, necesitaban de un auxiliar fuerte, de un poder moralizador, de una constitución que los dirigiera y que diera unidad a sus esfuerzos y sirviera de lazo de unión entre los mil poderes que sentaban sus reales sobre los escombros del antiguo imperio.

Tal fue la misión del papado durante la Edad media; por eso Gregorio VII, la gran figura de esa edad, comprendiendo que todo poder para serlo necesita ser independiente, sostuvo una lucha titánica con el imperio para reivindicar la independencia de la iglesia, y aun su supremacía sobre el poder civil: por eso el mismo Gregorio VII, queriendo obrar sobre la sociedad bárbara de su tiempo por la predicación y por el ejemplo, por la doctrina y por la virtud, sostuvo otra lucha también gigantesca, también formidable, para obligar al clero a que aceptase el celibato, porque aquel *gran* papa quiso que el clero formara un mundo, una sociedad aparte; y para aislarle por completo del siglo e impedir que se contaminara con los

vicios de este, al que debía moralizar, no encontró medio más a propósito que el celibato.

El papado representaba en aquella época la civilización, único poder moralizador en una sociedad bárbara, poder fuerte, vigoroso, robustecido por Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III; sin él no se habrían desenvuelto los gérmenes de progreso que encerraban aquellos siglos, en cuyas entrañas se forjaban las nuevas nacionalidades.

Cierto es que el papado llegó a ensoberbecerse y tuvo la pretensión de mantener al Estado en perpetua tutela; cierto es que no todos los pontífices obraban guiados por móviles tan puros, tan generosos, tan levantados como Hildebrando; cierto es que este mismo desconoció los legítimos derechos de la sociedad civil y predicó la sumisión, la absoluta sumisión de los poderes temporales al espiritual, del cetro a la tiara, comparando a los primeros con la luna y al segundo con el sol, de quien aquella recibe y refleja la luz: todo esto es cierto, mas, sin embargo, no hemos de negar que el papado, aunque a veces se excediera e hiciera mal uso de su legítima influencia, cumplió con su misión en la Edad media.

Corrieron los años, e ínterin el papado y el imperio se habían destrozado en una guerra colosal, se habían ido constituyendo las nuevas nacionalidades y fortaleciéndose los nuevos tronos, valladar opuesto a las exorbitantes pretensiones de los papas por un lado, y por otro a las no menos exorbitantes pretensiones de los emperadores que, diciéndose sucesores de los Césares, creían haber heredado de estos la dirección del mundo. Y entonces el poder de los papas comenzó a decaer, y no hubo rey ni príncipe ni señor que no tuviera a menos vivir, respecto de Roma, en la sumisión que sus antecesores habían estado; y por do quiera al mismo tiempo que se formulaban leyes claras y precisas, al mismo tiempo que renacía el arte y se cultivaba la ciencia, la sociedad civil se reconstituía fuerte y vigorosa, emancipándose de la tutela de la iglesia, reclamando de esta el reconocimiento de soberanía, separando lo espiritual de lo temporal; en una palabra, aspirando a echar los cimientos del porvenir, sobre la base sólida e inquebrantable de la independencia del Estado.

Pero si toda institución ha tenido su tiempo, si todo poder ha sido legítimo en su época, después que esta ha pasado, aquel nunca se ha prestado a abdicar de su soberanía en aras de los nuevos principios, y por esta razón el progreso no se cumple en la sociedad sino mediante una lucha encarnizada, continua, a muerte, del presente con el pasado: y el papado, que tal predominio adquiriera en la Edad media, que había educado una sociedad, que recordaba con orgullo la época en que era universalmente reconocida su supremacía sobre todos los demás poderes, no quiso desprenderse del protectorado que antes ejerciera sobre el Estado, y de las

contrapuestas aspiraciones de estas dos instituciones, surgieron conflictos sin cuento, que aún se perpetuaron, aunque en menor escala que antes, celoso el Estado de sus prerrogativas y deseoso el papado de recobrar la influencia perdida.

En esta lucha perecerá el papado: su poder se debilita: de día en día disminuye su prestigio; mas no hay que forjarse ilusiones; ínterin no sucumba uno de los dos rivales, la lucha no cesará; en pleno siglo XIX hemos visto a los papas condenar todos los progresos de la civilización; les hemos visto trazar a las sociedades la órbita estrecha en que debían moverse; les hemos visto oponer su veto absoluto a todas las conquistas de los modernos tiempos; el papado es una institución petrificada, cristalizada, inmóvil, y no ha visto que en torno suyo se ha ido operando una serie de revoluciones que han abierto entre él y nosotros el insondable abismo de una edad entera.

Hoy el cetro de la humanidad no está en Roma, sino en la razón; y la infalibilidad con que se ha querido robustecer la débil y mermada autoridad del sucesor de san Pedro, es un vano título con que se ha honrado a un moribundo.

SIRO GARCÍA MAZO.

(De *La Discusión*)

EL PORVENIR

El siglo XIX está llamado a realizar grandes ideas, a presenciar grandes acontecimientos.

La Democracia, ese poder que tiende a armonizar los hombres y los pueblos, confundiéndolos en una sola agrupación, *la humanidad terrestre*, será mañana un hecho que llenará de gozo a los hombres y al que no podrán detener los mayores obstáculos nacidos del maquiavelismo de ciertas gentes; y la fraternidad, consecuencia precisa de aquella, espantará a los egoístas y a los tiranos, raza de ingratos que pretenden absorberlo todo, será a pesar de los esfuerzos que vagan para contener el fuerte lazo que prepara la Providencia valiéndose de las ideas encarnadas hoy, para anudar a la universalidad de las gentes y entrar de lleno en el conocimiento de lo que han de ser los hombres, los pueblos, el amor universal, la justicia en

toda su trasparente belleza y significación, y Dios en la absoluta plenitud de su grandeza.

La Democracia será la vida feliz de los pueblos; pero no es suficiente que el hombre en este destierro viva como en un caos sin esperanza y sin porvenir. La felicidad política en sí, sin otro elemento que, como la democracia, le iguale en majestad y en grandeza, sería una idea muda, sin expresión, sin sentimiento y sin vida.

El universo encierra dos maravillosas cláusulas que forman la armonía del Todo. El gran concierto de la creación, esa admirable obra que para unos es objeto de profundo estudio y constante educación, y para otros un mueble inservible que no saben en qué usarlo: el universo, repetimos, como el hombre, como la calidad de todo ser y como la naturaleza de cada átomo, está formado de dos compuestos sujetos a una ley inmutable como la previsión sublime, fija y sabia, como la misma sabiduría de Dios. *Cuerpo y alma, objeto y movimiento, inercia y voluntad*. He aquí, el gran Todo, el objeto de la creación, la expresión sublime del Omnipotente, su poderosa mano dando vida a los seres y a los mundos, su enérgica y suprema voluntad llenando el infinito de incesante movimiento, y por doquier con profusión creando y todo obedeciendo, el mundo, el hombre, el ser, el átomo, a su ley y a su destino, dentro de la gran inmensidad.

Cuerpo y alma, objeto y movimiento, inercia y voluntad, he aquí, reunido, el pensamiento que en lo sucesivo puede servirnos para penetrar en el trascurso de los siglos y para que la inteligencia pueda analizar algo divino, en ese profundo e insondable arcano.

A la humanidad toca por hoy servirse de la idea más fácil, del pensamiento más sencillo, para que no se trastorne ni le sirva de obstáculo en su pesada marcha. La humanidad, ayer no podía concebir la idea de la democracia y hoy la concibe, la crea con tan bellas formas, que está dispuesta a dormirse venturosa y tranquila en sus amantes brazos.

La democracia será un hecho, un objeto real, un cuerpo que se amoldará a nuestra perfeccionada voluntad; pero como todo cuerpo necesita un alma para formar la armonía, ya que nada existe por sí mismo, la democracia nada sería, si sus bellas formas no encerraran un alma grande, elevada, digna, un alma llena de amor, de expresión, de sentimiento, que nos trasportara aun más allá de la vida, fuera de nuestras sensaciones mundanas y que nos llenara de inefable gozo en la contemplación de algo divino.

Busquemos en el campo de la filosofía las ideas esparramadas, los pensamientos revueltos, la inteligencia en una lucha sin tregua, el ser controvertido, guiado cada cual por el resultado de lo que piensa, de lo que medita, de lo que cree y espera; el materialismo, una secta empobrecida

caminando por un sendero escabroso haya cerrado el horizonte y aspirando en un estrecho círculo el miasma deletéreo del error y de la muerte, las religiones positivas todas sin fuerza y sin prestigio, con sus ídolos aniquilados; investiguemos a la humanidad, ese gran cuadro de la vida lleno de animadas formas y de encontrados matices, el placer a la desventura, el fausto, la pobreza, la virtud, el vicio; busquemos algo en el que ríe, en el que llora, en el que nace y en el que nos deja con su cuerpo la huella de que existió, reunámoslo todo y después de formar de este laberinto un cuerpo, analicémoslo y veremos al fin si la humanidad no está llena de infinitud de gusanos que royéndola la consumen y la amenazan con una enfermedad de expiación y de muerte. Penosamente va arrastrándose en el trascurso de muchos siglos, esta vida ha sobrellevado en premio de su carísima ignorancia; un esfuerzo de su inteligencia puede salvarla y felizmente un destello divino viene hoy en su ayuda, para que no se pierda en la horrorosa tormenta de la noche y para que no se precipite en el abismo que le deparaba el error y la torpeza, la oscuridad, y el caos.

La libertad está próxima para todos los hombres y los pueblos. La democracia viene a nosotros, a través de los límpidos rayos del sol tomando forma, y necesita un alma para que anime en la vida que anima todo: los materialistas desdichados son, porque sin porvenir no pueden más que contar en los días de una efímera existencia, no pueden robustecer el cuerpo que ha de servir para las futuras y eternas generaciones.

Las sectas intransigentes con sus celos, sus miserias y ruindades, no prometen más que el odio y la desesperación al hombre. Mahoma y Buda siempre serán enemigos. Jesucristo dividido en el Pontificado y en Lutero, serán eternamente irreconciliables; la humanidad, que será mañana más perfecta, aborrecerá la lucha; y arrojando de sí tanta farsa, tanta mentira e impostura, buscará en el hombre a su hermano; el blanco, el negro, el cobrizo se reconocerán, Europa, Asia, y África se confundirán llenas de amor y abrazando a sus hermanas la América y Oceanía, renacerá en el mundo el reinado de la paz y el lema de la bandera que se alzará hasta el cielo, será ¡progreso y adelante! ¡democracia y espiritismo! ¡Dios y la perfección dentro de su doctrina revelada!

JUAN PÉREZ.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

LECCIONES DE UN ESPÍRITU A UN ESPIRITUALISTA

Médium S. M.

≈SEGUNDA LECCIÓN≈

Reconocida la teoría fundamental de la comunicación del espíritu por conducto de los que hemos llamado *médiums*, es preciso hacernos cargo de la cuestión siguiente: ¿Por qué no se establecen comunicaciones entre los espíritus y todas las personas que los invocan en general? ¿No son todos por ventura seres racionales? ¿Qué gracia especial tienen unas para ser atendidas y que se les niegue a otras? ¿Con qué derecho esta verdadera desigualdad en el ser racional, que por su esencia es el mismo? Cuestiones son estas de mucha trascendencia y que te resolveré cumplidamente, confiando sean las últimas, necesarias para que el convencimiento de la ciencia espiritista entre en tu inteligencia.

Cierto es que el hombre, la humanidad, es uno y la misma, y de la misma esencia y naturaleza, puesto que en resumen no es sino esta unión armónica, de espíritu y materia. Pero si bien la esencia de espíritu, lo mismo que la de la materia, son necesariamente idénticas en cualquiera de los individuos, la unión armónica puede y en realidad presenta distinta proporción sin que por esto presente desarmonía.

¿No ves a un hombre a quien las satisfacciones morales o interiores no afectan en lo más mínimo, mientras que por el contrario, una sensación de placer o de dolor le produce tales efectos, que le lleva a la desesperación o a la aparente felicidad? pues en ese hombre el espíritu se encuentra postergado a la materia; en ese hombre hay rasgos característicos que le hacen muy semejante a los brutos y su organización es inferior.

Por el contrario, ¿no has notado ciertos hombres que despreocupados por completo de su vida puramente orgánica o física, para quienes el placer o el dolor, efecto de la sensación externa, les es indiferente, una satisfacción interior les arrebata hasta el punto de hacerles juzgar que son felices? Pues esos hombres, apenas tienen en su parte natural más que lo absolutamente necesario para ser tales hombres; por lo demás, son verdaderos espíritus puros, que se estacionan en su estado verdaderamente envidiable, por quien atado se encuentra en ese círculo de escasísimo diámetro, a que llamáis Tierra.

Si fijas tu atención en estos dos opuestos extremos considerados, fácil te será reconocer la mayor afinidad de los últimos con nosotros y la inmensa distancia que nos separa de los primeros. ¿Cómo quieres pues, que de igual suerte nos comuniquemos con todos si tan importante diferencia existe entre unos y otros? Pero no quiere esto decir, que sea imposible la comunicación aun en

aquellos que más en brazos de la materia se encuentren, puesto que con fe en la doctrina espiritista, fuerza de voluntad y continuas tentativas, puede alcanzar lo que no lograría si permaneciese indiferente ante la grandiosidad del espectáculo.

No creas que exagero al decirte la grandiosidad del espectáculo; pues en efecto ¿puede haber para el hombre otra cosa más noble y elevada que desprenderse de la fatalidad de su materia, para enlazarse íntimamente con quien no tiene que ver nada con el fatalismo, que envilece y rebaja la dignidad? ¿Puede haber nada más noble y grande para el hombre, que relacionarse aunque sea un solo momento con quien se encuentra ya a la vista de la eterna realidad? He aquí, por qué con razón te decía que es verdaderamente grandioso el espectáculo que ofrece a la contemplación, la ciencia de los espíritus.

Con estas ligeras nociones, que creo serán suficientes para hacer que deposites tu fe en la doctrina y avivar tu curiosidad por entrar en un mundo que desconoces, creo haber cumplido mi misión. Procura pues instruirte en cuanto al espiritismo se refiere, usando los buenos trabajos que sobre el particular hay hechos, pero no olvides de consultarme en cuantas dudas te asalten, estando convencido de que quedarás servido con el interés que hasta aquí te he demostrado. No preocupes tu imaginación, sin embargo, con estos fenómenos espirituales, piénsalo primero y ante todo necesitas cumplir con tu condición de ser inteligente y por lo tanto, no creas que vayas a recibir de los espíritus lo que no procures adquirir con tu trabajo. Adiós y dispón de

Beautren.

Médium J. Pérez.

A LA HUMANIDAD

Todos los pueblos sufrieron el pecado de la ignorancia; la antigüedad estaba plagada de errores; todos los conceptos, todos los sistemas y todas las teorías de ayer, han pasado por ese alambique previsto a que la Providencia depure; mucho se ha destilado con el tiempo, pero mucho falta todavía por depurar.

La mitología fue un engaño, un fantasma que se desvaneció ante la era de caridad y de amor que prometía el cristianismo. El cristianismo pasando también por ese alambique que sostiene firme la mano de la Providencia, está depurándose y cada gota que destila de tarde en tarde, es como el capricho del ámbar, lo mejor del Océano; es una lágrima de purísimo rocío, un destello de divina luz, un átomo de la absoluta verdad, una bendición del Altísimo que derrama sobre sus criaturas adormecidas en su paso hacia Él y ensimismadas por el espeso velo de ignorancia que les cubre y que les impide ver el sendero que han de seguir para llegar a su destino, a Dios.

Los pueblos despiertan, la humanidad está desperezando sus entumecidos miembros, como el que se levanta de un pesado sueño, y está pronta a seguir la marcha por el camino que la aurora

de un hermoso día le señala, en medio de un pintoresco valle lleno de flores y de aromas, de animación y frescura.

Todos saludan la presencia de tan venturoso día, muchos señalan la dirección del viaje que han de seguir guiados por la luz y sonríen de placer porque prevén el término de la incesante peregrinación.

Pero muchos, también, los que perdieron con su torpeza la brújula de la inmensa caravana, guiándola por ardorosos desiertos, tratan de desorientarla como siempre y señalan por el ocaso un punto del horizonte en donde permanecen tenebrosas nubes cargadas de tempestad; allí quieren conducirla y extraviarla, pero la desconfianza y el recelo entra en el dominio de los más inteligentes, provocan la lucha y porfían hasta la intransigencia la dirección que han de llevar, desde donde se encuentran hacia el Oriente o Poniente, hacia la sombra o la luz…………………………
……………………………………………………………………………..

Todo se depura; de la mitología quedó la creencia de las ideas, el sentimiento aplicado a la acción de cada cosa en la vida real; del cristianismo quedará la sublime palabra de Jesús, sola, aislada, independiente, sin oficiosas interpretaciones; porque ellas por sí solas, forman el grandioso poema de la vida presente y futura y ellas en sí y por sí, encierran la felicidad humana y fortalecen el espíritu, para penetrar en ese infinito desconocido de espacio, de tiempo y de inteligencia en donde se envuelve Dios.

La humanidad se apresta a la lucha; los hombres de todos matices y colores, que sirven de rémora para encaminarla al ayer, pasándola por el escepticismo del siglo XVIII, por el fanatismo del siglo XVII, por la crueldad inquisitorial, por las torturas de todas las épocas y por la ignominia, con el estado absoluto de todos los tiempos, los hombres, en fin que, llenos de ese maquiavelismo, pretenden retroceder, empujando, arrostrando y precipitando al caos de que, providencialmente, pudieron salir las pasadas generaciones, se estrellarán en su impotencia y a pesar de todo serán llevados fatalmente por temor de quedarse cara a cara con el grito de la conciencia y el estertor del remordimiento.

La inteligencia pulula en todos los seres; es una naturaleza sublime, nueva en esta atmósfera que ha venido preparándose para la perfección; brota entre martirios, germina en chispa y sus tallos, elevándose a los distantes espacios, fecundarán el genio, destello de la sabiduría infinita del Altísimo.

¡Alzad la frente, espíritus de la tierra! ¡contemplad él universo! ¡medid la distancia que por doquier os rodea, la que atravesareis en estado libre con la sutileza del pensamiento!

Respirad el grato ambiente de tanta y tanta magnificencia, y a los que intenten deteneros en tan sublime contemplación, compadecedles y decid con Jesucristo: «Demos al César lo que es del César» el desprecio por la arrogante pretensión de detener el vuelo de nuestra alma, y «a Dios lo que de Dios es» nuestra vida, llena de amor y de agradecimiento por habernos creado expresamente para ser un día mensajeros de su augusta voluntad e inconmensurable grandeza.

Eusebio Catalán.

MISCELÁNEA

Nuevo periódico.—Hemos recibido con el mayor placer, él número primero de uno, que, con el título de *Revista Espiritista* acaba de ver la luz pública en Montevideo.

Es digna de notarse la rápida marcha con que se propaga la doctrina del sublime Mártir. Aherrojada en los templos católicos, por la intolerancia clerical después de tantos siglos, hoy se levanta digna y potente de su forzoso abatimiento y con su voz atronadora conmueve a todos los que pretendiendo en su orgullo y fanatismo elevarse sobre el solio de las generaciones, son solamente pigmeos ante la grandeza de su moral evangélica.

¡Desdichados! ¡en su extrema ignorancia anteponen a un anciano decrépito y abatido por el peso de los años al Divino Redentor, sin conocer, que la mentira cae por su propio peso, y que sus castillos de naipes habían de volar al primer soplo de la verdad regeneradora!

Hoy se forma un centro, mañana una reunión y últimamente entre el estruendo de los insultos que a toda hora lanzan los católicos, aparece un nuevo adalid en la prensa, valía insuperable donde se estrellan los envites de los modernos fariseos.

Quiera Dios sigan este ejemplo las demás capitales, donde el oscurantismo romano impera.

Nosotros enviamos desde aquí el más fraternal abrazo a nuestros hermanos de la lejana república, deseándoles un buen éxito en tan grande empresa y aconsejándoles la constancia y la mansedumbre para con los ministros de Dios enmascarados, que hipócritamente explotan el nombre del crucificado, inmolándolo en aras de su ambición descomedida.

Nada mas os deseamos que unión, constancia y *liberalidad.*

Verdadera doctrina cristiana.—Con éste título, acaba de editar un folleto la SOCIEDAD BARCELONESA PROPAGADORA DEL ESPIRITISMO.

Esta obrita, que se expende al ínfimo precio de 2 rs, ha de producir inapreciables beneficios en la propaganda de las verdades cristianas, limpias de interpretaciones y retorcimientos en la palabra de Jesús.

Calcada sobre la del padre Ripalda, mejora en muchos puntos la explicación, varía las tendencias de secta y corrige los abusos teológicos en

especialidad, la Teogonía. Ha sido obtenida medianímicamente en La Habana y en abril del presente año.

Es un precioso resumen de la parte religioso-moral del Espiritismo, que los padres deben hacer estudiar a sus hijos, con el laudable fin, de preparar aquellas débiles inteligencias al conocimiento de las verdades morales, las que no pueden ir envueltas en las brumosas nubes del misterio, que ahoguen el pensamiento de los niños, los predilectos del Maestro.

Los Jesuitas.—En Alemania comienzan a querer librarse de la primer plaga de Egipto, los jesuitas. «Raza de víboras» que en todos los Estados dejan las huellas de crímenes y estafas dignas de su escuela.

En España van propagándose al calor del fanatismo de las poblaciones rurales, apoderándose, como antes, de todo aquello que buenamente pueden.

Estos demagogos de la religión, han predicado y enseñado las doctrinas más disolventes que hayan podido concebirse. La base de su moral ha sido esta: «El fin justifica los medios» o de otro modo, «todos los medios son buenos para llegar a un fin.» Con esto el robo, el pillaje, la deshonra, la calumnia, el homicidio, el fratricidio, el regicidio, todo en fin, ha sido predicado por ellos y por ellos mismos llevado a cabo.

Arrojados de todas partes por su infame comercio, vuelven otra vez cual aves de rapiña a aparecer en nuestros horizontes, y debieran los fanáticos de todos matices—desde el que confiesa y comulga cuando la santa madre iglesia lo manda, hasta el que arrodillado, por penitencia lleva en una procesión una piedra de cuatro arrobas sobre sus *pecadores* hombros,—leer la historia de los discípulos de Loyola, y en particular la morita secreta, para aprender a conocer esos comerciantes de la verdad evangélica.

El Imperial ha publicado en estos días un notable artículo que se titula «Regicidio frustrado» en el que pone de manifiesto la voluntad que tenían los jesuitas a José I, rey de Portugal en el siglo pasado.

La doctrina de Mariana y otros muchos ángeles negros dio sus frutos, y en Francia y en Roma se intentaron y se realizaron varios regicidios, envenenando hasta la hostia y los pies de un crucifijo.

¡Por el fruto se conoce el árbol!..

¡No es extraño! Los que santifican a David matando a Goliat, y a la Judit degollando a Holofernes, bien pueden luego, santificando su repugnante ambición, bajo la máscara hipócrita de la religión y el bien, abrir un enorme boquete en el cuerpo de un hermano con un *pedazo de hierro inerte* o atosigar sus entrañas con un veneno sutil que no deje rastro.

Ánimo. ¡Aves de mal agüero que acudís al olor de la carne en putrefacción; el cuerpo de la iglesia despide ya miles de miasmas deletéreos, arrojaos contra ella y que acabe pronto bajo el peso de vuestros crímenes!

Ambos tendréis el precio de vuestros hechos. ¡Que Dios se compadezca de vuestro espíritu!

Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 20 de Agosto de 1872. Num.16.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

CONTESTACIÓN

A UNA HOJA SUELTA TITULADA

DOS PALABRAS A «LA REVELACIÓN»

Sr. D. Benedicto Mollá.

Mi distinguido amigo: Dispénsame, no haya contestado a la tuya tan pronto como hubiera querido; ocupaciones graves y constantes me han privado de tal deseo y de tal placer. Siento mucho que la hoja del 13 de Julio esté firmada con tu nombre; tu nombre es un talismán que despierta en mi memoria la idea de tiempos felices; el perfume de una flor que me recuerda historias dulces; el eco de una armonía que me arrebata a la región de lo pasado, que es la bella languidez de las edades. Tu nombre ha sido hermano del mío; los dos salieron engarzados de la urna, para elevarnos a la vicepresidencia de *El Estudio*. El me recuerda que hay un tabernáculo en que arde el fuego sacro de la amistad por mí, y ese tabernáculo es tu pecho. El me trae a la memoria que hay una copa de bálsamo preparado para calmar mis infortunios, y esa copa es tu corazón. ¿Cómo no he de sentir profundamente tener que mezclar entre acerbos cargos un nombre que tantas dulzuras me recuerda?

Cierto es que estos cargos duros irán dirigidos a la idea y no a la persona; al adversario religioso y no al amigo; al neocatólico y no al hombre; que atacarán con energía a la pequeñez de la doctrina, dejando

incólume la grandeza de la personalidad. Pero sin embargo ¿no es cierto que el pecho siente parte del amargor de los cargos que a la idea se dirigen? ¿no es cierto que pocas veces podemos impedir el derramamiento de una gota de ese amargor en el ánfora de nuestro corazón?

He aquí los temores que abrigo; he aquí las dudas que me asaltan. Y si yo supiera que no habías de poner todos tus esfuerzos en impedir la entrada en tu pecho al acíbar de mis reconvenciones religiosas, soltaría la pluma, y dejaría a mi pesar sin contestación tu carta, aunque la opinión pública me tachara de descortés, y mi conducta viniera a quedar al nivel de la conducta de cierto teólogo de esa capital, que no se ha dignado a contestar a ninguna de mis cartas, no renunciando por eso al placer de zaherirme y ridiculizarme.

Y entro en materia. En primer lugar, manifiestas tu sentimiento porque en mis versos ves odio hacia una institución, que tu apellidas *benemérita* y que yo tengo por mala. Pues querido mío ¿no he de sentir odio por ella, si la tengo por no buena? ¿No he de sentir odio por ella, no he de procurar inspirarlo a mis lectores, si la considero inaceptable? Yo veo que es mala en el arte, la fealdad; en la ciencia, el error; en el dogma, el fanatismo; en la moral, el abuso; en la política, la esclavitud; en las leyes, la pena de muerte, el patíbulo afrentoso, el cadalso bárbaro. Y si veo que todo esto es malo en cada una de las esferas de la vida; si veo que el odio que siento por todo esto y el odio que inoculo en las venas del lector, puede operar paulatinamente una renovación, y alcanzar al fin la extinción, de todo esto *que es malo*; si veo que este odio es saludable, benéfico, necesario, indispensable bajo tal punto de vista ¿por qué no he de sentirlo y procurar que los demás lo sientan?

Si yo noto que el neocatolicismo es malo, ¿por qué no le he de odiar y procurar que la sociedad le odie? ¿Qué es la caída de la antigua ley de las castas, sino el odio a ella inspirado por Jesús en las palabras *no hay griego ni gentil, judío ni persa*? ¿qué es la caída de la esclavitud de la mujer, sino el odio que el mismo Jesús predicó, en la frase *no hay macho ni hembra*? ¿qué es la caída de la esclavitud de la conciencia, sino el odio despertado por Lutero en la predicación del Evangelio? ¿qué es la caída de los tiempos feudales con sus castillos seculares, sus señoríos de horca y cuchillo y sus derechos de pernada; qué es la caída de los barones de la Edad Media, nobles bandoleros, o bandoleros nobles, con sus correrías, sus luchas de familia, sus rebeliones, sus alcázares donde pasaban la vida noche, la vida negra, la vida triste, delante de la chimenea, al lado de la castellana y junto al bufón y al perro; qué es la caída de estas edades y de estos hombres, sino el odio sembrado por la palabra de Lutero, por la máquina de Gutenberg, y por el laboratorio de aquel monje que encontró en su escudilla la fuerza derribadora de montañas y castillos? ¿Qué es la caída de las

preocupaciones caballerescas, del amor a lo fabuloso y novelesco, de los castillos encantados, de las princesas prisioneras y de las hazañas inverosímiles, sino el odio que en traje festivo lanzó al mundo el ingenio de los ingenios, el inmortal Cervantes Saavedra?

Esto te demuestra que el odio a las instituciones malas, a las preocupaciones y a los vicios de organización en las sociedades, es un odio histórico, natural, justo y benéfico. Y así como el odio a las personas es la sombra, es el estacionamiento, y es la enfermedad del alma, el odio a las malas instituciones, preocupaciones y vicios de organización en las sociedades, es la luz, él progreso y la salud de las naciones.

El primero se llama *maldad.*

El segundo *beneficio.*

El primero es el enemigo del Evangelio.

El segundo es la palabra del Evangelio mismo.

¿Ves ahora, Benedicto Molla, cómo no debes *tener tanto sentimiento* porque odie yo he infunda el odio en mis lectores hacia una institución que juzgo mala?

A esto me dirás que el neocatolicismo es bueno; yo te contesto: allá lo veremos.

En el 2º párrafo de tu carta, manifiestas tu extrañeza porque doy al neocatolicismo el nombre de *secta romana*, y es muy justo que te esplique la razón en que me fundo.

El neocatolicismo no es religión, ni mucho, menos la religión de Cristo. El neocatolicismo es la *tiara*, es el *hisopo*, es el manto de pieles, es la ley de las castas, es el diezmo y la primicia del *judaísmo.* Es la inmunidad, es la regalía, es el privilegio, es la magnificencia y es la fastuosidad del *gentilismo.* Es la grandeza, es la opulencia, es el fragor del combate, es la sangre vertida, es el bosque incendiado, y es la provincia conquistada del *feudalismo.*

Y un *judaísmo*, un *gentilismo* y un *feudalismo*, ni es religión, ni religión cristiana. Es sencillamente un fausto, un privilegio y una injusticia.

Porque Moisés y Aarón, Constantino y Helena y Pipino y Carlomagno, no son los apóstoles, ni los mártires, ni Jesucristo.

¿Te vas enterando, Benedicto Mollá?

Porque el trono del Papa, el manto de pieles, el anillo de esmeralda, la triple corona de oro; porque el mullido y espléndido lecho, la silla gestatoria, los manjares exquisitos, los palacios fastuosos y los trenes deslumbrantes, no son religión, ni menos religión cristiana. Son

simplemente alarde de poder, de fausto y de orgullo. *Son simplemente romanismo, secta romana*: de otro modo, *secta papal*. Porque todo esto no es Calvario, no es túnica de lana, no es corona de espinas, no es pobreza evangélica, no es humildad cristiana, no es sangre de Jesús, ni lágrimas de madre, que es lo que constituye el único, el verdadero, el inmortal cristianismo.

¿Te vas enterando Benedicto Mollá? ¿Vas comprendiendo por qué llamo yo secta romana a lo que tú llamas catolicismo?

Porque la ley y los profetas *que hasta Juan profetizaron*; porque el hombre viejo, como dice la Sagrada Escritura; porque el mundo antiguo, la profecía, el anuncio, la esperanza, como dice la primera parte en la Biblia, o sea la Biblia hebrea, la Biblia judía, la Biblia del Sacerdocio de Leví, de las sentencias de Salomón, de los cantares de David, de las odas de Isaías y de las elegías de Job, no es el espíritu de gracia, no es la emancipación de la conciencia, predicada desde Juan el Bautista hasta Juan el apóstol, no es el hombre nuevo creado por la palabra, por el soplo, por la luz de Cristo, no es la realización brillante encarnada en Jesús, no es la segunda parte de la Biblia, no es la Biblia cristiana, la Biblia de Mateo, de Marcos, de Lucas, de Juan, no es la Biblia de Pedro, de Pablo, de los demás apóstoles y discípulos, no es la Biblia de esa brillante minada de confesores y mártires que vivieron en las catacumbas y murieron en los anfiteatros, cuya Biblia es la única que representa el solo, el verdadero, el inmortal cristianismo.

¿Te vas enterando Benedicto Mollá? ¿Vas comprendiendo por qué doy el nombre de secta romana a lo que tú llamas catolicismo?

¡Catolicismo! ¡qué sabes tú lo que es catolicismo! Catolicismo significa *verdad universal*.

Catolicismo en religión, es Evangelio; en ciencia, verdad; en arte, belleza; en leyes, justicia; porque la verdad, la belleza y la justicia, son verdades universales, acatadas en todo el universo. Pero el judaísmo, el gentilismo y el feudalismo, ni son verdades universales, ni él universo las acata. Eso es buenamente *neocatolicismo*, o sea catolicismo falseado.

Y como es Roma la que acepta y proclama ese feudalismo, gentilismo y judaísmo, yo llamo a todo eso neocatolicismo, *secta romana*.

¿Te has enterado, Benedicto Mollá? ¿Has comprendido, por En la razón en que me fundo para llamar secta romana o papal a lo que tú das el nombre de catolicismo? Pues si no lo has comprendido todavía, pide explicaciones, y te las daré.

Me preguntas de dónde procede el gran encono que experimento hacía la secta papal y te lo voy a manifestar, lo más brevemente que me sea posible.

El neocatolicismo produce el encono de las gentes honradas, porque es amigo, avaro, idólatra del oro. Porque en vez de decir como Jesús: «*pide y te se dará*»; en lugar de decir como San Pedro: «*tu dinero perezca, contigo si crees que con use gana el reino de Dios*», el neocatolicismo exige dinero a todos y por todo. Hace pagar al que nace; al que come; al que se casa; al que vive; al que muere; ¡hasta al que muere! Se acerca a la cuna, y pide oro; al tálamo, y pide oro; al sepulcro, y pide oro, y si se le censura esta tarifa terrena, contesta que él es una industria como otra cualquiera, y si se le hace memoria sobre la pensión que del Estado cobra, responde que es una institución divina; y ya como institución divina; y ya como industria humana, continúa cobrando del Estado y de los fieles. El neocatolicismo despierta el encono de las gentes honradas, porque fomenta la inmoralidad en su imposible, absurdo, antinatural, cruel y bárbaro celibato, por el cual o se es mártir de un precepto contrario a las leyes de la naturaleza, o se es forzosamente criminal mancillando el honor del prójimo. El neocatolicismo despierta el odio de toda persona de bien, porque tiene una historia que horroriza; porque persiguió, aherrojó, maldijo, atormentó, y quemó a los hombres; porque atacó la libertad del pensamiento quemando a Juan Hus, Gerónimo de Praga y Arnaldo de Brescia; porque atacó los giros del corazón derribando del carro en que iba, a la *hija de una sonrisa de Platón*, como dice poéticamente Pelletan, a la joven Hypatía por el enorme delito de ser pagana, la arrastró por el cabello hasta la iglesia de Cesariu, la despojó de sus vestidos, insultó su belleza, y la destrozó lentamente con el cortante de una concha, todo lo cual fue llevado a cabo por mano del diácono Pedro, seguido de un populacho de santos, crimen un tanto parecido al que se consumó dentro de la catedral de Burgos, no hace muchos años, en la persona de cierto funcionario público, por el delito de cumplir con su deber. El neocatolicismo es odioso a toda persona de bien, porque arrastró a Galileo, la más hermosa encarnación de la ciencia; hasta el dintel de otra iglesia, y le obligó a pronunciar una mentira, en oposición a una verdad que él había conquistado a costa de largos años de estudio profundo, y recogimiento sagrado. Porque condujo a Colón, el hombre de la fe, el santo de la inspiración, el Jehová del mundo americano, delante de las gradas de un tribunal, dónde le disputó su ciencia inmensa, su inspiración sublime, su sueño genesiaco, con las pobres y ridículas armas de unos cuantos versículos inoportunos y caducos. Porque maldijo el telégrafo y cuantos inventos constituyen el progreso humano; porque estableció la Inquisición; porque llamó *Santo Oficio* al oficio de quemar seres humanos; porque incendió el mundo en guerras, en odios y desesperación; porque le incendia todavía; porque embrutece a los pueblos con sus reliquias, ídolos y farsas, y en fin, porque crucifica la memoria del Crucificado, pervirtiendo, corrompiendo, destrozando y maldiciendo la

doctrina que aquel sublime Mártir nos dejó en herencia escrita con su sangre en un madero, para mejoramiento del mundo y bienestar del alma.

He aquí, mi querido Mollá, unas cuantas razones de las muchas que tengo para odiar el neocatolicismo. He aquí, unas cuantas razones de las muchas que para odiarle tiene la humanidad.

¿Dirás ahora que mi encono hacia esa institución es infundado?

¡Cómo! ¿Es infundado el odio que se siente por una institución que persigue aherroja, maldice, atormenta, ahorca, y quema al hombre?

¡Cómo! ¿Es infundado el odio que se experimenta hacía una institución que castiga la libertad del pensamiento con la hoguera?

¡Cómo! ¿Es infundado el odio a una institución que castiga los impulsos del corazón, destrozando a una mujer, a la más tierna y débil de las criaturas, a la más digna de respeto, de consideración y amor, a la representación del ángel en la tierra, a la madre del hombre, con el cortante de una concha?

¡Cómo! ¿Es infundado el rencor a una institución que condena a la ciencia en Galileo y en Colón?

Responde, Benedicto Mollá, ¿es infundado este odio, este rencor, hacia esa institución malvada, impía, sacrílega que comete todas las crueldades imaginables?

Responde, Benedicto Mollá, ¿es *alta y benemérita* una institución que quema a los hombres, a los hermanos de Jesús, a los hijos de Dios; sembrándola tierra de cenizas, huesos calcinados, ríos de sangre, océanos de lágrimas?

¡Ah! Levantaos manos ensangrentadas, sombras desgarradas; levantaos con vuestros rostros carbonizados por las hogueras del Santo Oficio; con vuestros pechos destrozados por los tormentos de la inquisición; venid delante de este hombre que se llama cristiano, que da el nombre de *altos* y *beneméritos* a vuestros verdugos, y enseñadle cuales son los beneficios que debéis a esa inicua asociación de tigres, que se llamó falsamente cristianismo.

Ven, tú, Benedicto Mollá; dame la mano y ven conmigo, levantémonos en alas del pensamiento a las regiones serenas dónde se columpia el brillantísimo espíritu de Jesús, y allí, en su presencia postrados, delante de aquella faz augusta, repite si te atreves que el neocatolicismo que ha perseguido, encadenado y quemado al hombre, es una institución cristiana, y es la más alta y benemérita de las instituciones del mundo.

Repite esa blasfemia, tú que dices que yo he dicho el *mayor disparate que decir se puede.*

¡Ah! Benedicto Mollá, ¡qué ceguedad, qué fanatismo, qué ignorancia, por no decir que maldad tan asquerosa!

Vuelvo a decir que aquí tienes explicado el motivo de mi odio hacia el neocatolicismo.

Aquí tienes también explicado cual es el *libelo*, que tal odio ha hecho nacer en mi corazón. Ese libelo... es un libro con letras de luz que enseña a amar a nuestros enemigos, no ha quemarles; a bendecir a nuestros contrarios, no ha maldecirles; no ha maldecirles por los cuatro costados, y por delante y por detrás y por arriba y por abajo como hacen o hacían las excomuniones papales; libro que enseña, páginas que mandan que el que pretenda *ser el primero sea el último*, que el que desee riquezas no entre en los reinos del cielo, preceptos contrarios a la institución benemérita que ha establecido el papado y ha empobrecido las naciones; libro que es el mejor de los libros, páginas que son las más luminosas de las páginas, ley de gracia que ha dado la ley de justicia a todos los códigos de la tierra, moral sublime que ha regenerado, regenera y regenerará a la humanidad, que la ha puesto en el sendero del progreso, y la levantará por fin en sus gigantescas alas a la espléndida región en que mora el ángel de la perfección dichosa; libro que tu no conoces, ni tus correligionarios laicos, porque aunque fue legado por Cristo a todos los hombres de la tierra, el papado os ha prohibido que le conozcáis; libro que si le conocéis faltáis al papado, y sois rebeldes a vuestra fe; libro en conclusión que se llama... ¡El *Evangelio*!

Ahí tienes, Benedicto Mollá, ahí tienes el *libelo* donde he aprendido el odio al neocatolicismo. Y sabe en adelante que el mayor enemigo del romanismo, es el creador del Evangelio: es Jesús.

Entendedlo neocatólicos; Jesús es la sombra negra vuestra, cristianos sin cristianismo. Cristianos sin Cristo.

Me acusas, mi querido amigo, de haber dado el calificativo de ignorante al clero católico, y no recuerdo si lo hice, ni en qué pasaje. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que dicho clero adolece de este defecto; sino en la parte científica y literaria, al menos en la parte moral y evangélica, que es la que constituye la ciencia del verdadero cristianismo. Dices que eso que llamas *catolicismo* ha tenido sus varones de sabiduría y santidad, de bondad y luz; pero, yo no he negado esto nunca, ni lo negaré, aunque desconozco, según tú supones, los adelantos del saber en todas las diversas ciencias que le constituyen. Lo que afirmo es que estas eminencias a las cuales cupo la desgracia de nacer en el seno del neocatolicismo, no prueban nada en contra de los defectos e inconvenientes de esta doctrina.

Heródoto, la alborada de la historia; Homero, el creador del Olimpo; Virgilio, la ternura de la poesía; Esquilo, el solitario sublime; Sófocles el

trágico pintor de Edipo; Eurípides, el ingenioso revolucionario del teatro griego; Sócrates y Platón, los primeros fulgores del sol del cristianismo: Pitágoras y Empédocles y tantos otros genios de la antigüedad fueron paganos, lo que no prueba que el paganismo sea bueno. En mis modestos estudios literarios, he tenido ocasión de ver levantarse del regazo del neocatolicismo, arcángeles sublimes que han deslumbrado a la tierra con el resplandor de su genio y electrizado al mundo con las armonías de su laúd. ¿Quién es el varón augusto que en medio del misticismo de la Edad Media se levanta potente y arrojado, y lanza a las llamas eternas a Celestino V.; y sentencia a la humanidad, revuelta y corrompida; purificarse en el fuego del purgatorio, y sube inclinado en el hombro de Beatriz a visitar los espacios infinitos, a saludar a los inmensos torbellinos, a los mares inmensos de querubines y a entonar un cántico de gratitud, postrado ante las gradas del Altísimo, y en medio de una atmósfera de inciensos, resplandores y armonías? un sacerdote neocatólico: el Dante. ¿Qué espíritu soberano ordena al ángel de la sabiduría descender a la tierra, bajo el nombre de la diosa Minerva, le encarna en el cuerpo de Mentor, y su pretexto de instruir a un joven príncipe; abre a la humanidad entera los tesoros de su ingenio, y le muestra el arcano en que reside el arte de gobernar a los pueblos haciéndoles poderosos y felices? Otro sacerdote neocatólico: Fénelon ¿Qué alma grande es aquella que se convierte en águila santa y se eleva con las alas de la elocuencia sagrada a los espacios del sol, dejando a sus plantas, como dos modestas alondras a las águilas de Atenas y Roma, a Demóstenes y Cicerón? Otro sacerdote neocatólico: Bossuet. ¿Quién emprende una peregrinación por los montes, valles, bosques, ríos, de lo pasado, y asiste a las batallas, y visita los festines, y registra los anales, y enriquece a su nación con la historia más completa que posee pueblo alguno? Otro sacerdote neocatólico: el padre Mariana. ¿Quién traslada al verso castellano la campestre poesía, las tiernas lágrimas de Virgilio, y los giros veloces y centelleantes del carro olímpico de Píndaro? Otro sacerdote neocatólico: Fray Luis de León. ¿Quién conduce al parnaso español la riqueza inventiva de Ariosto y la descripción gallarda de Lucano? Otro sacerdote neocatólico: Bernardo de Balbuena. ¿Quién describe al Eterno abandonando los diamantinos muros del cielo, hundiéndose en las tempestuosas tinieblas del caos, y extendiendo en el vacio el compás de oro para trazar la circunferencia del globo terráqueo, al inmenso cántico de admiración de las falanges celestes, al estrépito de las alas de los serafines que difunden en la inmensidad un diluvio de perfumes y fulgores? ¿Quién crea el sombrío y sublime Satanás que se pierde en el abismo a dónde cae cual lucero desprendido, cual anillo de oro roto y escapado de la cadena de la gravitación universal? Un lego católico: Milton. Y por último, ¿quién disputa el premio de la lira a Homero y a Virgilio, refleja a Milton, camina con Tácito, habla como Demóstenes y

canta como David? ¿Quién se sienta entre los escombros y ruinas del catolicismo, destrozado por la tea y la espada de la revolución, pulsa la melancólica lira de Jeremías, recuerda el Horeb y el Calvario, y hace que la beldad de aquella religión muerta, helada por el frio de la diabólica risa de Voltaire, abra de nuevo sus ojos a la luz, busque en el suelo la corona desprendida, empuñe el antiguo cetro universal y derrame su mirada triunfante sobre el naufragio de las creencias, mientras que las catedrales góticas se levantan como por encanto, para presenciar el abrazo de reconciliación entre el antiguo Dios del Sinaí y el moderno rebelde pueblo arrepentido? Otro laico neocatólico; Chateaubriand.

¿Y qué prueban todas estas eminencias en contra de los defectos del neocatolicismo?

Nada.

Después de permitirte una vaciedad, que por decoro no quiero referir, acerca de la persona del ilustre Allan Kardec, cuyo nombre ni siquiera sabes escribir, me recomiendas la lectura de la Historia Universal de César Cantú, en lo cual anduvisteis desacertado, pues encuentro en este autor datos que quisiera desconocer para no aumentar tu derrota. César Cantú, dice en su citada Historia, tomo 6, capítulo VII, página 41, «que en el reinado de Luis XV, hasta las dignidades eclesiásticas, y los beneficios, se obtenían con las mismas artes que los demás empleos, es decir, por medio de rastreras adulaciones y de queridas. Que el abate Cottin escribía madrigales amorosos; el abate Grercourk poesías lúbricas; el abate De Pure la *Historia, galante de las preciosas*, y el abate D´ Aubignac, la *Relación del reino de la coquetería*.»

Y puesto que tú, amigó mío, me hablas de los jesuitas y me recomiendas la lectura de César Cantú a continuación copio lo que este célebre historiador narra acerca de ellos en su Historia Universal, tomo: 6º, capítulo X, páginas 85, 89 y 90, «Los jesuitas de las lejanas misiones eran unos verdaderos negreros que comerciaban con los indios que reducían a la esclavitud, y tanto era así, que Urbano VIII decretó la prohibición de este comercio, y Benedicto XIV renovó más tarde otra prohibición, y *en otra bula del mismo año prohibió a los obispos americanos de Portugal que redujesen a la esclavitud, los Indios, los comprasen, vendiesen o cambiaran; los separasen de sus mujeres e hijos, o les privasen de algún modo su libertad.*

«La resolución del parlamento francés de 1762, condena a los jesuitas como notoriamente culpados de haber enseñado en todos tiempos y constantemente, con aprobación de sus superiores y generales, la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, el maleficio, la astrología, la irreligión, la idolatría, la superstición, la lujuria; el perjurio, el falso testimonio, las

prevaricaciones de los jueces, el hurto, el parricidio, el homicidio, el regicidio; como favorecedores del arrianismo, del socinianismo, del sabelianismo, del nestorianismo, de los luteranos, calvinistas y otros innovadores del siglo XVI, como productores de la herejía de Wiclef y de los errores de Pelagio de los semipelagianos, de Cassio, de Fausto, de los marselleses.... Como protectores de la impiedad de los montañistas y propagadores de una doctrina injuriosa a los santos padres, a los apóstoles y a Abraham.

«¿Qué especie de langostas serian los jesuitas que Carlos III rey de España a pesar de ser hombre *religioso* y *circunspecto*, accedió a las instancias del Conde de Aranda y los arrojó de España para seguridad del Estado, exclamando después de hecho: *He conquistado un reino*?

«Clemente XIII fundándose en que la Compañía de Jesús estaba aprobada por el Concilio de Trento, se negó a las oscitaciones de los reyes y príncipes que pedían su supresión, y la confirmó nueva y terminantemente con la bula «*Apostolicum*» en 1765; pero su sucesor Clemente XIV decretó la suspensión de los jesuitas considerando esta medida como un bien para la Iglesia.»

He aquí, lo que dice César Cantú, el cual me recomiendas que estudie.

¿Por qué me envías a este autor si tan desfavorable se muestra a tus intentos? Confiesa, querido amigo, que anduviste desacertado en esta ocasión, y en lo sucesivo procura ser más previsor y cauto. Omito muchas notas más del mismo historiador y otros, (entre ellos el propio pontífice que suprimió la Compañía) por consideraciones a mis lectores que juzgo fatigados por una peregrinación tan larga: pero prometo que poco a poco iré presentando al público cosas curiosas acerca de los mencionados jesuitas.

Te extrañas de que califique de tirano y despótico al neocatolicismo, así como de que suponga en él intransigencia y tendencias a dominar. Amigo mío, después de lo dicho acerca de él, la cándida sencillez de tu extrañeza solo puede arrancarme una alegre carcajada, y si no fuera por dilatar demasiado este escrito, yo expondría extensamente la razón en que me fundo. Pero cuatro frases me bastan para contestar cumplidamente.

Llamo tirano al neocatolicismo, porque dice: «*Cree o muere.*»

Llamo despótico al neocatolicismo, porque dice; «*Soy el poder supremo.*»

Llamo intransigente al neocatolicismo, porque dice: «*Fuera de mi iglesia no hay salvación.*»

Y llamo dominador al neocatolicismo, porque se ha revestido de cañones y fusiles como cualquier Atila moderno.

Por lo demás, el neocatolicismo fue útil en aquellos tiempos bárbaros en que los emperadores eran salvajes. Entonces cumplió su misión. Hoy es inoportuno y ocioso. Las leyes de Moisés, por ejemplo, surtieron su efecto en otras edades; pero sería una locura que porque entonces fueron útiles, pretendiéramos lo fuesen hoy. La sociedad avanza, corre, vuela, el neocatolicismo se ha quedado atrás; ¿qué culpa tiene la sociedad? ¿Se pretende que retroceda? ¡qué locura! Que adelante más bien el neocatolicismo. Dices que éste ha enjugado lágrimas; no amigo mío; este las ha hecho derramar. El papado, las guerras, la inquisición, las bulas, los cánones, las jerarquías, el purgatorio, el infierno, y demás cachivaches que constituyen el neocatolicismo, no tienen nada que ver con las lágrimas de los desvalidos; digo mal, tienen que ver, puesto que las han ocasionado. Quien ha enjugado esas lágrimas ha sido Jesucristo, sus apóstoles, sus discípulos y sus mártires.

El Evangelio; no las bulas.

El Cristianismo; no el *romanismo.*

¿Te has enterado, Benedicto Mollá? vosotros confundís ambas cosas por ignorancia o por conveniencia.

El hecho que me citas ocurrido en Irlanda no puede ser más contrario a tus propias intenciones, un enemigo, no lo hubiera escogido mejor. En efecto, se elige un diputado neocatólico; sale triunfante en las elecciones. La prensa inglesa acusa al clero de haber *predicado desde los altares el asesinato y rebelión*. El gobierno anula las elecciones fundado en la ilegalidad y coacción ejercida por el clero. Impone siete años de reclusión al arzobispo de Tuam y a los obispos de Galway y Clonfert, y una fuerte multa al capitán Nolan. —¿Qué ha pasado aquí? Para el periódico neocatólico del cual tomas la noticia y para ti un abuso del poder, del gobierno; para la generalidad que sabe la sensatez y justicia de la prensa inglesa, y la serena rectitud con que procede el gobierno, un abuso del sufragio. Esto es evidente. ¿Y cómo es posible dudar de la culpabilidad del partido neocatólico, cuando tú mismo confiesas que promovió una asonada quemando el busto del juez M. Keogh para desahogarse? y ten por seguro, que quemó el busto porque no pudo achicharrar al propio juez. El haber abierto los electores una suscripción para pagar la multa impuesta al electo; no creo que sea un rasgo tan sublime como tú quieres suponer, y algún elector habrá que al depositar su óbolo, dijera por lo bajo: «*yo pecador*.»

Y por fin, ¿qué tiene que ver lo que pasa en Irlanda con mi romance y con *La Revelación*?

Hemos llegado por fin, al último punto de tú carta, no dirás que he dejado un párrafo ni una línea siquiera por contestar. Dices que el estilo literario de *La Revelación* es malo. Convengo en ello; en cambio el fondo es bueno. No aspiramos a que nos llamen grandes escritores, sino buenos cristianos. Tenemos un consuelo sobre el corazón, y debemos participarlo a nuestros hermanos. Si no lo hiciéramos por temor a la crítica literaria de los sabios, faltaríamos al Evangelio.

Pero sin embargo de ser tan legos en la literatura, y de reconocer tu alto criterio en esta materia, te aconsejaríamos, sino lo tomases a mal, que antes de criticar una publicación, pases la vista por un libro de retórica y poética; pues el primer verso que has tomado de Quevedo, le has destrozado lastimosamente y ya ves que el público puede decir, que no es competente para juzgar un estilo literario, aquel que no sabe trasladar un verso de un papel a otro.

Dios tenga en el cielo al verso destrozado, y tú dispón de tu amigo que te quiere.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan, 1.° de Agosto de 1872.

ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

USOS Y COSTUMBRES, VICIOS Y PENAS

Nosce te ipsum.— **SÓCRATES.**

No bastan el amor y la fe para la transformación de la sociedad; la ciencia es necesaria; si no existe, es preciso crearla, si existe, es preciso aprenderla y propagarla.—***VÍCTOR CONSIDERANT.***

La libertad del pensamiento es el primer derecho del hombre, y la difusión omnímoda de la enseñanza, la primera necesidad de los pueblos.

Quién dice ignorancia, dice: ceguedad, preocupación, error, superstición, despotismo, arbitrariedad, humillación, miseria e inmoralidad. —***VÍCTOR HUGO.***

No hay idea que se pierda, ni revolución que se ahogue, ni dogma racional que no triunfe, ni esperanza salvadora que no se realice, ni promesa de libertad que no se cumpla. —***EMILIO CASTELAR.***

Sin las buenas costumbres, en vez de ennoblecer al hombre la sociedad, lo degrada y lo cerca de un montón de males y de aflicciones, que no conoce el hombre de la naturaleza.—***ARÍSTIDES.***

En la época turbulenta que atravesamos, cuando la sociedad no ha aceptado todavía la base segura y resistente, donde debe asentar los graníticos cimientos sostenedores del majestuoso y sólido edificio, que quiere levantar para alcázar de la virtud y de la justicia, para amparo del débil y desgraciado; cuando la piqueta revolucionaria y demoledora, no encuentra reposo ni descanso, derribando viejos y ruinosos edificios, añejas y carcomidas instituciones; cuando la palabra corre tan veloz como el relámpago del deseo, siendo la imagen viva de nuestro ser, puro reflejo de nuestro adelanto, ariete vulnerador de murallas misteriosas, que circunvalan y protegen los privilegios y las injusticias; cuando los momentos son de zozobra e indecisión, marcando el marasmo en unos, el abatimiento en otros; la fe en el progreso, en muchos; el horror a él, en gran parte; y el amor inmenso al *stato-quo*, en los más; cuando a cada minuto se

fluctúa entre el fanatismo y el caos; el escepticismo y el terror, la lujuria y el cenobitismo, la demagogia y la autoridad; cuando la humanidad, harta ya de pecados y misterios, de cetros y báculos, de estancamiento y barbarie, anhela el bien y la razón y vislumbrando un hermoso porvenir, fecundo como los rayos del sol, grande como la creación misma y potente como el yunque donde se forjara la férrea ley de atracción, hilo que lo anuda todo, se embarca, ávida por conseguirlo, en el buque LA REVOLUCIÓN, para cruzar más rápidamente el anchuroso mar de la vida y la reforma, viéndose de pronto arrastrada hacia el golfo de la lucha por los rugientes vientos del contraste, buscando afanosa seguro puerto donde guarecerse de las tempestades de la duda, que imantó su brújula haciéndola perder el rumbo; en fin, cuando no ha realizado su ideal, fijando su inquieta planta en la venturosa tierra de promisión, consiguiendo de este modo el bien del cuerpo, por la virtud y la tranquilidad del alma, por la creencia en un Dios grande, infinito, justo e inmaterial, es necesario que se combatan sin tregua ni descanso las preocupaciones, usos, espectáculos públicos, los vicios, las penas infamantes y el fanatismo, festejos y costumbres indignas de la personalidad humana, planteles seguros de la inmoralidad que la empobrecen y que nos llevarían, sino conseguimos dejar con el hombre viejo todas sus pasiones, a los desastrosos cataclismos que la historia universal nos enseña han sido patrimonio de las naciones corrompidas y que patentiza Roma y Francia en su presente y pasado, foco las dos de la prostitución inmunda en la moderna como en la antigua civilización.

Necesario nos es arrancar de raíz las plantas parásitas y venenosas que ahogan la vida del progreso. El pecado se entrelaza, como la yedra, al árbol del cuerpo y pidiendo compasión y sombra, acaba por sujetarnos y consumir todos los jugos vitales. ¡Hay que apartar de nosotros esa levadura del pasado, que se nos quiere dejar como triste herencia de un ayer fatal de dolorosa memoria, al que no debemos volver los ojos!

La ciencia aparta el mal, la ignorancia lo aproxima; la libertad lo combate, la tiranía lo protege; la fe racional lo niega y lo confunde, el fanatismo, lo santifica y lo eterniza. La fe, la libertad y la ciencia, son las armas del progreso; el fanatismo, la tiranía y la ignorancia, las del atraso. El *adelante*, está protegido por Dios, de quien son hijas la libertad, la ciencia y la fe; el *atrás*, está escudado por los hombres, de quien son pálidas sombras la tiranía, el fanatismo y la ignorancia. ¿Quién vencerá? ¿Dios o los hombres: el bien o el mal; la luz o las tinieblas? Si la victoria ha de ser de Dios, del bien, de la luz, hay una santa obligación que cumplir con cada hombre que se encuentre. Si mora en los abismos de la oscuridad intelectual y su cerebro está entumecido de no usarlo y oxidado por la pasión, instruirle. Si habita en lóbrega prisión, aherrojado, por querer ejercer sus derechos; si está uncido al duro carro de la guerra o bajo el yugo

brutal de la infamante esclavitud del color y del trabajo, romper las terribles cadenas que le oprimen, redimirle. Si vive, si frecuenta el tenebroso antro del colérico Jehová y antiguo albergue del dios Momo, mansión preñada de maldades, recinto donde se anidan los misterios; si se arrodilla allí con la frente baja y besa, canta y traga, sin mascar y confiesa y agoniza al peso de tanto absurdo, con el exceso de creencias y de temor, levantarle y hacerle creer en un Dios bueno y justo y hacerle comprender la dignidad del hombre.

Para que haya amor, se necesita saber; para que haya ciencia, enseñanza universal; y para que este bendito pan sea el alimento cotidiano de la muchedumbre y nadie padezca hambre intelectual; ya que con horror hay quien desfallece, por no poder llevar a su boca un pedazo de pan con qué atenuar la devorada sensación que sufre en su estómago, signo cierto y seguro de que allí faltan jugos que distribuir a las exigentes partes del cuerpo, que con órdenes imperiosas lo demandan, hay que elevar el sacerdocio moderno, el magisterio, a la primera dignidad; hay que multiplicar hasta el infinito el maestro de escuela, para que lleve a todas las partes del organismo social el quilo que de la instrucción ha sacado y se nutran convenientemente todos los pueblos. Sin esto, es imposible llegar a la meta del bien a la cúspide del monte sagrado de la virtud; ni al capitolio de la libertad. Sin esta piedra de toque no es posible conocer la falsedad de un pueblo. Bien, virtud y libertad dependen de la instrucción y mientras no se fluidifique y desparrame por los ámbitos del mundo, mientras no se preste una decidida cooperación a la enseñanza, no dará opimos frutos el sacrosanto árbol de la verdad, regado con las lágrimas y la preciosa sangre de millares de mártires. El carro del progreso gasta mucho sebo en los ejes de sus ruedas, para caminar con gran velocidad por el inculto terreno de las pasiones. El sebo es la virtud, y si se quita el saber adquirirla, aquel se parará, atascado por el obstáculo del mal y por el moho del embrutecimiento.

La educación que, con las costumbres, reciben las nuevas generaciones, es detestable y menester es que desaparezcan las que emponzoñan el espíritu y precipitan al fango de los sentimientos materiales a tanto infeliz y desgraciado, que camina por la tortuosa senda del crimen, y cuya culpa fue no haber aprendido el derecho y el deber y cuya responsabilidad recae en la sociedad que aminora y disminuye aquel, por no haberle amamantado a los divinos pechos de Minerva y no sellarle en la mente el deber, antes que el derecho.

Levantemos el velo que cubre la malignidad del cuerpo social y con el escalpelo de la crítica, hagamos la disección de todos sus morbosos órganos o putrefactos miembros, para que mañana la fuerza de voluntad los mutile con su cortante hacha arrojándolos al panteón de la historia dónde

sirvan de ejemplo a las venideras gentes. Relatemos también los festejos y costumbres que avergüenzan y desdicen de los tiempos actuales, tan lejanos por fortuna de la regencia y del bajo imperio.

¡Vamos a poner de relieve—si nos ayuda la inspiración como el buen deseo—las faltas de la humanidad, comenzando por la corrida de toros, recuerdo bárbaro de un ayer que pasó para no volver jamás, y concluyendo por la esclavitud, mancha que costará lavar por la mucha sangre que sobre ella ha caído!

ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

I

LAS CORRIDAS DE TOROS

Pan y luces debiera ser el pensamiento y el solo pensamiento de todos los legisladores y gobiernos que se han penetrado de la tendencia del siglo: pan, que ponga las masas a cubierto de la indigencia y la inmoralidad: *luces*, que multipliquen al infinito los medios de adquirirla. —*OLABARRIA*.

Cualquiera que sea el fin de una cosa o las ventajas que se puedan sacar de ella, lleva el sello de la infamia, no podemos hacerla sin mancharnos. —*LIVRY*.

El valor es inútil, es una locura, y el que se expone sin justo motivo a la muerte, es un mentecato que juega con su vida. —*NÍCOLE*.

Un pueblo será tanto más civilizado, cuanto menos comprenda el significado de la palabra valiente. —*AGUSTÍN ALIÓ.*

Si hay festejos que no son dignos del hombre, si hay fiestas públicas que le avergüenzan, que le ofenden y que le embrutecen, ninguna sin disputa, puede resistir el parangón con la CORRIDA DE TOROS; la lucha

más exageradamente bestial y la más rica en emociones contrarias a la moral y al sentimiento.

La liza del hombre con el bruto, del ser irracional con el inteligente, del salvaje con el *civilizado*, debió desaparecer avergonzada ante los primeros resplandores de la civilización, como huye el traidor cuando el leal descubre la infamia; como el maestro, cuando el discípulo conoce que es engañado miserablemente y como el sacerdote, cuando el pueblo piensa y raciocina, porque esta función hace las veces para el vulgo, del traidor, del maestro que enseña torpezas y del sacerdote que hace adorar a Satán; esa lidia debió huir cobardemente ante la magnitud del movimiento democrático, como desaparece la noche ante los albores del día; como el vicio ante la virtud; como la tiranía ante la revolución; ese titánico remedo de los gladiadores, debió postrarse de hinojos y declararse inepto y ludibrio ante la noble actitud de esa hermosa matrona que representa el grandioso pensamiento pronunciado por el mártir del Gólgota en la infamante cruz, LA CARIDAD; esa madre cariñosa que no tiene hijos predilectos, que guarda sus mayores encantos y cariños, sus más caros halagos para los tristes y desvalidos, que mantiene en su regazo a los desgraciados y huérfanos; esa hurí divina que conseguirá llevar a cabo la gigantesca misión que Dios la confiara, de cubrir y confundir, bajo su celeste manto, a todos los hijos de la tierra, entretejiendo la federación de los pueblos sin reparar el color y la casta, el culto y el idioma; ese combate inicuo desaparecerá en fin, porque la misma atmósfera que esa lucha está cargando con la electricidad de la ira, producirá el rayo de la cólera popular que la herirá de muerte, que acabará con ella! La noble concepción del Altísimo; la ley que rige toda la creación; la norma de las acciones; la fórmula de la verdad, el arquetipo del ser humano; la clave de la vida política; esa varonil mujer, mitad salvaje y mitad divina, expresión del indómito derecho y del culto deber; esa virgen pura y casta que inculca al patriota su fiera independencia, el santo amor a la patria y el sublime culto a los derechos; esa deidad que dilata el valor del mártir, para que muera aclamándola y da inspiración al escritor y elocuencia al tribuno; esa infinita escalera, cuyos peldaños relativos no se concluyen jamás, ideal que no podremos conseguir en absoluto; esa palabra mágica, ese numen misterioso que levanta los pueblos y abate los tiranos; esa bendita LIBERTAD, se encargará de borrar hasta los recuerdos de tan decantada fiesta, como lo ha conseguido, como lo está consiguiendo, como lo está ya realizando, fundiendo con tronos y coronas, tiaras y tiranos, verdugos y suplicios, misterios y dogmas, explotación y usura, una radiante corona cuyos fúlgidos destellos ni matan, mi niegan, ni esclavizan, ni explotan, ni envilecen al hijo del trabajo, sino que le levantan sobre el pavés de sus imponderables sufrimientos haciéndole *hombre*, inteligente, *probo*, feliz, hermano de Jesucristo e hijo de Dios!

En el reloj de los tiempos ha sonado la hora fatal para la tauromaquia y la historia le guarda ya su última página ruborizada de que todavía merezca la atención del mundo, lo que solo debiera pertenecer a los viejos cronicones. El que rinde parias en aras del progreso, el que da su pequeño óbolo al asilo y al hospital, al pobre vergonzante y a la enferma del dolor y de la miseria, el que ama esas sociedades internacionales para el socorro de los heridos de la *guerra*, el que está dispuesto a sacrificar su vida en beneficio del prójimo, el que sigue las bellas máximas del inimitable Jesús, el que se titule HOMBRE y el que se apellide CRISTIANO, ni puede, ni debe, ni quiere arrastrar su dignidad por la candente arena, enrojecida con la sangre de tanto siervo, regada con las cruentas lágrimas de tanto desventurado! No quiere embrutecerse, porque es hombre; no debe, asistir a esta barbarie, a este martirio, porque es caritativo; no puede contribuir a la muerte de ningún ser, porque es cristiano.

¿De qué sirven el conocimiento y la historia si de uno y otra no se deducen premisas irrefutables, fatales juicios contra los instintos de ciertos hechos de caníbales, que manchan el siglo XIX? ¿Habrá quién goce, quién se admire y entusiasme por las descripciones del Circo romano? ¿Aquel pueblo que frenético acudía a presenciar, el destrozo, el mutilamiento de los esclavos; aquel populacho que *dejaba hacer* a las fieras, no era más feroz que el tigre, más inferior que el bruto? ¿No horripila el relato del martirio de los infelices, que morían despedazados por los *sensatos* representantes de aquella divertida y justa sociedad, *que reía ufana*, viendo la cabeza de una COSA, arrancando del tronco por la sabia garra de un hermoso tigre o contemplando los pedazos de carne que, *con prudencia*, rasgaban de un cuerpo las panteras voraces como el avaro? ¿No paraliza el corazón tan solo el recuerdo? ¡Si la vista de la sangre parece que coagula la nuestra y un frio glacial se apodera de nosotros! Acto que sintetiza las épocas y que prueba que en nuestros días, causa pavor la crónica de esta brutal justicia y diversión a un mismo tiempo.

Una vez, arrojaron al circo un esclavo para que tuviese la más desastrosa de las muertes; abierta la puerta de la cueva, espantoso averno donde se guarecían los hambrientos carnívoros, salieron, cual torbellino de insaciables y glotonas hienas que perciben el incesante olor de carne, y rugiendo y dilatando desmesuradamente sus fauces, por el promovido apetito y descubriendo ya sus enormes y afiladas garras prontas a clavarse, se dirigieron dando espantosos saltos hacia la pobre víctima, cuando un corpulento león, valiente como ninguno, que iba de primero, se paró ante el desgraciado, que estaba medio muerto de horror, y reconociéndole por un antiguo amigo comenzó a lamerle el pié en señal de respeto y cariño y a menear la cola en prueba de alegría; hecho esto volvió de repente al grupo de fieras y cubriendo con su cuerpo al protegido, disputó la presa y desafió

con su mirada al que la quisiere: nadie se atrevió; aquellos animales guardaron una respetable y prudente distancia y entusiasmada la multitud por tan inesperado desenlace, fue llevado el reo ante el que presidia, para que explicase aquel fenómeno. El paria dijo: deserté, no pudiendo resistir por más tiempo la dura e inicua ley de la esclavitud, y encontrándome un día en los límites del desierto oí el rugido de un león que a intervalos lo repetía con un tono lastimero. Lleno de miedo me subí a un árbol y desde allí vi que se dirigía a donde yo estaba, llevando la mano derecha algo levantada y andando mal y paulatinamente por la falta, por la suspensión del miembro. ¡Los lamentos crecían y sentí en mi corazón un cambio repentino; mis sentimientos eran otros, había pasado del miedo cerval a la compasión y deseaba vehementemente socorrer al quejumbroso animal; aunque todavía pensaba en mi seguridad! El cuadrúpedo me descubrió y llegando hasta el pié del arbusto que me sostenía, comenzó a hacerme con los ojos y la cola, unas demostraciones tan claras, tan expresivas—¡cuanto no puede decirse por medio de la mímica!—que comprendí la amistad que me brindaba el noble bruto y el favor que con sus lágrimas pedía! Me decidí y bajé; y cogiendo la pata que él me daba, le saqué una punzante espina que llevaba clavada y chupándole después la herida, le amortigüé el agudo dolor que le produjera. Contento y alegre el rey del desierto al verse curado, hizo ademan de que le siguiera, llevándome a una cueva, en la cual viví por espacio de muchos días, comiendo carne que me traía el temible cazador. ¡Mas al fin yo me cansé de vivir en aquel estado y abandonando a tan fiel y buen compañero, caí en poder de los soldados de Roma, para ser sentenciado a que me descuartizaran las fieras del Circo, por el delito de deserción! ¡Admirados y atónitos, le dieron libertad y le regalaron el león que no podía servirles, cuando se permitía tener gratitud y buen corazón! ¡Aquellos espectadores encontraron un esclavo más grande que su época y un ser, no hecho a semejanza del Creador, que fue bueno, justo, bello, defendiendo de la injusticia social aun ilota! Por poco trabajo que el pobre siervo hubiere hecho en bien de la sociedad, debió ser mayor, de más valor que el haber quitado una espina. ¡El habitante de las selvas, le salvó la vida en pago, y sus contemporáneos le daban muerte en gracias de sus méritos!

¡He aquí la inmensa diferencia!

¡Aquellas fiestas acabaron, como todas las injusticias, en medio de grandes cataclismos, trastornos y venganzas, envenenamientos y desastres; sepultura eterna del baldón y de la infamia!

La invasión de los bárbaros del Norte, inundó, como él desbordamiento de caudaloso rio, las pestilentes riberas del encenagado Tíber y la vieja y caduca civilización romana; cubriendo con sus varoniles y vírgenes costumbres, las disolutas de aquel pueblo descreído. ¡Todo desapareció! ¡Todo quedó sepultado bajó aquella muchedumbre!

En la edad media aparece otra vez el Circo, otra vez el público goza con la muerte y el estrago; y las justas y torneos; y el duelo y el juicio de Dios; y por remate el caballero en plaza, bien cazando con horquilla al jabalí, bien rejoneando el toro, divierten, solazan, animan a la *turba-multa* que se inspira en los delicados sentimientos de carnicería, admirando él mutilamiento de personas y animales.

Un caballero con el casco y la cabeza partida por la pesada espada de dos manos del potente contrario; otro jinete, que arrancado de la silla por la lanza de su adversario, cae estrellándose contra las barreras que rodean el recinto; este que mide la arena traspasado el corazón; aquel que por la hendidura de la gola o por un flanco del coselete le están clavando el puñal, son espectáculos magníficos, grandes, dignos de ser comentados, por una bien cortada pluma, que sacara el partido posible de semejantes cuadros, llevando al papel todo su claro-oscuro y cuyo colorido—sobre todo el de la sangre—fuera perfectamente interpretado!

Antonio del Espino.

(Continuará)

ADVERTENCIA

Los señores suscritores de fuera de la capital, cuyo abono ha terminado en 20 del pasado Junio, se servirán remitirlo si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE:
Imprenta de Vicente Costa y compañía. —1872.

Año I. Alicante 5 de Septiembre de 1872. Num.17.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

I

LAS CORRIDAS DE TOROS

(CONCLUSIÓN)

¡Un espectáculo fiero es el torneo, la liza que se entabla entre varios caballeros, pero el juicio de Dios, es lo mas bárbaro y criminal que puede concebirse en el cerebro humano! A disposición de la fuerza, que la casualidad, del ardid y de la traición, estaba la vida, la honra y el bienestar de desgraciados seres, sumidos bajo el peso abrumador de una sentencia, de una infame calumnia o de una villana delación. El juicio de Dios exageró sus medios de prueba y fue añadiendo a los de la buena, otras muchas torturas, con los elementos, precipicios, venenos, etc.... Ora se probaba la inocencia arrojándose al mar, ora a un abismo; bebiendo un letal veneno, y precipitándose al fuego, y si de estas *insignificantes* y *ligerísimas* pruebas se salía ileso; ¡si el crisol social, acusaba algunos quilates de inocencia, se quedaba libre, porque Dios lo había probado ayudando a aquella criatura! ¡A cuántas injusticias no dio pábulo esta malhadada costumbre jurídica! ¡A qué nimiedades no dieron lugar con el tal juicio! ¡Hoy se reza en latín en las iglesias españolas, porque el defensor de esto ganó en el combate al paladín del rito godo y mozárabe! ¡Por un golpe de menos, por un fatal

incidente, han sido castigados los oídos españoles a no entender lo que rezan en sus templos, oyendo en cambio los latinazos que mascan muchos sacerdotes!

También desapareció esta, como todo lo bárbaro, entre las maldiciones de la tierra; quedando solo de aquellos ominosos tiempos, la pena de muerte, la esclavitud, el desafío y las corridas de toros….¡legado honroso! ¡Cuántas desgracias para redimirnos!

Los toros hicieron época a primeros del siglo, llegando un célebre hombre de Estado a bautizar a España con el gráfico nombre de «pueblo de pan y toros» Toda la ilustración se encerraba ahí y fue el verdadero retrato de nuestros padres, la calificación de Jovellanos.

En nuestros días las corridas de toros han sido aumentadas con el ajusticiamiento de los pobres caballos, que van al matadero sin compasión de nadie. Ayer el picador, era propietario del alazán que montaba y de esto modo, tenia uno de bastante precio que defendía con ahínco, siendo raras las veces que salía herido y no dando lugar con esto, al repugnante acto del destripe de un cuadrúpedo. Hoy todo ha cambiado, y los contratistas forzaron a los caballeros en plaza, a aceptar rocines como arenques para la lidia y disgustados ellos, los precipitaron a la muerte, vengándose de la imposición y cubriéndose con la imbecilidad del populacho. ¡Cada día crece más la mortandad y el público exige, para decir que los toros han sido buenos, más matanza; de aquí que son más bravos y mejores estos bichos, cuantos más jacos han perecido y la progresión es mayor a medida que aumenta el *delirium tremens* que padecen todos los taurómacos, por el derramamiento de sangre!

Muy doloroso es que, los hombres inteligentes, los que se precian de querer la educación del pueblo, los que debieran abandonar la *bestiada*(1) dando ejemplo de cordura, acudan presurosos a formar parte de los espectadores de esta única fiesta, por la razón de ser una inveterada costumbre que se ha desarrollado con los años y que no basta a desalojar la triste figura que hace la civilización en medio del redondel. ¡Todavía hay plumas dedicadas a cantar las excelencias de la Democracia, que no se desdeñan escribir una revista taurómaca, en la que se consigna con una imperturbable serenidad todas las peripecias del acontecimiento—que lo es en una población como Alicante— narrando minuciosamente los hechos y dando cuenta a guisa de boletín de guerra de los caballos que quedaron fuera de combate! ¡tantos muertos! ¡heridos tantos...!!! ¡¡¡Pobres trabajadores!!! ¡Buena batalla! ¡A mayor mortandad, mayor belleza; a ríos desangre, mares de alegría, océanos de frenesí!

---

[1] Nombre que se da inconscientemente al ganado y al espectáculo.

¿Dónde está la justicia representada por esos hombres, que no protestan de la inculta e incivil *broma* que produce tal efusión de sangre, *en grave perjuicio* de la agricultura y ganadería, en deshonra de la moral y en mengua del derecho?

¿Qué beneficios reporta a la sociedad la corrida de toros? ¿Con qué conocimientos la ha enriquecido? ¿Qué problemas, ha resuelto; qué inventos ha realizado? ¡Ninguno, absolutamente ninguno! ¿Qué perjuicios hace, que vicios engendra, qué defectos tiene? ¡Muchos, muchísimos! En primer lugar, expone la vida de ciertos hombres sin producir, después, de correr tantos y tan inminentes peligros, nada bueno, útil y ventajoso; en segundo, conserva y acrecienta en los espectadores las pasiones animales, puesto que la sensibilidad pierde y la carnicería gana; en tercero, gasta en inmensos cuidados muy buenos recursos pecuarios no mejorando y abaratando las carnes y multiplicando el ganado, sino azuzando el instinto para la lidia, abandonando la cría del pacífico, por conservar el que es de *pur sang*, el que se ha de irritar hasta el punto de hacer nociva la propia carne; en cuarto, porque, en especialidad a la agricultura, roba motores de sangre que lleva como bestias al suplicio y que éste aparece mayor en proporción a lo lejano que esté el país al que pertenezca el extranjero expectante; y en quinto y último, es inmoral porque apaga y niega los impulsos de la caridad, viendo en peligro a hermanos nuestros quedando tranquilos contemplándolos desde, el tendido.

¿Quién viera estático, fuera de la plaza, a un hombre en las astas del toro, que no hiciese algo por salvarle, que no tuviese siquiera la caritativa intención de quererlo hacer? Pues el que está en el Circo taurino, siente los primeros impulsos, deja hacer, por cálculo, después, ya que ha ido a presenciar aquellas conmovedoras escenas y concluye por amortiguar, por extinguir los santos latidos del corazón. Su sensibilidad está muda embotada, fría y muerta, y mañana será tan duro, tan insensible fuera, como dentro del reñidero de hombres y animales. ¡Le pedirán limosna, le llorarán y contemplando, como un estoico, grandes desgracias, volverá la cabeza a otro lado y sin decir adiós, se dirigirá sereno y tranquilo a otra parte, para que no le molesten, no habiendo socorrido al mendigo o al menesteroso y sin sentir el escalofrío que se sufre a la vista de un infortunio, de una víctima de la deshonra o de la ignorancia! ¡Desengañémonos, el circo es malo, las pasiones crecen en su mefítico aire inficionado de soberbia y los hombres prudentes y comedidos, se convierten en energúmenos ante sus *magnificencias!*

Es un lugar maldito, no puede pisar sus umbrales el hombre de buenos y delicados sentimientos que no se haya aun contaminado con sus fuertes contrastes, con sus trágicos actos y la mujer, esa beldad que guarda en su casto seno toda la dulzura y la bondad, todo el amor y la sensibilidad

más exquisita que hay en nuestro planeta, está fuera de ese sitio fatal, no cabe en ese desarmónico concierto de maldiciones, de insultos y de desaforados gritos, pidiendo ¡más víctimas, más sangre![1] ¡mas caballos....!!!

No queramos ver morir más infelices en el redondel, ni permitamos, ni autoricemos con nuestra presencia la injusta lidia, para que luego un feroz *amateur* guarde con gran júbilo la cabeza disecada de un toro homicida o por lo menos su retrato fotográfico; digno galardón y honra en prueba de su valor y mérito, por haber matado a Pepete o a otro colega del mismo feo arte, en las más ingratas peripecias del martirio. Huyamos de donde se comete tanta ignominia, donde se asesina con premeditación y alevosía al que fue corcel y llega por el trabajo, enfermedad y años, a rocín; como si dijéramos al que fue buen mozo y rico, y hoy es pobre y feo; donde acude la cirugía con sus aparatos, botiquín, vendajes y estuches para operar, proveyendo el acaecimiento de sensibles desgracias; donde, va el sacerdote con sus utensilios, por si hay una mala cogida; donde le tapan los ojos al caballo, como se hace con los que van a fusilar, para que no se espante y huya del peligro y le pegan sendos azotazos para que ande, cuando su instinto le dice que está cerca la muerte y se niega a moverse; donde la *capilla* está junto al *jardín* y éste al lado del *hospital* y todos en el corredor en que trabaja el albéitar con sus instrumentos de veterinaria, empaquetando estopa en el cuerno de los exalazanes o curándoles de primera intención y con la no muy buena, de que se sostengan por interés un poco de tiempo en aquel sensible servicio; en donde el cornúpeto que es cobarde, que siente el hierro, le atizan banderillas de fuego..! y lo achicharran vivo acompañado de una infernal gritería de salvajes; donde se canta bárbaramente el SANTO DIOS, SANTO FUERTE, SANTO INMORTAL....!!! cuando un diestro no lo está y asesina pausadamente en pequeñas dosis, a la res que le correspondió matar y en fin, donde comparan al bicho que tiene una espada o dos atravesadas con la DOLOROSA. ¡Virgen que la iglesia materialista ha pintado con 7 espadas clavadas en el corazón!

Toda la fraseología de la tauromaquia, las mil suertes hechas, las acreditadas ganaderías, no han añadido ni un ápice al saber humano, ni han podido pagar, con la alegría funesta que produce, el daño que hacen. No hay quien retribuya a la humanidad de los inmensos perjuicios que recibe, de los innumerables males que nacen de la semi-bárbara educación que en los toros se da, ¡cuando en mal hora queda un hermano nuestro cogido por los pitones del furioso animal y le pasea victorioso por la palestra, desangrándose y clamando a Dios le saque de aquel tormento, de aquel

[1] Un católico dice *a la* VOZ SANTA *de* CABALLOS!!!

trance, o le dé pronto la muerte, para no sufrir tanto!.. y luego que la fiera le arroja a lo alto dos o tres veces y le recoge otras tantas, le deja en la arena reventado, exánime, pasado por varias partes, muerto ya y horriblemente mutilado!!!.... y haciendo coro a este canto satánico del poema de la destrucción, completando este cuadro sangriento y llenando este paisaje de desolación y luto, ver aquí, un inofensivo caballo destripado, rotas las tripas por sus mismas pezuñas y el estómago rasgado por la pica de su último jinete, vacío ya, abierto de piernas para no caer con las continuas convulsiones de la agonía, cadavérico, y pronto a sucumbir en medio de insufribles y agudos dolores y allá, otro compañero víctima también en la batalla, brotándole del pecho una fuente de sangre, cubierto de un copioso sudor frió, tieso como si fuera de cartón a causa de la tensión de sus miembros y del sufrimiento que tendrá, sirviendo de bulto y juguete en sus últimos instantes, al enojado toro, para que descargue sobre él su impotente rabia, dándole buenas cornadas, remedio heroico, bálsamo que cure su formidable herida!!! y el público, que ha pedido CABALLOS para este desenlace, queda silencioso en parte, *triste-contento*, satisfecho de la bravura de la fiera, un poco harto de la prueba que ha sufrido el desdichado torero, helado, cariacontecido porque como el niño con la pelota, ha jugado la bestia con el arte en aquel momento!!! ¡Y esto no obsta para que el dueño de la ganadería esté quizá hinchado de gloria, satisfecho en aquel momento por el espanto de tan sin par corrida, merecedora de ser cantada en todos los idiomas, acción reñida que deja atrás las de la desastrosa guerra, epopeya digna del autor de la *Araucana*, grande hecho que oscurece la luz de las ideas, el brillo de los inventos útiles y el reflejo del bien público!

¡Víctimas hay en todas partes y en todos los oficios! El marino dando la vuelta al mundo o intentando llegar al polo Norte, en exploración de zonas y países desconocidos, cuyas avanzadas son témpanos de nieve, que llegan a formar montañas enormes y arcos de hielo de colosal magnitud, el ballenero, navegando por el Océano pacífico, en busca de cachalotes para extraerles la esperma, que luego se convierten en bujías de luz intensa, pero que no gustan a los altares; el pescador de coral, bajando a las mayores profundidades del mar, admirando los suntuosos alcázares de zoófitos que levanta la naturaleza en el seno de las aguas, brillando sus mil facetas y produciendo el grueso prisma que los cubre, millares de vividos colores; el maquinista, que con la mano sobre el freno impuesto al vapor, yugo que le hace producir agudos y penetrantes silbidos, cruza con veloz carrera todo el ámbito terrestre, contemplando, ya las ruinas del mundo antiguo, ya las soberbias obras del moderno; ora pasando sobre un atrevido puente colgante de alambre, en cuya altura y longitud pasma al viajero que se atreve a hacerse cargo de él; ora penetrando un gigantesco túnel, concepción, del genio perforador de nuestra época, que no encuentra

valladar que le detenga si lleva en sus manos la antorcha de la ciencia y de la fe; el minero descendiendo a los abismos sin fin de las galerías, recogiendo el inquieto y destilado azogue o cortando de algún rico filón, pedazos de oro que luego brillen en la cabeza de un endiosado mortal; el aeronauta que, surcando en 1ª región aérea donde el águila se mece altiva cual reina de las alturas, viaja estudiando las capas atmosféricas y el último límite de la vida en los espacios azules, o bien llevando, como en el sitio de París, angustiosas y deseadas noticias de queridos seres; o relatos de infortunios y desastres, de victorias y ventajas que resultaban de la guerra; el herrero, que valiéndose de plutónica fragua—regalo del infierno—y del sereno e impasible yunque—tan impávido como los misterios, que ya pueden recibir, golpes!—forja las herramientas del trabajo, la pluma de Fernández y González, el bisturí de Federico Rubio, y la gloriosa espada de Espartero, desprendiendo del candente y maleable hierro, hermosos brillantes a los golpes de su fuerte martillo; el fundidor, que hace en su copela líquidos todos los metales, convirtiéndolos en lagos ardientes, y abrasadores, que varían de color según el calor, para formar luego los instrumentos del matemático, del músico y del navegante; el telescopio del astrónomo y las diabólicas letras de imprenta, motor colosal y máquina de una imponderable fuerza que hace grabar en la conciencia de los pueblos y con caracteres indelebles, las máximas de sus inspirados ingenios, espejo sin mancha, donde brilla con toda exactitud la mágica y arrebatadora palabra del dios de la elocuencia, del orador insigne Emilio Castelar y cuyo marco sin límites, es la libertad del pensamiento; el telegrafista que, cual nuevo Júpiter, arroja rayos de su eléctrico aparato, envolviendo a la tierra en una deshecha tempestad de pensamientos o lluvia de meteoros, chispas que van en todas direcciones carbonizando tan sólo las viejas barreras que quieren separar a los hombres; el mayoral, completando con su diligencia la red de vehículos, que, como los nervios, van en todas direcciones, hostigando a los jamelgos para subir cuestas enormes y transitar quebrados terrenos y pintorescos paisajes muy comunes en la topografía de nuestro país; el albañil, construyendo el fastuoso palacio del rico, el albergue del pobre, y el inhabitado templo *pagano*; el artesano, explotando los tres reinos de la naturaleza para hacer mil artefactos y cubrir nuestras casas y nuestros cuerpos; el obrero de la fábrica, combinándose con otros, para hacer el milagro de los panes y de los peces, dentro de esas Basílicas de la industria, que cual cuerno de la abundancia derraman millares de millones de objetos, de enseres y de abalorios, y de cubos centros productores los absorben las arterias del comercio llevándolos a los países que los necesitan; el obrero de la tierra, que roturándola hace con su celo y trabajo se transforme el germen en dorada mies, en aromática planta, en leñoso arbusto, en frondoso árbol de sabroso fruto y de tronco maderable y en pintada y odorífica flor que embalsame el ambiente y para que sirvan

también sus delicados pétalos de taza de azúcar, donde liben las abejas su primera materia que metamorfosearan en rica y almibarada miel, y por último, otros mil trabajadores que exponen todos su existencia, están al servicio de la humanidad, creando cuanto esta consume y necesita, mejorando las condiciones de la vida, aportando mayores conocimientos, presentando los mejores frutos, cambiando los productos de lejanos estados, de apartadas tierras y ligando, fundiendo, en una palabra, a millares de millares de individuos en un todo común, en un ser colectivo!

Los toreros exponen su vida para ganarla, pero no en provecho de la colectividad, porque no producen, su trabajo es nulo y su valor temerario. Lo mismo, exactamente igual, que el bailarín con sus batimanes y piruetas; el gimnasta en sus saltos mortales y cuerda floja; el actor bufo en sus salidas de tono y payasadas; el domador de fieras con las caricias de sus discípulos y los gitanos con la *buena ventura* y los talismanes. El toreo es perjudicial por donde quiera que se le estudie, es incivil y no educa como el maestro y el actor, ni encanta como el músico, ni admira como el pintor, ni perfecciona y enseña como el orador y el sabio. ¡Es tan nocivo, tan perjudicial y tan malo, que no da el suficiente bien para cotizarlo por un céntimo!

Nada diremos de la crapulosa vida del torero, ni de su miserable vejez, ni de su heterogénea familia, baste decir que las casas de juego y prostitución, hospitales y bohardillas son por lo regular el paradero y el fin del *arte* y sus adláteres. Abandono en la educación, escasez de moral y con ejemplos muy vivos, se deshacen y rehacen las desgraciadas familias de los chulos.

El torero representa la ignorancia, la tiranía y el fanatismo y todos los partidarios de lo viejo, de lo caduco y lo ridículo, los *vasallos* y las *ovejas*, son apasionados amantes de la cátedra pública de la aberración humana; todos la defienden, porque saben que allí se entumece el cerebro humano, allí se infiltra el espíritu de instintos brutales y sobretodo, allí olvida el pan que le roban, el honor que le quitan y la ley neroniana que le imponen. Allí se esclaviza y el gran Fernando VII (el deseado... (?) rey modelo para los hombres de piedra de la política, conoció perfectamente las tendencias de sus *amados* vasallos y cerró las universidades y estableció aulas donde se aprendiera el regio arte de Montes, Romero y Pepe-Hillo. Fue tal su amor a la perdición del pueblo, que él, tan orgulloso, vengativo y déspota, sufría con resignación los acostumbrados insultos que se le dirigían cuando estaba presidiendo. Y protestando un día un ministro de aquella irreverencia del pueblo, le contestó el Rey: «En ninguna parte reconozco y acato *la soberanía nacional*, más que en este sitio!!!» ¡Soberbio reclamo con que cazaba a los sinceros españoles, que se despachaban a su gusto en la plaza, pero que enmudecían en las calles!

Desahuciémoslos que queramos ser hombres: dejemos los que queramos pensar, ese discordante circo que tan mal se aviene con nuestros pujos humanitarios, con nuestros democráticos deseos y nuestras costumbres cultas; propaguemos contra él las observaciones críticas que nos sugiera la razón, la justicia y el bien, y estemos seguros, segurísimos, que alcanzaremos la victoria y será, abandonado y envilecido por sus continuos desastres, por sus calamitosas desgracias, para no volver a reaparecer jamás. Inviértase el dinero que tan mal se gasta en levantar sólidos, espaciosos he higiénicos edificios, a imitación de los Estados Unidos, donde se establezcan escuelas de instrucción que, difundiendo la luz purísima y radiante del sabor, disipe la fría oscuridad de la conciencia, única panacea que curará los aflictivos y repugnantes males del cuerpo y del alma, con la higiene, la virtud y el verdadero taller donde se formarán ilustrados, independientes y probos ciudadanos, fíeles guardianes de la ley, que pospongan su derecho ante el cumplimiento sacratísimo del deber y haciéndose así merecedores de pertenecer a un estado libre en todas las múltiples formas de la justicia; gástese en erigir esos colosales palenques de las artes, la industria y la agricultura, donde se pueda exponer continuamente todos los productos de la tierra, manufacturas, artefactos y joyas, de las bellas artes y cuyos distinguidos y buenos premios sean un verdadero y honrado aliciente, que estimule, al talento, que haga, aguzar el ingenio, que anime y sostenga en el trabajo y en el cálculo a la masa inteligente, viendo que puede conquistarse con el galardón y el beneficio, un decente porvenir y un seguro bienestar; dedíquese a construir hogares para los desheredados hermanos nuestros!—que duermen sobre el húmedo y duro suelo, a la intemperie, cubiertos de rocío que aumentan con quejidos y sollozos, alumbrados por el tenue reflejo de la melancólica luna o envueltos por la inquieta oscuridad y la fría niebla, bajo el indefinido techo de la bóveda celeste, tachonada de infinitas estrellas que les animan en el incierto y angustioso camino del sufrimiento, diciéndoles en el simbólico lenguaje de sus ondulaciones lumínicas, que ellas son centros de vida, globos condecentes y luminosos, puntos de atracción de donde reciben, luz y calor otros *bajeles*, que como el opaco nuestro, surcan invisibles a cierta distancia el interminable espacio y que allí trasmigrarán cuando dejen su pesada materia, grillete que les sostiene en este mundo hasta que se purifiquen y se eleven por la diafanidad de su periespíritu a la tierra de promisión que le corresponda, según las reglas naturales de la simpatía, para gozar de las delicias que hado desconocido le robó aquí y que el duro corazón de sus individualistas compañeros de destierro, no le ofrece; para esos hijos de Dios, que no tienen albergue donde guarecer su cuerpo lleno de miseria y de harapos, porque sus hermanastros los curas, les niegan el benéfico aprovechamiento de las solitarias *Casas* de su PADRE, esos gigantes de piedra, mudos y sombríos como el sentimiento de los cómicos

que ofician, recitan y cantan en los templos, museos de arquitectura; teatros que están revestidos de seda, cuajados de oro y plata y repletos de menaje de escenario, con decoraciones para cada función y con muy buena guardarropía; esos inhospitalarios castillos, feudales que suspenden el puente levadizo al anochecer y niegan hospedaje al que toca la campana, avisando la llegada de un pobre peregrino, que dio el mágico santo y seña de «POR EL AMOR DE DIOS!!! esa infinidad de áreas de terreno cubierto, que está inhabitado por el miedo de los avaros administradores de la viña del Señor, que atesoran y guardan en sus trojes, sin acordarse de las obras de misericordia, los que visten la virgen de *madera o de piedra*, pintada con almazarrón y desnudan o dejan vivir en cueros a la vergonzosa virgen de carne y hueso, débil y menesterosa, que no tiene con qué cubrir su delicado cuerpo, matizando sus mejillas el pudoroso carmín de la inocencia y pugnando por brotar de sus ojos una lágrima de fuego, hija del sentimiento que tiene de verse abandonada, mientras hay quien intenta pintar gruesas lágrimas a una *santa madona!*; los que engalanan los *santos-devanaderas* con rico terciopelo y hermosa seda, colocados en dorados estantes o capillas, y claman sin embargo, los hambrientos y mendigos, pidiendo con qué envolver sus ateridos miembros y atacados de las enfermedades que produce el aire colado, porque en sus pocilgas, en sus cuevas y barracas, no tienen cristales para tapar rendijas, aunque tantos tiene el milagroso y antiguo nogal reverenciado en todo el contorno! los que adornan a estos *dioses penates* con plata, oro y pedrería, cuando hay quien se muere de hambre, cuando infelices jornaleros oyen pronunciar a sus escuálidos hijos las fatídicas palabras «¡¡tenemos hambre!!» y no pueden satisfacer esta natural necesidad, no pueden cumplir esta santa obligación de padre, resplandeciendo en las orejas, en los cuellos y las cabezas en fin de los inútiles santos, de las bobaliconas imágenes un potosí con qué enjugar millones de lágrimas curar y cegar abismos de dolor; esos «discípulos que no acordándose cuando el *hijo del hombre* no tenia donde reclinar su cabeza y se encontraba más escaso que la zorra y el pájaro prefieren que vivan en su bazar el ratón, la lechuza y no el hombre, el cadáver y no el ser triple: consúmase en mejorar las condiciones del explotado obrero, creando bancos-bazares donde se reciba la producción y se preste sobre ella a un mezquino interés, donde encuentre el industrial protección y crédito, en disponer fábricas cooperativas, cuyo capital lo vayan amortizando los trabajadores, hasta llegar a hacerse dueños de ellas, en formar empresas de cooperación y coparticipación para hacer obras por su cuenta, en facilitar la adquisición del instrumento del trabajo y asegurar el pan, el vestido, la educación, la casa y la salud, y de este modo se emancipará el esclavo blanco, sin huelgas y revoluciones sociales, tan perturbadoras del campo político y económico, porque nadie especulará con el sudor del hombre, si él tiene asegurado el alimento y las bases en la

vida social para poder luchar con el capital dignamente; y portándonos de este modo, seremos criaturas racionales, cristianos felices y buenos, dignos y civilizados, y habremos cumplido nuestro deber sin penas ni congojas, sin disgusto ni horrores, sin sobresaltos ni alegrías infernales como en las taurinas fiestas.

Nuestros combates ya no deben ser tan ruines, míseros y pobres en resultados; se nos llama a otros sitios mejores y más ricos en ventura y una nueva era nos atrae a otro campo fértil para el bien; una nueva filosofía nos lleva al cambio de luchas de costumbres, haciéndolas merecedoras de la atención del hombre. Desde hoy nuestro combate será la discusión, la polémica y la controversia que producirán, con sus encontradas ideas, intereses y sistemas, la fosforescente verdad, tan relativa como la puede obtener el ser en cada momento histórico: la moral que, con su casto y amoroso ejemplo, hará renacer la virtud, cubriendo el vicio con tupido velo; el trabajo que, cuál otro *fiat-luz*, nos dará la abundancia y hará especulativas las ciencias; nuestras armas han de ser la omnipotente palabra que, levantando continuos huracanes, barra el exclusivismo; la incisiva y satírica pluma que sirva de correctivo, poniendo de relieve las torpezas humanas y no repare pegar con el látigo crítico a los vicios sociales; la inexpugnable conciencia, encastillada en lo más profundo de nuestro individuo para que no la ganemos, incorruptible a nuestros halagos, remordiendo a todas horas nuestras injusticias; el pico que allane la inmensidad de insuperables obstáculos que se hallan en la senda de la producción; debemos cubrirnos, con el escudo de la fuerza del derecho, para que no pueda herirnos el derecho de la fuerza; con el peto de la libertad en todas las variadas manifestaciones del ser, para que no pueda abollarlo la tiranía con sus férreas cadenas; de la coraza de la honra sin tacha, donde se melle la acerada calumnia; de la armadura de la experiencia en los azares de la vida, que nos libre el cuerpo de las mil asechanzas, de los peligrosos enemigos, la enfermedad y la desgracia: y la arena donde se midan los combatientes, los lugares dedicados a la lucha serán, la tribuna, el Himalaya del mundo moral, que rompe con su soberbia altura y eléctrica voz las deshechas tormentas de la iracunda humanidad; la prensa, que cual río impetuoso, reparte en todas direcciones el fuego regenerador del pensamiento, comunicando su vivificante calórico a los fríos de inteligencia; la cama del necesitado enfermo, punto que reúne la caridad moral y material, desde el consuelo, hasta la limosna, desde sostenerle y levantarle, hasta limpiar su asquerosa materia, banco donde se prueban los espíritus caritativos; el taller, volcán productor, laberinto de movimientos sin fin donde se reparen las pérdidas del consumo; y condensando nuestra actividad, nuestra fuerza y nuestro saber; entremos, en esos grandes Congresos donde se discute todo, desde la existencia de Dios, hasta la del hombre prehistórico; desde los *seis días* de la creación, hasta la pluralidad

de mundos; desde la primera pareja, hasta la pigmentación de la raza negra; desde la libertad, hasta la esclavitud; en esas mansiones del sufrimiento, los asilos, beneficencias y hospitales, montañas de enfermos en donde se aspira el dolor y se comprime el pulmón tan al contrario de los otros que el aroma se respira y el pulmón se dilata, en los que se oye un variado diapasón de gemidos que claman auxilios del humano linaje; en esas exposiciones regionales y universales, acontecimientos regios, en que se pone a contribución el invento, el genio y la constancia, monstruoso muestrario de colosales formas donde todos los objetos que fabrica el hombre y todos los cuerpos que están en la superficie terrestre tiene su sitio, su representación y su mérito, aclamando todos los lugares, todos los espacios y todas las palestras, la inspiración de la caridad!

¡Abajo ese lugar protervo, en el cual la animosidad se venera, el descaro cunde, lo inicuo se idolatra y la procacidad anida, llegando a lapidar con ofensas y guijarros al torpe *curro* que no supo redondear una suerte, que cometió una leve falta o un pequeño desliz! Digamos de la escandalosa corrida de toros, lo que Donoso Cortés decía de un impúdico partido político «¡apartemos la vista con horror y el estómago con asco!» Sepultemos con los muertos su favorita fiesta. Arrojemos en la fosa común (nada de orgullo) esa antigua y bárbara pendencia, ese cadáver pútrido que con sus miasmas emponzoña la civilización. Cubrámosla con una lápida bañada en sangre y grabemos en ella una corrida de toros, con todas sus peripecias y maldades, con la muerte de algún *hombre*, orlándola como si fuese una corona de espina, entrelazadas puntillas y medias lunas, picas y astas, espadas y banderillas destilando gotas de sangre y gruesas lágrimas; festoneada con un cuadrito por casa mártir del cuerno, completando este dibujo con los charros trajes de los chulos, que se parecen al de los reyes y sacerdotes, personajes inútiles en las comedias de costumbres de nuestros tiempos, con las vistosas colgaduras, muletas y capas, deshilas y cabestrillos, con las mulitas tan llenas de banderas y dorados aparejos que arrastran el ganado que gimió para hacer gozar! con los jacos rellenos como los sofás y por cimera, por remate, la camilla abierta colocando a un moribundo…. los que tapan la sangre….! Coloquemos una cruz formada de los esqueletos que la lidia regaló y dentro de su marco histórico, escribiremos con la tinta gastada en las revistas de toros, una inscripción que diga:

EPITAFIO

AQUÍ YASE LA MÁS TRISTE Y LA MÁS ALEGRE DE TODAS LAS FIESTAS POPULARES

LA CORRIDA DE LOS TOROS

LA REVELACIÓN LA MATÓ!!!

NO DERRAMES UNA LÁGRIMA, PORQUE NO FUE DIGNA DE ARREPENTIMIENTO

LA IGLESIA, *la confesó y la perdonó. LA* RAZÓN *la condenó al olvido.*

Nació en la Edad Media y murió en el siglo XIX.

Fue hija del **ABSOLUTISMO**, *esposa de la* **TIRANÍA** *y madre de la* **BARBARIE** *y la* **PASIÓN**. *Su nieta, la* **IGNORANCIA**, *protestó de la muerte.*

R. I. P.

¡Detén tu planta, nómada ser, que vas errante por la tierra sin encontrar el punto de reposo, que anhela tu espíritu; esa falta de felicidad, esa incógnita aspiración que con nada se satisface! ¡No las encontrarás aquí! La tumba no es lo que crees. ¡En ellas queda la materia, pero las almas huyen atemorizadas de sus vestiduras, que les recuerda sus pecados que le roban la tranquilidad y vagan angustiosas, asombradas en inciertas por el vacío del mundo invisible, hasta que el remordimiento obre y el arrepentimiento llegue y consigan recibir la orden de encarnar, de volver a envainarse en otro cuerpo y seguir su perfección en ésta o en otras esferas! Detén tu planta ¡Oh hombre! ¡y ora por tantos desgraciados como martirizó la que aquí reposa; que tú también recibirás tus preces! ¡Aprende y no dejes detrás de ti tan bochornoso rastro; estela de pecado que hay que borrar a fuerza de bien!

Medita!!!... piensa!!!... y obra!!!...

EL PROGRESO.

ANTONIO DEL ESPINO.

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

Médium J. Pérez.

P. ¿Ya que los hombres deben considerarse, tan solo usufructuarios de las fortunas que poseen les sería lícito arriesgar estas por adquirir sabiduría y virtud?

R. Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios. Enriqueced maestro espíritu con la virtud, ese bien y tesoro del cielo y despreciado todo aquello, que envileciéndoos, pueda haceros pequeños y miserables a los ojos de Dios.

Jesucristo, decía esto a la humanidad dejar; pues bien, yo os digo y soy infinitamente inferior a él: poned vuestra conciencia por juez en las cosas del mundo, en las que no podáis prescindir de ellas, y vuestro amor y sentimiento en vuestro espíritu, que nunca será de ahí.

La materia y el goce terrenal son perecederos; enriqueced vuestro espíritu, con los bienes del amor y sentimiento, y conseguiréis el bienestar y la felicidad eterna e imperecedera.

Si la fortuna os favoreciera algún día, pensad que sois de la fortuna y que tenéis que dar relativamente a lo que ella os dio. La fortuna no es vuestra.

P. ¿Sería, lícito que el hombre por perfeccionar su espíritu en la sabiduría y en la virtud, hiciera abandono o no atendiera con cuidado la conservación de su hacienda?

R. No, eso nunca; yo te he dicho que pongáis siempre en las cosas, de la tierra a la conciencia por juez, para que falle en vuestras deliberaciones.

P. ¿El sentimiento exagerado, encaminado al bien, suele perjudicar muchas veces a la persona que lo practica y a la que va dirigido?

R. Lo exagerado no es lícito, ni es bien.

P. ¿Eso es sentimiento y este no tiene límites?

R. El sentimiento exagerado se convierte en pasivo. Toda exageración está fuera de la naturaleza, la pasión ha de ir con la naturaleza, para que no caminando delante de ella, corra peligro de estrellarse.

Adiós.

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Sesión del 18 *de Mayo.*

Médium. A. S.

P. ¿Quieres indicar el tema sobre el cual hemos de tratar?

R. Indícalo tú, estoy a vuestra disposición.

P. ¿La divisibilidad de la materia se la puede considerar como infinita?

R. Mirada bajo vuestro punto de vista material, indudablemente; mas conceptuada como lo que en su esencia es, limitada, pero imperceptible a vuestra débil mirada.

P. ¿En éste caso, no será posible anonadar la materia?

R. ¡A vosotros os parece, porque todo lo miráis bajo el punto de vista de vuestra envoltura material; mas si por un momento os pudierais trasportar a las regiones espirituales, entonces veríais claramente lo que ahora en vano intentáis encontrar, no porque vuestra apetecida solución no exista, sino porque vuestros sentidos os lo impiden.

P. ¿Desearíamos una explicación más clara? ¿Es o no posible reducir a la nada la materia?

R. No, porque la nada no existe, sino en vuestra imaginación.

P. ¿En este caso el espíritu por grande que sea el grado de su perfección y pureza, no puede quedar jamás sin periespíritu?

R. En mi concepto no, pues solo concibo separado de la materia, porque está en ella, como está en todo, a la sublime causa, a Dios; los demás seres todos tienen inherentes a sí mismos, una envoltura material más o menos grosera en relación con su adelantamiento, que jamás se separa completamente de ellos.

P. «Nosotros hacemos ni más ni menos que Platón: creemos en un alma compuesta (aunque esta no es la palabra apropiada) de espíritu y de cuerpo infinito en duración, pero finito en cantidad, que reviste nuestra alma, y es como el mundo eterno de esa alma»

R. Ya os he dicho lo mismo.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Sesión de 15 *de Junio.*

DICHOSOS TIEMPOS

Médium. J. Pérez

¿No experimentáis una satisfacción inmensa al comunicar con vuestros hermanos de ultratumba? Moisés condenó a su pueblo porque hacían preguntas a los que dejaban de existir materialmente; pero esto era cuestión de higiene; aquellas inteligencias tan pobres y rudimentales, no podían salir de un circulo muy estrecho y reducido: aquella humanidad se hubiese trastornado con la comunicación: En el siglo presente por el contrario, está muy robustecida la imaginación por la filosofía, y la ciencia y antes que perjudicarla, la vivifica y está dispuesta a penetrar en el gran arcano.

Dichosos tiempos; felices tiempos en que despliega el hombre sus alas y se remonta a los espacios a investigar los mundos, a resolver y buscar fuerte y poderoso, la idea de Dios; ese velo tan profundo que aparece como indescifrable misterio. Pero no debemos impacientarnos, todos conoceremos la verdad; todos depués de pasar por ese laboratorio inmenso en el cual dejamos nuestras imperfecciones, que nos denigran, llegaremos a ser puros y dignos para inundarnos de la luz divina.

Jesucristo dijo perfectamente: que el reino de los cielos sería para los buenos: el espiritismo como Jesucristo también dice, que el reino de los cielos será para los perfectos; así, cómo se puede concebir la absurda teoría de las penas eternas, cuando la vida del hombre es tan efímera para el progreso.

Proclamad a grito y a toda voz, que el reino de Dios llega a los hombres para mostrarles la verdad, la luz envuelta en una filosofía lógica, racional y admirable a todas las inteligencias, el espiritismo, que resuelve de una manera clara y sencilla todas las soluciones de la vida del hombre y su progreso: ¿así, podrá el hombre ignorar el porvenir risueño que se le tiene reservado?

El hombre gozará de la dicha eterna; hermosa antítesis de la teoría romana la de las penas eternas, tan terrible para las inteligencias tímidas y apocadas.

Os advierto una cosa, amigos míos. El espiritismo, siendo la luz, tiende a desvanecer las tinieblas en que yacen los hombres. El espiritismo en todo el Universo lleva por lema. *Virtud y Sabiduría,* sin *caridad no hay salvación posible.* Magnificas palabras para desconcertar a los que tratan a toda costa de desprestigiar la doctrina, que está llamada a regenerar la presente generación, a redimir la humanidad; como si dijéramos, y muy bien dicho, que el espiritismo es el evangelio escrito con letras de oro; sublime poema cantado con el lenguaje de los ángeles.

Decid, y diréis mu y bien; que el espiritismo lo llena todo, es de ayer, de hoy y será de mañana. El hombre ignorante se reirá de esta aserción, el instruido estudiará, y a medida que estudie, comprenderá y encontrará lo que en su ofuscación no pudo hallar. El bueno tenga siempre presente, que este hermoso libro se abre con la palabra virtud y se cierra con la de *sin caridad no hay salvación posible.*

Esforzaos y trabajad por realizar lo que ayer la virtud no pudo. Tened por cierto que si a la virtud añadimos la inteligencia, lo conseguiréis todo; porque es una fuerza muy poderosa para contrarrestar la fuerza y el poder en todas las escuelas, de todas las filosofías y de todos los sistemas que no tratan o que no tiendan a la universalidad de Dios.

* * *

LA ÉPOCA

Médium Sánchez

Salud, hermanos queridos: gran deseo teníamos de comunicar con vosotros, apenas ocasión se nos presenta, pasamos contentos a manifestaros el progreso que hace nuestra salvadora y regeneradora doctrina.

Hoy hace poco más o menos un año que el espiritismo entró por las puertas da la inteligencia, empezando por uno de vosotros; y desde entonces hasta hoy, el espiritismo corre por infinidad de períodos. Al principio, cuando solo este se encontraba en inteligencias que poco partido podían sacar de la propaganda, se manifestó muy triunfante; es decir, con muchas más pruebas concluyentes que hoy; después, cuando ya comenzó a esparcir su fecundante rocío y añadir más instrucción que en ellas había, entonces ya no era el espiritismo que mostraba la verdad divina a los ojos del fanático y del incrédulo; sino el espiritismo que en pocas y muy ligeras pruebas se presentaba con la ayuda de las razones expuestas por apóstoles de tan sublime doctrina. Convencía, al que de fe buscaba la verdad; dejaba atónito, hacia perder la razón a los que no buscaban la pureza de la doctrina, sino su parte critica, y mareaba de cierto modo a los que se acercaban al oído del médium a combatir una de las comunicaciones de un espíritu.

Pero pasó la segunda época, y el espiritismo entra en otra más elevada, más pura; en la que el hombre, por pocos esfuerzos que haga, ve la verdad, la luz; ve, en una palabra, el resplandeciente y divino rayo que le alumbrará por medio del progreso espiritual, hasta entrar en lo infinito por lo eterno.

¿Acaso no lo veis? ¿No oís que por todas partes se oye el grito unánime que nos dice estamos abrazados a la verdad? No veis al hombre levantarse potente y firme sobre la oscura materia, y mirándola como al globo que la eleva de esfera a esfera, de planeta a planeta, de

mundo a mundo, sube a las regiones, donde está la magnificencia de Dios, más manifiesta y más en armonía a los goces que el espíritu apetece en recompensa de sus penalidades y mirándola con cierto desprecio, grita: te reconozco solamente como una máquina que me hace avanzar por un camino de flores y de verdad, a la mansión de Dios: te reconozco, como un bajel que impulsado por las penas y sufrimientos, corres conduciendo en tu seno a mi adormecido espíritu hacia el puerto de salvación: te reconozco como un pequeño pigmeo que pugna por anteponer sus fuerzas a las del espíritu; pero como nada más, me entiendes, como nada más!

Pues qué; ¿acaso el hombre después de atravesar por infinidad de peripecias y de trabajos, no ha de encontrar un mundo donde halle su verdadero centro de vida, de bien, de gloria, de luz, de felicidad, de bienaventuranza?

A vosotros os toca, pues, encaminar al hombre por ese camino ameno y florido, que conduce el espíritu al bienestar.

A vosotros os toca conducirle como de la mano hacia lo infinito, hacia lo eterno: nada temáis, estamos con vosotros. El catolicismo tiembla; el apostolado, ese miasma pernicioso y resistente que inunda toda la tierra, pronto, sí, muy pronto caerá a las bajas regiones, de los cuales pasará por una metamorfosis al camino de la bienaventuranza. ¡El romanismo! ¡el romanismo!... inútil es advertirlo, se precipita a paso agigantado hacia el borde de un abismo y pronto, muy pronto caerá rodando piedra sobre piedra, estatua sobre estatua; cabeza sobre cabeza, hasta el punto ilimitado da un ilimitado abismo.

Tu amigo. A.

MISCELÁNEA

El Látigo.— Con este epígrafe apareció el 18 del pasado Agosto, el primer número de un periódico neo[1] en contra del espiritismo y firmando por el célebre D. Benedito Mollá.

En él como en sus anteriores trabajos, camina al azar, diciendo lo que le parece de la escuela espiritista, no lo que es, puesto que la desconoce, divagando y entrelazando trozos de historias que cuadran perfectamente para la refutación del neismo y en fin, erigiéndose en dómine a falta de argumentos, empuñando con ira la paleta y dándonos fuertes golpes porque destrozamos el habla castellana con su ejemplo.

[1] Intermitente. No fija fecha para ver la luz o la sombra.

Nuestro querido hermano Salvador Sellés, nos ha remitido la contestación a este nuevo parto de los montes, la que no insertamos en este número, por estar ya compuesto en su mayor parte, pero que tendremos el gusto de publicarla en hoja suelta, antes de ver la luz en la siguiente revista.

Es una gran lástima que no abra el Sr. Mollá una cátedra de literatura y limpieza, para pedirle honestas y críticas observaciones sobre sus «FLORES... DE ROPA BLANCA.» Si esto no lo ha aprendido en sí, ¡será del Padre Claret!

¿Ha recibido encargo, este joven neo de llamar la atención, para que se olvide el público del invicto Sr. Zarandona canónigo que ha perdido la voz y que huye ante los artesanos y nimios espiritistas?

Periódicos espiritistas. — *La Revista* de Barcelona, no ceja en la noble misión de regalar a sus subscritores, como folletín, obras de la escuela.

Apenas había concluido la entrega del último pliego, de «*Qué es el espiritismo*» de Allan Kardec. cuando empezaba ya el reparto del primero de «*La Armonía Universal*» trabajo medianímico obtenido en Soria.

El *Criterio* de Madrid, también sigue el ejemplo, regalando en cada número un pliego de «*Las memorias de un Loco*» escritas por Cesar Bassols.

El celo que muestra es muy digno de premio y nos mueve a suplicar a nuestros abonados, que se suscriban a estas publicaciones tan inmejorables en su parte literaria como exactas, decimos mal, como pródigas y exuberantes en su parte material, siendo modelos tipográficos.

Damos el parabién a los hermanos que componendas respectivas, redacciones, por los desvelos y cuidados que se toman en bien de la idea, rogando a los espiritistas que coadyuven a estas empresas.

La Biblia.— Hemos recibido un digno y bien escrito comunicado de extensas formas, suscrito por el Ministro cristiano Juan Martín Calleja, en el que se trata de defender la Biblia de supuestos desprecios que de ella hacen, los que no la estudian y aprecian en lo que en sí vale.

Nosotros somos amantes de todos los libros y todos los consideramos buenos, útiles y provechosos, porque de todos puede el hombre sacar partido, estudiando con prevención, y buen juicio, crítico. ¡Hasta el libro más inmoral, hace apartar al hombre de la inmoralidad misma!

Pero, ¿quiere esto decir, qué todos los libros dicen y manifiestan la verdad? No, de ningún modo. La Biblia no puede salirse de esté juicio porque es obra de hombres inspirados, y 1a revelación ha de ser analizada siempre, en todos tiempos y lo que no se ajuste a la razón y a la moral, no

puede ser admisible, aunque venga revestida con el ropaje del profeta y sellada con la mano de Dios. (¿?)

Todas las largas consideraciones que hace nuestro hermano cristiano en favor de las sagradas escrituras, son merecidas y justas, pero sin elevarlas a la infalibilidad y a la pureza, porque donde los hombres ponen sus manos dejan el sello de sus pasiones, la huella de su ignorancia.

Nosotros no podemos tomar la Biblia como buena, porque somos, cristianos y ella reza solo para los judíos; para nosotros el Evangelio, para ellos el antiguo Testamento. Ella habla al corazón duro y a la preocupación, al fanatismo y a la barbarie. Está reñida con la ciencia y la razón y si en sus páginas brillan hermosos pasajes, son brillantes engarzados en el hierro de la cólera de Jehová y ennegrecidos por él cieno que se encuentra en el cantar de los cantares, en las hijas de Lot, etcétera, etcétera.

De la Biblia, como de todo, aceptamos lo bueno según nuestro entender, pues no nos preciamos de ser infalibles, y dejamos a un lado lo que no creemos universal, sino hijo de la preocupación, del atraso, de la pasión, del libertinaje y en fin, del hombre. Lo que ayer fue bueno para una época, hoy es atraso y denigra querer ajustarse a tan mezquino pensamiento político-social-religioso.

Sin embargo, damos las gracias al Sr. Calleja, agradeciéndole muchas de sus buenas observaciones, aunque, no estemos conformes en apreciar el valor real del antiguo testamento. Sobre todo, se distingue completamente su lenguaje del de esos humildes, y caritativos, sabios, y literatos, y casi-santos neos, que para decir, vulgaridades, hijas de su atraso, insultan y calumnian al adversario y abofetean a Cristo.

Excomunión papal.— Tomamos de *La Discusión:*

«Se anuncia ya la próxima publicación de una encíclica en la que Pío IX separará de la iglesia a los armenios católicos de Oriente y lanzará contra ellos excomunión mayor.

Al paso que va el Vaticano, pronto tendrá que excomulgarse a sí mismo y si quiere excomulgar a alguien.»

Esto unido a la amenaza del Pontífice a Sttrosmayer aplazándole para que se decida a reconocer la *infalibilidad* (bufa) o prepararse a ser excluido de la secta romana y excomulgado por su rebeldía prueban la política de Roma. «Amenaza a los débiles, bajeza con los fuertes.»

El dignísimo Sttrosmayer ha llegado a París, decidido a no abdicar de su razón y se ha unido, al célebre P. Jacinto.

Es hora ya que conozca Pió IX, *el viejo impresionable* como lo apellida el astuto Antonelli, su debilidad, la suprema agonía que sufre su

poder espiritual, que ya no sirve ni para ganar unas elecciones municipales, que morirá como el poder espiritual *ab irato*, en justa expiación de su pecado.

Y esto sucederá por más que clamen sus partidarios. ¡Vox clamantis in deserto!

¡El papado se ha hecho el vacío a su alrededor y no: encuentra compasión!

Romanada.— Unos neos católicos (?) nos remitieron por el correo interior un folleto protestante titulado «*Sí, hay un salvador para ti*» adornado con notas[1] autográficas que revelan la animadversión que se nos tiene y la poca costumbre de estudiar que tendrán los que en la misma obrita no se han dado papirotazos contra su purgatorio, misas, indulgencias y demás minas.

Hacemos gracia a nuestros subscritores, no molestándoles copiando las notas y rogamos a tan excelentes religiosos que si quieren cumplir la misión de catequistas, acudan a cualquier sitio de los que frecuentamos y nos saquen del error en que yacemos. Creemos conocer la letra y es un pobre desahogo de impotencia. ¡Es muy cancanoso todo lo neocatólico!

Y apropósito. ¿El libelo que se ha dirigido al pastor Juan Cabrera que lleva el pseudónimo de «*un espiritista*» será obra de los maquiavélicos muchachos, que lastimosamente tiene fanatizados la iglesia y que azuza contra los herejes distrayendo la atención de las derrotas que sufren sus canónigos y presbíteros? ¿Es que os gustaría que los protestantes y espiritistas entablaran polémicas para poder respirar vosotros? Se os ha visto el juego. ¡No tiréis por tabla!

AVISO

Los señores subscritores que a continuación se expresan, se hallan, en descubierto del 2.º semestre de suscripción, y se les suplica remitan pronto el importe de ellas, si no quieren sufrir retraso en el envió del periódico.

Alcaráz, G. L—Alcoy, C. G.—Almansa, J. B.; A.M.;Y.A.; J.M.; J.M.G.—Bañeras, J. M.—Bocairente, F.T.—Córdoba, P.L.(Continuará).

[1] ¡Que afición siempre las notas!

CORRESPONDENCIA

Y. Q. Zaragoza.—Se ha recibido su remesa, importe trimestre vencido. E. P. C. Cádiz. Recibido importe del segundo semestre.

ALICANTE.— 1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía,
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Año I. Alicante 20 de Septiembre de 1872. Num.18.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

A NUESTROS SUSCRITORES

El pensamiento constante y el ferviente anhelo que nos guió a publicar LA REVELACIÓN, fue un vivo deseo de prodigar a raudales la bienaventuranza que brota del rico y fecundo manantial espiritista. Preparar con nuestras débiles fuerzas un ligero pan espiritual para los pobres de espíritu, haciéndoles comprender con sencillez y claridad, que no hay en la infinita familia de Dios ningún hijo desheredado ni maldito, que no pueda llegar donde el primero de ellos, que no pueda gozar de lo que goce Jesucristo: inspirar con nuestra escasa fe, la mansedumbre y la resignación necesaria a los pacíficos, diciéndoles que llegarán a otras esferas más felices y ricas en ventura, en las que el sufrimiento no existe; dar consuelo, mitigando las penas a los afligidos y desconsolados, infundiendo en su mente la idea de la recompensa por sus padecimientos: ayudar a los que tiene hambre y sed de justicia, mostrándoles la vida de ultratumba, en la que se prueba indubitablemente que hay un más allá, y que no está en los goces de esta vida la felicidad a que aspiramos, felicidad que el hombre alcanzará con la práctica constante del bien y de la virtud, y últimamente, proyectar una purísima luz que ahuyentando la negra sombra del vicio y el rencor, vivifique y fecunde la moral y la caridad, únicas puertas de salvación para el alma, esta es, ha sido y será la noble misión que nos impusimos, al penetrar en el estadio de la prensa, con el ardor juvenil de nuestros pocos autos y en los que existe siempre franqueza y desprendimiento.

Próximo a finalizar el primer año de nuestra aparición, creemos cumplir con un deber sagrado manifestando a nuestros subscritores el por

qué no hemos cumplido nuestra más hermosa aspiración y la promesa hecha en el artículo de entrada, en el que consignábamos el siguiente párrafo: «Por esto admitimos desde un principio la oposición, siempre que esta sea leal y razonable, nunca le prestaremos atención, si es sistemática o intransigente.»

Bajo este punto de vista, aceptamos la polémica iniciada por el bando Católico de la que, si nuestros adversarios se hubiesen sujetado a las condiciones del párrafo anterior, en vez de esgrimir armas tan ruines como las que han empleado, hubiese brotado un raudal de razonamientos en pro de ambas escuelas, capaces de iluminar la mente del lector más obtuso y no dejando ignorar las bases esenciales de nuestra doctrina. Si nosotros, a fuerza de hombres horrados y de sinceros espiritistas, aceptamos la dicha polémica, fue porque nunca hubiésemos creído que los hombres que al frente de ella campeaban, se rebajasen hasta el extremo de emplear el ridículo en las personas y la guasa en una cuestión tan delicada la cual se trataba; fue porque creímos que nuestro contrincante serían leal y digno, no llegando ni a un a imaginarnos siquiera, que se apartara de la senda del decoro y la decencia del modo que lo ha hecho. Mas no fue así; él estaba tras el parapeto del desprecio a nuestras razones y nosotros al descubierto completo contestando dignamente a sus ataques. La lucha no era igual peleábamos con desventaja; pero esperando a que enmendase su conducta, seguíamos serenos y tranquilos hasta que nuestro adversario tuvo a bien esconderse en su cueva, como el caracol en su cascara, tras un completo y sepulcral silencio.

Creímos por un momento que, no queriendo rebajarse a discutir con *maestros de obra prima y fabricantes de gorras* etc. etc., habría cortado la discusión; y cual sería nuestro espanto cuando al cabo de un período de dos meses de un mutismo completo, aparece su Carta VII, sin rebatir ninguno de los argumentos sentados en las anteriores, sin corregir su conducta en lo más mínimo, siendo como todas una sarta de injurias contra personas a las que solo por decoro había de guardar un respeto profundo; ta1 es el sepulcro de los muertos.

Entonces y solo entonces, fue cuando faltamos a nuestro deber volviendo a darle una contestación categórica: otorgándole de este modo una importancia que no merecían sus escritos, porque desde el momento que faltó a la lealtad debida, nos obligaba a haberle dejado sin contestación por no ser merecedor de ella.

Y no creemos que él mismo desmentirá nuestra apreciación; porque un canónigo que promueve una controversia en cuestión religiosa (cuestión que nadie mejor que él está obligado a tratar con el respeto que se merece) y proponiéndose *hacer brotar la luz a los golpes de su pluma* se convierte,

para conseguirlo, en escritor bufo, no teniendo en cuenta el respeto que se deben los hombres entre sí, no esperando unas veces la refutación a sus argumentos, y no atendiéndola nunca, escribiendo *sin ton ni son y solo por su gusto*, y finalmente, no saliendo del círculo vicioso de las palabras HIPÓCRITAS y MENTIROSOS, creemos muy justamente que no merece los honores de la refutación y sí tan solo el silencio más completo.

Reunidos los redactores, hemos acordado que desde hoy termine por completo dicha controversia, y en lo venidero dedicar a la miscelánea estos casos, estando seguros de que aun los honramos demasiado con semejante determinación.

Así mismo, cuando algún adversario quiera discutir un punto de doctrina, eligiendo un tema cualquiera, desde las mesas giratorias o parlantes, hasta la pluralidad de mundos y existencias, dedicaremos para ello la *Sección Doctrinal* prestándole gustosa nuestra atención, en tanto que su conducta sea leal, digna y elevada.

Esta es nuestra misión y este nuestro deber.

Desde hoy nos proponemos cumplir exactamente lo que prometimos en nuestro primer artículo, esto es: *explicar punto por punto la doctrina espiritista, desde la más remota antigüedad*; dar cuenta a nuestros lectores de todos los hechos y manifestaciones de los espíritus, ocurridos tanto en la península, como en el extranjero; hacer ver que el espiritismo es tan antiguo, como antiguo es el planeta que habitamos; que está sujeto a leyes naturales y precisas, y que pierde todo su valimiento y grandeza desde el momento que quiere despojársele de una de ellas; que la facultad medianímica ha existido en los tiempos más remotos, existe hoy y existirá por los siglos de los siglos, como igualmente existen miles de miles de mundos y de soles; mundos habitados por seres hermanos más inferiores que nosotros en unos y muchísimo más superiores en otros; y soles que iluminan con su luz radiante otros tantos planetas más pobres y raquíticos que el nuestro, algunos y mucho más hermosos en grandeza y magnitud: mundos y soles que constituyen la verdadera escala espiritista evidenciada por Jacob, escala que todos tenemos que recorrer peldaño por peldaño, hasta que limpios ya de la podredumbre material y libres del calabozo corpóreo que embota la libre acción de nuestro espíritu atrasado, nos remontemos a los imperios de la perfección que la Providencia nos tiene reservados al finalizar nuestra peregrinación planetaria.

Daremos cuenta de todos los progresos realizados hasta el día, que son numerosos, y muy particularmente desde que las clases más elevadas de la sociedad han podido apreciarlo y estudiarlos por haber entrado en las vías filosóficas.

Anteriormente, el Espiritismo era mirado como un espectáculo, como un pasatiempo cualquiera, siendo la diversión de las tertulias y reuniones familiares; razón por la cual hubo más tarde lágrimas infinitas y dolores inmensos, que algunos hubiesen borrado aun a costa de su propia vida.

Las mesas giratorias o parlantes, eran la risa de los desocupados y necios, que todo lo miran bajo el punto de vista recreativo.

Hoy por el contrario, el Espiritismo es una escuela de la que solo se mofan los orgullosos que, debiendo entretenerse en estudiar lo mucho que por desgracia ignoran, se creen sabios y únicos poseedores de la verdad eterna y sin parar mientes y ni mediar lo que van a decir, lazan un ES MENTIRA tan ridículo que, antes que surtir el efecto deseado por sus autores, ayudan en gran manera al triunfo de lo que en su ignorancia quieren desacreditar, arrancando un mar de carcajadas de conmiseración y lástima, las cuales caen gota a gota cual plomo derretido sobre la cabeza de los infelices neófitos que así rebaten los argumentos y máximas de una idea que aparece en el horizonte del mundo.

Y últimamente, rogamos a nuestros subscritores nos dispensen este descuido hijo de nuestra fe inquebrantable por la santa y noble idea que sustentamos, prometiéndoles no separarnos un ápice de la línea marcada en este artículo, esperando que en lo sucesivo acogerán el fondo de nuestros pobres escritos y la pureza de pensamiento que encierren, aunque arrojen fuera de sí la pobreza del lenguaje, pues no nos proponemos ser sabios, Zoilo historiadores y *literatos* sin segundo, como muchos que conocemos. Poseemos mi débil destello de la luz que de Dios dimana, y al ofrecerla a nuestros hermanos, libre de *misterios augustos* y exenta de *retorcimientos*, creemos cumplir con nuestro deber: causa por la cual, nos hemos propuesto sin pretensión de buenos escritores, ser verdaderos cristianos y dignos apóstoles de aquel, que por propagar la santa moral de nuestra doctrina, murió en un madero en la cúspide del monte de la degradación, en el Calvario.

¡Felices nosotros, si al terminar nuestra obra hemos cumplido fielmente nuestros deberes!

¡Felices, si nuestro corazón cesa de palpitar sin haber dado cabida en él a la baba asquerosa de los vicios mundanos!

Entretanto, dejemos que nuestros adversarios arrojen dardos a nuestras fortalezas, ellos nunca podrán tener en su ayuda más que las preocupaciones, la superstición, los errores y la ignorancia, y siempre representarán la vejez y la muerte.

Nosotros por el contrario, tenemos en nuestro favor la civilización, la verdad, la razón, la justicia, la moral, el derecho y la libertad y nuestra alegoría será siempre el símbolo del porvenir, esto es: la juventud y la vida.

Ánimo pues. Espiritistas todos; dejemos que el mundo viejo se derrumbe, contemplemos estáticos su caída, ¿no oís el temblor de tierra causado por el choque de las ideas nuevas con las viejas y caducas? ¿No veis ese ángel que se cierne sobre las nubes? ¿No observáis un arco parecido al iris después de la tempestad? ¿Comprendéis los caracteres luminosos que cual clavos de oro tiene grabados en su centro? Leed:

Pasaran los cielos y la tierra, mas mis palabras no pasarán……………………………………………………………………

El mundo viejo sucumbió.... la profecía se ha cumplido.

La Redacción.

Conociendo ya nuestros abonados los apuntes biográficos de Allan Kardec, que copiamos de la Revista espiritista de Barcelona, tenemos hoy el gusto de insertar, tomándolo de la misma, el levantado, elocuente y digno discurso que pronunció el célebre astrónomo ante la tumba del inolvidable maestro.

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

Discurso pronunciado en la tumba de Allan Kardec,[1]
por *Camilo Flammarion.*

Señores:

Accediendo gustoso a la simpática invitación de los amigos del pensador laborioso, cuyo cuerpo terrestre yace en este momento a nuestros pies, recuerdo un triste día del mes de diciembre de 1865. Pronuncié entonces supremas palabras de despedida en la tumba del fundador de la Librería académica, del honorable Didier, que como editor, fue el colaborador convencido de Allan Kardec en la publicación de las obras

[1] Muerto en París el 21 de Marzo de 1869, e inhumado en entierro civil, el 2 de abril en el cementerio del Norte.

fundamentales de una doctrina, que le era querida, quien murió también de repente, como si el cielo hubiese deseado evitar a estos dos espíritus íntegros, el embarazo filosófico de salir de esta vida por camino diferente del vulgarmente seguido. Igual reflexión es aplicable a la muerte de nuestro antiguo colega Jobard, de Bruselas.

Mi tarea de hoy es más grande aún: porque quisiera representar al pensamiento de los que me oyen, y al de los millones de hombres que en toda Europa y en el nuevo mundo se han ocupado del problema a un misterioso de los fenómenos, llamados espiritistas;—quisiera, digo, poder representarles el interés científico y el porvenir filosófico del estudio de esos fenómenos (al que se han entregado, como nadie ignora, hombres eminentes entre nuestros contemporáneos). Me placería hacerles entrever los desconocidos horizontes que se abrirán al pensamiento humano, a medida que éste extienda el conocimiento positivo de las fuerzas naturales, que a nuestro alrededor funcionan; demostrarles que semejantes comprobaciones son el más eficaz antídoto contra el cáncer del ateísmo, que parece ensañarse particularmente en nuestra época de transición, y atestiguar, en fin, de un modo público el inmenso, servicio que prestó a la filosofía el autor del *Libro de los Espíritus, despertando la atención y la discusión* sobre hechos que, hasta entonces, pertenecían al mórbido y funesto dominio de las supersticiones religiosas.

En efecto, sería importante establecer aquí, ante esta tumba elocuente, que el examen metódico de los fenómenos, llamados sin motivo sobrenaturales, lejos de renovar el espíritu supersticioso y de amenguar la energía de la razón, destruye, por el contrario, los errores y las ilusiones de la ignorancia, favoreciendo más el progreso que la ilegítima negación de los que no quieren tomarse el trabajo de ver.

Más no es este lugar para abrir el campo a una discusión irrespetuosa. ¡Concretémonos únicamente, a dejar caer de nuestros pensamientos, en la faz impasible del hombre que duerme ante nosotros, testimonios de afecto y sentimientos de pesar, que queden en su tumba y a su alrededor como un bálsamo del corazón! Y puesto que sabemos que su alma eterna sobrevive a esos despojos mortales, como a ellos preexistió; puesto que sabemos que indestructibles lazos unen nuestro mundo visible al invisible; puesto que su alma existe hoy como hace tres días, y puesto que no es imposible que actualmente se encuentre aquí, delante de nosotros; digámosle que no hemos querido ver desaparecer su imagen corporal y encerrarla en el sepulcro, sin honrar unánimemente sus trabajos y su memoria, sin pagar un tributo de gratitud a su encarnación terrestre, tan útil y dignamente empleada.

Ante todo, trazaré rápidamente las principales líneas de su carrera literaria.

Muerto a la edad de 65 años, Allan Kardec[1] había consagrado la primera parte de su vida a escribir obras clásicas elementales, destinadas especialmente al uso de los institutores de la juventud. Cuando, hacia 1850, las manifestaciones, al parecer nuevas, de las mesas giratorias, golpes sin causa ostensible y movimientos inusitados de objetos y muebles, empezaron a llamar la atención pública, determinado aun en las imaginaciones aventureras una especie de fiebre, debido a la novedad de esos experimentos; Allan Kardec, estudiando a la par el magnetismo y sus extraños efectos, siguió con la más grande paciencia y juiciosa clarividencia los experimentos y numerosas tentativas, hechas por entonces en Paris. Recogió y ordenó los resultados obtenidos por esa larga observación, y con ellos organizó el cuerpo de doctrina publicado en 1857 en la primera elución del *Libro de los Espíritus.* Todos vosotros sabéis la acogida que mereció esa obra, en Francia y en el extranjero. Habiéndose tirado hasta la fecha su décima sexta edición, ha propagado entre todas las clases ese cuerpo de doctrina elemental, que en su esencia no es nuevo, puesto que la escuela de Pitágoras en Grecia y la de los druidas en nuestra Galia enseñaban esos principios; pero que tomaba una verdadera, forma de actualidad por su correspondencia con los fenómenos.

Después de esta primera obra, aparecieron sucesivamente el *Libro de los Médiums* o *Espiritismo Experimental*; —*¿Qué es el Espiritismo?* o compendio en forma dialogada;— el *Evangelio según el Espiritismo*; —el *Cielo y el Infierno*; —el *Génesis*; y la muerte ha venido a sorprenderle en los momentos en que, en su infatigable actividad, escribía una obra sobre las relaciones del magnetismo y del espiritismo.

Por medio de la *Revista Espiritista* y de la Sociedad de París, cuyo presidente era, habíase constituido hasta cierto punto en centro a que todo convergía, en lazo de unión de todos los experimentadores. Hace algunos meses, presintiendo su fin próximo, preparó las condiciones de vitalidad de esos mismos estudios para después que él muriese, y estableció el Comité central que le sucede.

Allan Kardec despertó rivalidades, creó una escuela bajo forma algún tanto personal, y aun existe cierta división entre los «espiritualistas» y los «espiritistas». En adelante. Señores, (tales por lo menos son los votos de los amigos de la verdad), debemos estar unidos todos por una solidaridad fraternal, por los mismos esfuerzos encaminados a la dilucidación del problema, por el general o impersonal deseo de lo verdadero y de lo bueno.

[1] León, Hipólito, Denisard, Rivail

Se ha argüido. Señores, a nuestro digno amigo, a quien tributamos hoy los últimos obsequios, se le ha argüido que no era lo que se llama *un sabio*, que no fue ante todo físico, naturalista o astrónomo, sino que prefirió constituir primeramente un cuerpo de doctrina moral, sin haber antes aplicado la discusión científica a la realidad y naturaleza de los fenómenos.

Quizá es preferible que así hayan empezado las cosas. No siempre debe rechazarse el valor del sentimiento. ¡Qué corazones no han sido consolados por esa creencia religiosa! ¡Qué lágrimas enjugadas! ¡qué conciencias abiertas a los destellos de la belleza espiritual! No todos son felices en la tierra. Muchos son los afectos quebrantados y muchas las almas narcotizadas por el escepticismo. ¿Y es por ventura poca cosa haber despertado al espiritualismo tantos seres que dotaban en la duda, y que no apreciaban ni la vida física ni la intelectual?

Si Allan Kardec hubiese sido hombre de ciencia, no hubiera podido indudablemente prestar ese primer servicio, ni dirigir a lo lejos aquella invitación a todos los corazones. El era lo que llamaré sencillamente «el sentido común encarnado». Razón juiciosa y recta, aplicaba sin olvido a su obra permanente las intimas indicaciones del sentido común. No era esta una pequeña cualidad en el orden de cosas que nos ocupan; era, podemos asegurarlo, la primera entre todas y la más preciosa, aquella sin la cual no hubiese podido llegar a ser popular la obra, ni echar tan profundas raíces en el mundo. La mayor parte de los que se han consagrado a semejantes estudios han recordado haber sido en su juventud, o en ciertas circunstancias especiales, testigos de inexplicables manifestaciones, y pocas son las familias que no hayan observado en su historia testimonios de este orden. El primer paso que debía darse, pues, era el de aplicar la razón firme del sentido común a esos recuerdos, y examinarlos según los principios del método positivo.

Según lo previó el mismo organizador de este estudio lento y difícil, actualmente debe entrar en su período científico. Los fenómenos físicos, en los cuales no se ha insistido, deben ser objeto de la crítica experimental, sin la que no es posible ninguna comprobación seria. Este método experimental, al que debemos la gloria del progreso moderno y las maravillas de la electricidad y del vapor; este método debe apoderarse de los fenómenos del orden aún misterioso a que asistimos, disecarlos, medirlos y definirlos.

Porque, Señores, el espiritismo no es una religión, sino una ciencia de la que apenas sabemos el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluido. La naturaleza abraza al universo, y el mismo Dios, que en otras épocas fue hecho a semejanza del hombre, no puede ser considerado por la metafísica moderna más que como *un espíritu en la naturaleza*. Lo

sobrenatural no existe. Las manifestaciones obtenidas con la intervención de los médiums, lo mismo que las del magnetismo y sonambulismo, *son del orden natural*, y deben ser sometidas severamente a la comprobación de la experiencia. Los milagros han concluido. Asistimos a la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede prever las consecuencias a que en el mundo del pensamiento, conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?

La ciencia rige al mundo, y no ha de ser extraño. Señores, a este discurso, fúnebre notar su obra actual y las nuevas inducciones que precisamente nos revela bajo el punto de vista de nuestras investigaciones.

En ninguna época de la historia ha desarrollado la ciencia ante la mirada atónita del hombre, tan grandiosos horizontes. Hoy sabemos que *la Tierra es un astro* y que *nuestra vida actual se realiza en el cielo*. Por medio del análisis de la luz, conocemos los elementos que arden en el sol y en las estrellas, a millones, a trillones de leguas de nuestro observatorio terrestre. Por medio del cálculo, poseemos la historia del cielo y de la tierra, así en su remoto pasado como en su porvenir, que no existen para las leyes inmutables. Por medio de la observación, hemos pesado las tierras celestes que gravitan en el espacio. El globo donde moramos se ha convertido en un átomo estelar que vuela por el espacio en medio de infinitas profundidades, y nuestra misma existencia en este globo ha venido a trocarse en una fracción infinitesimal de nuestra vida eterna.

Pero lo que con justo título puede impresionarnos más aun, es este maravilloso resultado de los trabajos físicos hechos en estos últimos años, a saber: que *vivimos en medio de un mundo invisible*, que incesantemente obra entorno nuestro. Si, Señores, ésta es para nosotros una inmensa revelación. Contemplad, por ejemplo, la luz que en este momento derrama por la atmósfera ese brillante sol, contemplad ese suave azul de la bóveda celeste, reparad esos efluvios de aire tibio que acarician nuestro rostro, mirad esos monumentos y esa tierra; pues bien, a pesar de que nos hagamos ojos, no veremos lo que aquí está pasando. Sobre cien rayos emanados del sol, una tercera parte únicamente es accesible a nuestra vista, ya sea directamente, ya reflejada por todos esos cuerpos. Las dos terceras partes restantes existen y obran alrededor nuestro, pero de un modo, aunque real, invisible. Sin ser luminosos para nosotros, son cálidos, y mucho más activos aún que los que impresionan nuestra vista, pues ellos son los que vuelven las flores hacia el sol, los que producen todas las acciones químicas,[1] y ellos son también los que levantan, bajo una forma

[1] Nuestra retina es insensible a esos rayos, pero otras sustancias, por ejemplo, el yodo y las sales de plata, los perciben. Se ha fotografiado el espectro solar químico, que no ve nuestro ojo. La plancha del fotógrafo además, no presenta nunca imagen alguna visible, al salir de la cámara oscura, aunque la posea, pues su aparición se debe a una operación química.

igualmente invisible, en la atmósfera, el vapor de agua para con él formar las nubes, ejerciendo así a nuestro alrededor incesantemente, de una manera oculta y silenciosa, una fuerza colosal, mecánicamente equivalente al trabajo de muchos millares de caballos.

(Concluirá).

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Sesión de 24 *de Agosto.*

Médium J. Pérez.

P. ¿Qué relación ha tenido el sentimiento religioso en su desarrollo con los demás sentimientos de la humanidad, y cuál ha sido su importancia relativa?

R. El sentimiento religioso ha venido intuitivamente de ultratumba: el hombre le encarnó en este mondo; él fue primeramente espíritu y pensamiento en el espacio, y del espacio trajo este sentimiento religioso para que tomase asiento en la humanidad terrena, para levantar el edificio de perfección que tantos años se viene construyendo. La forma religiosa de tal o cual pueblo, no es lo esencial: cuando la cultura de los pueblos llegue a cierto grado de desarrollo intelectual, entonces comprendiendo la misión que les lleva en esta vida, trabajarán para conseguir un mismo fin.

Las religiones positivas decaen, desaparecen, para que en su lugar abran los hombres el sagrado santuario del corazón, el sentimiento, que la conducirá a un término feliz, a Dios.

Las religiones que hasta hoy han sido incompatibles con la ciencia, caerán en el descrédito de los siglos venideros e inspirarán al hombre lo que inspira siempre el abuso y la intransigencia; pero la que marcha unida con la ciencia, ese talismán que el hombre conquista a fuerza de estudios y de experiencias, esta prevalecerá sobre todas y alzará su frente con noble dignidad, hasta encontrar en el regazo de Dios, la mansión de bienaventuranza.

Ciencia, nada más hay una; religión nada mas habrá una, esto es la idea.

Ciencia, sentimiento religioso y virtud. He aquí, el trípode de oro que está por conquistar y que es el camino que ha de conducir a la perfección.

P. El hombre moralmente considerado es esencialmente religioso, y habiendo traído consigo esa intuición ¿cómo es que en la infancia de la humanidad no ha dirigido su pensamiento a Dios y ha adorado y venerado seres inmundos?

R. Hasta el materialista es religioso, porque está dentro del espacio, de la creación, y nada hay que pueda prescindir de la veneración a Dios: si él está regido por una ley, y la Providencia observa sus menores movimientos y ademanes, la Providencia sonríe de su aparente incredulidad. El hombre en el fondo de su corazón ama a Dios, y esto es tanta verdad, como lo es el que un astro no puede sostenerse fuera de la gravitación universal.

LORENZO ESTRADA.

VARIEDADES

El célebre médium de efectos físicos Daniel Dunglas Home, ha ofrecido visitar a España en breve, si sus ocupaciones se lo permiten. Deseamos vivamente que se realice su oferta.

Poseedor de una facultad extraordinariamente notable, ha sido admirado en las principales naciones del mundo; creemos oportuno consignar un episodio de su vida, durante su permanencia en Roma, la tercera vez que visitó aquélla capital; sin comentarlo, porque el silencio es más elocuente que cuánto decir pudiéramos.

RREFACIO DE SU OBRA

REVELATIONS SUR MA VIE SURNATURALLE

Traducción de T. C. P.

Llegué a Roma el 15 de Noviembre, con ánimo de estudiar escultura.

El 2 de Enero a las cinco de la tarde, recibí una carta que me invitaba a personarme en la Dirección general de policía. Sabiendo que no podía ser llamado por otra causa que por cuestión de espiritualismo, me avergoncé al pensar que en el siglo XIX hubiese hombres que, debiendo ser ilustrados, considerasen como un delito, una cosa que la iglesia debiera sostener; pero no queriendo dar un escándalo, decidí someterme a esta exigencia y

supliqué a un amigo que me acompañase, a lo que accedió. El 3 de Enero a las once y media de la mañana, nos presentamos en el Palazzio-Citerio.

Se nos hizo pasar a una antesala en donde había algunas sillas de paja, no había lumbre, y como los tejados estaban cubiertos de nieve, hacía allí mucho frio. Después de más de media hora de espera, empecé a impacientarme un poco y llamando a un dependiente, le pregunté si era costumbre tratar así a las personas a quienes se llamaba, y le dije que hiciera presente a los que me habían citado que no quería esperar más.

Después de una corta ausencia, volvió excusándose y diciendo que M. Pasqualonni me esperaba. Se nos introdujo en una habitación grande en la que M. Pasqualonni, estaba, sentado detrás de una mesa de despacho— La habitación estaba pobremente amueblada; algunas sillas, un busto del Papa en yeso, un grabado de la Virgen colgado detrás de M. Pasqualonni: alrededor del cuadro de la imagen había tarjetas de visita, M. Pasqualonni me saludó al verme entrar, y me hizo señal para que me sentase frente a él: el amigo que me acompañaba se colocó al extremo de la mesa, a la izquierda de M. Pasqualonni.

M. Pasqualonni, dirigiéndose a mí me dijo:

P. ¿Sois M. D Dunglas Home?

R. Sí señor, y aquí tiene mi pasaporte; sin tomar el pasaporte añadió:

P. Está bien, tengo necesidad de haceros sufrir un examen.

R. Por mi parte. Caballero, estoy pronto a responderos.

P. ¿Nacisteis en Escocia?

R. Sí señor.

P. ¿Tenéis treinta y siete años?

R. No señor, no tengo más que treinta.

P. Caballero, tenéis treinta y siete años.

R. No señor; nací en 1833; en Marzo próximo entraré en los treinta y un años.

Al llegar aquí, sacando un papel de un cajón, después de haberlo consultado, me dijo:

P. Según mis datos debéis tener treinta y siete años.

R. Siento mucho no poder estar conforme con vuestros datos, pero no tengo más que treinta años.

P. ¿El nombre de vuestro Padre?

R. Guillermo.

P. ¿El de vuestra Madre?

R. Isabel.

P. ¿Su nombre antes de su matrimonio?

R. Isabel, Mac-Neil.

Aquí le interrumpí rogándole me diese un papel y un lapicero.

P. ¿Para qué? me dijo.

R. Para escribir.

P. ¿Escribir el qué?

R. Permitidme, pero no quisiera olvidar las preguntas que me hacéis, y respuestas de tanta importancia.

Me dio una hoja de papel y un lápiz rojo, continuando la conversación después.

P. ¿Cuántas veces habéis venido a Roma?

R. Tres con esta.

P. ¿En qué épocas habéis venido y cuánto tiempo habéis permanecido aquí?

R. En 1856 permanecí dos meses. En esta época fue cuando abracé la religión católica; en 1858 pasé tres semanas, y ahora estoy aquí desde el l5 de Noviembre.

P. No es así, es desde 1.º de Noviembre.

R. Aquí tenéis mi pasaporte que os demostrará que estoy aquí desde el 15.

P. ¿Tenéis intención de permanecer mucho tiempo?

R. No señor, pienso volverme a París en Abril.

P. ¿Tenéis allí el domicilio?

R. No señor.

P. ¿Con qué objeto vinisteis a Roma?

R. Por causa de mi salud y para estudiar escultura.

P. ¿A qué religión pertenecíais antes de 1856?

R. A la protestante.

P. ¿Habéis publicado obras, cuántas, con qué títulos?

R. *Revelaciones sobre mi vida.*

P. ¿El libro ha sido editado en París por Dentu?

R. Efectivamente.

P. ¿Decís que sois Médium, que tenéis éxtasis, que veis los espíritus?

R. Sí señor, lo digo y es verdad.

P. ¿Y habláis con los espíritus?

R. Cuando ellos quieren.

P. ¿Cómo los llamáis?

R. No los llamo, se manifiestan espontáneamente.

P. ¿Cómo se manifiestan?

Iba a responder «unas veces de una manera y otras de otra,» cuando se oyeron golpes en la mesa, cerca de él y lejos de mí.

Muy sorprendido me preguntó la causa de estos ruidos—Entonces, la persona que me acompañaba, dijo: «Son espíritus y ya veis que M. Home no se halla ahí para nada.» —¿Los Espíritus? repuso M. Pasqualonni, y miró al rededor de la mesa cada vez más sorprendido: después añadió: «Continuemos nuestro examen.»

R. Continuemos.

P. ¿Entonces consideráis vuestro don como un don de la naturaleza?

R. No; lo considero como un don de Dios.

P. ¿Desde el año de 1856 habéis ejercido alguna vez vuestro poder?

R. Ni antes ni después he ejercido yo nunca poder alguno, puesto que soy pasivo en estas manifestaciones que son espontáneas.

P. ¿Para qué creéis que sirven esas manifestaciones?

R. Para convertir a los incrédulos a las verdades de la inmortalidad del alma y para procurar consuelos religiosos.

P. ¿Qué religión enseñan los Espíritus?

Iba a responder que los espíritus conservan la religión que tenían en el mundo, pero el amigo que me acompañaba, me hizo comprender que sería mejor decir simplemente que puesto que yo había abrazado la religión católica, era a consecuencia de que los espíritus, por su enseñanza, se inclinaban más bien a esta religión, y añadí que había actualmente en Roma una familia, en la que el padre, la madre, los siete hijos y un pastor protestante se habían hecho católicos bajo su inspiración y que hasta el pastor protestante se había convertido en sacerdote católico.

P. ¿En vuestra obra contáis milagros operados por vos, entre otros, curaciones?

R. Son efectivamente milagros.

P. ¿Cómo los habéis producido?

R. No lo sé; yo no soy más que un instrumento.

P. ¿Habéis dado sesiones en Francia, en Inglaterra, en Rusia?

R. En reuniones particulares de amigos se presentan a veces manifestaciones. Pero, ¿con qué objeto me preguntáis todo esto? La respuesta afirmativa está en mi libro; todas las personas que en él cito están dispuestas a justificar lo que he publicado, y sostendré aún a costa de mi vida, la verdad de lo que consta en mi obra. Mi amigo, hallándome algo fatigado, pidió a M. Pasqualonni difiriese el interrogatorio para otro día; pero yo respondí que prefería concluirlo.

P. En vuestra obra decís que los muebles marchan; ¿por qué no se pone en movimiento esta mesa? ¿Veis los espíritus dormido o despierto?

R. En uno y otro estado. En cuanto a los hechos de la locomoción, de que habláis, se producen a veces, pero no a mi voluntad. En el momento en que yo decía esto se oyó un crujir en la mesa que se balanceó un poco. M. Pasqualonni mira a su alrededor y con voz turbada dice: «Continuemos nuestro examen.»

P. ¿No habéis dicho en vuestro libro que vuestra madre era médium?

R. Sí señor, y mi hijo lo es también.

P. ¿Qué edad tiene vuestro hijo?

R. Cuatro años y medio.

P. ¿En dónde está?

R. En Malvern.

P. ¿Dónde está Malvern?

R. En Inglaterra.

P. ¿Tiene aya?

R. Sí señor.

P. ¿Su aya es católica?

R. No señor, es de religión griega.

P. ¿En casa de quien está vuestro hijo?

R. Casa del doctor Gully, amigo mío.

P. ¿Es católico el doctor Gully?

R. No señor.

En este momento el amigo que me acompañaba se puso a hablar bajo con M. Pasqualonni y adiviné que se trataba de mi destierro de Roma: entonces pedí que se hiciese por escrito la declaración, lo que hizo, y me dijo que en el término de tres días debía abandonar Roma.

P. ¿Consentís en hacerlo? añadió.

Me levanto entonces y le digo:

R. Seguramente no, porque no habiendo hecho nada contra las leyes, si consintiese en marchar, daría a entender que había cometido alguna falta de que me avergonzaría: me propongo hacerlo público antes de marchar, os lo advierto de antemano y salgo de aquí para ir a aconsejarme de mi cónsul.

Entonces me dice; «Mr. Home, ¿espero que no me rehusareis vuestra mano?

(Concluirá)

Nuestro querido amigo y hermano Francisco de Paula Colí, nos ha remitido la bella composición poética que a continuación insertamos, la que fue inspirada a su autor, joven de 19 años, por la impresión que le produjo la comunicación de ultratumba y que por primera vez contempló en el *Centro Espiritista de Cádiz,* actuando la médium Josefa de Castro y Dócio.

Solo los que conozcan el espiritismo, podrán comprender las variadas sensaciones y el torbellino de encontradas ideas que causa la revelación y la revolución que se operaría en la mente del joven poeta cuando se encontraba frente a frente del pasado que poderosamente se individualizaba ante él, palpablemente, y fuera de todo efecto de espejismo.

IMPRESIONES

AL PRESENCIAR LA PRIMERA COMUNICACIÓN

1.ª

Por fin se rasgó el velo que denso te oprimía;
Huyó ya para siempre la negra oscuridad:
Ya puedes elevarte tranquila ¡oh alma mía!
Buscando las regiones de luz y de verdad.

Cuan torpe ayer ¡oh alma! vagabas temerosa
Perdida mariposa que busca su pensil,
Y triste y fatigada, de flor en flor se posa,
Que anhela otros encantos, aromas de otro Abril.

Mas hoy fijo en mi mente indeleble está escrito
Cuanto del mundo abarca la excelsa Majestad,
Dios, síntesis sagrada, *Espíritu infinito*,
Tras límite borrado, *Divina eternidad*.

2.ª

Era, una noche, la región serena
De los astros, magnífica, esplendente;
Fija mi vista contemplaba llena
De amor mi alma y de entusiasmo ardiente
La luna, que cual nítida azucena
Su disco recortaba hacia el Oriente,
Hasta el alto Zenit se fue elevando
Y los etéreos ámbitos bañando.

Y un impulso secreto me arrastraba.
Ardía en mi pecho abrasador anhelo,
Fatigado mi espíritu, luchaba
Volar ansiando hacia el azul del cielo:
Y más y más mi mente se abrumaba
Y clamaba con hondo desconsuelo:
¿Y porqué ¡oh alma! responde, tanto anhelas?
¿Por qué contra tu estado te revelas?

¿Eres alma tal vez, luz misteriosa.
De otra luz más perfecta desprendida?
¿Eres secreta fuerza poderosa
Que al Universo alienta y presta vida?
¿Quién eres tú, que así tan presurosa
Hacia otros mundos vuelas atrevida?
¿Quién eres tú, que en tu veloz carrera,
Tan lejos vas de la mundana esfera?

Así pensaba; y mi exaltada mente
Entre sombras fugaces se perdía,
Cuando súbito vi confusamente
Alzarse en torno grata melodía;
Una voz escuché luego, doliente,
Que con acento celestial decía:
—Oye pobre mortal, oye el consejo,
Que para siempre en tu memoria dejo.—

—Esos vastos confusos pensamientos
Que conmueven tu loca fantasía,
Son reflejos de ocultos sentimientos.
Despertados en ti, por la armonía
De esos mundos que ves girando lentos,
Cruzando del espacio la ancha vía:
Esos globos magníficos, hermosos
Donde moran espíritus dichosos.

No lo dudes, mortal, esas lumbreras
Que contemplas girar arrebatado.
Son mansiones de luz, vastas esferas,
De tal vez otro tiempo has tú morado:
Allí reinan eternas primaveras,
Allí se goza de encantos rodeado,
De un sol bello que jamás se oculta,
Ni en oscuro horizonte se sepulta.

De tu alma desecha ya la duda,
No más turbe tu pecho el desaliento.
Y si triste una vez y sin ayuda
Te pierdes en el mar del sufrimiento
Al recio choque de tormenta ruda,
No te pares mortal, en el momento
Pronuncia un nombre con fervor ardiente,
Llama elevado a Dios Omnipotente. —

Calló la voz, y en melodioso coro,
Se elevó magnífico cantar,
Y un acento mágico, sonoro,
En el espacio se oyó resonar.

¡Dios! vibró puro en la región vacía,
¡Dios! en la altura el coro moduló;
¡Dios! sonoro el eco repetía
Y todo en calma luego se quedó.

Cansada ya la mente, al blando sueño
Mi cuerpo fatigado se entregó.
Y un mundo de placeres halagüeño,
Ante mis ojos rápido pasó.

En mí sueño elevé tranquila ofrenda,
Hasta el trono de Dios, y le imploré,
Bañase con su luz la oscura senda
Que debiera en mi vida recorre.

3ª

Hermanos, ya fatigado
Tras la verdad siempre en pos,
A vosotros he llegado
Sin duda alguna inspirado
Por espíritu de Dios.

Una idea que yo soñaba.
Desde mí tierna niñez
En mi pecho alimentaba
Un eco a ella buscaba
Y entre vosotros le halle.

Llenos de amor descendieron
Tan solo por nuestro bien,
Seres que nos conocieron,
Que con nosotros vivieron
Y que hoy moran el Edén.

Cuanto ellos nos dictaron,
En mi mente se grabó;
Y cuando de Dios hablaron.
Mis oídos escucharon
Lo que mi alma soñó.

Yo vi ¡oh Dios! que ese espacio
En donde el éter palpita.
Era tu hermoso palacio;
Y el Sol, tan solo un topacio
De tu corona infinita.

Hermanos, vivo contento;
Hoy realizo mi ideal,
Y libre mi pensamiento
Traspasa del firmamento
La cortina Celestial.

Que ya fijo en mi mente indeleble está escrito.
Cuanto del mundo abarca la excelsa Majestad:
Dios, síntesis sagrada. Espíritu Infinito,
Tras límite borrado, Divina Eternidad.

JOSÉ DE TORRES Y REYNA.

Cádiz

MISCELÁNEA

Réplica.—Como habíamos prometido en nuestro número anterior, hemos hecho una tirada especial, en forma de folleto, de la refutación que hace nuestro queridísimo hermano Salvador Sellés, del escrito de D. Benedicto Mollá contra el espiritismo, el que repartimos con este número a nuestros subscritores.

El canónigo Sr. Zarandona.—Vuelve a seguir su curso el inexplicable detractor del espiritismo; pero como no entiende lo que quiere combatir, o si lo entiende no lo dice y se hace el tonto, juega a la *gallina ciega*, hecho que es en hombres de alguna gravedad, una *inocente niñada*. ¿Qué creerán los espiritistas que ha descubierto en su última carta el *argos*, el lince romancista? pásmense; ha descubierto.... horror!!! que Allan Kardec no es el nombre del fundador de nuestra escuela, que esto es un pseudónimo, un grito de guerra.... y que se llamaba... *Rivail!*

¿Qué no ha leído el primer número de *La Revelación* donde se consigna esto en el comienzo de la biografía de Kardec?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Benjamín, B. S………..
Bocairente. F. T……… } Recibido el importe de un trimestre.
Villa del Rio, J. A. B......

Onil, J.P………………… Recibido el importe del último semestre.

Alcázar de S. Juan. S. S. Recibidos los 55 rs. por el último semestre de B. P.—J. F. R.—C. A. y S. S. y por el tercer trimestre de R. R.—A. R. y F. R.

Ciudad Real, F. M. y C… Recibida la letra de 72 rs. por pago de las subscriciones de esa y otros impresos.

ALICANTE.—1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía,
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

SUPLEMENTO

AL NÚMERO 18 DE **«LA REVELACIÓN».**

Contestación de D. Salvador Sellés a *El Látigo*

periódico neocatólico

escrito por don Benedicto Mollá.

ALICANTE.—1872.

Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía,

CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Sr. D. Benedicto Mollá.

Mi distinguido amigo: He leído *El Látigo*, o sea el primer artículo que en forma de periódico diste a luz el 18 del corriente, en contra de la doctrina espiritista y a decir verdad, no encuentro en él nada contrario a esta doctrina, sino dos objeciones de escaso valor y que por tu propio bien hubiese querido que omitieras. Las objeciones son estas:

Que el médium es esclavo del Espíritu que le obliga a funcionar, matando el libre albedrio.

Que el espiritismo se parece al paganismo, porque proclama la diversidad de categorías en el mundo de los espíritus.

Después, como decir estas cosas ocuparía poco espacio y tú quizás te habrías propuesto llenar las cuatro planas del periódico, te has entretenido en entresacar algunas páginas históricas, que si no tienen oportunidad, demuestran al menos el deseo de que te conceptúen hombre de historia.

Como soy verdaderamente tu amigo, me duele la marcha que has inaugurado en la destrucción del Espiritismo; y si me preguntases cual es, en mi concepto, la que debieras seguir, con ser tu adversario en doctrina, te diría francamente que la mejor y, más segura, es penetrar en la fuente de la ciencia, enterarte perfectamente de lo que es dogmático, estudiar el medio de refutarlo y exponerlo a la opinión pública con noble arrojo y decidido empeño, pues lo demás es divagar y exponente a que te den severas lecciones acerca de lo que sin estudiar atacas, y a que el público se canse de tus digresiones históricas, y no encontrando en tu periódico lo que prometes, o sea una guerra eficaz al espiritismo, huya de tu lado abandonando con hastío tu papel. Éste es un consejo de amigo. Pasemos a la contestación de *El Látigo.*

Dices en él las siguientes palabras: «*Parece que Satanás ha reunido sus legiones infernales para dar el último y desesperado ataque a la Iglesia Santa de Jesucristo.*» De lo que se desprende, que crees en la existencia de Satanás y sus legiones infernales. Voy a demostrarte que esta creencia es un absurdo.

«Según la Iglesia Satanás, el jefe o rey de los demonios, no es una personificación alegórica del mal, sino *un ser real* que hace exclusivamente el mal, mientras que Dios hace exclusivamente el bien. Tomémosle pues, tal como nos lo dan.

¿Satanás, es eterno como Dios, o posterior a Dios? Si es eterno, es *increado* y por consecuencia igual a Dios; Dios entonces no es único. Hay el Dios del bien, y el Dios del mal.

¿Es posterior? Entonces es una criatura de Dios. Puesto que no hace más que el mal que le es incapaz de hacer el bien y arrepentirse, Dios ha creado un ser dedicado al mal perpetuamente. Si el mal no es obra de Dios, sino de una de sus criaturas, Dios es siempre su primer autor, y entonces no es infinitamente bueno.»[(1)]

Supongamos ahora que Satanás fue un ángel creado perfecto y que se rebeló. Pues si fue creado perfecto ¿cómo se rebeló? ¿Cómo pudo rebelarse? Me dirás que en virtud del libre albedrio. Pero el libre albedrío de un ser perfecto, ¿puede tender a otra cosa que a la fidelidad?

Supongamos que no fue creado perfecto: pues si no fue creado perfecto, ¿cómo Dios le condeno, *eternamente* porque comete una imperfección? Benedicto Mollá, espero que resuelvas estos problemas. Y por si te parecen oscuros, procuraré ponértelos más claros.

¿Satanás es eterno como Dios? Si lo es, ¿por qué decís que Dios es único? Si es posterior a Dios, Dios le ha creado, y si Dios ha creado el mal. ¿por qué decís que es infinitamente bueno?

Si Satanás fue un ángel creado perfecto, ¿cómo pudo rebelarse?

Si fue creado imperfecto, ¿por qué se castiga su imperfección eternamente?

El asunto no puede estar más claro. Aguza el ingenio; llama en tu auxilio a todos los teólogos que quieras, consulta todos los libros que desees; espero tranquilo. Estoy completamente seguro de que no resolveréis esta cuestión. ¡Aquí de la ciencia romana! ¡Aquí de los notables del papismo! ¡Aquí de las lumbreras de la humanidad!

Cómo, Benedicto Mollá, si Dios es infinitamente bueno, ¿cómo crea un ser infinitamente malo?

Cómo, Benedicto Mollá, si Dios no crea ese ser infinitamente malo, pero le crea imperfecto a fin de que caiga, y cuando cae le impone un castigo eterno, ¿por qué decís que Dios es infinitamente bueno?

Si Dios es infinitamente bueno, ¿cómo condena a ese ser a que sea perpetuamente malo, a que sufra perpetuamente el veneno de su propia maldad, y a que envenene perpetuamente a la humanidad entera?

Si Dios es infinitamente bueno, ¿cómo ordena a un ser que haga perpetuamente el mal?

[1] Allan Kardec, libro El Cielo y el Infierno. Cap. IX, pág. 137 y 138.

¡Oh! ¡qué absurdos! ¡qué impiedades! ¡qué ofensas a Dios! ¡qué desconocimiento de la esencia divina!

Dios es infinitamente bueno, Benedicto Mollá; y como es infinitamente bueno, no ha podido crear el mal infinito; y como no ha podido crear el mal infinito, no ha creado a Satanás; y como no ha creado a Satanás, Satanás no existe.

¿Lo entiendes, Benedicto Mollá?

Satanás no existe; Satanás es un absurdo; Satanás es un sueño, un delirio, una ilusión.... y una mina!!

Te desafío a que pruebes lo contrario. Te obligo a que lo pruebes. Puesto que tienes un periódico a tu disposición, pruébalo en ese periódico.

Nos hablas de la Iglesia Santa de Jesucristo, diciéndonos que es inmortal y que Cristo está a tu lado en todos los tiempos. Confesamos que esta es también nuestra opinión, pero dime querido amigo, ¿esa Iglesia, de Jesucristo de que hablas, es la que frecuentas? ¿Es ese majestuoso edificio de granito que levanta hasta las nubes sus torres y campanas; que está constituido por apiñados bosques de pilastras, coronado de magníficos arcos y cúpulas; enriquecido de altares suntuosos en que se adora el árbol, el pórfido y el metal en forma de imágenes contra lo que Jesucristo dejó dicho y aun el propio Moisés prohibió a su pueblo?

¿Es ese suntuoso templo en que se dobla la idólatra rodillas delante del cincel y la paleta, delante de Benvenuto Cellini y Bartolomé Esteban Murillo divinizadas, deificadas fanáticamente en las obras de su genio? ¿Es ese suntuoso templo en que se hace la apoteosis del lujo, elevando a sagrado el terciopelo y el oro, el diamante y la esmeralda, riquezas materiales que no solo desconoció Jesucristo, sino que más de una vez despreció y maldijo? ¿Es ese recinto imponente en que el incienso y la armonía forman una atmósfera voluptuosa que no debe llegar al cielo, porque Dios no es ningún bajá de Alejandría, ningún soberano de Oriente, ningún sultán de las *Mil y una noches*, y no quiere más armonía ni más incienso que el suspiro misterioso, el hálito sincero que del fondo del alma se levanta, preguntando a los espacios por el Dios del infinito? ¿Es esa congregación de categorías marcadas por la vanidad, el orgullo y el egoísmo humano, que principiando por el simple cura se eleva hasta la cúspide del trono pontificio? ¿Es ese conjunto de cánones o reglas de conducta y disciplina eclesiástica, que tan ajenas son por lo general a las sublimes máximas del Evangelio? ¿Es esa multitud de absurdos dogmas, contrarios unos a las leyes de la naturaleza, otros a las reglas de la moral y otros a los rudimentos del sentido común? ¿Es la divinización del génesis mosaico, con todas sus impurezas, ignorancias y crueldades; la obligación en el cumplimiento del celibato clerical; la prescripción del antiguo diezmo

y primicia bajo el nombre de subvención del Estado; la predicación constante del infierno, el limbo y el purgatorio, ideas únicamente dignas de figurar en los cuentos con que la anciana adormece a los niños, en las veladas de invierno, delante de la agradable llama del hogar campestre?

¿Es todo este fárrago, todo este caos, todo este océano de templos magníficos, cultos fastuosos, adoraciones indignas, apoteosis materiales, consagración de jerarquías, santificación de orgullos, y prescripciones de dogmas ilógicos o crueles, a lo que tú das el pomposo título de Iglesia Santa de Jesucristo? Pues entonces no estamos conformes.

Nosotros entendemos por la Iglesia Santa de Jesucristo, una iglesia no material, sino espiritual y moral, la congregación de los fieles; la reunión de los hombres de buena voluntad; que practiquen la moral evangélica donde quiera que se encuentren, y a cualquiera religión a que pertenezcan; bien hayan nacido en los abrasados desiertos del África y sigan el verde pendón del profeta, bien hayan visto la primera luz en los antiguos bosques de la India, y militen en el silencio de la naturaleza las sagradas palabras de Buda. Nosotros entendemos que la iglesia de Jesucristo se compone de piedras, pero esas piedras son los corazones honrados que guardan en su fondo una hermosa fuente de amor hacia el prójimo; nosotros entendemos por iglesia de Jesús una frases sublime que este genio divino dejó caer de su labio, como el seno del Eterno deja caer una creación y que aunque hace cerca de dos mil años que anda en conciencias y libros, todavía no ha sido puesta en práctica, por la apática e idólatra humanidad, pero que tiene que tener su realización como todas las promesas del genio: esta frase es «adorar a Dios en espíritu y en verdad.»

Vosotros, los que entendéis por Iglesia de Jesucristo la que dejo descrita más arriba, adoráis a Dios en materia y en mentira. Nosotros que creemos que esta Iglesia es una congregación de fieles al Evangelio, le adoramos en espíritu y en verdad. Ved la profunda diferencia que nos separa. La iglesia que vosotros achacáis a Jesús, es una iglesia material y por tanto perecedera, no pudiendo Jesús estar a su lado por los siglos de los siglos. La Iglesia que nosotros conceptuamos suya, es inmaterial, y por tanto eterna; y siendo la reunión de los hombres todos de buena fe, no puede dejar de estar asistida constantemente por Jesús.

Recuerdas sin oportunidad el paganismo, y no consideras que es peligroso hablar de aquella antigua religión cuando se discute el neocatolicismo, que es un paganismo más absurdo y más desposeído de razón de ser, que ese del cual te burlas. En efecto, ¿qué mayor Júpiter quieres, que ese Jehová terrible y caprichoso, que favorece veleidosamente a un pequeño pueblo del mundo, en perjuicio de los demás pueblos que son igualmente hijos de su voluntad? ¿Ese Jehová, que arma el brazo de los

combatientes a fin de que derramen la sangre de sus hermanos, que son seres creados también por él mismo? ¿Ese Jehová, que se arrepiente de haber creado el Universo y le pretende destrozar, mostrando en esto su ignorancia, su impotencia y su furor? ¿Ese Jehová, que se embriaga con el perfume de las nubes de esencias exquisitas, que se alimenta con la sangre de palomas y reses, derramada delante del tabernáculo, cubierto de riquísimas colgaduras y de columnas magníficas? ¿Qué más dios Marte, que esos guerreros santos, o santos guerreros, patrones de este pueblo o de la otra villa, a los cuales invocáis en los peligros de la espada? ¿Qué más diosa Venus, que esa María que ha creado la fantasía de vuestros artistas, y que tan diferente es a la María del cristianismo, a aquélla pobre madre que lloró al pié de la cruz en una tarde negra, y a quién su llanto acerbo, su dolor profundo, su resignación sublime coronó con la aureola de la divinidad, sin que le fuera necesaria la satisfacción de nuestro dogma le ha prestado? ¿Qué más Venus, que esta modesta madre a quién el instinto gentílico del cincel de vuestro escultor, transformó en una bella estatua, digna de la mano de Fidias, vestida y ataviada por vosotros con trajes deslumbrantes o con sencillez provocativa, muy a propósito para despertar en el hombre sentimientos voluptuosos, en vez de la ternura angélica que debiera promover? ¿Qué más Venus, que esa bellísima estatua que arranca al laúd de vuestros vates expresiones tan candentes como esta: «ardiente pasión amante?» ¿Y se trata aquí de la madre de Cristo? ¿Se trata aquí de María la del cristianismo? ¿Se trata aquí de esa púdica azucena a quien el alma pura, no el corazón fogoso, no la imaginación fantástica, debiera totalmente erigir un misterioso altar? ¿Qué más Apolo, que el sencillo Jesús a quién habéis transformado en rey de las perfecciones materiales, mientras olvidáis las morales, le vestís de terciopelo y oro, y hacéis que vuestras poetisas le canten como Zafo cantaría a su adorado, y le hacéis idolatrar por un vulgo, que se asombra de su lujo y desconoce su palabra? ¿Es ese extravagante disfraz el que representa el modesto hijo del pesebre..... qué más dioses lares y penates, que esa multitud asombrosa, ese diluvio espantoso, ese océano infinito de miserables idolillos que guardáis y adoráis en el rincón de cada alcoba, de cada casa, de cada esquina, de cada aldea, de cada pueblo, de cada ciudad, de cada nación, a los que dais el nombre de patronos, de tutelares, asignándoles una historia de milagros y prodigios ridículos, permaneciendo de esta manera sumidos en una degradante adoración de la materia, con eterno olvido del espíritu? ¿Qué más sátiros y faunos, dríadas y amadríadas que esos signos, reliquias, estatuas que colocáis en cada encrucijada, en cada bosque, en cada valle, en cada llano, esa multitud de fiestas campestres en honor de tal o cual ídolo, ese fárrago de tradiciones que narráis acerca de tal o cual reliquia.....? ¿Qué más dioses, que os priven del libre albedrío y os arrojen al mar del fatalismo, que esa multitud de clérigos de los pueblos y aldeas que con el

Dios de la tolerancia en la mamo os predican la violencia, con el Dios de la vida en la mano os predican la muerte, con el Dios de la paz en la mano os predican la guerra, induciendo así al sencillo hijo del campo, desposeído de voluntad propia a que se lance al combate abandonando su familia, que recoge tal vez su cadáver tendido en el desierto, quedando sin pan ni amparo en el mundo?

¿Sois vosotros los neocatólicos quién se atreve a hablar de paganismo? ¿Es el antiguo paganismo más absurdo y cruel que vuestro neocatolicismo? Contestad.

Hablas, mi querido amigo, de libre albedrío sin considerar que es tan peligroso hablar de esta materia cuando de neocatolicismo se trata, como traer, a la memoria el paganismo. Y al pensar en este punto; no puedo menos de recordar algunos párrafos de Pelletan, y no me es posible tampoco resistir al deseo de trasladarlos a este papel para solaz de mis lectores, y contestación a tus especies. Oye lo que dice este sublime y magnífico poeta, nueva encarnación de Platón, acerca del libre albedrío que el catolicismo ha otorgado a la humanidad:

«Hasta entonces el catolicismo había plenamente lavado en toda cabeza con el agua del bautismo, el poder doméstico; el poder moral, el poder intelectual, el poder político, el poder civil. Recibía al niño desde su nacimiento y le marcaba con su imagen; le daba un segundo padre en la iglesia, el padrino; le daba un nombre nuevo, el nombre de un santo, para recordarle sin cesar que la religión era la familia de la familia; le enseñaba desde la infancia a balbucear la oración; le tomaba de manos de la nodriza para verterle por medio del catecismo la leche espiritual de la doctrina; le llevaba después a la mesa eucarística para circuncidarle segunda vez al Evangelio.

»Y cuando le había marcado así con el sello de Dios, *le iba usurpando poco a poco, a medida que entraba en la vida, cada minuto de su existencia*. Le marcaba los días de trabajo, le señalaba los intervalos de descanso, le decía la hora desde lo alto de la iglesia, se levantaba con él por la mañana, rezaba con él al despertar, se sentaba a la mesa a su lado, dormía con él, le tasaba la comida, le señalaba los ayunos, le sujetaba como con la mano todos los sentidos corpóreos para medir sus palpitaciones, le acompañaba a la entrada y a la salida de la vida y *no abandonaba esta carne humana, que había tocado el primero, aun caliente del seno de su madre, sino después de haberle sepultado bajo la piedra de la tumba.*

»¿Y es esto todo? No. Confiscaba al hombre interior todos sus pensamientos. Él solamente sabía, predicaba, meditaba, escribía, tenía por medio de los libros las confidencias de los siglos pasados; él solamente podía enseñar y enseñaba sin contradicción la gramática, la jurisprudencia,

la filosofía, la física, la historia; vertía a capricho sombra o luz en las almas; las enseñaba el lenguaje del entusiasmo por medio de todas las artes reunidas en la catedral; unía las almas a Dios por medio de los voluptuosos encantos de la música; les deslumbraba con el lujo espléndido de sus florones; les hundía bajo el lirismo inmenso de la arquitectura; penetraba en ellas por todas las puertas de su ser a un tiempo; pensaba en su pensamiento: quería con su voluntad; vibraba en su éxtasis; penetraba en su conciencia, y *sujetaba de este modo al hombre, entero, exterior e interior, bajo una red de creencias y de prácticas, de mallas tan numerosas y apretadas, que no había vida humana, por escondida que estuviese, que pudiera escapar a su influencia.*

»Convencía a cada hombre y formaba en cada pueblo lo que hoy llamamos la opinión, poseía un sistema de propaganda organizado en Europa, tenía lo que hoy se llama el monopolio de las ideas; *marcaba con su visto bueno toda palabra escrita; borraba de la página toda expresión que pudiera inquietarle*, y para remediar la insuficiencia de los medios de comunicación, enviaba sus monjes a mendigar y a llevar gratuitamente *la palabra del Papa* a todas las naciones.

»Y allí donde faltaba esta publicidad ambulante, con la alforja al hombro, tenia para reemplazarla el inmenso clamor de las cuatrocientas mil voces de todas las parroquias. No tenía más que decir una palabra contra un hombre desde el fondo del Vaticano, y el nombre de este hombre corría de sermón en sermón, como la llama del relámpago, sobre los labios de todos los sacerdotes, *para estallar desde el Mediterráneo al Báltico en una explosión inmensa de maldiciones.*

»Reinando en todas partes sobre las almas, quiso reinar sobre los intereses; poseía la parte más rica del suelo entonces cultivado; tenía obreros, siervos, deudos, colonos, clientes, mendigos que alimentar, enfermos que cuidar; ponía raza a la piedad; echaba impuestos; tenia tarifa para los pecados; vendía a dinero contante la inocencia; hacia que la religión sirviera a la industria, para luego hacer servir la riqueza a la religión; tenía el gran libro de la vida humana, llevaba el registro de los nacimientos y de las defunciones; celebraba los matrimonios; prestaba a los contratos sus fórmulas; absorbía la población en sus parroquias; entraba en las corporaciones; les daba un santo por gerente; reglamentaba las condiciones del crédito; excomulgaba el interés sacado del préstamo del dinero; delataba a los deudores de sus obligaciones; expropiaba la herejía y afectaba en todas partes una especie de derecho divino que le hacía *propietario de todas las propiedades.*

»El catolicismo era a la vez poder religioso, poder íntimo, poder moral, poder exterior, poder instructivo, poder territorial, poder, civil; era

más aún, era poder judicial; no porque intervenía en los actos de justicia; no porque colgaba un Cristo en el tribunal; porque publicaba desde el pulpito un monitorio; porque dictaba el juramento; porque visitaba al preso; porque conducía al criminal con un cirio en la mano ante la iglesia; porque le hacía caer de rodillas; porque oía la última palabra del reo, sino porque también, sobre todo, era juez, porque tenía jurisdicción aparte, códigos aparte, desconocidos a la humanidad. Había inventado crímenes morales, crímenes invisibles que los culpables cometían en el aire de la atmósfera o en el secreto de su pensamiento; perseguía a la luz de la Luna una conspiración misteriosa de los hombres con los demonios, y en todas partes donde podía coger a estos conjurados del espacio, los arrojaba a las hogueras.

»Miraba la inteligencia humana como una herejía innata, que solo no podía engendrar más que el error; tenia siempre un hierro candente entre las ascuas, para marcar el error, sobre la lengua misma que había hablado. Era el gobierno de la verdad; toda verdad fuera de su doctrina era una rebelión de las almas, y para castigar a los rebeldes tenía una policía enmascarada que escuchaba en las sombras todos los discursos; una cámara de justicia subterránea, en el fondo de una cueva, que detenía, aprisionaba, daba tormento, y no nombraba fuera, la víctima a quien hería, sino al herirla. Pedía prestada, es verdad, la espada de César para matar, y lavándose después las manos, decía: «Yo no lo he matado.»

…………………………………………………………………………………

«Tenía un pié en cada hogar, una mirada en cada conciencia, una palabra en cada labio, una voz en cada aliento, un derecho en cada existencia, de modo, que por todas partes en donde se extendía la sombra de la cruz, ningún hombre nacido de mujer, podía vivir pensar; reinar, obrar, casarse, trabajar, agonizar, morir, sin su permiso, fuera de su presencia………………………………………………………………………..

«Había sido preciso, sin duda, un gran milagro para sacar del fondo del pesebre de Belén, la monarquía universal de la Iglesia; pero ahora hacía falta al menos un milagro más grande, para destruirla, porque había uncido tan grandemente con anillas de hierro los pueblos a sus dogmas, que nadie en el gran día de los vivos, hubiese intentado escapar a su servidumbre.

»Intentado, y ¿cómo? ¿Huir? ¿Morir? ¿Huir habéis dicho? Pero si el catolicismo no tenía límites; si la humanidad entera se hubiera colocado al paso del fugitivo para gritar: ¡He ahí al hombre maldito! ¡y la hiedra del camino hubiera saltado bajo sus pies para lapidarle! ¿Morir? Pero la muerte no arrancaba de la propiedad de la Iglesia al hombre, ni aun del peso de un átomo; *recogía al cadáver y le arrastraba al muladar*.»

Aquí tienes, querido amigo, el libre albedrío que el neocatolicismo ha dado al hombre: desde que lo recibía, caliente aun del seno de la madre, hasta que lo arrojaba aun caliente en el abismo de la tumba, le hacía su miserable esclavo, y su juguete, indigno. ¿Y es esto la libertad que predica el Evangelio? ¿Es esto la emancipación del alma proclamada por Jesús?

Creéis de buena fe, mi querido amigo, que el médium es, por su facultad, esclavo del espíritu que le obliga a funcionar, basándose en esto tu teoría del no libre albedrío en el espiritismo. Esto es una inexactitud; el médium es dueño de ejercer o de no ejercer su facultad, el espíritu no le puede obligar. Y si hubieras hojeado un libro de la doctrina que con tanto brío intentas destruir, (?) no hubieses caído en un error tan absurdo, dándome ocasión a que te diga que has sido el juguete y la burla de algún mal intencionado. De esto resulta que, después de tanto alarde y pujos de destrucción; no has logrado más que caer en ridículo, y por atacar el espiritismo de los espíritus, recopilado por Allan Kardec, has atacado solamente un espiritismo *callejero.*

Te ríes de la diversidad de índole de los espíritus, y comparas, con esto la doctrina al antiguo paganismo. Pero ven acá, querido Benedicto ¿Qué idea te has formado del mundo de los espíritus? ¿Es para ti un mundo especial, estrambótico, fuera de las miras de Dios, y ajeno a las leyes de la naturaleza? Sin duda; y esta idea errónea de tu imaginación, ha nacido cómo la anterior, de tu ignorancia en la doctrina. El mundo de los espíritus, no es más, que el conjunto de las almas de los hombres que dejaron por la muerte en el suelo la envoltura material, el miserable traje al que llamamos

cuerpo. Y si las almas cuanto estaban envueltas en la materia eran distintas entre sí, si formaban una especie de escala progresiva por la sencilla razón de que cada una se hallaba a un grado de perfección moral e intelectual, resultante de su propia voluntad, ¿por qué razón cuando se encuentran en el espacio, libre de la grosera materia no han de continuar perteneciendo a los diversos grados a que pertenecían cuando se encontraban sumergidos en ella? Espero que contestes a esto Benedicto Mollá.

Hablas de la revolución francesa; el tema obligado de todos los amantes del oscurantismo. Amigo mío, la revolución francesa con todos sus delirios, será siempre incomprensible para vosotros. Ha sido el bautismo de sangre que la humanidad recibió para penetrar en el sagrado recinto de la sociedad moderna. Si se trata de llorar sobre las inocentes víctimas, nosotros somos de los que lloran, como dice el primer poeta del siglo, Víctor Hugo; pero así como nosotros vertemos lágrimas sobre las frentes coronadas de vuestros príncipes, vertedlas vosotros sobre las cabezas desnudas de los hijos del pueblo.

Por lo demás, ¿qué es la revolución francesa? ¿Quién la ha formado? ¿Porqué causa hizo expulsión? La revolución francesa es una tempestad que purificó la atmósfera social, y dio al mundo político las tablas de la ley que le habían de prescribir su nueva marcha; es un diluvio universal, de cuyo horroroso seno, henchido de desastres, se había de levantar gallardo y pomposo, espléndido y sonriente, fresco y perfumado, como jarrón chinesco lleno de rosas, el orbe magnífico de la era moderna, cargado de las preciosas flores del derecho del hombre, que tantos siglos de tiranía le negaron. La revolución francesa, fue el caos y la luz; fue el abismo y el universo; fue la nada y el espacio; fue la soledad inmensa y el diluvio soberano; los torbellinos colosales de resplandecientes ideas que vinieron de lo alto del idealismo a ocupar su espacio, a describir su órbita en el extendido campo de la vida práctica. Lamentáis los desastres, los horrores, los cataclismos de esa tempestad, de ese diluvio, de ese caos, y los atribuís al olvido del cristianismo en la clase del pueblo durante el período revolucionario. Estáis en un error. Esos horrores fueron abortados por ese olvido; pero ese olvido data de tiempos más remotos. No es el pueblo bajo, no es el populacho; no es la chusma; como vosotros, los hijos del sol y de la luna; apellidáis a las clases trabajadoras, quien hizo el estado violento que produjo el estallido de la revolución; son quince siglos de canónigos, de abades, de cardenales, de pontífices, de señores feudales, de señores de horca y cuchillo, y de pendón y caldera, y del derecho de pernada; quince siglos de hidalgos apergaminados, de castas, de privilegios; de inmunidades y de regalías; quince siglos de espadas sagradas, de lanzas divinas y de combates santos; quince siglos de Torquemadas, de Felipes, de Nitards, de inquisición ya moral, ya material, de feudos, de hogueras, de martirios, de desesperación, de rabia, de encono, de maldición, de ignorancia, de fanatismo, de dudas, de superstición, de muerte y exterminio; quince siglos de proscripción del cristianismo, de lujo, de soberbia, de vanidad, de orgullo, de señorío para las clases altas y de triste resignación, de humildad, de sumisión, de pobreza, de miseria, de hambre, de lágrimas, de esclavitud, de sufrimientos infernales, de esfuerzos inauditos y de rechinar de dientes, de relámpagos, de ira sublime para las clases bajas y para el paria de todas las leyes, para el esclavo de todas las cadenas, para el Cristo de todos los Calvarios, para el pueblo!

He aquí el origen de los desastres de la revolución francesa;

Creasteis el trueno y os asustáis de su bramido.

Fundisteis el rayo, y os estremecéis a su flamígero vuelo.

Comprimisteis el torrente, y ahora que se desborda, y os salva, y os arrolla, y os lanza al abismo de la catarata, levantáis los brazos al cielo y pedís misericordia y perdón, ya que no venga aterradora.

Enloquecisteis la mente de la humanidad como la de Carlos II, y ahora que la humanidad comete locuras; y os agarra por el cuello, y os oprime, y os sacude y os estrella contra el muro queréis huir aterrorizados, llevando quizás en vuestro corazón un pensamiento de exterminio. He aquí vuestra lógica. He aquí también, de qué manera vosotros estudiáis la historia; relatáis de memoria, por rutina, como los niños del aula, las épocas y los reinados, y no os apercibís de la terrible y sabia voz que del fondo de la historia se levanta, enseñando a la sociedad la inflexible moral de los sucesos.

¡Y después os horrorizáis porque el pueblo profanó los ornamentos *sagrados* del neocatolicismo! ¿Podía hacerse menos con unos ornamentos de oro coronados de diamantes, que por espacio de muchos siglos contemplaron con indiferencia la muerte por hambre de infinitos seres humanos, que postrados a sus pies los adoraban? ¿Podía hacerse menos con esos ornamentos *descorazonados*, que olvidando la caridad del Evangelio, brillaban con una especie de júbilo satánico, delante de un mar de semblantes pálidos, apagados por el soplo frio de la miseria, y marcados por el fúnebre sello de la muerte?

¡Y después os escandalizáis porque el pueblo levantó al trono de la adoración a una mujer hermosa, llamándola diosa Razón! ¿Podría hacer menos, luego que vosotros le habíais obligado tantos siglos a doblar la rodilla delante de un árbol, de una piedra o de un metal; delante de un rey, de un duque, de un conde, de un barón, de un clérigo, de un pontífice judío?

¿Y sois vosotros los que recordáis aquella aberración del pueblo francés, cuando hoy día pretendéis obligar al pueblo universal a que caiga de hinojos a los píes de un hombre que elevasteis al rango de Dios; proclamándole infalible? ¿Sois vosotros los que recordáis aquel delirio, cuando pretendéis aferrar al mundo por la cabeza, y hacerle besar unas sandalias que chorrean sangre, sangre derramada en un afrentoso patíbulo, patíbulo envuelto en la brumosa maldición de Cristo?

¡Ah!.... callad, neocatólicos; ¡callad y no queráis con vuestras declamaciones despertar la indignación del pueblo, que harto dichosos sois en que os olvide!

Pasemos, mi querido amigo, al penúltimo párrafo de tu *Látigo*.

En él te desahogas a tu placer contra el estilo literario de *La Revelación*. Es tu manía: el Sr. Zarandona tenía la de llamarnos hipócritas y mentirosos; tú, malos escritores; ¡bueno va! en esto último estamos conformes; pero no es porque tú lo digas, pues no te concedemos competencia para ello, sino porque nosotros lo sentimos; y así como lo sentimos, lo confesamos; ojalá imitasen nuestra conducta los que se precian

de gramáticos y hablan de Quevedo, y le *destrozan*; y hablan de Lope de Vega, y no le entienden; y hablan de Cervantes, y dicen *desnudada, remontar el rio, los que se han dado en querer*, y otras lindezas por el estilo, que no recordamos. Por lo demás, te damos permiso, querido amigo, para que hagas el triste papel de Zoilo con respecto a nosotros, y nos pongas como chupa de dómine, relativamente a la parte literaria, pues aunque podríamos decirte algo acerca de esta materia, no lo haremos en adelante, porque altas consideraciones nos lo impiden, y porque creemos que aquí se trata de doctrinas, y no de formas; de religión, y no de literatura; quédese esto para los que no tienen otro recurso.

Concluyamos. Citas un párrafo nuestro en que llamamos al Dios de Moisés, *ignorante, injusto, batallador, bárbaro y déspota*, y dices que esto no merece comentarios: yo no opino como tú; yo creo que los merece; y porque lo creo, los voy a hacer.

Llamamos *ignorante* al Dios de Moisés, porque antes de crear una cosa, no sabe si será buena o mala, y solo después de creada, ve que es buena,(1) ni más ni menos que acontece a la inteligencia limitada del hombre, probando que no posee la omnisciencia que le atribuís.

Llamamos *injusto* al Dios de Moisés, porque favorece a un pueblo en contra de los demás, siendo ese pueblo tan perverso como los otros; porque castiga a un pueblo entero por el delito del rey, y porque castiga a los hijos de la tercera y cuarta generación por el delito de los padres.

Llamamos *batallador* al Dios de Moisés, porque se hace el *Dio de un pueblo*,(2) le conduce a la batalla y al lado de Josué derrota a Asmalec, del cual *pretende traer hasta la memoria de debajo del cielo*;(3) porque no hay combate de los israelitas contra otro pueblo en que no se halle auxiliado a aquellos, semejante al Dios Marte de la Ilíada.

Llamamos *bárbaro* al Dios de Moisés, porque incendia y reduce a cenizas a las ciudades Sodoma y Gomorra por la impureza de sus habitantes, sin reparar en que dentro de aquellos recintos morarían seres justos y puros, y mujeres, niños y ancianos, ajenos a la impureza del pueblo. Porque procede con la misma barbarie cuando(4) dice: traeré los hombres que he creado sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta el reptil, y las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho,(5) y envía el diluvio universal por la culpabilidad de algunos seres.

[1] Génesis, cap. I , v. 4, 18, 21, 25 y 31.
[2] Éxodo, cap. 6, v 7.
[3] Ídem. cap. 10, v 14.
[4] Génesis. cap. 19, v 24 y 25.
[5] Génesis. cap. 6, v 7.

Llamamos *déspota* al Dios de Moisés, porque cuando el pueblo quiso rendir adoración a otro Dios, dijo estas palabras: «Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campo, y matad cada uno a su hermano, a su amigo, y a su pariente,» y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como 3.000 hombres,[1] y finalmente porque apenas hay página en los cinco libros de Moisés, en que no se halle escrita una prueba de su ignorancia, de su injusticia, de su instinto belicoso, de su barbarie o de su despotismo.

Hemos probado con la Biblia en la mano la exactitud y verdad de nuestros asertos. Nos has llamado impíos, porque hemos repetido lo que dice la Biblia; ¿quieres ahora saber quiénes son realmente los impíos? Son aquellos que hacen de un ignorante, injusto, batallador, bárbaro y déspota, el Dios creador del universo, el Dios del amor y la paz, de la justicia y la misericordia, de la bondad y la grandeza infinitas: aquellos que llaman Dios *universal* al Dios de un pueblo; Dios justiciero al que castiga los delitos de los padres en sus hijos; Dios creador al que destruye la creación con sus diluvios, y Dios perfecto al Dios de Thamar, de las hijas de Lot, y de los impúdicos cantares de la lira de Salomón.

Los que le atribuyen al verdadero y único Dios esas monstruosidades, los que hacen de Dios un monstruo, esos son los impíos.

¿Te has enterado, Benedicto Mollá? ¿Tienes que decir algo en contra?

Parece que te ha asentado mal que yo haya hablado en uno de mis artículos de *el Cristo del algarrobo*, y tachas de sandez esta frase: tienes razón, pero escucha; mientras tengáis almacenados en vuestras sinagogas o mezquitas algarrobos en forma de Cristos, no habrá más remedio que hablar de *Cristos de algarrobo*, si es que tenemos que dar a cada cosa su nombre verdadero; y si este nombre lo conceptúas por sandez, en lugar de declamar contra el nombre, derriba la cosa que lo lleva, y habremos terminado la cuestión. ¿Lo entiendes, Benedicto Mollá?

«Arrojar la casa importa
que el espejo no hay por qué.»

Es tuyo con todo su corazón.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan. 30 de Agosto de 1872.

---

[1] Éxodo. cap. 32. v 27 y 28.

OBRAS FUNDAMENTALES DE LA DOCTRINA ESPIRITISTA

Publicadas

POR LA SOCIEDAD PROPAGADORA DEL ESPIRITISMO

El Génesis, los milagros y las profecías. —Un volumen de 500 páginas en 8.° mayor, precio 14 rs.

Capítulos. —Introducción.

I. Caracteres de la revelación espiritista.
II. Dios.
III. El bien y el mal.
IV. Papel de la ciencia en el Génesis.
V. Sistemas antiguos y modernos del mundo.
VI. Uranografía general.
VII. Bosquejo geológico de la tierra.
VIII. Teorías de la tierra.
IX. Revolución del globo.
X. Génesis orgánico.
XI. Génesis espiritual.
XII. Génesis mosaico.

Los milagros.

XIII. Caracteres de los milagros.
XIV. Los fluidos.
XV. Los milagros del Evangelio.

Las predicciones.

XVI. Teoría de la presciencia.
XVII. Predicciones del Evangelio.
XVIII. Los tiempos han llegado.

PRENSA PERIÓDICA, ESPIRITISTA ESPAÑOLA

Revista Espiritista, periódico mensual de estudios psicológicos. Se publica en Barcelona el 15 de cada mes. Un año, 20 reales.

El Criterio Espiritista, revista mensual de Espiritismo. Se publica en Madrid. Un año, 24 reales.

El Espiritismo, revista quincenal. Se publica en Sevilla. Un semestre, 12 reales.

Se suscribe en esta Redacción, paseo de Méndez Núñez, núm. 15 y en esta imprenta, S. Francisco, 21.

Año I. Alicante 5 de Octubre de 1872. Num.19.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

SER Y NO SER

1.º Vivimos, pensamos, obrarnos, he aquí lo positivo: moriremos, esto no es menos cierto. ¿Pero dejando la tierra donde vamos? ¿Qué es de nosotros? ¿Estaremos mejor o peor? ¿Seremos o no seremos? *Ser o no ser*, tal es la alternativa; es paca, siempre o para nunca jamás; es todo o nada; o viviremos eternamente o todo habrá concluido para siempre. Bien merece esto la pena de penar en ello.

El cielo y el infierno según el espiritismo. — ALLAN KAREC.

Ávidos de llevar a todas las inteligencias que dudan la razón y la certeza de la existencia individual e infinita, y sin reparar en nuestro escaso ingenio y pocas luces, nos atrevemos a penetrar en el laberinto de Creta que forma el *ser y no ser*, animados tan solo del buen deseo de resolver claramente el problema y guiados únicamente por la fe racional de nuestra escuela, que nos llevara a escoger la única incógnita salvadora, *el ser y perpetuamente el ser*; nuevo hilo de Ariadna, que nos servirá para salir incólumes de los mil escollos y obstáculos opuestos al progreso por el *no ser* y poder repartir el consuelo inmenso que, dulcificando la vida y mejorando la moral, matará esa horrible NADA, pavorosa esfinge que se levanta impávida y fría prometiendo a los hombres la impunidad con la pérdida completa del individuo, y al *vacío*, insondable abismo que atrae vertiginosamente, con la mira de ocultarlo, el vicio y el crimen de los

atolondrados o presumidos que han querido resolver el dilema magno con una negación que, envenenando su objetivo, acaba por anular la claridad de concepción individual hasta el punto de hacerles concebir raquíticos y enfermizos conceptos, que patentizan el estado morboso de la matriz, causa eficiente de tan repugnantes fetos.

Ser o no ser. He aquí, él problema eterno de todos los pensadores, el punto casi invisible que ha sido más o menos cubierto por las nubes de la preocupación y la ignorancia, el teorema que se ha querido demostrar con tan constantes investigaciones. *Ser y no ser*. Cuánto trabajo han dado y darán estas dos antítesis, estas antinomias que tanto se repelen y se niegan. ¡Que de miserias, desgracias y locuras ha creado la aceptación de la parte negativa! ¡Qué de innumerables víctimas ha causado el *mal*, hijo del *no ser*; idea estúpida e infamante!

El ser y el no ser, son enemigos declarados y tan contrarios, tan antitéticos, que no pueden vivir ambos, para que exista uno ha de perecer el otro, ¡y cosa extraña! el hombre que por naturaleza debe aceptar lo que es, el primero, *el ser* acude abandonando el instinto, a aceptar el segundo, *el no ser*, la aberración, el sarcasmo, la duda.

Arranquemos a las filosofías y religiones, ese principio negativo que es el sostén de sus intemperancias y maldades, la causa de su fanatismo e intransigencia y el manantial de sus rivalidades, odios y reacciones, y de este modo habremos conseguido una creación más. Entremos de lleno en el tema universal, desenvolvámosle tan solo con nuestro sencillo lenguaje y pocos conocimientos y probemos a nuestro modo que *ser*, es una verdad y *no ser*, una mentira; que *ser*, es y *no ser*, no es; que *ser*, es algo y *no ser*, es nada; que *ser*, es vida y *no ser*, es muerte; que *ser*, es bien y *no ser*, es mal; que en fin, *ser*, está en Dios y no *ser*, en el diablo.

La base de toda filosofía, de toda moral y de toda religión, los cimientos de cualquier creencia han de estar fundados en el Aquiles famoso *ser o no ser*. Si se acepta, si se cree y se prueba *el ser*, se siente, se vive, se cree, se moraliza, se progresa y se ilumina la inteligencia. Si se acepta el *no ser*, sin pruebas y sin creencias, porque no se puede creer lo que no existe, no se puede probar lo improbable, entonces el ser se hace insensible, muere, duda, se desmoraliza, retrocede, se individualiza y apaga la inteligencia.

Ser, es continuar, vivir, gozar, que son las nobles y elevadas aspiraciones que siente todo individuo hacia el bien, por lo bello, lo justo y lo verdadero. *No ser*, es concluir, morir, anonadarse, idea que horroriza a los buenos y alegra a los malvados como única esperanza, puesto que con los vicios han emponzoñado su existencia y se encuentran hastiados por

una parte y por otra, temerosos de que pueda haber, para su castigo, quien les pida cuenta de lo mentiroso, injusto y feo que han realizado.

Ser y no ser a un mismo tiempo, es un absurdo, un contrasentido, una blasfemia: es el desprecio del *yo*, de la dignidad humana. La tesis verdadera, es el *ser*, como lo es el calor, la luz, la salud, el cielo, la dicha, el amor, el espacio, el todo, el infinito, afirmaciones patentes, fijas, tangibles; las antítesis son necesarias para comprender por comparación el valor de las afirmaciones, la proposición *no ser*, es tan negativa como lo es el frio, la oscuridad, la enfermedad, el infierno, la desgracia, el odio, el vacío, la parte, lo finito, negaciones palpables, aunque se usan como relativos necesarios: dar realidad, vida, a estas palabras, que no tienen completa acepción, que no son lo que dicen, es afirmar que existe lo que no existe, que muere lo que no muere, que nada hizo algo, es un continuo, choque de torpezas ilógicas, que volverían loco al hombre de más cuerda inteligencia, de más sano juicio.

El mal no existe, solo es menos bien; el frio, menos calor; la oscuridad, menos luz; la enfermedad, menos salud; el infierno, menos cielo; la desgracia, menos dicha; el odio, menos amor; el vacío, menos lleno; la parte, menos todo; lo finito, menos infinito; la muerte, menos vida material; el diablo, menos Dios. El hombre necesita para comprender las fuerzas, crear dos polos, el positivo y el negativo, la fuerza centrífuga y centrípeta, la atracción y la repulsión, el ártico y el antártico, el orienté y el occidente, la simpatía y la antipatía y de aquí, todos los citados hasta el *no ser*, que implica un estado diferente al conocido por nuestros órganos materiales; pero nada más, porque exagerar esto, es como se ve, darle carácter absoluto a esta palabra relativa.

Lo que es, ha sido y será. No ha podido dejar de *ser*, y siendo hoy, absoluta y precisamente será mañana.

Yo pienso luego soy; si *soy* es porque racionalmente *fui* y si *fui*, naturalmente y lógicamente *seré*. *Yo pienso, luego se; cogito ergo cognosco.* Si *pienso* indudablemente he *pensado*, y si pensé, *pensaré* eternamente.

Lo que existe, no puede dejar de existir; se trasformará indefinidamente el conjunto, realizando una infinidad de metamorfosis progresivas, una continuidad de emigraciones en ascendente escala; pero jamás dejando de *ser*, continuamente *siendo*, siendo siempre e infaliblemente el mismo *ser*.

Todo ser *está*, y estando, *ha estado* en la infinidad del tiempo y *estará* en la eternidad. *Todo es, todo ha sido y todo será*. Es necesario penetrar en la infinita comprensión de la palabra *ser*, es preciso apoderarse de su verdadero sentido.

El vacío no existe, la nada no existe tampoco, son negaciones absolutas que no pueden existir ante el ABSOLUTO SER, que *es* en todas partes y por todas partes. Se *es* pues, porque no se puede dejar de ser, visto que la nada huye cuando se la busca y el vacío se llena cuando se piensa en él.

El ser, la esencia, lo simple, el fondo, lo impenetrable, lo inmutable, en fin, no se transforma, no muere, no deja de ser: la forma, el límite, el compuesto, lo penetrable, lo mutable en fin, es lo que varía, lo que se metamorfosea lo que desaparece, lo que deja de ser.

La vida negativa, transitoria y efímera, es la vida de la cantidad, tiempo, ponderabilidad, metamorfosis; es la vida partícula, arista, silueta, cuerpo, mundo.

La vida, real, positiva, anterior y posterior al cuerpo, es la del número, la de la inteligencia, la del espíritu, la del espacio, la del infinito, la de toda eternidad.

El *yo*, base lógica de las elucubraciones filosóficas, esa mónada, ente simple, impalpable, incoercible, pero que tiene una voluntad poderosa, que realiza en fuerza el *yo* que no puede descomponerse, porque lo que no os cantidad, no puede ser quebrado; ese esforzado *yo* que se revela a todos los dolores, segunda naturaleza que no enferma entre los miasmas pútridos, ni en los estados morbosos de su cárcel; el inexpugnable e incorruptible *yo* que puede atacarse con la corrupción y el vicio y que sobrenada a todo diluvio de mal, a toda cloaca de miseria; ese ser íntimo que con su querer dirige la envoltura corpórea y preside todos los trabajos y dispone sus acciones; el invisible Monge que viste eternamente el hábito burdo del periespíritu, teniendo que transfigurarlo hasta hacerle trasparente como la más sutil de todas las gasas de neblina habitando el monasterio corporal por último, ese impalpable *ser*, no puede anonadarse ni perderse, porque no siendo compuesto no se descompone y no habiendo abismo no hay anonadamiento.

Todo es todo o todo está en el todo. Si lo que se trasforma existe, si lo que se metamorfosea en el todo está, naturalmente que nada deja de *ser*, por lo mismo que no existe *la nada*.

Somos, sin que nuestra voluntad interviniera en ello, y la *Gran voluntad* que nos produjo, no puede dejar de *ser*, y siendo, forzosamente tendremos que ser nosotros, por ser *Él* inmutable y eterno. Y si dejáramos de ser, si llegáramos a la negación, Dios tendría que dejar su sitial, sus atributos y su gloria.

Hay que desechar completamente la idea del vacío.

El *nihilismo* mata al nombre, le envenena, haciéndole creer en tan horrenda concepción.

¿Si no hay nada, cómo sois Nihilistas? ¿si no hay nada, cómo existís, de dónde habéis venido?

El ser existe, y existiendo siempre, es necesario que haga uso de su ser, que le desarrolle, que ame, que adore a su causa, a su matriz, que vea claro su bello y radiante porvenir, que se eleve a sí mismo por el estudio, por la justicia y la moral; que no lo asuste *el fin, la nada, el no ser*, porque esto es un contrasentido, una negación que no cabe en la mente humana.

«Todo lo que es, es por alguna cosa o por nada. Pero nada puede recibir el ser de nada; porque no se puede ni aun imaginar, que alguna cosa sea sin una causa. Lo que es no es, pues, sino en virtud de alguna cosa(1).» Que esta cosa o causa es única, lo dice la razón contemplando al unidad del Universo, esa fuerza directriz u ordenanza, que con pasmosa exactitud y sabiduría lleva y encauza todas las cosas en los derroteros señalados por ella con anticipación, antes que nos hiriera el grano de arena escapado del reloj del tiempo y que nuestra voluntad ejerciera en su pequeño mundo. Nosotros existimos porque él existe y cuando Moisés dijo: que él es, «*El que es,*» demostró que él era el Ser único, absolutamente infinito e infinitamente absoluto.

Dios es el Ser completo, el Ser supremo, la razón última de todo cuanto es, y los seres infinitos relativos no *somos*, sino que *estamos* en esa escala infinita de perfección, siempre adquiriendo bien y descorriendo la misteriosa cortina del indefinido. Dios es, por lo que es en todas partes; los seres *estamos* en él, por lo que siempre nos encontramos en continua relación con sus atributos.

«Yo soy, luego Dios es; porque si yo soy, existe alguna cosa, y esta cosa, es necesariamente de la esencia del Ser infinito y absoluto.»(2) Dios existe necesariamente porque existimos nosotros, siendo nuestra existencia la prueba mayor que pueda pedirse de su absoluta presencia. Viendo, estudiando e inspeccionando el infinito en todas partes, ya en el macrocosmos como en el microcosmos, admiración de la inteligencia humana, se observa la variedad innumerable de seres que aparecen continuamente ante el horizonte de la contemplación y del experimento, desmintiendo esas finitas especies creadas por el sistemático orgullo de un sabio o de un legislador, que quiso cerrar el universo dentro de un pequeño círculo tan pobre y tan mezquino como su sentimiento dominador y probando, que «el universo es completamente un infinito en el tiempo, en

[1] San Anselmo.
[2] Teoría de lo infinito por Tiberghien.

el espacio, en la vida y en el número de cuerpos que le componen.»[1] Así, pues, el *yo*, esencia infinitamente perfectible, es eterna, y teniendo la existencia como esencia que es, se perfeccionará enlazándose con el tiempo en diferentes fases o vidas, en variadas estancias o mundos y distintos trajes o cuerpos.

Si la naturaleza sabia y justa no ha creado nada inútil y ocupa todo lo que es; si nos consta por la ciencia, que hay estrella cuya luz tarda en llegar a nosotros tres mil años, contando la excesiva velocidad de esta (75,000 leguas por segundo) y cuyo foco dista de nosotros millones de millones de leguas y esto es la pequeña proporción, la cifra infinitésima, comparada con las distancias que pueden recorrerse en el espacio, poblado de millones de mundos y soles y no pudiendo jamás salir de su centro; si la vida en fin, se muestra en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande, la razón y la lógica nos hará negar el vacío, porque todo está lleno; la nada, porque el todo *es algo* y el *no ser*, porque el ser existe, cumpliendo leyes eternas, como su esencia, grandes, como el espacio que le separa de Dios y justas, como la existencia eterna de su esencia y la pluralidad de vida, como trabajo y herramienta de perfección.

ANTONIO DEL ESPINO.

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA [2]

Discurso pronunciado en la tumba de Allan Kardec, por Camilo Flammarion.

(CONCLUSIÓN)

Si los rayos caloríficos y químicos, que obran constantemente en la naturaleza, son invisibles para nosotros, se debe a que los primeros no hieren con bastante prontitud nuestra retina, y a que los segundos la hieren con prontitud excesiva. Nuestros ojos no ven las cosas más que entre dos límites, fuera de los cuales nada perciben. Nuestro organismo terrestre puede compararse a un arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el auditivo. Cierta especie de movimientos hacen vibrar a aquel, y otra especie de movimientos hacen vibrar a éste. Esta es *toda la sensación*

[1] Teoría del infinito por Tiberghien.
[2] Véase el número anterior.

humana, más limitada en este punto que la de ciertos seres vivientes, ciertos insectos, por ejemplo, en los cuales esas mismas cuerdas de la vista y del oído son más delicadas. Y realmente existen en la naturaleza no dos; sino diez, cien, mil especies de movimientos. La ciencia física nos enseña, pues, que vivimos en medio de un mundo invisible para nosotros, y que no es imposible que seres (igualmente invisible para nosotros) vivan asimismo en la tierra, en un orden de sensaciones absolutamente diferentes del nuestro y sin que podamos apreciar su presencia, a menos que no se nos manifiesten con hechos que entren en nuestro orden de sensaciones.

En presencia de semejantes verdades ¡cuán absurda y falta de valor no parece la negación *a priori*! Cuando se compara lo poco que sabemos y la exigüidad de nuestra esfera de percepción con la cantidad de lo que existe, no puede menos que concluirse que nada sabemos y que todo hemos de aprenderlo aún. ¿Con qué derecho pronunciaríamos, pues, la palabra «imposible» ante hechos que evidenciamos sin poder descubrir la causa única?

La ciencia nos ofrece horizontes tan autorizados como los precedentes sobre los fenómenos de la vida y de la muerte, y sobre la fuerza que nos anima. Bástenos observar la circulación de las existencias.

Todo es metamorfosis. Arrebatados en su eterno curso, los átomos constitutivos de la materia, pasan sin cesar de uno a otro cuerpo, del animal a la planta, de la planta a la atmósfera, de la atmosfera al hombre, y nuestro mismo cuerpo durante nuestra vida toda, cambia incesantemente de sustancia constitutiva, como la llama solo brilla por la incesante renovación de elementos. Y cuando el alma se ha desprendido, ese mismo cuerpo, tantas veces trasformado ya durante la vida, entrega definitivamente a la naturaleza todas sus moléculas para no volverlas a tomar más. Al dogma inadmisible de la resurrección de la carne, se ha sustituido la elevada doctrina de la trasmigración de las almas.

He ahí al sol de abril que fulgura en los cielos, inundándonos en su primor rocío calóricamente. ¡Ya las campiñas salen de su sueño, ya se entreabren los primeros capullos, ya florece la primavera, sonríe el azul celeste, y la resurrección se opera; y esa nueva vida, sin embargo, solo en la muerte se origina, y ruinas encubre únicamente! ¿De dónde procede la savia de esos árboles que reverdecen en este campo de los muertos? ¿de dónde la humedad que nutre sus raíces? ¿de dónde todos los elementos que harán hacer a las caricias de mayo, las florecillas silenciosas y las cantadoras avecillas?—¡De la muerte!... Señores..... ¡de esos cadáveres envueltos en la siniestra noche de las tumbas!.... Ley suprema de la naturaleza, el cuerpo material no es más que un agregado transitorio de partículas que no le pertenecen, y que el alma ha reunido, siguiendo su propio tipo; para crearse órganos, que la pusiesen en relación con nuestro

mundo físico. Y mientras así; y pieza por pieza; se renueva nuestro cuerpo por medio del cambio perpetuo de materias, mientras que, como masa inerte, cae un día para no levantarse más; nuestro Espíritu, ser personal, ha conservado perennemente su *identidad* indestructible, ha reinado como soberano sobre la materia que le revestía, estableciendo de tal modo, por medio de este hecho constante y universal, su personalidad independiente, su esencia espiritual no sometida al imperio del espacio y del tiempo, su grandeza individual, *su inmortalidad.*

¿En qué consiste el misterio de la vida? ¿Qué lazos unen el alma al organismo? ¿Por qué desenlace se separa de él? ¿Bajo qué forma y con qué condiciones existe después de la muerte? ¿Qué recuerdos, qué afectos conserva? ¿Cómo se manifiesta? He aquí, señores, problemas lejos aún de estar resueltos; y cuyo conjunto constituirá la ciencia psicológica del porvenir. Ciertos hombres pueden negar, así la existencia del alma como hasta la de Dios, afirmar que la verdad moral no existe, que no hay leyes inteligentes en la naturaleza y que nosotros los espiritualistas somos juguete de una ilusión enorme: Otros pueden, por el contrario, declarar, que conocen la esencia del alma humana, la forma del Ser supremo, el estado de la vida futura, y tratarnos de ateos, porque nuestra razón se resiste a su fe. Ni los unos ni los otros impedirán, señores, que estemos frente a los más grandes problemas, que nos interesemos en estas cosas (que muy lejos están de sernos extrañas), y que tengamos el derecho de aplicar el método experimental de la ciencia contemporánea a la investigación de la verdad.

Por el estudio positivo de los efectos nos remontamos a la apreciación de las causas. En el orden de los estudios reunidos bajo la denominación genérica de «espiritismo,» *los hechos existen*, pero nadie conoce su modo de producción. Existen tan realmente como los fenómenos eléctricos, luminosos y calóricos: pero no conocemos, Señores, ni la biología, ni la fisiología. ¿Qué es el cuerpo humano? ¿Qué el cerebro? ¿Qué la acción absoluta del alma? Lo ignoramos, e igualmente ignoramos la esencia de la electricidad y de la luz. Es, pues, prudente observar sin prevención esos hechos, y procurar determinar sus causas, que son acaso de diversas especies y más numerosas de lo que hasta ahora hemos sospechado.

No comprendan, en buen hora, los de vista limitada por el orgullo o por la preocupación, no comprendan estos ansiosos deseos de mis pensamientos ávidos de conocer, y escarnezcan o anatematicen esta clase de estudios; nada importa, yo levantaré a mayor altura mis contemplaciones!...

Tú fuiste el primero, ¡oh maestro y amigo! tú fuiste el primero que, desde el principio de mi carrera astronómica, demostraste una viva simpatía hacia mis deducciones relativas a la existencia de humanidades celestes;

porque, tomando en tus manos el libro de la *Pluralidad de mundos habitados*, lo colocaste inmediatamente en la base del edificio doctrinario que entreveías. Con suma frecuencia departíamos juntos sobre esa vida celeste y misteriosa. Actualmente, ¡oh alma! tú sabes por una visión directa en qué consiste esa vida espiritual a la cual todos regresamos, y que olvidamos durante esta existencia.

Ahora tú ya has regresado a ese mundo de dónde hemos venido, y recoges el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme a nuestras plantas, tu cerebro se ha extinguido, tus ojos están cerrados para no volverse a abrir, tu palabra no se dejará oír más... Sabemos que todos llegaremos a ese mismo último sueño, a la misma inercia, al mismo polvo. Pero no es en esa envoltura en lo que ponemos nuestra gloria y esperanza. El cuerpo cae, el alma se conserva y regresa al espacio. Nos volveremos a encontrar en un mundo mejor, y en el cielo inmenso en que se ejercitarán nuestras más poderosas facultades, continuaremos los estudios para cuyo abarcamiento era la tierra teatro demasiado reducido. Preferimos saber esta verdad a creer que yaces totalmente en ese cadáver, y que tu alma haya sido destruida por la cesación del juego de un órgano. La inmortalidad es la luz de la vida, como ese brillante sol es la de la naturaleza. Hasta la vista, querido. Allan Kardec, hasta la vista.

PAPEL DEL MÉDIUM EN LAS COMUNICACIONES

Revista de París

Médium Mr. d' Amhel.

TRADUCCIÓN DE T. G. P.

Cualquiera que sea la naturaleza de los médiums escribientes; sean, mecánicos, semimecánicos, o simplemente intuitivos, nuestros procedimientos de comunicación con ellos no varían esencialmente. En efecto, comunicamos con los Espíritus encarnados como con los Espíritus propiamente dichos, por la sola radiación de nuestro pensamiento.

Nuestros pensamientos no necesitan ser vestidos con la palabra para ser comprendidos por los Espíritus, y todos los Espíritus perciben el pensamiento que deseamos comunicarles, solo porque a ellos dirigimos, éste pensamiento, y esto teniendo en cuenta sus facultades intelectuales: es decir que

tal pensamiento puede ser comprendido por tal o tales, según su grado de progreso, mientras, que otros no lo perciben, porque no despierta ningún recuerdo, ningún conocimiento en el fondo de su corazón o de su cerebro. En este caso, el Espíritu encarnado que nos sirve de médium es más apropósito para traducir nuestro pensamiento a los encarnados, aunque él no lo comprenda, que un Espíritu desencarnado y poco adelantado, si a este tuviésemos que acudir, porque el ser terrestre, pone su cuerpo, como instrumento, a nuestra disposición lo cual no puede hacer el Espíritu errante.

Así pues, cuando en un médium, encontramos el cerebro adornado de conocimientos adquiridos en su vida actual, y el Espíritu rico de conocimientos anteriores, latentes, propios para facilitarnos la comunicación, nos servimos de él con preferencia, porque nos es mucho más fácil comunicar con él, que con otro cuya inteligencia limitada y cuyos conocimientos anteriores fuesen insuficientes. Vamos a explicarnos más clara y concretamente.

Con un médium, cuya inteligencia actual o anterior se halle desarrollada, nuestro pensamiento se comunica instantáneamente, de Espíritu a Espíritu, por una faculta propia de la esencia misma del Espíritu. En este caso, encontramos en el cerebro del médium los elementos necesarios para revestir nuestro pensamiento de la palabra que corresponda a este pensamiento y esto, sea el médium intuitivo, semimecánico o mecánico puro. Por esta razón, cualquiera que sea la diversidad de los Espíritus que se comunican con un médium, los dictados obtenidos por él, procediendo de Espíritus diferentes, llevan el sello de la forma y color peculiares del médium. Si aunque la idea le sea completamente extraña, aunque el objeto salga del cuadro en que ordinariamente se mueve el mismo, aunque lo que queremos decir no proceda en manera alguna de él, no por eso deja de ejercer influencia en la forma, por las cualidades, por las propiedades que son adecuadas a un individuo. Es precisamente lo mismo que cuando miráis diferentes puntos de vista con anteojos empañados, verdes, blancos o azules; aunque los puntos de vista, u objetos mirados, aunque los objetos sean completamente opuestos e independientes unos de otros, no por eso dejan de afectar siempre un tinte que proviene del color de los lentes. Mejor aún, comparemos los médiums a esos frascos de vidrio, llenos de líquidos colorados o trasparentes, que se ven en las oficinas de farmacia; ahora bien: nosotros somos como luces que iluminamos ciertos puntos de vista morales, filosóficos e internos a través de los médiums azules, verdes o rojos, de tal manera, que nuestros rayos luminosos, obligados a pasar a través de cristales mejor o peor tallados, más o menos trasparentes, esto es, por médiums más o menos inteligentes, no llegará los objetos que queremos iluminar, sino tomando el tinte, o mejor, la forma propia y particular de estos médiums.

Terminaremos, en fin, por una última comparación: nosotros Espíritus, somos como compositores de música, que hemos arreglado o queremos improvisar un aire, y no tenemos a mano más que un piano, un violín o una flauta, un bajo o un silbato de dos sueldos. Es incontestable que con el piano, la flauta o el violín, ejecutaríamos nuestro trozo de una manera muy comprensible para nuestro auditorio; aunque los sonidos del piano, del bajo o del clarinete sean esencialmente diferentes los unos de los otros, nuestra composición, no dejará de ser idénticamente la misma, salvo las variaciones del sonido. Pero si no tenemos a nuestra disposición más que un silbato de dos sueldos o un embudo de fontanero entonces se nos presentará la dificultad.

En efecto, Cuando tenemos que servirnos de médiums poco adelantados, nuestro trabajo se hace mucho más largo y pesado, puesto que nos vemos obligados a recurrir a formas incompletas, lo cual es una complicación para nosotros, porque entonces tenemos que descomponer nuestros pensamientos y proceder palabra por palabra, letra por letra; que cuesta mucho trabajo y cansancio, y es una verdadera dificultad para la prontitud y para el desarrollo de nuestras manifestaciones.

Por eso nos complace encontrar médiums bien apropiados, bien pertrechados, provistos de materiales prontos a funcionar, buenos instrumentos en una palabra, porque entonces nuestro periespíritu, obrando sobre el de aquél a quien medianizamos, no hay que hacer más que dar la impulsión a la mano que nos sirve de portaplumas, o de lapicero, mientras que con médiums insuficientes, nos vemos precisados a practicar un trabajo análogo al que hacemos cuando nos comunicamos por golpes, esto es, designar letra por letra, palabra por palabra, cada una de las frases que forman la traducción de los pensamientos que queremos comunicar.

Por estas razones nos hemos dirigido con preferencia a las clases ilustradas e instruidas, para la divulgación del Espiritismo y desarrollo de las facultades medianímicas escribientes, por más que en estas clases se encuentren los individuos más incrédulos, los más rebeldes y los más inmorales. Es que, así como dejamos hoy a los Espíritus bromistas y poco adelantados el ejercicio de las comunicaciones tangibles, de golpes, de aportes, del mismo modo los hombres poco formales entre vosotros, prefieren, la vista de los fenómenos que perciben con los ojos o con el oído, a los fenómenos naturalmente espirituales, puramente psicológicos.

Cuando queremos producir dictados espontáneos, obramos sobre el cerebro, sobre las facultades del médium y juntamos nuestros materiales con los elementos que él nos proporciona, y esto; sin apercibirse éste: es lo mismo que si tomásemos de su bolsillo el dinero que tuviese y colocásemos, las diferentes monedas en el orden que nos pareciese más útil.

Sin embargo, cuándo el médium quiere por sí interrogarnos de tal o cuál modo, es bueno que píense detenidamente en ello, a fin de preguntarnos metódicamente, facilitándonos así nuestro trabajo de contestar. Como Erasto ha dicho en otra instrucción precedente, vuestro cerebro es frecuentemente un complicado laberinto y nos es tan penoso como difícil movernos en el dédalo de vuestros pensamientos. Cuando haya que hacerse varias preguntas, es conveniente y útil que la serie de estas sea comunicada con anticipación al médium, para que se identifique con el espíritu del Evocador y se impregne por decirlo así; porque nosotros mismos tenemos mucha más facilidad para responder por la afinidad que existe entre nuestro periespíritu y el del médium que nos sirve de intérprete.

Ciertamente podemos hablar de matemáticas por un médium completamente extraño a ellas; pero muchas veces el Espíritu del médium, posee estos conocimientos en estado latente, es decir, personales al ser fluídico y no al ser encarnado, porque su cuerpo actual es por el contrario rebelde a estos conocimientos. Lo mismo sucede en astronomía, poesía, medicina, lenguas, diversas y demás conocimientos particulares de la especie humana. En fin, tenemos todavía el medio de la elaboración penosa en uso con los médiums completamente extraños al objeto tratado, juntando las letras y las palabras como en tipografía.

Como hemos dicho, los espíritus no tienen necesidad de revestir su pensamiento; perciben y comunican el pensamiento: por el solo hecho de que existe en ellos. Los seres corporales, por el contrario, se pueden percibirlo más que revestido. Mientras que os son necesarios la letra, la palabra, el sustantivo, el verbo, la frase, en una palabra, para percibir aun mentalmente, no necesitáis ninguna forma visible o tangible.»

UN ESPÍRITU.

(De la Revista de París de Julio de 1861*)*

DISERTACIONES ESPÍRITAS

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGIGOS

LA NUEVA AURORA

Médium J. Pérez

El día de la regeneración del hombre en la tierra, ha llegado surcando los piélagos del infinito. Saludemos con emoción profunda al astro de luz y de inteligencia, el *Espiritismo*, que viene a herir de muerte el error y la incertidumbre y a inundarnos de verdad, de esperanza y de vida.

La aurora de tan hermoso día se descubre en lontananza sobre un horizonte puro, como la virtud; sereno como la fe; diáfano, como la verdad y trasparente como la convicción íntima y real que está muy lejos de engañarnos.

Tal es el crepúsculo que precede al nuevo día. Imaginad su esplendor, cuando ese astro llegue a la mitad de su carrera, al cénit de nuestro hemisferio intelectual.

Muy lejos estábamos de gozarnos en la contemplación de la gran obra: un átomo de realidad tan sólo nos deslumbrará en medio de nuestra ceguera y este destello divino, si, no lo dudemos, será la vía láctea que guiará a nuestros espíritus al centro de ese infinito delineado por la sabiduría de Dios, su morada, punto desde dónde parten las emanaciones de su grandeza.

¡Cuán distantes estamos de ese centro divino! Inconmensurable es la distancia que nos separa y eternos los días de nuestra marcha, sino anteponemos al orgulloso error la modesta verdad. Con el error nuestra pasión y nuestra ignorancia y con la verdad la virtud y la sabiduría. El error, que nace de nuestra torpe manera de distinguir las cosas y el arcano, nos separan de Dios: La

verdad que es el límite que se remonta indefinidamente hasta la perfección del Espíritu, es el símbolo que tenemos que alcanzar para merecer su santa gloria.

Lenta y pesada ha sido la marcha hasta hoy, de esa ley libre para nosotros; pero precisa, constante e inmutable para Dios.

El progreso. Esa ley inteligente ha protegido siempre al genio, pero la colectividad del hombre y el concurso de la perversidad y de la ignorancia, ha destruido los fulgores que brillaron, para hacer más rápida la felicidad de nuestro mundo: con la civilización todo ha sido sojuzgado en el estado errante, y por eso la opresión contra la idea, y el pensamiento de un genio, hoy se aniquila y desaparece amenazado, porque guardamos intuición y sentimos reminiscencias de la enorme expiación de nuestras faltas.

Se nos revelará de nuevo la Creación de nuestro mundo, conforme a la armonía y criterio accesibles al Espíritu de Verdad. Tendremos un Moisés, dictando leyes inspiradas por Dios, que regularizarán el derecho del hombre; renacerá Grecia con los filósofos y cada secta dilucidará un punto esencial para la verdadera filosofía; Sócrates, nos enseñará el alma; Jesús, la manera de conducirla por entre las escabrosidades de la materia; un Colón, nos descubrirá nuevos mundos en diferentes espacios, y en vez de torturas, sufrimientos, persecución y muerte, que tuvimos para estos seres dotados de virtud y sabiduría, espíritus perfectos que trataron con sus divinas misiones de regenerarnos y levantarnos de nuestra denigrante pequeñez, inferioridad y miseria; en vez de sufrimientos y torturas repito, tendremos para ellos admiración y respeto, alabanza y gloria; y así como a Talarco, levantaron los atenienses trescientas estatuas, una estatua cada hombre levantará en su corazón a estos divinos astros. Que vienen a eclipsarnos con su radiante luz en la oscura carrera de nuestra vida.

El día de la regeneración, como llevo dicho, aparece en este momento en que desfallecía para la humanidad la idea del porvenir, la esperanza de la vida.

El Espiritismo es la aurora que desvanece con su radiante luz la sombra de una horrorosa noche: alegrémonos, porque la tormenta que abatía a nuestros Espíritus, huye a esconderse en el caos de donde salió para emponzoñarnos. La verdad viene a purificar nuestro ambiente y darnos vida; aspirémosla ansiosos y no olvidemos que con ella alcanzaremos el término de la perfección y el principio de la dicha eterna, gozando de la gloria y gracia de Dios.

C. C.

UN CONSEJO

Médium R. C.

Amados hermanos: debo recordaros que el mundo invisible y el de los encarnados son enteramente idénticos.

Conocidas las ideas y aspiraciones de vuestras sociedades, podéis apreciar de igual manera las tendencias y manifestaciones de los espíritus desencarnados que a ellas se comunican.

Todas las generaciones han tenido siempre sus oráculos particulares y mentores, pero no siempre estos impulsaron la marcha del progreso. Dios solo ha repartido sus bienes por medio de su divina justicia.

El oráculo de Delfos, llegó en un tiempo a ser consultado y venerado como la única expresión de la divinidad. Esta idolatría de sus creyentes alejó de él a los espíritus sabios que habían dado hasta entonces sanas instrucciones de moral y de justicia, atrajo a los ignorantes y burlones que aprovechándose de la credulidad de aquel pueblo, le hicieron caer en las más tristes aberraciones.

Así, pues, sino queréis vosotros llegar a semejante estado, no dejéis de analizar todo género de manifestaciones (sea cual fuere su origen) manifestando vuestras dudas sobre la veracidad y procedimiento de un espíritu.

No creáis que los seres elevados se ofendan y os abandonen por esto; ellos gozan en que todos busquemos la verdad, que es la ley constante del espíritu.

Tened presente que vuestra misión es la práctica de la caridad, no solo con los encarnados, sino con los que en estado de espíritu sufren aun la expiación de sus faltas anteriores o yacen sumidos en la triste oscuridad de la ignorancia. Estos son los que más necesitan de vosotros; instruidles y consoladles con vuestra palabra y no les abandonéis, aunque en su misma ignorancia os quieran engañar y perturbar: mostradles una y mil veces el camino de su deber; pintadles la dicha que disfrutan los espíritus superiores, dicha que todos tenemos que alcanzar más o menos tarde por medio del trabajo y la virtud. Y si a pesar de esto persisten en la errónea conducta de perturbar y perturbarse, perdonadles, infundiéndoles con vuestra oración la luz que les falta para llegar a comprender la causa que les separa de la senda da la perfección.

No desmayéis hermanos míos; no retrocedáis un solo paso en tan santa empresa, aunque vuestra sociedad os insulte y os haga sufrir las más grandes humillaciones, Elevaos sobre sus miserias con la fe de aquellas consoladoras palabras de nuestro maestro:

«*Quien se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado.*»

VARIEDADES

DANIEL DUNGLAS HOME

PREFACIO DE SU OBRA

BEVELATIONS SUR MA VIE SURNATURALLE

(CONCLUSIÓN)

Le di la mano, diciéndole que sentía verle instrumento de semejante poder.

Fui a ver a mi cónsul, le referí mi aventura, y me dijo que como era domingo no podía hacer nada, pero que al día siguiente vería al gobernador de Roma.

Me fui enseguida a ver a un personaje respetable, que se prestó a ir inmediatamente a casa de Monseñor Matteuci: este cardenal, en una larga conversación, le aseguró que nada tenía que reprocharme cómo hombre, sino como hechicero.

Al día siguiente, a las doce, el cónsul inglés fue a ver a Monseñor, quien le dijo: que si yo consentía en firmar un compromiso en el cual prometiese no dar sesiones, podría permanecer en Roma. Me apresuré a escribir la siguiente declaración:

«Doy mi palabra de caballero que, mientras permanezca en Roma, no tendré sesión y que evitaré, en cuanto me sea posible, toda conversación sobre el Espiritualismo.

DANIEL DUNGLAS HOME.

Palazzio-Paoli 4 de Enero de 1864.

No contento mi cónsul con esto: quiso que hiciese saber para qué había venido yo a Roma y para qué quería permanecer: entonces escribí en el mismo papel:

«No he venido a Roma más que para restablecer mi salud y para estudiar el arte, también quisiera que se me dejase tranquilo.

D. D. HOME.»

Envió este papel a monseñor Matteuci, y el resto de la semana no oí hablar de nada, hasta el sábado por la tarde, a las cinco y medía, que recibí la siguiente carta:

«M Daniel Dunglas Home: tendrá la amabilidad de pasar esta tarde a la oficina de pasaportes, entre seis y ocho, provisto de su pasaporte.»

Supliqué al amigo que me acompañó la primera vez, que me prestase igual servicio nuevamente: ambos llegamos al Palazzío-Cíterio a las seis menos cuarto.

Me presenté en el despacho de M, Pelgallo, quien después de tomar mí pasaporte y haberlo mirado me dijo:

—Caballero, debisteis ir primero a vuestro consulado.

— ¿Para qué? le respondí.

—Para hacer visar vuestro pasaporte, puesto que queréis marchar.

—Pero señor mío, no tengo tal idea.

Entonces, mirando de nuevo mí pasaporte, añadió:

—En ese caso, vuestro pasaporte está completamente en regla, con semejante pasaporte podéis permanecer un año.

Le di las gracias y me retiré.

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, un hijo de la patrona en dónde me hospedaba, entró en mi taller todo asustado, diciéndome:

—Caballero, un agente de policía os espera en vuestro cuarto.

Respondí que podía permanecer cuanto quisiera en mi habitación, por que no pensaba ir tan pronto a ella y que si deseaba verme viniese a mi taller.

Diez minutos después, entró el agente diciendo que le obligaban a venir a buscarme, porque el día anterior no había ido yo a la oficina de los pasaportes, a donde había sido llamado.

Respondí que no solamente había estado yo, sino que me había hecho acompañar de un amigo. Entonces dijo:— Vuestro amigo estuvo, pero vos no estuvisteis.

Entonces conservando a penas mí sangre fría, le contesté:

—Bajad conmigo la misma persona va a acompañarme de nuevo: lo que efectivamente hizo.

Entrando en la misma habitación, fui al mismo despacho y presenté mi pasaporte a M. Pelgallo, que me dijo:

—Ayer os esperé hasta las ocho y no vinisteis.

Le repliqué que había estado a las seis menos cuarto y que me disgustaba mucho volver dos veces. De nuevo me dijo:

—Pero vos no vinisteis.

—Vine le aseguré; vos tomasteis mi pasaporte y dijisteis que podía permanecer un año: rompámosle no mintáis sino es una necesidad de vuestra posición.

Él respondió:

—Es preciso que hoy a las tres hayáis salido de Roma.

—Está bien, pero no tengo la idea de marcharme y no me iré.

Repitió:

—Es preciso que hoy a las tres hayáis salido de Roma.

Entonces le dije:

—Cumplid con vuestro deber: visad mi pasaporte.

Lo visó, me lo entregó y salí. Fui a casa de mi cónsul que me recibió con una expresión de cólera concentrada y que me dijo:

—¿Para qué me hacéis promesas que enseguida infringís?

Le pedí una explicación: me respondió que yo había hecho jugar mis facultades ante M. Pasqualonni.

Impacientado le dije:

—Señor Severn: me he presentado aquí como súbdito inglés, no vengo a hablaros de mis creencias ni de los fenómenos que se me presentan, y si habéis estudiado la cuestión, debéis saber que son independientes de mi voluntad.—No os pido más que cumpláis con vuestro deber como cónsul, cualquiera otro consejo está fuera de lugar, tanto más, cuanto que después de mi promesa no ha tenido lugar manifestación alguna, por más que al comprometerme a no dar sesiones, no he podido comprometerme a no tener manifestaciones.

Volvió a ver al gobernador de Roma, quien le respondió, que puesto que yo no estaba libre de no tener manifestaciones, no podía permanecer más tiempo en Roma.

Un amigo mío, fue a ver a monseñor Matteuci, a cuyo señor fui yo mismo a ver y no me recibió. Consiguió que pudiese permanecer hasta el miércoles siguiente.

Sabido esto, resolví marcharme el lunes.

Numerosos amigos me acompañaron a la estación del ferrocarril, en testimonio de simpatía.

D. D. HOME.»

MISCELÁNEA

El celibato forzoso.—Este dogma equivoco, tan contrario a la razón, a la naturaleza y a la moral. Ha sido rudamente combatido por el P. Jacinto en su célebre carta explicando su casamiento. El ilustre orador desmenuza los fundamentos de esta nueva imposición, de tal modo, que ha hecho ya prosélitos numerosos en la iglesia gala. Según los periódicos, llegan a 200 los sacerdotes franceses que reclaman el indisputable derecho y el *honroso* deber, de apellidar *hijos* a los seres que nazcan de su unión por medio del matrimonio.

El Látigo.—Otra vez ha sonado el chasquido del hermoso látigo que maneja el *romanista* (con *extra*) Sr. D. Benedicto Mollá. Sigue, como no puede menos de suceder tratándose de esta especie, las mismas prácticas y manías de sus mayores en edad, saber y gobierno. Su insustancial artículo cogido, (no suelto como dice la cabeza del periodiquillo) es un largo catálogo de *cosas*, en que se divierte nuestro paisano, sin que dé al público las razones poderosas en que se funda para combatir el espiritismo.

Si en lugar de divagar a placer por el anchuroso campo del capricho inscribiendo trozos de historia que pegan al asunto como remiendo de color café en una capa de paño negro, se entretuviese en estudiar una filosofía y una ciencia que no conoce, aunque tiene sin embargo la audacia y la ligereza de combatirla, entonces podría aducir razonamientos y pruebas, y presentar dudas hijas del estudio y no del capricho de hacerse ver, y del sistemático odió a todo lo que tiende a la libertad y por consecuencia, al racionalismo.

Llévenos en buen hora ante el tribunal que quiera y allí le demostraremos muchas miserias que por pudor y vergüenza, no sacamos a la luz pública, temiendo que se infeste la población con tal relato.

Nuestro amigo Mollá, a falta de argumentos, ha escogido, un inexpugnable castillo donde guarecer la pobre religión romana. ¡Hay que reír de las sutilezas católicas! Dice: que proclamando todas las leyes del país el catolicismo, que respeto nos merecen estás, cuando nos burlamos de aquella. ¡Oh poder de la autoridad! Pero tengámosle compasión, pues se hace eco del dicho vulgar de creer que a la hormiga le nacen alas para su perdición... Estudie los libros de Allan Kardec, y cuando conozca lo que no sabe, entonces dese una vuelta por acá.

Otra epístola.—Nuestro querido amigo el ministro cristiano don Juan Martin y Calleja, reincide mandándonos otra vez una carta escrita en los términos decentes y dignos que acostumbran usar estos respetables evangelistas, si bien sus argumentos en favor de la Biblia no sean de nuestro agrado.

El trabajo de hoy es interpretar las escrituras hacia lo que dicen las ciencias y no inutilizar y confundir estas a la letra de aquellas.

Nos es imposible admitir la primera pareja, el pecado original, el diluvio universal, la torre de Babel, etc. etc. Que pululan en el antiguo testamento y que demuestran, como es preciso, la ignorancia que había en aquellos tiempos.

Para admitir lo que dice la Biblia se necesita tener, y créanos nuestro amigo Callejas, unas fauces colosales, tan grandísimas, que no pudieran sufrir parangón con la potencia magnética de Josué, que paró el sol con su voluntad.

Nosotros admiramos en la Biblia, como en los Vedas y otros libros sagrados, los principios universales de la moral, los fundamentos de la Historia, de la filosofía, del derecho, pero no podemos admitir la mano de Dios en ellos, porque Dios no tiene mano, porque Dios no puede bajar ni subir ni menos equivocarse.

Milagro.—De nuestro colega *El Municipio* tomamos la siguiente gacetilla:

«*Siempre igual*.—No deja de ser curioso el siguiente caso, que leemos en un periódico extranjero, con motivo de la expulsión de los jesuitas en Alemania.

En Chatenoís se temía un levantamiento de los campesinos de las cercanías, fanatizados por los curas.

Efectivamente, habían aquellos evangélicos pastores hecho creer a sus feligreses, que la Virgen en persona se aparecía todas las noches, revestida de un manto blanco, como para recriminar a los sencillos paisanos por su inercia y descreimiento en asunto tan grave como el de lanzar a los jesuitas del país.

Una noche se apareció en efecto, ante la garita de un germano que hacía de centinela.

—¿Quién vive? gritó este.

Nadie le contestó.

—¿Quién vive? repite, y hechas las tres preguntas, disparó sobre la Santa Virgen con tanto acierto, que esta cayó al suelo lanzando penetrantes gritos de dolor.

Inmediatamente se la trasportó al hospital de Schlestatd, dónde, al hacerle la primera cura, se reconoció que la pretendida Virgen era un rollizo cura muy conocido en la población.

Al siguiente día se arrestó a otros tres compadres suyos de oficio, y fueron conducidos a la prisión de Strasbourg, donde tendrán que explicar el milagroso caso ante la policía correccional.

He aquí las consecuencias de querer hacer milagros en estos tiempos de incredulidad y de *libertinaje*.»

Son muy ladinos en el oficio. En Tabarca ha sucedido otro caso. La madera, faltando a las leyes naturales, que son tan divinas como las que regulan la digestión de los curas, ha realizado un cambio…., de color *canard* subido, que da envidia. Esperamos el fallo del obispo, para dar el anuncio de la fiesta.

Erratas.—En la contestación de Salvador Sellés a D. Benedicto Mollá (publicada como suplemento y repartida en el número 18 de LA REVELACIÓN han aparecido algunas erratas que el buen juicio del lector habrá subsanado.

ALICANTE.—1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía,
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Año I. Alicante 20 de Octubre de 1872. Num.20.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL PREMIO Y EL CASTIGO

> No hay cielo, ni infierno tales como los comprenden las religiones positivas.— Hay Dios y conciencia.

Dios, ser increado y eterno, sin curia ni sepulcro; ser cuyo pensamiento es una realización, cuya idea es una forma, cuyo amor es una luz, desde el alcázar de su grandeza, que es el espacio infinito, dejó caer los abismos del caos, en el sagrado día de la creación, una ley resplandeciente y hermosa como el sol del firmamento; esta ley mansa, descendiendo como un globo de oro, al encontrarse suspendida entre la doble profundidad de Dios y el caos, hizo explosión en un inmenso y espléndido diluvio de leyes secundarias, que derramándose en el vacío y girando en torbellinos colosales, dieron origen al compás del arpa divina, a la diversa muchedumbre de mundos que constituyen el universo.

Una de estas leyes, una de estas chispas, uno de estos astros, uno de estos querubines, vino a aparecer más tarde en el corazón del hombre, en el misterioso centro de ese ser augusto, de ese mundo majestuoso. Era procedente de la justicia de Dios, y venía a levantar el tribunal de la justicia del hombre; procediendo del ser justo por excelencia, debía de aportar el reflejo de su origen; debía de obrar con arreglo a su naturaleza. Hay una justicia cruel que no perdona; la llamo justicia siendo cruel, porque el mundo quiere; pero los mismos átomos que de crueldad posee, son los que le faltan para ser justicia. Siendo justicia de este modo, sería justicia infinita; la justicia, infinita está allí donde no hay ni un resquicio por donde

pueda deslizarse la sombra de una falta impune y donde se premie en la misma proporción en que se trabaje, o se castigue en la proporción misma en que se falte; donde se cuenten las partículas de lo que se trabaje o se falte, y se paguen por el mismo número de partículas de bienestar o de inquietud. Y esta es la justicia de Dios, cayendo como chispa divina en el abismo del ser humano, y levantando en este abismo su tribunal supremo.

La mano de Dios, armada del divino cetro, no tiene pues que intervenir directamente en los asuntos de ese Estado que se llama existencia humana. Dios tiene allí su reflejo, su sombra augusta que le representa, que puede tener varios nombres, y a la que yo llamo con esta gigante palabra: La Conciencia.

¡La conciencia! Ese ojo de la inmensidad, esa pupila encendida por Dios, que atraviesa la sombra de lo desconocido para llegar hasta nosotros, está constantemente clavada sobre nuestra idea que crea pensamientos, sobre nuestro pensamiento que crea acciones, sobre nuestra acción que crea el bien y el mal; ese oído que acecha y oye en el silencio de lo misterioso el suspiro de nuestro pecho, la risa de nuestro labio, el llanto de nuestro corazón, la plegaria de nuestra alma, la duda de nuestra ceguedad, el amor de nuestra fe; que delata al inconmensurable Ser de quien procede, todos los movimientos de ese océano que se llama vida del hombre, es el que aplica, con independencia y austeridad, el premio y el castigo; premio y castigo que tienen ser real y palpable, sin necesidad de que la justicia Omnipotente, haya hecho surgir, con su varita mágica, entre los dorados vapores de la altura, una fabulosa Jerusalén de pirámides de estrellas y arcos triunfales de soles a que se dé el nombre de Gloria, ni haya abierto, con su soplo pavoroso, en el abismo sin límites, un formidable mundo geológico, lleno de cavernas y peñascos, de tinieblas y de incendios, poblados por seres condenados y verdugos eternamente desgraciados, a que se dé el espantable título al Infierno.

Haber cometido una acción vituperable; haber asestado el puñal inicuo en el pecho paternal; haber vertido la sangre propia contenida en ánfora distinta; en distinto corazón; haber arrebatado el único girón que en la crudeza del invierno constituye el abrigo del huérfano; haber perseguido con el lazo y el cuchillo a esa pobre gacela que se llama viuda; haber escalado la tribuna del patricio e impelido al impresionable pueblo al abismo de una imprudencia temeraria, o elevarse sobre el augusto solio de la majestad suprema, para esclavizarle y abatirle, y dividir con él la cadena del alano, y uncir al carro de su orgullo precipitándolo en funestas guerras;.... cometer uno de estos vituperables crímenes y sustraerse a la justicia humana, y salvar las redes de las apariencias, y huir lejos de la sociedad, más allá del trato humano, y creerse ya libre de todo, y pretender reposar, y encontrarse al punto cara a cara de una sombra terrible que le ha

seguido en su huida, que le amenaza seguirle en la tumba, seguirle en el espacio, seguirle en todas partes; encontrarse delante de ese ojo terrible, de ese oído profundo, de ese querubín airado que se llama la conciencia, y que le habla de la bondad de Dios y de la maldad de su crimen, y que le postra a sus plantas, y le arranca el antifaz y lo escupe en el semblante, y le ciega con su luz, y le huella con su pié, y le maldice con su acento.... ¡ah! es una cosa tan justamente terrible, tan terriblemente justa, que el miserable infierno material abortado por la fantasía de esos arcángeles, que se llaman Homero, Dante y Milton; palidece a su presencia.

Alargar la mano al desvalido: cubrir con el propio manto la desnudez ajena; deslizar, en la sombra del misterio, un pedazo de oro en la mano enflaquecida de la indigencia, o llevar a los labios hambrientos un pedazo de pan endulzado por un beso; presentar el pecho al desprendimiento de una lágrima, perla universal del infortunio; derramar el bálsamo de un consuelo en la llaga de una desgracia; prestar el alimento de una lección al hambre de la inexperiencia y la ignorancia; lanzar el áncora de la esperanza en el naufragio de un corazón desesperado; verter la luz del amor en la noche del odio; pensar en una tarde negra, en una montaña santa, en una cruz sublime, en una sangre bendita, en una hermosa palabra de perdón universal, y repetir esa palabra a cada injuria recibida en el calvario de la existencia; elevarse a la tribuna pública, y decir a un esclavo que duerme encadenado en su tugurio: «Despierta, augusto hijo de Dios, hermano de Cristo, mártir de los siglos, pueblo desdichado: abre los ojos a la aurora de la libertad intelectual, desecha los fantasmas de la superstición y el fanatismo, celebra tu advenimiento a la vida política, a la vida religiosa, a la vida científica, a la vida artística, a la vida moral, a la vida humana; tú que fuiste cazado en los bosques, perseguido en los llanos, arrojado al combate, hundido en la esclavitud, lanzado en los circos, destrozado por las fieras, pegado al terruño del señorío, uncido al carro del feudalismo, tragado, en nombre de Dios, por las llamas del Santo Oficio, ven y toma tu asiento en el gran banquete de la vida, a que te invita tu propia naturaleza; ¡ven que el mundo se vuelve cristalino, y gira por los ámbitos bañado en la mirada de oro del Eterno!;» decir esto, y tomar esclavos, y transformarles en hombres, y hacer hombres de una cadena, de una máquina, de una superstición, de una sombra, de un espectro, de un puñado de polvo; convertirse en Jehová transfigurándose; hacer esto, y sustraerse al aplauso universal, y esconderse en su propio ser, descendiendo al abismo de su corazón, y verle inundada de luz, saturado de perfumes, rociado de dulzuras, vibrante de armonías, como las cuerdas del laúd herido, hallarse en fin, frente a frente con la conciencia trasformada en ángel, con la conciencia agradecida, con la conciencia premiadora.... ¡ah! es una felicidad tan pura, es una pureza tan feliz, que la misma gloria cantada por esos cisnes que el mundo llama vates, desde Isaías hasta Lamartine, no es

más que un pálido, reflejo de aquella sublime dicha, que crece a medida de la perfección, y llega con ella a su colmo. He ahí el cielo.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan, 8 de Octubre de 1872.

LA SEGUNDA ÉPOCA

A NUESTROS HERMANOS

El Espiritismo avanza a pasos de gigante por el anchuroso sendero del progreso y ha dejado ya para siempre los juegos de la niñez, el entretenimiento infantil.

Cada momento histórico le corresponde un modo de ser, distinto al anterior y en consonancia siempre con el presente. Así pues es necesario, es útil y provechoso, que las aspiraciones todas de los adeptos de la doctrina espiritista, converjan hacia el punto que debe hoy dominar todos los trabajos, hacia la virtud y el estudio.

No hay que cejar en el combate asiduo de las pasiones que, asediándonos, nos esclavizan y envilecen. Guerra, continua guerra al mal y cada lauro que obtengamos, nos abrirá un horizonte más bello ante nuestra vista y servir a nuestra conducta de noble estímulo para los más reacios.

Todas las escuelas que colocan las palabras muy lejos de sus obras, están hoy desacreditadas, muertas en la opinión pública y sus afiliados demuestran un gran rebajamiento moral con sus supercherías provechosas y sus mentiras lícitas. El ejemplo y solo el ejemplo, ha de darnos la superioridad necesaria para aspirar con derecho al noble y elevado título de regeneradores sociales. Las obras y solo las obras, son las que hoy día pueden propagar el bien y la razón de una escuela; pues la charlatanocracia lo invade todo y ha prostituido el buen sentido de las palabras.

Nuestras palabras no tendrán ningún valor, absolutamente ninguno, sino van acompañadas y auxiliadas por la honradez y la moralidad, sino están demostradas por la caridad cristiana.

La verdad que se posee, se practica, si en ella se tiene fe; y esto es lo que nos corresponde hacer, este es nuestro ineludible deber, sembrar y hacer fructificar la sublime moral cristiana limpia de toda cizaña.

El estudio es también consecuencia precisa de la convicción, y abandonando curiosidades perniciosas que a nada conducen y que pueden producir grandes trastornos y graves disgustos, debemos unirnos con el fin de ejercer las obras de misericordia enseñando al que no sabe y cumpliendo nuestra misión, instruirnos a la vez con la asiduidad que merece el infinito que ante el hombre se presenta, convidándole a la meditación, a la experiencia y al trabajo.

He aquí la palabra, trabajo, trabajo, y trabajo.

El trabajo, virtud primera, antídoto especial para los males, panacea infalible contra los viejos, imán que atrae el bien, la dicha y la ciencia, termómetro que marca en el individuo los grados de actividad, base en fin, de la sociedad que se desea establecer por los amantes del porvenir, profetas de la justicia: el trabajo es nuestro palenque, nuestro norte y desarrollando en todas las esferas la actividad, trasformaremos incesantemente el vicio en virtud, la desgracia en dicha, la desesperación en resignación y la ignorancia en ciencia.

Basta ya de experimentos insólitos separados completamente del estudio concienzudo de la filosofía y de las ciencias que se relacionan con la espiritista. El hombre que por naturaleza es curioso, debe tributar a este instinto parte de su tiempo, pero cuando ha satisfecho esta natural curiosidad, esta ley de su ser, debe apartarse de este camino, abandonar ese juego, dejar el pasatiempo, que la práctica espiritista, no es otra cosa sin el objeto del estudio y sin consagrarse a adelantar en su difícil camino, añadiendo a su inteligencia nuevos y vistosos panoramas arrancados al indefinido por su afán de saber, por su constante trabajo.

No espere no, el hombre perezoso, que el mundo libre venga a descorrer la cortina, para enseñarle, sin ningún trabajo, lo que hay más allá y más allá, las relaciones, leyes y causas de la naturaleza. La ley natural lo niega y el espiritismo está dentro de la naturaleza. Todo es movimiento, nada inercia y el hombre está obligado por el mutuo cambio que con el todo sostiene, a caminar y adquirir con el trabajo y solo con el trabajo la resolución de los problemas científicos que tanto le atañen y que no puede resolverle una mano criminal. Si todo se nos diera hecho, nada tendría razón de ser y la monotonía sería la única verdad posible, verdad que mataría al mismo tiempo que fuese aceptada.

La instrucción ha de difundirse en todos los centros de una manera prodigiosa, dejando la experimentación en segundo término, para matar el

vivo deseo del espectáculo que hay en muchos y para dar a esta su verdadero significado.

Conocidas y practicadas las obras de la escuela, se presentarán numerosos problemas que, luego de ser discutidos por los asociados, deben presentarse a los espíritus, los que se hallarán contentísimos de habernos llevado al camino de la actividad y se verán muy dispuestos a resolver incógnitas que nuestro trabajo ha buscado en la mente con el ejercicio de la discusión y de la meditación. Lejos de nosotros la punible idea de esperarlo todo de nuestros hermanos de ultratumba. Esto fuera negar el progreso, el libre albedrio y por ende, la pérdida de la responsabilidad de nuestros actos.

Para conocer con fruto el espiritismo y para hacer todo el bien que de él se desprende, deber ineludible es también, adquirir conocimientos, aunque sean elementales, de antropología. Sin tener una pequeña idea de los agentes químicos, de los fluidos, de astronomía, de geología o historia y sin conocer más detalladamente al hombre ya en su cuerpo por la fisiología, ya en su alma por la psicología, no es posible comprender perfectamente la inmortalidad del alma, la pluralidad de vidas, la de mundos, ni hacerse una idea del espacio y el tiempo, del periespíritu, de las penas y recompensas, de la simpatía y antipatía, de las leyes a que obedece la comunicación con ultratumba; no es posible, en fin, darse una idea del ser infinito, de Dios.

Cuando todos los espiritistas contemplen con atención el dilatado campo que ante sí tienen y midan su pequeño ser, su insuficiencia, se desarrollará en ellos, de seguro, el vivo deseo de instruirse y mejorarse, abandonando la ignorancia y el vicio.

Un día y otro día, vienen aconsejándonos los espíritus, esta conducta y tantas veces como hemos consultado el libro de los Médiums, tantas como ha aparecido a nuestros ojos la previsión, la sensatez y el buen juicio del maestro ALLAN KARDEC, que metodiza perfectamente los trabajos y anuncia esos desarrollos de pasión, ya se titulen curiosidad, amor propio etc. etc. dando consejos saludables para combatirlas.

A practicar, pues, lo que de consuno nos aconseja la razón, nos indica la experiencia y nos manda el cumplimiento de la ley de progreso impresa en nosotros para nuestro bien y salvación.

Si el estudio y la moral son la base, no perdonar el buen juicio que se forma, discutiendo las comunicaciones que se reciban, desmenuzándolas y no admitiendo sino aquello que la sana razón y la buena lógica, encuentren racional. El jesuitismo se encuentra en todas partes, pero en la erraticidad mucho más y con más insaciable saña.

Los médiums deben atemperarse a sus sagrados deberes y haciéndose dignos de tal sacerdocio, encerrarse en una vida ejemplar,

metódica, justa y buena, dedicando al estudio el tiempo robado a la pereza y al pasatiempo. Necesitan más que ningunos, ser dignos instrumentos y elevarse cada día en las dos tendencias de mejora, para ser intérpretes fieles y progresivos, adquiriendo de este modo la idoneidad necesaria.

No nos cansaremos de repetirlo. Estudio para obtener mejores trabajos; virtud para propagar con más rapidez tan santa verdad y hacer patente el bien que recibimos.

El espiritismo es una vasta ciencia, cuyos límites se confunden con las demás y en la que cada día quedan sobre el tapete muchas incógnitas por resolver. Tal es su ostensión, y si dejáramos de caminar por parecernos inaccesible, mereceríamos una eternidad de sombra en castigo de nuestra inercia y abyección.

El periodo de la práctica por la curiosidad ha pasado ya, paso pues al de la instrucción, que dejará mejores frutos, como el trabajo gradual en el hombre según sus facultades, inteligencia y edad. Dejemos el abecedario para los neófitos, corramos nosotros a deletrear en el gran libro de la naturaleza. Voluntad, solo voluntad y es nuestra la victoria. De la voluntad nace la constancia y la constancia es la fuerza de voluntad en el hombre, capaz de horadar, como la gofa de agua, un enorme peñasco.

Tengamos constancia e iremos adquiriendo los conocimientos precisos para interpelar al pasado, para impeler al presente y para apelar al porvenir.

Estudio y trabajo, virtud y caridad.

La Redacción.

ESPÍRITU ENCARNADO

RETROCEDIENDO ANTE SU PRUEBA

Traducción de J. L.

«*Revista, Espiritista de Estudios Psicológicos*» París 1º de Setiembre 1872.

La niña María, de edad de seisenos y medio, habiéndose criado siempre endeble y raquítica, esforzándose sin duda en volver a la erraticidad para sustraerse a su prueba, fue acometida el 7 de Marzo de 1872 de la viruela, cuya erupción penosa y poco acentuada la hacía difícil de combatir.

El 9 de Marzo se encontraba muy cansada, sin estar abatida, y la mayor dificultad era la de hacerle tomar alimento alguno.

El ll de Marzo después de una fiebre violenta, sobrevino la bronquitis con gran debilidad, pues a duras penas podía conseguirse hacerla tomar una poca leche.

El 14 de Marzo disminuye la bronquitis, gracias a los eficaces remedios con que se la combatió; pero su excesiva debilidad y su repulsión al caldo, a la leche de burra, a la sustancia mezclada con tisana de liquen y a todo otro alimento, hacían muy crítica su situación, pues apenas se la pudo hacer tomar un poco de té, en el cual había desleída media yema de huevo, no apeteciéndole más que agua clara.

El 16 de Marzo empeoró notablemente. Después de una fuerte crisis de vómitos, solo quiso tomar algunas cucharadas de agua, que provocaron nuevas ansias. Su estómago no pudo ya conservar nada. Sus padres perdían toda esperanza. A este estado sucede una casi, continua somnolencia, en la cual conserva sin embargo, todas sus ideas. Solo se la pudo hacer tomar una cucharadita de leche.

El 17 de Marzo, al recibir tan desconsoladoras noticias, su tío, espiritista y médium, contestó al padre de la niña una carta, que le dictó un espíritu, incitándole a probar la homeopatía, a lo que no se decidió el padre enseguida.

Esto le hizo reflexionar en las particularidades de la vida de su sobrina y en las de la enfermedad. El carácter difícil y enérgico de aquella, su obstinación en no querer comer, tanto en estado de salud como en el de enfermedad, lo que se atribuía a una afección de estómago, hacía difícil de

comprender como había podido vivir seis años tomando tan poco alimento, y mayormente en el trascurso de esta última enfermedad, en la que se había acentuado más enérgicamente, su obstinación en rehusarlo. Creyendo el tío de la enferma, que el espíritu de esta trataba de evitar la penosa prueba que tuviese que sufrir, por falta de valor para sobrellevarla con la debida resignación, consultó a su guía espiritual, y este le contestó: «No te has equivocado mucho, y tal vez podrías serle útil con tus oraciones, no para volverle la salud, sino para mejorar su fuerza moral. Tus preces podrían animarla, y si lo que supones, es verdad, podrían darle la fuerza de renunciar a su determinación. Esto es lo único que puedes hacer por ella.».

El mismo día, domingo 17 de Marzo, empezó a orar por ella y continuó haciéndolo dos o tres veces cada día, uniendo a sus súplicas, las exhortaciones y raciocinios que le parecían más convenientes para determinar este espíritu a renunciar a su designio, si efectivamente eran fundadas sus previsiones.

La enferma, que la víspera solo había tomado algunas gotas de leche, que aprovechando de los momentos de abatimiento, su madre le hacía tragar, se conformó el domingo y el lunes a beber algunas cucharaditas de leche. Su estómago pareció rehacerse un poco. Habló de comer, pero al anochecer tuvo ataques de tos, que se renovaron durante la noche, fatigándola mucho, y a causa de esto, el día 20 empeoró.

21 y 22 de Marzo.— El alivió anunciado anteriormente parece interrumpirse. Por efecto de los pocos alimentos que toma, no puede resistir el mal, y la postración aumenta. Aparecen manchas negras en el cuerpo.

23 de Marzo.—Aumentan las manchas negras y se llama a un médico homeópata.

25 y 26 de Marzo.—La enferma empieza a comer y digerir. Ya no se contenta con leche ni caldo y se le da pechuga de pollo bastante sustanciosa. Es ya más bien preciso moderarla que instarla. Se queja de tener hambre a las dos horas de haber comido.

La carta del 25 de Marzo que anunciaba este favorable cambio, llega a poder del tío en la mañana del 26. Este mismo día 26, a las cinco de la tarde, después de haber consultado a su guía, evocó al espíritu de la enferma, creyendo que su estado facilitaría su desprendimiento momentáneo. Obtuvo la siguiente comunicación que parecía confirmar sus previsiones:

«26 de Marzo, a las cuatro y tres cuartos de la tarde.—Gracias, querido tío, de vuestros buenos cuidados. En adelante serán inútiles porque ya no estoy desesperada. Me habéis abierto los ojos convenciéndome de

que corría a mi perdición: Iba a faltar gravemente, casi antes de haber entrado en la vida.

»Verdad es que quería volver a la erraticidad, a causa de la invencible repulsión, a la naturaleza de la prueba que se me ha impuesto; no como expiación, porque he acabado mi pena, sino como rehabilitación. He de sufrir aquí abajo, lo que he hecho sufrir a otros y antes que someterme a ello (sin embargo de haberlo aceptado) quería dejarme morir de hambre. Hace mucho tiempo que llevaba a cabo este proyecto, y lo hubiera conseguido gracias a la enfermedad, si buenos espíritus no os hubiesen avisado, inspirándoos a que orareis por mí.

»Dios ha permitido que abriese los ojos a tiempo, y comprendo ahora cual es mi verdadero interés. Además, es demasiado tarde para retroceder, y no me apercibía que iba a cometer un suicidio, de que hubiera sido severa y largamente castigada en la erraticidad. Confío en la promesa que me habéis hecho de ayudarme en mis pruebas, y lo podréis, puesto que lo habéis podido ya.

»Estaba decidida. Proseguía mi proyecto con ciega y enérgica resolución. Mientras dormía, obraba fluídicamente sobre mi cuerpo, para desorganizarlo, y despierta rehusaba todo alimento cuando me lo permitían mis débiles fuerzas. Felizmente ha querido Dios, en su inmensa bondad que más de una vez fuese superior la naturaleza, a fin de dejarme el tiempo de reflexionar y corregirme.

»Sí, espero vivir ahora, y hago para ello tantos esfuerzos como había hecho para morir. Me asusta tanto un nuevo castigo en la erraticidad, como me intimidaba una prueba juzgada necesaria. Quiero pues, como lo decís, liquidar mi pasado, y abrirme una nueva senda para el porvenir. Tanto peor para mi orgullo. Así espero que pronto, sepáis de mi convalecencia. Rogad, os lo suplico, para secundar, mis nuevos esfuerzos y si sucumbo, orad más que nunca y evocadme.»

María.

26, 27 y 28 de Marzo.— María continua comiendo con apetito. Ya van tres días que hace ocho comidas cada veinticuatro horas: Las manchas negruzcas desaparecen, aunque por momentos le repite la calentura.

El médium obtiene después siguiente instrucción de su guía:

«Nada te prueba que la Comunicación que has recibido sea de tu sobrina. Hay sin embargo en todo lo ocurrido, desde algún tiempo, ciertas coincidencias que si se producen hasta el fin, podrían tal vez darte una certeza. Otra confirmación de la acción que hayas podido ejercer en su restablecimiento, será el grado de simpatía mayor que te manifieste, tal vez en lo sucesivo.

»Si todo esto se confirma para ti, encontrarás en estos hechos nuevos elementos de interesante estudio para el Espiritismo.

»Cuando después de alguna mejoría recayó el 2l y 22 de Marzo, fue una recaída involuntaria, su resolución estaba ya tomada; pero cuando vivía de su vida de relación, olvidaba en los primeros momentos, y continuaba sus malas inclinaciones, lo que sin embargo no ha durado más que unos días. Ahora comprende ya su posición y ve que su orgullo había imaginado un remedio peor que el mal. Por lo tanto creo que persistirá hasta el fin en su nueva resolución, con la energía que tiene para todo lo que emprende. Tienes razón en creer que no es la energía de la voluntad lo que le falta.»

¿Qué conclusión final debe sacarse de todos estos hechos y documentos? Evidentemente que no puede llegarse a una seguridad completa, sino a una probabilidad más o menos grande.

Un incrédulo, solo verá en todo ello coincidencias más o menos raras; un espiritista debe deducir otra cosa. Sabe que no hay imposibilidad alguna en que un espíritu, que acepta al encarnar una prueba penosa, tenga después remordimientos y trate de huir de la prueba, lanzándose de nuevo en la erraticidad. Durante el sueño de su cuerpo puede tomar resoluciones enérgicas, que pone luego en ejecución, al despertar, casi inconscientemente si es de menor edad. Además puede obrar fluídicamente sobre su cuerpo, durante los momentos mismos de desprendimiento, para tratar de destruirlo o desorganizarlo. No es, pues, nada imposible que tal haya sido el caso de la citada niña. María, y aun añado, que admitida esta posibilidad, en vista de las circunstancias y coincidencias arriba citadas, su conclusión es la probabilidad.

CARON.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

EL ESPÍRITU Y LA MATERIA

Revista Espiritista de Barcelona

LA MATERIA

Yo soy del sol la lumbre centellante,
La tibia luz de la lejana estrella,
La luna que con rayo vacilante.
Pálida alumbra, misteriosa y bella.

Yo soy el cielo en roja luz teñido,
Si brilla el sol en el rosado Oriente,
De franjas de oro y púrpura ceñido,
Al hundirse en los mares de Occidente.

Yo soy la brisa tibia y perfumada,
Que anuncia las pintadas mariposas,
Que suspira quejosa en la enramada,
Que mece el tallo de las frescas rosas.

Y soy la voz del huracán potente
Que girando en revuelto torbellino,
Hiela de espanto el corazón valiente
En medio del Océano al marino.

Soy la luz del relámpago oscilante,
Cuando retumba el fragoroso trueno
Al despedirse el rayo centellante
De incendio, destrucción y muerte lleno.

Y soy la mar tranquila y apacible,
Azul espejo que la vista encanta
Y soy la mar que en la tormenta horrible
En montañas de espuma se levanta.

Soy el rio que corre y fecundiza
Cuanto toca al cruzar el ancho valle,
Y el arroyo que lento se desliza
De algas y junco entre verde calle.

Y la tranquila y sonorosa fuente
Que desata sus linfas por el prado,
Brindando con su límpida corriente,
Alivio al caminante fatigado.

Soy la palma que crece en el desierto
Gentil y erguida y de su pompa ufana,
Bajo la cual del sol duerme a cubierto
Del árabe la errante caravana.

Soy el árbol que ostenta por cimera
Largas ramas cubiertas de verdura,
Que puebla el alto monte y la pradera
Y esparce por doquier sombra y frescura.

Soy los campos de espigas y amapolas,
El verde césped que tapiza el suelo,
Las flores que despliegan sus corolas,
Bajo el inmenso pabellón del cielo.

Y soy el pez de plateada escama
Preso siempre en su líquido palacio;
Y el pájaro que va de rama en rama
O tiende el vuelo en el azul espació.

La serpiente mortífera y rastrera,
El león de las selvas soberano,
La oveja humilde, y la sangrienta fiera,
El insecto pequeño, el vil gusano.

Y soy el hombre, en fin, rey que avasalla
¡Cuánto el mundo en sus ámbitos encierra!
Que en un poco de barro origen halla,
Y barro y polvo vil, torna a la tierra.

Sólo sobre la fe de sus sentidos
Puede dar testimonio de este mundo,
Y espíritus por él desconocidos.
Niega arrogante con desdén profundo.

Nada hay sin mí: los cielos, y la tierra;
La mar, la luz, el fuego, el rayo, el viento.
Y también del cerebro que le encierra,
Es materia el humano pensamiento.

EL ESPÍRITU

Yo soy el soberano pensamiento
Que rige de los orbes la ancha esfera,
Dando a los astros giro y movimiento,
Sus órbitas trazando y su carrera.

Soy esa universal ley de armonía
Que mira el hombre presidir el mundo,
Aunque a sus ojos es la esencia mía,
Velada en el misterio más profundo.

Yo soy la actividad y el movimiento
Que impele la materia inerte y ruda,
Sus átomos agrupan ciento a ciento,
Sus propiedades y sus formas mudas.

Soy en la vasta escala de los seres
La esencia poderosa de la vida,
Fuente de sensaciones y placeres
Con profusión magnífica esparcida.

Soy esa altiva inteligencia humana,
Soy esa fértil creadora mente,
Que rauda tiempos y distancia allana;
Y abarca lo pasado y lo presente.

Por mí el hombre en contrarias sensaciones
El placer y el dolor halla distintos;
Yo le doy sus indómitas pasiones,
Yo le doy sus enérgicos instintos.

Vivo en el incorpóreo, invisible;
Mas que una percepción soy una idea,
Y por eso es mi examen imposible
Al que mi ser investigar desea.

Nada de mí le dicen sus sentidos,
Su mano no me toca, su pupila
No me ve, ni me oyen sus oídos,
Y su débil razón duda y vacila.

Mas aunque de su origen renegando
Mi aliento que le anima negar quiere,
Una voz interior le está gritando:
¡Hay en ti alguna cosa que no muere!

Yo dirijo sus nobles sentimientos,
Combato sus dañadas intenciones,
Y le inspiro los grandes pensamientos
Origen de magnánimas acciones.

Si ciega la materia le conduce
Por la senda de estéril egoísmo,
En él mi santa inspiración produce
La abnegación sublime de sí mismo.

Doy el amor purísimo del alma,
La amistad, él valor, la continencia,
Y la feliz y sosegada calma
Que nace de la paz de la conciencia.

Soy un claro diamante que escondido
En la mina profunda al sol no brilla:
Soy un rico perfume contenido
En pobre vaso de grosera arcilla!

EL POETA

Materia, yo te admiro por do quiera,
Tu ser me afecta y mis sentidos mueve,
Dudar, de tu existencia no pudiera,
Mi razona negarte no se atreve.

Mas detrás de mí mismo otro ser hallo
Que no eres tú: la vida que en mi siento,
La esperanza, la duda en que batallo,
El vasto mundo en fin del pensamiento!

No; no eres tú la poderosa llama
Que arde en mi corazón y arde en mi mente;
No eres ese otro ser que piensa y ama,
Aunque por mis sentidos obra y siente.

No eres ese deseo que me irrita
De una felicidad que busco en vano
¿Qué, para no cumplirle Dios agita
Con tal deseo el corazón humano?

¡El alma es inmortal!... ¡ay del que acuda
Tan solo a la impotente humana ciencia,
Y se abreve en las fuentes de la duda,
Y hasta llegue a negar su inteligencia!

En el silencio, de la noche umbría
Con estos pensamientos batallaba,
en honda agitación la mente mía:
No sé si la verdad soñar creía
O creía ser verdad lo que soñaba.

Que sueños caprichosos nos forjamos
Tal vez cuando velamos y dormimos;
Y a veces confundimos y dudamos
Si vivimos el tiempo que soñamos,
O soñamos el tiempo que vivimos.

José María de Larrea.

CONSEJO A LOS MÉDIUMS

Traducción de T. Cervera

«REVELATIONS DU MONDE DES ESPRITS»

Para obtener comunicaciones de espíritus elevados, es indispensable recogerse profundamente y alejar de su Espíritu todo pensamiento extraño: además, después de haber elevado su alma a Dios y de pedirle este favor, es preciso ponerse por completo a la disposición del Espíritu que venga a manifestarse. Es muy difícil que, cuando un médium se ha colocado en tales condiciones, reciba nada mezclado de error y de mentira. Solo se permite a los Espíritus inferiores engañar a los que en sus trabajos no tienen la confianza, la sinceridad y la humildad que nos gustan, porque estas cualidades son la prueba de un deseo sincero de instruirse y de conocer la verdad y el bien. Por el contrario, los que no están animados más que por una fútil curiosidad o por dudosa fe o aun especialmente, por la esperanza de vanagloriarse en sus evocaciones y satisfacer por este medio su orgullo, estos serán frecuentemente engañados; porque los espíritus elevados no pueden equivocarse acerca de sus intenciones, y no tienden la mano más que a aquellos a quienes anima solamente el deseo de ilustrarse y de ilustrar a los demás. Encontrareis ahora la explicación y la clave de todas esas contradicciones entre las comunicaciones obtenidas en diversos países y por diferentes médiums. Pero no os detengáis por eso, contentaos con la seguridad que os damos de que estos obstáculos, para la difusión de la luz, no son más que aparentes y que no está lejano el día en que sea por todos aceptada una sola doctrina, que es la vuestra. En la alta opinión que tenéis formada de vosotros mismos, no creáis juzgar las miras de la Providencia. Trabajad para buscar la verdad entre vosotros,

y dejadnos el cuidado de hacerla conocer por otras partes. Los que individual o colectivamente, reciben enseñanzas contrarias a lo que se os tiene dicho, las reciben así solo, porque para esto existen razones que desconocéis, además de las que en otras ocasiones se os han manifestado.

Perseverad en el camino que habéis emprendido, que para todos no producirá más que el bien y la verdad.

Luís.

Análisis de las comunicaciones

Traducción de T. Cervera

(DE LA MISMA OBRA)

Cualquiera que sea la confianza legítima que os inspiren los espíritus que presiden vuestros trabajos, debemos haceros una advertencia, que no nos cansaríamos de repetiros y que siempre deberíais tenerla presente cuando os entregáis a vuestros estudios, y es pesar y estudiar detenidamente, comprobar con el más severo juicio, todas las comunicaciones que recibís: no olvidar cuando os parezca confusa o dudosa una respuesta, pedir las aclaraciones necesarias para fijaros. Sabéis que la revelación ha existido desde los tiempos más remotos, pero apropiada al grado de civilización de los que la recibieron. Hoy no se os habla ya por figuras ni por palabras; vosotros debéis recibir nuestras enseñanzas de una manera clara y precisa. Pero sería demasiado cómodo, para ilustrarse, no tener otro trabajo que el preguntar; esto sería, además, salirse de las leyes progresivas que presiden el adelantamiento universal.

No os sorprendáis, pues, si para dejaros el mérito de la elección y del trabajo, y también para castigaros de las infracciones que podáis cometer a nuestros consejos, se permite algunas veces a ciertos espíritus ignorantes, más bien que mal intencionados responder en ciertos casos a vuestras preguntas. Esto en vez de induciros al abandono debe ser un poderoso estimulante para buscar la verdad con ardor.

Estad pues, seguros, que siguiendo esta marcha, no podréis menos de obtener felices resultados. Estad unidos de corazón y de intenciones: trabajad, trabajad todos; buscad, buscad siempre y encontrareis.

Luís.

LA CONFIANZA EN DIOS

Médium J. F.

¡Oh! ¡qué dulce es comunicarse con los seres queridos! Sé que estás preocupado y debes alejar esos pensamientos; confía en la bondad de Dios que no abandona a minguno de sus hijos y en los buenos Espíritus que te rodean: nosotros velamos sin cesar por nuestros padres y hermanos, pero es menester que os ayudéis mutuamente a pasar esa encarnación, teniendo más amor a nuestros semejantes y desechando de vosotros el egoísmo, la envidia, el orgullo, los celos y todas las malas pasiones que subyugan al hombre, de este modo os será la triste vida más llevadera gozando en el recuerdo de no haber hecho mal a vuestros hermanos.

¡Si vieras padre querido, que dulce es abandonar ese mundo de expiación y encontrarse con seres queridos que nos esperan para guiarnos por el camino del bien y poder aconsejaros a cada momento la práctica de la virtud! Porque no lo dudes, estamos a vuestro lado a cada momento, a cada hora, y siempre, en fin que pensáis en nosotros estamos a vuestro lado, porque nos atraéis con vuestro pensamiento.

No te puedes figurar, padre mío, el placer que experimentamos en este momento comunicándonos con vosotros, lo deseamos mucho y teníamos pesar porque tardabais a evocarnos.

Padre, te recomiendo mucho a mis hermanos; vela por ellos, que sean buenos, dóciles, humildes y caritativos, que miren con horror todas las malas pasiones y que piensen que hay otra vida mejor para el que obra bien en este mundo.

Adiós Padre, amor a nuestra familia.

Paco e Isabel.

LA MUERTE

Un momento hay en la vida del hombre en que la tristeza y abatimiento de espíritu se apodera de él; momento en la que había de suceder todo lo contrario: porque solo ves en él la separación de un ser para vosotros amado, y creéis que el tétrico fantasma de la muerte os separa de él para siempre. ¡Infelices! ¡No comprendéis la grandeza de Dios, siendo así que está en vuestras manos mejor y que está al descubierto que en otras! ¡No sabéis apreciar el verdadero valor de los supremos instantes en que vuestro hijo, vuestro padre, o vuestro hermano se separan de vosotros! ¿por qué en vez de mirar como dicha lo que al espíritu sucede, lo contempláis con horror y con espanto?

Al separarme de la materia, mi espíritu, creedme, suspiraba y gozaba al mismo tiempo; lloraba y reía a la vez; sufría y veía ese sol resplandeciente de mis sueños en vosotros, vuestro espíritu era presa de la mayor congoja…. y para qué, para más padecer.

Un solo recuerdo en vuestra soledad, una lágrima en silencio que derramen vuestros ojos, un suspiro que derrame vuestro corazón, y un sentimiento de vuestra alma, vale para mí todo más, que la amargura, después de largos llantos, exclamación y ruido: en una palabra, todo lo que sucede en vuestro mísero mundo, cuando un ser de los que vosotros adoráis, pasa a mejor vida.

Paquito.

MISCELÁNEA

Pio IX. —El Papa recibe todos los días a varias comisiones portadoras de (dinero) afectuosas exposiciones, en las que el gremio católico le anima a la lucha tenaz que sostiene con el elemento moderno, pidiéndole al mismo tiempo su *santísima* bendición, con el objeto de recibir envuelta en ella una dosis regular del odio sublime que siente hacia el porvenir. Satisfecho de la oferta (¡oh felices, buenas y cristianas gentes, las que dan, regalan y testan en pro de la casa del Señor!) y con la elocuencia que presta la vista del metal precioso, que han elevado a divinidad los nuevos sacerdotes del becerro de oro, les perora con elocuencia paternal y les profetiza el pronto advenimiento de mejores días y cosechas, en los que la SANTA MADRE, (o madrastra, que en esto no están de acuerdo los historiadores) imperará con todo su esplendor *in secula seculorum*, achicharrando a los herejes e impíos que con un descaro sin igual, ponen en tela de juicio los más caros dogmas de la latría romanista y muy principalmente, el recién nacido, *la infalibilidad*.

Luego que les propina una buena dosis de versículos, en que patentiza la verdad de sus profecías, esperanza realizable *ad Kalendas grecas*, gime, llora, porque se encuentra prisionero *d'ilré galantuomo*. «¡Prisionera la cabeza visible de la iglesia!» gritan los infalibilistas: «¡El catolicismo sin cabeza! ¡Y siendo prisionera queda invisible! ¡Oh Júpiter tonante! ¡Para cuando guardas tus rayos!» No se comprende un prisionero que puede hacer lo que quiera y que guarda para sus necesidades, la caja del dinero de San Pedro, recogido con la liga eclesiástica y en la que quedan pegados los incautos *beatos*, que no tienen ni para ser limosna en su país, y dan sin embargo su dinero para enjugar las intranquilas y amargas

lágrimas que corren desoladas por las arrugadas y veneradas mejillas del atribulado hermano de Monti y Togneti, del anciano víctima de la revolución.

Mucha razón tiene el PADRE SANTO. Según él y los mejores traductores y comentadores del evangelio, Jesús dijo a Pedro: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. Esto es claro si él representa al petrificado Pedro, natural es que no deba moverse y cumpliendo la ley de gravedad, seguir impávido negando el movimiento. Bien es verdad que por cuestiones de policía urbana, están hoy haciéndose reparos en tan ruinoso edificio y no está lejano el día que desaparezca tal *cachivache*.

Pero si el infalible viejo chochea y cree que la iglesia verá mejores tiempos, no pudiendo distinguir y apreciar las disensiones que se suceden en su ejército negro, la preponderancia de la razón en la marcha de los pueblos y el alejamiento que se observa en sus filas de las grandes capacidades políticas y científicas, porque se lo impiden las cataratas de la preocupación y el hábito, el jesuitismo que le rodea y la posición que ocupa, hay por fortuna grandes genios, otros pontífices, elegidos en el cónclave de su ciencia y virtud, que siendo más modestos y no creyendo ser infalibles, que haciendo a la humanidad mayores beneficios que él, y sin retribución alguna por caminar con ella al bien y a la perfección, se levantan a decir que el catolicismo murió, que ha pasado como toda religión positiva al panteón del olvido, que no se espere su resurrección.

Frente a frente del instinto de conservación papal, se ha levantado en el Congreso la autorizada voz del elocuente orador, del recto, justo y modesto filósofo. Salmerón y Alonso, una de nuestras glorias nacionales. Decía este eminente hombre público combatiendo el mensaje que; el catolicismo había muerto en el siglo XVII, no siendo hoy nada más que un cadáver galvanizado, que pide una honrosa sepultura.

Si tan esclarecidos varones como Salmerón, Pi, Castelar, etc, etc. han hecho ya la oración fúnebre del catolicismo, abrámosle la fosa y no hagamos caso del epiléptico, octogenario que habita el suntuoso Vaticano. El Cisma será la herencia y la devolución su heredero.

ALICANTE.—1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía.
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Año I. Alicante 5 de Noviembre de 1872. Num.21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL MUNDO INVISIBLE

I

Resueltos desde un principio a hacer partícipes a todas las inteligencias, del insignificante átomo de luz que poseemos y habiendo prometido dar a conocer a nuestros lectores, todas las primordiales bases de la verdadera doctrina redentora, nos hemos propuesto publicar desde hoy, una serie de artículos que, aunque muy sucintamente, ventilen con sencillez y claridad los puntos más importantes de nuestra escuela.

Al efecto, empezaremos demostrando, en el presente la existencia del mundo espiritual, y en lo sucesivo daremos a conocer las leyes que le rigen, sus relaciones con el corporal, y el medio de comunicación entre los seres de ambos.

E1 mundo invisible o de los espíritus, es como si dijéramos, el cimiento sobre el que se eleva y sostiene el sólido, grandioso indestructible edificio espiritista; por eso todas o la mayor parte de las escuelas teológicas o dogmáticas se afanan por destruirle; intentando presentar argumentos que patenticen y demuestren su no existencia; pero como siempre estos argumentos son nacidos del necio orgullo o del amor propio ofendido y nunca de un sano y concienzudo estudio; he ahí por qué todos sus esfuerzos son inútiles, viéndose, las más de las veces, arrastrados por el torbellino de las pasiones y envueltos por una marejada de ideas que, ofuscándoles por completo, les hace tarde o temprano, emplear armas tan ruines que

avergüenzan a todo hombre de recto juicio y de sano criterio. Así cometen grandes e imparables torpezas, no logrando otra cosa, sino ayudar, a hacer más difícil la propagación de lo que intentan destruir, siendo la causa principal de su verdadera victoria y no pudiendo llegar a vanagloriarse ni aun de remover un solo átomo del granítico conjunto de que se compone.

El mundo invisible es tan antiguo como la creación; pero merced a los hábitos, fanáticos y supersticiosos, infundidos en la mente humana por los que aprovechándose de su atraso intelectual han dominado el orbe entero, han hecho que se desconozca su existencia por completo. En las manifestaciones que vienen sucediéndose, sin interrupción, desde la más remota antigüedad, siempre se ha conservado un gran interés en achacarlas todas al pícaro demonio o a las astutas brujas y duendes, reservándose el clero, por supuesto, en cualquiera ocasión, el derecho de sacar el mejor fruto posible de ellas, después de lograda la sana intención de mantener al ser humano envuelto en el caos de lo sobrenatural y misterioso, tapadso los ojos con la venda del fanatismo y de la más crasa y repugnante ignorancia.

El mundo invisible contiene en sí, todos los seres inteligentes de la creación que están exentos de todo lazo material.

Estos seres inteligentes, son las almas de los que, habiendo vivido en la tierra, abandonaron su envoltura corporal. Por lo tanto, cuando estas quedan libres por completo de las ligaduras que las tenia sujetas al cuerpo humano, van al espacio para merecer el premio de sus buenas obras o el castigo de esas ruindades; y ellas son, pues, las que constituyen el mundo de los espíritus.

Hay quien cree que se hallan localizadas en un punto del espacio; tal creencia, es un absurdo. Las almas o espíritus, no tienen localización de ninguna especie, ni ocupan ningún punto ni región determinada; pueblan el universo entero, fuera del mundo corporal.

Donde quiera que nos encontremos, ya sea en el sitio más concurrido como en el más desierto, jamás nos hallamos exentos de su mirada y libres de su compañía.

Los tenemos incesantemente a nuestro lado, intervienen en todos nuestros actos, escudriñan hasta el punto más insignificante de nuestros secretos, por recónditos que estos sean, y cuando cometemos una mala acción pensando encontrarnos solos, nos engañamos miserablemente, pues estamos vigilados por espías secretos e invisibles, mucho más malos, que cuantos seres humanos pudiesen ser testigos de lo que en nuestra ignorancia y malos hábitos estamos llevando a cabo.

Además, obran siempre y en todas ocasiones sobre nosotros, sin que nos apercibamos de ello; nos aconsejan la práctica del bien los unos y nos

incitan a hacer el mal los otros; porque todos no son mas, que los instrumentos de que Dios se sirve, para que se cumplan sus leyes providenciales.

El mundo invisible ha existido, existe y existirá, porque así lo dice la razón y la justicia divina lo prueba.

Creer lo contrario, es retroceder a los tiempos de la más espantosa barbarie o en los que cada Papa era adorado como un Dios y cada fraile venerado como un santo; y al que esto no creía, porque su conciencia lo rechazaba, el *Santo oficio* se encargaba de castigar su HEREJÍA.

Mas aquellos tiempos ya pasaron al archivo del olvido, para no volver jamás y por lo tanto, les dejáremos arrinconados en su solitaria tumba, seguros de que harto tienen con el peso de sus crímenes. Dejemos en paz el ayer de la duda, fijémonos en el hoy de la esperanza y esperemos el mañana de la realidad. Todos los plazos tienen su fin, todas las iniquidades su término y todos los siglos su misión. Si el ayer tuvo por objeto desviar a la humanidad del derrotero marcado por la providencia, el hoy tiene la misión de aproximarlo y el mañana, la ineludible obligación de conducirla al verdadero puerto de refugio....

Por eso, hoy que, gracias al resplandeciente sol de la libertad, puede el espíritu humano remontarse a los espacios infinitos e investigar lo hasta ayer desconocido; hoy que el progreso ha pulverizado las cortapisas y obstáculos que se oponían a la realización de todo adelantamiento moral e intelectual; hoy que el hombre, dueño por completo de su libre albedrio, puede discutir públicamente hasta los arcanos mas insondables y arrojarlos como fructífera semilla sobre la mente del pueblo; hoy que el trabajo de la tribuna lo copia la prensa y el libro, el folleto y el periódico recorren con pasmosa prontitud el universo entero volando el pensamiento de uno a otro confín, con la velocidad del rayo; hoy se levanta por encima de las dudas y vacilaciones y *de los misterios augustos*, la regeneradora doctrina del Espiritismo, demostrándole al hombre, que hay un mundo colosal, inmenso, en el cual nos encontramos envueltos y en el que incesantemente vivimos y habitamos.

Para demostrarlo toma su punto de vista de la existencia del *yo*, individual y completamente independiente, una vez separado de las ligaduras corporales.

Admitida la existencia del alma y su supervivencia al cuerpo, preciso será admitir, de todo punto, que es de una naturaleza diferente a este, puesto que libre de los lazos que a él la tenían sujeta, pierde enteramente todas y cada una de las propiedades que constituían su ser mientras permanecía encarnada; y finalmente, será necesario concederle el que goza de la completa conciencia de sí misma; desde el momento, que siente

alegría o sufrimiento, cualidades que es imposible negarla, porque si de ellas careciera, demostraría que se encontraba en estado de marasmo, insensibilidad e inercia y siendo inerte, lo misino se nos daría tenerla que estar despojados de ella.

Sentado esto; creemos que, siendo el verdadero motor del cuerpo humano, gozando de la conciencia de sí misma, obrando como una especie de timón que dirige la nave corporal y teniendo completa individualidad, ella será la verdadera responsable de nuestras faltas durante nuestra evolución terrena.

Siendo la responsable, ha de merecer premio o castigo.

Mereciendo una de estas dos cosas, ha de haber un penitenciario.

Y ahora bien: ¿dónde está el tribunal? ¿Qué título tiene? ¿Quién es el juez?

Aseguran muchas escuelas que el penal es uno de estos sitios o lugares: *Infierno, Purgatorio, Limbo* y *Gloria* y que el juez es Dios, mas el lugar donde se hallan, aun no han podido descubrirlo.

Nos extenderíamos en consideraciones sobre estas tres preguntas; pero como el tema está ya suficientemente discutido en nuestros anteriores números, creemos oportuno dejarlo en el estado que se halla y mientras algún teólogo romano lo descubre a merced al poder de algún misterio augusto, seguiremos el hilo interrumpido de nuestras consideraciones ateniéndonos para ello e1 criterio de muestra escuela.

Nuestras creencia es, que el alma o espíritu separado del cuerpo va inmediatamente al espacio, en el cual encuentra el premio o castigo de sus buenas o malas obras; ora sufriendo en estado errante un período de tiempo más o menos largo y volviendo a encarnar en otro cuerpo, en el que sufre las adversidades que hizo sufrir a sus semejantes, ora quedando estacionado si nada mereció o bien pasando a un mundo mejor, para progresar, si sus virtudes lo han merecido, pero en ningún caso retrocediendo.

Y si las almas de los que mueren van al espacio ¿qué más mundo espiritual queréis que la inmensidad que se pierde de vista, la cual si en un momento dado se hiciera visible veríamos un mundo infinitamente mayor que el que nosotros habitamos?

¿Podéis negar su existencia, porque nuestros ojos no le ven, cuando no podemos distinguir el término medio de lo que entre nosotros existe?

Negarlo sin pruebas para ello, no es probar nada, es más bien caer en una ridiculez espantosa. Negarlo, porque no se haya estudiado la cuestión, es colocarse en mal terreno y autorizar de que le digan a cualquiera, que no hable de lo que no entiende y negarlo porque no se conoce, no es causa

suficiente; porque un niño cree que existe el vapor y la electricidad, y sin embargo, ni conoce el mecanismo a que obedece el primero ni las leyes a que está sujeta la segunda.

Habrá muchos que combatan nuestra filosofía, pero nunca se separarán de uno de los tres puntos anteriores y en ese caso, nosotros, que no pretendemos ser sabios, ni nos proponemos ganar terreno en cuestiones de ningún género, cuando veamos que dirigen ataques sin fundamento a nuestras fortalezas y que la falta de raciocinio dirige las acciones de nuestro enemigo o el empeño de *hacer querer*, después de compadecernos de él, contestaremos con estas palabras de nuestro maestro:

«*Escudriñad las escrituras.*»

Muchos habrán, repetimos, que impugnarán nuestra doctrina y se titularán cristianos; más ¿qué importa? ¿No han sido rechazados, y denominados locos todos, absolutamente todos, los grandes genios a los cuales se debe la mayor parte de los conocimientos del mundo? ¿No fue sacrificado el Redentor por propagar la moral evangélica? Pues bien, aunque nuestros adversarios se opongan, el mundo invisible existirá contra su gusto y sus protestas.

Nuestro cuerpo muere, más nuestro espíritu va al espacio a formar parte del mundo invisible.

G. M.

LA IDEA DE DIOS

«Nunca está uno más estrecho que cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca se ve uno más a sus anchas, que cuando sale de esta prisión para penetrar en la inmensidad de Dios.»

FÉNELON.

Hoy que el vértigo revolucionario ha penetrado profundamente la sociedad española y en todas las esferas cunde la perturbación y la duda; hoy que, por efecto de las defecciones políticas ha invadido el escepticismo el campo de la conciencia; hoy que el materialismo es la lógica consecuencia de la sempiterna declamación de los que han dado en llamarse *libre-pensadores* negando una causa cuyo efecto tocamos; hoy, en

fin, que se anuncia el ateísmo con el pomposo título de *ciencia natural*, vamos a dedicar algunos momentos a eso que se llama *pacto del alma*, entre los que se tienen por algo más que los irracionales.

Muchos creen, y en esto se equivocan, que en las ideas políticas avanzadas, no cabe la idea de Dios, cuando las ciencias modernas sólo son incompatibles con el fanatismo, que es la obcecación de los sentidos, el fantasma que cohíbe la marcha del pensamiento.

No pretendemos imponer a nadie nuestra creencia bajo el criterio utilitario de religión alguna; vamos solamente a combatir ese materialismo repugnante que ha empezado a corroer el corazón de nuestra ya enferma sociedad, porque a nuestro juicio, Dios es algo más que una utopía, y nos explicamos perfectamente la existencia de ese SER SUPREMO, en todos los casos de la vida.

El hombre, tal como lo presentan las teorías ateístas, es un ser definido cuyos hechos son concretos y determinados, como los del caballo u otro animal cualquiera, que se sabe para lo que nacen y lo que han de hacer durante su vida.

Esto ni siquiera merece los honores de la refutación; sin embargo, apuntaremos algunas, aunque breves consideraciones que nos sugiere tamaño absurdo.

¿Quién es capaz de penetrar el destino del hombre, de adivinar sus tendencias ni de sondear su pensamiento? ¿Quién ve su sendero de mañana, cuando ni el mismo sabe por dónde camina hoy? Una fuerza sobrenatural, un móvil desconocido le impulsa en el sendero de la vida. Esa fuerza; ese móvil misterioso que desconoce; el nombre dentro de su ser, es la causa hacedora, la providencia, Dios; en una palabra, que está encerrado en el corazón humano, alumbrando la imaginación con el rayo divino de su grandeza.

El hombre continúa la obra de Dios, perfeccionando el mundo, porque Dios mismo le inspira, le guía, le conduce por el desierto de la vida a los grandes hechos, a las colosales empresas; empresas y hechos que no pueden realizar los irracionales, en quienes algunos *filósofos* pretenden encontrar su misma esencia, su mismo destino, su misma misión sobre la tierra.

¡La conciencia! ese juez inexorable del hombre ¿será acaso un antojo de esa *naturaleza* de los ateos, concedido también a los brutos como castigo de sus faltas? ¿Sostienen los ateos que los animales tienen conciencia?

La conciencia es un destello de Dios, que ha penetrado en el espíritu del hombre.

El hombre es espíritu de Dios; por eso es el único ser privilegiado de la tierra.

La conciencia sólo se rebela contra el mal: jamás nos atormenta por un paso dado en el sendero del bien, y esto prueba la existencia de ese SER SUPERIOR que viene con nosotros para guiar nuestros inciertos pasos por el escabroso sendero de la vida.

Los que os envanecéis con el título de ateos, quitad al hombre la conciencia, apagad la llama de su pensamiento, extinguid el soplo de su espíritu divino, oscureced la aureola del genio que brilla en su frente y habréis conseguido vuestro ideal; el hombre será una fiera: venid luego a crear una sociedad *modelo*, basada en el orden y cimentada en la moralidad, con el resultado de vuestras sofísticas y repugnantes teorías. El mar, la tierra, el cielo, ¿qué son? ¿a qué obedecen? Preguntas son éstas a las que contestan *cándidamente* los ateos: «El resultado del acaso.» ¿Él acaso también los guía?

¡Peregrina, *casualidad* a la que obedecen todas las causas y cosas creadas!

¡*Casualidad oportuna y previsora* que fecundiza los campos, alimentando nuestros cuerpos, ya con el benéfico rocío de su lluvia, ya con los esplendorosos rayos de su sol!...

¡*Sorprendente máquina* que no necesita de *ingeniero* en su acertada y complicada, marcha!

¡Casualidad! *Filosofía* soberbia y raquítica, ¿hasta dónde pretendes elevarte?

La vanidad del hombre cabalgando en las impalpables alas de una soñada ciencia, ha pretendido remontarse a las desconocidas regiones del espíritu, sobreponerse a ese espíritu mismo, y lo que es más, negar su existencia, clave poderosa del gran principio humano.

Parece como que las revoluciones tienen una necesidad fatídica de borrar la idea de Dios del corazón del pueblo; el *deber* de matar su fe y sus ilusiones endureciendo su alma, para hacerle fijar toda su atención en los negocios políticos y este es un absurdo.

Las revoluciones en sus altos y salvadores fines no pueden lógicamente cohibir la libre manifestación de la conciencia; las revoluciones no deben descender al terreno de las exageraciones, en ningún sentido, mucho menos tratándose de ideas puramente espirituales que en nada se relacionan, directamente, con la política.

Conveniente es que los revolucionarios rompan las trabas del error difundiendo la verdad; que hagan brillar la luz de su inteligencia en las

oscuras regiones del fanatismo; que tracen a las religiones su camino verdadero para que estas no puedan interceptar la marcha del Estado que debe girar en una esfera distinta; pero no es lícito que estos revolucionarios pretendan invadir el templo de la conciencia, rasgando con el arpón de la duda el rosado velo de la fe.

La Revolución francesa de 1789 a 1793 negó por boca de muchos de sus tribunos la existencia de Dios. El pueblo francés, realizando por aquella propaganda la aspiración del incrédulo Voltaire, en su inmensa mayoría se hizo ateo; derribó sus altares y allanó sus templos, convirtiendo el púlpito de sacerdote en tribuna revolucionaria. Y bien, ¿cuál fue el resultado de estos excesos? Que la Francia materialista, sin dar en la nota de sus necesidades morales, viniera a caer nuevamente en el fanatismo religioso; que la idea de Dios tan desvirtuada por los oradores del pueblo, se infiltrara de nuevo en el corazón de la sociedad que espantada de su obra, devoraba afanosa y anhelante *El Genio del Cristianismo*, poema *especulativo* que inmortalizó a su autor, el con este motivo célebre Chateaubriand.

Siempre que las grandes corrientes revolucionarias se han desbordado rebasando sus naturales límites, ya en el campo de la política, y en el de la religión, a las exageraciones ha sucedido una reacción poderosa; encauzándose estrechamente el revuelto raudal de la opinión pública.

Esto prueba palmariamente que el progreso tiene sus pasos contados en la vida de los pueblos, y que, al precipitar su carrera, semejante al corcel a quien su dueño aguijonea demasiado, revienta antes de llegar al punto apetecido, dejando al viajero a pié en medio del desierto; e imposibilitado de seguir su ruta, pierde todo el tiempo que había pretendido ganar.

El hombre abraza su corazón con el fuego de las teorías ateístas, mata sus ilusiones, marchita las flores de su alma y se echa, por último en brazos de la desesperación desconfiando de todo; pero este escepticismo es momentáneo, fugaz como el relámpago; el hecho más insignificante de su vida viene a disipar la niebla caliginosa de sus audaz fortaleciendo su fe; porque Dios se muestra a todas horas y en todas partes, aun a los ojos de los que por vanidad o necio orgullo no quieren verle.

En el rugido de la tempestad, como en el apacible murmullo de la brisa, se ve y se oye la sublime *Causa* hacedora, siempre grande, siempre superior, elevarse sobre nuestras cabezas ya aterrando nuestra alma con su furia poderosa, ya halagado nuestros sentidos con su magia arrobadora.

En el ser caritativo que no se abre sus brazos extirpando nuestras desgracias, hay una inspiración de Dios; en la ternura; del abrazo de nuestra madre hay un destello divino; en el néctar del beso de nuestra esposa hay una sublimidad que se eleva muy encima de nuestras miserias.

En todas partes a donde el hombre dirige su mirada o su pensamiento, no puede menos de inclinar la frente ante la suprema grandeza de Dios que todo lo llena.

Inútil será que los materialistas pretendan desterrar del corazón del hombre esa dulce creencia, bálsamo consolador en los trances amargos de la vida. La idea de Dios vivirá tanto como Dios mismo.

Y no pretendemos que el pueblo siga inspirándose como hasta aquí en las teorías de curas explotadores ni de monjas *milagreras*; los satélites que giran en torno del tenue faro de Roma, son los primeros enemigos de la doctrina de Jesucristo. Deseamos que las muchedumbres, apartándose por completa del fanatismo peligroso de *los comerciantes de la ley de Dios*, guarden pura en su corazón la doctrina del Evangelio, que es la doctrina democrática, y eleven su sentimiento de dignidad purificando sus dolores en los crisoles de la virtud.

Toda sociedad constituida necesita de una moral que presida sus costumbres.

La moral de las religiones *positivas* tiene algo de perniciosa, porque toda religión es fanática en mayor o en menor escala.

La moral universal basada en la libertad, en la razón y en el deber nos lleva a la idea de Humanidad, a la *religión del amor*, desde cuyo templo puede presentirse la existencia de un Dios más grande que todas las grandezas humanas, elevándose sobre los errores de todas las religiones positivas.

Veamos a Dios a través de nuestra conciencia, y Dios se mostrará siempre a los ojos de sus criaturas.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

En este centro, se ha comprendido ya perfectamente la misión regeneradora del Espiritismo y el ineludible deber que se tiene de mejorarse de día en día en las dos fases o movimientos del espíritu hacia la perfección, en las dos claras y concretas manifestaciones del *yo*, en la moral y en la intelectual; base en las que descansan el bien a que aspira el hombre y sin las cuales le es imposible conseguirlo.

Así, pues en la reunión habida el domingo 27 del pasado Octubre, se trató de la instrucción en general y de la división del trabajo, acordándose el orden siguiente:

Lunes.—Lectura y explicación de la filosofía espiritista.

Martes.—Discusión de las comunicaciones y desarrollo de médiums.

Miércoles.— Lecciones generales de antropología.

Jueves.—Lectura y explicación de la filosofía espiritista.

Viernes.—Lecciones generales de ciencias naturales.

Sábado.—Sesión práctica. Comunicación con el mundo invisible.

Domingo.—Lectura general y

Todos los días de siete a ocho de la noche.—Instrucción primaria.

He aquí, pues ordenado un pensamiento tan práctico y tan provechoso, si los adeptos desean la instrucción y el mejoramiento, que es casi imposible, no saque de él óptimos frutos aquel que sea asiduo juicioso y amante de la atención y de la meditación. Sí; todo el que haya desterrado ya la afición a lo maravilloso por lo que en sí tiene de nuevo y sorprendente, por lo que encierra de espectáculo y pasatiempo; todo aquel que prefiera *conocer* metódicamente los fenómenos que hieren su vista—miope por la falta de conocimiento en las ciencias y por falta también del instinto escrutador —y el que quiera analizarlos para darse la razón de los hechos, por el conocimiento de las leyes que los rigen; todos aquellos, en fin, que se afanen por el acrecentamiento del bien y deseen encontrar las causas de los efectos que pululan a su alrededor, serán los primeros en acudir a inscribirse en la cátedra de instrucción primaria, si no conocen los primeros rudimentos, o serán constantes asistentes a las lecciones generales, si tienen ya más instrucción, porque así podrán adquirir un raudal de ideas nuevas que, aunque otra cosa buena no produzcan, servirán para abrirles el apetito,—passez moi la mot.—e incitarles a probar el rico manjar, llamado *ciencia.*

Pero seríamos pesimistas, si creyéramos que tan solo se hubiese de obtener de las lecciones generales la sed de saber; no, también se adquirirán nociones generales que ayuden muchísimo a comprender las grandes verdades de que es el hombre dueño y de las que no saca el suficiente usufructo, porque no las conoce bastante, parque solo las cree.

Corregir al que yerra y enseñar al que no sabe, son dos bellas máximas que nos dan el molde en el cual hemos de vaciar nuestro pensamiento, para elaborar las ideas y reconstruir el viejo edificio de nuestras costumbres. Al que comete un yerro, una falta, no solo se le debe

corregir, sino que tiene derecho a la corrección. El que tal no hace, aquel que por miramientos indignos entre hombres que se deben a ellos mismos, deja pasar sin corrección una digresión; cualquiera falta a la ley natural, roba a su hermano un consejo que podría mejorarle y que es mucho mejor cuando el cuerpo del delito, cuando el tiempo en el que se cometió la falta esta cerca, está próximo a la corrección, a la enseñanza.

La única recompensa que desean los que se han encargado de cumplir esta ardua tarea, que traducen en un deber y que con tanto gesto lo quieren practicar, es encontrarse cada vez con más auditorio, ser atraídos por mayor número de oyentes, que les obligarán a estudiar y explicar de mejor gana, estimulados por tanto ser que les reclama con avidez el alimento intelectual. Mas, que desengaño sería ver disminuido el número y llegar a suspender estas explicaciones, por no acudir los que padecen pobreza de conocimientos, los que hambre y sed de ciencia! ¿Y por qué? ¡porque están distraídos con los cuidados del siglo, que decía Jesucristo; porque mitigan esta necesidad embruteciendo su espíritu en goces materiales rebajando su misión! ¡No creemos que a tal llegará! Sería el colmo de la dejadez del marasmo y del vicio. Hoy se muestran algo amigos del trabajo, multiplíquese y veamos si dentro de poco conseguimos cumplir como buenos, pagando con la única moneda que desean los que dirigen la sociedad, esto es, con la continua asistencia a las sesiones, que nos han de transformar, que nos han de convertir en *hombres*, si deseamos serlo.

Para sacar jugo hay que exprimir, el esgrimir es trabajo. La filosofía espírita, bien dicha para exprimir tan colosal cuerpo, es algo que ejerce incalculables bienes, saber, amor, resignación, valor, etc. se necesita trabajó, trabajo y trabajo. Grande es el espacio que ocupa, tan grande, que es infinito. Habrá, pues, que estudiar para ir apoderándose de pequeñas astillas. Solo el estudio de la ciencia nos abrirá paso para comprenderla. Cuanto más se añada, más se tendrá.

El hombre que quiera ser hombre, que siga, que no se estacione un momento.

El hombre que no lo quiera ser, que se pare, que se siente, que duerma.

Ya maldecirá su inercia y sin abandono, su torpe y antinatural molicie.

La naturaleza es una y en todo hay movimiento; acción, vida y trabajo, ¡esta es la ley!

Obremos pues, animémonos; el trabajo es duro; penoso, árido para los que tienen grandes afecciones, para los que la pasión ha convertido en esclavos del vicio o de la ignorancia; pero, «cuán grande no será la victoria,

si podemos reprimir los impulsos de las desdichadas costumbres adquiridas en la vida libre, si podemos dominar, tan solo dominar, primero nuestros indignos hábitos y luego paulatina, pero continuamente vamos destrozando, desgajando con el hacha de la virtud los retoños, las raíces, que tenga en nuestro ser el mal, esa planta parásita que absorbe los jugos del cuerpo y la vida del alma, ese miasma que propaga por todas nuestras acciones el virus del descaro y del libertinaje y se sirve después de nosotros, para propagarlo y reinar en la tierra, convirtiéndola en un lazareto sucio, ¡completamente sucio! No hay que negarlo; muchos, muchísimos hombres son buques que llevan la patente muy sucia y no es posible que se purifiquen con palabras; urge, sino quieren morir y no infestar a los demás, que descarguen el cargo, es decir, que confiesen en si sus pecados, que hagan un acto de contrición, que se propongan no volver a reincidir, que se purifiquen con el estudio, desinfectándose con la práctica de la virtud. Sin esto, es natural que den gato por liebre, que diga su boca lo que su corazón no siente y que sea el modelo acabado, de los sepulcros blanqueados por fuera y por dentro llenos de podredumbre.

Antigua es la máxima de que la ignorancia es la fuente de todos los vicios. Aprovechémonos de los medios de instrucción que se nos pone al alcance de nuestra inteligencia: reaccione la voluntad en nosotros; opérese el cambio anhelado que es la vida, el movimiento y el trabajo; sacudamos de nosotros la fría inercia y la venenosa pereza y de seguro, que dentro de poco, agradeceremos mucho el bien que habremos recibido de lo que nos guarda la ciencia. Virtud e inteligencia; nunca se repetirá bastante: pareceremos a muchos casi monomaniacos; sin embargo, nada más lejos de la verdad, puesto que la inteligencia y la virtud curan perfectamente millones de manías que aceptan y propagan los hombres a cada minuto y en cada instante de su vida, de su relación y de su aislamiento.

Invitamos a todos los que carecen, a que cumplan con su deber, a que acudan y reciban lo que les hace suma falta; y a los que tienen, les rogamos que acudan también a dar en proporción de su capital intelectual, lo que haga falta a los que no tengan. Unos tienen derecho de escuchar; otros deber de decir. Cumplamos todos y escuchemos lo que debemos saber, que sino acudimos resultáremos nosotros primeramente perjudicados.

Pedid y se os dará; llamad y seos abrirá; buscad y encontrareis. Que el que busca, encuentra; al que llama, le responden, y al que pide, le dan.

ANTONIO DEL ESPINO.

VARIEDADES

LA MARCHA DE DIOS

EN LOS ESPACIOS INFINITOS

¿Dónde estoy? ¿qué blando vuelo
Me arrebata? ¿soy el mismo?
Desde la cumbre al abismo
Todo cuanto miro, es cielo.
¿Qué es esto? Truéquese el velo
Celeste en color de rosa
Como el alba fulgurosa:
Dulce rumor lejos suena,
Y el ancho espacio se llena
De fragancia misteriosa.

Mil y mil globos dorados
De los horizontes saltan,
Y sus cortinas esmaltan
Cual diamantes nacarados.
Calman los vuelos airados
Con armonioso rumor
Esos carros de fulgor,
Mientras el céfiro blando
Pasa veloz pregonando:
—«¡Gloria al Supremo Hacedor!»

Rásgase el velo esplendente
De los remotos confines,
Y oleadas de serafines
Se muestran en mar creciente;
Gimen sus alas; ardiente
Fuego de sus ojos lanzan;
Incendian el aire; avanzan
En la región infinita,
Y pronto es gloria bendita
Cuanto los ojos alcanzan!

¿Y Dios?... Espléndida nube,
Oculta un fúlgido carro;
Soles de aspecto bizarro

Son las ruedas en que sube;
En cada extremo, un querube
Va vertiendo en el extenso
Camino flores e incienso,
Mientras cien mil arpas de oro
Alzan un himno sonoro
Que atruena el ámbito inmenso!

….Y allí va Dios!....... Su sagrado.
Semblante lanza torrentes
De tan viva luz y ardientes,
Que está todo amortiguado;
El querubín deslumbrado
Guarda la faz rubicunda
Del resplandor que le inunda,
Y la asombrada Creación
Piensa que a la confusión
Torna, de noche profunda.

Y avanza el cortejo Santo!
Los astros vibran fulgores,
Y se abren como las flores
Al presenciar tal encanto.
Lejos los mundos en tanto
Su marcha indómita mudan
Y se inclinan y saludan,
Y a la sombra del Eterno
Las cavernas del infierno
Mugen…. y oscilan….y dudan!

Más ¡oh brillante visión!
Vedla! flota en los espacios….
Son los fúlgidos palacios
De la celestial Sion;
Sus mil pirámides son,
Torres de perlas brillantes,
Arcos de soles flotantes
Retiemblan deslumbradores
Y ante el Señor de señores
Abren sus puertas sonantes.—

¡Gloria al que es tres veces Santo!
¡Gloria al increado! ¡Gloria!
Al Anciano de la historia
Y al Autor de siglo tanto.
Levanten férvido canto

Los átomos y los mundos
Y los espacios fecundos,
Y el acento universal,
Vaya a zumbar colosal
En los abismos profundos!

Alma, consagra tu acento
También a Dios; canta pía
Canta también, alma mía
De su grandeza el portento
Y cuando venga el momento
De su soplo destructor,
Y la Creación con horror
Torne al espantable caos,
Alma, vuela entre los vahos
Cantando:—¡Gloria al Señor!

SALVADOR SELLÉS.

(El Criterio Espiritista)

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

CENTRO ESPIRITISTA GADITANO

Médium Srta. Josefa de Castro y Docio

Noviembre 1º *de* 1872.

LOS DIFUNTOS

Hermanos: la memoria de los que existen hoy en la materia, es el recuerdo mejor para aquellos que desaparecieron de vuestra vista.

¡Siempre recordáis con dolor a los que pasaron!... Es un error: vuestro dolor los aflige, pues comprenden que no podéis conformaros con su desaparición.

En este día que llamáis de *la conmemoración de los difuntos*, no os debéis entristecer, al contrario, deberías celebrarlo con alegría haciendo obras de caridad.

¿Qué vais a buscar visitando los sepulcros donde nada hay, ni nada existe?

¿Acaso tenéis necesidad de recurrir a estos lugares, para expresar mejor vuestros sentimientos?

No: os engañáis, si así lo creeréis.... En vuestro corazón tenéis siempre el sentimiento, y porque os aproximéis a los Sepulcros, en un día dado, no os hace ni más ni menos sensibles.

¿Qué encontráis allí, para que vuestra presencia le pueda proporcionar algún beneficio al que lloráis?

Me diréis que es un lugar dónde fue colocado su cadáver.

Sin embargo, nada existe, hermanos; ese lugar que él ocupó, está nuevamente habitado, porque la ley se ha cumplido; la materia se descompone y vuelve a dar vida a otros seres que ni aun tienen conocimiento de su existencia.

Nada os dice que pueda estar en aquel sitio al que habéis amado.

¿Dónde encontrarlo?

Elevad vuestras miradas al infinito y entonces os regocijaréis conociendo que es feliz todo aquel que ha pasado delante de vosotros; que no os pide llanto ni tristeza, que quiere atraeros hacia sí y que por medio de esta íntima unión aprendáis vosotros y conservéis una memoria grata de sus virtudes y un gran aborrecimiento al vicio y a la inacción.

Buscad al que amáis y lo hallareis siempre junto a vosotros, os acompaña y observa vuestras acciones, porque él no ha muerto, vive siempre.

Las luces que tanto prodiga la iglesia de Roma en este día; de nada sirven para alivio de las almas; tened entendido que mucho más efecto hace la caridad hecha a un desgraciado por el recuerdo de vuestros hermanos, que todas las luces, que por ignorancia y fanatismo, hay la costumbre de encender en este día.

El alma goza por el bien, y se felicita de que lo hagáis por los desgraciados.

Orad a Dios por lo que sufran y orad, con fervor, oyendo el eco sonoro de los seres que pueblan los mundos y que os acompañan en vuestras súplicas y que se regocijan en vuestra memoria.

¡Almas que habitáis los mundos infinitos! escuchad el clamor de vuestros hermanos, de vuestros amigos y uníos a ellos, para que en un día sean felices como lo sois vosotros, diciéndoles: no lloréis, alegraos en Dios, porque pasamos de la vida de sufrimiento, a la vida de paz y de felicidad.

Gardoquí.

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

E. Médium de inspiración

19 *de Octubre* 1872.

UN ESPÍRITU EN SUFRIMIENTO

Aquí estoy. Padezco mucho, continuamente me veo perseguido por una hermosa joven a quien deshonré villanamente en la tierra y la que de vergüenza y pesadumbre murió abandonada… triste.... y sin tener un pedazo de pan que llevar a su boca, sin que caritativa mano enjugara sus lágrimas, que corrían libres en aquel rostro escuálido por el hambre y el infortunio.

¡No puedo apartarme de ella, me persigue a todos lados! Huyo siempre, errante por el espacio, apartándome de esta víctima que me está, eternamente mirando con sus ojos lastimeros. ¡Tiene lástima de mí! ¡Por mi pide a Dios todopoderoso y yo no puedo resistir su tranquila y compasiva mirada! Me hace daño, me exaspera y al recordar el martirio que la hice sufrir, un mar de tinieblas aparece a mi vista y en él me abismo, aterrorizado de mi espectro; pero no, allí me busca; allí me aparece de nuevo, más radiante si cabe, más humilde, más compasivo! ¡Horror, horror!... no puedo resistir más.... quiero huir... quiero librarme de este verdugo moral.... su presencia; me atosiga... y el espacio interplanetario: es poco para mí; es más estrecho que lóbrega cárcel, que hediondo calabozo….!

¡Mi padecimiento es muy cruel! ¡Todos los espíritus de mi grado me llaman cobarde...! asesino… ¡lujurioso…! ¡falsario...! Se mofan de mí, me asustan… y solo ella, la... es la única que me tiende sus manos, para sacarme de aquí! ¡Esto es horrible… no puedo tocarla! ¡Cómo asirme de ella, si la maté! ¡Cómo mirarla, si solo posé mi avista en ella, para ultrajarla... para arrojarla al lodazal inmundo del vicio; deshonrándola y haciéndola perder en el mundo la respetable consideración que se merecía!

¡Por Dios! ¡No hay quién me saque de aquí! ¡No hay un espíritu que se apiade de mi dolor! ¡Soy un criminal, un bruto lujurioso que abusé de mi fuerza, de mi maligna belleza! ¡Lo sé, me arrepiento de ello! Sé que no debí emplear mi astucia en vencer la casta entereza de una virginal mujer; cándida como la paloma, sino dedicaría a cortar los inicuos abusos que se vienen, sucediendo en la tierra.

¡Tarde, muy tarde lo sé, pero Dios mío! ¡qué expiación estoy sufriendo! ¡qué terrible pago me espera! ¡Esperanza... esperanza socórreme! Fe... fe, quiero tenerte, pero soy tan malo, tan ruin, tan villano...!

No puedo mas... ¡tened compasión de mí! Orad, orad mucho, por este desgraciado ser que empleó sus facultades en manchar una blanca azucena y arrojarla al muladar.

¡Orad por un arrepentido que desea termine su sufrimiento moral y quiere regenerarse por la prueba en la reencarnación! ¡Ella....! Adiós.... Adiós....!

Médium J. Pérez.

EL TRABAJO ES LEY DE VIDA

El bien no se consigue sino a fuerza de sufrimiento, y el sufrimiento no es otra cosa, que el trabajo y la elaboración, el esfuerzo y la lucha del espíritu cuando se pone frente a frente con la adversidad; de manera que, si no hay lucha no puede haber perfección, lo mismo que no puede haber inteligencia en donde no hay amor al estudio y perseverancia en aprender. Es preciso que todos hagamos un esfuerzo para salir de esa especie de estacionamiento en que nos hallamos sumidos, porque lo cierto es que no adelantamos nada, ni contraemos ningún mérito, ni por la moral, ni por la inteligencia.

Si nosotros somos los destinados a levantar el edificio de regeneración, templo de nuestras esperanzas y oráculo de amor y de sabiduría de nuestra próxima posteridad, sino trabajamos nada por adquirir algo que *tenga que agradecernos* ¿para qué nuestra vida? ¿Qué objeto tendría nuestra existencia en esta encarnación? Sería un tiempo perdido y cada minuto que se pierde en una encarnación, es un momento precioso que pasará después amargamente sobre nuestra conciencia.

Trabajemos. Sea esta nuestra aspiración constante, para que al menos tengamos mañana la satisfacción de ver que hicimos algo de provecho en nuestro paso por el planeta tierra.

Si, amigos míos. ¿Hay cosa más digna y noble que el trabajo, existe alguna institución que tenga el carácter de más santidad? Ninguna, por el trabajo se perfecciona todo y cada esfuerzo de nuestro espíritu en la fatiga, es un tramo que sube de esa escalera triunfante que llega a Dios.

Hay del que pudiendo llevar una gran piedra al edificio social, se contente con llevar un grano de arena, temiendo al cansancio y retarde de este modo, su marcha a la perfección, por la pereza y la indolencia de que está revestido en espíritu poco eficaz y activo en el inmenso laboratorio de la humanidad.

La moral, se consigue practicando las obras de caridad y la inteligencia, estudiando, discurriendo, analizando siempre; quién espera comenzar mañana esa difícil tarea, no empezará nunca, por el hábito que contraerá en el vicio, y la distracción tan perniciosa al progreso del individuo, de la familia, del pueblo y de la humana colectividad.

Concluyo diciendo, que el trabajo es el alimento de la vida de bienaventuranza y este se hace más necesario y preciso para que el corazón y el espíritu se sienta inclinado al bien, a la caridad y en una palabra, a realizar con la virtud el hecho palpitante de su digna aspiración al progreso.

A.

MISCELÁNEA

Ad mayorem Dei gloriam. —En nuestro apreciable colega *El Municipio*, encontramos la inocente gacetilla que regalamos a nuestros lectores, seguros que admirarán la sabia previsión de este sacerdote casto y puro, como la generalidad de los **célibes** *ad mayoren Dei gloriam!!*

«Muerte dulce.—En nuestro colega gerundense *Las Provincias* leemos lo siguiente:

«Hace pocos días se encontró muerto al prior de los Escolapios de Puigcerdá en el lecho de una monja del convento que existe en aquella población. Ignoramos la clase de enfermedad que le arrebataría la existencia, encontrándose el cadáver precisamente en el citado lecho; aunque sí comprendemos el cuidado y el cariño que sentiría la pobre monja, viendo extinguirse la vida de otro ser, cual ella, consagrado a Dios. La caridad cristiana que a todo alcanza, debía asistir con solícito afán al que en medio de su infortunio, tenía el inmenso consuelo de morir postrado en el puro lecho de una esposa del Señor.

Vuelva al polvo de que ha salido, y sea la tierra ligera al que se sometió voluntariamente a las *privaciones* todas de la vida material, fija su mirada en el cielo.»

No nos extraña la muerte providencial de este *católico*, acaecida para arrojar un solemne mentís contra el clero hipócrita que defiende el celibato, con el fin santo de tener más libertad de acción y menos deberes que cumplir.

Lo que es extraño y doloroso, lo que avergüenza es, que haya todavía padres y esposos que abandonen a sus hijos y esposas al yugo clerical, a la maldita inicua e irreligiosa inquisición que titulan, con falacia menguada, *¡acto de confesión!* Parece mentira que conociendo lo indecoroso del secreto y lo indigno de las formas en que se ejecuta tal acto, la vida *non santa* de muchos y muchos clérigos y sobre todo, el escandaloso estilo y la intención dañada que revelan los libros dedicados a la confesión, haya quien deje a una persona querida a ser guiada por el lobo.

¿Se ha olvidado acaso que existe el libro del *Padre Claret*? ¿No se tienen noticias del *Manual del confesor*? ¿No se conocen el *Prontuario de la teología moral*, por Lárraga; las *Confesiones*, por Benedicti; las *Reglas* (a los confesores), por el cardenal Tolet; Navarrus y Sánchez; el *Penitenciario Romano*; el decreto de Buchart, etc, etc? ¿No se sabe, en fin, que estas obras, enrojecerían las mejillas de una heroína de lupanar?

Pues si esto lo conoce todo el mundo, a qué esa dejadez criminal, abandonando nuestra familia a la inquisidora intención de un *santísimo* sacerdote, que inquiere y busca hasta el último rincón de la conciencia de nuestros seres queridos y les avergüenzan con sus impúdicas preguntas, desvergonzadas reticencias y lascivas explicaciones, que o turban y angustian a la inocencia, haciendo gozar al postulante o bien incitan y abren el apetito de la carne, en quien guiada de otro modo huyera del pecado.

¡Causa horror las consecuencias de tanto abuso, de tanta imprevisión, de tanto abandono!

La confesión es un infame pecado si se reviste del carácter religioso; es una iniquidad, es una blasfemia, es una herejía, es un semillero de crímenes nefandos y bochornosas crápulas, que lanzan un mar de lava en las familias fanáticas que se dejan dominar por esas gentes o en las que a traición del jefe de la casa, se ablandan también a los cánticos de la sirena negra y delatan a la *iglesia* los hechos del hermano. ¡Basta de POLICIA NEGRA!

No se puede esperar nada bueno de los que han santificado el crimen en todas sus manifestaciones y han tenido la audacia de decir: «¡CADA VEZ QUE CREAIS INDECIBLEMENTE QUE LA MENTIRA OS ESTÁ MANDADA, MENTID!!!» (Castro Paolo).

¡Maldito sea el hombre, que confía en el hombre; y pone la carne por su brazo derecho! (Jeremías XVII, 5.—Isaias XXVIII, 12 a 18).

ALICANTE.—1872.

Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía.

CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21

Año I. Alicante 20 de Noviembre de 1872. Num.22.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

LA CAÍDA DEL PECADO

Si hay una idea pura y santa, si existe algo aquí en la tierra que se encuentre exento de pasión y de odio y que esté completamente apartado del lucro y del interés mezquino, esa es la escuela filosófica que aboga por la regeneración de la humanidad; es la doctrina nueva, revolucionaria, que con la linterna de Diógenes en la mano busca al HOMBRE para salvarle, para entregarle sus derechos de hijo de Dios y ponerle en plena posesión de su libre albedrio: es esa secta que encuentra al ser más inteligente de nuestro planeta, sumido en el fondo del tugurio del vicio y de la barbarie, en donde yace esclavo por la gracia de una religión materialista, que con nombres augustos, cubierta de pompas, farsas y envuelta entre grandes verdades y horrendos errores, ha empobrecido al único ser responsable que vive sobre la faz de este mundo y a quien con orgullo ha titulado semejante a Dios!

Si: la filosofía espiritista abarca todo el vasto horizonte descubierto por la ciencia; da cuerpo y valor a las hipótesis que han inducido los grandes genios, y deduce de las generalidades o leyes de conjunto, la pura moral cristiana, limpia de toda idea de secta o casta y tan universal como lo son todas las verdades!

Ella no es el pensamiento ni la obra de un solo hombre, ni de una determinada colectividad; la ciencia espiritista es hija del tiempo y de un continuo y asiduo trabajo, que viene realizándose por todas las generaciones, y dirigido, inspirado y revelado siempre, por los espíritus puros, que tienen a su cargo la perfección de este planeta. El ser racional, que vino a la tierra con el ineludible deber de mejorarla y de

perfeccionarse, no puede por más tiempo ya, seguir vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas, como Esaú[1], dejándole guiar por ciertas gentes; ni consentir le arrebaten la bendición del Padre, permitiendo que algunos a semejanza de Jacob, vistan la hipócrita túnica para acercarse a Él, siendo de todos, absolutamente de todos, el inalienable derecho de recoger de nuestro común Padre, las primicias de su amor. El hombre pues, puede y debe construir las tablas de su ley, puede y debe legislar y discutir formando un código de las verdades morales que ha encontrado, colocándolas así al alcance de su inteligencia, y esto es lo que ha hecho por una intuición salvadora, desde los tiempos históricos, preparando materiales de un valor inmenso para la gran obra de la revelación general.

El hombre ha cruzado el laborioso camino del trabajo; con grandes dolores e insufribles fatigas; superando jadeante millares de escollos; llenando sus manos de crueles espinas recogidas en los abrojos de la experiencia; llorando a fuerza de tanto sufrir y solo gozando y solo riendo, cuando ha tenido escasos minutos de felicidad, en los que no ha sido atacado por los innumerables enemigos que tiene y que son proporcionados a su desarrollo intelectual. El sufrimiento, el cansancio y la lucha que ha sostenido éste, es imponderable; las lágrimas que él ha derramado en la vía del progreso, para adquirir más y mejor de lo que tenia, han formado un negro surco, retinto por los crímenes y crueles desengaños que quedan en él estampados, para protestar enérgicamente contra la negra ingratitud de los que niegan la escala del martirio y reniegan del Creador, rebajando al humano linaje a más bajo nivel que el bruto y habiendo dicho que Adán era la obra más perfecta.

La escuela que denigra a Dios y al hombre, es la que se atreve a sustentar en nombre de un SER INTIMAMENTE SABIO, *que la criatura humana fue buena, inocente, perfecta, pura e inmortal, en la vida paradisiaca, pero que luego degeneró en mala, astuta, imperfecta, impura y mortal, por querer conocer* LA CIENCIA DEL MAL Y DEL BIEN *y morder una pobre e infeliz manzana, cayendo por esto en el pozo sin fin del pecado!*

¿Es posible que se defienda esto? ¿Y hay quien crea en tan indigesto fruto? Si todos los animales hacen hoy lo mismo, exactamente lo mismo que cuando a su especie le tocó, el turno de aparición en la vida material; si todas las especies tienen las mismas costumbres, la misma ferocidad, el mismo modo de vivir y hasta idéntico gusto arquitectónico y tan solo los animales domésticos han degenerado en sus malos instintos, para civilizarse y domesticarse, adquiriendo varias cualidades útiles a la

[1] **Esaú**, (en hebreo עֵשָׂו `eśaw, que significa *velludo*) es un personaje de la religión del judaísmo, el cual lo incorporó a su vez de la mitología de los edomitas, la cual lo consideraba su antepasado. *(Nota del digitalizador)*

sociedad y buenas para ellos; cómo se dice que el hombre, el rey de la creación,—según ellos—es más bruto que el bruto? El animal de hoy, está en igual grado de instinto que el animal primitivo; no ha degenerado. El hombre es en la época de la digestión, o sea desde que se comió la manzana, el reverso de la medalla, la contraposición del arquetipo del paraíso; ha degenerado manifiestamente. El animal ha cumplido los designios del Hacedor, no se ha movido de su sitio; el hombre por ambicioso, ha faltado a lo que tenia dispuesto el Eterno y ha caído de su trono, rodando al abismo de la degradación y engañando a la gran Sabiduría, que no pudo esperar tamaña acción de quien era colocado en las mejores condiciones que pudieran pedirse; luego el animal es superior al hombre y a Dios, porque no se ha equivocado ni ha seguido los impulsos del *mal!*

La razón, hija de la experiencia; y la historia, madre de ésta, están unánimes en reprobar tal aserto, negación tan clara y evidente como la de posponer el ser humano al irracional. El progreso es una ley de vida que se encuentra incrustado en la roca del tiempo, que se distingue y patentiza en el orbe entero, y así como de lo infinitesimal se va a lo infinito, así también de lo inferior a lo superior. Nada retrocede, nada va atrás. La observación lo enseña, y la ciencia, que no es más que un catálogo de observaciones recogidas, niega rotundamente tal proceder. La anti-creación no existe; el que quiera hacerla vivir, la ha de dar algo más que palabras; hechos, hechos que demuestren los infantiles argumentos del enojo de Jehová!

La caída del pecado es una bella figura, una imagen rica en fantasía, que explica metafóricamente la expulsión de mejores mundos, de aquellos espíritus refractarios al bien y al progreso, y que fueron reencarnados en la Tierra, donde por ser estos más inteligentes que la generalidad de los encarnados entonces, sufrieron el atraso de aquellos y expiaron su rebelión a la ley de perfeccionamiento, purgando de este modo sus faltas primitivas, en una existencia llena de azares; y peligros, y reparando su pecado con el trabajo que por el adelanto de sus hermanos hacían y siempre recordando, por clara inspiración que les trazaba su deber, que habían perdido un paraíso, que habían salido de los Campos Elíseos y no podían volver a ellos, sino perfectamente limpios de la peste del mal y de la ignorancia. Esto prueba la imaginación oriental y los tropos de un lenguaje pobre, pobrísimo, que carecía de condiciones y giros para expresar tales ideas y sentimientos. Eso explica perfectamente ese pecado original, que no es más que la levadura que en sí traemos, deleznable producto de encarnaciones anteriores en las que no hemos querido trabajar y no hemos aceptado la pura ley de Dios.

¿Qué dice la escuela antigua? que por querer un hombre cumplir las leyes naturales y desear saber—necesidad de primer orden, sin la cual no

hay creación,— mordió una manzana, la que le hizo perder su ciencia y la dulce HARAGANERIA que disfrutaba en el apacible y tranquillo Edén, arrojándole en la pendiente del pecado tan insignificante falta y haciendo solidarias de este *crimen,* a las futuras generaciones.

¿Qué dice la moderna? que el hombre en su infancia se pareció completamente al niño; que ha subido un calvario para adquirir con el sufrimiento, la necesidad y el dolor, todo lo que es, todo lo que ha sido; que ayer fue salvaje, indómita fiera que, con sus estentóreos gritos guturales espantaba a los animales inofensivos, y que así como la modulación casual del grito, le hizo conocer un mundo y ayudado de su mímica, el lenguaje gutural fue tomando carta de naturaleza y naciendo la palabra, el monosílabo! así también fue su obra subiendo paulatinamente al pináculo de la perfección, guiada por el instinto y la experiencia, y añadiendo cada día un adelanto que no conoció en el anterior. La ignorancia y la sencillez es el principio; la astucia y la maldad es el medio; la sabiduría y la bondad es el fin. He aquí, los tres grandes periodos de renovación de los mundos y las tres grandes clases en que se dividen los espíritus. El espíritu jamás retrocede y quien dice eso, no sabe lo que dice y no conoce a la suprema Causa, cuando puede imaginar que pudo Dios equivocarse.

Cada cual es responsable de sus actos, y sería una injusticia echar en cara a nuestro Padre celestial, la aberración de ciertos hombres que han aceptado como posible la trasmisión del pecado de los padres hasta la quinta generación. ¡Error, error funesto! Si el Estado no reconoce tal responsabilidad, ¿cómo se quiere que Dios sea menos liberal y menos justo que un gobierno absolutista? La razón lo combate, pero se necesita sólo el sentido común, para repeler tales patrañas a la guardarropía de lo cómico y trivial.

Ni un solo hijo del Criador queda perdido, extraviado, en los espacios infinitos. Esta es la ley de amor.

El amor es obra de Dios, quien niegue la ley fundamental de la creación, negará la gran Causa y su bondad infinita.

ANTONIO DEL ESPINO.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Síntesis general de la doctrina mediánica obtenida por el médium mecánico Señor Montero

Madrid 16 de Noviembre de 1869

«Hay creación, luego hay creador; el Universo y cuanto el Universo encierra, los mundos y los seres, como las leyes que a los seres y a los mundos rigen, realizando su acción en el espacio y en el tiempo, no pueden ser creadores del tiempo, del espacio ni de sí mismos: constituyen por lo tanto todas estas cosas la creación; son efectos y no causa, y como la causa debe ser anterior al efecto, forzosamente la causa única, primera y generadora, el Creador supremo, ha de ser increado y como tal eterno.

La creación, en su conjunto y detalles, revela un poder de acción, un grado de sabiduría y una constancia de actividad infinitamente superiores a cuanto podemos concebir; el Creador ha de ser, por consecuencia, superior en sabiduría, en poder y en actividad a todo lo que ha creado y pueda crear, a todo lo que fuera de Él existe o pueda existir.

Siendo necesarios el tiempo y el espacio para que la creación se realice, y no al Creador que, como eterno e increado, no se realiza, sino que es, naturalmente se deduce, que el Creador es fuera del espacio y del tiempo que, como necesarios, de su creación forman parte.

El Creador, cuya esencia es la sabiduría, el poder y la actividad infinitas e ingénitas, como Él eternas y no adquiridas, se basta a sí mismo; luego si ha creado no ha sido por necesidad, sino por amor; y como este amor debe ser anterior a su voluntad de crear, y por lo mismo no adquirido cuando solo *Él era*, debemos concluir que el amor es en *Él* de toda eternidad y forma también parte de su esencia.

Pero no se concibe el amor sino para el bien, y por consecuencia la creación por el amor es la creación para el bien: el mal no existe en absoluto, pues no ha podido ser creado.

Ahora bien; el amor eterno del Creador ha debido manifestarse de toda eternidad, puesto que de toda eternidad se hallan en El la sabiduría, el poder y la actividad al efecto necesarias, y por lo tanto, puede y debe concluirse, que la creación es coetánea del Creador en la eternidad.

Y como la infinita sabiduría del Creador no puede equivocarse, y como su poder, su actividad y su amen, superiores cuanto puede concebirse, no son susceptibles de aumento ni disminución, no solo la

creación es coetánea del Creador; sino que es la misma siempre y la mejor posible a su omnipotencia.

He aquí Dios, causa primera y única increada, eterna o inmutable; infinito en sabiduría, en poder; en amor y en actividad: el más allá de todos los infinitos; creando siempre y del mismo modo, fuera del tiempo y del espacio; no por actos sucesivos; sino por una sola y eterna volición para el bien, que en el espacio y en el tiempo se realizan.

La realización del bien, que es el progreso, tiene lugar por modificaciones sucesivas de todo lo creado; sin cambiar su esencia que, como procedente de la esencia de Dios, es inmutable; de la sabiduría divina procede la inteligencia humana; de la actividad creadora, la vida y actividad de esa misma inteligencia y de todo cuanto existe en el Universo; del poder sin límites del Omnipotente, la verdadera, creación, toda vez que no es en El como la inteligencia y la vida, increadas por lo tanto; la materia que es limitación, individualidad, y que produce la variedad en la unidad.

Tenemos, pues, tres elementos, primeros efectos con el tiempo y el espacio en que se realizan; segundas causas, que al realizarse con arreglo a leyes precisas, constituyen cuanto encierra y encerrar puede la inmensidad que se llama Universo; materia que es el algo tangible; vida que es cohesión, fuerza, movimiento, necesidad de obrar y posibilidad de sentir; inteligencia o germen de la sabiduría, facultadle comparar para apreciar, deducir y elegir libremente: la materia progresa cambiando de forma; la vida desarrollando facilidad de sensación y mayor suma de actividad; la inteligencia marchando hacia la sabiduría libremente por el estudio de la creación en sus infinitos detalles o variedades que se realizan eternamente, y como el poder de Dios es inconmensurable para modificar o variar las formas para la materia, y como su actividad no tiene límites, y como su sabiduría es superior infinitamente a lo que fuera de él es posible concebir, el progreso universal no tiene fin, dura toda la eternidad, y lo creado que mayor progreso alcance, siempre distará un infinito de su Creador y tendrá siempre un infinito, que recorrer materialmente, o por medio de la inteligencia estudiar y conocer.

Pero el bien, de la creación es relativo, y no absoluto como lo es todo en el Creador, y por eso el bien se realiza sin llegar a Dios, aunque también progresando en el camino de la eternidad, y siendo el punto de partida aquel, en que para realizar el bien, se aúnan en un mismo ser, en una sola entidad, el amor desinteresado y la sabiduría relativa.

Hay, pues, entidades destinadas a realizar ese bien, que es el objeto de la creación y hay individualidades llamadas a contribuir a que el bien se haga, siendo unas y otras creadas para disfrutarle: las primeras son seres libres e inteligentes, resultando de la combinación de los tres elementos; los

segundos son seres paramentes vitales o instintivos y materiales: aquellos susceptibles de recorrer el Universo e imperecederos aunque modificables; estos destinados a llenar su trabajo si no en mundos dados, por tiempo limitado, para formar parte después de seres distintos y muy superiores también.

Como auxiliares de los artífices del bien en ambos casos, hay así mismo, hay limitaciones en apariencia inertes, con vida de cohesión o fuerza, que constituyen lo que se llama materia inorgánica que alcanza en su progreso.

Hay emanaciones necesarias de esa misma materia y de la orgánica, según el estado que una y otra tienen, y hay combinaciones no menos precisas y numerosas.

Hay un agente orgánico-material, que promueve toda organización y cuantas modificaciones obtiene el elemento materia en lazándola toda, sea cualquiera el estado que alcance, y al que se ha llamado *fluido orgánico*; su acción puede ser precisa, o dirigida por la voluntad instintiva o inteligente y superior.

Hay otro agente vital conductor de la voluntad y de la vida en sus diversas manifestaciones; obrando también de un modo preciso o a impulso de la voluntad, sobre toda materia, que igualmente, enlaza: este agente vital se ha llamado *fluido magnético*.

Hay un lazo de unión entre todas las inteligencias individualizadas, susceptibles de llevar a unas los pensamientos que otras elaboran, a impulsos de una voluntad, si otra superior no la rechaza; este lazo de unión se ha llamado *conductor inteligente.*

Hay relaciones precisas entre los tres elementos y sus combinaciones resultantes, cuyas relaciones se han llamado leyes inmutables.

Hay, por fin, leyes especiales para cada uno de dichos elementos y otras comunes a los tres; estas leyes no menos inmutables y que pudiéramos llamar superiores, determinan claramente la voluntad del Creador y el objeto de la creación.

Así, v. g., de la libre voluntad resulta el bien o el mal relativo para el ser que la pone en acción, y para aquellos en quienes la acción recae; pero de todos modos y en el tiempo, la voluntad se encamina naturalmente al bien.

Así también de la ley general de progreso resulta otra ley ineludible, contra la cual nada puede la voluntad más rebelde, trabajo constante por la materia, la vida y la inteligencia, o por la combinación de los tres elementos: en obedecimiento de esta ley Universal y para ejemplo, Dios es el primer obrero creando eternamente.

Así al sueño del cuerpo, que no es el reposo absoluto, sino disminución de actividad y sensibilidad material transitoria, corresponde el sueño de la inteligencia, que tampoco es el reposo absoluto, sino la disminución transitoria de la percepción y actividad intelectual, en el doble ser mundanal e inteligente; produciendo uno y otro sueño el olvido de la vida anterior, y respondiendo el sueño del cuerpo, al despertar de la inteligencia y viceversa.

Así la descomposición llamada muerte del cuerpo, que ya no es transitorio como el sueño, y produce el olvido total de la vida que como tal alcanzaba, responde la resurrección, la libertad completa del espíritu, la cual es la combinación primera de los tres elementos en su mayor grado de pureza.

Así, todos los espíritus son creados puros, con la misma forma o limitación material, con idéntica vida e igual inteligencia, o sea germen de sabiduría, y con el propio anhelo de alcanzar lo que les falta, que es el merecimiento del bien que son llamados a realizar en la creación: y no solamente son creados iguales, con las mismas facultades e idéntico anhelo y destino, ya que lo contrario se avendría mal con la justicia que prescribe el amor de Dios; sino que para llenar aquel destino tienen todos igualmente por campo el Universo, y por tiempo la eternidad, dependiendo únicamente de ellos el adelantar más o menos en el camino del progreso, que conduce al bien marchando hacia Dios, y que terminaría en Dios marchando hacia el bien, si Dios no distara siempre un infinito del infinito de su creación.

Por eso la creación no se reduce al átomo llamado tierra, ni son simplemente fanales para alumbrar y hermosear las noches de la tierra, la infinidad de globos luminosos que los ojos de los hombres terrestres alcanzan a ver, y los mas innumerables que no divisa, ni su dormida inteligencia puede abarcar: limitado fuera el poder de Dios si no le hubiera sido dado crear otro mundo habitado, que ese pobre, y de los más pobres satélites de un Sol, a su vez satélite también de otro Sol superior, como lo es este de uno más superior aun, y así sin término en el espacio inmenso, inconmensurable, cuyo término es Dios mismo, al que no es posible llegar, porque sería limitar lo que no tiene límites: limitado seria el poder, o limitado su amor, si pudiendo hacer conocer a los seres inteligentes tantas y tantas maravillas, y haciéndolas divisar, les hubiera relegado a la tierra que es de las menores, exponiéndoles al tormento de Tántalo además.

(EL ALMA). — *(Continuará).*

LA EJECUCIÓN DE TROPPMANN

La muchedumbre estaba allí, oscilando en tumultuosas ondas alrededor del instrumento de la muerte, y un clamor inmenso, resultado de cien mil voces de asistentes se elevaba hasta el cielo!... ¿Era, por ventura, para deplorar las criminales acciones del sentenciado? ¿Eran, acaso, la oración de cien mil bocas incesantemente abiertas para rogar a Dios por él? Meditaban sobre la vida del asesino, o sobre la sentencia fatal que lo condenaba a muerte?.. ¡Ay! no; como a las primeras representaciones de un autor en boga, los espectadores de la guillotina, ávidos de emociones, esperan, sin inquietarse lo más mínimo por la justicia del cielo ni la de los hombres, la escena sangrienta de que han venido a hartarse. Y mil industrias de contrabando se ensayaban, entretanto, en explotar a la muchedumbre numerosa encerrada en un espacio demasiado estrecho, desde los tomadores del dos y los corta-bolsillos, hasta la joven de mentida belleza adornada con relumbrón... ¡Y el tumulto crecía! ¡y las risotadas de los unos se cruzaban con las imprecaciones de los otros!

Los bufones recogen acá y a cuyá las frases que han de hacer su opinión al día siguiente. Los periodistas de hojas volantes inscriben los accidentes burlescos o dramáticos que han de hacer la sustancia de su próximo número, al dar cuenta de la ejecución. Esos grupos alegres que han festejado largamente a Momo y Baco vienen sin duda, a hallar en ese asqueroso espectáculo la satisfacción que el pimiento y las especias no han podido procurar a su paladar gastado.

Y en esas masas, esas fisonomías sombrías, esas caras marcadas con el sello de la infamia, esos ojos de profundidad tenebrosa, esas frentes deprimidas, esas bocas lujuriosas heridas con el estigma de senectud precoz, ¿que vienen a hacer aquí?—¡Vienen para acostumbrarse al último acto del drama! Son los inclasificados de la más baja estofa; son aprendices del vicio y del crimen; son presidarios escapados que vienen a asistir a la despedida de uno de los suyos, y aspirar en cada uno de sus gestos, en cada una de las crispaciones que van a torturar su faz, el genio, el talento necesario para escapar al castigo, más bien que la lección que debería separarlos del resbalador sendero en que se han colocado!... A estos, la guillotina no les da miedo; porque la han entrevisto ya en sus sueño más remotos, y no les ha hecho retroceder. Vienen aquí a mofarse de la muerte y de la justicia que la ordena, guaseándose también a costa del imbécil que se ha dejado atrapar, y prometiéndose ser ellos más listos.

¡He ahí tú cortejo, oh muerte infame! Tú eres digna de la muchedumbre que te rodea, y esa muchedumbre es digna de ti.

¡Pero, cómo!... hombres que Tienen todavía sentimientos de honor en el corazón, mujeres que las cualidades de su sexo deberían alejar instintivamente de estos lugares de horror, vienen a asistir, testigos impasibles a la última escena del drama legal? Autores, artistas de talento, novelistas y filósofos, ¿qué venís a buscar aquí, señores? ¿Qué enseñanza hay aquí para vosotras, señoras? ¿Qué ejemplo para presentárselo a los demás? ¿Os es preciso, pues asistir a estos fúnebres desposorios, para escribir después o representar vuestras dulces escenas de amor? ¿Habéis saboreado bien los abrazos de la muerte y del criminal? ¿La llama sangrienta de la cuchilla ha iluminado lo suficiente a vuestro espíritu para hacerle descubrir nuevos horizontes?... Ah, no: no, vosotros no estáis en vuestro puesto; aquí os mancháis, asistiendo a espectáculos que deberíais deplorar y censurar, en tanto que haya un latido en vuestro pecho, en tanto que haya una palabra en vuestros labios, en tanto que habrá una pluma en vuestra mano.

¿Qué más podré decir para combatir la ejecución pública, esperando la supresión completa de esas ejecuciones? Nada, hermanos míos, que no comprendáis vosotros como yo. Me callo, pues, sintiendo solamente que personas que tienen derecho de llevar alta su frente de gentes honradas, hayan ido a exponerse a recibir las salpicaduras de sangre del asesino y los aplausos irónicos de una muchedumbre inmunda.

Espíritu de E. Sué.

París 18 de Enero de 1870.

LA PENA DE MUERTE

¡Un crimen horrible se ha cometido; toda la familia ha desaparecido bajo los golpes de un asesino; la justicia se ha apoderado del hecho; el culpable es preso, juzgado y condenado a la pena capital!... a la muerte, en una palabra. La ley humana arroja de entre los vivos al criminal que por sus actos, se ha puesto él mismo fuera de la ley. ¿Pero la ley consigue verdaderamente su objeto? ¿Qué es lo que quiere la ley? Dos cosas por lo menos: preservar a la sociedad de dos ataques del asesino, y detener, por el ejemplo de sus rigores, a los que traten de colocarse en la funesta carrera del crimen.

¿Pero la guillotina ha convertido jamás a un asesino? ¿Combate efectivamente y limita al asesinato? No: la guillotina es simplemente una de las resultantes de la acción que hay que cumplir. El asesino la hace entrar en cuenta en sus cálculos. Sabe que juega su cabeza, pero como es él quien dirige el juego, espera tener bastante suerte para realizar sus deseos y evitar la prisión, el juicio y la sentencia.

Por otra parte; ¿cuál es la influencia puramente moral del patíbulo? Es una puerta de la muerte, he ahí todo.... Para el impotente, en quien el sentido moral no está desarrollado; para el que sueña con la riqueza, o con la venganza, ¿qué le importa la puerta? Sí, no cree en nada, y se halla entre una miseria cierta y una muerte probable. Pero la miseria es el sufrimiento de todos los instantes, y el crimen, si sale bien, es la satisfacción de todos los deseos. Si se engaña, la muerte; pero la muerte para él, es la nada, es el reposo.

¡Muerte, ya lo ves, tu eres impotente ante el crimen!... ¡Uno de los primeros actos de la generación futura, una de las primeras consecuencias del progreso que se está llevando a cabo cada día, será suprimirte en todas partes en que no eres la consecuencia forzada de una expiación, en todas partes en donde no seas un hecho natural o involuntario!

¡Muerte del campo de batalla, tú desaparecerás de la escena, del mundo, porque el sol de la fuerza bruta está próximo a su ocaso, y la aurora de la lucha inteligente principia a elevarse. Del choque de los espíritus y no del de los batallones, de discusión y no de la dicha corporal ha de resultar y resultará la supremacía de las naciones. ¡Muerte del campo de batalla, tú reino pertenece al pasado; y nosotros somos del presente, y vamos a entrar en el porvenir!

¡Muerte voluntaria, suicidio, tú eres todavía una consecuencia de la ignorancia, de la rutina, del triunfo de la fuerza sobre la inteligencia, de la materia sobre el espíritu; tú desaparecerás también en un porvenir próximo, porque la luz se hace por todas partes; y el suicida busca la sombra y el misterio!

¡Muerte infamante, muerte del cadalso, atrás!... Nosotros queremos juzgar, queremos castigar; y tú no eres sino una aplicación estéril del juicio: tú no eres ni aun un suplicio para la mayor parte de los sentenciados, porque te llaman y aspiran a ti como a su libertad. El verdadero castigo es la vida ignominiosa, es la penalidad moral, es el sello de la infamia!

¡Muerte!, cualquiera que tú seas, bajo cualquier forma que te presentes, tú eres una palabra vacía de sentido, y nosotros estamos en un siglo en que cada cosa es juzgada en su justa medida. Desaparece, pues, para siempre de nuestra lengua, de nuestro código, de nuestras costumbres,

¡oh muerte! porque tú eres hija de la ignorancia y de la oscuridad, y nosotros somos la vida, porque os traemos el saber y la luz.

Channig.

París 11 de Enero de 1870.

SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium J. Pérez.

LA DEMOCRACIA

La voz de la verdad resuena por todos los ámbitos del Universo; el clamoreo de todos los hombres saludándolas, tanto tiempo apetecida y deseada, llega hasta el cielo; y él a su vez nos torna, en vuelta en los magníficos rayos de un sereno día, la gratitud por muestra de tan señalada ovación

Muchos años de esterilidad, de estacionamiento y de lucha ha costado la adquisición de este venturoso día. Por mil caminos encontrados y por sondas extraviadas ha corrido la humanidad para alcanzar siquiera el ideal perfecto de tres cosas: la religión verdadera nacida del más riguroso y acabado racionalismo; la política en vías de perfeccionarse por el rígido choque de las ideas, y la sociedad, en medio de estos dos estados, felizmente garantida y aspirando un reposo que solo entre sueños, los hombres pensadores hasta aquí habían concebido. Los acontecimientos que desde algún tiempo a ésta parte se vienen preparando tanto en la vida política, como en la vida religiosa, nos abrirán una nueva era en la que sazonará el sabroso fruto del bien, preciosa encarnación del mundo, nueva existencia, como para despojarse de sus pasados errores y de una envoltura llena de miserias y plagada de repugnantes úlceras que la estaban corroyendo.

Es una ley que caduque todo, que se renueve constantemente la manera de existir los hombres y los mundos; y a esta transición en las cosas, que no es más que la mutua atracción y tendencia al progreso, debemos la vida nueva el organismo fortalecido por otros elementos y el espíritu vivificado por otras ideas; espacio a donde se lanza y brilla en caprichosos giros, en busca de otros horizontes de trabajo sublime que por intuición aprende, así como por intuición sabe que se le llama para presenciar, grande con su ciencia, y majestuoso con su perfección, mejores y más sorprendentes maravillas al lado de su Creador Omnipotente.

El progreso es la voz de Dios que nos llama sin cesar para cobijarnos en su amoroso seno. ¿Quién a él puede sustraerse, que no confiese que por él se halla impresionantemente arrastrado? El progreso, es el imán que, en cuanto menos hace oscilar a los espíritus timoratos, a las almas

débiles, que se asustan a cada innovación que la sociedad imprime en sus actos de cada día más civilizados.

El progreso es la mano amiga, el espíritu que infunde valor a nuestros ánimos empujándonos suavemente y el amoroso aliento que enardece nuestro corazón haciéndole palpitar y sentir lo más noble y a inclinarse a seguir lo más elevado y hacerle practicar lo doblemente generoso. La democracia, por más que quieran teñirla con el rojo encendido de la tea, es del color de la aurora, de esa alborada tan llena de encantos en que la naturaleza parece despertar a la vida del trabajo, dando a la luz sus colores, al espacio su perfumada esencia, y al calor la indispensable evaporación de los cuerpos.

La democracia es la voz más viva del sentimiento sublime y si no fuese concienzudamente la verdad de la perfección, si digno hacemos esto, al menos no podríamos dudar que fuese el instinto que nos guiaría a seguir las huellas de algo grande y superior al hombre a que debemos tributar profundo respeto e inclinar nuestra frente con veneración por el solo hecho de testar fuera de nuestra vista y muy lejos de nuestra naturaleza intelectual. La democracia es algo, pero es un algo tan lleno que envuelve al espíritu y le abruma cuando quisiera escapar de los fúlgidos rayos de su aureola. La democracia es la vida, porque si el progreso es una verdad palpitante, nadie puede tornar sin engañar a la vida y a los tiempos que pasaron y que por la mutación que sufrieron están en el presente, siguiendo contemporáneos la sucesión y el orden actual de cosas por mas que se rebelen contra esa ley que les obliga a seguir la corriente y a sufrir las violencias de los espíritus modernos.

Por eso todo tiembla, por eso el edificio, de ayer amenaza ruina al menor soplo de la brisa regeneradora; las religiones positivas se desmenuzan y el imperio de un hombre contra mil, hace el mismo efecto que una maldición tornada al mismo que satánicamente la pronunció, por la repercusión del eco: todo es hoy tenaz, porque todo se provoca, el ayer queriendo reconstituirse, el hoy pujando por derribar a un anciano que la misma soberbia le presta un día más de vida; el hoy riendo al contemplar su fuerza y robustez, el ayer llorando de desesperado de su flaqueza que se parece a un espectro; una doctrina nueva lanzada al mundo, y el iris de la paz reconciliando al pasado y al presente, soberbios titanes que se odian como la sombra a la luz!

A. Miralles.

VARIEDADES

A LA MUERTE

Dedicada a mi querido, amigo D. Hipólito García.

Vedla; entre doradas brumas,
allá en los espacios flota;
es una blanca gaviota
que se columpia entre espumas;
es águila cuyas plumas
el soplo célico riza;
es ángel que se desliza
por un cielo de zafiro,
y es deidad cuyo suspiro
a cuanto halaga, eterniza.

Brilla su faz cariñosa
como la luna en Oriente,
y sonríe tristemente
como aquella casta diosa;
orna su sien con la rosa
blanca de la soledad,
y empuña con majestad
un fúlgido cetro fuerte:
los hombres, la llaman Muerte,
las almas, la Libertad.

Vedla; entre doradas brumas
allá en los espacios flota;
es vela que el mar azota,
cisne que juega entre espumas;
vedlas; tras sus gracias sumas
vuelan cien ángeles bellos,
vibran radiantes destellos,
alzan sonoras canciones,
y cien mil generaciones
van arrobadas tras ellos.

Esos cien ángeles son
la Paz, las Horas serenas,
el Término de las penas,
Sueños del corazón;
y esa infinita legión
que vuela en pos extasiada;
es la raza libertada
de la cárcel material,
por el beso celestial
de la Deidad apiadada.

Entre los ecos suaves
de los laúdes sonoros
que resuenan cual los coros
de las fuentes y las aves,
¿no oís los acentos graves,
y el ondulante rumor
de un cántico arrobador
que infunde plácida calma,
como cuando sueña el alma
que oye el arpa del Señor?

Pues esa voz que murmurar
y entre las nubes se esconde
y a la que el eco responde
lleno de paz y dulzura,
canta la inmensa hermosura
y el poderío que advierte
en el genio de la muerte,
que sobre mundos y espacios
y cabañas y palacios
levanta su imperio fuerte.

«Salve, — dice aquel acento, —
¡salve a la Reina de cuanto
recibe ser, bajo el manto
pomposo del firmamento;
si avanza un mundo violento
y ella le toca en su brío,
cede aquel mundo bravío,
y como herida paloma tiembla,
gime, y se desploma
en el abismo sombrío.

Y allí estalla en ronco son,
convirtiéndose en un caos,
y de sus flotantes vahos
nace una nueva creación;
cien mundos en confusión
se alzan bañados en oro,
se esparcen en el sonoro
ámbito del gran vacío,
y ensalzan su poderío
¡oh Muerte! ¡en gigante coro!

Venid los desconsolados
enfermos desfallecidos;
venid náufragos perdidos
entre mares irritados:
venid pobres sentenciados
al patíbulo afrentoso,
venid, buscad el reposo
de vuestra acerba aflicción,
en el tierno corazón
de este serafín hermoso.

Venid míseros humanos
los jardines del Cielo;
aquí os guarda el anhelo
de vuestros padres y hermanos;
desde aquí os tienden las manos,
aquellos seres queridos
a quienes lloráis perdidos
en las urnas cinerarias....
venid aves solitarias
a recobrar vuestros nidos!

Salve al hermoso portento,
salve a la Reina de cuanto
recibe ser, bajó el manto
pomposo del firmamento!»
Así prosigue el acento:
tal en el Templo sagrado
resuena un canto inspirado,
y envuelta en suaves inciensos,
vuela el alma a los inmensos
imperios del increado.—

¡Oh dulce Muerte! yo adoro
tu grandeza y tu hermosura;
ven; toca mi frente oscura
con tu augusto cetro de oro;
vuele yo al plácido coro
que va en pos de ¡tu beldad,
y en la aérea inmensidad;
en ti Clavados mis ojos,
yo me postraré de hinojos
cantando tu potestad.

Sí, yo quiero en tu fecundo
poder del mundo eximirme,
y a aquellos seres unirme
que amo con afán profundo;
con ellos de mundo en mundo
y de región en región
iré en peregrinación
con el ángel del progreso,
hasta conseguir el beso
del sol de la perfección.

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan, 21 de Diciembre de 1871.

(Del *Criterio Espiritista*).

MISCELÁNEA

Revolución sideral.— Así como los planetas giran majestuosos sobre sí mismos y caminan con gallardía meciéndose en el espacio, dando rápidamente la vuelta en su órbita, trazada por la mano de Dios en sus eternas leyes, de las que no les distraen atracciones particulares; así el engreído sacerdote Sr. Zarandona, canónigo por la gracia de la Santa iglesia y del gobierno, sigue su tranquila y amanerada marcha combatiendo al Espiritismo. Estrecha y tortuosa es la ruta que le trazara su instinto de conservación, pero él la sigue impertérrito, a pesar de la lluvia de argumentos que le han hecho conocer lo tonto que es el papel que desempeña y sin reparar en la silba que ha llevado cuando el público ha

conocido el por qué de su hidrofobia, y el desprecio hecho a las justas reclamaciones que se le lucieran para que tratara y discutiera con nosotros un solo punto, con la única norma de la educación; en fin, sin consideraciones a nada y a nadie sigue escribiendo sus famosas cartas llenas todas de aquello de que ya dimos cuenta a nuestros abonados.

La carta X apareció en el número 101 del *Semanario*; allí están con bien marcados caracteres el MENTIRA de siempre.

El Sr. Zarandona viaja a su placer entresacando párrafos de los libros espiritistas que aislados no dicen nada y no quiere entenderse con nosotros. Está bien, ya vemos que no le conviene. Amontone citas y citas de los libros espiritistas; haga un potaje condimentado con su odio a nuestra escuela y propíneselo a los subscritores del *Seminario*. Sí, cuide de darlo solo sin mezcla de, herejía, a esos pobres seres que no raciocinan por sí, sino que tienen la dicha de que un canónigo coma, goce y píense por ellos. A esos ilotas del raciocinio, a esos parias de la voluntad, a esos esclavos de la ignorancia, a esos desdichados idiotas, puede el EJEMPLAR sacerdote, contarles las patrañas que ensarta en sus epístolas ya más célebres que las coplas de Calaínos. A esos infelices, que no comen sino lo que quiere la Madre, que no trabajan sino cuándo ella quiere, que viven dentro del pequeño círculo que con tanta sabiduría o pequeña astucia les trazara la infalible, para ahogarles y poseerles; a ésos que creen todas las niñadas de milagros de vírgenes madera, que cierran los brazos, que lloran, que huyen; de Cristos que les crece la barba y no se les puede componer dos dedos, porque ellos se resisten, etc, etc. a los que tragan la creación de Moisés, el juicio final, el cielo, infierno y beatifica niñez, a ellos y solo a ellos, puede relatar ése espiritismo que ha formado *ad hoc*. Esos no disciernen; pero esos se acaban. Poco a poco. Siga su trabajo, que a nosotros nos gusta el movimiento, el combate, el ruido y cuanto más se mueva una tonante y épica voz, como la del cantor de San Nicolás, tanta más curiosidad tendrán de saber, qué es eso que combate el canónigo, los que más valientes les toque el turno de pensar y de querer inquirir. Adelante campeón, adelante, nos estáis haciendo un favor.

Relata réfero.— La caridad romanista es tan extranjero del evangelio, que admira haya seres tan predispuestos a la coyunda *nea*. Según se nos ha dicho, por persona que nos merece crédito, ha ocurrido en esta capital y en la calle de Babel, un caso de conciencia, un ultraje a las leyes civiles y un cohecho de la voluntad.

Hace ya algunos días fue llamado a la cabecera de un moribundo, un sacerdote, para que le prodigara LOS ULTIMOS AUXILIOS, y con sorpresa de todos los asistentes, se opuso a prestarle los OFICIOS *de su sagrado ministerio*, por la sencilla y única razón *de que no estaba casado*

(el paciente) por la Iglesia romana, *sino por el Estado civil!* Puestos en tan apurado trance, los dos católicos esposos, se vieron obligados a contraer de nuevo matrimonio, para poder gozar de las inmunidades, derechos y franquicias que, allá en el cielo, gozan los que aquí abajo pagan el oficio romanista cancilleresco, y para cumplir los preceptos de tan distinguida doctrina; lo que efectuaron en el acto, con el fin de que la muerte viniese a arrebatar su presa a la madre iglesia, digo, a la victima que estaba ya en sus últimos momentos, en las postreras agonías.

Dos consecuencias graves se desprenden de tan protuberante *hazaña.*

La primera es, que siendo el sacerdote católico, un empleado público que cobra la nómina para servir bien a la patria, debiera respetar las leyes que en uso de su soberanía se ha dado la nación y cumplir su ministerio sagradísimo, dándole a aquel *creyente católico*, lo que de buena fe creía bueno para pasar de este barrio lleno de fórmulas a donde no hay ninguna; lo que creía necesario, el pasaporte, el visto bueno sin el cual créense desamparados y desheredados cierta clase de gentes a quienes la iglesia ha sumido en la ignorancia por su beneficio. Qué esto es anticonstitucional y atentatorio a las leyes…… pero, tate, esta es cuestión política y se la dejamos a nuestros colegas, para que llamen la atención sobre este acto.

La segunda es más gráfica; más atornillada, diría el canónigo señor Zarandona. Si es una verdad, que, untando el cuerpo con rancio aceite unas veces, otras haciendo tragar grandes y redondos pedazos de obleas, en los que está acuñada la figura del mártir Jesucristo, y las más de ellas, estas dos cosas a la vez y otras y otras más, se consigue la salvación del alma, ¿cómo se atrevió ese clérigo a poner obstáculos al paciente, cuando tenía contados minutos de vida?

Si la untura, etc., salvan, debió dársela en el acto. Si pudo esperar, exponerse por la tardanza a que se marchara sin ser mojado y negar el unto sino querían casarse, es evidenciar que esto es fórmula, enredo, farsa y nada más. ¿Cómo es posible que si tuviéramos nosotros en la mano la salvación de un hermano nuestro, le dejáramos exponer su vida de ultratumba? ¿Cómo tener un corazón de piedra para abandonarle por cuestión de celos (y de cuartos)(1) y dejarle morir sin el consuelo que nosotros teníamos? Vergüenza causa tanta paparrucha. Al vado o a la puente católicos romanos. Si podéis salvar con vuestros actos de prestidigitador, sois muy desgraciados y dignos de lástima, pues dejáis abandonados miles de seres que mueren diariamente sin ese *auxilió!!!* Ciegos, guías de ciegos; más valiera que repartieseis el aceite apellidado ÓLEO SANTO, entretanto infeliz que no le conoce para condimentar sus mezquinas comidas o para alumbrar los tugurios sombríos donde yacen

[1] Se refiere a Dinero *(Nota del digitalizador)*

hacinados como bestias, mientras tienen ropa, alhajas, incienso, luz y buena habitación, los nogales, cerezos, almendros etc., que adoráis como idólatras paganos. Dadlo para que puedan alumbrarse esos desgraciados, y así les servirá, no untándole el cuerpo, luego de haberle impelido al crimen, abandonándole en la ignorancia, en el fanatismo, en la superstición, en el hambre y en el infortunio!

ALICANTE.—1872.

Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía.

CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Año I. Alicante 5 de Diciembre de 1872. Num.23.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

EL MUNDO INVISIBLE

Terminábamos nuestro anterior artículo asegurando que el mundo invisible existirá contra el gusto y a pesar de cuantas protestas lancen nuestros adversarios, y al hacerlo así, fundábamos nuestra afirmación en el sólido cimiento que nos proporciona la historia de todos los tiempos.

La mejor prueba que tenemos para demostrar su existencia, está en la pluralidad de mundos habitados; pluralidad que cuenta con infinidad de partidarios más célebres y antiguos y con todos los filósofos modernos. La pluralidad de mundo nos revela que la Tierra no es el único globo que existe en el Universo, como en épocas anteriores se creía, sino que este Universo está formado por miles de miles de mundos y de soles, los cuales forman la escala que el hombre tiene que subir para alcanzar por medio del estudio y el trabajo la perfección moral e intelectual que le falta, para llegar al seno de donde salió, a Dios.

«Según M. Pelletan, el hombre irá siempre de sol en sol, subiendo siempre por la escala de Jacob, por la jerarquía de la existencia; pasando siempre según su mérito y su progreso, de hombre a ángel, y de ángel a arcángel.»

«Así, progreso necesario y continuo, he aquí lo que M. Pelletan promete a los hombres en la vida futura.»

«Esa teoría de M. Eugenio Pelletan, ¿no está implícitamente contenida en estas palabras de San Gerónimo y San Agustín: «Lo que hace

que cuando habremos pasado del estado de hombre al de ángel, podemos contemplar al Señor?»

«¿Esa otra vida será una o múltiple? —exclama Jouffrey: ¿será una sucesión de vidas cuyo obstáculo irá disminuyendo? ¿o bien seremos sumergido, saliendo de esta vida, en una vida sin obstáculo? Puede escogerse entre esas hipótesis.»

«Un autor moderno, discípulo de Ballanche, es mucho más afirmativo. Según él, «el universo es un inconmensurable edificio, del cual Dios es el arquitecto supremo. Ese universo está dividido en lugares inferiores, intermedios y superiores. Los seres inteligentes y libres van a su vez de pruebas en pruebas y de expiaciones en expiaciones desde las más humildes moradas a las superiores, según el grado de sus méritos y de sus virtudes, hasta que han alcanzado el título de elegidos, de iniciados en la grande logia suprema, donde reside el Ser de seres, el gran Hierofante. Dios; agregados entonces a la sociedad universal de los mundos que gravitan a su alrededor; se abalanzan de progreso en progreso, sin alcanzar jamás a la esencia incomunicable del absoluto y del infinito.

«No nos quejemos, pues, si sufrimos aquí nuestro noviciado terrestre; si no penetramos los secretos maravillosos que más tarde nos serán revelados; si nos faltan los sentidos y las facultades que nos abrirán nuevos horizontes en los grandes mundos; sólo estamos en los primeros grados, y acordémonos que el iniciado no puede leer más que la página de su grado. Sin duda que no debemos ahogar esas generosas aspiraciones hacia un destino mejor, esos divinos presentimientos de porvenir y de inmortalidad; pero sepamos cumplir también, con constancia y firmeza, nuestra misión terrestre; elevemos los ojos arriba, pero no abandonemos los grandes intereses de la humanidad, de la que por la voluntad de Dios, somos miembros temporales, y a cuyos esfuerzos debemos asociarnos.»

«La pluralidad de mundos destruye por completo el, en mal hora inventado dogma del infierno material y eterno; y una vez desvanecida, de la inteligencia humana esta malhadada creencia; que por espacio de tanto tiempo ha robado al hombre el derecho de pensar, teniéndole sumido en la esclavitud más denigrante, le demuestra que el alma o espíritu, puesto que tiene que perfeccionarse progresando por medio del trabajo y del estudio constante, ha de ir subiendo o ascendiendo de un mundo inferior a otro más superior y luego a otro y otro y así sucesivamente, porque como dice Ballanche, «es evidente que en esta tierra y desde el presente, existe una jerarquía de Espíritus humanos que se extiende *más allá de esta vida*; pero todos la alcanzan, unos más pronto y otros más tarde.»

«Sin el trabajo y el mérito, nadie puede alcanzar un grado en la iniciación humana.

«El hombre llega a la otra vida con la perfección que ha logrado en esta, tal como le ha sido posible por los medios que Dios le ha dado.

«El hombre ocupa un rango en las jerarquías indefinidas.

«Gozará un día del Universo como goza de este mundo.»

«De lo anterior se desprende, que si el hombre ha de recorrer muchos mundos para alcanzar la bienaventuranza prometida, ha de disfrutar de un número de existencias en armonía con su progreso, y ahora preguntamos: si el hombre después de esta vida ha de tener muchas mas ¿cómo es posible que una vez separada el alma o espíritu de la materia yaya al infierno? ¿no está más en armonía con la razón y con la divina justicia que vaya por un periodo más o menos largo al mundo de los Espíritus y una vez allí y cumplido el plazo que tenga que sufrir en estado errante vaya al mundo a que por sus buenas o malas obras la Providencia le destine? Por otra parte; si el hombre ha sido creado para la salvación y para el bien ¿cómo se pretende despojarse de los medios que constituyen; el modo de alcanzar su perfeccionamiento?

No y mil veces no. La pluralidad de mundos y de vidas, es la consecuencia legítima, la lógica inflexible, la verdad incontrastable que está más en armonía con la justicia del Dios único y absolutamente único, del Ser misericordioso y caritativo a la par que justiciero, del Ser poderoso y grande que son solo su voluntad Omnipotente, lo mismo crea un mundo, que lanza a otro al abismo de la catarata, pero jamás reduce a la nada el átomo más microscópico y elemental que la creencia encierra.

Por lo tanto, si todo lo que existe dentro de lo creado camina hacia la perfección dentro del progreso indefinido, ¿cómo el hombre, el ser triple, el ser que piensa, que ama, que siente y que obra, ha de ser menos que el insecto que se arrastrará por el suelo, puesto que como aseguraran ciertas escuelas ha de ser reducido a la horrible NADA, o, como propagan otras, arrojando después de una vida de pruebas y penalidades a las catacumbas del infierno, para allí sufrir nueva y eternamente, sin que sean escuchadas sus justas pruebas por Aquel, que les dio el Ser, colocando su misericordia por debajo de la humana? Imposible, la aberración que puede caer el hombre, es creer en semejante absurdo.

La pluralidad de mundos, solo puede ser cambiada o por *los que teniendo ojos no ven*, o por los que tienen un gran interés en que se desconozca su existencia; pues para cerciorarnos, bastamos dirigir nuestra vista al precioso panorama que presenta la bóveda celeste, en una noche límpida y serena.

Además de todo, la pluralidad de mundos es la prueba evidente del cariño que el Criador tiene para sus criaturas; y si así no fuese, ¿no

tendríamos el ineludible derecho de renegar y maldecir no una, sino mil y mil veces, de Aquel que nos creó, puesto que solo nos creaba para atormentarnos mientras vivíamos la vida terrena, la vida del dolor, la vida de la amargura, en la cual, por cada sonrisa que a los labios del hombre aparece, brota un raudal de lágrimas inmensas? O cuando creyéndonos libres, tuviéramos un minuto de placer por creer que íbamos a gozar de la tierra prometida, y nos encontráramos por recompensa a nuestros sufrimientos *el fuego del Purgatorio*, LA OSCURIDAD DEL LIMBO, LAS CALDERAS DE ACEITE HIRVIENDO, LOS HIERROS CANDENTES DEL TENEBROSO INFIERNO, **O LA COMPLETA DESTRUCCIÓN DE NUESTRO SER?** Creemos que sí, como igualmente creerá todo hombre, que conozca de veras la caridad, justicia y misericordia de Dios.

Esto así, desechemos ésta falsa teoría que tanto daño ha causado a la humanidad por haber admitido como dogma divino su existencia, sin acordarse de aquellas divinas palabras del Redentor; que decía: *Las cosas que salen del hombre, son las que manchan al hombre* y esta otra: *Toda planta que no fuese plantad por mi padre celestial, arrancada será de raíz.*

Dejemos ya hasta de pensar en esta fábula digna tan solo de ocupar el lugar del *Bu* que asusta a los chiquillos, y desechando de nosotros toda clase de preocupación y fanatismo, admitamos lo justo y razonable, lo que está más en armonía con la justicia divina y con nuestro modo de ser.

Desautorizado por completo los dogmas católicos arriba citados y la escéptica creencia materialista, solo nos resta ya patentizar la existencia del mundo espiritual o mundo invisible.

El mundo invisible es donde tenemos que vivir la vida errática o interplanetaria, mientras que despojado de la materia, esperamos el momento oportuno para volver a encarnar; esto es, el regreso que tenemos que hacer para pagar las deudas de la última, o el último peldaño que subimos pasando a un mundo mejor por nuestros merecimientos.

El mundo invisible, es la antesala de nuestras encarnaciones.

El mundo invisible, es uno de los puntos adonde se reconoce la justicia de Dios.

Creerlo así es reconocer a Dios grande, misericordioso, justo, magnánimo, bondadoso, y Padre verdadero de sus criaturas.

Interpretarlo de distinto modo es hacerle pigmeo, vengativo, cruel, injusto, bárbaro, destructor, caprichoso y déspota.

Reconocerle del primer modo es adorarle en Espíritu y verdad.

Del segundo, en materia y en mentira.

Creerle capaz de ocupar el primer puesto, es reconocerle como DIOS.

Creerle capaz de las iniquidades segundas, es como ha dicho muy bien el orador sin segundo Emilio Castelar, *es un verdugo sin conciencia.*

Escoged: o Dios o *nada*.

G.M.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

Síntesis general de la doctrina mediánica obtenida por el médium mecánico Señor Montero

Madrid 16 de Noviembre de 1869

(CONCLUSIÓN)

Semejante resolución, si era inmotivada, revelaría capricho injusto, si era por castigo entrañaría crueldades razón en ambos casos la criatura para quejarse de su Creador, y exclamar: «Señor ¿para qué me has creado? ¿Dónde y quién realizará el bien que ha debido ser tu objeto? ¿Para qué tanto portento, si tú no lo necesitas, y yo no los he de disfrutar si ni siquiera conocer? ¿Con qué fin darme un germen de sabiduría en la inteligencia, si ni siquiera me das tiempo a conocer esta tierra en la que me confinas, si apenas me das tiempo ni ocasión de conocerme a mí mismo y poder llenar mi destino según tus miras? ¡Señor! ¡Señor! ¿para qué crearme, si bastándote tú mismo, para nada me necesitabas, y menos mis sufrimientos, que has podido evitar y debiste prever? ¿Qué padre engendraría hijos para el tormento eterno y antemano conocido, pudiendo engendrarnos para la felicidad? ¡O tu poder es mezquino, o tu amor es mentira, o mi destino ha de ser otro más allá de este valle de lágrimas, luto y desconsuelo, al que por tu sola voluntad me has arrojado!...»

Y con efecto, no es la tierra el centro único, ni siquiera el mejor, en el que la criatura inteligente mira su destino: la tierra no es otra cosa que uno de los innumerable punto de escala en ese camino que conduce al bien: y fuera de la tierra colocados son por la voluntad Omnipotente, millones de millones de mundo, ninguno igual a otro, como no son tampoco los seres

que lo puebla; que Dios por su inmenso amor crea cuanto puede, y lo puede todo menos el mal; crea desde mientras que puede, siendo eterno su poder; y como ninguna de sus criaturas inteligentes es creada mejor que otra, y como por ninguna puede tener preferencias, dice a todas:

«Se y obra; no puedo hacerte cual yo, porque soy increado, y tú eres mi creación; pero te doy de mi cuanto puedo; la actividad con la vida, y la sabiduría con la inteligencia; limitada respecto de mí, es verdad, pero limitada respecto de mi creación, que a su vez lo es en el tiempo y en el espacio: te destino al bien, pero quiero que lo alcances por ti mismo, para igualarte a mí en cuanto me es dado, puesto que si no te dejara esa libertad de acción, el bien que realizara sería mío y no tuyo, y siempre echarías de menos la propiedad; te doy para realizarlo todo el tiempo de que puedo disponer desde ahora, la eternidad: todo el espacio que me es dado fuera de mí, la inmensidad; todos los medios que necesitas como hechura y no hacedor, el Universo entero; recorre, pues, a tu antojo ese Universo, estúdiale en su conjunto y en sus infinitos detalles, que cuanto más le conozcas, mas fácil te será el bien, mas te conocerás a ti mismo, y más te aproximarás a mí. Y para que nada eches de menos, hasta la ausencia del bien podrás experimentar si dejas de hacerlo alguna vez, produciendo lo que llamarás el mal; aunque te advierto que sufrirás entonces por tu culpa, y no quisiera sufrieses, porque te amo con toda la intensidad de mi infinito amor: únicamente te prohíbo destruir mi obra; y no por contrariarte, sino porque sería destruir, anonadar el bien y permitiéndolo, yo sería quien produjera el mal, que en este caso sería absoluto por la ausencia total de aquel; aparte de que, no puede menos el bien de ser indestructible, como todo lo que resulta de la esencia de mi ser: por eso no podrás nada contra las leyes de mi creación: se, pues, y obra; que cuando conozcas todos los fundamentos del bien y le produzcas por el amor cual yo, esto es imitándome, te asociarás a mí en el tiempo y el espacio para la grandiosa obra de que formas parte.»

Y el espíritu obra libremente y recorre los mundos con arreglo a las leyes que rigen su composición, armonía y enlace: los que ahora divisáis solamente y en vano queréis conocer, les habéis recorrido en el ayer, y los recorreréis en el mañana de vuestro ser espiritual, recorriendo por doquiera el fruto natural de vuestras acciones, bueno, si al bien se encaminan, malo, si del bien se partan: pues es ley que a cada uno según sus obras, y por efecto de sus obras mismas.

Y no recorre solo cada espíritu el Universo, ni por estar entregado a si mismo deja de tener frecuentes avisos y llamadas al buen camino; el bien de cada cual forma parte del bien general, y producirlo es el destino de todos; por eso los espíritus ya superiores se ocupan del bien de los inferiores, sin ejercer la coacción que resultaría si se constituyeran

tangiblemente en sus guías o consejeros, aunque del mismo modo puede los impuros ejercer también influencia, por medio unos y otros del conductor inteligente, que a todo enlaza, y del fluido magnético y aún del orgánico, que sobre todos puede obrar, y les enlaza igualmente.

Ni son la inspiración, el sueño magnético y las obsesiones de todo género que los espíritus encarnados experimentan, sin advertirlo las más veces son los únicos medios de que disponen los errantes o libres para comunicar con ellos, y entre sí mismos, con mejor o peor intención; la comunicación espiritual propiamente dicha, esto es, de espíritu a espíritu materialmente realizada; las visiones en sus diversos grados y condiciones; las encarnaciones especiales; la ubicuidad superior o el empleo de espíritus intermediarios, mantienen las relaciones que por las indicadas y otras muchas leyes median entre los encarnados y entre los que no lo están.

Por los medios que hemos indicado, con buena y no buena intención, por aspiración propia o inspiración extraña, con o sin conciencia exacta del objeto, medios y resultado, los mundos o mejor dicho, los seres racionales que pueblan los mundos, tienen y están en comunicación con las entidades del mundo espiritual, y estas entre sí, siendo la comunicación más directa y eficazmente dirigida para realizar el bien, según son los comunicantes, y con especialidad del mundo espiritual, más adelantado en su progreso y por consecuencia más elevados en moralidad e inteligencia; pues hay que tener en cuenta que, la muerte o sea, la descomposición del cuerpo en que un alma o espíritu encarnado llena un destino transitorio, no da al espíritu ni más virtud, ni más sabiduría, que las que hasta entonces y desde su primitivo estado por su trabajo, expiaciones, pruebas y estudio hubiese alcanzado; y le deja por el contrario todas sus pasiones, deseos y tendencias, más vivas aún que cuando vivía y obraba por medio de aquel cuerpo, por cuanto la sensación, la percepción y la memoria son en el espíritu muy superiores, y al hablar de sensaciones no solo nos referimos a las morales sino también a las físicas, pues la película mundanal que arrastran consigo los que han vivido solo o principalmente para la materia en los mundos, les hace sentir: fuera de ellos y de los cuerpos, todas las necesidades que ellos y en los cuerpos constituían su bien, y sin medios de satisfacerlas, ni recurso para evitarlas, mientras en una nueva encarnación no sepan y logren dominarlas y tenerlas en poco, u olvidarse de ellas enteramente.

Esta ley, resultante de las que rigen o enlazan al espíritu y la materia modificada que forma los mundos, y que viene hacer una nueva aplicación ineludible del precepto: «a cada cual según sus obras y por efecto de sus obras mismas» establece en los espíritus no encarnados, a su semejanza de los que lo están, todas las diferencias que en estos resultan del carácter, indicaciones e instrucción, más otra diferencia esencial, que así mismo

existe entre los encarnados, aun cuando no se destaque en estos tantos como en aquellos; y es, la procedente de la práctica del bien por el bien mismo y sin mira alguna egoísta, o la diferencia por el bien ajeno propuesto siempre o la más veces al particular, de que resulta el mal para muchos aunque transitorio, y el bien ficticio y mas transitorio aun para uno solo.

Por eso hay espíritus libres, es decir, puros y más o menos superiores; cuya película mundanal procede de mundos superiores también y exentos como tales de las penosas necesidades físicas a los inferiores inherentes; pudiendo por lo tanto girar en las esferas de acción de los que forman la escala ascendente llegar a los que últimamente han llenado su misión, sin precisión de hacerlo en unos y en otros, si su voluntad no lo quiere para el bien, que es el único móvil por el cual obran; y espíritus errantes, o sean obligados a girar a la ventura y sin guía en el espacio inconmensurable, privados de toda luz y comunicación consciente, o bien a permanecer apegados al mundo que abandonaron, sin salir de su esfera de acción y hasta de su atmósfera si la tiene, sintiendo todas las necesidades que en él satisfechas constituían un solo bien, y que imposible de satisfacer forman su tormento en la erraticidad espiritual.

Los primeros son ángeles dedicados al bien de los segundos, que son pecadores purgando la intención de sus culpas, mientras que por su voluntad y en otra u otras encarnaciones, y sin que para ellos se suspendan, varíen o modifiquen las leyes generales, ni se les dispense una protección especial, logren realizar todo el bien que pudiéndolo dejaron antes de hacer, y experimentar todos absolutamente todos los males que han causado voluntariamente y con todas sus consecuencias.

La libertad de los primeros, se empleó en el bien de todo y de todos, como ángeles custodios, que a su vez son custodiados por otros superiores que también tienen los suyos, continuando todos en esta escala interminable, porque su término sería el Creador con el que la criatura jamás puede confundirse; continuando digo, su progreso en mundos cielos, de que no hay posible idea para los que solo mundos inferiores han recorrido: esa libertad es la gloria de los justos que no han perdido nunca su primitiva pureza; es la gloria de los santos, que habiéndola perdido, han sabido recordarla, porque la gloria es honra.

La erraticidad de los segundos, su oscuridad y su aislamiento, su especie de gravitación sobre los mundos que abandonaron y en los cuales no hicieron el bien, que en definitiva es el destino de los seres racionales, como es el de los demás contribuir a él: esa erraticidad, es el purgatorio de los pecadores, como sus encarnaciones de sufrimiento y expiación son el infierno, sin la inconcebible eternidad de las penas, doblemente inconcebibles para quienes conocen y confiesan un Dios omnipotente, todo bondad, todo amor, todo justicia.

Los pecadores, y cuanto más lo sean, más lo sufrirán en sus encarnaciones de expiación, en su errante purgatorio; más tiempo tardarán en cambiar los mundos infiernos por los mundos cielos; pero ellos lo merecerán y obtendrán: que Dios omnipotencia lo puede. Dios sabiduría lo prevé, y Dios amor lo quiere; la justicia de Dios que no puede ser la crueldad, que ni siquiera puede ser superior a su amor, a su sabiduría y a su omnipotencia, ha dado a cada uno según sus obras y por efecto de sus obras mismas, creando para el bien de todos y para todos.

Para individualizar el bien, la materia; para sentirle, la vida; para conocerle, la inteligencia, y para realizarle, la eternidad: de otro modo, la obra de la creación fuera defectuosa, incompleta, caprichosa: Dios sabiéndolo, condenaría a eternos tormentos dos partes de su misma esencia, la inteligencia y la vida, y para mas gozarse en la eternidad de esos tormentos, habría empleado su poder creando la materia, que separa, que limita, individualiza, la esencia divina distribuida en su creación. Tal sería Dios, si en efecto fuera cual la aberración de la inteligencia humana, o el interés particular o mal entendido, suele pintarle.»

(EL ALMA)

CENTRO ESPIRITISTA DE MADRID

Médium. M. P y B.

EL INFIERNO

Comunicación del espíritu protector leída en la sesión del 13 *de Mayo de* 1869 *en la Sociedad Espiritista Española*

El que dice, el Ser purga eternamente, ni se ha formado jamás idea de la eternidad ni de Dios.

¡Eternidad! Momento sin duración y sin extensión, instante siempre presente, ser que es y es, y es y será, y no será, *jamás no ser.*

¡Dios! Bondad infinita, amor perfecto, por consiguiente, desinteresado amor, amor más allá de toda duración, amor anterior a toda duración.

Infierno.—¡Ser un ser sin ser a la vez, esperar, no esperar jamás ver al ser del amor infinito, figúraselo acariciando a sus escogidos, maldiciendo a sus reprobados, y al mismo tiempo engendrando a todos de un mismo pensamiento!

¡Dios entregando a sus criaturas a un atormentador eterno! ¡Dios dando a sus criaturas al desaliento eterno! ¡Dios dejando sin pago el menor de los pensamientos buenos!… ¡Dios ingrato! ¡Ingrato Él!!!

¡Dios que a todos dio ser sin pedírselo, olvidando el menor de los beneficios! ¡Dios enseñando a los escogidos el tormento de los réprobos, réprobos que fueron su padres, sus hermanos, sus hijos, y gozando, gozando y deleitándose, y diciendo *¡Hosanna! ¡Hosanna!* y no revelándose todos y diciendo: Yo soy más Dios que tú, que no perdonas una injusticia, ni derrama una lágrima de compasión, sobre los que te ofendieron.

Tú el ser justo y misericordioso, el amor infinito, ¿puedes dejar de amar?

¿Y dices que sabes amar?

¡Oh! no, el Dios que hubiese creado el infierno, sólo una cosa sabría hacer bien. *¡Odiar!!!* ¡Qué fácil le ponéis el camino del olvido a Dios! ¡Desgraciados de vosotros los que os figuráis un Dios que hace seres infelices a sabiendas, que otorga a sus criaturas la vida para que eternamente la posean como el medio de sufrir una no interrumpida serie de tormentos y amarguras!

¿Y qué derecho tendrá Dios al crear de su esencia buena a un ser para que fuese perpetuamente malo?

Pero no con qué derecho. ¿qué amor pudo tenerle nunca, cuando de no hacerle bueno, no le hizo? ¿O aspiráis a suponer a Dios capaz de crear dos clases de hijos del amor de Dios e hijos de su odio?

Vuestro Dios es contradicción patente de sí mismo, vuestro Dios no es posible, vuestro Dios no es Dios, Ser Eterno, es un Dios temporal, porque el Dios eterno no puede ser contradicción.

¿Cómo haríamos nosotros a Dios y al infierno?

Supongamos un Dios infinitamente justo: lo primero que hace un ser justo es dar a cada cual lo que es suyo.

Piensa, y como es justo, piensa ni más ni menos lo que quiere. Un ser.

A ese ser le hace bueno; pero como él no puede ver su bondad sino por grados, para verla y juzgarla de ella, ha de obrar comprando.— Ha de vivir.

Ese Ser Supremo, es a la vez sabio. ¿Creará la negación? No, si no que se valdrá de la imperfección de ese ser para que compare lo menos bueno con lo más, y al establecer esa comparación, claro es que el menos bien, el relativo bien será para el mal.

Ese ser, para comparar la primera vez necesita un dato: pues lo que hace es, que conozca instintivamente que obra, sin conocer; quedando aquella acción guardada para compararla, le da primero *razón sin uso*, y después *uso de razón*. Ya es, ya va a obrar, a ver; como compara y juzga con la limitación de la materia, y tiene pasiones, se decide mal, elige el menos bien que la pasión le presenta como más. ¡Ha caído!

Ha pecado.

¿Qué es lo justo que debe hacer?

Deshacer aquel yerro que ha hecho. Ese Dios justo preséntale esa elección otra vez, y otra vez, y en eso pasa mucho tiempo, y aprendiendo a elegir, llega a ser bueno por su propio esfuerzo y sin violencia.

Pero supongamos que no es así. Supongamos que llega una vez y peca, y Dios entonces le lanza al infierno; tenemos que un ser bueno por esencia, hará eterna y forzosamente el mal. ¿Quién será el responsable? ¿La criatura? ¿El ser? No: sino quien lo ha condenado a perpetuo estancamiento.

He aquí un creador que se siente humillado en su creación. Esta no ha llegado a su colmo, ha sido un aborto, es una prueba mala de Dios.

¿Cómo si Dios era sabio infinitamente se equivocó? Y si no se equivocó. ¿cómo era justo y bueno?

Volvamos al punto de partida, el Dios del infierno no puede existir. Veamos si es más racional nuestra hipótesis.

La criatura que pecó, llega a elegir otra vez.

Peca.

Dios le vuelve a decir. ¿Quieres remediar el mal o no quieres? No. ¿No quieres? Pues eres libre de no pagar, y de estancarte hasta que pagues.

He aquí que te condenas por tu voluntad; soy justo; mientras no remedies ese mal, no sabrás elegir más bien, porque no puedes pasar por alto un grado en la comparación, yo no te lo puedo hacer saltar porque soy justo: si no quieres repetir la prueba, tú eres el que te atrasas. Yo deseo que adelantes; pero como te di libertad, te dejo que no goces más que eso, en vez de que si quieres puedes gozar más; pero te hago penar, dejándote donde estás, con lo que hayas adquirido, pero sin darte más hasta que te lo ganes. Lo que has ganado no te lo quito; pero estoy en mi derecho en no

darte más que lo justo, lo que hayas ganado. Yo no puedo hacer que tú adquieras lo que no quieres alcanzar por su justo precio.

Otros pasarán y gozarán más; yo seguiré siendo justo, y tanto, que si te hiciera penar más tampoco sería justo; porque te obligaría con las penas a que aceptases la prueba y entonces no serías libre. Tu culpa es tu castigo, porque al pecar has atado tu voluntad a una cosa que mientras no desates, no te deja marchar. Ese es tu castigo. Tu culpa es el obstáculo que te cierra el camino para llegar a mí. Tu culpa está entre tú y yo.

La pena dura lo que tú quieras; tú tienes lo que mereces, y yo sigo siendo justo, amándote y deseando que vengas; pero tú eres libre.

Pero si yo impusiese la expiación, no sería justo, porque valuaría el valor de la culpa que no es mía, le quitaría a su dueño la libertad de fijarle precio, puesto que de ti depende que vengas a mí, no soy yo el que te alejo; que harto sufro con no poderte estrechar contra mí.

Esto debe decir Dios. Y si no lo dijera, en honra suya y nuestra, debíamos pensarlo así.

Dios ama a todo ser, más que cualquiera ser a Él. Dios ama, desea que todos vayamos a Él; pero vamos en el tiempo y libres. Iremos, pero iremos cuando queramos, espontáneamente, andando *todo* el camino, y Él nos esperará; que corremos, mejor, antes nos abrazará. Porque Dios sufre en el tiempo y goza en la eternidad, y si el hombre fue en el tiempo, verdaderamente será en la eternidad.

ESPÍRITU DE SÓCRATES.

MONSEÑOR DARBOY, ARZOBISPO DE PARÍS

(*Génova* 11 *de Junio de* 1871. *Médium*, *Sra Bourdin*) [1]

La médium.—Veo al arzobispo de París rodeado de rehenes que, como él, han sido víctimas del movimiento revolucionario.

Nos hallamos en una plaza pública en cuyo centro se eleva una tribuna: de esta tribuna el arzobispo domina una multitud de espíritus libres

[1] Esta notable comunicación ha sido obtenida por la visión mediante un vaso con agua.

y encarnados, unos lo reciben con júbilo, mientras otros parecen todavía amenazarle. Se muestra tranquilo y se dirige a la multitud.

Leo estas palabras, que se me presentan por encima de su cabeza.

«Amigos míos, los grandes acontecimientos que acaban de cumplirse se desarrollan aquí de una manera muy diferente que en la Tierra.

»Habéis escrito sobre nuestras cabezas *victimas*, y aquí leemos *justicia*; pero esta palabra tiene una significación diferente de la que vosotros lo atribuís.

»El principio de las existencias sucesivas ilustrándonos sobre el pasado desata el lazo de las conciencias. En este grandioso e inmortal libro de la reencarnación leemos antiguas páginas escritas con sangre y entonces es cuando podemos aplicarnos estas palabras del Cristo: *El que se sirva de la espada, por la espada perecerá.*

»¡Cuántas existencia no hemos ya recorrido desde la que ha sellado esta página ensangrentada, y cuántas otras han intentado borrarla! ¡En fin, aquí nos hallamos tranquilos con nuestra conciencia, después de haber sufrido la pena del Talión!

«¡Cuantos recuerdos tristes presenta este gran libro abierto ante nuestra vista! El que más entristece a mi alma se aviva con esta línea que parece escrita con caracteres de fuego: ¡Inquisición!

»Si os doy esta explicación es porque, a la vez que puede serviros de instrucción, siento la necesidad de una confesión sincera.

«Más adelante habrá escenas que aterrorizarán al mundo entero, y que arrancarán este grito de todos los corazones: *¡Horror! ¡Horror!* Y aquí diremos nosotros: *¡Justicia! ¡justicia!*

»Entonces será el reverso del drama que acabáis de presenciar. Nada queda impune; perseguidores y perseguidos se castigan y se perdonan, porque todo debe entrar en el grandioso orden de la unidad.

»Las revoluciones son terribles, pero deben traer inevitablemente un gran cambio moral; deben estremecer los tronos para unir los pueblos; deben perseguir al clero para conducirlo a una sana doctrina. El rico sufrirá desconcierto en sus proyectos ambiciosos y pérdidas considerable en sus cálculos financieros, lo cual le hará comprender fácilmente las inquietudes y las privaciones de la clase obrera. No mirará mas al pueblo como *una cosa* para su uso, y el pueblo mismo verá acercársele todas esas clases de la sociedad que parecen mirarlo desde tan alto, se instruirá más, lo cual elevará sus sentimientos a un grado más digno, porque la instrucción atemperará sus pasiones.

»Entonces será cuando la calma se disfrutará entre los espíritus y cuando la seguridad afirmará el reinado de la fraternidad y de la solidaridad.

»Es ese el voto del pueblo, y el grito del pueblo es la voz de Dios.»

(De la *Revue Spirite*)

LOS TRES CIEGOS

PARÁBOLA

7 de OCTUBRE de 1869 (MED. M. DID…)

Un hombre rico y generoso,—lo cual es muy raro,— encontró en su camino a tres desgraciados ciegos casi muertos de hambre y de fatiga, y les presentó a cada uno una moneda de oro. El primero, ciego de nacimiento, agriado por la miseria, no se dignó, ni aun siquiera, abrir la mano; porque no había visto jamás—decía—que se hubiese ofrecido el oro a un mendigo: esto era imposible. El segundo ciego tendió maquinalmente la mano, pero arrojó al momento la ofrenda que se le hacía: como su amigo la consideraba; o bien una ilusión, o bien obra de algún burlón de más género: es una palabra, la moneda según él, debía ser falsa. El tercero por el contrario, lleno de fe en Dios y de inteligencia, en quien la fineza del tacto había, en parte, sustituido a la vista que le faltaba, tomó la moneda, la palpó, y levantándose, dio gracias a su bienhechor, y marchó hacia la ciudad vecina para procurarse lo que le hacía falta a su existencia.

Los hombres son los ciegos; el espiritismo es el oro; juzgad del árbol por el fruto.

LUCAS.

(Revue Spirite)

VARIEDADES

El Circulo Espiritista.— uno de los refundidos en la SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, concedió a Salvador Sellés el título de socio corresponsal en agradecimiento a sus trabajos propagandistas en esta capital: remitiendo éste, con este motivo, la siguiente bellísima poesía:

A MIS HERMANOS

LOS ESPIRITISTAS DE ALICANTE

Hermanos , este papel
que recibido de voz,
es un aura de vergel
de las mansiones de Dios.

Soplo de aroma y dulzura
que ha descendido con calma,
hasta dar la vida a un alma
dentro de la sepultura.

Alma que estaba sumida
del sepulcro en el encierro,
porque después del destierro
no queda en el alma vida.

Vuestro cariño profundo
penetró en mi desconsuelo,
como el sol entra en el cielo,
dando luz y ser al mundo.

Y al pensar con efusión
que no olvidáis mi laúd,
un rayo de gratitud
incendió mi corazón.

Gracias, hermano yo os juro
cariño eterno y constante,

pues recordáis al oscuro
propagador de Alicante.

Cariño dulce y bendito
como una alborada pía
que llevará el alma mía
al seno del infinito.

¡Ah! Si tuviera el laúd
que en esas playas pulsé.
¡Con qué entusiasmo y que fe
cantara mi gratitud!

Mas ¡ay! aquí mi sonora
lira, destrozada queda,
bajo formidable rueda
de grave locomotora.

Huyó espantada la musa
que me inspiraba mis cantos,
y hasta mi mente confusa
se niega a pintar mis llantos.

Poeta vine a nacer:
no quiere mi obligación,
y hoy inmolo mi afición
en aras de mi deber.

Mas mientras mi corazón
sienta de vida la llama,
en cada palpitación
os dirá siempre que os ama.

Sí, yo soy aquel felice
mortal, que en esas riberas
sembró las flores primeras,
que hoy vuestro pecho bendice.

Y caminando a la luz
de una sublime verdad,
recordé en esa ciudad
la historia de aquella Cruz.

Y cuando tenido en poco
con la ignorancia luchaba,
y mi patria contestaba
con risotada «al loco,»

Yo las alas recogía

del ave eterna del alma,
y con resignada calma
esperaba este gran día.

La semilla que vertí
al cabo fructifico;
Dios que mi fe me inspiró
hoy me recompensa así.

Hermanos, seguid mis huellas
con aquel fuego de mi alma,
y mostrad doquier sin calma
estas doctrinas tan bellas.

Decid a la humanidad
que tiembla de espanto inerte,
que ya está muerta la muerte
al pié de la eternidad.

Que aquellos seres queridos
que la parca ha arrebatado,
hoy vuelven a nuestro lado
por el afecto atraídos.

Que escuchan nuestros acentos,
contemplan nuestras acciones,
besan nuestros corazones,
alumbran el pensamiento.

Que cuando el cuerpo mortal
desate sus duros lazos,
nos veremos en sus brazos
en la mansión celestial.

Decid que esos globos de oro
que giran en los espacios,
son los hermosos palacios
que ha de heredar nuestro lloro.

Que en esos mundos lejanos
seres cual nosotros moran,
nos aman, nos adoran,
nos esperan, son hermanos.

Que es el alma inmortal,
que sufriendo y estudiando,
va continuo caminando
hacia su bello ideal.

Que de su destino en pos
por el amor transformada,
desde el ceno de la nada
vuela al regazo de Dios.

El Dios luz, del Dios bendito,
en cuyos fines profundos,
a miles sembró los mundos
en el espacio infinito.

Del Dios que abarca en sus alas,
de luz, la inmensa creación,
cuya magníficas galas
su pobre reflejo son.

Del Dios amante y sincero
que antes de perder a un alma
hundiera en la horrible calma
de no ser, al mundo entero.

Del Dios, que de iguales modo
nos hizo a todos iguales,
que en sus brazos paternales
nos está esperando *a todos.*

Dulce beso de emoción
de vosotros me despido…
¡Dios mío, Dios de mi vida,
bésales tú el corazón!

SALVADOR SELLÉS.

MISCELÁNEA

Estadística moral de los cébiles romanistas. — Extractamos de dos periódicos madrileños, las siguientes lindezas:

«El teatro representa un colegio católico.

*Personaje*s: Un clérigo, una niña de siete años y el tribunal de justicia.

Argumento: ¡Permítame Ud. que no lo explane!

¡Es tan… tan…!»

«En Valencia se ha denunciado otros de esos abusos de clérigo que el decoro no permite nombrar.

Pero es evidente si no les pagan, ¿qué han de hacer?»

Otro Padre Dufour.— Cuenta el *Órgano de Namur*, que un jefe de tren sorprendió Árlou y Sterpeniek, en flagrante delito de *duforismo*, a un reverendo padre de edad más que madura, y una señora que es maestra de niñas.

Ambos fueron entregados a los tribunales en la primera estación donde paró el convoy.»

Es mucha la beatitud de tanto *padre!!*....

Astutos.—Un periódico nos califica de *inocentes*, porque no aplaudimos la conducta que sigue la Iglesia católica con los casado por lo civil. No es de extrañar el adjetivo, nuestra miopía nos impide alcanzar el profundo, santo y bendito objeto que mueve a la curia romana a denominar a MANCEBADOS y tener por tales, a los que, cumpliendo con la ley, legalizan su unión ante el Estado.

¿Querrá decirnos el órgano de los católicos, que valor da al deshonroso dictando de amancebamiento? ¿Cómo denominará a los extranjeros que se casan obedeciendo a las leyes civiles de varios Estado o de diferentes cultos o ritos? ¿Se atreverá, falto de caridad evangélica y de caballeroso respeto, a titular manceba, a la casta esposa de un protestante? Pues, si no es digno hacerlo estando unida a su esposo por las leyes de su país, menos, mucho menos lo es a los compatriotas, cuando se cobra del Estado sueldo para servirle.

Nosotros concedemos a la Iglesia el derecho de no reconocer cumplidamente el matrimonio civil, pero de esto a insultar a respetables personas hay una gran diferencia.

Cuando tengamos datos daremos a conocer otra hazaña clerical que demuestra la falta de amor al prójimo y la dureza de corazón que tiene la romana secta.

Renuncie a su *congrua* el sacerdocio y esto le dará más libertad de acción y desdecirá menos en su constante embate hacia el Estado, cuando alarga, por otra parte su mano para pedir dinero.

Visita.—Hemos tenido el gusto de abrazar a nuestro representante en Madrid y Secretario de la «Sociedad Espiritista Española», nuestro apreciable hermano Francisco Migueles, que ha pasado entre nosotros cuatro días; que nos ha dado a conocer la buena marcha que lleva allí el Espiritismo y los opimos frutos que se esperan conseguir de los trabajos de propaganda.

Mucho nos ha complacido esta visita, que aúna más las buenas relaciones de las dos Sociedades.

También ha traído retrato de Marieta, y Dunglas Home, que quedan en venta en el local de la Sociedad.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores que abonen cuanto antes el importe de su sus suscripciones, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

La suscripción del año entrante será por un año como sucede con todas las revistas de esta clase, no sirviendo ninguna cuyo importe no obre en poder de la Administración; invitamos, pues, a la renovación.

ALICANTE.—1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía.
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

Año I. Alicante 20 de Diciembre de 1872. Num.24.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SECCIÓN DOCTRINAL

LAS ESTRELLAS

¡Bella, radiante y vaporosa es la vida del espíritu libre que viaja a su capricho por los ámbitos etéreos, en los que se columpia y extasía contemplando el sublime panorama que le presenta la variedad infinita de mundos y de soles, de luces y de colores, de armoniosos sonidos y de embalsamados perfumes, de gigantescas formas y de pequeños asteroides, de gaseosos cometas y de fugaces meteoros, que enlazando luz y color, sonido y aroma con la velocidad de las imponentes masas que flotan en el espacio, cual granos de imperceptible arena, llevadas por la ley de la atracción, forman la celestial armonía que canta a DIOS la creación infinita, desde el *alfa* al *omega*, desde el mundo microscópico a la mole colosal de un sol, refulgente topacio de la corona divina del Creador!

¡Qué mayor dicha, que admirar esos auríferos arenales de estrellas, esas miríadas de soles brillantísimos que componen las nebulosas y cuyo conjunto, cohesión y órbita llena de conjeturas la mente humana! Grandioso espectáculo será, ver dar vueltas sobre sus ejes a los mundos con sus satélites y anillos y a su vez seguir la órbita alrededor de su foco solar: distinguir a los soles cruzar el éter obedeciendo como los demás soles de su nebulosa, a otro foco que les atrae y rige y vislumbrar a todas las nebulosas girando... y girando en lo indefinido, atraídas y regularizadas por....... lo incomprensible para nosotros, cuya inteligencia es aún demasiado mezquina para llegar a mirar frente a frente tal problema. Ni atrevernos siquiera a crear la más pequeña hipótesis con que apagar nuestra natural sed de saber, con que satisfacer nuestro constante anhelo de descorrer el

pesado crespón que cubre esos misterios estelares, tan difíciles de desenvolver, como difícil es conocer la esencia espiritual y su momento de creación.

Son muchedumbres de puntos obrando admirables evoluciones, cual aguerrido y adiestrado ejército que ejecuta sus maniobras, sin discrepar ni un ápice de su trazado plan, de su previsto movimiento; obedeciendo a inalterables leyes que los dividen y ordenan en tribus o sistemas siderales; pequeños pueblos que se agrupan para constituir grandes nacionalidades o federaciones, tituladas nebulosas, las que agregadas suman la multitud astral.

¡Qué deliciosa música entonarán los planetas con su incesante trepidación en su majestuosa marcha, cuando haciendo bucles y arabescos recorren meciéndose juguetones la elipse de su vida! ¡Qué coro celestial elevarán cantando los seres que pueblan los mundos y los que viven en las regiones de luz! ¡Qué aroma, exhalarán los ricos pebeteros de la creación, alimentados de esencia por los cármenes del infinito! ¡Qué variados y encantadores cambios de luz producirán los cristalinos prismas, descomponiéndola en vistosos colores que engalanen el iris de paz que Dios ofrece a sus conscientes criaturas, que quieren y desean comprenderle! ¡Qué efluvios de luz solar y eléctrica bañarán el inmenso y lleno vacio! ¡Auroras inconcebibles, cuadros acabados, inimitables paisajes, cuyo efecto nos es imposible apreciar! ¡Qué fuerte contraste presentará al espectador el astro que viene a la vida estelar y el decrépito mundo que rueda al abismo de la muerte, a la disgregación de las moléculas, a la devolución al cosmos de las partes constitutivas! ¡Qué alegría inspirará la bullente luz de un planeta en formación, apenas apartado de su padre sideral y qué tristeza verterá el que se apaga y pierde con su luz, su vida de relación! ¡Cuando nos elevamos en alas de la fantasía hacia la bóveda celeste, con el fin de conocerla y descifrarla, no podemos menos de arrobarnos en dulce deleite y anhelar la necesaria perfección, a facilitar tanta felicidad como cabe, al que pueda gozar realmente de las maravillas que con ayuda de nuestra imaginación nos pintamos!

La aurora matutina mas celebrada por los poetas; el crepúsculo vespertino con sus dorados fuegos, sus ricos matices y cambiantes; las tranquilas y apacibles noches de estío en las que se nos presenta terso, claro y diáfano el firmamento, dejándonos investigar su luciente tachonado, libro antiquísimo en cuyas páginas, tan grandes como el espacio, escribió Dios con la mano del tiempo y con dorados caracteres las inmutables leyes naturales y la historia de la creación, ha que pueda aspirar el limitado conocimiento de *ser creado*, descifrando de intervalo en intervalo el inextricable JEROGLÍFICO; el trino de las parleras y pintadas aves; el dulce rielar de blando arroyuelo que forma hermosísimos dibujos con su

cinta de plata y cuyo murmurio repite el envidioso eco del ameno y florido valle; el canto seductor de una tiple en cuya laringe anidara un ruiseñor; las melodías de la música; los bocetos de la pintura; el *Apolo* de la escultura; el poema poético; los preludios de la ciencia; los sueños y las utopías de la filosofía; la elocuencia arrebatadora de nuestros tribunos; el sentimiento dramático; la hermosura de la Venus terrestre; el puro amor que nos ofrece esa pudorosa flor de nuestro mundo, la mujer; el azucarado almíbar; la candorosa y alba azucena esparciendo de sus delicados pétalos embalsamado aroma; el perfume de la virtud; las lágrimas de la caridad; los tenues rayos del ardiente Febo y los argentinos de la melancólica Selen; el horrísono estruendo de la tormenta abortando el flamígero rayo; el agudo silbido del huracán desencadenado, barriendo la superficie de la tierra; el rugido del embravecido mar, queriendo impotente levantar sus orgullosas olas hasta el cielo, para desalojar a su constante pintor y borrar el tinte azul que nuestros ojos le dan: el bramido de la fiera enfurecida cuando le roban uno de sus cachorros; el estrepitoso ruido de la industria, moviendo sus batanes y máquinas de vapor; el ronco estampido del monstruo *Amstrong*, ¿Qué son, qué pueden ser estos pálidos destellos comparados con la ARMONÍA UNIVERSAL? ¡¡Sombra y solo triste sombra del gran cuadro pintado por el Supremo Apeles!!

Alcemos nuestra vista a los desiertos de la inmensidad, vislumbrando otra vida mejor en la mansión celestial, en esos mundos más perfectos; levantemos nuestro abatido espíritu, casi vencido ya en la lucha que sostiene con la materia; contemplemos la *vía láctea* que se parece al simún en el desierto, nube extensa de brillante y pulverulenta arena, y uno de cuyos despreciables granos es nuestro protector y benéfico *sol*; investiguemos el por qué de esas luces que vienen a nosotros desde millones de miriámetros con incansable afán, a decirnos *algo*, a participarnos su existencia, a inducirnos al estudio, incitándonos a que deletreemos en esa página abierta del *arcano de la vida*, en la que consta la universalidad de vidas, en una eterna existencia individual. Sí; despreciemos el orgulloso génesis mosaico, si lo hemos de aceptar *ad pedem litere*; abandonemos la necia idea de creernos los solos habitantes racionales del universo entero y para quienes se hizo tan complicado como sencillo sistema; dejemos en fin, la vanidosa especie de ser el modelo más acabado que brotó de las manos del divino artífice, y así entenderemos las bellezas relativas, solo relativas, que encierra el bajel en que bogamos. ¡No queramos romper la cadena de la variedad infinita; somos uno de sus innumerables eslabones, y aquella no tiene solución de continuidad!

Luces benditas, que hacéis una marcha de cinco millones de años para venir a consolarnos; luces protectoras, que con tanta previsión mandasteis vuestros luminosos rayos mucho antes que el *ser inteligente*

apareciera en la tierra, con el santo fin de que hoy pudiera estudiaros: luces caritativas que os llegáis al hombre señalándole el camino, marcándole la ruta que ha de seguir en todos los trabajos, hoy os ha comprendido y no solo conoce y aprecia el servicio que le prestasteis ayer, enseñándole a contar el tiempo y a señalar y distinguir las variaciones, sino que también alcanza hoy su inteligencia, por ventura, a reconocer el dédalo formado por vuestro conjunto, interpretándoos mejor y leyendo fijamente la pluralidad de vidas y de mundos habitados.

Sois regeneradoras; vuestra luz constante en traer el bien, ha llegado a fructificar al calor de la ciencia tan notablemente enriquecida y aumentada por Sócrates y Platón, Pitágoras y Cristo, Galileo y Colón, Swendenborg y Laplace, Newton y Kepler, Arago y Flammarion y tantos otros verdaderos santos de la humanidad, que viniendo de otros mundos más felices, guardaron la clara intuición del Elíseo y propagaron y popularizaron vuestro lenguaje que les era tan conocido, dándoos desde entonces otro cometido más alto que el mezquino y ruin que hasta ahora habías merecido de los habitantes de la tierra. No: ya no sois prosaicos faroles que se entretienen en enviarnos, como débiles lamparillas, una dosis de luz infinitesimal, no; en el presente se ve en vosotras, globos incandescentes, focos de atracción de sistemas siderales, presidiendo centenares de planetas con vida, con trabajo, con felicidad relativa; porque ya sabe la humanidad que en la naturaleza no hay nada inútil; si se os tiene por faros luminosos que indican la senda de la perfección y que nos llaman a buscar la *Gran Causa*, el sublime Hacedor.

Ígneas esferas; girad, girad y llevad a remolque los que sirviéndose de espejo se reflejan mutuamente la luz que les remitís. Seguid impávidas vuestra marcha aérea, bienhechoras del ser inteligente, y cuando por el correo lumínico nos remitáis la prueba de vuestra vitalidad, no hagáis caso de los que cierran los ojos para no ver y los oídos para no oír. Compadecedles, no quieren descifrar ni pensar en la prueba que existe, por dedicarse afanosos a interpretar rancios versículos y a teologizar si las hipótesis y la consubstancialidad son dos hechos o dos abstracciones nacidas de la fanática imaginación de algún cenobita descalzo.

Alumbrad intensamente con vuestros fulgores; la luz no se pierde, y se necesitan raudales inmensos de luz para tanto paria, para tanto sudra desheredado de ella.

Brille con toda su fuerza el puro sol de libertad que ha aparecido en el día de la ley y la esclavitud material desaparecerá; esa mancha negra que tiñe de oscuro tinte el horizonte de la conciencia humana, convirtiéndola en arsenal de crímenes y deshonras. Brille el sol de la inteligencia que mágica alborada nos anuncia; luz, luz desean nuestros espíritus sumidos en la oscuridad de la ignorancia; calor que vivifique nuestro cuerpo aterido por el

frío escepticismo y por un austero formulario que aleja el alma del bien, tanto como maltrata al cuerpo.

¡Benditas luminarias! ¡Sois la esperanza del náufrago, del triste y del desvalido; cuando os contemplamos serenos y tranquilos, nos preparáis de esperanzas y cuando inquietos y angustiosos alzamos nuestra vista, un débil pero impasible rayo vuestro, nos aquieta y tranquiliza dándonos la resignación que nos faltaba!

Qué todos los hombres puedan entenderos, la desgracia seria entonces despedida; expulsada de la tierra.

ANTONIO DEL ESPINO Y VERA.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS

PARIS, LEDOYEN, GALERÍA DE ORLEANS, 31.

MAGNETISMO

Vosotros queréis que os diga alguna cosa sobre magnetismo; mucho me alegro, pues, de encontrarme en un centro científico. Vuestros ancianos recuerdan aun lo que sus padres hablaban de mí y de lo que se llamaba la *Cubeta de Mesmer*, a cuyo alrededor pasaban extrañas escenas. ¡Cuántas opiniones diversas se agitaron entonces en el mundo científico, en los salones y tertulias! Tantas cosas raras habéis visto en las convulsiones revolucionarias, que apenas podéis formaros una idea del modo tan diverso como se apasionaron los hombres cuando apareció el magnetismo. Los unos le miraban como un sortilegio, los otros creyeron que eran efectos nerviosos y enteramente físicos; pocos reconocieron en ello la mano de Dios, y sin embargo, el magnetismo es uno de los más grandes agentes del fluido Divino. Sí, el fluido es sin duda una emanación del Espíritu Criador.

¿Quién sino el Espíritu podía dar ese poder, que obra en el alma y en la materia organizada (el cuerpo)? ¿No veis en ello los dos principios de los seres animados; el Espíritu (alma), y la materia organizada (cuerpo)? Esta reunión de dos principios de la creación os manifiesta perfectamente, quien les ha formado y de dónde dimanan, comprendiendo desde luego el poder del magnetizador.

Empecemos por desenvolver lo más noble y de mayor interés.

ALMA

Provisto el magnetizador del fluido que llamamos *Sinónimo*, es decir, semejante; pues viene de un mismo foco, todos los rayos son *sinónimos*, *semejantes*. Luego el fluido magnético, procediendo del foco, fluido divino, está en comunicación con el alma, que tiene también su origen en el mismo foco. Resumamos este pensamiento.

Todo ser tiene un alma, todos tenemos, pues, el fluido *sinónimo*. De consiguiente, nada más fácil de comprender, que la simpatía de un alma por otra; ¡son hermanas!... Mas en todo hay debilidad o fuerza, y las almas sufren esta ley; se apocan muchas veces, al contacto de la materia. De esto resulta que un alma vigorosa y provista de más fluido domine a su hermana debilitada.

Lo mismo sucede con la materia. El cuerpo completamente impregnado de fluido, tendrá, una fuerza vital con facultad de trasmitirla a los órganos debilitados y como *disecados* del ser, cuyo fluido se ha retirados, no en totalidad, porque eso sería la muerte, pero en una parte más o menos grande.

No sé si me habéis comprendido. Prosigamos.

EFECTOS MAGNÉTICOS

He querido probaros que el alma y el cuerpo están *provistos* del fluido *sinónimo*, y ambos *sometidos* al mismo; veamos sus efectos. Como estamos en un salón, hagamos comparaciones, porque demuestran mejor la idea y son menos áridas que las científicas palabras de las academias.

Como imagen física, el fluido magnético tiene alguna analogía con la niebla, el humo, el vapor; envuelve al ser por completo y está provisto además de moléculas aspirantes. De este modo, cuando sometéis una persona a los efectos magnéticos, se halla sumergida en la *niebla* del magnetizador, confundiéndose ambos. Desde el momento en que se hace esta unión, se establece la simpatía fluídica.

Una persona sana y fuerte tendrá, como hemos dicho, mayor masa de fluido que la enervada y enfermiza. Contemplad por la mañana, esos ricos y abundantes pastos, esas praderas de exuberantes yerbas vigorosas cubiertas de rocío, y la tierra árida que queda sin este agente, que vivifica y se alimenta al mismo tiempo de la fuerza vital. Someted a un *enfermo* a una naturaleza normal y sana, y tendréis el poder *magnético*. Este se impondrá, impregnará con su fuerza regeneradora los órganos empobrecidos del

enfermo, cuyos átomos aspiratorios, con poquísimos esfuerzos, se asimilaran los que proporciona el magnetizador con el auxilio de un vigoroso movimiento fluídico, hasta que lo saturan, llenándole en cierto modo de un principio de vida. Mas como el alma debe poner siempre algo de su parte para formar un conjunto completo, ve lo que pasa a su alrededor, y como una parte del fluido magnético le pertenece y tiene su origen en ella misma, se asimilará el fluido corporal, que es su hermano, y le ayudará en su obra. Así es como se explica algún caso, aunque raro, de antipatía con el magnetizador y la lucha, y aún el alejamiento de los fluidos, y el mal éxito de la curación.

SONAMBULISMO

El sonambulismo es uno de los incidentes más interesantes del fluido magnético porque pertenece al alma; es la acción de la materia expansiva y sirve sólo como *médium* mecánico; *transmite* pero no se impone y, en este caso, el magnetizador hace las veces *de evocador*. *El cuerpo ha dormido al cuerpo* y el Espíritu pregunta al Espíritu. La materia ya no obra como *potencia*: se dobla ante el Espíritu de Dios, que se dispone a trabajar y hacer trabajar. Entonces el cuerpo cae en una muerte aparente: no tiene ya cautiva su noble prisionera, que aprovechando el sueño de su carcelero, recobra su libertad. Miradla como recorre el espacio y visita los parajes que habitó en otro tiempo, en donde encuentra sus afecciones; por un efecto galvánico, imprime al cuerpo inerte, en completa inmovilidad, el ejercicio del movimiento. ¿Quién no ha visto a los sonámbulos, dirigidos, por la voluntad del alma, andar, escribir, hablar? Yo no os referiré ahora esos hechos que hoy están a la vista, y son del dominio público, pero, ¿cómo explicarlos, si la incredulidad de mala fe, contesta negando? La incredulidad *sincera* tiene la probidad de inquirir antes de negar. Esta llega poco a poco a la verdad; sus primeros pasos son inciertos, vacila, pero mira y escucha. Sí, escucha, pregunta y se formaliza, meditando, ante las respuestas que son revelaciones. En efecto, ¿cómo puede explicarse que un sonámbulo describa lo que pasa a cien leguas de distancia, que dé los más minuciosos detalles, haciendo presenciar escenas alegres y tristes, y descubra objetos ocultos en los parajes más inaccesibles a la vista?... Todo esto se somete a pruebas evidentes de realidad, hasta el extremo de que la misma incredulidad se ve en la precisión de decir: eso es verdad.... ¿Pero cómo sucede esto? Por la emancipación momentánea del alma a la que el fluido moral ha abierto la puerta del cuerpo.... ¿Cómo? Ya lo hemos dicho, el alma es el Espíritu de origen divino encarnado en la materia; paralizad ésta materia, y desde luego, volveréis la libertad al alma, *que es su centro*: porque Dios impone la prisión carnal, del mismo modo que los hombres

imponen el *presidio* al culpable. Si dais libertad al alma, aunque momentáneamente, será como la paloma que remonta su vuelo a las azuladas alturas en donde goza. Cuando no comprende que puede elevarse, queda aturdida un momento, sin saber a dónde ir; pero después que ha sacudido de sus blancas alas el terrestre cieno, acariciada por el sol de la libertad, subirá hacia las regiones originales... Pero me desvío explicando la libertad por medio del magnetismo; esperad, pues, aquella libertad que será mucho más completa, porque será duradera, la emancipación por medio de la muerte… ¡Ah! el sueño magnético explica la libertad que Dios da a su criatura como descanso, después del trabajo, la corona, después de la lucha victoriosa.

Volveré a veros

Mesmer.

MAGNETISMO Y SONAMBULISMO

PARIS, 1864.

El sonambulismo prueba también la reencarnación

Vuelvo a vosotros como os ofrecí. Esta comunicación versará sobre el magnetismo: conozco que solo esto puede interesaros. Soy el Magnetizador Mesmer, con la sola diferencia de que sé más que no sabía y en donde estoy, ninguna pasión humana se mezcla en mis lecciones y digo lo que sé que es verdad. Quiero hablaros de otro efecto del magnetismo, el cual prueba la reencarnación y por lo mismo atestigua de una manera irrecusable el poder del alma sobre la materia; de esto mismo os hemos indicado algo en la precedente instrucción. A continuación nos proponemos demostrar que la vida anterior, vuelve al alma la memoria y facultades que sin ella no podrían explicarse.

El espíritu del magnetizador, en *relación, comunicación, comunión* con el alma (o espíritu) del magnetizado, por las razones que dejamos expuestas, adquiere un poder fluídico sobre éste. Si está purificado, por lo que será más fuerte *moralmente*, lo domina. Pero acontece a menudo que el *sonámbulo* está más *espiritualizado* que su magnetizador; en este caso el sonámbulo es quien se impone al magnetizador, cambiándose de este modo los papeles: el sonámbulo pregunta y el magnetizador contesta. Este es el

motivo porque yo he visto y veo aún sonámbulos que preguntan cosas fuera del conocimiento del magnetizador, y esto hace que no pueda explicarlos; de este modo el sonámbulo domina la facultad del magnetizador, que se ha hecho *insuficiente* y de cierto modo su alma es la que se encarga *de preguntar*. En este caso recobra su libre *albedrio* y va a donde su voluntad le conduce. Habla porque tiene dominio sobre la materia de la cual se sirve. Es su agente, su intérprete, su secretario según el empleo que quiere darle. Recuerdo una joven, sonámbula *lúcida*, como decís vosotros. Este médium vidente no poseía otro idioma que el francés no muy correcto. Dormida hablaba y escribía el inglés y el alemán con tanta gracia y elocuencia, que revelaba la educación más esmerada y el espíritu más instruido. Su magnetizador no podía seguirla por ese camino que no conocía. Entonces no comprendí como esa niña de 14 a 15 años había adquirido un saber que necesita muchos estudios; comprendía bien que el alma se trasportaba al país cuyo idioma hablaba, pero ¿y ese saber, y esas citas de los autores más profundos? Esto confundía mi razón. Una palabra me lo hubiera explicado todo: ¡REENCARNACIÓN! Entonces hubiera comprendido que esta alma había ya *existido*; el cuerpo era joven, pero el alma continuaba su marcha progresiva, volviendo a la tierra y encontrando en su pasado, lo que había visto y adquirido en otras encarnaciones.

Vosotros que conocéis el Espiritismo y sus luminosas doctrinas, habéis podido comprobar en diferentes ocasiones lo que os he dicho, pero no sucede así con todos nuestros hermanos que no son aún tan felices como vosotros. Para ellos escribimos, y de este modo se explicarán lo que para su inteligencia está aún en el misterio y el magnetismo adquirirá otra revelación. Aproximándose también esta vez al rayo que sale del foco y que aumenta de día en día, le hará ver el horizonte de los conocimientos celestes y terrestres.

Hoy tengo conocimiento de la maravillosa relación que tienen las almas entre sí, y este conocimiento os explicará las *adivinaciones* de los sonámbulos; esa simpatía que atrae al espíritu hacia el hermano, cuya materia se aleja, pero no se separa, porque hay entre ellas una *corriente magnética* que va de la una a la otra, telégrafo eléctrico que trasmite todas las preguntas y respuestas por medio de un poder oculto, que atravesando la envoltura corporal, como la electricidad cruza el espacio, invisible para el espectador, se hace patente sólo por el resultado. Si la ciencia se presentara a levantar la venda que el amor propio coloca ante sus ojos, con el magnetismo y sonambulismo tendría *auxiliares poderosos* de los cuales se sirve el charlatanismo.... ¡Marchemos hermanos; no os sirváis de armas que pueden volverse contra vosotros mismos!... Sin duda que puede haber charlatanes, pero ¿acaso no los hay en todas las ciencias? ¿Debe desterrarse la morfina de la farmacia, porque tal desgraciado se ha servido de ella para

envenenarse? ¿Deben cerrarse las cátedras de Medicina, porque alguno haya enseñado un error?... ¡No y mil veces no!... No rechacéis, pues, el magnetismo, bajo ningún *pretexto*. Es verdad que el magnetismo simplificará la medicina, pero la humanidad ganará en ello.... Mis queridos hermanos, ya veis que es menester estudiarlo y admirarlo. ¿Creéis acaso que Dios tiene suspendidas sobre vuestras cabezas las ramas de un árbol cargado de ciencia y de enseñanza, revelando un agente con doble poder, el *alma y la materia corporal*, esos principios de fe y de vida, para que vosotros los rechacéis?... Esto se parecería a los siglos de ignorancia en que se rechazaba el vapor y otras cosas que al fin vosotros aceptáis y proclamáis.

Vosotros estudiaréis, sí, y entonces ya no se me tenderá por loco ni charlatán y mi alma gozará, no por amor propio, porque el poder y la gloria solo pertenece a Dios, sino por mis hermanos de la tierra que encontrarán en el magnetismo, los motores de las creencias, que destruirán la serpiente que envenena el corazón de las naciones: el *materialismo.*

Mesmer.

(Revue Spirite)

BIBLIOGRAFÍA

EL WALS DE VENZANO Y EL ALMANAQUE DEL ESPIRITISMO

Según los críticos de los periódicos políticos de la corte, la comedia en tres actos *El Wals de Venzano*, fue recibida fríamente por el público madrileño.

El objeto, dicen, de la obra del Sr. Hurtado, era poner de manifiesto las excelencias del espiritismo, y este asunto es poco conocido de la generalidad de las gentes, para llevarlo tan pronto a la escena, y mucho menos a la de un pueblo tan frívolo como aquel.

No tenemos la misma opinión: todas las manifestaciones de la idea han sido extemporáneas, y no había de ser privilegiada la espiritista. En el terreno filosófico, científico, religioso y moral, ha sido recibido el Espiritismo como en el TEATRO, pero esta frialdad se convierte en burla y fe, en sarcasmo y en estudio, y esto es lo que promoverá la obra de nuestro

hermano Hurtado, que no cejará en el camino que se ha trazado de propagar, recreando, la filosofía espiritista.

He aquí algunas escenas que extracta un crítico:

ISABEL. ¡Los muertos!... ¿cómo es posible
que vengan a hablar aquí?
Si del cuerpo desprendida
el alma, ciencia vital,
va a unirse al ser inmortal
que es vida de toda vida,
¿cómo es posible, señor,
que esa esencia, eterna y pura,
por hablar con la criatura
abandone a su creador?
¿Cómo?

LESMES. Si, según D. Juan,
que es profesor de la ciencia,
dice que la pura esencia
que allá en el cielo nos dan,
vive en la etérea región
en un misterio profundo,
hasta que viene a este mundo
por encargo o expiación.
Y una vez que cumple acá
su misión o su condena
vuelve a la región serena
o a otro mundo más allá.
De modo que siendo así
un ser libre, independiente,
ser que piensa, juzga y siente
como sentimos aquí
¿qué mucho, que aire o vapor,
fluido que una vida encierra,
anhele ver en la tierra
lo que aquí le inspiró amor?

Vamos a transcribir las respuestas del sonámbulo a Adela en el acto segundo:

ADELA. Quiero con ansia saber
si un alma que aquí fue mía,
alma que llenó otro día
mi corazón de mujer,
a mi tierna devoción
es fácil amante acuda;
¿puede usted dar a esta duda
clara y fácil solución?

SONAMB. ¡Sí es posible responder
a esa duda, a esa ansiedad!...
Para encontrar la verdad
no hay más que observar y ver.
¿Quién causa esa sensación
que sin motivo aparente
nos agita de repente
y nos prensa el corazón?
¿Quién lanza el triste gemido,
el ay, el penoso acento
que resbala por el viento
y se estrella en nuestro oído?
¿Quién en las noches sombrías
finge en los aires, lejanas
serenatas sobrehumanas,
de ignoradas armonías?
¿Quién nos manda en el olor
de una flor, ya disecada,
la historia de una mirada
que abarca un mundo de amor?
¿Quién sin poderlo evitar
nos nubla el alma de enojos,
y da llanto a nuestros ojos
cuando no hay por qué llorar?
¿Y quien enseña y advierte
al ánima dolorida,
que nuestra vida no es vida,
que nuestra muerte no es muerte?

Veamos cómo explica el autor el titulo de la obra:

ADELA. ¡Ay! Tampoco yo explicar
puedo lo que he percibido;

más de una vez he sentido
solo ese clave sonar. (*Señala al piano*).
Y es que un amante al partir
me dijo con pena impía:
—«si ausente de ti algún día
acaso llego a morir,
cuando el eco del piano
como un eco del edén,
lleve a tu oído, mi bien,
el dulce *Wals de Venzano*,
piensa, Adela,— piensa en mí,
me dijo con sordo acento,
porque Dios en tal momento
querrá que esté junto a ti.»
Tres meses después, o más,
cumplió su fatal concierto…

ISABEL. ¿Sonó el clave?...

ADELA. Sí, había muerto
en los campos de Vald-Ras.

* * *

El Almanaque del Espiritismo para 1873, es digno producto de la Sociedad Espiritista Española, que tiene muchísimo esmero y cuidado en la impresión de sus obras. Se ofrece al público un álbum, en el que figuran trabajos de reputadas plumas, biografías importantes, una portada alusiva a la vida futura y varios retratos tan perfectamente hechos, que admiran a los que conocen los personajes que representan.

Muchos santos tienen clasificada la mediumnidad que tuvieron; explicando en una nota, lo que significa la palabra santo, es decir, que no lo son todos los santificados.

Recomendamos este folleto a nuestros suscriptores, seguros que nos agradecerán el aviso. Se vende en la Sociedad Alicantina, calle de Castaños, al precio de 6 rs. y cuartillo.

VARIEDADES

PLEGARIA DEL NAUFRAGO

Torna tu vista, Dios mío,
Hacia esta infeliz criatura.
No me des la sepultura
Entre las ondas del mar.
Dame la fuerza y valor
Para salvar el abismo,
Dame gracia, por lo mismo
Que es tan grande tu bondad.
Si yo cual frágil barquilla,
Por mi soberbia halagado,
El mar humano he cruzado
Tan solo tras el placer.
Déjame, Señor, que vuelva
A pisar el continente,
Haciendo voto ferviente
De ser cristiano con fe.

Si yo por mi torpe falta
Me he mecido entre la bruma,
Desafiando la espuma
Que levanta el temporal;

Te ofrezco que en adelante
No tendré el atrevimiento
De sordo ser al lamento
De aquel que sufre en el mal.

Y si siguiendo mi rumbo,
He tenido hasta el descaro
De burlarme de aquel faro
Que el puerto me designó;

Yo te prometo, Dios mío,
No burlarme de esa luz
Que brilla sobre la cruz
Por el hijo de tu amor.

¡Oh! Tú, Padre de mi alma
Que escuchas al afligido,
Y me ves arrepentido
De lo que mi vida fue

Sálvame, Dios mío, sálvame,
Y dame, antes que dé cuenta,
Para que yo me arrepienta,
El tiempo preciso: Amén.

UN ESPÍRITU AMIGO.

(Revista Espiritista)

MISCELÁNEA

Cirulos privados y Sociedades.— en esta provincia se van multiplicando los centros espiritistas, dando nuevo impulso a la idea con la reunión de los adeptos en cada localidad; pero si bien este movimiento es de apreciar en lo que vale, no lo es así, el silencio que guardan con la *Sociedad Alicantina de estudios psicológicos*, con la que debieran ponerse en relación, para el mejor desarrollo de la escuela y para mayor unión entre los afiliados a la doctrina espirita.

No crean estos círculos que en nosotros cabe la idea de la centralización, no; nosotros queremos la completa autonomía de estos, pero aconsejándoles la organización franca y decidida.

Sin organización no hay cuerpos; así pues, todos los elementos con que cuente el espiritismo en la provincia de Alicante y en las comarcanas (por lo menos) deben ponerse en relación constante; aceptar un centro, a donde afluyan los trabajos de toda la región y esta entenderse con el *Centro Español*, como lo hace desde algún tiempo la *Sociedad Alicantina*.

Invitamos por lo tanto a los Círculos privados y Sociedades, a que se entiendan con el Centro de esta capital, para conocer perfectamente el adelanto de nuestra idea, los adeptos con que cuentan y el trabajo que producen. De este modo podrá formarse una estadística que acuse a primera vista nuestro progreso.

No dudamos que nuestros hermanos se apresurarán a cumplir este deber, de converger la fuerza hacia un punto de atracción y resistencia.

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

AÑO DE 1872

Enero 5.— Número 1.

Enero 20.— Número 2.

Febrero 5.— Número 3.

Febrero 20.— Número 4.

Marzo 5.— Número 5.

Marzo 20.— Número 6.

Abril 20.— Número 8.

Mayo 5.— Número 9.

Mayo 20.— Número 10.

Junio 5.— Número 11.

Junio 20.— Número 12.

Julio 5.— Número 13.

Julio 20.— Número 14.

Agosto 5.— Número 15.

Agosto 20.— Número 16.

Septiembre 5.— Número 17.

Septiembre 20.— Número 18.

Octubre 5.— Número 19.

Octubre 20.— Número 20.

Noviembre 5.— Número 21.

Noviembre 20.— Número 22.

Diciembre 5.—Número 23.

Diciembre 20.—Número 24.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores que abonen cuanto antes el importe de sus suscripciones, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

La suscripción para los abonados de fuera de la capital será por un año como sucede con todas las revistas de esta clase, no sirviendo ninguna cuyo importe no obre en poder de la Administración.

ALICANTE.—1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía.
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

AÑO 1872

ENERO 5. — Número 1

ENERO 20. — Número 2

FEBRERO 5. — Número 3

FEBRERO 20. — Número 4

MARZO 5. — Número 5

MARZO 20. — Número 6

ABRIL 20. — Número 8

MAYO 5. — Número 9

Ángel blanco y el Ángel negro (poesía) pág. 225—Espiritista, pág. 231—Neo, pág. 232—Miscelánea, pág.233.

JULIO 20. — Número 14

Resumen.—Sección doctrina. El Espiritismo y su historia (ampliación y rectificaciones) pág. 235—La resurrección de la carne y el juicio final, pág. 237—Otro reto (comunicado) pág. 244—Disertaciones espiritistas. Lecciones de un espíritu a un espiritualista, pág. 247—Comunicación del espíritu de A. (Encarnado en la Tierra) pág.249—Círculo de Barcelona, 1867. La caridad (poesía) pág. 251—El Remanso de la vida (poesía) Barcelona 1870, pág. 252.

AGOSTO 5. — Número 15

Resumen.—Sección doctrinal. El bien y el mal. Controversia religiosa. Contestación a la carta séptima del Sr. Zarandona, pág. 256. —Una institución que muere, pág. 264—El porvenir, pág. 267—Disertaciones espiritistas. Lecciones de un espíritu a un espiritualista, pág. 270—A la humanidad, pág. 271—Miscelánea, pág.273.

AGOSTO 20. — Número 16

Resumen.—Sección doctrinal. Contestación a una hoja suelta titulada: *Dos palabras a* LA REVELACIÓN, pág. 276. —Espectáculos públicos, pág. 288—La corrida de toros, pág. 291.

SEPTIEMBRE 5. — Número 17

Resumen.—Sección doctrinal. Espectáculos públicos. Las corridas de toro (conclusión) pág. 296—Conversaciones de Ultratumba, Pág. 308—Sociedad Alicantina de Estudios Psicológicos, pág. 309—Disertaciones espiritistas. Dichosos tiempos, pág. 310—La época, pág. 311—Miscelánea, pág. 312.

NOVIEMBRE 5. — Número 21

NOVIEMBRE 20. — Número 22

DICIEMBRE 5. — Número 23

DICIEMBRE 20. — Número 24

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores que abonen antes el importe de sus suscripciones, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

La suscripción para los abonados de fuera de la capital será por un año como sucede con todas las revistas de esta clase, no sirviendo ninguna cuyo importe no obre en poder de la Administración.

Alicante. — 1872.
Establecimiento tipográfico de V. Costa y Compañía
Calle de SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.